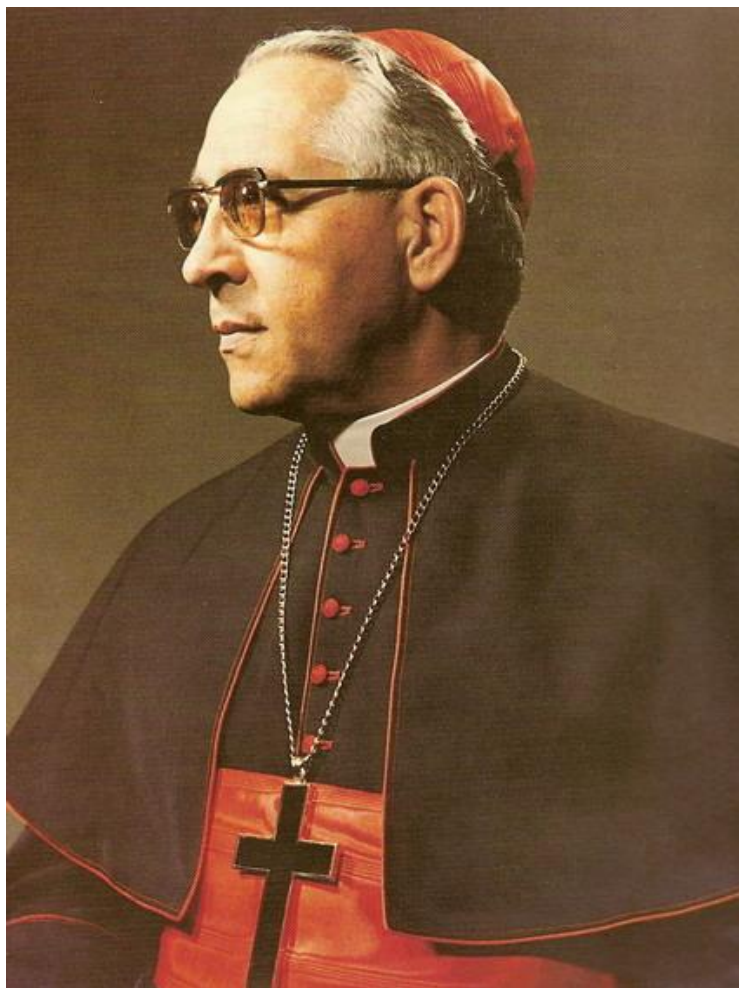


OBRAS DEL CARDENAL MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN



I

El valor de lo sagrado

II

PRÓLOGO

Merece toda clase de plácemes la feliz iniciativa de reunir y publicar en forma sistemáticamente ordenada la abundante producción magisterial del cardenal arzobispo de Toledo y primado de España, don Marcelo González Martín. Sin duda, los promotores del proyecto, que con este volumen se inicia, habrán tenido que vencer la resistencia explicable del autor. Pero han tenido el acierto de aprovechar el momento adecuado, esto es, la celebración de las bodas de plata episcopales del señor Cardenal de Toledo, conmemoración a la que gustosamente me sumo con estas palabras de presentación.

Aparte de los lazos personales que nos unen, existen, además, no pocas relaciones históricas entre la Diócesis de Colonia y la de Toledo. Baste recordar la monumental custodia de Arfe, familia de orfebres oriunda de Colonia, probablemente "la joya más rica de la cristiandad", y el hecho de que desde tiempos muy remotos se incluyera en el santoral propio de Toledo la fiesta de Santa Úrsula y Compañeras, vírgenes y mártires, patronas de la ciudad de Colonia, y cuyo culto pasó de ahí a Hispanoamérica.

Recuérdese, además, que muchas páginas de la historia eclesiástica de Toledo pertenecen, con razón, no solamente a la historia global de la Iglesia, sino también de Europa.

Lo primero que llama la atención, en los documentos recogidos en este primer volumen, es la primacía absoluta de la función pastoral, que caracteriza y configura las preocupaciones de quien lleva sobre sus hombros la responsabilidad indelegable, gozosa y onerosa a la vez, de la cura de almas. Por encima de la indudable ciencia del teólogo y de la espléndida erudición cultural que se notan en sus escritos, destaca sobremanera, como cima suprema que los unifica y sintetiza, el estilo de magisterio y de gobierno, propio del pastor responsable que conjuga la fidelidad a la fe católica con el servicio sacrificado al hombre de hoy.

Ya el mismo título del presente volumen, *El valor de lo sagrado*, demuestra esta armoniosa combinación de fidelidad y de servicio. Puede, en efecto, afirmarse que el señor Cardenal Arzobispo de Toledo se ha adelantado, con insistencia significativa, al tratamiento que ha dado a dicho tema el reciente Sínodo extraordinario, convocado con motivo del vigésimo aniversario del Concilio Vaticano II.

Han advertido los Padres sinodales que "a pesar del secularismo, existen también hoy signos de una vuelta a lo sagrado", y que "para cooperar a este retorno de lo sagrado debemos abrir accesos a la dimensión de lo divino o del misterio y ofrecer a los hombres de nuestro tiempo los preámbulos de la fe" (*Relación final* 11, A, 1). Y al hablar en concreto de la renovación litúrgica, urgida por el Concilio Vaticano II, recuerdan que "la liturgia debe fomentar el sentido de lo sagrado y hacerlo resplandecer" (*Relación final* 11, B, b, 1).

En los escritos que contiene este volumen, puede el lector encontrar elementos y ayudas más que suficientes, para recuperar, si lo ha perdido, y para desarrollarlo, si lo mantiene, este sentido de lo sagrado, que constituye dimensión capital constitutiva del hombre, valor inesquivable de la historia y

elemento supremo de lo que Pío XII calificó como de orden absoluto del ser y de los fines.

Quiero subrayar otro aspecto notable en los textos de este volumen, y del que han hecho mención expresa los Padres sinodales: la recuperación, para el esplendor de la fe, de los necesarios preámbulos de la misma. Insisto en ello porque la situación actual del mundo, del hombre y de la misma Iglesia: exigen perentoriamente esta recuperación. La expresión correcta de la fe católica, la vivencia profunda de la misma, el despliegue dinámico de las tareas de la evangelización, requieren que se evite la tentación del fideísmo, que hoy serpea por el recinto interior de la propia Iglesia. Para ello es del todo indispensable que la razón, herida pero no extinguida por el pecado original, la naturaleza humana en todo su entramado objetivo y permanentemente definido por el Creador, y el derecho natural, hoy tan menospreciado, cuando no negado en algunos sectores de la vida católica, vuelvan a ocupar el lugar que les corresponde en la visión cristiana del hombre, de la vida y de Dios.

Otros valores podrían subrayarse aún en el magisterio episcopal del Cardenal González Martín, pero no quiero entretener al lector más allá de la brevedad propia de unas líneas de presentación. Para terminar, me permito expresar mi admiración por un aspecto externo, pero no desdeñable, de estos escritos: el valor estilístico de su prosa. Algo conozco de la lengua universal y maravillosa de Cervantes. Y este algo me permite comprender, incluso saborear, la riqueza, plenitud y aire de unos escritos que, a su valor intrínseco, unen el esplendor exterior de una prosa clásica y moderna a la vez, que el propio lector no tardará en descubrir conforme se vaya adentrando en estas páginas, que me he honrado en presentar a instancias de los preparadores del volumen.

Colonia, 20 de abril de 1986. Domingo de El Buen Pastor.

A handwritten signature in black ink, reading "+ Joseph Card. Hoffner". The signature is written in a cursive, flowing style.

+ **Joseph, Cardenal Hoffner,**
Arzobispo de Colonia

UN SERVICIO AL CATOLICISMO

La idea partió de un grupo de colaboradores y amigos del Cardenal Primado, don Marcelo González Martín: editar una amplia selección de los documentos en que ha ido plasmando don Marcelo su magisterio episcopal en las tres etapas sucesivas de Astorga, Barcelona y Toledo. Pusimos manos a la obra, repartimos los trabajos, y ahora tiene el lector a su alcance el primer fruto del proyecto realizado.

Tras la selección de materiales, y la preparación de los mismos con arreglo a las normas metodológicas usuales, nos encargamos unos de cuidar, desde el punto de vista tipográfico, la edición, y otros de sufragar los gastos de edición del presente volumen. Tanto los primeros como los segundos hemos querido que sea el Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo el que aparezca por tantos títulos como editor de la obra. Esta es la razón de que al frente de la obra aparezcan estas palabras de presentación.

Los 24 documentos que integran este primer volumen, titulado *El valor de lo sagrado*, muestran la persistente coherencia del magisterio del Cardenal Primado en torno a un tema capital, que está en la base del esfuerzo evangelizador que la Iglesia entera está llevando a cabo. Como indica en el prólogo con que ha honrado esta edición el Cardenal de Colonia, Joseph Hoffner, la recuperación, mantenimiento y desarrollo del sentido de lo sagrado constituyen pieza indispensable del retorno a las fuentes, de la vuelta a Dios y del esfuerzo de catequesis y de vivencia, en que se resume la evangelización que Su Santidad Juan Pablo II viene reiterando una y mil veces desde Roma y en todos los países que visita.

Los documentos se reproducen de acuerdo con las fuentes en que fueron publicados. Ha sido meritoria, y en ocasiones no fácil, la tarea de búsqueda, de lectura, examen y selección. Y puede afirmarse con motivo que nada ha quedado fuera, en lo sustancial, de esta atinada selección, que permitirá el contacto fácil con textos que hasta ahora se hallaban dispersos en colecciones de boletines eclesiológicos y en múltiples ediciones, con frecuencia agotadas, de discursos, conferencias y estudios. Se han incluido también trabajos publicados en libros hechos en colaboración, a los cuales se sumó don Marcelo, respondiendo a la invitación de instituciones de reconocido prestigio.

Se ha procedido a una división de los materiales en dos partes, tomando como criterio la universalidad o la incidencia particularizada del tema sobre la Iglesia en España. Pero hay que advertir que ni en la primera parte –universal– faltan aplicaciones a lo español, ni en la segunda parte –particular– dejan de aparecer elementos muy valiosos de ámbito general.

Estamos seguros de que el lector podrá apreciar la riqueza doctrinal de los trabajos reproducidos en este volumen. Hallará, sin duda, amplia materia para la reflexión serena y la aplicación fecunda a la vida personal y social, tanto en el ámbito propio de la Iglesia como en la esfera de la vida española en su conjunto. Y comprobará el lector, por un lado, la plenitud de sintonía del magisterio de don Marcelo con las enseñanzas del Concilio Vaticano II y de los Papas

contemporáneos, y por otro, la fidelidad con que recoge las voces de la época, los signos de los tiempos, los retos del presente. Con sentido vivo de la herencia recibida y también con sensibilidad abierta a las exigencias nuevas del presente y del futuro inmediato.

Cuando este primer volumen recoma la fase última de su proceso tipográfico, los preparadores de la obra iniciábamos ya el acopio y ordenación de los materiales que integrarán el volumen segundo, cuyo título, Santa Madre Iglesia, indica por sí solo, con claridad más que suficiente, el contenido que albergará. Podemos asegurar que no cederá en interés al que, como primicia, tiene ahora en sus manos el lector.

El Consejo Académico del Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo expresa muy de corazón su hondo agradecimiento a cuantos han hecho realidad el proyecto que oportunamente concibió, no sólo como homenaje al señor Cardenal Arzobispo de Toledo en sus veinticinco años de episcopado, sino también como servicio al catolicismo español, que, heredero de una tradición ejemplar, tiene hoy que llevar a cabo empresas nuevas de evangelización, para las cuales hallará el lector, en éste y en los volúmenes siguientes, materia jugosa y estímulos confortadores.

El Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo expresa su agradecimiento a cuantos están haciendo realidad, con su generosa aportación económica, el proyecto de publicación que se inicia con este primer volumen, de las obras del Cardenal Don Marcelo González Martín, Arzobispo de Toledo y Primado de España.

Parte Primera

Lo sagrado en la sociedad contemporánea

1. CONCEPTO TEOLÓGICO DEL MUNDO.

POSICIÓN DEL CRISTIANO MODERNO ANTE EL MUNDO

La voz del mundo de hoy, con sus particulares situaciones y problemas, se ha dejado oír en el Concilio con tanta intensidad como la de los Padres conciliares.

Pensar que Dios habla y dicta sus leyes al hombre sin escuchar lo que este hombre dice, anhela, ama, sufre y espera, es olvidarse de que Dios ha creado al hombre por amor. Y todo el que ama, escucha. Dios también. Sí, el mundo de hoy está siendo escuchado por Dios en el Concilio. Han llevado allí sus clamores y sus esperanzas, como Moisés llevó a la montaña los de su pueblo, los actuales servidores del pueblo de Dios, que en este sentido no está compuesto únicamente por los bautizados, sino por todos a los que Dios ama, es decir, la humanidad.

Se trataba, lo hemos dicho hasta la saciedad, de un Concilio pastoral, en que los pastores no se reunían para reflexionar solamente sobre cuestiones del dogma, sino para ver cómo poder ofrecer el alimento de Dios al inmenso rebaño de los hambrientos del espíritu. ¡El mundo..., el mundo! ¡El mundo de hoy! Es la palabra que ha estado resonando constantemente en el aula conciliar. El mundo concreto y tangible de nuestros días. El de estas décadas que estamos viviendo.

El historiador futuro no dejará de constatar sin emoción las vibraciones de este grupo numeroso de operarios del Evangelio, que durante cuatro años consecutivos se ha reunido en la basílica de San Pedro, tan acostumbrada a todas las grandezas, para trabajar en humilde actitud de servicio a un mundo que en gran parte vive olvidado de ellos. Ellos, en cambio, no le han olvidado a él.

Al margen del Concilio, pero en armonía con él, el primero de los Padres conciliares, el Obispo de Roma y Pontífice supremo de la Iglesia, Pablo VI, publicó en el verano de 1964 la encíclica *Ecclesiam suam*, en que las expresiones de amor al mundo adquieren una elocuencia casi dramática.

¿Qué es, pues, ese mundo para la Iglesia, que de tal manera agita las anhelantes entrañas de su misericordia y su amor hacia él?

Trabajo publicado en el volumen *El diálogo según Pablo VI*, Madrid, 1965, BAC 251, pp. 214-248.

I. DIVERSOS CONCEPTOS DE LA PALABRA “MUNDO”

a) El mundo que odia a Cristo

Una ascética digna del mayor respeto y muy seria, aunque parcialmente, fundada en la realidad de las cosas, suele ofrecernos una visión del mundo triste y pesimista, como de algo peligroso para la seguridad de lo que es el supremo valor de nuestra vida, constantemente amenazada por los ataques provenientes de ese clásico enemigo del alma: el mundo, con su concupiscencia y malignidad. Ciertos textos de la Sagrada Escritura podrían ser invocados en apoyo de este juicio estimativo, que tan abundantemente ha nutrido la educación de nuestra vida cristiana. *No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que proviene del mundo. Y el mundo pasa, y también sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre* (1Jn 2,15-17).

El mismo Jesucristo es también suficientemente explícito incluso en uno de los momentos más solemnes de su vida, el de la última cena. El mundo es incompatible con el Espíritu de verdad que Él enviará, y *que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce* (Jn 14,17). No da la verdadera paz: *La paz os dejo, mi paz os doy; pero no os la doy como el mundo la da* (Jn 14,27). Es hostil y aborrece a Cristo y a sus seguidores: *Si el mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me odió a mí. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por esto el mundo os aborrece* (Jn 15,18-19). Y la frase tan estremecedora y concluyente: *Yo no ruego por el mundo* (Jn 17,9).

Todas estas sentencias y otras que podrían aducirse se refieren evidentemente al pecado y su poder, al "maligno", en cuanto que es príncipe de este mundo y que, no obstante haber sido vencido por Cristo (Jn 16,33), ejerce su dominio en aquellos que no resisten *fortes in fide* (1P 5,8-9). Este pecado es una fuerza de oposición y repulsa de Cristo que existe, actual o potencialmente, en la humanidad.

El pecador humilde y que ansía el perdón puede ser liberado de la fuerza del mal, porque Cristo ha vencido al mundo, y en este sentido también ruega por el hombre que peca. Pero el pecado en cuanto obstinación y, sobre todo, el de incredulidad; el pecado en su triste actuación de potencia hostil contra Cristo y su Espíritu, ha sido colocado fuera del alcance de la oración de Jesús. En la medida en que los hombres –pertenzcamos o no a la Iglesia– participamos del pecado, una de dos: o buscamos humildemente el perdón, y entonces Cristo

ruega por nosotros, o nos obstinamos en el mal, y entonces formamos parte del mundo por el que Jesús no ruega. La ascética clásica, por consiguiente, no comete ningún abuso al ponernos en guardia contra un mundo que nos priva de la vida. Pero no es éste el único concepto que un cristiano puede o debe tener del mundo.

b) El universo cósmico

Mundo es también el conjunto de la creación visible: hombres, animales, astros, flores, espacios, tierra, cielo. Es decir, todo cuanto ha salido de la mano de Dios, y que, al ser puesto en existencia, *vio Dios que era bueno* (Gn 1,31). A estas palabras del Génesis han hecho eco otras muchas.

La más rigurosa teología no ha tenido miedo a revestirse con el lenguaje de los poetas –p. ej., un San Juan de la Cruz–, que descubren a través de las maravillas del mundo el rostro del Amado. En efecto –nos dice San Pablo–, *lo cognoscible de Dios es manifiesto entre ellos, pues Dios se lo manifestó; porque, desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son conocidos mediante las criaturas* (Rm 1,19-20). San Juan dice también: *El mundo fue hecho por Él* –por el Verbo–, y es tan suyo, que vino a él como a su propia casa (Jn 1,10-11).

A veces, dentro de esta terminología, la idea del mundo se restringe todavía más, y viene a significar simplemente la tierra en que habitamos; p. ej., en San Juan, 17,13: *Digo estas cosas mientras estoy en el mundo*.

c) El hombre y los valores humanos en su relación con el resto de la creación

Pero hay un tercer sentido de la palabra **mundo**, que es el que ahora nos interesa más. Es el hombre, no aislado y solitario, en su realidad ontológica de cuerpo y alma, sino visto en el despliegue total de sus valores, los que le corresponden por naturaleza o los que le han sido ofrecidos por pura donación gratuita de Dios, realizándose históricamente en su marcha a través del tiempo, solidario de los demás y del resto de la creación.

"El mundo es –dice Houtart– la humanidad, los hombres que Dios ha creado, y a los que Él ha confiado su creación, diciéndoles:

Poblad la tierra y someted/a; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que viven sobre la tierra (Gn 1,28); los hombres que han pecado, pero a los que Dios ha decidido redimir. *Sí, Dios ha amado tanto al mundo, que ha dado a su Hijo único, para que todo aquel que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna, pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para que se salve gracias a Él* (Jn 3,16-17); los hombres, para quienes el Señor creó su Iglesia: *Como me enviaste al mundo, así yo también les envié al mundo* (Jn 17,18). *No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del mal* (Jn 17,15). Se trata de la humanidad en todas sus dimensiones, en sus relaciones con la naturaleza, en su responsabilidad y su reflexión sobre sí misma y en su llamada a la vida divina. El mundo es lo temporal asumido por la humanidad. Por ello adquiere un aspecto espiritual y, al mismo

tiempo, material, y forma parte de la misión del hombre el colaborar incansablemente a la obra de la creación. Es también lo temporal, en tanto que llamado, *en y por la humanidad*, a ser recapitulado en Cristo (Fil 3,21 y 1Cor 15,28). *Porque plugo a Dios..., y por medio de Él reconciliar todo consigo, tanto de la tierra como del cielo, pacificándolo por la sangre de la cruz* (Col 1,19-20). La Iglesia es esta porción de la humanidad que tiene fe en Jesucristo, que conoce el destino del mundo en Él y se esfuerza en realizarlo"¹.

Con trazos aún más vigorosos describe Congar, en una reciente conferencia pronunciada en Roma, el mismo concepto: "El mundo –dice– es la historia humana vivida solidariamente con el cosmos; porque, para la Biblia también, el hombre no sólo está en el mundo, es *del* mundo; es su fin inmanente y el mediador de su fin trascendente. Esta es la razón de que el hombre y el cosmos tengan sus destinos entrelazados. En este último sentido es en el que aquí tomamos la palabra mundo... Este mundo histórico se encuentra esencialmente en un orden sobrenatural por las energías que actúan en su seno para ordenarlo a su fin, y que vienen de Cristo. Sí, este mundo histórico se encuentra ceñido por la redención de Cristo, sometido a su señorío, en relación con la salvación escatológica. No se puede, por tanto, identificar este mundo histórico con la naturaleza; no podrá llamársele *natural*, sino *temporal*. Sin embargo, por más que caiga bajo la redención de Jesucristo, este mundo histórico es vario y ambiguo. El demonio y el pecado operan en él. Se engendran en él simultáneamente algo para Dios y para la salvación, y algo contra Dios y para la perdición. Así resulta que este tercer sentido del vocablo tiene algo acumulativo, vinculado a su carácter concreto. Engloba al mundo hostil (primer sentido) y conserva un nexo con el segundo sentido. Por eso el mundo histórico, objeto de la redención de Cristo, es designado en San Pablo con las palabras *ta panta*, todas las cosas, el universo"².

El concepto es muy rico en consideraciones, y en él ha de detenerse necesariamente el que quiera poseer una exacta comprensión teológica de lo que el mundo significa. Los dos primeros sentidos –A y B– son parciales, aunque respondan a la verdad o, mejor dicho, enuncien una verdad. Pero no se percibe la verdad completa a través de los mismos. El primero nos dejaría sumergidos en un pesimismo desolador. El segundo nos haría desembocar en un optimismo ingenuo, tras del que vendrían inevitablemente las más desesperantes defraudaciones.

Precisemos, pues. Se trata, ante todo, del hombre en relación con Dios y con las cosas, con la vida de los demás hombres y el resto de la creación. Es una criatura, con todas las limitaciones inherentes a la condición de tal. Ha sido creado, por amor del Dios creador, con un destino sobrenatural desde el principio. En él se ha introducido el pecado por un uso indebido de la libertad humana, y con el pecado, el desorden radical y el trastorno de fines, que pueden llevar al hombre a la perdición, y, desde luego, le someten, a él y a las criaturas, a una servidumbre de corrupción que no estaban llamados a sentir.

No obstante el pecado, Dios ha seguido amando al mundo y le ha ofrecido la redención en su Hijo unigénito, hecho obediente POR NOSOTROS hasta la

¹ FRANÇOIS HOUTART, *La Iglesia y el mundo* (esquema 13), Barcelona 1965, 14s.

² *Esprit*, febrero de 1965.

muerte, y muerte de cruz (Fil 2,8). A pesar de la servidumbre de corrupción, el hombre y su obra son algo grandioso: de las potencias del ser humano y de las virtualidades ocultas de las cosas creadas brotan continuamente los múltiples bienes de la vida social, individual y colectiva, los cuales, en el progresivo desarrollo de la historia, representan un tránsito, que no se interrumpe nunca, de lo menos perfecto a lo más perfecto.

Es decir, que, aun contando con las dos deficiencias radicales que acompañan al mundo, la del pecado, como causa permanente de desorden, y la de carencia esencial en que vive, como criatura que es, dos fuerzas superiores sobrenadan en la inmensa marea de la historia humana: el amor de Dios, que redime, y la capacidad perfectiva, que brota constantemente de los entresijos de lo creado.

Pero el dato más original y fecundo de cuantos aparecen en esta síntesis es el de que, no obstante el pecado, el hombre, centro del mundo, ha sido redimido por Dios en su Hijo unigénito. El modo como se ha realizado esta redención arroja una luz muy esclarecedora. Dios se ha hecho hombre, es decir, ha asumido la naturaleza humana. Podía habernos redimido de otra manera, pero ha sido así. Tomó nuestra naturaleza tal como es en concreto, no en abstracto. Lo que quiere decir que nada de lo humano queda fuera de la redención. Lo mismo el dolor de un moribundo que el vigor físico de un atleta; lo mismo el trabajo del obrero que las investigaciones de un sabio especializado en ciencias físicas o biológicas; lo mismo el primitivo modo de vivir de una tribu que la más perfecta sociedad democrática del siglo XX.

¿No es todo esto lo humano, el hombre que se realiza en la historia? La gracia, pues, ha sido ofrecida, o, mejor dicho, llega a todo ese conjunto de realizaciones por medio de las cuales el hombre se proyecta. A través de él, que con su libertad es *capax gratiae*, ésta se refleja en las obras de sus manos. Como entidad sobrenatural y germen de vida divina, mora exclusivamente en el interior del hombre. Pero los rayos de su luz y la onda de su calor vital abarcan todo cuanto Cristo abarcó; todo, excepto el pecado³.

Jesús no asumió nuestra naturaleza en calidad de soporte provisorio, para desde ella lanzar sobre la humanidad, como un cuerpo extraño nacido de su

³ En la carta que la Secretaria de Estado dirigió a la Semana Social de Lyon, celebrada en julio de 1964, podemos leer las siguientes palabras, referidas al valor del hombre y a su trabajo:

"A esta luz, el escándalo del sufrimiento del trabajo se transmuta en gesto de ofrenda; el pan y el vino, que son los frutos del trabajo del hombre, se hacen el símbolo –al igual que de su alegría y de su vida– de su pena, libremente consentida y generosamente ofrecida en sacrificio asociado al Redentor. La humilde tarea humana, asumida por Cristo y ofrecida por El al Padre, adquiere valor de eternidad, y por el trabajo, que constituye una ciudad mas fraternal, se prepara el hombre –sin quizá saberlo nunca– a entrar en la ciudad celestial, donde los valores de aquí abajo serán transfigurados..."

"Es un mundo amigo del hombre el que el trabajo debe instaurar, donde cada uno pueda cumplir su misión, como hijo de Dios, en medio de sus hermanos. Así, cooperando a la erección de la ciudad terrena, cada trabajador –sea jefe de empresa, asalariado, peón o técnico, artesano o comerciante, obrero agrícola o industrial, miembro de profesiones liberales–, se unirá a la obra creadora del Padre, a la obra redentora del Hijo y a la obra santificadora del Espíritu, y se preparará a la manifestación gloriosa del Señor. Sellados por el signo de la cruz, la renuncia y el sufrimiento del trabajo se hacen plenitud a la luz de Cristo resucitado y en la espera de su advenimiento al fin de los tiempos" (*Ecclesia* 24 [1964] 991).

generosidad, la gracia redentora. No. La encarnación ha sido, por parte de Dios, un propósito serio, dramáticamente serio, de sumergirse en la humanidad con todo lo que ésta lleva consigo. Toda la revelación del Nuevo Testamento excluye con violencia cualquier otra interpretación.

Las consecuencias son de un valor incalculable para una recta teología del mundo. Resulta, según esto, que las llamadas realidades terrestres, en lo que tienen de valor y dignidad, han sido incorporadas al campo de la redención. El trabajo, el progreso, la paz, el desarrollo económico, la libertad, la familia, el amor, han sido asumidos y santificados. Merecen el interés del Hijo del hombre, como merecen el nuestro. Son valores asimilados por Cristo, que los recibió en su propia vida personal. Lo contrario sería decir que Dios se había hecho hombre, pero sin amar ni vivir lo que el hombre ama y vive. Esto sería una contradicción; Jesús ya no sería un hombre como nosotros.

¿Cómo, pues, se podrá permanecer indiferente ante estas realidades si de verdad se cree y se ama a Jesucristo, el cual ha sido el primero en amarlas? Es necesario insistir en este aspecto, puesto que una inveterada costumbre, a la que no nos autoriza la Biblia ni la tradición, ha creado en nosotros el hábito contrario, el de reducir el alcance de la redención a nuestra alma y también a nuestro cuerpo; sí, puesto que está destinado a la resurrección gloriosa, pero sin pasar de ahí.

No vemos más que nuestra propia persona, como si cada uno de nosotros estuviera suspendido en el vacío, convertida la realidad cuerpo-alma en un monolito solitario. ¿Qué clase de hombre sería ése, con un cuerpo y alma vivos, pero sin vida? La frase del Evangelio: *¿Qué importa al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?* (Mt 16,26), aun aceptando la interpretación ascética común, dice lo que tiene que decir, nada más: que el mundo no puede ser el dios del hombre, pero no que no tenga valor y no merezca la estimación recta y ordenada por parte del hombre; una estimación que ha empezado por concedérsela el mismo Dios, Creador y Redentor.

Claro es que, para que estas realidades y valores humanos entren dentro de la órbita de la redención de Cristo, es indispensable que los hombres que las promueven y desarrollan se esfuercen por vivir la vida cristiana. Cuando la gracia se rechaza o se desprecia, en vano se aspirará a que la actividad libre sea un futuro santificado.

Por muy beneficiosa que sea a la humanidad, no pasa de ser una filantropía detenida en el orden natural, sin alcanzar el nivel, mucho más alto, de una acción que se incorpora al torrente de la obra redentora de Jesús. Por eso creemos exagerado, y que se presta a engendrar funestos equívocos, afirmar sin más ni más que las realidades humanas, por entrar dentro del plan general de la creación y de la redención posterior, son santas, a no ser que queramos dar a esta palabra un sentido en que generalmente no es usada. No. Son buenas, y ya es bastante⁴.

⁴ Con motivo del esquema 13 del Concilio Vaticano II, que trata de las relaciones de la Iglesia y el mundo, muchos teólogos modernos han dictado páginas hermosas en artículos y conferencias múltiples con el intento de contribuir al esclarecimiento del problema. Algunas afirmaciones,

Y buena es la acción del médico cuando cura a un enfermo o la del sociólogo que promueve un mayor bienestar social. Son ciertamente buenas. Dios quiere que en el mundo haya paz, justicia, progreso, desarrollo económico. En este sentido, los esfuerzos de los que trabajan por lograrlo y los mismos logros, una vez alcanzados, son queridos y bendecidos por Dios, que dijo al hombre al crearle: *Dominad la tierra* (Gn 1,28), y tienen incluso un carácter religioso, en

llenas de positivo interés, merecen reposada atención. Se insiste en la idea maritainiana de la desacralización del universo.

"El mundo se ha hecho profano –dice Chenu–. Sería lamentable y erróneo ver en esto una derrota del cristianismo o al menos un relajamiento de sus exigencias. Por el contrario, esta 'desacralización' de la ciencia y de las profesiones, de la razón y de la sensibilidad, de la naturaleza y de la historia, de los ocios y la cultura, de la justicia social y del Estado, se halla no solamente en la línea de la historia, sino también dentro del recto camino del Evangelio. Para el pagano estaba la naturaleza llena de dioses y el mundo eterno era 'sacro'. Con el Dios de la revelación, el mundo, objeto de creación, ha sido entregado al hombre, a su saber, a su explotación. No sólo en política hay que *dar al César lo que es del César*, sino en todo el campo de la inteligencia y de la actividad humanas. En todo, la gracia perfecciona la naturaleza. es decir, que, lejos de alienarla, la devuelve a sí misma y al juego de sus energías. Nuestro Dios no es un Dios celoso, a quien Prometeo mantenga oculto el fuego del cielo" (DO-C. n. 157, 3).

Se habla de una escatología progresista, en la cual la marcha de la historia, que trata de triunfar de todo lo que vulnera y menoscaba al hombre (CONGAR: "Esprit", 1.c.), coopera al plan de Dios sobre la liberación total y definitiva del mundo. Se afirma con énfasis que lo sobrenatural se inserta en la naturaleza, en el hombre; no se superpone, como un aditamento sin conexión vital, etc. Se intenta precaver contra dualismos mal entendidos de gracia y naturaleza, salvación y civilización, redención y mundo, etcétera.

Todo lo cual se relaciona con la afirmación, mucho más fundamental y básica, de que lo humano en su totalidad ha sido asumido por Cristo para redimirlo. Pues bien, al explicar el alcance de esta redención es cuando aparecen expresiones que pueden dar lugar a equívocos. Por ejemplo:

"Gracias a Cristo –escribe Schillebeeckx–, toda la historia humana está envuelta en el amor de Dios. es asumida en la presencia absoluta y gratuita del misterio de Dios. Lo profano y lo temporal sigue siendo profano y temporal; no es sacralizado, sino santificado por esta presencia, o sea, por la vida teologal de Cristo y sus fieles" (*La Iglesia y el mundo*: DO-C. n. 142. 3).

"En la economía de la salvación, el mundo concreto es, por definición, un cristianismo implícito, una expresión objetiva, no sacral, sino santa y santificada, de la comunión de los hombres con el Dios vivo, mientras que la Iglesia, como institución de salvación, con su confesión explícita de fe, su culto y sus sacramentos, es la expresión directa y sacral de esta misma realidad, la *separata a mundo*. Hablar de las relaciones entre la Iglesia y el mundo no es, pues, entablar un diálogo entre la dimensión propiamente cristiana y la dimensión no cristiana de nuestra vida de hombres; no es un diálogo entre lo religioso y lo profano, entre lo sobrenatural y lo natural o lo intramundano, sino un diálogo entre las dos *expresiones auténticamente cristianas complementarias* de una misma y única vida teologal, oculta en el misterio de Cristo: la expresión *eclesial* (en sentido estricto) y la expresión *mundana* (the wordly expression of the life of grace) de esta misma gracia, interiorizada en la vida humana por la libre aceptación de la gracia por el hombre" (*ibíd.*, 5).

En la revista "Concilium" –enero de 1965–, con el título *Iglesia y humanidad*, desarrolla el mismo Schillebeeckx más ampliamente estas ideas. Pienso que estas afirmaciones serían más exactas si, en lugar de decir el mundo *es*, se dijera *puede ser*. Y que no añaden nada nuevo, a no ser el lenguaje, a dos asertos dogmáticos de nuestra teología: a) voluntad salvífica universal de Dios, y b) que sólo por Cristo llega a los hombres, estén donde estén, la gracia redentora.

A lo largo de mi trabajo, no trato de impugnar lo que haya de verdad en estos escritos, con frecuencia sugeridores y luminosos. Pretendo únicamente señalar que corren el riesgo de no acentuar debidamente un hecho del que no se puede prescindir nunca, a saber: que la santificación del mundo, dentro del plan de Cristo, ha de contar siempre con el hombre y que es en el interior de la conciencia humana donde se da la respuesta, de la cual depende que la vida de Cristo llegue al resto de la sociedad y de la creación. Trastrócar los planos –hablo desde un ángulo pastoral– puede inducir a optimismos perniciosos. No niegan tales escritos esta verdad, es cierto. Pero a veces la dejan en segundo término.

cuanto que están religados con Dios de tres maneras: por haberles creado, por querer positivamente que se alcancen y por querer que los hombres vayan hacia Él precisamente a través del amor de sus hermanos, los demás hombres, amor que no sería completo si nos desinteresamos, en la medida en que a cada uno corresponde, de lograr un mundo mejor en que se pueda dar satisfacción a las esperanzas y anhelos justos de la humanidad.

Vistas así las realidades terrestres, aparecen dotadas de un valor religioso y son capaces de recibir una orientación que las haga dar gloria a Dios y a Cristo Redentor. Pero para esto último es preciso que los hombres practiquen toda justicia y no sean culpables de pecado. En hipótesis podríamos imaginarnos un mundo en que los hombres vivieran sumergidos en el pecado, y, sin embargo, con su trabajo y su esfuerzo ordenador de la cultura, la economía y el poder político, lograsen óptimas condiciones de desarrollo y bienestar para los habitantes de sus naciones y aun para toda la humanidad. ¿Qué quedaría, sin embargo, de vida cristiana y gracia redentora en el mundo?

No habría más que una posibilidad frustrada, una comunicación interrumpida por el libre juego del hombre. Las criaturas seguirían siendo buenas en sí mismas, pero no tocadas por la gracia, no asumidas. Podría decirse, si se quiere, que aun entonces habría en el mundo una disposición, una inconsciente tendencia a la perfección que Cristo ofrece, pero nada más. Siempre nos encontraremos con que es absolutamente preciso distinguir entre el orden natural y sobrenatural, entre evangelización y civilización, entre salvación y progreso. No para proclamar dualismos, sino para evitar confusiones.

En suma, creo que, dentro de una recta teología del mundo y de las realidades terrenas, podríamos establecer las siguientes proposiciones:

1ª. Dios ama al mundo que ha creado, y en él al hombre y sus realizaciones temporales.

2ª. El pecado ha perturbado el plan querido por Dios y constituye un obstáculo en la marcha del hombre hacia su fin último, a la vez que paraliza el progreso de las criaturas hacia una perfección incesante.

3ª. No obstante, el hombre y sus actividades humanas han sido redimidos por Dios en Jesucristo, y a todo lo humano llega o puede llegar la gracia redentora.

4ª. Estas actividades del hombre, e incluso las criaturas terrestres inanimadas, tienen en sí mismas un valor religioso, en cuanto que son queridas por Dios, ofrecidas al señorío regio de Cristo y destinadas a una transmutación escatológica, cuyo sentido no se comprende del todo, aunque está suficientemente indicado en la Escritura. El perfeccionamiento que la materia, cada vez más dominada, va alcanzando por obra del hombre, parece formar parte, ya ahora, de esa lenta y laboriosa marcha de lo creado hacia una perfección mayor.

5ª. El orden sobrenatural es distinto del natural. Pasa de Cristo al hombre por medio de la Iglesia, y a través del hombre se proyecta hacia todo lo creado. Para ello es preciso que el hombre, único ser libre y *capax gratiae*, imprima orientación cristiana a sus actos y realizaciones, los cuales así orientados, aun permaneciendo profanos, pueden ser cristianos. Es lo que decía el Papa

recientemente: "El desarrollo de la cultura moderna ha reconocido legítima y obligada la distinción de los diversos campos de la actividad humana y ha tributado a cada uno de ellos una relativa autonomía, impuesta por los principios y los fines de cada sector. Por eso hoy cada ciencia, cada profesión, cada arte, tiene una relativa independencia, que la separa de la esfera propiamente religiosa y le confiere un cierto laicismo, que, si es entendido rectamente, el cristiano es el primero en respetar, al no querer confundir, como se dice, lo sacro con lo profano. Pero cuando uno de estos campos de actividad se refiere al hombre considerado en su integridad, es decir, en orden a un fin supremo, todos pueden y deben honrar y ser honrados por la luz religiosa, que aclara ese fin supremo y hace posible su logro. Esto es, allí donde la actividad humana es moral, ésta debe referirse al polo central de la vida que es Dios, y que Cristo nos ha revelado y nos guía para alcanzarlo. Entonces toda la vida, aunque sea profana, si es honesta, puede ser cristiana" (Audiencia general, 18 de agosto 1965).

6ª. Por último, es perfectamente lícito afirmar que en el inmenso mundo no cristiano anterior a Cristo o al que en nuestro tiempo no ha llegado todavía la revelación cristiana de una manera suficientemente explícita, no por eso deja de haber posibilidades de que se logre el plan de Dios, conforme a los designios misteriosos que la teología de la salvación se esfuerza por aclarar.

II. LAS ENSEÑANZAS DE LA BIBLIA

Las afirmaciones anteriores no son gratuitas. Se apoyan sobre los datos que la revelación nos ofrece, los cuales podrían resumirse así:

a) Bondad radical de todo lo creado

El Génesis nos expresa repetidamente la complacencia de Dios en su obra, y son frecuentes los textos del Antiguo Testamento que nos presentan a la naturaleza glorificando a Dios: *Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera* (Gn 1,31). Varios salmos –subraya Thils– son verdaderos himnos al Creador y describen el acto majestuoso de su poder infinito derramando sobre la tierra las imágenes sin número de su inagotable belleza... A la causalidad universal de Dios corresponde una sujeción universal por parte de las criaturas intelectuales y materiales, por parte de los individuos y de las colectividades: *Omnia serviunt tibi!* (Sal 118,91)⁵.

b) Cooperación del hombre con Dios en el desarrollo de lo creado

Hagamos al hombre a nuestra imagen (Gn 26,28). He aquí las palabras reveladoras de la grandeza del hombre. Está puesto por Dios para dominar la tierra, para proseguir la obra de la creación. Dios le hará a su imagen y semejanza precisamente para que domine. El hombre va a ser así un pequeño dios creador. ¿Quién, por consiguiente, podrá atreverse a despreciar, como

⁵ GUSTAVO THILS, *Teología de las realidades terrenas* (Ed Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1948), 82s.

carentes de valor religioso, las múltiples empresas del progreso humano? La tarea de arrancar los secretos que se guardan en la entraña de la creación y perfeccionar incesantemente las estructuras humanas, significará siempre, pase lo que pase, un acercamiento a Dios.

c) El pecado trastorna el orden establecido

No es necesario acumular los textos. *Por ti será maldita la tierra* (Gn 3,17), dice Dios a Adán después de la caída. No se puede expresar de manera más concisa la herida que el pecado inflige también al mundo exterior, el de las criaturas terrestres que no son el hombre.

Más tarde, San Pablo, en su carta a los Romanos, escribiría palabras misteriosas, que levantan en el corazón de los creyentes un movimiento de emoción incontenible al hablarnos del dolor de toda la creación, a causa de la rebeldía humana, y de la esperanza que acompaña a su gemido. *Porque el continuo anhelar de las criaturas ansía la manifestación de los hijos de Dios, pues las criaturas están sujetas a la vanidad no de grado, sino por razón de quien las sujeta, con la esperanza de que también ellas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios* (Rm 8,19-21).

d) La redención de Cristo

Pero Dios ha seguido amando al hombre, no obstante el pecado. Cristo viene a redimirnos, y, en el plan de Dios, la redención consume y da término a la propia obra creadora. Todo quedará restaurado y recapitulado en Cristo Jesús.

Los textos sagrados relativos a esta gran verdad dogmática vuelven a tener los mismos acentos jubilosos y glorificadores, e incluso más intensos, que aquellos primeros del Génesis, en que se oyen los ecos triunfales de la primera acción creadora.

Empiezan por enseñarnos que Cristo mismo intervino en la obra de la creación y ejerció en ella su señorío absoluto. *Para nosotros, no hay más que un Dios Padre, de quien todo procede y para quien somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros también* (1Cor 8,6). *En Él fueron creadas todas las cosas* (Col 1,15-16).

Estas frases paulinas son tan hermosas como hermosos son los comentarios que han inspirado: "Quien tuviera una visión total –escribe Huby– del pasado, presente y futuro, contemplaría a todos los seres colgando ontológicamente de Cristo y sólo en Él inteligibles. Y para no dejar la puerta abierta a las dudas de la trascendencia absoluta del Hijo, el Apóstol subraya expresamente que, cuando habla de toda la creación, lo hace de todas las criaturas sin excepción; en Él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, las visibles y las invisibles. Esta manera de agrupar en dos categorías... abarca, desde puntos de vista distintos, la totalidad de los seres creados"⁶.

⁶ J. HUBY, *Les Epîtres de la captivité*, cit por G. THILS

Semejantes en plenitud y alcance son las que el mismo San Pablo escribe cuando se refiere ya directamente a la encarnación del Hijo de Dios y a la redención. *Todo ha sido renovado* –dice a los fieles de Corinto (2Cor 5, 17)–. Se trata de –{restaurar en Cristo, cumplidos los tiempos prescritos, todas las cosas de los cielos y las de la tierra– (Ef 1,10). Y *plugo al Padre que en Él habitase toda la plenitud y por Él reconciliar consigo, pacificando, por la sangre de su cruz, todas las cosas, así las de la tierra como las del cielo* (Col 1,19-20).

Queda claro, pues, el alcance cósmico y universal de la redención. Virtualmente acabada en Cristo, su obra renovadora se irá manifestando lentamente, y llega a todo lo creado, a las criaturas inanimadas también, que gimen y esperan, según el célebre texto de los Romanos. Hasta que llegue el día en que se cumpla lo profetizado en el Apocalipsis: *Y todas las criaturas que existen en el cielo, y sobre la tierra, y en el mar, y todo cuanto hay en ellos, oí que decían: Al que está sentado en el trono y al Cordero, la bendición, el honor, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos* (Ap 5,13).

e) Cooperación del hombre a la gracia

Pero no podemos olvidar ni dejar en segundo término una afirmación fundamental y de la máxima importancia si queremos comprender la totalidad del plan de Dios. La redención que se nos ofrece no llega a nosotros sino en tanto en cuanto que, por la gracia y la acción mediadora de Jesús, nace en cada uno de nosotros un hombre nuevo. Entonces el Espíritu Santo habita en nosotros, *dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y, si hijos, también herederos; herederos de Dios, coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con Él para ser con Él glorificados* (Rm 8,16-17).

Es el hombre a quien redime Jesús. Para él está hecho el mundo. A curarle y sanarle es a lo que ha venido a la tierra el Hijo de Dios. Por mucho que se afirme que el hombre no es algo abstracto, sino concreto y vivo, y que con el hombre guarda estrecho contacto el resto de las cosas que en el mundo se mueven, como criaturas también queridas por Dios, es la persona humana, alma y cuerpo, la que Dios creó a su imagen y semejanza y la que Cristo redimió.

En el pequeño universo de la personalidad humana es donde se centra la acción de Dios. Ahí es donde se recibe la gracia o se rechaza. *Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios* (Rm 8,8). La Iglesia ha sido puesta por Dios principalmente para eso: para facilitar a las almas la gracia y la vida divina. En la medida en que los hombres la reciben, ésta se propaga, y, a través de las múltiples acciones libres de los hombres, el mundo entero se enriquece con los dones de Dios. La creación fue sometida a la vanidad no de grado, sino en atención al que la sometió (Rm 8,20), y del mismo modo podríamos decir que va siendo liberada a medida que el hombre se libera del pecado.

Es muy importante tenerlo siempre presente. No hay redención, en el sentido en que la ofrece Jesucristo, si sólo hay progreso material, científico, técnico, político, económico. Podrá decirse que la intención redentora del Señor no sólo no excluye la ordenación del mundo terrestre, sino que la busca y la ampara como algo que se integra en el desarrollo total del hombre redimido, el cual ya en esta tierra está llamado a presentir la gloria venidera.

Pero si en el interior del hombre la gracia no actúa, el progreso será sólo parcial e incompleto, como todos los progresos que no se fundan en Dios. Es lo que sucede hoy, no nos engañemos. Los panegiristas del mundo contemporáneo –y queremos serlo todos– exaltan los grandiosos avances que se operan cada día; tantos y tan pasmosos en muchos sectores de la actividad humana, que parecen justificados el orgullo y la esperanza. Algunos teólogos, contagiados por el entusiasmo admirativo que levantan tales empresas, se dejan fascinar por su brillo, y creen que estamos dando pasos muy eficaces hacia el logro de unas estructuras humanas próximas al ideal del Evangelio.

La desaparición de las fronteras mediante tratados comerciales y políticos, la extensión de la cultura, la lucha contra el hambre, las exploraciones del espacio, la conquista y el gozo de la libertad y tantos y tantos triunfos innegables, les hacen pensar en otras tantas versiones prácticas del encuentro del hombre con Dios en el prójimo y en el cumplimiento, a gran escala, del precepto cristiano del amor fraterno.

No seré yo quien niegue la belleza de esas conquistas y que a través de las mismas los hombres puedan amarse mejor; más aún, que no habría auténtico cristianismo en la tierra donde hubiera desprecio o positivo desinterés por las mismas. Pero los panegiristas no tienen derecho a silenciar los grandes y enormes crímenes de la humanidad de hoy, tales como la desintegración de la familia, la delincuencia juvenil, la sexualidad desbordada a niveles degradantes, la idolatría del dinero en el altar de todos los egoísmos.

Nuestra época es también la de las guerras mundiales y la de los totalitarismos monstruosos, al lado de los cuales las matanzas de otros días oscuros en la historia de la humanidad resultan menos vergonzosas. Los mismos avances políticos se consiguen más por la presión de revoluciones sangrientas que por la fuerza del respeto que el hombre debe al hombre. En el orden económico, la explotación que todavía hacen unos pueblos de otros y las maniobras que utilizan para llevarla a cabo constituyen un agravio permanente a la humanidad. ¿A qué seguir? La enumeración de los desastres anula o por lo menos ensombrece trágicamente la de los triunfos.

Aun así, en el mundo de hoy hay espléndidas realizaciones, que le hacen hermoso y digno de ser amado. ¿Quién lo negará? También en Adán y Eva había belleza después del pecado. Hoy, como siempre, prosigue la lucha permanente entre el mal y el bien, de la cual el protagonista y a la vez la víctima es el hombre. Merced a la propaganda –técnica del envilecimiento ha sido llamada–, que en su mayor parte está en manos de los adoradores de la tierra, las noticias dan la vuelta al mundo en unos pocos minutos, y en los períodos de paz –si es que existen– nos dejamos fascinar por el brillo cegador y ofuscante de las realizaciones temporales, sin prestar la debida atención a la espantosa y sórdida marea de los desórdenes y las injusticias, que más silenciosamente, pero con aterradora eficacia, sigue avanzando.

En suma, para que la redención de Cristo se logre en el mundo tiene que pasar por el hombre. No se puede hacer un salto desde Cristo a las realidades sociales, que son del hombre, pero no el hombre; ni menos a las criaturas inanimadas. Sólo analógicamente y por extensión y consecuencia es redimido el resto del

mundo. El que de verdad llega a ser hijo de Dios es la persona humana. En su interior se opera la gran transformación.

El cristiano no tiene derecho a evadirse y dejar de ofrecer sus manos a la obra transformadora. El teólogo tampoco lo tiene a convertirse en poeta ni a plantear el problema en términos tales que parezca acentuar más las posibles iluminaciones redentoras en su reflejo sobre el mundo exterior al hombre que en su incidencia directa sobre la libertad del ser humano. En el seno de esta libertad personal es donde se vive el drama de la acogida o la repulsa de la gracia. Quizá, al concretarlo así, la visión resulte menos grata en su conjunto, pero no se falsean las perspectivas. Se dice que esta visión es agustiniana y favorece los dualismos. Pero yo me pregunto si habrá posibilidad alguna de neutralizar algún día el teatro de la lucha para convertirlo en tierra de nadie. Me parece que no.

No conviene caer en dualismos, pero nunca en la tierra dejará de haber dos potencias, la del mal y la del bien. El cristiano no tiene opción posible. Ha de ponerse al servicio de esta última. Ello lo consigue plenamente, según el plan de Dios, cuando se incorpora a Cristo mediante una fe personal en Él y un amor a Él. *Tanto amó Dios al mundo que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna (Jn 3,16). El que se niega a creer en el Hijo no verá la vida (Jn 3,36).*

Pero con la fe, el amor. *En Cristo Jesús, ni circuncisión ni incircuncisión tiene valor, sino que solamente lo tiene la fe actuando por la caridad (Gal 5,6). Amemos, pues, a Dios, ya que Dios nos amó el primero (1Jn 4,19).*

El cristiano amará a Dios, y, por lo mismo, amará lo que Dios ama. A esto se reduce el mensaje. Situado dentro de esta corriente de amor, verá al prójimo como a un hermano, e incluso verá en él a Dios mismo. Los textos de San Juan, tan conocidos, lo afirman claramente, con claridad no superior a los que utilizó Jesús cuando habló de la norma discriminatoria de los que han de entrar o no en el reino después del juicio.

Todo está contenido ahí. El cristiano que de verdad quiera amar, con obras y no sólo palabras, se esforzará por mejorar y perfeccionar todo lo humano que condiciona la vida del hombre. La que hoy llaman teología de la acción, del progreso, del compromiso temporal, tiene ahí sus fundamentos más excelsos, aunque no ahí sólo. Mas todo carecería del sentido que el Redentor ha buscado con su venida al mundo si en el interior de los hombres no se desarrolla el proceso de identificación con su propia vida divina.

Es preciso vivir de esta vida antes que nada. *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura (Mt 6,33).* No lo separemos, pero tampoco invirtamos los términos ni siquiera a la hora de formular nuestro lenguaje. Y a los que observan que reino de Dios lo comprende todo, también lo que en la tierra pertenece al hombre, porque es ahí donde Cristo se ha encarnado, y que, por consiguiente, hay que buscarlo con un afán que Dios bendice, les responderemos siempre que, aunque sea así, con las debidas precisiones, el hombre que ha de nacer de nuevo, aquel de quien habló Jesús en su coloquio con Nicodemo, nace solamente en virtud de una llamada gratuita de Dios y de una respuesta libre, todo lo cual es estrictamente personal. Luego sucede que la llamada, en la intención de Dios, y la respuesta, en la obediencia

nuestra a las exigencias libremente aceptadas, implica todo el misterio de la solidaridad con los hombres y sus tremendas consecuencias.

La redención cósmica, universal, de todo lo creado es una hermosa palabra. No sólo es palabra, encierra también una gran verdad. Pero si la redención no se opera en el interior de cada hombre que viene a este mundo, nacido de mujer, con su cuerpo y su alma, todo quedaría reducido a una frustración alucinante. El hombre que por vivir la redención en su unión personal con Cristo *practica toda justicia*, cuando en su vida humana coopera al progreso en un campo determinado, no incurrirá en delito en otro campo. Por el contrario, cuando la persona se aparta de Cristo y rechaza el nuevo nacimiento, fatalmente, inexorablemente, sucede que mientras en su sector concreto contribuye al progreso, en otro lo paraliza también en el orden temporal. Porque todo pecado, o por su acción positiva o por la omisión que incluye, causa daño a la humanidad⁷.

III. POSICIÓN DEL CRISTIANO MODERNO FRENTE AL MUNDO

Preguntamos ahora cuáles deben ser la actitud y relaciones del cristiano de hoy con ese mundo cuya naturaleza y condiciones nos da a conocer la teología. El hecho mismo de hacernos tal pregunta, y precisamente referida al cristiano moderno, al de hoy, nos ofrece un tema de meditación. ¿Acaso existen hoy especiales motivos para el planteamiento del problema? ¿Es que el cristiano de hoy puede adoptar, frente al mundo, una actitud distinta de la del cristiano de ayer?

Tenemos que decir que sí, no sin pedir a quienes nos leen o escuchan que hagan un esfuerzo por entendernos. Si sólo se tratara de lo estrictamente dogmático,

⁷ Recientemente, Su Santidad Pablo VI hablaba a los fieles en Castelgandolfo: "Aquí puede surgir una cuestión muy compleja y, en ciertos aspectos, peligrosa, la del conflicto o armonía de ambas esperanzas; la esperanza temporal, hoy tan creciente y fascinante, y la esperanza cristiana, hoy con frecuencia discutida y olvidada. Habrá que tener cuidado. Un estudioso contemporáneo escribe: 'Ahora, en este mundo, la Iglesia se enfrenta con una nueva, poderosa, seductora corriente histórica, que opone a ella una especie de escatología rival. Es una forma de naturalismo que presume de conducir a la humanidad a un fin inmanente a la vida terrena mediante las propias fuerzas del hombre, ampliadas con las posibilidades de las ciencias... El naturalismo es sólo difuso en un mundo exterior a la Iglesia, pero presiona la conciencia y el obrar de los fieles, alterando el contenido de la esperanza cristiana. Esta alteración se manifiesta en la preocupación dominante por los bienes terrenos y en la exaltación de los valores de la vida humana'. Ciertamente habrá que tener cuidado para no perder la esperanza cristiana, la verdadera, la escatológica, la que debe orientar la vida de la Iglesia y de todo fiel cristiano hacia el reino de Dios. ¡Ante todo y sobre todo, el reino de Dios! Pero sabemos que ambas esperanzas, la temporal y la cristiana y religiosa, pueden incluso no oponerse, sino sumarse a la espera y búsqueda de algunos fines superiores de por sí terrenos, pero coordinados por la caridad al fin supremo de la vida cristiana, como son, por ejemplo, los de dar un auténtico sentido a la existencia del hombre, dominar el hambre en el mundo, instaurar la justicia, la fraternidad, la paz entre los hombres, promover la unificación ordenada y pacífica de la humanidad, y así sucesivamente; y esto debe acrecentar la confianza en los corazones de todos, de los jóvenes especialmente, que tanta necesidad tienen de esperanza, y de los hombres preocupados por el destino de nuestro tiempo, y debe granjear a la Iglesia de Dios nueva estima y nuevo amor; desde luego, porque la Iglesia de Dios es fuente de verdadera esperanza. También la esperanza cristiana puede sostener las buenas y elevadas esperanzas humanas" (Audiencia general, 26 de agosto de 1965).

apenas habría lugar para estos planteamientos, como no fuera para esclarecer alguna consecuencia o aspecto parcial de la doctrina hipotéticamente olvidado o dejado en penumbra. Al fin y al cabo, la Iglesia lleva veinte siglos enseñando a sus hijos los cristianos precisamente eso: su actitud frente al mundo. No caben modificaciones sustanciales en la enseñanza sobre un punto en torno al cual gira, ni más ni menos, que el problema de la salvación del hombre, es decir, aquello para lo cual vino Jesús al mundo.

Pero no es en el terreno dogmático en el que tales interrogantes se formulan, sino en el pastoral y misionero, es decir, allí donde todo cristiano, por el hecho mismo de ser portador de una luz y una esperanza, descubre tinieblas y contradicciones reales o aparentes, que pueden ser para él causa de una doble congoja, la de no acertar a llevar al mundo la luz de esa fe en la cual cree o la de saber cómo conciliar con esa fe la realidad del mundo actual, al que él no puede menos de amar.

Drama del creyente al ver cómo la fe se apaga en el mundo que le rodea. Drama del que tiene puesto su corazón en Dios al ver cómo tantos dioses del mundo de hoy amenazan su vida de esperanza, ofreciéndole el paraíso en la tierra. Un mundo alejado de la Iglesia. Dos mil millones de hombres a los que no ha llegado el mensaje cristiano, en una desproporción con los discípulos del Evangelio que será cada día mayor.

La técnica, con su poder fascinante y arrollador. El mito, sí, pero a la vez – perdónese la antinomia– la realidad del progreso de la materia. Y, a la vez, gemidos y voces que parecen cristianos, procedentes de un mundo que nos llama y al mismo tiempo nos rechaza, con sus anhelos de justicia, de paz, de nivelación social, económica y política. Y luego, por encima de todo, el misterio de Cristo, tan grandioso y tan profundo, y, sin embargo, al menos en apariencia, lleno de impotencia y debilidad, a pesar de sus proclamaciones tan inapelables y confiadas: *Yo soy la luz del mundo* (Jn 8,12). *Venid a mí todos* (Mt 11,28).

He aquí el drama o la serie de dramas encadenados. Con esto es con lo que se encuentra el cristiano de hoy. No tenía esa situación frente a sí el cristiano de ayer. Pasó la era constantiniana. Ya no existe la Edad Media. El Renacimiento, cuyos hombres, a pesar de todo, siguieron siendo cristianos, ha quedado atrás. Las revoluciones de los derechos del hombre, de la libertad, del igualitarismo social, del ateísmo ilustrado, viven ya de sus frutos y los poseen con tranquilo orgullo. Todo se ha emancipado de una tutela que nos parecía querida por Dios. Y, además, todo cambia sin cesar. La mutación parece una ley permanente e inexorable de la vida, incompatible con los dogmas fijos y las situaciones estáticas que se juzgaban indispensables para el mantenimiento de las estructuras cristianas. Un alud de nuevas exigencias políticas, sociales, económicas, se precipita cada día sobre el espíritu cansado de los hombres de hoy, cansancio que alcanza también a los cristianos.

¿Qué hacer, pues? Se comprende que el papa Pablo VI, la primera víctima de esta situación precisamente por ser el primero de los apóstoles, haya empleado para describirla una palabra tremendamente denunciadora y expresiva: "tormento apostólico" ha dicho que es para su alma.

Pues bien, creo que es el mismo Pontífice quien en la encíclica *Ecclesiam suam* nos marca las líneas fundamentales de lo que debe ser la posición del cristiano moderno frente al mundo. Veámoslo, examinando a la vez algunos otros textos del mismo Papa que completan la enseñanza de la encíclica.

a) Amor e interés positivo por el mundo

He aquí la primera condición del cristiano de hoy. Nada de evasiones ni huidas. Incluso el contemplativo, que planta su tienda en el interior silencioso de un monasterio, lo hará, porque también así, sirviendo a Dios de esta manera, sirve mejor al mundo. Todo el que ame a la Iglesia debe empeñarse denodadamente en la tarea de acercamiento al mundo.

"Por lo que toca a nuestra humilde persona, aunque lejos de hablar de ella y deseosos de no llamar la atención, no podemos, sin embargo, en esta intención de presentarnos al colegio episcopal y al pueblo cristiano, pasar por alto nuestro propósito de perseverar –en cuanto nos lo permitan nuestras débiles fuerzas y, sobre todo, la divina gracia nos dé modo de llevarle a cabo– en la misma línea, en el mismo esfuerzo por acercarnos al mundo, en el que la Providencia nos ha destinado a vivir, con todo respeto, con toda solicitud, con todo amor"⁸.

"Todo lo que es humano tiene que ver con nosotros. Tenemos en común con toda la humanidad la naturaleza, es decir, la vida con todos sus dones, con todos sus problemas; estamos dispuestos a compartir con los demás esta primera universalidad; aceptar las profundas exigencias de sus necesidades fundamentales, aplaudir todas las afirmaciones nuevas y a veces sublimes de su genio. Y tenemos verdades morales, vitales, que hemos de poner en evidencia y corroborar con la conciencia humana, benéficas como son para todos. Dondequiera que hay un hombre en busca de comprenderse a sí mismo y al mundo, podemos estar en contacto con él; dondequiera que se reúnen los pueblos para establecer los derechos y deberes del hombre, nos sentimos honrados cuando nos permiten sentarnos junto a ellos. Si existe en el hombre una *anima naturaliter christiana*, queremos honrarla con nuestra estima y con nuestro diálogo"⁹.

"Nos miramos al mundo con inmensa simpatía, y si este mundo se considera a sí mismo extraño, ajeno a la cristiandad, ésta no se siente extraña al mundo. Cualquiera que sea el aspecto bajo el que se presente o la actitud que este mundo adopte con respecto a la cristiandad. Que lo sepa, pues, bien este mundo: los representantes y los predicadores de la religión cristiana aman al mundo con un amor supremo e insuperable; el amor que la fe cristiana infunde en el corazón de la Iglesia. Esta no hace más que servir de intermediaria al amor inmenso, maravilloso, de Dios hacia los hombres"¹⁰.

Así constantemente. El lenguaje de las condenaciones y los anatemas ha sido abandonado, y de ello hace el Papa afirmación explícita: "Que lo sepa el mundo: la Iglesia lo mira con profunda comprensión, con sincera admiración y con

⁸ *Ecclesiam suam*, n. 63.

⁹ *Ibid.*, n. 91.

¹⁰ Mensaje de Su Santidad Pablo VI al mundo desde Belén el 6 de enero de 1964.

sincero propósito no de conquistarlo, sino de servirlo; no de despreciarlo, sino de valorizarlo; no de condenarlo, sino de confortarlo y de salvarlo"¹¹.

Lo mismo en la *Ecclesiam suam*: "Como es claro, las relaciones entre la Iglesia y el mundo pueden revestir muchos y diversos aspectos entre sí. Teóricamente hablando, la Iglesia podría proponerse reducir al mínimo tales relaciones, tratando de apartarse de la sociedad profana, como podría también proponerse apartar los males que en ésta puedan encontrarse, anatematizándolos y promoviendo cruzadas en contra de ellos; podría, por el contrario, acercarse tanto a la sociedad profana que tratase de alcanzar un influjo preponderante y aun de ejercitar un dominio teocrático sobre ella, y así de otras maneras.

Pero nos parece que la relación entre la Iglesia y el mundo, sin cerrar el camino a otras formas legítimas, puede representarse mejor por un diálogo, que no podrá ser evidentemente uniforme, sino adaptado a la índole del interlocutor y a las circunstancias reales"¹².

En consecuencia, quizá pudiéramos decir que la posición del cristiano moderno frente al mundo ha de ser tal que para expresarla habría que cambiar incluso la redacción gramatical de la frase. En lugar de frente al mundo, el cristiano estará en el mundo, como Cristo y como la Iglesia; dentro del mundo, integrado en él, caminando con él hacia adelante, pero sin ser de él.

b) Estimación del progreso temporal

Este amor del cristiano al mundo de hoy no puede quedarse en una contemplación admirativa y abstracta. Por el contrario, se trata de las relaciones concretas que se han de lograr en el campo político, social, cultural, económico. Quizá haya estado aquí nuestro pecado frente al mundo. Los cristianos, como tales, le hemos dejado hacerse solo. Ha crecido a nuestro lado en la época moderna, sin que acertáramos a infundirle el alma que necesitaba.

La llamada de los Papas en los últimos tiempos ha sido incesante, pero ¡con qué abrumadora y obstinada frecuencia desoída! Se trata no de cristianizar las cosas, recubriéndolas de las mil formas de vida propias de una sociedad teocrática ya extinguida, no. La tarea de poner alma cristiana en el mundo no excluye el reconocimiento del valor que las realizaciones temporales tienen por sí mismas, ni exige derramar sobre ellas el agua bautismal. Pide que el cristiano las ame con fervor, las cultive como el primero, se aplique a ellas consciente de que son reflejo de la bondad de Dios, tributo a su señorío universal, instrumento de perfección y caridad.

Su fe y su rectitud moral le harán cuidar de que se mantenga el orden debido en lo que depende de su libre actuación y en lo que se derive de su influencia. Esto asegurado, el cristiano ha de acostumbrarse a ver en el dinamismo de la sociedad terrestre, tal como se manifiesta en los múltiples campos de la actividad humana, la orden de marcha hacia adelante que el Creador ha impreso a la vida.

¹¹ Discurso de apertura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II, el 29 de septiembre de 1963: *Ecclesia* 23 (1963) 1315.

¹² *Ecclesiam suam*, n. 72.

Los planes de transformación de las estructuras agrarias, las aplicaciones de la técnica al mundo de la industria y el comercio, las asociaciones políticas de los pueblos sinceramente interesadas en la paz y el progreso, los derechos humanos, la protección a la infancia, el desarrollo económico y cultural del Tercer Mundo, la guerra contra el hambre y tantas y tantas empresas de índole estrictamente humana propias de nuestra época atormentada, tienen también un *quid divinum* en sí mismas, ofrecen objetivos nobilísimos a la acción de los hombres que creen en Dios y comprenden el alcance de los preceptos de Cristo sobre el amor al prójimo herido y abandonado en el camino.

"Todo cuanto se refiere a estos bienes económicos –inferiores, sin duda, a los bienes espirituales y eternos, pero necesarios a la vida presente– encuentra en el discípulo del Evangelio un hombre capaz de una valoración sabia y de una cooperación humanísima; la ciencia, la técnica, y especialmente el trabajo en primer lugar, se convierten para Nos en objeto de vivísimo interés, y el pan que de ahí procede se convierte en pan sagrado, tanto para la mesa como para el altar. Las enseñanzas sociales de la Iglesia no dejan duda alguna a este respecto, y con agrado aprovechamos esta ocasión para afirmar, una vez más, a este propósito nuestra coherente adhesión a estas saludables doctrinas"¹³.

El europeísmo, la unión de las naciones, el progreso técnico, la búsqueda de la paz internacional, el arte en todas sus manifestaciones, la investigación científica, merecen la máxima atención del cristiano, y han encontrado en Pablo VI, como también en sus predecesores desde los tiempos de León XIII, un ardiente defensor. En este sentido, los teólogos modernos, tan enamorados de descubrir el valor de las realidades temporales que les es propio y tan explícitos en lamentarse de que no siempre se haya reconocido así, tienen a su favor un magisterio que les llena de aliento.

c) Realismo y moderación en el juicio

Pero es necesario hacer una precisión clarificadora. En la exaltación, hoy tan frecuente, de lo que estos valores de la tierra significan, sólo con timidez, y a veces como de pasada, se hace alusión en muchos escritos al pecado y las fuerzas del mal operantes en el mundo. Diríase que, en su afán de reconciliarse con la civilización moderna, algunos escritores ocultan el paisaje triste y doloroso de las derrotas del humanismo, o que, renunciando, casi sin darse cuenta, a exigencias muy claras del Evangelio, quieren quemar etapas en el intento de aproximación entre la Iglesia y el mundo.

Como si estuvieran asustados de ver la escasa penetración del Evangelio, dan la impresión de querer dar la vuelta a las cosas, casi asegurando que de algún modo está evangelizado todo. Ellos, que no quieren que la Iglesia bautice a quien no ofrece su frente para recibir el agua, no tienen inconveniente –a juzgar por la vehemencia de su lenguaje– en considerar bautizado casi todo lo que existe en el mundo por el hecho de ser obra de la creación o consecuencia de la misma. ¿No será que en estas consideraciones se superponen dos planos, el del valor

¹³ *Ibid.*, n. 51.

de la creación, el mundo, el hombre, por un lado, y por otro, el del alcance y la extensión de la voluntad salvífica universal de Dios?

Es peligrosa esta confusión, y podría dar lugar a un naturalismo enervante que secase en su raíz las fuentes de lo sobrenatural que Cristo ha traído al mundo. Dios quiere salvar a todos los hombres, sí, y la acción de Cristo se extiende más allá de la acción de la Iglesia visible, es cierto. Pero esto se debe a la misericordia de Dios Creador y Redentor.

De que la Biblia nos hable de la bondad de las cosas y pida que glorifiquen al Señor, de que el Evangelio nos insista en la necesidad de amar al prójimo para salvarnos, se sigue que no nos salvaremos si incumplimos el precepto, o también que forma parte del plan de Dios la recta ordenación de todo lo creado, pero no otra cosa. Ello nos autoriza y nos obliga, si se quiere, a rectificar defectos parciales que hemos podido cometer en algunos momentos de nuestra enseñanza y práctica pastoral, a no omitir, sino, por el contrario, trabajar arduamente por conciliar, con nuestra ascética de salvación personal y colectiva, el anhelo de hacer progresar todo lo humano en todos los campos, porque así lo pide Dios y la naturaleza del hombre, pero nada más. En ningún instante podemos perder de vista que Cristo vino a renovar todo, y concretamente el hombre.

Ahora bien, antes de Cristo existieron civilizaciones terrestres con grandes valores humanos en el arte, la filosofía, la política, etc. Pero faltaba el hombre, y el mundo vivía en tinieblas. Y aunque se hubiera logrado una aplicación mayor de la justicia en las relaciones humanas, empresa sumamente difícil, aun reducida a estos términos, dada la necesidad moral de la revelación, ese hombre que así hubiera surgido no sería el hombre nuevo que vino a engendrar Jesucristo, el hombre de la fe, de la esperanza y de la unión con Dios.

Sólo este hombre es capaz de arrancar destellos de luz sobrenatural de las criaturas terrestres, intelectuales o éticas, sociológicas o políticas, y aun de las materiales inanimadas. Si este hombre no existe, no hay vida cristiana en el mundo. Dejadas a su propia condición, las criaturas no serían más que mudos y silenciosos sujetos inertes de un progreso humano destinado a abrirse algún día en una eclosión liberadora. Pero el hombre como tal, sin el germen de esa vida nueva que el Redentor le ha ofrecido, permanecen a estancado en su miseria, y de poco serviría el progreso de las cosas si aquel a quien el progreso ha de servir para acercarse a Dios continúa siendo esclavo.

No debemos exagerar nunca. El mismo San Pablo, cuyos son los textos más elocuentes relativos al señorío de Jesús sobre todo lo creado y a la esperanza misteriosa de las cosas, nos ha dejado en la carta a los Romanos un pasaje que se ha hecho célebre por la descripción tan sombría que hace del grado de decadencia a que habían llegado, a pesar de sus acueductos, sus foros y sus leyes. Y mucho nos tememos que en grandes sectores del mundo de hoy, brillantes por sus realizaciones temporales, tendrían aplicación exacta las mismas descripciones.

Queremos decir que el cristiano de hoy no debe perder de vista este aspecto tan real como desgraciado si quiere guardar el necesario equilibrio en su postura frente al mundo moderno.

Pablo VI da un ejemplo perfecto en la *Ecclesiam suam* y en multitud de documentos e intervenciones suyas cuando habla del problema que nos ocupa. Nadie le aventaja en la tarea de infundir aliento y esperanza sobre todas las empresas humanas que el mundo y los hombres de hoy tratan de llevar a cabo. Pero a la vez, como a quien corresponde la suprema responsabilidad en el análisis, el método y la pedagogía de la fe, no tiene miedo a denunciar las grandes lacras de una humanidad desprovista de la luz y la vida de Cristo.

"Hay una tercera actitud –nos dice– que la Iglesia católica debe adoptar en esta hora de la historia del mundo: la que se caracteriza por el estudio de los contactos que debe tener con la humanidad. Si la Iglesia logra cada vez más clara conciencia de sí y trata de conformarse al modelo que Cristo le propuso, llegará a diferenciarse profundamente del ambiente humano, en el cual vive y al cual intenta aproximarse."

"El Evangelio nos advierte tal distinción cuando nos habla del 'mundo', es decir, de la humanidad adversa a la luz de la fe y al don de la gracia; de la humanidad que se exalta en un ingenuo optimismo, creyendo que le bastan las propias fuerzas para lograr su expresión plena, estable y benéfica; o de la humanidad que se deprime en un crudo pesimismo, declarando fatales, incurables y acaso también deseables, como manifestaciones de libertad y de autenticidad, los propios vicios, las propias debilidades, las propias enfermedades morales. El Evangelio, que conoce y denuncia, compadece y cura las miserias humanas con penetrante y a veces desgarradora sinceridad, no cede, sin embargo, ni a la ilusión de la bondad natural del hombre –como si se bastase y no necesitase ninguna otra cosa sino ser dejado libre para abandonarse arbitrariamente–, ni a la desesperada resignación de la corrupción incurable de la naturaleza humana. El Evangelio es luz, novedad, energía, renacimiento, salvación. Por esto engendra y distingue una forma de vida nueva, de la cual nos da el Nuevo Testamento continua y admirable lección, como nos amonesta San Pablo: *No os conforméis a este siglo, sino transformaos por la renovación de la mente, para procurar conocer cuál es la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta* (Rm 12,2)."

"Esta diferencia entre la vida cristiana y la vida profana se deriva también de la realidad y de la consiguiente conciencia de la justificación producida en nosotros por nuestra comunicación con el misterio pascual, con el santo bautismo, ante todo; el cual, como arriba decíamos, es y debe ser considerado una verdadera regeneración. De nuevo San Pablo nos lo recuerda: *... cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados para participar en su muerte. Con Él hemos sido sepultados por el bautismo para participar en su muerte, para que como Él resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva* (Rm 6,3-4). Será muy oportuno que también el cristiano de hoy tenga siempre presente esta su original y admirable forma de vida, la cual lo sostenga en el gozo de su dignidad y lo inmunice del contagio de la humana miseria circundante o de la seducción del esplendor humano que le rodean."

"He aquí cómo el mismo San Pablo educaba a los cristianos de la primera generación: *No os juntéis bajo un mismo yugo con los infieles. Porque ¿qué participación hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué comunión entre la luz y las tinieblas? ... O ¿qué asociación del creyente con el infiel?* (2Cor 6,14-15). La pedagogía cristiana deberá recordar siempre al discípulo de nuestros tiempos

esta su privilegiada condición y este consiguiente deber de vivir en el mundo, pero no ser del mundo, según el deseo mismo de Jesús, que antes citamos con respecto a sus discípulos: No pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo (Jn 17, 15-16). Y la Iglesia hace propio este deseo"¹⁴.

A continuación de estas palabras, el Papa expone toda su hermosa enseñanza sobre el diálogo y el acercamiento al mundo para curarle. Esta es la posición exacta. Y con ello ni se quita nada al valor objetivo y serio de las cosas, ni se apaga el estímulo de los que, y son todos los cristianos, deben comprometerse en la tarea de construir y perfeccionar la ciudad terrestre. Se gana, en cambio, en percepción justa, que nos pone a cubierto de terribles sorpresas, la más dolorosa de las cuales sería una inconsciente traición a las exigencias de la fe.

d) Primacía de la fe y obediencia a la Iglesia

Sí, cuando hablo de la Iglesia en sus órganos vivos de magisterio, culto y gobierno, concretamente para el que profesa la fe católica, hablo del Vicario de Cristo, del sucesor de Pedro en Roma, del Papa y de los obispos, que con él y bajo él rigen la Iglesia de Dios. El cristiano, en su actitud frente al mundo de hoy, debe prestar suma atención y obediencia interna y externa a lo que la Iglesia, por medio de los que la rigen, nos dice en cada momento. Y hechas las debidas salvedades, diría lo mismo al cristiano no católico, en la medida en que su fe le permite reconocer una autoridad en la Iglesia a que pertenece. También él, igual que nosotros sus hermanos, ha de tomar postura ante el mundo moderno.

La que adoptan uno y otro ha de estar inspirada en una convicción: la de que la Iglesia es algo muy distinto y muy por encima del mundo. Con lo cual ningún agravio se infiere al mundo, ni se pretende para la Iglesia ninguna suerte de odioso privilegio o abuso de poder, sino sencillamente se es leal a la fe precisamente para mejor servir a los hombres.

En un artículo escrito en Roma durante la tercera sesión conciliar por el teólogo Schillebeeckx, divulgado por el Centro de Documentación Holandesa del Concilio bajo el título *La Iglesia y el mundo*, del cual se han hecho eco muchas revistas, leemos las siguientes palabras, con las que, a propósito del esquema 13, trata de expresar la postura que, a su juicio, ha de adoptar la Iglesia frente al mundo: "De este análisis resulta que la posición del problema contenido en el esquema 13 no puede inspirarse en una actitud que consista en lanzar desde lo alto de la montaña de Sion una mirada paternalista sobre las tierras bajas de este mundo terreno llamado extranjero, como si, tras la constitución sobre la Iglesia, en donde nos encontrábamos en tierra sagrada, la Iglesia abandonara la zarza ardiendo para aterrizar en un suelo extraterritorial. El suelo que pisamos en el esquema 13 es tierra santa, influenciada ya por la redención de Cristo y asumida en Él en la presencia absoluta y gratuita de Dios, antes incluso de que llegara la Iglesia como institución de salvación con su palabra que anuncia explícitamente el misterio"¹⁵.

¹⁴ *Ibid.*, núm. 54-55.

¹⁵ DO-C n. 142, 7.

Como imagen retórica no está mal. Y aun pienso que es aceptable lo que dice si hacemos un esfuerzo por percibir su intención recta y nos resignamos a aceptar, una vez más, las fáciles diatribas que hoy se lanzan contra los paternalismos. Temo, sin embargo, que por ese camino llegaremos a tachar de paternalista al mismo Dios, nuestro Padre, que está en los cielos. La palabra *Iglesia* se está utilizando con demasiada frecuencia en sentido equívoco, y éste es otro peligro.

Si por tal entendemos la institución fundada por Cristo para la salvación del hombre, la Iglesia jerárquica –y es obligado entenderlo así cuando se habla de sus relaciones con el mundo–, ¿cómo no decir de ella que es lo que dice la constitución ya aprobada en el Concilio, a saber, *Lumen Gentium*? Y, la verdad, no hay tanta distancia entre zarza ardiendo y luz de los hombres y de los pueblos. ¿Por qué tanto afán de atenuar las cosas? ¿Por qué ese concesionismo a ultranza y esta facilidad en admitir reproches injustificados?

Molesta al mundo el que la Iglesia le contemple desde la cima, como a algo que ella viene a salvar. Pero ¿acaso no le contempló así Jesucristo desde la cumbre solitaria de su divinidad, aunque fuese también hombre?

No hay paternalismo en el sentido ingrato de la palabra por el hecho de que la Iglesia se dirija al mundo con clara conciencia de superioridad. Esta no equivale en ningún modo a presunción ni distanciamiento. Es sencillamente cumplir con la misión de Cristo, que vino a ser luz del mundo. La Iglesia no deja de ser humilde al mostrarse como señal en lo alto. Pasa con ella lo que con la cruz de Cristo: fue levantada para atraerlo todo a sí, pero el que en ella moría estaba dando su vida por amor a los hombres.

Las afirmaciones de Pablo VI en la *Ecclesiam suam* son sumamente orientadoras a este respecto. Yo no las aduzco aquí con ánimo de enfrentarlas a las de aquellos teólogos que, como el citado más arriba, se expresan en un lenguaje distinto. No trato de descubrir desviaciones. Pero tampoco me parece digno consentir en formulaciones que, no obstante la buena intención que las mueve, podrían equivaler a una abdicación no permitida. Se puede –estoy seguro– llegar hasta el máximo en nuestro acercamiento al mundo para evangelizarle sin necesidad de poner sombras en las exigencias de la fe.

Dice Pablo VI al hablar de la reforma de la Iglesia: "Ante todo, debemos recordar algunos criterios que nos advierten las orientaciones con que hay que procurar esta reforma. La cual no puede referirse ni a la concepción esencial ni a las estructuras fundamentales de la Iglesia católica. La palabra *reforma* estaría mal empleada si la usáramos en este sentido. No podemos acusar de infidelidad a nuestra amada y santa Iglesia de Dios, pues tenemos por suma gracia pertenecer a ella y sube a nuestra alma el testimonio que de ella viene que somos hijos de Dios (Rm 8,16). ¡Oh!, no es orgullo, no es presunción, no es obstinación, no es locura, sino luminosa certeza y gozosa convicción la que tenemos de haber sido constituidos miembros vivos y genuinos del Cuerpo de Cristo, de ser auténticos herederos del Evangelio de Cristo, de ser continuadores directos de los apóstoles, de poseer, en el gran patrimonio de verdades y costumbres que caracterizan a la Iglesia católica tal cual hoy es, la herencia intacta y viva de la tradición originaria apostólica"¹⁶.

¹⁶ *Ecclesiam suam*, n. 41.

Y más adelante, dirigiéndose precisamente al cristiano moderno: "Si la observancia de la norma eclesiástica podrá hacerse más fácil por la simplificación de algún precepto y por la confianza concedida a la libertad del cristiano de hoy, más maduro y más prudente en la elección del modo de cumplirlos, la norma, sin embargo, permanece en su esencial exigencia: la vida cristiana, que la Iglesia va interpretando y codificando en sabias disposiciones, exigirá siempre fidelidad, empeño, mortificación y sacrificio; estará siempre marcada por el *camino estrecho* del que Nuestro Señor nos habla (Mt 7,13ss); exigirá de nosotros, *cristianos modernos*, no menores, sino mayores energías morales que a los cristianos de ayer; una prontitud en la obediencia, hoy no menos debida que en el pasado y acaso más difícil, ciertamente más meritoria, porque es guiada más de motivos sobrenaturales que naturales. No es la conformidad al espíritu del mundo, ni la inmunidad a la disciplina de una razonable ascética, ni la indiferencia hacia las libres costumbres de nuestro tiempo, ni la emancipación de la autoridad de prudentes y legítimos superiores, ni la apatía respecto a las formas contradictorias del pensamiento moderno las que pueden dar vigor a la Iglesia, pueden hacerla idónea para recibir el influjo de los dones del Espíritu Santo, pueden darle la autenticidad en su seguimiento a Cristo Nuestro Señor, pueden conferirle el ansia de la caridad hacia los hermanos y la capacidad de comunicar su mensaje de salvación, sino su actitud de vivir según la gracia divina, su fidelidad al Evangelio del Señor, su cohesión jerárquica y comunitaria. No es flojo y cobarde el cristiano, sino fuerte y fiel"¹⁷.

Las palabras que preceden son muy serias. No podemos debilitarnos a nosotros mismos con el objeto de evitar que nuestra fortaleza, la de Cristo en su Iglesia, parezca mal al hombre del mundo. No es olvido de la *exinanitio* y el humilde espíritu de Cristo proclamar, como Él lo hizo, que en la Iglesia está Él como camino y vida. No es triunfalismo, ni agresión a los derechos del hombre, ni desconocimiento de las huellas de luz divina marcadas en el mundo. Es lógica consecuencia de la fe.

El peor servicio que podríamos prestar al mundo consistiría en perder nuestra conciencia de guías y conductores en el orden que a la Iglesia corresponde. La arrogancia y la altanería son incompatibles ciertamente con nuestro magisterio. Pero igualmente lo son el abandonismo y la vacilación. Los teólogos hablan y escriben, y deben seguir haciéndolo. Mas no todo lo que dicen es inapelable. A veces sus palabras son luces sueltas que para que puedan convertirse en norma han de ser reducidas a unidad en la convergencia de múltiples consideraciones de las que no se puede prescindir a la hora de gobernar y santificar las almas.

e) Consagración del mundo

Cuanto se dice en el apartado anterior parece exigido no solamente por la índole misma de una auténtica actitud cristiana, sino también por la naturaleza de la empresa a que el cristiano está llamado si de verdad quiere responder a su vocación: la de lograr la consagración del mundo. Hablo ahora exclusivamente de los seculares. Las notas que definen la actitud cristiana enumeradas hasta aquí –amor al mundo, estimación de lo temporal, moderación de juicio, primacía de la

¹⁷ *Ibid.*, n. 47.

fe y la obediencia a la Iglesia— son aplicables por igual, en el terreno de los principios, a todos los miembros de la Iglesia, jerarquía y fieles.

Pero hay una tarea que es casi exclusiva de estos últimos: la de las realizaciones temporales en concreto bajo signo cristiano, tarea que ha dado en llamarse, desde los días de Pío XII, "consagración del mundo".

Sobre lo que ella ha de ser, sus condiciones y sus exigencias, tenemos ya las claras y hermosas enseñanzas del Concilio Vaticano II en el capítulo cuarto de la Constitución sobre la Iglesia: "A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios, tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está entrelazada. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo, y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad. A ellos muy en especial corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para gloria del Creador y del Redentor"¹⁸.

Conviene observar cómo el Concilio precisa con meridiana claridad la misión que al laico corresponde de ser levadura en el mundo y brillar ante todo con el testimonio de su vida, su fe, esperanza y caridad. El laico no ha de estar frente al mundo ni al margen del mundo, sino en el mundo, como la levadura en la masa, pero aportando algo que el mundo no tiene. Sólo así, mediante los reflejos del Espíritu de que los laicos son portadores, el mundo quedará consagrado.

"Cristo Jesús —dice la constitución sobre la Iglesia—, supremo y eterno Sacerdote, porque desea continuar su testimonio y su servicio por medio de los laicos, vivifica a éstos con su Espíritu e ininterrumpidamente los impulsa a toda obra buena y perfecta. Pero a aquellos a quienes asocia íntimamente a su vida y misión, también los hace partícipes de su oficio sacerdotal, en orden al ejercicio del culto espiritual, para gloria de Dios y salvación de los hombres. Por lo que los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, tienen una vocación admirable y son instruidos para que en ellos se produzcan siempre los más abundantes frutos del Espíritu. Pues todas sus obras, preces y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso del alma y del cuerpo, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida si se sufren pacientemente, se convierten en hostias espirituales aceptables a Dios por Jesucristo (1P 2,5), que en la celebración de la Eucaristía, con la oblación del cuerpo del Señor, ofrecen piadosísimamente al Padre. Así también los laicos, como adoradores en todo lugar y obrando santamente, consagran a Dios el mundo mismo"¹⁹.

He aquí por qué es absolutamente obligatorio insistir en este aspecto de la gracia en la vida del cristiano si de verdad se quiere lograr la transformación del mundo. No basta ponderar los valores religiosos o implícitamente cristianos que existen

¹⁸ Constitución *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, 31.

¹⁹ *Ibid.*, 34.

en las cosas. No es suficiente reconocer que lo profano, en cuanto tal, tiene ya su propia orientación hacia Dios y afirmar que, por consiguiente, la actitud del cristiano cuidará de no incidir sobre las tareas profanas como quien añade a las mismas una estructura extraña y exterior. En cierto modo habrá siempre una tensión entre el espíritu de Cristo y el mundo, aunque aquél se inserte y se sumerja en el corazón de las realidades profanas. El cristiano en el mundo siempre será portador de un don divino que el mundo no tiene.

Equipados con la fuerza y el valor de esos dones, "los fieles deben conocer la naturaleza misma de todas las criaturas, su valor y su ordenación a la gloria de Dios, y, además, deben ayudarse entre sí, también mediante las actividades seculares, para lograr una vida más alta, de suerte que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance más eficazmente su fin en la justicia, la caridad y la paz. Para que este deber pueda cumplirse en el ámbito universal, corresponde a los laicos el puesto principal. Procuren, pues, seriamente que, por su competencia en los asuntos profanos y por su actividad elevada desde dentro por la gracia de Cristo, los bienes creados se desarrollen al servicio de todos y cada uno de los hombres y se distribuyan entre ellos, según el plan del Creador y la iluminación de su Verbo, mediante el trabajo humano, la técnica y la cultura civil, y que, a su manera, estos seculares conduzcan a los hombres al progreso universal en la libertad cristiana y humana. Así Cristo, a través de los miembros de la Iglesia, iluminará más y más con su luz a toda la sociedad humana. A más de lo dicho, los seculares han de procurar, en la medida de sus fuerzas, sanear las estructuras y los ambientes del mundo si en algún caso incitan al pecado, de modo que todo esto se conforme a las normas de la justicia y favorezca, más bien que impida, la práctica de las virtudes. Obrando así, impregnarán de sentido moral la cultura y el trabajo humano. De esta manera se prepara a la vez y mejor el campo del mundo para la siembra de la divina palabra y se abren de par en par a la Iglesia las puertas por las que ha de entrar en el mundo el mensaje de la paz"²⁰.

Esta es la tarea de edificación de la ciudad terrestre, a la que el cristiano de hoy está llamado. El Papa por su parte, en la *Ecclesiam suam* y en innumerables discursos y actuaciones de sus dos años de pontificado, lo viene predicando con insistencia que no deja lugar a dudas, tanto al hablar expresamente del secolar como cuando habla en general del apostolado de la Iglesia en el mundo. Valga, entre todos, el siguiente texto lleno de vigor expresivo: "Vosotros, hombres de negocios, podéis también con arte vario, con virtud nueva, ser pilotos en la formación de una sociedad más justa, pacífica y fraterna. Sed hombres de ideas dinámicas, de iniciativas geniales, de riesgos saludables, de sacrificios benéficos, de expresiones animosas; con la fuerza del amor cristiano podréis grandes cosas"²¹.

Pero a la vez, casi siempre que examina estos problemas nos habla –¡y con cuánta razón!–, de la necesidad de evitar todo naturalismo, que desfiguraría el auténtico sentido cristiano de la acción de los bautizados en Cristo, aunque esa acción sea estrictamente temporal. Hay que obrar, sí, en la naturaleza, conforme a la naturaleza, dentro de ella, pero movidos por una intención, una fuerza y un

²⁰ *Ibid.*, 36.

²¹ PABLO VI, a la Unión de Empresarios y Dirigentes Católicos, el 8 de junio de 1964; "Ecclesia" 24 (1964) 11.

deseo que son superiores a lo que en la naturaleza se encierra: la gracia sobrenatural y cristiana. "La Iglesia, seculares católicos, os llama, os espera, os invita a la vida verdadera, a los valores auténticos, y no quiere hacer de vosotros unos extraños a las corrientes de la vida moderna, sino que desea daros aliento y vigor en vuestros pasos, de forma que no rodéis como seres inertes en estas mismas corrientes, sino que seáis vosotros quienes las promováis, les deis sentido, las comprendáis y gocéis de ellas como hijos de Dios. Sois *luz en el Señor*. Caminad como hijos de la luz"²².

Tan importante considero la referencia expresa y terminante a esta actitud interior en la empresa de la construcción cristiana del orden terrestre, que, si de ella se prescindiera, pienso que los discípulos de Cristo serían fácilmente arrollados en las batallas temporales por la "eficacia marxista". Porque lo característico del cristiano en su lucha por un mundo más perfecto es el amor. Ahora bien, este amor universal, abnegado, constante, no se mantiene en el alma si no se alimenta de la fe en Dios y del contacto con la vida divina de Jesús. La naturaleza del hombre y la historia lo demuestran. Pero si falla el amor –de hermano a hermano–, ¿de qué fuerzas podrá disponer el cristiano en la transformación de la sociedad capaces de competir con la dinámica del marxismo? Por eso, ni aun por razones de método y pedagogía de la acción temporal, es aconsejable prescindir o dejar en segundo plano la llamada a lo sobrenatural, cimiento de la fortaleza y constancia en la acción. Situados de igual a igual y obrando por motivos puramente humanos, los marxistas nos vencerían, porque son más eficaces y más consecuentes. Nosotros invocaríamos, a lo sumo, razones de derecho natural para el mejoramiento del mundo, las cuales suelen ser inoperantes cuando llega la hora del sacrificio y la renuncia. Cuando el cristiano cree de verdad en las palabras de San Juan que afirman: *Carísimos, si de esta manera nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nunca le vio nadie; si nosotros nos amamos mutuamente, Dios permanece en nosotros y su amor es en nosotros perfecto* (1Jn 4, 11-12), se convierte en el más beneficioso agente de transformación de todo lo creado.

"Un cristiano convencido –decía Pío XII– no puede confinarse en un cómodo y egoísta aislamiento cuando es testigo de las necesidades y miserias de sus hermanos; cuando le esperan las llamadas de auxilio de los 'económicamente débiles'; cuando conoce las aspiraciones de las clases obreras, que anhelan condiciones de vida más normales y más justas; cuando es consciente de los abusos de una concepción económica que pone el dinero por encima de las obligaciones sociales; cuando no ignora las desviaciones de los nacionalismos intransigentes, que niegan o pisotean la solidaridad entre los diferentes pueblos, solidaridad que impone a cada cual múltiples deberes para con la gran familia de las naciones. El cristiano católico, convencido de que todo hombre es prójimo suyo y todo pueblo es miembro, con deberes iguales, de la familia de las naciones, se asocia de todo corazón a los esfuerzos generosos que tienden a hacer salir a cada uno de los Estados de las estrecheces de una mentalidad egocéntrica localizada, mentalidad que tiene una parte preponderante de responsabilidad en los conflictos del pasado, y que, si no fuera vencida, podría

²² Mensaje de clausura del año paulino, el 25 de enero de 1964; *Ecclesia* 24 (1964) 5s.

conducir a nuevas conflagraciones, tal vez mortales para la civilización humana"²³.

Difícilmente puede expresarse mejor el amplio horizonte que se abre a la acción del cristiano en el mundo en todos los órdenes del progreso material. Si la Iglesia logra hoy en sus fieles la asimilación de este espíritu y esta conciencia, podríamos esperar, con gozo y con fundamento, la aparición de una época histórica nueva. Se habría conseguido restituir las cosas a su propia naturaleza y veríamos que, aun permaneciendo profanas, como tienen que permanecer, no carecían de orientación a Dios. Los laicos serían los ministros que las consagrasen, con ventaja sobre los que en otro tiempo trataron de hacerlo simplemente recubriéndolas de un institucionalismo cristiano, que, como tal, se quedaba con frecuencia en la superficie. Se comprende la frase de Congar: "Nuestro siglo laico, a veces hasta irreligioso, es al propio tiempo uno de los siglos más genuinamente evangélicos y misioneros"²⁴. Pero será muy necesario que las almas de los cristianos permanezcan fieles y vigilantes. ¿Podrá lograrlo el momento posconciliar que se avecina?

²³ Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1941-*

²⁴ *Esprit*, febrero de 1965.

2. PRESENCIA DEL MISTERIO

PRÓLOGO

El honor que me hacéis al elegirme miembro numerario de esta Academia de Ciencias Morales y Políticas no podrá ser correspondido por mí simplemente con sentimientos de gratitud. Me parece escaso reconocimiento a una distinción tan notable.

Por lo cual quiero asegurar os desde este primer instante que, por encima del agradecimiento, actitud noble si las hay, es el respeto y la admiración lo que llena mi alma al ingresar en la Academia: Respeto a la Institución en sí, por lo que significan su historia y su ejemplar actividad ; y admiración a vosotros , señores académicos, en cada una de cuyas vidas, tan dispares y tan coincidentes, sin embargo , en méritos de pensamiento y de acción, encontrará siempre, el que quiera lealmente buscarlos, motivos para la alabanza justa y el honor que se debe a vuestros trabajos y a vuestro propio comportamiento social en el campo específico de las actividad es públicas , por las cuales sois tan ampliamente conocidos y tan legítimamente estimados.

Recibiré de vosotros mucho más, sin duda, de lo que yo pueda ofrecer. Y éste es el mejor tributo que yo puedo rendiros al proclamarlo, como así es, con sinceridad y con gozo.

Sucedo al Académico de número, Excmo. Sr. don Eloy Montero Gutiérrez. Sólo una vez pude saludarle con ocasión de un acto académico celebrado en la Universidad de Valladolid, donde yo era Profesor. Tenía allí muchos amigos, desde los tiempos en que fue Canónigo Doctoral de aquella Metropolitana. Pero, ¿dónde no tenía amigos don Eloy Montero? Amigos y discípulos que recibieron el beneficio de su amistad y su magisterio. Su vida fue densa y apretada porque él la hizo girar constantemente en torno a tres grandes ideales: el Sacerdocio, el estudio del Derecho y la Cátedra.

Hizo sus estudios eclesiásticos en el Seminario de Ciudad Rodrigo y más tarde en la Universidad Pontificia de Salamanca, ciudad en la de Ciencias Morales y Políticas. Madrid, edición oficial publicada por la referida que cursó también los de Filosofía y Letras, y Derecho en la Universidad civil. A los veintiséis años era Provisor y Vicario General en su Diócesis de origen y Canónigo por oposición. Más tarde, Doctoral en Valladolid. Cargos y funciones todos ellos que le iniciaron en las tareas del gobierno, del hombre de acción y del dictamen del especialista.

En 1921 obtiene la Cátedra de Derecho Canónico en la Universidad de Sevilla, con lo que entra ya de lleno en el mundo universitario civil. En adelante, la docencia y el estudio de las disciplinas jurídicas serán su constante dedicación.

Pasa en 1928 a la Universidad Central, también por oposición; y, no obstante los turbulentos años que pronto aparecieron en el horizonte de la vida española, su prestigio fue creciendo sin cesar. Ello hizo fácil que, terminada nuestra guerra, fuese durante once años el indiscutible Decano de la Facultad de Derecho.

Su tiempo lo absorbían la Cátedra y la Facultad, las publicaciones doctrinales, los artículos y trabajos de divulgación, los informes y colaboraciones que hubo de prestar a las diversas Comisiones y Consejos de que formó parte, y también el ejercicio privado de la abogacía en tantos y tantos pleitos matrimoniales para cuya solución fue requerido. Sus obras sobre *Derecho Canónico Comparado*, *El matrimonio y las causas matrimoniales* y la iniciación de la "Biblioteca de Clásicos Jurídicos", en la Facultad de Derecho, no le impidieron dedicar su pluma a la redacción de otros escritos más ocasionales y accesibles al público no especializado, como *El porvenir de la Iglesia en España*, en 1933, y *Lo que vi en Rusia*, en 1935. Igualmente podríamos citar sus trabajos monográficos, como *Marruecos: el pueblo moro y el pueblo judío*, *La guerra ante el Derecho y ante la Iglesia*, *El individualismo económico y las modernas exigencias de la justicia social*, *Los Estados modernos y la nueva España*.

Por último, es de justicia señalar el fervor y la asiduidad con que se entregó a esta insigne Academia, que le acogió en su seno. Desde que fue recibido en 1942, asistió a 434 juntas entre ordinarias y públicas, y presentó, o escribió en la revista, diversos trabajos, como *Restauración de la vida familiar y hogareña*, *Neomaltusianismo y sus problemas*, *La Iglesia en la China comunista*, *La mujer en la revolución china*, *El movimiento ecuménico*, *La Iglesia anglicana*, etcétera.

Quizá el tema que mereció sus preferencias fue siempre el de la familia, al que dedicó el discurso de ingreso en 1942, con el título: Crisis de la familia en la sociedad moderna. En favor de esta institución sagrada trabajó cuanto pudo en su triple condición de sacerdote, canonista y sociólogo. La contemplación de tantos dramas familiares desde su despacho de abogado le ayudó a comprender de la manera más viva y directa la necesidad de cultivar por encima de todo los valores morales de la familia y, queriendo dar una prueba definitiva de cómo en él hallaron armonía las preocupaciones del sacerdote y el recto pensar del académico, dejó instituida en su testamento una fundación con capital de 300.000 pesetas para premiar a la persona que más se haya distinguido como jefe de familia cristiana y que más eficazmente haya defendido y programado los principios morales y religiosos de la familia católica en discursos, conferencias, libros, etcétera. Esta Academia, junto con la de Jurisprudencia –a la que también pertenecía–, forma parte del Patronato que ha de conceder los premios.

En suma, un hombre de claro y recto pensamiento, un jurista eximio, un español atento a las grandes tradiciones de su Patria, un enamorado de la cultura y las instituciones docentes, un sacerdote leal servidor de la Iglesia. Esto fue el Excmo. Sr. don Eloy Montero, al que yo rindo homenaje con toda complacencia, honrado por el hecho de sucederle en el lugar que ocupó en esta docta casa.

Paso ya al tema de mi discurso.

Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencia Morales y Políticas, Madrid, 11 de junio de 1974. Texto tomado de la edición oficial publicada por la referida Academia.

PRIMERA PARTE

EL PROBLEMA DEL MISTERIO EN LA VIDA HUMANA

Mi condición de sacerdote y obispo de la Iglesia de Cristo me obliga y exige, en cada momento y circunstancia de la vida, colocarme en una perspectiva muy concreta. Por eso al pronunciar mi discurso de ingreso, precisamente en esta Academia de Ciencias Morales y Políticas, he pensado en un tema sin duda fundamental para la vida del hombre hoy, que experimenta lo difícil que es vivir a pesar de los progresos técnicos del desarrollo de las ciencias en todos los campos: la "presencia del misterio". Es necesario volver continuamente sobre ello para no perder de vista el sentido de la totalidad de la existencia humana al entregarnos con tanto afán a responsabilidades aisladas de índole política, artística, económica, social, técnica y científica. La reflexión sobre la presencia del misterio en nuestra existencia es siempre vital y nueva, porque todo hombre ha de asomarse continuamente al misterio por sí mismo y siempre son nuevas y distintas las situaciones en las que se desarrolla la vida humana.

Nuestro compromiso con el misterio

"No vacilo en afirmar que muchos de los males más espantosos que aquejan a la Humanidad, muchos errores, incluso las peores perversiones que comprobamos a nuestro alrededor, se relacionan íntimamente con la casi general obnubilación del sentido que habríamos de tener para este misterio que nos envuelve a todos nosotros. Este misterio es de tal índole que con él la vida humana no solamente pierde, entre otras cosas, una dimensión, sino incluso peso y plenitud"¹. Es un texto de Gabriel Marcel, cuya muerte reciente me movió decididamente a elegir este tema, para él tan querido. Por eso parto de su reflexión sobre *Misterio y Problema*.

"Un problema es algo que encuentro, que aparece íntegramente ante mí, y que por lo mismo puedo asediar y reducir, mientras que el misterio es algo en lo que estoy comprometido"². Es decir, con el problema nos enfrentamos, es algo que está ahí, fuera de nosotros. Es un obstáculo que hemos de vencer, con el planteamiento de unos datos concretos que tienen una solución exacta. El misterio, en cambio, es algo en lo que nosotros estamos comprometidos, es interior a nuestro ser, lo llevamos dentro, y él nos lleva a nosotros: se identifica con nosotros, no podemos distanciarnos de él. Para el problema hay técnicas adecuadas, en función de las cuales se define; pero el misterio trasciende toda técnica. La experiencia humana va arrojando luz sobre la zona de lo problemático, las adquisiciones logradas se acumulan y quedan al alcance de quien las estudia; y, aunque siempre aparezcan líneas desconocidas y márgenes de error, lo desconocido puede ser cubierto y el margen de error corregido. No obstante, en cuanto al misterio, vivimos a su lado, dentro de él, pero jamás lo

¹ G. MARCEL, *En busca de la verdad y de la justicia*, Barcelona 1965, 78.

² G. MARCEL, *Être et avoir*, París 1935.

dominamos, ni podemos situarlo dentro de unos límites. Cada hombre ha de encontrarse y abismarse en el misterio por sí mismo; los datos y las informaciones apenas llegan a abordarlo.

Pero tampoco puede confundirse el misterio con lo difuminado, con lo nebuloso o con lo incognoscible. "Lo incognoscible no es, en efecto, más que un límite de lo problemático que no puede ser actualizado o sin contradicción. El reconocimiento del misterio es, por el contrario, un acto esencialmente positivo del espíritu, el acto positivo por excelencia y en función del cual se define rigurosamente cualquier positividad"³. En el problema somos nosotros los que formulamos preguntas, pero en el misterio somos interpelados, como llamados insistentemente para esclarecer algo que nos es vital. Lo maravilloso es que toda luz que se arroja sobre él hace más clara su interpelación, y esa claridad es una nueva llamada a una mayor profundidad.

Pienso en la doble referencia que define la condición humana según Gabriel Marcel: "Ser y tener". El tener alude al orden de cosas que el hombre posee, es el ámbito de su dominio, pero lo que le define propiamente no es lo que tiene, sino lo que es. Hay que buscar el tener en tanto en cuanto es un enriquecimiento del ser. Lo esencial es el ser, cuyas categorías escapan a las del tener, puesto que éste es "algo que llena lo que es", simple "inherencia al". "Para tener, efectivamente, es necesario ser en algún grado"⁴. Si el tener llegara a degradar al ser, habría hasta que maldecirlo, pero pierde ese aspecto de exterioridad y dualidad que presenta frente al ser, cuando el espíritu se alimenta de él como un árbol que al ir ensanchando más y más sus raíces en la tierra, se apodera de las sustancias que le nutren, porque las convierte en savia, en "árbol". El ser está en la línea del misterio; el tener, en la del problema.

Lo que hace al hombre tal no es el conjunto de sus haberes o pertenencias, es su misma existencia, el misterio de su libertad, capacidad, posibilidad de amar y ser amado, irrepetibilidad, apertura a lo trascendente, vocación, destino, responsabilidad. La filosofía puede decir que el hombre es un ser en el mundo, que es parte del mundo, que es la cumbre de las realizaciones en la Naturaleza, pero su ser no puede confundirse con el mundo. No tiene el mismo significado el que un pájaro construya su nido y un hombre construya su casa. En el hombre actúa el espíritu con toda su dimensión y se eleva por encima de las condiciones naturales inmediatas. El hombre no está constituido de tal manera que esté acabado en sí mismo. Posee una triple relación vital, como dice Martín Buber: relación con el mundo y las cosas, relación con los hombres, tanto individual como colectiva, y relación con el misterio del ser que penetra las dos relaciones anteriores trascendiéndolas. "Misterio que el filósofo denomina lo absoluto y el creyente Dios, pero que ni siquiera quien rechaza estas denominaciones es capaz de eliminarlo realmente de su situación"⁵. Estas tres relaciones vitales son paralelas a la triple relación de verdad, que según Hans Urs von Balthasar, en su libro *El hombre actual frente al problema de Dios*, hay en el hombre: el hombre logra sentido en el encuentro, el hombre como ser corporal es solidario del cosmos, el hombre como espíritu está abierto a Dios.

³ G. MARCEL, *Diario metafísico*, Madrid 1964, 146.

⁴ G. MARCEL, *Être et avoir*, París 1935.

⁵ MARTIN BUBER, *Qué es el hombre*, Méjico 1974, 110 (8ª edición).

El hombre es "persona" y tiene una significación tal que no puede ser sustituido por otro. La persona, como dice Marcel, toma conciencia de que "es más que su vida", está llamada a un destino eterno que siente dentro de sí y que sólo ella podrá realizar. Lo esencial de la vida humana se reduce en último término al misterio de su ser, no al hacer, tener o poseer. Los actos realizados son su fruto y concreción. Nos equivocamos al olvidar tan fácilmente el sentido de la vida humana y reducirla a conseguir éxitos, poder o dominio, al logro de las realidades materiales, a la circunstancia externa del aquí y del ahora, a la que ciertamente está condicionada y en la que se realiza, a la inmediatez de lo que toca y palpa, a la seguridad de lo exacto y preciso, a lo que se ordena y estructura según funciones y fórmulas, a la acción pragmática y eficaz. Sólo en el sentido de la vida, que es el misterio de nuestro ser, está la raíz de toda acción, y sólo en el ser se perciben los auténticos lazos y relaciones que entretejen la trama del vivir.

No se puede tirar por la borda, o sencillamente omitir, el misterio de la existencia que es el que ilumina la vida cotidiana y el ser del hombre en el mundo. Él es la clave de bóveda y el nudo de los seres. Sólo él puede dar una respuesta a todos los problemas y, a los hechos, una significación. Prescindir de él sería algo así como si en las fórmulas físicas, químicas o matemáticas cayeran los signos que permiten precisamente tales fórmulas y establecen su correlación y sentido, o como si en una composición musical nos quedáramos con las notas sueltas, sin pentagrama para leer la melodía.

Nada es más admirable e inquietante que el ser humano

El hombre es la proclamación viva del misterio en todo el desarrollo de lo que pudiéramos llamar las tres grandes zonas que integran su ser: conocimiento, sentimiento y tendencia. En la raíz de su existencia está la vida, la muerte y anhelo de inmortalidad, la ley y la libertad, la trascendencia y la finitud, el espíritu y la materia, la temporalidad y la pervivencia, la presencia y la soledad. En su vida cotidiana, las derivaciones del misterio se manifiestan en el amor, en la fidelidad, en las decisiones que libre y responsablemente toma, en el juicio y autocrítica de su propia conciencia, en el imprevisto que trastoca sus planes, en el dolor, en la paz. Los hombres se preguntan por el misterio, porque penetra su existencia de muy distintas formas. Nadie se pregunta por lo que de alguna forma no conoce, siente o vive. "Hay sabiduría dondequiera que uno tiende, no digamos a organizar, pero sí a ordenar su vida alrededor de un centro, con relación al cual aparece como periférico y subordinado aquello que no procede más que de la preocupación por mantenerse en la existencia y en los intereses que a ella se refieren. Pero la ciencia misma se reduce a un desperdigamiento de conocimientos si no se constituye en algo que gira alrededor de un centro"⁶.

Al hombre de siempre, pero quizá más que nunca al de hoy, le ha estremecido y admirado su propio poder. Se siente dueño y señor de todo. Es el único ser inteligente que comprende los procesos, encuentra las reglas y leyes del desarrollo, capta los principios de donde se deducen causas y efectos, reconoce las bases y fundamentos según los cuales tiene que suceder esto de determinada manera. Es capaz de razonamientos que tienen conclusiones fecundísimas. Su inteligencia penetra en la esencia de los fenómenos y cala

⁶ G. MARCEL, *En busca de la verdad y de la justicia*, Barcelona 1966, 142.

hasta lo profundo de las estructuras. Persigue la Naturaleza en sus leyes más recónditas y la esclarece hasta en sus últimos componentes. Satisface sus necesidades cada vez mejor y de forma más refinada. Despliega una vida riquísima en todos los campos del saber y de la cultura. La marcha de su historia es un constante progreso hacia un dominio de las cosas siempre en aumento. En su más profundo sentir, está la realidad de que el mundo le ha sido dado como tarea propia suya. Y si no lo siente como "dado", "confiado", se cree el ser en el que la Naturaleza se ha hecho inteligente, consciente y directiva. Lo que está en torno suyo le parece susceptible de ser captado, comprendido, modificado, aprovechado mediante su saber y trabajo. Todo se ordena a constituir una vida cada vez más tecnificada y fácil, como si sólo esto fuera la auténtica y profunda existencia humana.

Mucho hay de admirable en el universo, pero nada es más admirable e inquietante que el ser humano, dijo ya Sófocles hace veinticinco siglos en el coro de Antígona, porque "poseyendo la industriosa habilidad del arte más de lo que podía esperarse, procede unas veces bien o se arrastra hacia el mal conculcando las leyes de la patria y el sagrado juramento de los dioses"⁷. El poder es específicamente humano, y, por tanto, significa la posibilidad de ayudar al hombre al desarrollo de su plenitud o el peligro de enajenarle y destruirle. No le es algo añadido, está en el misterio de su ser, le es esencial ejercerlo. Lo que el hombre puede con su poder y dominio es una interrogación constantemente planteada, porque con facilidad sucumbe al egoísmo, a la confusión, al torbellino de la acción. Su mal uso le oscurece su vocación humana. Toda actuación del poder que no venga dominada por el respeto al misterio de lo que es la persona significa la destrucción de lo humano.

Si el hombre se sabe a imagen y semejanza de un Dios personal, vivo y libre, que también es su salvador, será dueño de su poder, será noble en su fuerza creadora, no se dejará esclavizar por nada, tendrá conciencia del sentido del conjunto de la vida y de su propia vida y destino, distinguirá lo que está lleno de valor y lo que debe ser sacrificado para lograr una mayor riqueza, tendrá una mirada despejada para captar el auténtico y pleno desarrollo de su ser. Su tarea, la que exige su vocación humana, quedará colmada. Si de la vida tiene una visión materialista y pragmática, todo lo tratará como una especie de fuerza de la que debe apoderarse para manipularlo a su antojo. Todo puede ser afirmado o trastocado, destruido o puesto en marcha más o menos que como si se manejara un interruptor que deja pasar la corriente. Si desapareciera del hombre el sentido y respeto de la vida, la convicción de que su destino es eterno y de la responsabilidad de su actuación; si desapareciera de su conciencia la luz del ser que realmente es, por muy grande que fuera su dominio, avanzada su técnica, exacta y precisa su ciencia, refinada su vida, caería en el vacío y degradación de su propio ser.

"El hombre de hoy y de mañana tiene que habérselas con energías de dimensiones enormes. Está expuesto a riesgos que llegan hasta el fondo. Pero su situación no se puede dominar con una actitud relativista de espíritu. Este produce una índole humana que sólo es dura en los planteamientos de problemas científicos y técnicos, pero que es blanda en su actitud personal. En

⁷ SÓFOCLES, *Antígona*, Buenos Aires 1970, 634.

ella resulta variable la distinción entre razón y sinrazón; la relación entre lo útil y el respeto al hombre; la ordenación de rango de lo esencial y de lo casual, y así sucesivamente. El hombre queda inerme ante las tendencias del acontecer cultural, y oculta su debilidad tras la idea de la inevitabilidad de los procesos."

"El hombre debe volver a establecer posiciones absolutas; hacerse otra vez capaz de formar un auténtico juicio de las cosas de la vida cultural, y mantenerlo en pie; de adoptar una actitud y hacerla prevalecer luchando. Esto no ocurre por sí solo, sino que los actos que lo producen deben ser desarrollados; pero aquello que lo consigue es precisamente la ascesis; una disciplina de sí mismo que limite la desmesura de las exigencias de la vida y que ponga medida al desenfreno del consumo y el placer, rompiendo la dictadura de la ambición y el afán de ganancia; y todo ello, no por la enemistad a la vida, sino por deseo de una vida más libre y valiosa."

"Sin exponemos a la sospecha del engrandecimiento de nosotros mismos, hemos de decir que en nuestra época hay posibilidades totalmente nuevas de grandeza en la actuación y en el ser. Pero 'grandeza' no es nada cuantitativo, sino asunto de valor interior; asunto de la libertad y del estilo"⁸.

El misterio de la existencia humana en la doble dimensión crucial del anhelo de dominio y del respeto

El anhelo de dominio es la expresión inmediata de la existencia humana. En su dimensión positiva e interior al hombre significa la conciencia de sí; la tensión por conseguir la identidad con uno mismo; la autoafirmación en y por encima de la diversidad de situaciones; la voluntad para establecer unos fines a conseguir, de la índole que sean; la autodeterminación ante toda una serie .de posibilidades de elección. En su aspecto más exterior es la facultad que pone en movimiento fuerzas, encauza energías que cambian la realidad, establece nuevas relaciones y estructuras. En su dimensión negativa significa soberbia, violencia, olvido de la realización interior, enajenación, abuso de fuerza, destrucción del respeto a la persona, allanamiento de la libertad, destrucción de valores fundamentales, supeditación a fuerzas interiores desenfocadas, perversión de intenciones y, por tanto, de fines.

El anhelo de dominio se expresa, tanto en la noble y alta aceptación del dolor, que lo convierte en visión más profunda de la vida y de lo esencial, como en el esfuerzo inteligente para transformar la energía de la Naturaleza; tanto en el hombre que se destruye a sí mismo por ejercer un poder tiránico que aniquila su interioridad, como en la destrucción violenta de vidas y bienes. El anhelo de dominio se define cuando el hombre cobra conciencia de él y lo transforma en acción de la que es único responsable. El misterio presente en el ejercicio de su poder lo diferencia de todo lo que existe en la Naturaleza y le hace preguntarse, en consecuencia, por esta responsabilidad suya, por esta singularidad y grandeza de su condición humana. En él todo tiene sentido: el dolor, la alegría, el éxito, el fracaso; porque todo, según el ejercicio libre de su poder, puede realizarle o destruirle. Nuestras acciones nunca son sencillamente una cadena

⁸ ROMANO GUARDINI, *La preocupación por el hombre*, Madrid 1965, 48.

de estímulos y respuestas, un simple planteamiento de datos de un problema con una solución encasillada y única.

En el interior de sí, el hombre sabe, tiene capacidad para ello, que no existe dominio alguno que no sea al mismo tiempo dominio de sí; que no hay grandeza sin el renunciamiento de uno mismo; no hay poder sin humildad, no hay mandato sin obediencia. Y cuando el hombre sabe y vive todo esto, es que vive inmerso en algo que trasciende lo material, en algo que no puede asir entre sus manos ni delimitar con su inteligencia. Sabe que ejerce bien o mal su poder con relación a una plenitud, a un dominio y a una liberación que añora y que parece identificarse con él mismo, pero que aún no posee. Hay algo, la presencia del misterio, expresado y definido en ese anhelo de dominio que es mucho más que el dominio de fuerzas exteriores, porque lo que desea es su plena realización, una interiorización que le trasciende y le abre, una liberación que le eleva como por encima de sí mismo al tiempo que encuentra su verdadera y rica identidad.

El anhelo de dominio y el respeto son manifestaciones muy concretas, pero también muy hondas del misterio de la existencia humana. Su vinculación es radical y ambos parten del mismo núcleo: la singularidad y dignidad de la persona humana. Al hablar de persona, pienso en el sentido de lo que esencial y existencialmente constituye al ser humano como tal: libertad y responsabilidad, con todas sus implicaciones; pienso en la unidad. Íntegra que fundamenta todos los actos, en la propiedad que de sí mismo tiene, en su exclusividad, en la exigencia de entrega por el amor y en la apertura a la trascendencia. Por tanto, al hablar de respeto a la persona está en juego lo más fundamental que puede decirse. De toda esta rica condición brota en consecuencia, como decía hace un momento, el anhelo de posesión y dominio. Y todo abuso de él va en contra del respeto a la persona, de la misma forma que quien no tiene respeto a la persona está dispuesto para la intervención abusiva y destructora de su poder.

El origen del sentimiento del respeto está, por tanto, en la raíz del misterio del ser humano. Es la intuición de la grandeza que late en la persona, la conciencia de su valor, la convicción de algo sagrado e intangible, el convencimiento de no poder tomar posesión de ella y utilizarla para provecho propio. El respeto descubre el derecho a la dignidad, a la libertad, a la propia iniciativa, al propio desarrollo y desenvolvimiento. El auténtico respeto empieza cuando ante "el otro", el hombre se echa hacia atrás, colocándose como en una perspectiva espiritual, perspectiva completamente diferente a la que tiene ante las cosas, y no intenta, por tanto, cogerlo, manejarlo o dominarlo como si fuera un objeto más. El auténtico respeto empieza cuando el hombre se coloca a sí mismo y a los demás en la zona del misterio y no en la del problema. El respeto reconoce que hay una esfera privada, personal y ajena. ¿Cómo es posible que nuestra sociedad se deje arrastrar por el sensacionalismo, atropellando lo que el respeto pide, y simplemente por el afán de dominio y de poder? Este anhelo, fundamental a la condición humana, que puede convertir al hombre en un ser verdaderamente libre para el amor y la verdad, puede también destruirlo y convertirlo en un ser demoníaco. Siempre lo que es capaz de mayor gloria y grandeza lo es de la mayor abyección y miseria.

El respeto brota de la admiración de la grandeza y la admiración ensancha el corazón del hombre. El hombre que no admira es que no ama, y es un resentido, un mezquino y envidioso. Pero también nace el respeto ante el dolor, la tristeza,

la debilidad. Misterio del dolor humano, de la tristeza, de la debilidad, cuya verdad y realidad muchas veces escapan al mismo que la experimenta. La comprensión es el camino del respeto; es necesario abrirse más y más a la comprensión de la condición humana. Para que el hombre conozca y asuma su total responsabilidad, tiene que encontrar la verdadera relación con las exigencias más íntimas de su ser, que le harán ver la verdad de las cosas, y en las que puede hallar la explicación de sí mismo y de lo que le rodea.

Los hombres anhelan grandes realidades y no se dan cuenta de que sólo algunos encuentran el camino hacia ellas, porque lo comienzan en la capacidad de su propia persona, que es el mejor don que les ha sido confiado. Los que han encontrado el camino han descubierto la interioridad, la ascesis, el "para qué" del poder en su vida, el respeto a la persona, la fecundidad del sacrificio y de lo que, en una situación de inmediatez, puede parecer renuncia y despojo. Estos hombres saben y están iluminados por el misterio de su existencia. Saben "lo que la disciplina significa, no como incorporación pasiva a ella, sino como algo que asumen en la responsabilidad de la conciencia y en honor de la persona. Aquí reside el presupuesto de la tarea más grande que estos hombres han de realizar: erigir una autoridad que respeta la dignidad humana; crear órdenes en los que pueda existir la persona. La capacidad para mandar y para obedecer se ha perdido de tal manera que la fe y los dogmas han desaparecido de la conciencia de los hombres. La verdad incondicional ha sido sustituida por la pura consigna; la orden, por la coacción; la obediencia, por el abandono de sí mismo. Es preciso volver a descubrir lo que significa mandar y obedecer. Esto sólo es posible si se reconoce de nuevo la grandeza absoluta, si se ven los valores absolutos; pero esto significa reconocer a Dios como norma viviente y punto de relación de la existencia. En último término, sólo se puede mandar justamente si se parte de Dios; y sólo se puede obedecer bien si la obediencia se refiere a Él"⁹.

La vivencia del misterio es el único modo de existencia auténtica

La vivencia del misterio es el único modo de existencia humana auténtica, porque todas las situaciones y elementos: el trabajo, las relaciones, las actuaciones, los hechos, obtienen su pleno sentido cuando alcanzan la dimensión de algo más que ellos mismos y que los trasciende. Vivimos la vida a través de circunstancias concretas, de situaciones limitadas al "aquí" y al "ahora", pero nuestro ser escapa a esta circunstancialidad: ahí está el ansia de amor eterno en los juramentos y promesas de fidelidad, la continua necesidad del hombre de crear cosas bellas, el arrepentimiento que nace en la zona más íntima y personal, la inquietud por la verdad en todas sus manifestaciones, los juicios de valor, la aceptación del dolor, la grandeza de ánimo como respuesta a situaciones hirientes.

Pero es que, además, he dicho "aquí y ahora" como si estos adverbios estuvieran claramente delimitados y definidos, siendo así que la espacialidad y temporalidad son interrogaciones perennes del pensamiento filosófico y también de las ciencias positivas. El misterio está ya en estas dos coordenadas y en la realidad de lo existente, en su inmensidad, ilimitación, en el encadenamiento de verdades que nunca se agota, en la manifestación de grandeza y belleza, en el

⁹ ROMANO GUARDINI, *El poder*, Madrid 1963, 127.

lenguaje y en los símbolos, en la expresión de la ley inteligente y sabia que todo lo penetra, en el orden y armonía de la singularidad y de la totalidad. Todo, absolutamente todo, está haciendo relación y referencia a un sentido, en el que esa singularidad y totalidad encuentra su fundamento y finalidad. Lo existente es la expresión en el tiempo y en el espacio de "la verdad", "del orden", "de la belleza", "del bien", conceptos que todos atisbamos y en relación a los cuales establecemos nuestros juicios de valor, pero que nos sobrepasan y envuelven. Cuando el hombre, con su inteligencia, descubre una ley, no es en realidad un punto de llegada, sino un nuevo punto de partida; ha descubierto un horizonte que le abre a otros nuevos horizontes. Y es propio de su espíritu científico la exigencia de un conocimiento integral que excede a las ciencias positivas. Dice Garrigou-Lagrange en su libro *El sentido del misterio*, que Santo Tomás y Aristóteles, porque tenían un espíritu verdaderamente filosófico, poseían un alto grado del sentido del misterio, es decir, un "hábito de sabiduría" muy diferente del de la ciencia positiva y del espíritu geométrico. "Mientras que las ciencias positivas, que establecen las leyes de los fenómenos, consideran lo real como sensible u objeto de experiencia externa o interna; mientras que las matemáticas consideran lo real como cuantitativo, la filosofía primera o metafísica considera lo real como real, o al ser en cuanto ser"¹⁰. Las ciencias positivas, a medida que se van desarrollando, son más conscientes de sus métodos y posibilidades y de las inmensas zonas que escapan a su alcance. "Me parece digno de nota que hoy se vuelva a la verdadera metafísica 'mediante' la ciencia y no contra la ciencia. En efecto, los filósofos irracionales, sean cristianos o existencialistas, han hecho quiebra. Nuestra época vuelve a encontrar la gran idea antigua y cristiana de la aptitud de la inteligencia para conocer la verdad de las cosas"¹¹.

La vivencia del misterio nos da una base firme y una libertad que nos hace capaces de captar con la mirada los diferentes procesos. Lo vital suyo está en el sentido positivo que brinda, en la exigencia constante de superación, en la serenidad y conciencia que da en los avatares de la vida, en la capacidad de resistir los oleajes y movimientos de las ideologías pobres y superficiales, en la liberación de la fuerza de sugestión de los grandes "slogans" y de las grandes cifras, en el espíritu de creación y de invención que en él se respira, en lo confortante que para el ánimo es su calor y presencia, en la realidad de crecimiento que supone en todos los órdenes, en el sentido de responsabilidad y madurez que entraña, en la apertura que presenta para el espíritu que tiene necesidad de caminos y no de muros. El misterio enseña que se deben sacrificar todas las apariencias de felicidad con las que los mediocres la confunden, y que no son más que simples goces del corazón y del cuerpo adormecidos. El misterio saca al hombre de su pequeñez, encogimiento y cerrazón y le despierta hacia lo desconocido que duerme en su ser y que es él mismo convertible en su propia grandeza. El misterio comienza allí donde un hombre se sabe y se siente por encima de la materialidad y limitación que lo constriñen.

Es el misterio el que hace descubrir al hombre en su soledad la vasta e ilimitada extensión de su espíritu y la línea de fuerza más radical que posee: el amor, don de sí y reconocimiento del otro, por el que el ser cobra toda su dimensión y medida. Es transformante por naturaleza, pero es necesario que encuentre su

¹⁰ R. GARRIGOU-LAGRANGE, *El sentido del misterio*, Bilbao 1963, 86.

¹¹ JEAN DANIELOU, *Desacralización o evangelización*, Bilbao 1965, 55.

objeto, por el que tiene sentido la vida y la muerte, el dolor y la alegría. El amor nace en el silencio, que tanto tiene que ver con el misterio, porque pertenece a la estructura fundamental del hombre. "El silencio es esencial a su constitución –dije en la conferencia *La adoración eucarística en la vida de la comunidad cristiana*, pronunciada en Valencia con motivo del VIII Congreso Eucarístico Nacional–, es la base para llegar a la ciencia, a la belleza y a la trascendencia. Desde él se parte a todas las direcciones, mundo exterior, mundo del arte, mundo religioso. Sólo desde él puede conocer a Dios, a los hombres y al mundo. Es el signo de la cualidad y profundidad del espíritu. El hace posible las más grandes verdades, es la puerta de entrada donde todo cobra su densidad original. Los hombres nos encontramos en el silencio, gozamos de la obra de arte teniendo ambos, objeto contemplado y hombre, como medida común, el silencio. Se encuentra el hombre con la creación de su inteligencia y de sus manos en el silencio. La perfección, la belleza, se logra cuando la espontaneidad original del silencio de la naturaleza y la del espíritu se encuentran y unifican en la "creación". El silencio es fértil como el grano de trigo. Él informa la palabra, el gesto, la expresión; no es carencia, ni suspensión de la palabra. Es esencial a la vida interior, una, y da consistencia a lo que hay en nuestra intimidad. Callamos ante el descubrimiento, ante la creación, ante el amor. Ya no tienen sentido las preguntas; se siente, se ve inmerso en la plenitud; es como la totalidad, el gran contenido"; se vive en el misterio.

"La vida sin el misterio sería irrespirable", dice Gabriel Marcel¹². Una concepción de la vida sin el misterio lleva al nihilismo, a la situación de pobres seres acosados por lo imprevisto de todo lo que ocurre, al absurdo, a la pérdida de la gozosa confianza, vital para el ser humano; a la confusión y sometimiento a cualquier impresión y fracaso. En el misterio está la razón de vivir; sin él, ¿qué sentido tiene? ¿En razón de qué nos amaríamos y comprenderíamos los hombres? ¿Por qué la nobleza, la honradez, la justicia? ¿Por qué la valoración, el rendimiento y el respeto ante el débil, ante el ser deforme, ante el inerte? ¿Sin el misterio, qué garantía en las relaciones humanas? ¿Qué sentido tiene el deber? " El instinto de justicia y de caridad, presente en cada uno de nosotros, a pesar de todos los mentís de la Historia, pide que la vida tenga un sentido. No para asegurarnos una recompensa egoísta, sino para que la vida sea algo. 'Para que sea', sencillamente. Porque la vida no es nada si no es 'verdadera'. Y no es verdadera si no participa de una verdad absoluta"¹³. En la misma medida en que perdemos el sentido del misterio pagaremos una gran factura en la realización y desarrollo de nuestra vida humana, religiosa, social, cultural. Ya la estamos pagando al dar tanta preponderancia a lo finito, a la acción con una perspectiva puramente temporal y anecdótica, al logro técnico y social, como si todo quisiéramos reducirlo a la escala de lo concreto y medible y quitarle la dimensión de trascendencia en la que está la grandeza.

Respuesta del hombre a la vivencia del misterio

Si la presencia del misterio es real y vivida, tendrá consecuencias que se manifiesten en la vida cotidiana y ofrecerá a los hombres que lo admiten, más

¹² Cf. *L'Iconoclaste*, París 1923, 147.

¹³ CHARLES MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, vol. I, *El silencio de Dios*, Madrid, 6ª ed., 1966, 490.

aún, les exigirá: alma para su civilización técnica, luz bajo la que se vivan con ilusión las tareas temporales, sentido del dolor y de la muerte, que siempre existirán, a pesar de los adelantos de la técnica; la significación sagrada del amor y la relación de justicia y verdad entre los hombres; juicios de valor verdadero, auténticos motores para crear un clima de alegría y confianza; certeza de que estamos hechos para la felicidad y la plenitud por encima de lo que temporalmente nos afecta, como desgracia y fracaso; voluntad decidida para luchar contra una decadencia que se complace morbosamente en hurgar en las defecciones y debilidades; capacidad de resistir y defender las convicciones propias frente a nihilismos, relativismos y escepticismos demoleedores.

La vivencia del misterio lleva a la realización del bien, de lo bueno, de un quehacer moral del que está hoy tan necesitado nuestro mundo, confuso y perplejo dentro de tantas éticas de situación que minimizan la riqueza y exigencia del ser persona. La cuestión fundamental de todas las ciencias es en el fondo la misma: la de su verdad. Nada hay más profundo que ella; por eso, siguiendo el camino trazado por Platón y Aristóteles, San Agustín y Santo Tomás ven la bondad de los actos en la conformidad con su ser, "en el obrar en verdad". El bien, como dice Santo Tomás, es lo que es razonable y esencial en cada caso, en cada situación con que la vida nos sale al encuentro. El bien es algo vivo, activo, es la creación más fecunda, la única fecunda y de consecuencias ciertas e infinitas. Hay algo inefable en el mensajero del bien; él tiene buena y sana intención respecto a la vida en todas sus situaciones, por complejas que sean; respeto y nobleza para dejar ser, dejar valer y ayudar a crecer; da firmeza y serenidad, flexibilidad y comprensión; no se deja amargar por las circunstancias y el dolor le fortalece; está convencido de que el bien lo realiza cada uno concretamente, empezando por él mismo. El hombre bueno es la presencia de un orden que trasciende lo material, lo limitado y finito; en él encuentra resonancia la palabra que siempre está pronunciando el misterio.

El mayor mal que se está haciendo al hombre es querer eliminar la trascendencia y la dimensión del misterio, tratando de reducirlo todo a datos personales y circunstanciales. Las consecuencias son: la tendencia a sustituir la verdad por la opinión, la confianza por la inquietud, el fin por los medios, la conversión por una especie de malsano complejo de culpabilidad; inclinación a presentar el bien moral como un conformismo social, a considerar como héroe al que va en contra de los valores. "Se presenta a la certeza como la expresión de una necesidad sospechosa de seguridad y se exalta la duda como si fuera el criterio mismo de la existencia auténtica. Pues bien, es falso que ponerlo todo radicalmente en tela de juicio sea la expresión misma de la autenticidad de la inteligencia; eso es, por el contrario, una perversión. Las ciencias jamás lo ponen todo en tela de juicio. Lo hacen con hipótesis pasadas, para sustituirlas por otras que expliquen mejor los datos. Pero jamás ponen en tela de juicio los datos mismos. Se puede discutir una astronomía, pero no la existencia de los astros. La teología procede de idéntica manera. Tiene aproximaciones cada vez más correctas del dato de la fe. En este sentido discute los problemas. Pero no discute el dato de la fe, porque ello sería negar su objeto. Y en el plano mismo de la explicación, toda ciencia cuenta con cosas adquiridas, sobre las cuales no hay ya por qué volver de nuevo".

"Ante este ambiente, los cristianos son, con demasiada frecuencia, cobardes o cómplices. No puede uno menos de escandalizarse de la manera en que algunos periódicos y revistas católicas tratan sobre películas, novelas o ensayos sin subrayar en modo alguno los problemas morales que plantean, e interesándose exclusivamente por su valor artístico. Y aun este criterio no tanto en función de su calidad cuanto de algunas modas del día. Creo que es difícil que una obra genial no sea expresión de una humanidad también genial; es decir, rica en autenticidad. Existe un vínculo fundamental entre belleza auténtica y humanidad auténtica. A base del error jamás se harán auténticas obras maestras humanas. No podría citar aquí realizaciones cumbres en el ámbito de la música, de la pintura o del teatro que no sean al mismo tiempo la expresión de una profundidad y de una autenticidad humanas."

"Si no hay complicidad, sí dimisión. Cabe siempre encerrarse dentro de una torre de marfil cada vez más ilusoria, porque hoy es imposible quedarse al margen del ambiente en que se vive"¹⁴. Jean Daniélou llama "enterradores" a los maestros de la revolución, que se quedan en el plano de la impugnación y nada tienen que afirmar, porque todo cuanto se presenta como susceptible de dar un sentido, todo reconocimiento de trascendencia es para ellos alienación y represión.

Para establecer juicios, para decir, por ejemplo, que una sociedad es inhumana, antes hay que saber qué es el hombre, porque según lo que él sea, así será su aspiración y su realización. Si al hombre le negamos su trascendencia, su destino eterno, su vocación de ser, de verdad, de bien, de belleza, su responsabilidad en orden a una salvación y condenación propia y ajena, ¿qué clase de persona y de sociedad pueden existir? ¿En qué se fundamenta su amor y su sacrificio, su entrega y su responsabilidad? "Todo ocurre como si estuviésemos hechos para otra cosa, para un futuro irrealizable, para una felicidad aún no conseguida, para 'otro mundo', para 'otra vida', para una liberación de las apariencias opresivas, para una victoria sobre la muerte ..., la cual continúa siendo el escándalo absoluto. Creo que, si esta convicción de otro mundo no existiera, todos nuestros gestos ante el nacimiento o la muerte serían inmediatamente estúpidos... Y encuentro entonces una verdad filosófica, humana, e incluso universal, en esta reflexión tan bella de San Pablo a propósito de la muerte: *No queremos ser desvestidos, sino que queremos ser supervestidos, a fin de que lo que es mortal en nosotros sea absorbido por la vida*"¹⁵.

Para Zubiri, la religación es el vínculo ontológico del ser humano; no es una dimensión que pertenece a la Naturaleza, sino a su persona, o si se quiere, a su naturaleza personificada. No estamos arrojados absurdamente en el mundo, sino que estamos religados; y lo que religa la existencia, religa con ella al mundo entero; es decir, la religación afecta a todo, pero sólo en el hombre se actualiza formalmente. La religación nos abre el ámbito del misterio y nos sitúa ontológicamente en él. "Y así como el estar abierto a las cosas nos descubre en éste su estar abierto, que 'hay' cosas, así también el estar religado nos descubre que 'hay' lo que religa, lo que constituye la raíz fundamental de la existencia"¹⁶. Sólo el hombre que vive en el reconocimiento de la trascendencia, expresado de

¹⁴ JEAN DANIELOU, *Desacralización o evangelización*, Bilbao 1965, 14-16.

¹⁵ JEAN GUITTON, *Lo que yo creo*, Barcelona 1960, 123-124.

¹⁶ J. ZUBIRI, *Naturaleza, historia y Dios*, Madrid 1955, 320.

una forma o de otra, puede dar sentido a la bondad o maldad de su actuación, puede dar sentido a la justicia o injusticia de sus relaciones. El habitar y actuar en el mundo no es algo aparente, fruto de un mundo "interpretado", ni es el estar en un mundo de los hombres, con o en contra unos de otros, desafiando el destino. Es el estar en un mundo en el que todos los pasos tienen un sentido, ser conscientes de la religación que nos une, de dónde venimos y a dónde vamos. Vivir sabiendo que lo que da sentido a la vida, da sentido a la muerte. Nuestro siglo, que ha alcanzado grandes cumbres y grandes metas, quedaría sin consistencia, desanclado, desarraigado, si no ofreciera una metafísica, una casa en que habitar, un sentido para comprender, un aire en que respirar.

El hombre que vive en la trascendencia sabe y siente la exigencia de la fidelidad, que es permanencia por encima de lo fugitivo; permanencia firme y leal en un amor, en una responsabilidad, en una postura, a pesar de sacrificios, dificultades o daños. La fidelidad lleva a la identidad con uno mismo, es el eje de la propia realización y la única postura apropiada en el reconocimiento del otro. Es como la ley que debe imperar en el ser, en el pensar y en el obrar. Maurice Nodoncelle, en su obra *De la fidelidad*, nos la describe como la que hace posible la realización y cumplimiento de la persona; para él tiene una significación metafísica y no sólo psicológica o moral; la fidelidad es esencialmente fidelidad a una fe, a un valor, a los seres o "valores vivientes". Para Gabriel Marcel, la fidelidad se refiere a lo que él llama la "presa del ser"; es la condición misma de la persistencia del propio yo en el curso de sus actos trascendentes; sólo la fidelidad hace realmente posible la existencia porque es su fundamento. No hay traición que no sea una fidelidad renegada. "Sin osar afirmar que esta conexión puede ser discernida en toda circunstancia, no puedo por menos de observar que la fidelidad, cuando es auténtica y cuando nos muestra su rostro más puro, va acompañada de la disposición más opuesta al orgullo que se pueda imaginar: la paciencia y la humildad se reflejan en el fondo de sus pupilas. La paciencia y la humildad, virtudes de las que hoy hemos olvidado hasta el nombre y cuya naturaleza se pierde en la noche a medida que se perfecciona el instrumental técnico o impersonal del hombre, sea lógico o dialéctico. Pero la comunidad que forman las tres juntas, y que se me antoja como un ser cuya ágil estructura no le toca a la psicología identificar, no podría existir, ni siquiera ser pensada en un sistema que concentrara 'en mí' las raíces y como la cimentación real de los compromisos que la vida puede incitarme a suscribir"¹⁷.

Ni fidelidad, ni paciencia, ni humildad pueden ser pensadas ni concebidas fuera de la presencia de ese misterio que envuelve nuestra vida. La paciencia comporta mucha fuerza, la paciencia "en absoluto" sólo puede ser concebida en la omnipotencia suma. La paciencia es grande en el que puede ejercer violencia, pero es comprensivo, indulgente y bueno; es el fundamento de todo esfuerzo, requiere confianza y no sabe de la desesperación; quien no tiene paciencia no ama. Es tensión serena entre lo que se quería ser, hacer o tener y todavía no se ha conseguido. Es fuerza bajo cuya protección se desarrolla la vida; con ella nos hacemos dueños de la realidad. Hay que atravesar todo un muro de incomprensión y resistencia para hablar hoy de humildad y decir la tremenda realidad que implica: energía del amor, que capacita para la generosidad y el desinterés. El concepto pobre y deformado de actitud débil, mentalidad de

¹⁷ G. MARCEL, *Diario metafísico*, Madrid 1964, 70.

esclavo, signo de mezquindad, indigna servidumbre y disponibilidad es la inversión nietzscheana de los valores evangélicos, según la cual el hombre auténtico vendría determinado por la voluntad de poder y dominio, por el orgullo, por el señorío que no se doblega ante nadie. La humildad está entretejida de fidelidad, y hace al hombre capaz de dar y recibir. La vida humana se realiza dentro del misterio profundo del ser que es verdad, bondad, humildad, fidelidad, paciencia. Realmente, todas las realidades existenciales, como dice Marcel, son presencia del misterio; así, la fe, esperanza, amor, comprensión, disponibilidad, fidelidad, sufrimiento, alegría, libertad, hospitalidad.

No es posible misterio sin Dios

Al palpar así la presencia del misterio, viviéndolo como la realidad que nos envuelve, sintiéndonos interpelados por él, comprendiendo a su luz el sentido de la vida, viendo que todo es en y por relación a él, estamos afirmando el único misterio: "Dios es". El profesor González Álvarez, en su *Tratado de Metafísica* y en el volumen dedicado a la Ontología, nos dice: "La búsqueda de la causa es el fin al que tiende la consideración científica. El metafísico, en la conclusión misma de su tarea ontológica, se encontrará abocado a una perspectiva que no tiene ya tal carácter. Es la perspectiva teológica o divina"¹⁸. Y cierra el volumen de la siguiente forma: "A todo lo largo y lo ancho de su tratamiento hemos sido remitidos a un mundo superior al nuestro. Ocupándonos del ente trascendental, rozábamos de continuo la trascendencia. Analizando el ente particular en un ser quíntuplemente estructurado, se nos reveló efectuado. Y acabamos de ver, estudiando la dinamicidad del ente, que las causas material y formal apelan a la eficiente como ésta exige la final, la cual, a su vez, nos orienta hacia un agente primero que obre en todo operante. Cerramos, pues, la ontología y nos disponemos al tratamiento de la nueva perspectiva, que llenará el volumen correspondiente a la teología natural"¹⁹. Es el paso natural hacia Dios. En la vida, todos necesitamos ser metafísicos para vivir en la dimensión del misterio. Todos lo somos a un nivel más o menos profundo y riguroso, porque constantemente tenemos que pasar del accidente, de la potencia, de la materia, e incluso más allá de la sustancia, del acto y de la forma en su estructura finita. Necesitamos avanzar en la vida como se avanza en la metafísica, no "por acumulación extensiva, sino por intensiva profundización"²⁰.

Mas yo no pienso ahora en una teología natural, sino en la revelación del misterio de Dios, Revelación de Dios en Cristo, misterio de salvación y redención. Tendría que volver a leer todo lo anterior, pero para decir Jesucristo, revelación del misterio no sólo Creador, sino Salvador, donde antes decía misterio; para decir persona cristiana, hombre cristiano, donde antes hablaba de realización, de plenitud. Porque si mi persona no está conclusa en lo humano, sino en el Misterio, y ese Misterio se ha manifestado en Jesucristo, sólo en Él está la verdad, la vida y el camino. Creo que la trasposición de todo lo dicho hasta aquí a la religión cristiana estaría expresada en la Epístola a los Romanos de San Pablo:

¹⁸ A. GONZÁLEZ ÁLVAREZ, *Tratado de Metafísica: Ontología*, Madrid 1961, 19.

¹⁹ *Ibid.*, 436.

²⁰ *Ibid.*, prólogo.

No recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con Él para ser también con Él glorificados.

Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros. Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios... Porque sabemos que nuestra salvación es objeto de esperanza, y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero esperar lo que no vemos es aguardar con paciencia.

Y de igual manera, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza ... Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su destino ... Pues estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús (Rm 8,14-39).

Ese ser que es el hombre, de profundidad ilimitada, persona singular, irrepetible, en lo más íntimo y propio de su ser está atraído por Dios, siente el deseo de ver y gozar del Dios Vivo y Personal. Es lo que Rahner llama el existencial central, y Alfaro el existencial crítico; es el verdadero y puro don de Dios. Pero, evidentemente, el hombre que por sí solo nunca pudo llegar a la existencia, mucho menos, infinitamente menos, puede llegar a saber de la vida de Dios en sí mismo. Parece locura saber de Dios en sí mismo y no ya sólo a través del misterio de lo creado. Parece locura y enajenación: salir de las coordenadas en las que estamos inmersos y liberarnos de nuestra finitud; pero éste es precisamente el misterio que Dios ha querido manifestarnos y revelarnos: " Él es amor". Y ahora sí que todo se explica y cobra su ser a la luz divina: *Dios es amor. En esto manifestó el amor que Dios nos tiene: en que envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él (1Jn 4,8-9).*

Para San Pablo, el Misterio es la sublime revelación de Dios en Cristo. Dios, *el único que posee la inmortalidad, que habita en una luz inaccesible, a quien no ha visto ningún ser humano, ni le puede ver (1Tm 6, 16)* nos ama, y la prueba de que nos ama es que nos ha dado a su propio Hijo, que se entregó por nosotros (Rm 8,32). Cristo es toda la revelación del misterio, y *la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros (Jn 1,14)*. Él nos puso ante los ojos la imagen de Dios: Padre nuestro. Él nos dijo con su ejemplo y su palabra cómo son las cosas de la vida, cómo van, cómo se relacionan entre sí y qué sentido tienen en su relación. Frente a todos los determinismos e indeterminismos, frente a todas las posturas e ideologías de opresión, nihilismo, desesperación, frente a las invasiones del absurdo, frente a religiones de dicha y placer, frente a todas las construcciones del hombre, frente a todo, Jesucristo presenta una idea clara sin dejar de ser misteriosa: la idea de la Providencia. Dios cuida y vela de cada hombre; ni un solo cabello de su cabeza se le caerá sin Él saberlo, todo coopera al bien de los que le aman y quiere que todos los hombres se salven.

Pero Dios no sólo se nos ha revelado, Dios se comunica, nos da su vida trinitaria. Dios es a quien podemos decir: Tú eres mi Dios, soy hijo tuyo, hermano de Jesucristo, templo del Espíritu Santo. La Trinidad en sí misma es la expresión cumbre del misterio de Dios, misterio de amor en que el semblante personal de Dios es el de tres Personas en su relación recíproca. Y este misterio de amor se proclama ya siempre en la historia personal de cada ser humano. Por eso los hombres son bautizados en el *nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo* (Mt 28, 19). Y por eso San Pablo, cuando se despide en sus cartas, pide para los cristianos esta comunicación de la vida divina: *la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunicación del Espíritu Santo sea con todos vosotros* (2Cor 13, 13). "En la Trinidad se nos revelan las últimas profundidades de lo real, el misterio de la existencia. Ella constituye el principio y origen de la creación y de la redención; por otra parte, todas las cosas le son finalmente referidas en el misterio de la alabanza y de la adoración. Más aún, en definitiva, ella es la que proporciona a todo su consistencia. Todo lo demás procede de ella y a ella tiende"²¹.

El misterio del hombre sólo queda esclarecido dentro del misterio del Verbo Encarnado. Su afirmación, responsabilidad del cristiano.

Nada se solucionará en torno a la realización, salvación y plenitud del hombre mientras todo quiera arreglarse dentro de una horizontalidad puramente material, terrestre, humana y temporal, circunscrita al aquí y al ahora. Chocarán constantemente entre sí las ideologías, egoísmos, intereses. ¿Por qué la primacía de una sobre otra? ¿En nombre de qué? ¿De qué y para qué salvan? ¿En qué y para qué el fundamento del amor y de la felicidad? En la historia se van superponiendo las soluciones exclusivamente humanas; en seguida presentan los puntos débiles, pronto se ven sus deficiencias, los distintos sistemas ideológicos aprietan y ahogan al no dar cauce libre al espíritu, y el hombre se siente asfixiado y degradado en la dimensión más profunda de su existencia, que es, aunque no lo sepa de manera consciente, la obra de Dios en él. La verdadera grandeza está en ser *capax Dei*, según la expresión de Santo Tomás²², y el corazón estará inquieto hasta que descanse en Él²³.

Hay que defender al hombre frente a todas las ideologías y posturas que lo minimizan en su triple relación con el mundo, con los demás y con Dios. Un hombre en el que no se diera ninguna apertura hacia Dios sería un hombre mutilado en la parte esencial de su ser. En toda alma humana existe una apertura a lo sagrado, al misterio, al mundo del más allá, que Jaspers ha llamado *situaciones-límites*: encuentro con el dolor, con el amor, con la muerte, con la libertad, y que pone al hombre en presencia de realidades cuya trascendencia capta. Las religiones son expresión de esta búsqueda de Dios. Pero no somos ya pobres ciegos buscadores inconscientes de Dios, no podemos estar conformes con autores cuya afirmación se limita a ver en el hombre algo que le trasciende, pero sin saber a dónde dirigir su vuelo, su mirada y su amor. No bastaría el anhelo del hombre si Dios no se le hubiera acercado; es Dios quien

²¹ JEAN DANIÉLOU, *La Trinidad y el misterio de la existencia*, Madrid 1969, 11.

²² Cf. *Suma teológica*, 1-2 q.113, a. 10 c.

²³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones* I, 1.

toca a la criatura, pero no es tocado por ella: *tangit quidem..., sed non tangitur*²⁴; es Dios quien ama: *Él nos amó primero a nosotros y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados* (1Jn 4,10).

El misterio del hombre sólo queda esclarecido dentro del misterio del Verbo Encamado, muerto y resucitado, porque Cristo revela plenamente el hombre al hombre y le descubre su altísima vocación (GS 22). Fuera de Cristo no sabe qué es la vida, ni la muerte, ni sabe de sí mismo.

*¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes,
el hijo de Adán para que de él cuides?
Apenas inferior a un Dios le hiciste,
le hiciste señor de las obras de tus manos,
todo fue puesto por ti bajo sus pies* (Sal 8).

¿Qué es el hombre? Es ya la revelación quien nos contesta y da solución a todos los problemas e incógnitas. El hombre es hijo de Dios; a los que creen en Jesucristo les ha dado poder de llegar a ser hijos de Dios, herederos y copartícipes suyos. Hijos que no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios; porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, hemos recibido todos de su plenitud, y hemos recibido la gracia y la vida. La respuesta a esa llamada a ser hijos de Dios es la firmeza en la fe frente a cualquier clase de situación y de ideología; la unión con todos en la esperanza del Evangelio, y la vida en la caridad, único amor fecundo y verdadero, porque viene de Dios y va a Dios.

Un acto de fe y no la filosofía o cualquier otra sabiduría es el que hace exclamar a Gabriel Marcel el día de su bautismo a la edad de cuarenta años: "Milagrosa dicha esta mañana. He tenido la primera experiencia de la gracia. Estas palabras son tremendas. Pero es así. Me he visto al fin presa del cristianismo, y estoy sumergido en él. ¡Feliz inmersión! Pero no quiero escribir más. Y, sin embargo, tengo necesidad de hacerlo. Una impresión de balbuceo. Es sin duda un nacimiento. ¡Un mundo que estaba absolutamente presente y que aflora al fin!"²⁵. Aunque no tenga "esta experiencia" "el cristiano lleva la vida de la Trinidad en sí, que le connaturaliza con Dios". *La Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón* (Hb 4,12). Esta es la palabra que penetra en la existencia humana, la transforma y la salva. Nuestro Dios es el

*"Dios de la creación y de la revelación,
Dios del universo y del alma,
Dios de la naturaleza y de la gracia,
Dios del cosmos y de la historia,
Dios del ser y del valor,
Dios de la reflexión y de la oración,
Dios del filósofo y del místico,
Dios de la tradición social y de la meditación solitaria...
Dios infinito y perfecto,*

²⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, 1, q.105, a.2 ad.1.

²⁵ *Être et avoir*, París 1936, 17.

*Dios absoluto y personal,
Dios único de aspectos múltiples,
Dios de todo yo mismo y de todos*²⁶.

El cristiano ha de afirmar con su vida, con su palabra y con su pensamiento, la fe y esperanza en el misterio de Dios. Lo exige siempre todo momento histórico, porque la historia es historia de salvación. Pero de modo especial, lo exige el mundo de hoy, que necesita saber, tocar y palpar en la vida, palabra y pensamiento del cristiano, que la vida eterna es que *te conozcan a Ti el único Dios verdadero y al que tú enviaste Jesucristo* (Jn 17,3).

Son necesarios hombres a la escucha de la revelación hecha por Cristo, sin desanimarse, sin respeto humano, sin temor a proclamar a Cristo como la verdad y la vida, sin desviarse a ídolos humanos: ciencia, técnica, progreso, falsos altruismos y horizontalismos limitadores. Se necesitan hombres que vivan el misterio de la caridad frente a los que han hecho falsos ídolos del amor; se necesitan hombres valientes que coloquen al hombre y a la humanidad en el sitio que les corresponde. Es idolatría esperar la salvación fuera del amor de Dios y hacer del hombre un demiurgo que se fabrique a su gusto y capricho su propia imagen y su propia jerarquía de valores. La "religión del hombre", como valor supremo, ¿no es una de las idolatrías de nuestro tiempo? ¿Y esa idolatría no se da entre los cristianos que ven en el cristianismo un simple humanismo, aunque sea de una categoría superior? "A veces releo al más considerable, al más agudo de nuestros adversarios, Feuerbach, el profeta negro. Escribía a comienzos del pasado siglo: «En el puesto de la divinidad debemos colocar la especie o la naturaleza humana; en el puesto del más allá que se eleva por encima de nuestra tumba hasta el cielo, el más allá que se eleva por encima de nuestra tumba sobre la tierra, es decir, el futuro histórico, el futuro del hombre». Y a veces pienso que, si Feuerbach volviera a aparecer entre nosotros, diría: «Creo que he convencido a los cristianos»²⁷.

¿Qué importancia concede nuestro mundo, pero mejor, no ya nuestro mundo, sino nosotros los cristianos... qué importancia concedemos en nuestra vida, escritos, ideas, a la salvación de Cristo, a la grandeza y santidad de Dios, a su alabanza y adoración, a la realización, según la voluntad de Dios, del hombre y del mundo que le ha sido confiado como tarea? ¿Qué importancia concedemos al misterio del Verbo Encarnado, al misterio de la salvación y qué sentido concedemos al progreso, a la ciencia, a la técnica, a lo social?

Hay crisis de pensamiento, de solidez, de fundamento; hay crisis de consecuencias lógicas y caemos en las más pobres y miserables deserciones. No es el cristianismo el que sale perjudicado, sino el hombre. El cristianismo no es enemigo de los avances de la ciencia y del progreso, que claramente manifiestan la grandeza de Dios. Cuando la Biblia habla del hombre nos dice que Dios le hizo a imagen y semejanza suya; el poder y el dominio, veámos, es constitutivo del ser humano. Lo que daña y perjudica son las idolatrías del hombre, y más cuando vienen de hombres que las realizan a título de cristianos. No desviemos nuestra inquietud por la verdad en inquietud por la pura novedad y el puro cambio. Ya hace tiempo que el escritor francés Paúl Claudel dijo que

²⁶ H. DE LUBAC, *Por los caminos de Dios*, Buenos Aires 1962, 136.

²⁷ JEAN GUITTON, *Lo que yo creo*, Barcelona 1960, 4.

no necesitaba ir al fondo de lo desconocido para encontrar algo nuevo, necesitaba ir al fondo de lo conocido para encontrar lo inagotable, ¡magnífica actitud para las circunstancias presentes!

"La Iglesia, como dice el Concilio Vaticano II, sostiene que el reconocimiento de Dios no se opone de ningún modo a la dignidad del hombre, ya que esta dignidad tiene su fundamento y alcanza su perfección en el mismo Dios, pues por Dios creador ha sido el hombre constituido inteligente y libre en la sociedad; más, sobre todo, es llamado como hijo a la comunión con el mismo Dios y a participar de su misma felicidad. Enseña también que no disminuye la importancia de los deberes temporales con la esperanza escatológica, sino que más bien su cumplimiento encuentra en ella nuevos motivos en qué apoyarse. Por el contrario, si faltan el fundamento divino y la esperanza de la vida eterna, queda gravísimamente herida la dignidad del hombre, como tantas veces aparece hoy día, y quedan sin solución los misterios de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, de modo que los hombres no raras veces caen en la desesperación" (GS 21). "El cristiano sabe que el mundo en que vive pasará, pero también que este mundo es, todavía actualmente, querido por Dios en el marco de la historia de la salvación y que está colocado bajo la soberanía de Cristo. En la medida en que sabe que este mundo pasará, renuncia a él; en la medida en que sabe que este mundo constituye el marco, querido por Dios, de la época presente de la historia de la salvación, opta por él"²⁸.

Es idolatría y grave error creerse sin necesidad de Dios para el bien, empeñarse en señalar como ideal la plena autonomía del hombre, hablar del amor sin hablar del amor de Dios, hablar de salvación sin hablar de la redención de Cristo. El cristiano, que se sumerge en la revelación del misterio hecha por Dios, sabe que Cristo es el principio y el fin, el alfa y omega, el que reina sobre todas las cosas del cielo y de la tierra, a quien ha sido dado un nombre sobre todo nombre y todos los seres, que, en eso está su verdad, doblan sus rodillas ante Él. El cristiano tiene una responsabilidad singular: tributar culto a Dios en una sociedad y en un mundo que se seculariza. La verdadera ciudad, ha repetido constantemente La Pira, es aquella en que los hombres tienen su casa y Dios la suya. La adoración es dimensión esencial de todo humanismo integral. Es empequeñecimiento, mediocridad y degradación, en una palabra, el incapacitarnos para la adoración, en la que se atisban las grandezas y el amor de Dios. El secularismo desemboca en un ateísmo desde el momento en que la relación con Dios no se considera constitutiva de la existencia bajo todos sus aspectos, implicaciones y consecuencias.

No a un cristianismo sin Dios, dice Daniélou. "Es esencial denunciar, cuando todavía estamos a tiempo y los estragos acaban de comenzar, la corriente de pensamiento intitulada cristianismo arreligioso, y que apela, por lo demás de manera más o menos justificada, a Bonhoeffer y a Tillich, a Robinson y a Cox. Ya, para empezar, el título parece singular. Sin embargo, expresa bien lo que quiere decir. Para los representantes de esta corriente, la religión, lo sagrado, son exponentes de un fenómeno cultural, ya caducado, que corresponde a una edad pre-científica. Dicho fenómeno nada tiene que hacer en el mundo contemporáneo. Por tanto, si queremos que el cristianismo sobreviva, es

²⁸ O. CULLMAN, *Cristo y el tiempo*, Barcelona 1968, 189.

necesario disociarlo de la religión. Esta desmitización debe afectar a las representaciones religiosas, ya se trate de lo relativo a Dios o de lo que atañe a los misterios de Cristo. Ha de afectar a las manifestaciones de lo sagrado en la sociedad, bien se trate de los lugares de culto o de las fiestas religiosas. Debe afectar a la relación pastoral del alma con Dios, al culto y a la mística."

"En el origen de esta corriente ha entrado en juego una doble preocupación legítima: la de purificar la realidad de Dios de representaciones antropomórficas, reacción contra prácticas de carácter supersticioso, desconfianza con respecto a las ilusiones y alienaciones de la experiencia subjetiva. Un segundo paso ha consistido ya en algo más discutible: so pretexto de purificar el cristianismo, se ha llegado a una especie de furor iconoclasta, que denuncia todo dogma como idolatría, todo rito como magia y toda mística como impiedad. No queda sino una especie de vacío ante un misterio inaccesible. Esto es ya radicalmente opuesto a la verdad del hombre, a quien Dios hizo capaz de conocerle a través de su obra, y más todavía a la verdad del cristiano, a quien se ha manifestado en forma de hombre. Añádase a esto que, de pronto, el cristianismo no sería ya sino privilegio de una pequeña aristocracia de iniciados y resultaría totalmente inaccesible a la multitud inmensa de los pobres"²⁹.

No basta creer en la trascendencia, ni siquiera en "un Dios". Hay que creer que Dios se ha manifestado, que interviene en el drama de la existencia humana y que realiza en ella obras divinas. El misterio del Verbo Encarnado, a cuya luz sólo se esclarece el misterio del hombre, exige hoy a los cristianos la afirmación rotunda, sin vacilaciones, ni concesiones, de la realidad del mundo sobrenatural. Hay que presentar al mundo la nueva gozosa de la irrupción divina en la existencia humana y de que vivimos en plena historia de salvación. Cristo no nos ha enviado a decir nuestros sentimientos, nuestras propias teorías sobre la salvación, ni nuestras posibles interpretaciones, sino la venida de su reino, el perdón de los pecados: *Id por todo el mundo; predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y se bautizare se salvará, pero el que no creyere será condenado* (Mc 16,15-16).

El amor implica numerosos trastornos; es profundamente serio introducir así a otro en la vida de uno mismo; el amor es como un nuevo nacimiento, un nuevo descubrimiento del "tú" y del "yo", una sabrosa toma de conciencia del "nosotros"; sólo en el amor tiene pleno sentido el sacrificio y el don de sí. La fidelidad y la humildad nacen del amor de manera necesaria. Sólo a la luz del amor tiene pleno valor y fuerza la persona y sólo a su luz se descubre el sentido de vivir. La seguridad del amor hace caminar con firmeza aun en medio de dificultades y sufrimientos. El amor sabe de la grandeza y de la debilidad, de la nobleza y de la pequeñez; es el auténtico conocimiento y en él hay que buscar el valor de todo. "La cosa más pequeña, si va con amor, no tiene precio", dice Teresa de Jesús³⁰. Amor saca amor³¹, y lo que se pasa con amor torna a soldarse³². Amar a Cristo, creer en Él, es introducirle así en nuestra vida, en la que causará "serios trastornos" aceptar en nuestro cotidiano y sencillo vivir la irrupción de lo absoluto, de lo sobrenatural, de la vida trinitaria, el grande y en

²⁹ JEAN DANIÉLOU, *¿Desacralización o evangelización?*, Bilbao, 2ª ed., 35-37.

³⁰ *Libro de las Fundaciones*, 12,7.

³¹ *Vida*, 22,14.

³² *Camino de perfección*, 16,7.

realidad único misterio. Misterio interior a nosotros mismos, misterio que ilumina todo lo existente y ante el único que queda esclarecido el misterio del hombre. ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes así de él? No, es mejor preguntar: ¿Y Tú, Señor, quién eres?

SEGUNDA PARTE

EL MISTERIO DE DIOS Y LA MADUREZ DEL HOMBRE MODERNO

Esa pregunta –¿y Tú, Señor, quién eres?– no queda sin respuesta. La razón humana y la revelación nos permiten acercarnos a las zonas en que brilla la luz. No intento entrar en ellas, puesto que esto significaría escribir un tratado completo de teología. Ahora bien, de acuerdo con la reflexión que me ha guiado en este discurso, quiero hacer una afirmación que estimo de capital importancia, a saber: la presencia del misterio de Dios en nosotros es el fundamento del quehacer moral. Se trata de un Dios a cuyo conocimiento llegamos a través de los misterios que nos rodean (la supresión del misterio en nombre de la pretendida madurez del hombre moderno introduce la supresión práctica de Dios), pero igualmente de un Dios en cuyo conocimiento el orden moral encuentra su consistencia y sus últimas raíces, mientras que, rechazado su conocimiento, se deja al orden moral sin fundamento alguno. De ahí la terrible gravedad, por sus consecuencias tan dañosas, de los movimientos filosóficos existencialistas no cristianos y de las teologías radicales y desacralizadoras del momento presente.

I. El conocimiento de Dios en la creación

1º. a) San Pablo insiste en que Dios se hace conocible en la creación: *Los atributos invisibles de Dios resultan visibles por la creación del mundo, al ser percibidos por la inteligencia en sus hechuras: tanto su eterna potencia como su divinidad* (Rm 1,20). Es éste un principio fundamental que la Iglesia católica repetirá todo a lo largo de su historia hasta los Concilios Vaticanos I y II: "La santa madre Iglesia tiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza a partir de las cosas creadas por la luz natural de la razón humana"³³.

b) Sin embargo, esa manifestación de Dios no se impone al hombre con el peso de un automatismo. Hay luz suficiente, pero una luz que necesita de una decisión ética para ser aceptada. "Si la existencia de Dios fuese exactamente demostrable, es decir, sin que hubiese necesidad de una intervención ética debida a la *fisura en el círculo*, entonces toda lucha moral inherente a la historia espiritual cesaría y, en el fondo, la historia del mundo, tal como es, no sería

³³ CONCILIO VATICANO I, *Constitutio dogmatica de fide catholica*, cap. 2; E. DENZINGER, *El magisterio de la Iglesia*, Barcelona 1955, n. 1785. Repite sus palabras el Concilio Vaticano II, *Constitutio dogmatica de divina revelatione*, cap. 1, n. 6.

posible. Si pudiéramos concebir tan claramente, tan objetivamente, que hay un Dios, como concebimos que dos y dos son cuatro, entonces el 'peso' divino haría caer la balanza inmediatamente y el 'peso' físico se levantaría con una repentina sacudida. Entonces no seríamos ya la delicada balanza humana metafísica cuyos dos platillos cargados con los pesos tan pronto ceden o tan pronto se elevan, según que nosotros venzamos en el bien o sucumbamos en el mal. No quedaría ningún margen para esta última decisión, que se exige del ser humano en el mismo interés de la propia realización de su yo" (así escribe, en un relato sobre su conversión, P. Wust)³⁴. Hay luz suficiente, pero una luz que puede ser rechazada. En el caso normal, el rechazo es responsable. San Pablo escribe: *Son inexcusables* (Rm 1,20).

c) Además de la responsabilidad del rechazo, esta actitud tiene consecuencias morales graves. La corrupción moral que San Pablo escribe en Rm 1,24-32, la presenta como consecuencia de haberse cerrado al conocimiento de Dios manifestado en la creación. "Una gran parte del error humano está en conexión, en todo caso, con la ceguera debida a una voluntad falsamente utilizada. La relación endurecimiento-ceguera es también la raíz fundamental de una metafísica de la perversidad todavía por crear"³⁵. Y, en efecto, es obvio que, suprimido Dios, al suprimirse el fundamento del actuar moral, la corrupción reine por doquier. "En esta proximidad o en este alejamiento de Dios, los hombres se revelan inmensos y ricos, en seguridad y superiores al mundo, amando con heroísmo, apacibles y serenos, o bien superficiales, estrechos, desesperados, arrogantes, destructores, a la vez que nostálgicos, inciertos y suspirando hacia Dios. Tanto el individuo aislado como el total de la humanidad, parecen siempre oscilar entre estos dos estados"³⁶. Por lo demás, en la triste situación del hombre sin Dios hay un designio providencial: "Que la humanidad tenga necesidad, a veces, del alejamiento de Dios para aprender a reconocer en las épocas de civilización secularizada cuán pobre es sin Él, es un pensamiento profundo que data desde los orígenes"³⁷. La situación, inducida por la ausencia de Dios, ha sido descrita así por el Concilio Vaticano II: "Cuando, por el contrario, faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas –es lo que hoy con frecuencia sucede–, y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación" (GS 21).

2º. a) Afirmamos nuestra confianza en las posibilidades del hombre para el conocimiento de Dios, a pesar de las debilidades que ha introducido en él el pecado original, a pesar de "la llaga de la ignorancia", que Santo Tomás describe como efecto del pecado original y como consistente en que "la razón pierde su trayectoria hacia la verdad"³⁸. Esta afirmación de confianza en el hombre es una tesis característicamente católica, que ha sido constantemente rechazada por el protestantismo clásico. Aun sin llegar a las posiciones más radicales del barthismo.

³⁴ P. WUST, *Testimonios de la fe. Relatos de conversiones*, Madrid 1953, 183ss.

³⁵ *Ibid.*, 182.

³⁶ *Ibid.*, 184ss.

³⁷ *Ibid.*, 185.

³⁸ *Suma teológica*, 1-2, q.85 a.3: BAC 122, 840.

K. Barth niega que la creación sea objetivamente espejo de Dios, que haya "analogía" entre la creación y Dios: "Yo tengo la *analogía entis* por la invención del Anticristo y pienso que a causa de ella no puede uno hacerse católico. Con lo cual me permito al mismo tiempo considerar todos los otros motivos, que se pueden tener para no hacerse católico, como cortos de vista y no serios"³⁹. Como las palabras humanas son también creadas, negada la analogía no sólo se cierra la puerta al conocimiento natural de Dios a partir de la creación, sino al conocimiento por la fe, es decir, por aceptación de un mensaje de Dios expresado en palabras humanas. Sobre qué es la Sagrada Escritura escribe Barth: "Por tanto, no un mensaje religioso, no noticias e instrucciones sobre la Divinidad o la divinización del hombre, sino mensaje sobre un Dios, que es totalmente de otra manera, del que el hombre, en cuanto hombre, nunca sabrá ni tendrá nada"⁴⁰. Con ello, para Barth, la fe no puede ser la aceptación de unos contenidos reales, en los que realmente se cree; el mismo Barth ha escrito: "Esto es la fe: el respeto ante lo divino incógnito"⁴¹. El callejón sin salida del sistema de Barth ha sido reconocido con claridad por teólogos protestantes como E. Brunner, que escribe: "La semejanza de la palabra humana con la divina es el presupuesto para que pueda darse testimonio de la Palabra de Dios. La semejanza, que, sin embargo, no suprime la absoluta desemejanza, es también la posibilidad de la revelación y del conocimiento de Dios"⁴².

Aun dentro del protestantismo ortodoxo se rechazará la posibilidad de conocer a Dios a partir de las creaturas, apelando a su pesimismo sobre el hombre consecuentemente al pecado original. Sí, nos dirá con San Pablo la teología protestante clásica, en la creación, lo invisible de Dios se hace visible; en el mundo se refleja la imagen de Dios; pero el hombre, corrompido por el pecado original, es incapaz de percibirla⁴³.

Son interesantes las expresiones duras, con que ya la *Formula Concordiae* describe el pecado original como "una íntima, pésima, profundísima (como un abismo), inescrutable e inefable corrupción de toda la naturaleza y de todas sus fuerzas, ante todo de las facultades superiores y principales del alma, en la mente, el entendimiento, el corazón y la voluntad. Así pues, después de la caída, el hombre recibe de sus padres hereditariamente una fuerza mala congénita, una interna impureza del corazón, malas concupiscencias y malas inclinaciones, de

³⁹ *Dogmatik*, I/1, Zürich⁷, 1955, p. VIIIss.

⁴⁰ *Der Römerbrief*, ed. 2, reimp. 9, Zürich 1954, 4.

⁴¹ *Ibid.*, 14.

⁴² *Die christliche Lehre von Gott. Dogmatik*, t. 1, Zürich² 1953, 185.

⁴³ Sobre la posición de Lutero acerca del conocimiento natural de Dios, cfr. J. LORTZ, *Historia de la Reforma*, trad, esp., t 1, Madrid 1963, 185. Como teólogo protestante de nuestros días baste citar a E. BRUNNER: "Ante todo, es necesario distinguir claramente entre si dos cuestiones, que desgraciadamente siguen siendo confundidas una y otra vez: la cuestión de la revelación en la creación y la cuestión del conocimiento natural de Dios" (*Die christliche Lehre von Gott. Dogmatik*, t. 1, Zürich² 1953, 137). "La afirmación de una revelación en la creación no tiene en si misma nada que ver con la afirmación de una teología natural" (*ibid.*)... Si es falso e imposible desde un punto de vista bíblico y teológico impugnar la realidad de una revelación en la creación, no es menos falso negar la significación negativa del pecado para el conocimiento de la revelación en la creación. El pecado no sólo cambia la voluntad, sino que realiza también un oscurecimiento del poder de conocer, cuando se trata del conocimiento de Dios" (*o. c.*, 138). "El pecado enturbia de tal manera la vista del hombre que 'conoce' o imagina dioses en lugar de Dios ... que deforma la revelación de Dios en la creación en ídolos" (*Natur und Gnade*, Tübingen 1934, 14).

modo que todos tienen, derivados de Adán hereditaria y naturalmente, tales corazones, tales sentimientos y pensamientos, que según sus mayores fuerzas y según la luz de la razón, naturalmente luchan contra Dios y sus sumos mandamientos y son enemigos de Dios principalmente en lo que se refiere a las cosas divinas y espirituales. Pues en las otras cosas externas y de este mundo, que pertenecen al campo de la razón, le queda al hombre algo de entendimiento, fuerzas y facultades, aunque estas reliquias miserables son muy débiles y, por cierto, ellas mismas, tan pequeñas como son, están infectadas y contaminadas de veneno por aquella enfermedad hereditaria, de modo que ante Dios no son de algún valor⁴⁴. Esta sigue siendo todavía hoy la razón fundamental de la oposición del protestantismo ortodoxo a la Teología natural (y al conocimiento natural de Dios a partir de las creaturas).

Baste citar unas palabras de E. Brunner: "La semejanza (entre Dios y las creaturas) no es el fundamento de la *theologia naturalis*, porque la razón pecadora entiende esta semejanza siempre falsamente sin la radical desemejanza, que está fundada en el ser Dios solamente, en el ser de Creador y Señor, de Dios"⁴⁵. Por eso Dios sólo puede ser conocido por la fe: "Pero todo esto sólo se puede conocer en virtud de la revelación histórica, en la fe"⁴⁶. En una fe que es don exclusivo de Dios y que, por ello, carece de soporte humano. Aunque sean palabras de un extremista, dentro de la teología protestante, R. Bultmann expresa una idea típicamente protestante al exponer el principio de destruir "toda falsa seguridad y todo falso deseo de seguridad que podría tener el hombre, ya que esta seguridad se funda en sus buenas obras (ésta fue la gran preocupación de Lutero) o en un conocimiento firme de sus constataciones. El hombre que quiere creer en Dios como en su Dios debe saber que no tiene nada en sus manos sobre lo que pueda hacer reposar su fe; que debe, por decirlo así, verse suspendido en el aire y no puede reivindicar ninguna justificación de la verdad de la Palabra que se le dirige"⁴⁷.

Naturalmente, quitar todo apoyo racional a la fe –como sucede cuando se niega la posibilidad de conocimiento natural de Dios– es incurrir en fideísmo⁴⁸.

b) Una fe sin apoyos racionales es arbitraria. No es el "obsequio conforme a la razón", de que hablaba el Concilio Vaticano I⁴⁹. Es interesante que Su Santidad Pablo VI ha tenido que advertir a los católicos del peligro de una infiltración de este error en nuestros días: "Queremos ver en vuestros trabajos, queridos hijos, una respuesta a estos votos y la empresa de un examen serio y lúcido del pensamiento de los hombres de nuestro tiempo descarriados por el ateísmo. Vuestros estudios pueden contribuir, además, a disipar el error de un cierto número de creyentes, que se sienten hoy tentados por un renaciente fideísmo. Por no atribuir valor sino al pensamiento de tipo científico, y por desconfiar de las certezas propias de la sabiduría filosófica, se encuentran arrastrados a fundar

⁴⁴ *Formula Concordiae. Solida Declaratio*, 1, 3; *Die Bekenntnisschriften der evangelisch-lutherischen Kirche*, Göttingen 1956, 848ss.

⁴⁵ *Die christliche Lehre von Gott. Dogmatik*, 1, Zürich² 1953, 184.

⁴⁶ *Ibid.*, 185.

⁴⁷ *Die Rede vom Handeln Gottes: Kerygma und Mythos*, t. 2, Hamburg 1952, 207.

⁴⁸ L. Bouyer, *Dictionnaire théologique*, Tournai 1963, 264, define el fideísmo con estas palabras: "Error de aquellos que quieren retirar a la fe todo apoyo racional".

⁴⁹ *Constitutio dogmatica de fide catholica*, cap. 3; DENZINGER, *El Magisterio de la Iglesia*, núm. 1790.

sobre una opción de la voluntad su adhesión al orden de las verdades metafísicas. Frente a esta abdicación de la inteligencia, que tiende a arruinar la doctrina tradicional de los preámbulos de la fe, vuestros trabajos se consagran a la tarea de recordar el valor indispensable de la razón humana, solemnemente afirmado por el primer Concilio Vaticano, en conformidad con la enseñanza de la Iglesia, de la que Santo Tomás de Aquino es uno de los testigos más autorizados y más eminentes⁵⁰. Lo primero que se requiere para que la fe sea "obsequio conforme a la razón" (aún más primariamente que la constatación del hecho de la revelación), es un conocimiento cierto de la existencia de Dios⁵¹.

c) Si no hay conocimiento natural de la existencia de Dios (si tal conocimiento se relega a una fe concebida fideísticamente y, por ello, arbitraria), el actuar moral, que tiene en Dios su último fundamento, queda sin apoyo sólido.

II. La concentración en el microcosmos que es el hombre

1. En este siglo -no vamos a discutir los posibles precedentes anteriores- es constatable una predilección por el hombre como campo privilegiado para llegar al conocimiento de Dios. En todo caso, nada malo habría en ello. San Pablo habla de conocer a Dios a partir de las creaturas, y el hombre es una creatura. Por otra parte, siempre se ha considerado al hombre como un "microcosmos". Y además, de todas las creaturas, ninguna me está tan vecina como el hombre que soy yo mismo. Sin pretender enjuiciar sus exageraciones, es un fenómeno característico ya muy en los comienzos de este siglo nuestro, la llamada apologética de la inmanencia, de la que M. Blondel fue uno de los más altos representantes⁵².

2. Esta predilección por el hombre, como campo privilegiado de reflexión, se ha visto acentuada por el existencialismo. Era inevitable, ya que el único método cognoscitivo del existencialismo es la propia experiencia existencial. Desgraciadamente, este instrumento de conocimiento es muy limitado, no permite llegar a Dios y conduce, por ello, a concepciones éticas muy singulares.

a) El existencialismo clásico (Heidegger y Sartre). El hombre se experimenta, ante todo, como un ser para morir. Ello se comprende porque la muerte no es para los existencialistas un mero fenómeno externo hacia el que nos encaminamos, una realidad futura. No. La muerte está en nosotros desde el día en que nacemos. La continua experiencia de derrumbamiento, que es el peso del tiempo, no es sino experimentar el actuar continuo de la muerte en nosotros.

"La muerte es un modo de ser que se apodera de la existencia tan pronto como existe⁵³". "De cara con la muerte ve la existencia que su propio destino viene a

⁵⁰ Alocución al VI Congreso Tomista Internacional, 10 de septiembre de 1965: AAS 57 (1965) 789.

⁵¹ Cf., la primera de las tesis firmadas por Luis Eugenio Bautain, DENZINGER, o. c., número 1622; y la segunda de las impuestas a Agustín Bonnetty, DENZINGER, núm. 1650.

⁵² Sobre el método de inmanencia con sus exageraciones, cfr. M. NICOLAU, *De revelatione christiana*, nn. 138-141; *Sacrae Theologiae Summa*, t. 1, Matriti⁵ 1962, 144-148, F. de B. VIZMANOS, *De la religión natural y la revelación cristiana* nn. 344-351; VIZMANOS-RUIDOR, *Teología fundamental para seglares*, Madrid 1963, 221-224.

⁵³ M. HEIDEGGER, *Sein und Zeit*, Halle³ 1931, 245.

ella, que ve su propio futuro viendo su muerte; que ella es su futuro siendo para morir y así propiamente siendo un morir permanente"⁵⁴.

Como –según Heidegger– sólo se conoce aquello de lo que se tiene experiencia existencial, y no tenemos experiencia existencial de algo que haya antes de nuestro nacimiento ni de lo que hay detrás de la muerte, afirmará que la existencia está limitada por dos nada. "(El ser) es lanzado de la nada a la existencia"⁵⁵. "El ser de Heidegger, que es tiempo, es a la vez *ser para la muerte*. Este ser no tiene en ninguna parte una mirada que vaya más allá de él. Detrás de él está la nada de su origen. Ante él se encuentra el futuro, que debe determinar las fronteras de su ser. Este futuro es ocaso, hundirse, extinguirse en la muerte"⁵⁶.

El hombre camina –según Heidegger– hacia el naufragio total, pero además camina sin poder detenerse y con conciencia de que va hacia ese naufragio. De esta conciencia nace la angustia. Pero el existencialismo quiere dar una norma de conducta: la ética de la resignación; sólo aceptando lo inevitable, aceptando el naufragio total, se supera la angustia. "La filosofía existencial debe, en primer lugar, tener el sentido de que a partir de ella la vida no se entendería ya tan feroz e inmediata"⁵⁷. "La existencia está, en cierto modo, de frente a su ser, ve su interna inconsistencia, su interno desmoronamiento y decide de propia voluntad y soberanamente sobre su destino, se decide a su destino. De cara con la nada, la existencia se vuelve sobria, se trata de cumplir 'decididamente' su misión de ser uno mismo"⁵⁸.

Es interesante advertir que lo que el existencialismo califica de "angustia", no es sino el sentimiento instintivo de rebeldía ante el pensamiento del naufragio total; ya veremos cómo valora ese sentimiento instintivo el Concilio Vaticano II. Por ahora bástenos conocer que el existencialismo lo descalifica como *miedo* ante lo inevitable, y que propone como solución ética acallararlo con la resignación ante el naufragio inevitable. Por lo demás, a esto se reduce la pobreza ética existencialista. Así es como se consigue la "existencia auténtica".

b) La forma del existencialismo en Unamuno. El influjo del existencialismo en Unamuno –para quien la lectura de Kierkegaard había sido el mayor motivo para felicitarse de haber aprendido danés⁵⁹– es innegable. Unamuno piensa que la razón lleva "a la negación vital; no ya a dudar, sino a negar que mi conciencia sobreviva mi muerte"⁶⁰; el conflicto surge del choque entre la razón, que niega la supervivencia, y el deseo de sobrevivir ("choque entre la razón y el deseo", *ibíd.*); este deseo no es sino la angustia instintiva del hombre ante la idea del naufragio total. Yo soy el centro de mi Universo, el centro del Universo, y en mis angustias supremas grito con Michelet: «¡Mi yo, que me arrebatan mi yo!»⁶¹. Con la preocupación –muy existencialista– de enseñar un modo de vivir, también Unamuno nos dirá cómo se consigue la "existencia auténtica". Lo específico de

⁵⁴ A. DELP, *Tragische Existenz*, Freiburg in B. 1935, 64.

⁵⁵ *Ibíd.*, 66.

⁵⁶ *Ibíd.*, 65ss.

⁵⁷ *Ibíd.*, 81.

⁵⁸ *Ibíd.*, 82.

⁵⁹ Cf. UNAMUNO, *Ibsen y Kierkegaard: Ensayos*, t. 2, Madrid 1942, 341.

⁶⁰ *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. 6; *Ensayos*, t. 2, 764.

⁶¹ *Ibíd.*, 696.

él es que para Unamuno la existencia auténtica se obtiene, no por la aceptación del naufragio, sino por la rebeldía contra él. Son características las palabras de Sénancour con que encabeza el capítulo 11: "El hombre es perecedero. Puede ser; pero perezcamos resistiendo, y, si la nada nos está reservada, no hagamos que ello sea justo"⁶². "Hagamos que la nada, si es que nos está reservada, sea una injusticia; peleemos contra el Destino, y aun sin esperanza de victoria; peleemos contra él quijotesicamente"⁶³. En toda esta concepción hay varias cosas notables:

1^a Se predica la rebeldía contra lo que la razón, según Unamuno, dice que es inevitable; la lucha, desde el punto de vista de la razón, es una locura; pero Unamuno, con su exaltación de la figura de Don Quijote (su obra: *Vida de Don Quijote y Sancho*; sobre todo el ensayo que la precede: "El sepulcro de Don Quijote"), ha hecho de Don Quijote –la locura de la lucha contra lo razonable– el símbolo de todo un modo de vivir.

2^a En el existencialismo de Unamuno hay una nota característica que lo distingue del existencialismo europeo clásico: éste predica, como actitud ética fundamental, la resignación frente a lo inevitable; Unamuno, la rebeldía.

3^a El existencialismo clásico europeo descalifica el sentimiento instintivo contrario a la idea de naufragio total (para ellos es sólo miedo). Unamuno lo valora mucho más positivamente. Su gran duda será preguntarse una y mil veces si ha de tener más razón la cabeza, que niega el más allá, o el sentimiento, que se obstina en afirmarlo. Surge de nuevo el tema de Don Quijote como superior, moralmente hablando, a Sancho: "La veracidad, el respeto a lo que creo ser lo racional, lo que lógicamente llamamos verdad, me mueve a afirmar una cosa en este caso: que la inmortalidad del alma individual es un contrasentido lógico; es algo no sólo irracional, sino contrarracional; pero la sinceridad me lleva a afirmar también que no me resigno a esta otra afirmación y que protesto contra su validez. Lo que siento es una verdad, tan verdad por lo menos como lo que veo, toco, oigo y se me demuestra –yo creo que más verdad aún–, y la sinceridad me obliga a no ocultar mis sentimientos"⁶⁴.

4^a Por cierto, este deseo de que haya vida eterna –deseo en cuyo fomento consiste la existencia auténtica– equivale en la terminología de Unamuno a la fe en la vida eterna. "¿Y qué cosa es fe? Así pregunta el Catecismo de la doctrina cristiana que se nos enseñó en la escuela, y contesta así: *Crear lo que no vemos*. A lo que hace ya una docena de años corregí en un ensayo diciendo: *¡Crear lo que no vemos, no!, sino crear lo que no vemos*. Y antes os he dicho que creer en Dios es, en primera instancia al menos, querer que le haya, anhelar la existencia de Dios"⁶⁵.

⁶² *Ibid.*, 893.

⁶³ *Ibid.*, 900.

⁶⁴ *Ibid.*, 763.

⁶⁵ *Ibid.*, 825. Véase *La fe: Ensayos*, t 1, Madrid, 245. "Ya veremos más adelante, al tratar de la fe, cómo ésta no es en su esencia, sino cosa de voluntad, no de razón, como creer es querer creer, y creer en Dios ante todo y sobre todo es querer que le haya. Y así creer en la inmortalidad del alma es querer que el alma sea inmortal, pero quererlo con tanta fuerza que esta querencia, atropellando a la razón, pasa sobre ella" (*Del sentimiento trágico de la vida*, cap. 6: *Ensayos*, t. 2, 760s). "Pues la fe no es la mera adhesión del intelecto a un principio abstracto, no es el

5ª Recogiendo ideas ya insinuadas, pero viéndolas ahora a través del concepto unamuniano de fe, habría que decir que a esta fe-deseo de que haya vida eterna, Unamuno atribuye dos funciones: ante todo, gracias a ella se consigue una existencia auténtica, que hace soportable la vida. "Hay que creer en la otra vida, en la vida eterna de más allá de la tumba, y en una vida individual y personal, en una vida en que cada uno de nosotros sienta su conciencia y la sienta unirse, sin confundirse, con las demás conciencias todas en la Conciencia Suprema en Dios; hay que creer en esa otra vida para poder vivir ésta y soportarla y darle sentido y finalidad"⁶⁶.

Y en segundo lugar, dada su pregunta sobre la supremacía entre cabeza y corazón-deseo, quizá esta fe-deseo (pero sólo quizá, Unamuno no llega a más) toque la realidad. "Y hay que creer acaso en esa otra vida para merecerla, para conseguirla, o tal vez ni la merece ni la consigue el que no la anhela sobre la razón y, si fuere menester, hasta contra ella"⁶⁷. En resumen: ética de rebeldía; vivir de tal manera que si la nada nos está reservada, sea una injusticia con nosotros; pero quizá lo más característico del planteamiento de Unamuno (aunque valore más el deseo instintivo que el existencialismo europeo clásico) consista en su disociación entre lo que la razón dice y la dirección en que se encamina el deseo instintivo de supervivencia.

c) *La solución del existencialismo cristiano en el Vaticano II*. El número 18 de la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* tiene un planteamiento lleno de interés. Trata del problema de la muerte. En el tratamiento y en la respuesta, mientras que el párrafo segundo da una respuesta teológica, el primero tiene para nosotros la especial importancia de colocarse en un terrero filosófico. Analizando el párrafo podemos distinguir:

1º Plantea el problema de la muerte en términos existencialistas: "El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua" (GS 18). Nótese los temas de "la disolución progresiva del cuerpo", sinónimo de la constante acción de la muerte en el hombre, y el del "temor por la desaparición perpetua", es decir, la angustia ante el pensamiento del naufragio total.

reconocimiento de una verdad teórica en que la voluntad no hace sino moverse a entender; la fe es cosa de la voluntad" (*Del sentimiento trágico de la vida*, cap. 9; *Ensayos*, t. 2, 830). Unamuno se da cuenta de que, al pasar la fe exclusivamente a la voluntad, al convertirla en un deseo, abraza una posición protestante con respecto al concepto de fe. "La fe no es adhesión de la mente a un principio abstracto, sino entrega de la confianza y del corazón a una persona, para el cristianismo a la persona histórica de Cristo. Tal es mi tesis, en el fondo una tesis luterana" (UNAMUNO, en sus cartas: *Ensayos*, t. 2, 56). Por lo demás, es curioso –aunque esto sea una digresión– que, aunque la estructura de la fe en Unamuno es protestante, sus contenidos –el mundo dogmático que Unamuno desea sea verdadero– es católico; Unamuno está convencido de la superioridad del dogma católico sobre la doctrina dogmática protestante (cfr. *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. 4; *Ensayos*, t. 2, 714-725); además piensa que existe una sintonía entre el catolicismo y el alma española (cfr. *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. 11; *Ensayos*, t. 2, 924).

⁶⁶ *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. 10; *Ensayos*, t. 2, 890ss.

⁶⁷ *Ibid.*, 891.

2º Ya en ese "temor por la desaparición perpetua" está insinuada la reacción instintiva del hombre ante el pensamiento del naufragio total.

3º Pero lo más importante es la valoración que se hace de esa reacción instintiva: no como miedo, ni como un interrogante (¿quién tendrá razón? ¿Cabeza o corazón?), sino como algo que responde a la realidad interna del hombre: ("Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte". Es decir, la reacción instintiva ante el pensamiento del naufragio total es fruto de esa realidad espiritual e inmortal que el hombre lleva en sí). Con esta valoración positiva (no negativa, como en el existencialismo clásico europeo, ni dubitativa, como en Unamuno) se supera la disociación entre cabeza y corazón que hacía Unamuno: en la tendencia instintiva del corazón contra la destrucción total, la cabeza encuentra un argumento de que realmente no vamos hacia la destrucción total.

4º Finalmente, se insiste en que los progresos científicos, que consiguen prolongar la vida, pero no pueden suprimir la muerte, no son solución de la angustia del hombre: "Todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy útiles que sean, no pueden calmar esta ansiedad del hombre; la prórroga de la longevidad que hoy proporciona la biología no puede satisfacer ese deseo del más allá que surge ineluctablemente del corazón humano"; en efecto, el problema está en que el hombre se percibe como "ser-para-la muerte", encaminado hacia ella; el que se camine con una velocidad mayor o menor no cambia el que se está caminando, de hecho, hacia la muerte.

d) *La ética de esta solución.* Frente a la resignación o la rebeldía, la solución del existencialismo cristiano, expuesto por el Concilio, comporta una ética muy diversa. Ante todo, hay la persuasión de que existe un más allá de la frontera de nuestra vida terrestre. Esa persuasión puede ser filosófica –párrafo primero del número 18–, pero se fortifica y amplía con lo que enseña la fe –párrafo segundo del mismo número 18. Por cierto, la esperanza es activa, implica lucha por conseguir lo que se sabe alcanzable; en esto difiere el concepto de esperanza del de espera; recuérdese el título del libro de Laín Entralgo: *La espera y la esperanza*; la espera es pasiva –sentarse en la antesala esperando que nos abran–; mientras que la esperanza es un deseo dinámico que hace actuar por conseguir lo que se sabe alcanzable. Esa esperanza, aunque tiene como objeto primario a Dios y su posesión escatológica, también ofrece nuevos motivos para esforzarse en las tareas temporales y en el intento de hacer un mundo mejor (Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, 21). Porque los bienes primarios hacia los que se encamina la esperanza –Dios y su posesión sobrenatural– sólo son alcanzables por una dignación de Dios mismo, el reconocimiento de esa dignación llevará al amor, a la caridad.

III. Cristianismo radical y moralidad

1. Entendemos aquí por cristianismo radical el movimiento que comienza con D. Bonhoeffer, y que se hace con la proclamación de un "cristianismo irreligioso"; tal proclamación surge a partir de la convicción de que "ha pasado (...) el tiempo

precisamente de la religión en general"⁶⁸. La convicción subyacente es que la religión existe cuando el hombre necesita de explicaciones ("Los hombres religiosos hablan de Dios cuando el conocimiento humano –a veces por simple pereza mental– no da más de sí o cuando fracasan las fuerzas humanas. En realidad, se limitan siempre a ofrecer un *deus ex machina*, ya sea para resolver aparentemente unos problemas insolubles, ya sea para erigir una fuerza ante la impotencia humana"⁶⁹). La crisis del concepto de religión estaría así ocasionada por el progreso científico; el hombre necesita cada vez menos recurrir a Dios como explicación, ya que dispone de explicaciones científicas para campos cada vez mayores; el campo de un Dios "tapa-agujeros" (el Dios explicación para los "agujeros" que científicamente no ha podido el hombre llenar todavía) se hace cada vez más pequeño: "Semejante actitud (la actitud religiosa) sólo tiene posibilidades de perdurar, aunque forzosamente, hasta el momento en que los hombres, por sus propias fuerzas, logran ampliar dichos límites y en que resulta superfluo el *deus ex machina*"⁷⁰.

Naturalmente, queda para Bonhoeffer el problema de los límites absolutos, los que la ciencia no ha resuelto ni resolverá jamás, como son la muerte y el concepto de pecado; pero Bonhoeffer cree poder concluir que tampoco es necesario el Dios-explicación con respecto a esos límites, ya que hay hombres que mueren sin necesitar recurrir a Dios o actúan sin necesitar de Dios en su quehacer moral: "Por otra parte, hablar de los límites humanos me parece hartamente problemático (la misma muerte, que los hombres apenas temen, y el pecado, que los hombres muy a duras penas comprenden, ¿acaso son, aún hoy día, unos verdaderos límites?). Siempre tengo la impresión de que al hablar de los límites humanos sólo tratamos de reservar medrosamente un lugar en el mundo para Dios"⁷¹. "Veo de nuevo con toda claridad que no debemos utilizar a Dios como tapa-agujeros de nuestro conocimiento imperfecto. Porque entonces, si los límites del conocimiento van retrocediendo cada vez más –lo cual es, objetivamente, inevitable–, Dios se hallará, con ellos, en su misma línea de constante retroceso"⁷². "Esto es válido para la relación entre Dios y el conocimiento científico. Pero lo es asimismo para las cuestiones simplemente humanas de la muerte, el dolor y la culpa. Hoy hemos llegado a un punto en que, para estas cuestiones, existen respuestas humanas que pueden prescindir por completo de Dios. En realidad –y así ha sido en todas las épocas–, el hombre llega a resolver esas cuestiones incluso sin Dios"⁷³.

Es notable que Bonhoeffer nunca indica soluciones teóricas a esas cuestiones – a esos límites absolutos–, se limita a insinuar que hay hombres que se han resuelto esos problemas –en realidad, que han afrontado los límites absolutos– sin Dios. Bonhoeffer nos invitará (¡a los cristianos!) a vivir en el mundo sin Dios: "Y nosotros no podemos ser honestos sin reconocer que hemos de vivir en el mundo *etsi deus non daretur*"⁷⁴. De esta manera participamos del sufrimiento

⁶⁸ Carta de 30 de abril de 1944; D. BONHOEFFER, *Resistencia y sumisión*, Barcelona 1969, 160-162.

⁶⁹ *Ibid.*, 162.

⁷⁰ *Ibid.*

⁷¹ *Ibid.*, 162s.

⁷² Carta del 29 de mayo de 1944, o.c., 185.

⁷³ *Ibid.*, 185s.

⁷⁴ Carta del 16 de julio de 1944, o.c., 209.

que Dios experimenta al ser desalojado del mundo: "El hombre está llamado a sufrir con Dios en el sufrimiento que el mundo sin Dios inflige a Dios"⁷⁵. Bonhoeffer ha hablado de cristianismo irreligioso y de "cristianismo sin religión"⁷⁶; pero, ¿qué queda de cristianismo? Su respuesta estará en la predicación de una ética que toma como prototipo a Cristo. Ante todo, ¿qué es Cristo para Bonhoeffer? En *Esbozo de un trabajo*, segundo capítulo, dejó indicado: "El encuentro con Jesucristo: experiencia de producirse aquí el trastorno de toda existencia humana debido al hecho de que Jesús 'no existe sino para los demás'. Este 'ser enteramente para los demás' de Jesús: experiencia de la trascendencia"⁷⁷. Pero lo notable es que, según Bonhoeffer, Cristo sería el prototipo para el cristiano de vivir *etsi deus non daretur*: "El cristiano no dispone, como los creyentes de los mitos de la redención, de una última escapatoria de las tareas y las dificultades terrenales hacia la eternidad: al igual que Cristo ha de vivir hasta el fin de su vida terrena ('Dios mío, ¿por qué me has abandonado?')"⁷⁸. "Nuestro ser, que se ha hecho adulto, nos lleva a reconocer realmente nuestra situación ante Dios. Dios nos hace saber que hemos de vivir como hombres que logran vivir sin Dios. ¡El Dios que está con nosotros es el Dios que nos abandona! (Mc 15,34). El Dios que nos deja vivir en el mundo sin la hipótesis de trabajo, Dios, es el mismo Dios ante el cual nos hallamos constantemente. Ante Dios y con Dios vivimos sin Dios"⁷⁹. Nótese la mutilación de la imagen de Cristo que se nos ofrece; se nos presenta a un Cristo con la única dimensión horizontal, olvidando la importancia en Él de la relación vertical, de su intimidad con el Padre, que es la fuente de su "existir para los demás". En segundo lugar, el planteamiento de Bonhoeffer, por el que constituye a Cristo prototipo y paradigma, plantea los mismos interrogantes que se han escrito a propósito de uno de los teólogos de la muerte de Dios, W. Hamilton: "¿Por qué no escoge un ejemplo más actual? ¿Por qué no escoge un hombre como Ghandi, Schweitzer, Martín Lutero King, John F. Kennedy o cualquier otro individuo extraordinario con valores sublimes, una libertad poco corriente y una entrega generosa a las preocupaciones e intereses de la Humanidad? ¿Por qué ha de mirar hacia atrás el hombre maduro para inspirarse en este campesino galileo?"⁸⁰. ¡Se sigue en pleno fideísmo, que es tanto como seguir en plena arbitrariedad de la opción tomada!

2. La posición de Bonhoeffer suele llamarse *Teología existencial no-religiosa*. Para entender su sentido, tal vez convenga compararla con la *Teología existencial de tipo religioso*, como es la de R Bultmann. Sin pretender dar una definición técnica de lo que es "Teología existencial", para nuestro propósito se puede describir como un intento de encontrar la *existencia auténtica* (existencia cristiana), tomando como paradigma la existencia de Cristo. Bultmann, una vez realizada su obra de desmitologización, no se queda, como histórico ("historich" y no simplemente "geschichtlich"), más que con un rabino judío llamado Jesús que muere en una cruz. Para el sistema de Bultmann baste remitir a la breve exposición de H. Lais⁸¹. Pero lo que hay que imitar en Él es su confianza en el

⁷⁵ Carta del 18 de julio de 1944, o.c., 211.

⁷⁶ Carta del 30 de abril de 1944, o.c., 163.

⁷⁷ *Ibid.*, 224.

⁷⁸ Carta del 27 de julio de 1944, o.c., 198.

⁷⁹ Carta del 16 de julio de 1944, o.c., 209s.

⁸⁰ CH. N. BENT, *El movimiento de la muerte de Dios*, Santander 1969, 112.

⁸¹ *Probleme einer zeitgemäsen Apologetik*, Wien 1956, 89-101.

Padre, su confianza cuando ya no hay motivos para esperar, un esperar sin saber lo que espera: mientras que para Bonhoeffer la frase-clave es "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (imitar a Cristo, que vive y muere sin apoyo en Dios; interpretación no-religiosa), la de Bultmann es: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (interpretación religiosa).

"En la cruz se realiza el juicio de Dios sobre todo lo humano, y, por cierto, en cuanto un suceso histórico ("geschichtlich", es decir, que me interpela, y, en ese sentido, configura la historia). La cruz, para Pablo, no es un símbolo, una figura que habla por una idea eterna, sino la pregunta al hombre si quiere despojarse de su seguridad (...). En tal despojarse a sí mismo, como el reconocimiento del juicio de Dios sobre el hombre viejo como pecador, el hombre se comprende a sí mismo, como liberado de sí, como resucitado con Cristo"⁸². "La esperanza cristiana sabe que espera, pero no sabe qué espera"⁸³. Para Bultmann, formular los objetos de la esperanza es convertirlos en mitos; por eso se comprende que, según él, Jesús esperara en su Padre sin motivos y sin saber qué esperaba.

3. Bonhoeffer no es un "teólogo" de la "muerte de Dios" (él piensa que es Dios mismo el que le obliga a vivir sin Dios), pero ha puesto las premisas para ese movimiento⁸⁴. Hay un paso nuevo en Hamilton, que él explica con los dos temas de Edipo y Orestes: "Se recordará que Edipo, inadvertidamente, mata a su padre, mientras que Orestes, por lealtad a su padre, escoge libremente matar a su madre corrompida"⁸⁵. "La teología de Orestes indica que, para superar la muerte del padre (la muerte de Dios) en nuestras vidas, la madre (la madre que representa a la religión, la seguridad, el fervor y la autoridad, pero que se ha corrompido) tiene que ser destruida, y tenemos que prestar nuestra atención y devoción a la *polis*, el Estado, la política y nuestro prójimo"⁸⁶. Todo esto se postula en nombre de la madurez del hombre moderno: "Al haber *llegado a la madurez* el hombre moderno, para usar la expresión de Bonhoeffer, tiene que asumir toda la responsabilidad de su destino futuro, sin hacer referencia a la hipótesis de Dios, ni depender de ella"⁸⁷. Se seguirá defendiendo un "cristianismo ateo", que significa tomar a Jesús como paradigma en su entrega a los demás. (Este programa plantea todos los interrogantes que ya hemos indicado a propósito de Bonhoeffer, y que en parte se podían haber hecho a propósito de Bultmann.)

Pero volvamos al tema de la muerte del padre, que Hamilton completa con el asesinato de la madre. Hamilton considera los hechos con optimismo: ¿no es un fenómeno que responde a la madurez del hombre y que es señal de su autonomía el tener que arreglar su vida sin contar con Dios? El tema de la muerte del padre no es nuevo; según R. Aron, en este tema se resume todo el pensamiento de Sartre. El fenómeno de la muerte del padre, aunque pueda ser desgarrador, es también un fenómeno positivo: "En el plano familiar, hace falta

⁸² R. BULTMANN, *Die Bedeutung des geschichtlichen Jesus für die Theologie des Paulus: Glaube und Verstehen*, t. 1, Tübingen² 1953, 207.

⁸³ R. BULTMANN, *Die christliche Hoffnung und das Problem der Entmythologisierung*, Tübingen 1954, 58.

⁸⁴ Para la importancia del influjo de Bonhoeffer sobre Hamilton, por ejemplo, cf. BENT, *El movimiento de la muerte de Dios*, Santander 1969, 93-96.

⁸⁵ BENT, *o.c.*, 78.

⁸⁶ *Ibid.*

⁸⁷ *Ibid.*, 107.

que un día el hijo se emancipe con respecto a sus padres, y sería lamentable que no lo hiciese"⁸⁸. Pero, ¿puede el hombre dejar de ser niño con respecto a Dios? ¿No estará la indignancia inscrita en su ser limitado y contingente? En esas circunstancias, ¿se puede aspirar como ideal a la emancipación con respecto a Dios? El hecho de que Sartre, después de la muerte del padre –de la muerte de Dios para él– no pueda mirar el mundo sino con "náuseas" (recuérdese que la novela más representativa del pensamiento filosófico de Sartre se nos da en el análisis psicopatológico de la "náusea", que resulta para Sartre de la "contingencia del mundo")⁸⁹, y que su filosofía se haya podido definir como filosofía o teología del absurdo, porque suprimido Dios, reconoce la total absurdidad del mundo, de ese mundo que produce náuseas⁹⁰, hablan bien claro de la falsedad del planteamiento.

¡Cuánto más realista es reconocer la pequeñez y limitación que, como hombres tenemos, reconocer que hay misterios (¡los límites absolutos!) en nosotros no explicables sin Dios! Es lo que el Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, nos ha inculcado en el número 21 a propósito de "los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor".

⁸⁸ JEAN DANIELOU, *L'avenir de la religion*, París 1968, 18.

⁸⁹ A. NIEL, *Jean Paul Sartre, héros et victime de la 'conscience malherureuse'*, París 1966, 16.

⁹⁰ R. JOLIVET, *Sartre ou la théologie de l'absurde*, París 1965.

3. EL MOVIMIENTO DE LOS “CRISTIANOS POR EL SOCIALISMO”

Disertación leída en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 8 de junio de 1976. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, abril 1977.

I. GÉNESIS HISTÓRICA DEL MOVIMIENTO

El Papa Pablo VI en su Carta Apostólica *Octogesima Adveniens*, de 14 de mayo de 1971, hizo la siguiente constatación: "Hoy día, los cristianos se sienten atraídos por las corrientes socialistas y sus diversas evoluciones. Ellos tratan de reconocer allí un cierto número de aspiraciones que llevan dentro de sí mismos en nombre de su fe. Se sienten insertados en esta corriente histórica y quieren conducir dentro de ella una acción; ahora bien, esta corriente histórica asume diversas formas, bajo un mismo vocablo, según los continentes y las culturas, aunque ha sido y sigue inspirada en muchos casos por ideologías incompatibles con la fe. Se impone un atento discernimiento" (número 31).

En estas líneas transcritas se recoge sintéticamente la problemática que pretendo abordar en esta intervención, y se apunta hacia su solución: ejercicio del discernimiento crítico, a la luz de la razón y de la fe cristiana.

El Movimiento designado con la expresión "Cristianos por el Socialismo", que ha tenido su origen inmediato en Santiago de Chile, en la semana del 14 al 16 de abril de 1971, tiene precedentes más remotos.

Origen remoto

Nosotros nos atreveríamos a situar sus precedentes en el Movimiento progresista, surgido en Francia después de la guerra mundial, conocido con el nombre de la "main tendue", y que pretendía establecer una separación entre el método de análisis marxista y su concepción atea y antirreligiosa, preconizando una estrecha colaboración de los cristianos con los comunistas en el combate político.

Esta tendencia fue una consecuencia de los contactos y de la lucha contra el enemigo común, durante la "Resistencia", entre los militantes católicos y los militantes comunistas.

Uno de los análisis más lúcidos y críticos, desde el punto de la filosofía y teología cristiana, de esta tendencia del progresismo cristiano francés de la posguerra, fue la realizada por el jesuita francés P. G. Fessard, en el segundo tomo de su obra *De l'Actualité Historique*, bajo la rúbrica *Progressisme Chrétien et Apostolat Ouvrier* (editado por Desclée de Brouwer, 1959).

En esta tendencia aparecen ya ideas y actitudes pastorales que reaparecerán más tarde, como tendremos ocasión de señalar, en el Movimiento de "Cristianos por el Socialismo".

Otro antecedente de este Movimiento lo quieren situar algunos en una tendencia surgida en Polonia, después de la última guerra mundial, conocida con el nombre de grupo o movimiento "Pax", que preconizó también la colaboración entre creyentes y marxistas y el acercamiento entre la Iglesia y el Partido comunista, con miras a que los cristianos aceptaran los principios del socialismo y a que los comunistas aceptaran la idea de que un sistema económico colectivista puede ser vivido conforme a ideologías diferentes. El diálogo iniciado entre católicos y marxistas, después de la Encíclica *Pacem in Terris*, de S. S. Juan XXIII, el 11 de abril de 1963 e intensificado después del Concilio, es considerado también por algunos como un antecedente del Movimiento de los "Cristianos por el Socialismo".

Los primeros en iniciar estos diálogos fueron los católicos italianos, en Florencia. Merece citarse a este respecto el libro *Dialogo alla prova* (Firenze, 1964). Otro hito en este ambiente de colaboración católico-marxista fue el testamento político del Secretario General del PCI, Palmiro Togliatti, que murió en 1964 y que propugnó esa colaboración entre católicos y comunistas para la construcción de la sociedad socialista¹.

En esta línea merecen destacarse también los coloquios internacionales organizados por la Institución alemana de Investigación, la "Paulusgesellschaft", entre los años 1964-1967: en Salzburgo (Austria), en 1965; en Chiemsee (Alemania Occidental), en 1966, y en Marienbad (Checoslovaquia), en 1967.

La presencia de católicos franceses en las Semanas del Pensamiento Marxista, en París y en Lyon, a partir de 1964, y la de marxistas en la Semana de Intelectuales Católicos Franceses, de París (1965), se encuentran en esta misma línea y ambiente de colaboración².

Estas tendencias ideológicas se han plasmado también en actuaciones concretas, en el plano político y social. Así, de la ACO francesa, del MPF (Mouvement Populaire des Familles) y del MLP (Mouvement pour la Libération du Peuple), surgió, en 1957, la UGS, de la cual se ha formado, en gran parte, el PSU (Parti Socialiste Unifié)³.

Se está dando también, en otros países, un trasvase de miembros de los partidos de inspiración cristiana a los partidos socialistas. Así, lo sucedido en los Países

¹ Sobre el pensamiento de Togliatti, en relación con el catolicismo, véase *Palmiro Togliatti, el Mundo Católico*, por LUCIO LOMBARDO RADICE, en *Socialismo y Libertad*, editado en edición española por Desclée de Brouwer, Bilbao 1975, 138. Es interesante también la lectura del *Testamento político*, de PALMIRO TOGLIATTI, que fue publicado en el semanario *Rinascità*, el 4 de septiembre de 1964, y que fue reproducido por el periódico *Le Monde*, el 5 de septiembre del mismo año.

² Merecen citarse también las tendencias mantenidas por algunas revistas francesas como *Jeunesse de L'Eglise* y *La Quinzaine*, y, últimamente, *Temoignage Chrétien*. Resulta interesante para conocer esta evolución, aunque sea desde una perspectiva marxista, la lectura del libre titulado *Les marxistes et l'évolution du monde catholique*, Editions Sociales, París 1972.

³ También merece citarse la crisis suscitada en Italia por las ACLI, que en su XI Congreso, celebrado en 1969, iniciaron una línea de autonomía en materia política. Esta decisión fue confirmada en el mes de agosto de 1970. En julio de 1971, la Jerarquía dejó de reconocerlas como Asociaciones confesionales de trabajadores católicos; posteriormente, una fracción minoritaria de las mismas se separó, tratando de reconstruir el Movimiento con fidelidad a los principios que habían inspirado su fundación (julio 1972).

Bajos al Partido Católico Popular, que en diez años ha perdido casi la mitad de sus puestos en el Parlamento, calculándose que el 44 por 100 de los votos perdidos ha pasado al Partido Socialista. (Sobre los antecedentes del Movimiento, véase el libro *Cristianos por el Socialismo. Documentación*, por Alfredo Fierro Bardají y Reyes Mate Rupérez, Editorial Verbo Divino, Estella, 1975. Sobre todo, el artículo recogido en el mismo, de Casimiro Martí: *Cristianos por el Socialismo. Referencias Históricas*, p. 15 y siguientes. Véase asimismo el libro antes citado del P. Fessard, y *Le scelte e le tesi dei "Cristiani per il Socialismo" alla luce dell'insegnamento della Chiesa*, por el P. Bartolomeo Sorge, edit. LDC, Torino).

Origen inmediato

Los precedentes más inmediatos del Movimiento hay que buscarlos en la evolución experimentada, en América latina, dentro del campo católico.

En la I Asamblea del CELAM, reunida en Río de Janeiro en 1955, la Iglesia latinoamericana optó por promover un Movimiento de inspiración social cristiana capaz de ofrecer una alternativa al comunismo.

Pero en el año 1959, en la Asamblea General de la Confederación Latinoamericana de Sindicatos Cristianos, celebrada en Quito, surgió la primera disidencia pública frente a un Movimiento social cristiano de tendencia reformista, proclamándose la necesidad de un programa revolucionario.

En la segunda Conferencia del CELAM, celebrada en Medellín el año 1968 e inaugurada por S. S. Pablo VI, en Bogotá, el 24 de agosto, con motivo de su viaje a Colombia para asistir al Congreso Eucarístico Internacional, se adoptó una actitud y una terminología más avanzada en la búsqueda de una nueva y más intensa presencia de la Iglesia en la actual transformación de América latina, proclamando que "en la historia de la Salvación, la obra divina es una acción de liberación integral y de promoción del hombre en toda su dimensión, que tiene como único móvil el amor" (Cf. *Medellín. Conclusiones*, 6ª ed., Secretariado General del CELAM, Bogotá 1971, 22ss.).

En ese mismo año de 1968 se constituyeron dos organizaciones sacerdotales de características avanzadas: los "Sacerdotes del Tercer Mundo", en Argentina, y el Movimiento ONIS (Oficina Nacional de Información Social), en el Perú.

A partir de Medellín también empezó a desarrollarse la "Teología de la liberación", que en algunas de sus tendencias tiene innegables conexiones con el Movimiento de "Cristianos por el Socialismo"⁴.

Pero la fecha de nacimiento del Movimiento hay que situarla en 1971, y, más en concreto, del 14 al 16 de abril, como ya hemos indicado anteriormente.

⁴ Sobre teología de la liberación pueden consultarse, entre otras, las siguientes obras: *Teología de la liberación*, de GUSTAVO GUTIÉRREZ, Salamanca, 1972, ed. Sígueme; *Fe cristiana y cambio social en América Latina*, ed. Sígueme, Salamanca, 1973; *Liberación: Diálogos en el CELAM*, Consejo Episcopal Latinoamericano, (CELAM), Bogotá 1974, y *Conversaciones de Toledo*, julio 1973, Aldecoa, Burgos 1974, 469.

En dicha fecha, dentro del ambiente creado por la subida del Presidente Allende a la Jefatura del Estado en Chile, se celebró una reunión en la capital de esa nación, con la asistencia de 80 sacerdotes y religiosos, tomando como base de estudio de la misma el tema: "Participación de los cristianos en la construcción del socialismo en Chile".

Esta reunión terminó con unas conclusiones que fueron conocidas bajo el nombre de "Declaración de los ochenta", fechada en Santiago de Chile el 16 de abril de 1971⁵.

Como consecuencia de esta reunión, se constituyó el "Secretariado Sacerdotal de los «Cristianos por el Socialismo»".

Otra fecha importante del Movimiento fue la reunión celebrada, en noviembre de ese mismo año, entre dicho Secretariado y el líder cubano Fidel Castro, con ocasión de su visita a Chile. En esta reunión participaron 140 sacerdotes.

En el transcurso de la misma, Fidel Castro enunció dos principios, que fueron recogidos por los participantes del Movimiento:

- Los cristianos deben considerarse "aliados estratégicos" de los marxistas (y no meramente tácticos) en el único proceso de liberación de la América latina.
- El cristiano puede aceptar con conciencia tranquila el marxismo como método, sin comprometer en nada su propia fe.

Fidel Castro invitó, en el año siguiente, a 12 sacerdotes chilenos para pasar varias semanas en Cuba, dedicados a trabajos voluntarios. Estos sacerdotes publicaron, al terminar su experiencia, el 6 de marzo de 1972, una "Declaración" en el diario *Granma*. En ella se recogieron las tesis fundamentales del Movimiento:

- La denuncia del capitalismo como fuente de todos los males de la América latina.
- La necesidad histórica del socialismo.
- La obligación moral para los cristianos de luchar, juntamente con los marxistas, por la liberación de la violencia institucionalizada, implantada por el capitalismo⁶.

Pero la fecha más importante de este Movimiento fue la semana del 23 al 30 de abril de 1972, en la que se celebró el I Encuentro Latinoamericano de "Cristianos por el Socialismo", en Santiago de Chile, en el que participaron 400 personas, entre sacerdotes, religiosos y laicos.

El Encuentro fue precedido de una invitación, firmada por representantes de diversos Estados latinoamericanos, en diciembre de 1971, y en la que se

⁵ Cfr. *Cristianos Latinoamericanos y Socialismo*, editado por el Cedral, Bogotá 1972, que constituye la publicación más completa de documentos sobre este Movimiento desde su origen, en abril de 1971, hasta diciembre de 1972, y que resulta un instrumento indispensable para conocerlo y valorarlo adecuadamente.

⁶ Véase el citado libro del P. SORGE, *Le scelte e le tesi dei "Cristiani per il Socialismo", alla luce dell'insegnamento della Chiesa*, 10ss.

exponían los objetivos del Encuentro, los participantes, la organización, los lineamientos para un documento base y la pauta de trabajo.

En enero de 1972, el Secretario de la Conferencia Episcopal chilena, Monseñor Carlos Oviedo Cavada, dirigió una carta a las otras Conferencias Episcopales de América latina, en la que exponía la posición del Episcopado chileno en relación con el grupo promotor del Encuentro y, en concreto, se manifestaba que dicha reunión era de la iniciativa exclusiva del grupo promotor, que se había limitado a informar de ella a la Jerarquía chilena; y se añadía que "no nos agradaría que nuestro silencio pudiera interpretarse como aprobación de dicha reunión".

Conviene hacer constar que asistió al Encuentro el señor Obispo de Cuernavaca (Méjico), Monseñor Méndez Arceo, quien pronunció un discurso en la sesión inaugural, siendo el único Obispo participante en el Encuentro.

El Encuentro terminó con un documento final, en el que se recogieron sus líneas ideológicas y programáticas, que han servido de base de inspiración para su ulterior desarrollo más allá del continente latinoamericano.

Con posterioridad, se han celebrado Encuentros de este Movimiento en otros países europeos: en nuestra España, en enero de 1973, y que tuvo lugar en Ávila, con más de 200 asistentes, y cuyo documento final siguió las líneas del Encuentro chileno.

En Bolonia se celebró otro Encuentro, del 21 al 23 de septiembre de 1973, y otro en Nápoles, en noviembre de 1974. También se ha celebrado otro Encuentro en Lisboa, en octubre de 1974.

Y según otra información, parece haberse celebrado, en febrero de ese mismo año, otra reunión de personas de Cataluña y Baleares, que tuvo lugar en la ciudad francesa de Perpiñán⁷.

Posteriormente, hemos tenido noticias de haberse celebrado en Quebec (Canadá), del 6 al 13 de abril de 1975, el II Encuentro Internacional de "Cristianos por el Socialismo", para conmemorar el III Aniversario del I Encuentro Latinoamericano en Santiago de Chile.

II. CONTENIDO IDEOLÓGICO DEL MOVIMIENTO "CRISTIANOS POR EL SOCIALISMO"

Vamos a basarnos para la exposición resumida de las tesis fundamentales, sostenidas por los "Cristianos por el Socialismo", en los documentos oficiales de dicho Movimiento y, sobre todo, en el documento final del I Encuentro Latinoamericano en Santiago de Chile, que constituyó el primer manifiesto del Movimiento como tal.

Este Movimiento parte de la constatación de hechos objetivos, según la perspectiva en que se han situado sus promotores.

⁷ Cfr. el libro antes citado del P. SORGE, 10-13; así como el libro también citado de FIERRO-MATE, *Cristianos por el Socialismo*, 26-31, ed. Verbo Divino.

Estos hechos se reducen a una *situación económica y social cimentada en la opresión y en la injusticia, como consecuencia del imperialismo capitalista*. Se trata de una injusticia estructural, que se deriva de la lógica perversa del capitalismo⁸.

Estos mismos conceptos, con más o menos adaptaciones a la situación de los respectivos países, se repiten en los documentos de Ávila y en el de Bolonia.

La segunda afirmación, que sirve de premisa al planteamiento del Movimiento, es la de que *el capitalismo es intrínsecamente perverso e incorregible*: "esta sociedad injusta tiene su fundamento objetivo en las relaciones capitalistas de producción, que generan, necesariamente, una sociedad clasista"⁹.

No existe una tercera alternativa posible entre el capitalismo y el socialismo. Hay que reconocer el fracaso definitivo de la tercera vía de la Reforma social cristiana¹⁰.

La única solución es la construcción de un auténtico socialismo, única forma, hasta el presente, de lograr una liberación total.

Hay que hacer notar que cuando los promotores de este Movimiento hacen referencia al "socialismo" se refieren inequívocamente al socialismo marxista.

*El Movimiento de "Cristianos por el Socialismo" acepta fundamentalmente dos elementos de la ideología marxista: el análisis marxista y la praxis revolucionaria*¹¹.

La única revolución posible, el único proceso de liberación eficaz es el propugnado por el socialismo marxista.

Y el Movimiento, sobre la base de las premisas anteriores, da un paso más: *la necesidad de la alianza estratégica de los cristianos revolucionarios con los marxistas en el proceso único de liberación*¹².

Y avanzando en esta línea, se llega a una *nueva concepción de la fe*, de tal forma que, como sintetiza agudamente el Padre Sorge, en su estudio antes citado: "la fe no es ya la adhesión a una Palabra que viene de lo Alto, sino una Revelación que se hace desde abajo; no es anterior al compromiso del cristiano en el mundo, sino que nace y se descubre en el compromiso por la liberación del hombre"¹³. Así, en el documento repetidamente citado del I Encuentro de Santiago de Chile, se afirma expresamente: "La fe agudiza la exigencia de la lucha de clases, se encamina decididamente a la liberación de todos los hombres, en particular de aquellos que sufren las formas más agudas de opresión; y acentúa la orientación hacia una transformación global de la sociedad y no sólo de las estructuras

⁸ Cfr. el libro citado a este respecto, *Cristianos Latinoamericanos y Socialismo*, 276 y 277.

⁹ Cfr. documento antes citado del I Encuentro de "Cristianos por el Socialismo", recogido en *Cristianos Latinoamericanos y Socialismo*, 377.

¹⁰ *Ibid.*, 278, 1.13; y 1.16.

¹¹ Cfr. documento antes citado del I Encuentro de "Cristianos por el Socialismo", recogido en *Cristianos Latinoamericanos y Socialismo*; y la propuesta del documento conclusivo del Encuentro de Bolonia.

¹² Cfr. documento antes citado del I Encuentro de "Cristianos por el Socialismo", 280, 3.7.

¹³ Cfr. libro citado *Le scelte e le tesi dei "Cristiani per il Socialismo", alla luce dell'insegnamento della Chiesa*, 20 y 21.

económicas. La fe da así su contribución, en los cristianos comprometidos, a la construcción de una sociedad cualitativamente distinta y al surgimiento del hombre nuevo. La especificidad de la aportación cristiana no debe ser pensada como algo anterior a la praxis revolucionaria que el cristiano traería ya hecha al llegar a la Revolución. Lo que sucede es que, en el curso de su experiencia revolucionaria, la fe se revela como creadora de nuevos aportes que ni él ni nadie habría podido prever desde fuera del proceso"¹⁴.

Los promotores del Movimiento coinciden en negar que exista una aportación específicamente cristiana. Ya que consideran que los cristianos tienen que asumir, en cada momento histórico, aquella solución dada que les parece más coherente con la inspiración evangélica.

Los partidarios del Movimiento de "Cristianos por el Socialismo" consideran que se puede separar el análisis marxista de las realidades económicas y sociales, y la praxis revolucionaria de la ideología marxista.

*La posición es también fuertemente crítica de la Iglesia y de su actuación histórica: "... el compromiso revolucionario tiene también una función crítica y dinamizada respecto de la fe cristiana. Crítica de sus complicidades históricas, abiertas o sutiles, con la cultura dominante"*¹⁵.

Y como consecuencia de todo ello, *hay que reintegrar la fe y la teología desde la praxis revolucionaria: "se reconoce la praxis revolucionaria como matriz generadora de una nueva creatividad teológica. El pensamiento teológico se transforma así en una reflexión crítica en y sobre la praxis liberadora, en confrontación permanente con las exigencias evangélicas"*¹⁶.

Esta actitud implica la *necesidad de una nueva lectura de la Biblia*, ya que la praxis liberadora constituye el criterio para volver a leer, de una manera completamente nueva, la Palabra de Dios y para recibir las enseñanzas de la tradición: "esto conduce, en un espíritu de fe auténtica, a una nueva lectura de la Biblia y de la tradición cristiana, que replantea los conceptos y símbolos básicos del cristianismo, de manera tal que no traban a los cristianos en su compromiso con el proceso revolucionario, sino que, por el contrario, los ayudan a asumirlo creadoramente"¹⁷.

Y, por último, todo desemboca en una nueva concepción de la Iglesia, al tomar conciencia "de que la realidad cristiana (institución, teologías, conciencia) no está fuera del enfrentamiento entre explotados y explotadores"¹⁸. Esta consideración de lo que ellos estiman "el gran pecado histórico de nuestra Iglesia", de haber estado la mayor parte de las veces aliada de las minorías que han dominado y explotado al pueblo trabajador, les lleva a preconizar que la Iglesia católica se vaya liberando de una imagen tradicional, comprometida con el sistema capitalista o, por lo menos, favorable al *statu quo*, por una Iglesia nueva, que se ponga de parte de los pobres y de los oprimidos.

¹⁴ Cfr. documento antes citado del I Encuentro de "Cristianos por el Socialismo", 284, 3.2.

¹⁵ *Ibid.*, 285, 3.7.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*, 286, 3.8.

¹⁸ *Ibid.*, 280, 3.1.

Los "Cristianos por el Socialismo" tratan de superar el dramático dilema presentado a tantos militantes cristianos de elegir entre la Iglesia católica o la Revolución socialista¹⁹.

Hemos de reconocer que el Movimiento de "Cristianos por el Socialismo" plantea interrogantes serios y profundos a la Iglesia y a los cristianos.

Tratemos ahora, brevemente, de hacer una valoración crítica de estos planteamientos.

III. VALORACIÓN CRÍTICA DEL MOVIMIENTO "CRISTIANOS POR EL SOCIALISMO"

Hasta este momento de nuestra disertación hemos tratado de exponer, lo más objetivamente que nos ha sido posible, la génesis de este Movimiento y el contenido ideológico de sus posiciones, evitando la formulación de juicios personales de valor.

Ahora pretendemos dar un paso más, exponiendo, con la mayor serenidad y comprensión, pero también sin falsos irenismos y concesiones fáciles, nuestro juicio valorativo de este Movimiento, surgido en el interior de la Iglesia Católica, que pretende hacer compatible la fe cristiana con la metodología del análisis marxista de la realidad y con la praxis revolucionaria de la lucha de clases.

Hemos de comenzar este juicio crítico afirmando que, cualquiera que sea el balance definitivo que pueda elaborar un fiel cristiano, y más si es Pastor de la Iglesia, sobre los aspectos positivos y negativos del mismo, debe quedar en pie el reconocimiento de que los problemas planteados por él mismo son reales y nucleares y constituyen un desafío a los cristianos de nuestro tiempo.

No se puede menos de admirar, al estudiar los escritos en los que se refleja la ideología de este Movimiento, a pesar de la amalgama de principios y de criterios, de intuiciones geniales con errores fundamentales, una sinceridad radical, una actitud valiente de compromiso cristiano, una búsqueda angustiada de luz, de esperanza y de liberación para la inmensa muchedumbre de los pobres y de los oprimidos.

Se trata de aquellos movimientos que el P. Congar, en su famoso libro, un poco olvidado, *Falsas y verdaderas reformas de la Iglesia*, califica de "innovadores", pero que hay que acogerlos con "alma de verdad" y antes de refutar sus errores hay que reconocer todo lo positivo que encierran y, sobre todo, las interpelaciones que dirigen a los cristianos que quieren ser fieles al Evangelio de Jesús y a la Tradición de la Iglesia²⁰.

Este Movimiento pretende dar una respuesta, desde la fe cristiana, al dolor y al clamor de los pobres, con un sentido de realismo pastoral, del que se hallan transidas todas las enseñanzas del Vaticano II.

¹⁹ Cfr. libro antes citado del P. SORGE, 30 y 31.

²⁰ Véase *Falsas y verdaderas reformas en la Iglesia*, traducción de Carmen Castro de Zubiri, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1953, 478.

Hemos de afirmar, sin embargo, con la misma sinceridad, que esa actitud no ha sabido encontrar, en su búsqueda angustiada, las soluciones auténticas inspiradas en el Evangelio y proyectadas sobre la realidad agitada de nuestro tiempo; les ha faltado lucidez, objetividad y profundidad en el diagnóstico, y, sobre todo, les ha faltado fidelidad al Espíritu, que inspira y guía a su Iglesia, y al Magisterio que interpreta y actualiza auténticamente las enseñanzas de la Revelación, con la asistencia del mismo Espíritu.

Los verdaderos reformadores de la Iglesia, como enseña el Padre Congar en dicho libro –no los falsos reformadores–, saben permanecer en comunión con el todo, como garantía de su fidelidad: "En la comunión de todo el cuerpo –afirma el citado Padre Congar– y en ella sola –cuerpo sometido a la regla del Magisterio– puede cada cual mantener una verdad total"²¹.

Como se ha escrito a propósito de este Movimiento, se advierte en sus documentos oficiales una crítica acerba y sistemática a la Iglesia, hecha con dureza y, en ocasiones, sin amor. Su lenguaje no es ciertamente el de los Santos reformadores, que han sabido hablar con libertad de espíritu a Papas y a Obispos, pero al mismo tiempo con la fidelidad y la docilidad del amor.

Si se aplica un criterio de discernimiento de espíritus, que es una de las funciones principales de los Pastores de la Iglesia, pero que también deben practicarlo todos los fieles cristianos, según la consigna del Apóstol: *Examinadlo todo y quedaos con lo bueno. Absteneos de todo género de mal* (1Tes 5, 21-22); hemos de llegar a la conclusión de que el confucionismo ideológico indicado, la crítica dura y despiadada a los hermanos en la fe y a los Pastores de la Iglesia, la aceptación de la lucha de clases y de la praxis revolucionaria marxista en que han incurrido, no pueden ser un fruto genuino del Espíritu que guía a la Iglesia.

Por estas razones es perfectamente explicable que el Episcopado chileno, en su Asamblea Plenaria del 6 al 11 de abril de 1973, después de una profunda y amplia reflexión teológico-pastoral, llegase a la decisión de que "no puede un sacerdote y religioso pertenecer a este Movimiento ("Cristianos por el Socialismo") (Sesión XVI, 11 de abril de 1973).

No pretendemos, dentro de la necesaria brevedad de esta exposición, abordar en profundidad la crítica de este Movimiento. Únicamente queremos apuntar algunas líneas de reflexión crítica sobre el mismo.

El Movimiento parte, como ya lo hemos indicado, de una situación de hecho: de *la situación de opresión y de injusticia, como consecuencia ineluctable del sistema capitalista*.

A esta afirmación, sin dejar de reconocer todo lo que tiene de objetivo y de realista, se le puede objetar su carácter unilateral y universalista, en el sentido de atribuir como única causa de la pobreza y del subdesarrollo de los países del Tercer Mundo, o de ciertos sectores de población dentro de los propios países desarrollados, a la lógica perversa del sistema capitalista, sin considerar ni estimar otras concausas que pueden concurrir, y que de hecho han concurrido, hasta llegar a esa situación.

²¹ *Ibid.*, 194.

Si la causa de la pobreza y del subdesarrollo y aun de la opresión radicase únicamente en el sistema capitalista, sería difícil de explicar por qué existen países socialistas en situación de subdesarrollo; y por qué países socialistas desarrollados, en sus relaciones con los países del Tercer Mundo, han practicado y practican formas de explotación económica, y por qué los sistemas colectivistas han implantado formas de opresión y de esclavización del hombre que serían impensables en una democracia capitalista moderna.

La agudeza del sentido crítico que demuestran frente a las injusticias del sistema capitalista se desvanece y se diluye, cuando se desconoce totalmente, en el juicio sobre el socialismo, que ya no es una "utopía", como en el siglo XIX, sino un sistema histórico que lleva más de cincuenta años de existencia. Habría que pedir, cuando se habla en nombre del Evangelio y de la fe cristiana, más objetividad y menos parcialidad en la crítica de las injusticias cometidas por los sistemas.

Pero esta cuestión, aun siendo importante, no es la más decisiva, desde el punto de vista teológico y moral, para enjuiciar el Movimiento de "Cristianos por el Socialismo".

Otro punto sobre el que queremos fijarnos especialmente es el que *considera que son compatibles con la fe cristiana la aplicación del método de análisis del marxismo y la praxis revolucionaria.*

Empecemos por afirmar que el método de análisis marxista está íntimamente vinculado a su dialéctica materialista, y que su aparente racionalidad científica está imbuida de su ideología.

Como se ha afirmado muy certeramente, "un sistema que tiene entre sus ascendientes al mismo Hegel no iba a dejar escapar la pasión del 'Maestro' por una visión unitaria y sintética"²².

Los mismos marxistas reconocen explícitamente esa unidad del sistema marxista entre teoría y análisis.

De ahí que sea preciso adoptar una actitud crítica frente al marxismo desde el análisis mismo de la realidad de los hechos que se investiga, a través de un instrumental imbuido de categorías conceptuales, que hacen ver la realidad desde una perspectiva ideológica. Es muy difícil aceptar el diagnóstico y el planteamiento de la realidad socioeconómica mediante el análisis marxista y no dejarse atrapar por la concepción global del hombre y de la sociedad que dentro de sí encierra.

Esto no quiere decir que un cristiano no pueda aceptar algunas afirmaciones y constataciones objetivas del análisis marxista; pero siempre que vengan confirmadas por otros estudios e investigaciones objetivas realizadas desde otras perspectivas y con otros instrumentos de análisis científico.

Como ha puesto de relieve, con lúcida perspicacia, el P. Fessard, con el apoyo empírico de una militante cristiana que convivió y dio testimonio de su fe en un

²² Cfr. el documentado artículo del Mons. ALFONSO LÓPEZ TRUJILLO, *Análisis marxista y liberación cristiana*, publicado en *Tierra Nueva*, n. 4, enero 1973, 5 y 43, Bogotá 1974.

medio marxista, Madeleine Delbrel²³, al tratar con los marxistas hay que estar muy prevenido contra las "trampas de lenguaje": así la identificación de los trabajadores asalariados con el "proletariado", que es una elaboración conceptual de Marx, y al cual se atribuye una misión histórica, con una transposición secularizada de la vocación del pueblo elegido del Nuevo Testamento, es una confirmación de la indicada afirmación.

Así, también la visión escatológica inmanente de una sociedad futura sin clases, a la que subordinan la escatología cristiana, que se consumará después de la segunda venida de Cristo, y que es una consecuencia de la dialéctica hegeliana, invertida por Marx, con su paso de la "Idea" a lo "Real", es decir, al hombre social e histórico, es otra "trampa del lenguaje", frente a la cual deben estar muy prevenidos los cristianos que dialogan o colaboran con los marxistas.

Otra crítica que se puede hacer al Movimiento de "Cristianos por el Socialismo", es su aceptación de la "lucha de clases", que consideran que es una realidad constatada sociológicamente, sin caer en la cuenta de que es otra categoría ideológica basada en la concepción marxista de clase y en su dialéctica materialista y en su visión dialéctica de la historia. Aceptarlas como punto de partida objetivo y científico para la liberación del hombre es caer en otra de las "trampas del lenguaje" de la ideología marxista.

La concatenación lógica, una vez aceptadas las anteriores premisas, lleva a los partidarios del Movimiento de "Cristianos por el Socialismo" a un reduccionismo de la salvación que nos viene de Cristo a la esfera político-social, aceptando una visión inmanentista de la liberación cristiana.

Es cierto que una visión espiritualista y descarnada de la salvación que nos trajo Cristo no responde a la integridad del Mensaje evangélico.

Como ha afirmado recientemente Su Santidad Pablo VI en uno de los documentos más importantes de su pontificado, *La Evangelización del mundo contemporáneo*: "La Iglesia asocia, pero no identifica nunca, liberación humana y salvación en Jesucristo, porque sabe por revelación, por experiencia histórica y por reflexión de fe que no toda noción de liberación es necesariamente coherente y compatible con una visión evangélica del hombre, de las cosas y de los acontecimientos; que no es suficiente instaurar la liberación, crear el bienestar y el desarrollo para que llegue el Reino de Dios. Es más: la Iglesia está plenamente convencida de que toda liberación temporal, toda liberación –por más que ésta se esfuerce en encontrar su justificación en tal o cual página del Antiguo Testamento; por más que acuda, para sus postulados ideológicos y sus normas de acción, a la autoridad de los datos y conclusiones teológicas; por más que pretenda ser la teología de hoy– lleva dentro de sí misma el germen de su propia negación y decae del ideal que ella misma se propone, desde el momento en que sus motivaciones profundas no son las de la justicia en la caridad; la fuerza interior que la mueve no entraña una dimensión verdaderamente espiritual y su objetivo final no es la salvación y la felicidad en Dios".

²³ Esta cristiana del siglo XX nació en 1904 y murió en 1964. Durante treinta años vivió en la ciudad francesa de Ivry, bastión del comunismo francés, trabajando como asistente social. Sus primeras experiencias las recogió en un magnífico libro titulado *Ville Marxiste. Terre de misión*, y también en *Nosotros gente de la calle*, este último traducido al español por Editorial Estela.

Con eso no se niega, como afirmó el documento del Sínodo de los Obispos de 1971, sobre *La justicia en el mundo*, que "la acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como una *dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio*, es decir, la misión de la Iglesia para la redención del género humano y la liberación de toda situación opresiva"; pero siempre que se entienda esa "dimensión constitutiva" en el sentido que aclaró, en el Sínodo de 1974, el Obispo español Mons. Torrella, entonces Vicepresidente de la Comisión Internacional de Justicia y Paz, cuando afirmó que era constitutiva, pero no "essentialiter", sino "integraliter", es decir, subordinada y complementaria.

Estimo que la formulación más conforme con la tradición cristiana de cuál sea la misión de la Iglesia en la liberación de los hombres y en su promoción social, es la empleada por Su Santidad Pablo VI en la solemne profesión de fe, del 30 de junio de 1968, al clausurar el Año de la Fe. Queremos recogerla aquí, porque ilumina con la luz de las enseñanzas de la Iglesia de hoy, de ayer y de siempre, cuál deba ser la postura de los cristianos, si quieren ser fieles al Evangelio de Jesús, en su "compromiso temporal" al servicio de sus hermanos:

"Confesamos igualmente que el reino de Dios, que ha tenido en la Iglesia de Cristo sus comienzos aquí en la tierra, no es de este mundo, cuya figura pasa, y también que sus crecimientos propios no pueden juzgarse idénticos al progreso de la cultura de la humanidad o de las ciencias o de las artes técnicas, sino que consiste en que se conozcan cada vez más profundamente las riquezas insondables de Cristo, en que se ponga, cada vez con mayor constancia, la esperanza en los bienes eternos, en que cada vez más ardientemente se responda al amor de Dios; finalmente, que la gracia y la santidad se difundan cada vez más abundantemente entre los hombres. Pero con el mismo amor es impulsada la Iglesia para interesarse continuamente también por el verdadero bien temporal de los hombres. Porque mientras no cesa de amonestar a todos sus hijos que no tienen aquí en la tierra *ciudad permanente*, los estimula también, a cada uno según su condición de vida y sus recursos, a que fomenten el desarrollo de la propia ciudad humana, promuevan la justicia, la paz y la concordia fraterna entre los hombres y presten ayuda a sus hermanos, sobre todo a los más pobres y a los más infelices. Por lo cual la gran solicitud con que la Iglesia, Esposa de Cristo, sigue de cerca las necesidades de los hombres, es decir, sus alegrías y esperanzas, dolores y trabajos, no es otra cosa sino el deseo que la impele vehementemente a estar presente a ellos, ciertamente con la voluntad de iluminar a los hombres con la luz de Cristo, y de congregar y unir a todos en aquel que es su único Salvador. Pero jamás debe interpretarse esta solicitud como si la Iglesia se acomodase a las cosas de este mundo o se resfriase el ardor con que ella espera a su Señor y el reino eterno".

En el fondo de este Movimiento late un profundo error teológico, que fue denunciado hace ya varios años por el citado P. Fessard, al analizar el progresismo cristiano, surgido en Francia después de la última guerra, y cuyos postulados, con ligeras variantes, se repiten en el Movimiento de "Cristianos por el Socialismo", como puede confrontarse leyendo las citas que hace el propio P. Fessard y confrontándolas con los documentos oficiales de aquel Movimiento.

El error consiste, y recogemos las palabras del propio P. Fessard, en "interpretar la situación presente de la Iglesia en el mundo y en la Historia, no a la luz de la

segunda venida de Cristo, de la Parusía, sino únicamente a la de su primera venida sobre la tierra, a la de la Encarnación. Por consecuencia, aun las verdades que ellos ponen de relieve, válidamente en función de la Encarnación, dejan muy pronto de orientar su espíritu, como deberían hacerlo normalmente, hacia la Redención; sino que, por el contrario, los desvían, y de tal forma que su orientación aparente hacia este último fin contribuye, únicamente, a enmascarar la falsa escatología, en favor de la cual optan realmente, en definitiva, estos espíritus seducidos"²⁴.

Es una forma de "secularización", o de inversión, en el sentido de un mesianismo temporal, de la obra redentora y salvadora de Cristo. Con visión genial y anticipada lo vio el filósofo francés Maritain, en un párrafo que constituye un documento profético, escrito por los años cuarenta, y con cuya lectura voy a dar por terminada esta disertación: "Consideremos, finalmente, el Mito de la Revolución. ¿No deriva también éste de una naturalización del cristianismo? Esperar la resurrección de los muertos y el juicio universal que hará reinar la justicia en la tierra y en el cielo, esperar la revelación de la perfecta Jerusalén, donde todo es luz, orden y gozo, pero esperarlo en las condiciones de la vida presente y de los recursos del hombre, no de la Gracia de Cristo; creer que estamos llamados a vivir una vida divina, la vida misma de Dios –*ego dixi: dii estis*–, pero creerlo de nuestra vida natural, no de nuestra vida de gracia; proclamar la ley del amor al prójimo, pero separándola de la ley del amor a Dios, lo cual rebaja el amor, fuerte como la muerte y duro como el infierno, a la categoría de lo más estúpido y más cobarde del mundo, a la categoría del humanismo; comprender que hay en este mundo algo de trastornado y horrible que no debería existir, pero sin ver que el viejo Adán sigue cayendo y el nuevo elevándose en la cruz para atraer hacia sí las almas y querer que el mundo vuelva al orden mediante el poder del hombre o el esfuerzo de la Naturaleza, y no auxiliado y sostenido por la diligente humildad de las virtudes, y por los divinos medicamentos que dispensa la Esposa de Cristo mientras espera al Esposo que venga con el fuego y renueve todas las cosas; en resumen, laicizar el Evangelio y conservar las aspiraciones humanas del cristianismo suprimiendo a Cristo: he aquí lo esencial de la Revolución"²⁵.

²⁴ Cfr. obra citada del P. Fessard, tomo II, 60 y 61.

²⁵ Párrafo transcrito en la revista *Acción Empresarial*, nn. 54-56, julio-septiembre de 1975, 29. Véase también, como una de las críticas más profundas de este movimiento, desde el punto de vista teológico, la pastoral del Episcopado chileno *Fe cristiana y actuación política*, agosto de 1973, publicada como separata de la revista colombiana *Tierra Nueva*, editada por Cedral, Bogotá 1974.

4. EL HOMBRE SIN DIOS Y LA CUARESMA CRISTIANA

Exhortación pastoral en la Cuaresma de 1977. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, marzo 1977.

Al acercarse una vez más el tiempo de cuaresma, de tanta significación en la vida de la Iglesia, quiero ofrecerles, como lo he hecho otros años, luz para vuestra reflexión y orientaciones para vuestro comportamiento. Lo hago con particular atención al momento que vivimos en nuestra nación española y al entorno cultural en que estamos sumergidos.

I. INQUIETUDES Y SITUACIÓN DRAMÁTICA DEL HOMBRE MODERNO

Introducción

El ser humano no vive en solitario sobre la tierra, sino que forma parte de una familia, de una nación, de una cultura determinada en el tiempo y en el espacio, lo cual hace que su existencia se desarrolle con libertad responsable; sí, pero dentro de unos modos colectivos de ser y de vivir. Por ello no puede ser indiferente su propio mundo cultural. Reacciona como por instinto ante las señales de cambio, ya con sentimientos de desasosiego e inseguridad, ya con determinadas aspiraciones o temores. Que nuestra hora se caracteriza por las mutaciones de todo tipo, nadie parece ponerlo en duda, y aun salta a la vista en la crónica diaria, en la crisis de las instituciones y en la desorientación que reina en el pensamiento y en la jerarquía de valores.

Hay en estos avatares de la historia algo que se nos antoja aleatorio y sobrehumano. Obedecen siempre a una compleja suma de factores muy diversos, cuyo resultado emerge en un momento dado y marca la dirección cultural predominante hasta el cambio siguiente. Sólo en los dos últimos siglos ha adquirido el hombre aguda conciencia de estas mutaciones y se ha lanzado a la audaz empresa de querer conocerlas de antemano para dirigir las, intentando descifrarlas en los "signos de los tiempos", es decir, en aquellas tendencias más profundas y generalizadas del corazón humano. Esta actividad no es ajena a la religión en general y al cristianismo en particular. Dios es el Señor de la historia, y al revelarnos a Cristo, su Hijo, como centro y sentido último de la misma, pide a los cristianos, especialmente a los seculares, que le sirvan, orientando al mundo hacia el reino escatológico del Salvador. Así pues, la mera consideración o el pronóstico de este mundo del hombre y sus cambios jamás puede limitarse para el cristiano a una curiosidad ociosa, ni tan siquiera a una acomodación resignada.

Dios, desplazado de la vida

Ahora bien, ¿qué piden los hombres de hoy? Más que pedir, exigen, y con prisas; ha de dárseles todo aquí y ahora. Basan sus exigencias en su propia dignidad, tal como la entienden ellos mismos, en el valor de su propia persona, que no

reconoce límites. ¿Qué es lo que quieren en definitiva? Una vida que corresponda práctica y concretamente a esa autovaloración: por una parte, no estar esclavizados a nada ni a nadie; por otra, gozar de todo, sin límites y sin esfuerzos excesivos.

Pero lo más característico, sin duda alguna, estriba en el cómo están intentando conseguirlo. Cada vez más generalmente y con más radicalidad, el hombre secular de estos dos últimos siglos no quiere tener en cuenta a Dios, al estructurar su vida y su mundo conforme al plan que acabamos de señalar. Para la existencia de cada individuo o para la convivencia de la humanidad, para lo que verdaderamente importa aquí sobre la tierra, Dios es al hombre secular perfectamente inútil o, como se dice hoy día, "irrelevante". Algunos añaden más: si ese Dios es inútil, supone un estorbo, ya que el lugar central y decisivo que antaño ocupó debe ahora ser cubierto por el hombre. Otros, en fin, más agresivos y tajantes, vienen a considerarlo como un verdadero enemigo, el primero que la humanidad ha de vencer en su esfuerzo pro divinizarse. Todas estas variedades del hombre secularista, el mundano, o el agnóstico, o el ateo, o el anti-teísta, llevan a oponerse a Dios mismo, o a su idea o, cuando menos, a toda cultura que pretenda entender la vida con la clave de Dios.

¿Cómo le ha ido en su intento a este hombre secular? ¿Qué nos está sucediendo a nosotros, hombres modernos, llevados cada vez en mayor grado por esquemas culturales donde en vano se buscará otro dios que no seamos nosotros mismos? En primer lugar, los resultados obtenidos por doquier –tanto en los esquemas individualistas de Occidente como en los colectivistas de los países del Este– deberían haber vuelto al hombre a la sensatez. No basta querer ser Dios o proponérselo para serlo en realidad.

La más inmediata evidencia, la del propio existir, nos grita a voces que somos seres intrínsecamente normados, que nuestra libertad se halla por necesidad rodeada de tinieblas y condicionamientos, nuestros planes minados siempre por la posibilidad de fracaso. Pero dejando aparte esta ilusión paranoica de pretender ser Dios, ¿ha sido nuestro hombre secular capaz de resolver sus propios asuntos temporales?

Fracaso interior

No es éste el momento de entreteneros con estadísticas de los innumerables campos y aspectos que integran la sociedad humana, muchas de ellas ya conocidas del público o fácilmente accesibles. Sólo intento invitaros a meditar mediante algunas preguntas que os ayuden a mejor responder a esta otra capital: ¿es el ciudadano de esta sociedad laica más feliz y ha alcanzado un nivel humano de calidad superior?

Contestad previamente a estos otros interrogantes: ¿no ha aumentado el número de suicidios y se han elevado espectacularmente los índices de criminalidad, sobre todo juvenil? ¿No asistimos al nacimiento de un neo-salvajismo en la pasión morbosa y el culto a la violencia, y en la frialdad con que se chantajea o se propagan las propias ideas a costa de la seguridad o de la misma vida de personas a veces totalmente inocentes? ¿No estamos usando este maravilloso don de Dios a nuestra época, el progreso técnico y organizativo,

más para producir juguetes de destrucción y para el vanidoso egoísmo de subrayar otras economías más débiles, que para el disfrute solidario y equitativo de su verdadero destinatario, la humanidad entera? ¿Es que podemos ahora, en la época de la radio, TV, y el "boom" de los demás medios de comunicación, continuar con buena conciencia –como tal vez pudimos antes– mientras no damos adecuada respuesta al grito aterrador de un tercer mundo famélico? ¿Cómo justificar, por otra parte, que no pocos países subdesarrollados saquen fuerzas de flaqueza para el odio resentido a todo el extranjero y para la agresión imperialista a otros todavía más débiles? ¿Es que supone un avance resucitar en la variedad de guerras ideológicas o de supremacía de grupos étnicos, las ya hace tiempo superadas guerras de religión? ¿No ha caído el hombre, sutil y más tiránicamente que en otros tiempos primitivos, en la dependencia de la droga o el sexo, o bien en el vasallaje espiritual a la mayoría demagógico-técnicamente manipulada y en la adscripción pasional o autohipotecadora a un partido político? ¿Tiene derecho a creerse verdaderamente libre el hombre moderno, por haberse desembarazado de un cuadro de valores que marcaban el rumbo de su existir? ¿Es más libre el marino después de haber borrado del firmamento las estrellas? ¿Podremos después de este cataclismo seguir en absoluto respetándonos, estimándonos y ayudándonos? ¿No ha comenzado ya a cobrarse con toda legalidad sus primeras víctimas en el feto humano que había comenzado su vida en el seno materno, o también en el que todavía a la puerta de la existencia reclamaba su derecho a entrar? ¿Qué sentido hemos de dar al fracaso, o aun rompimiento, de millones de parejas, muchísimas de ellas con hijos, entre los que son frecuentes los menores de edad? ¿Será cierto que en nuestros hogares se regatea cada vez más a los ancianos la atención cariñosa que merecen hasta por estricto deber de justicia?

Aún brilla la luz

No quiero fatigaros con más cuestiones ni en modo alguno pretendo acentuar la negrura del cuadro que se contempla al hacer el saldo de estos primeros cien años de predominio de la ciudad secular. No dudo de lo mucho y bueno que hay en este nuestro mundo, ni las sombras deben cegarnos hasta el punto de no dejarnos ver la luz. Como cristianos estamos prontos a creer que donde abundó el pecado sobreabundó la gracia. Lo que sí se puede concluir es la relación progresiva de causa a efecto entre esta situación crítica de la cultura humana y el giro secularista, producido en ella hace escasos siglos, del abandono o aborrecimiento de Dios.

Este giro grandioso –como fue grandioso el grito blasfemo de Lucifer: "no serviré"– fue realizado por pensadores europeos, en el corazón de la cultura europea y definitivamente durante la segunda mitad del pasado siglo. Algunos de los que lo consumaron sintieron –como Nietzsche– el trágico escalofrío y la responsabilidad de aquella su elección histórica, y preanunciaron profundas y violentas conmociones en la cultura y en la sociedad.

Tampoco faltaron algunos perspicaces pensadores cristianos, que desde España a Rusia –como nuestro Donoso y Dostoievski–, atentos al momento y preocupados por el futuro, entrevieron el drama que a nosotros, sus descendientes, nos es dado contemplar. Pero tenemos algo más que agradecerles: su interpretación cristiana. Para Berdiaev, ya sea el humanismo

que excluye la idea de Dios, ya el que la combate, todos son humanismos inhumanos. El drama del hombre moderno que los ha seguido y continúa siguiendo no ha de verse tanto como un justo castigo de Dios al hombre que injustamente le rechaza, cuanto como una autodestrucción del hombre mismo al separarse de su suelo vital. La experiencia secularista ha evidenciado ciertamente una dimensión de la grandeza del hombre, que es capaz de planear su vida sin Dios, pero para su propio daño. Nos hemos desembarazado de Dios; ahora cabe preguntarse si no estaremos perdiendo, en consecuencia, al hombre.

En este gran pecado, verdadero pecado original de nuestra cultura, ha ocurrido lo que ocurrió en el paraíso. También allí nuestros primeros padres concibieron a Dios como enemigo; también allí se rebelaron; y también sin contar con Dios decidieron allí disfrutar de la vida y ser como dioses. Pero nos dice el Génesis que el empeño terminó también en drama, rubricado por las palabras irónicas de Dios: *He aquí el hombre, que ha venido a ser como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal* (3, 22).

II. LA IGLESIA, INSERTA EN EL MUNDO, POSEE LA SALVACIÓN

Nadie interprete estas líneas en sentido farisaico, puritano. Bien sé que el error y el pecado pertenecen, con estas o aquellas características, en mayor o menor grado, a todas las épocas y a cada uno de los miembros de esta pobre humanidad, incluidos, claro está, nosotros, los miembros de la Iglesia militante. Y sobre todo, no ignoro que Jesucristo, la misma santidad, y a su imitación la Iglesia Santa, proclaman sin ambages el amor al mundo y la solidaridad total con el pecador. Los cristianos estamos en el mundo y no pensamos desentendernos de él ni cejar en el empeño de rescatar a quienes al mundo pertenecen. Somos luz y sal de la tierra y no tenemos intención de abdicar como tales.

En la oración de la última Cena, Jesús afirma que sus discípulos están en el mundo, pero que no son del mundo; y para que entendamos el peligro constante en que nos hallamos de no sólo estar, sino también de ser del mundo, ruega al Padre que, sin sacarnos del mundo, nos preserve del espíritu del mal. Ni sólo pedimos en el Padrenuestro que se nos libre en la tentación, sino también el perdón de nuestros pecados, porque si alguno dijere que no tiene pecado se engaña (1Jn 1, 8). El mismo Jesús, que ha evidenciado en la pasada festividad de su bautismo tanto la solidaridad con nuestra situación miserable de pecadores como su odio irreconciliable al pecado, aparece ahora, al comienzo de la Santa Cuaresma, yendo al desierto, no para desentenderse del mundo, sino para afrontar a pecho descubierto al tentador y derrotarlo. Por tanto, si bien no hemos de admirarnos de que el mundo se nos meta en la Iglesia y que el virus del hombre secularista le esté produciendo lo que ya se muestra como una de las crisis más graves de toda la historia, sin embargo, no se puede aceptar tal situación ni podría encarecerse demasiado la urgencia de combatirla.

Pues bien, en este santo tiempo del año os digo en nombre de la Iglesia a vosotros, cristianos, con las mismas palabras de San Pablo: ¡Mirad! Ahora es el tiempo favorable; ahora el día de la salvación (2Cor 6, 2).

Reforma política y renovación moral

Hace más de un año que nuestra comunidad nacional se halla embarcada en la delicada tarea de una profunda reforma de las estructuras políticas. Sería suicida ignorar que tal esfuerzo está realizándose en medio de un mundo que ha trastocado totalmente el tradicional cuadro de valores que, con limitaciones y defectos, estaba indiscutiblemente inspirado por la fe cristiana. Acontece, además, en un año en que la Iglesia universal atraviesa, al decir de su supremo Pastor, circunstancias difíciles y aun dolorosas.

Por eso las convulsiones trágicas recientes, también en nuestra patria, y algunos síntomas de descomposición social, que últimamente aparecen entre nosotros o se han acentuado o simplemente amenazan, encuentran recta explicación como nuevos brotes de la cultura secular y ramalazos del histórico drama del hombre sin Dios. Gran pecado de ingenuidad sería que el catolicismo español entrase en esta reforma en actitud irresponsable o con talante alegre y confiado. Debemos reflexionar a tiempo.

Sería desaprovechar lo mejor de la gracia que Dios, siempre misericordioso, nos ofrece si nos quedásemos en remedios superficiales ante el gran desafío de estos tiempos. Ni como hombres ni como cristianos nos conformamos con la mera condena, aun cuando se pronuncie desde el sentido de humanidad y no desde el partidismo político; tampoco consideramos suficiente la serenidad, ni la enérgica demanda de poner fin a la locura, ni la viril exigencia de una acción gubernativa clara y decidida a cumplir y hacer cumplir la ley. Todo esto es necesario. Sin embargo, para un arreglo duradero, para una solución a medio y largo plazo, ni cada una ni siquiera todas esas recetas juntas serían bastante, ya que no rebasan la terapéutica de los síntomas.

Los pensadores, así creyentes como incrédulos, coinciden en que la única solución para una sociedad en profunda crisis como la actual es una completa renovación moral; pero la inseguridad en que se debaten muchos de nuestros pobres hermanos sin Dios, consiste en que les falta el punto de apoyo de tal renovación, dado que la urgente reforma de las costumbres apenas si puede realizarse sin unas firmes creencias y la correspondiente actitud ante la vida. En tales circunstancias es privilegiada todavía la situación de nuestra comunidad nacional, pueblo en su mayoría de gran riqueza humana, con una fe cristiana socialmente arraigada e individualmente sentida.

III. EL CRISTO CUARESMAL, SALVACIÓN Y ESPERANZA

La simple reforma de estructuras no tendrá éxito duradero si no la acompaña un esfuerzo de perfeccionamiento moral de toda la sociedad española, de sus leyes y costumbres. Para proponérselo, ningún tiempo mejor que el de la Cuaresma. Dice a este propósito San León Magno, el Papa de los momentos difíciles de la definitiva invasión bárbara: "Cuando se acercan estos días, consagrados más especialmente a los misterios de la redención de la humanidad, estos días que preceden a la fiesta pascual, se nos exige con más urgencia una preparación y una purificación del espíritu ... Por ello, en estos días hay que poner especial solicitud y devoción en cumplir aquellas cosas que todos los cristianos deberían

realizar en todo tiempo; así viviremos esta Cuaresma de institución apostólica en santos ayunos, y precisamente no sólo por el uso menguado de los alimentos, sino sobre todo ayunando de nuestros propios vicios" (Serm. 6 Cuar., 1-2).

El hombre moderno está gravemente enfermo. Lo interpretábamos a la luz de la escena de la caída en el paraíso. Pero en estos días que preceden a la victoria pascual, la Iglesia nos presenta la contrarréplica en aquellas escenas de la vida de Cristo, pagando y luchando por nosotros, ya en sus cuarenta días de ayuno y tentaciones, ya en su pasión y muerte. Sin embargo, la Cuaresma cristiana no es pura contemplación. No sólo hemos de conmemorar y agradecer el primer y último combate de la vida pública del Salvador, hemos también de reproducirlos en nuestras vidas. Lo acabamos de oír a San León: "Por el uso menguado de alimentos y, sobre todo, ayunando de nuestros propios vicios".

Queremos resucitar en una comunidad nacional más limpia, más fraterna, más justa, más alegre. El único medio para alcanzar esta meta —os lo digo sabiendo que no es popular, pero desde la grave responsabilidad de mi deber pastoral— es la penitencia y la cruz, es el esfuerzo, la conversión, la superación del egoísmo, el autocontrol. No sois paganos, aunque viváis en un mundo semipaganizado, y así puedo hablaros con audacia: muerte y resurrección están inseparablemente unidas cuando la muerte es la muerte de Cristo, cuando morimos en el amor, en la paciencia, en la humildad, en la justa obediencia, en la solidaridad de unos con otros y en la austeridad de todos, más urgente y necesaria en los que más tengan.

Aunque hablo a vuestra fe, permitidme refrendar lo que estoy diciendo con una experiencia muy reciente. ¿Cómo se ha conseguido el resurgir económico y técnico que se llamó el "milagro español"? ¿Con la insolidaridad de la huelga fácil o el fácil cierre de las fábricas? ¿Con la impaciencia o la rebelión armada? ¿Con la disgregación de la unidad patria? ¿Con leyes que minasen la moralidad pública o la unión y buena conciencia familiares? Me diréis que no; que esta resurrección fue, como lo es siempre, un milagro de fe, de austeridad y limpieza doméstica, de solidaridad entre los españoles, de alegre laboriosidad en el campo y en el taller. Un examen frío y desapasionado de los hechos nos obliga a reconocerlo así, aunque también existieron fallos y defectos. Sólo con la abnegación y el sacrificio, por parte de todos, se reconstruye una nación.

No hay soluciones cómodas

La fe cristiana nos lleva a creer que no hay solución para los grandes problemas del hombre fuera de Jesucristo. Tenemos el urgente deber de devolver al corazón de nuestros cristianos el convencimiento práctico de que Jesús significa salvador. Él es la piedra angular; un pueblo cristiano que emprendiera la gran aventura de edificar su ordenamiento político-social rechazándola, construiría en vano; porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que podamos salvarnos (Act 4, 11-12).

Médico le llaman los santos Padres. La medicina que nos prescribe está lejos de ser facilitona y demagógica. Nos recomienda la guerra y la violencia, pero tan sólo en la lucha espiritual contra el pecado que habita en nosotros. Son métodos eficaces, no fórmulas que obren por arte de magia. El mal de la humanidad es

muy hondo y amenaza sobrepasar sus límites de tolerancia. El hombre –de modo especial el moderno– adolece de mutua incompreensión, violencia de los más fuertes política y socialmente, insumisión radical, una sexualidad que conjuga el desenfreno con el refinamiento, una libertad sin más pauta que el capricho de cada uno. *Este tipo de demonios no se arrojan si no es por la oración y el ayuno* (Mt 17, 21).

Jesús no pretende ofrecer soluciones cómodas, pero sabe que Él es el único Salvador: *La salvación no está en ningún otro* (Act 4, 11-12). Por eso nos previene contra falsos cristos y falsos profetas que llegan con recetas halagadoras por ambiguas, y fáciles por inoperantes. La salvación de nuestra patria no está en la dialéctica de las agresiones, así como tampoco ha de salir milagreramente de las urnas. La dialéctica de las agresiones, al estar movida en el que la desencadena por la sinrazón o el odio, es una dialéctica estéril. Por otro lado, de las urnas no sale sino lo que hayamos previamente introducido en ellas: si espíritu de servicio, sentido de justicia e ilusión de convivencia, saldrá la paz; pero si nuestras papeletas rezuman insolidaridad partidista o egoísmo a nivel individual y social, no esperemos otra cosa que la degradación moral, seguida de la desintegración del orden público, que a su vez daría paso a una férrea dictadura de tal o cual color ideológico.

Para la remodelación de la vida nacional, tan importantes como la ideología que la inspire, son los modelos que al pueblo se presentan. Para muchos, el ideal de perfección cultural y política a que han de tender Estado y sociedad en nuestra patria es el sistema laico y permisivo de las democracias liberales de Occidente. No es mi cometido hacer un recuento valorativo, en el terreno de lo meramente temporal, de las ventajas e inconvenientes de este modo concreto de entender y ordenar la vida. Tampoco voy a hacer aquí y ahora un juicio de valor desde los grandes principios de la filosofía política y la moral cristiana. Mi intento es mucho más modesto, aunque por radical más trascendente.

Sólo quisiera recordar a los hijos de la Iglesia, para evitarles el burdo engaño y tal vez una desgracia irreparable, que muchas ideologías de importación han recibido su primera inspiración –como se indica al comienzo de estas páginas– en actitudes ateas, y que los españoles, si queremos seguir viviendo a lo cristiano, hemos de examinar a la luz de nuestra fe y con sumo cuidado toda mercancía que se nos quiera vender. Sólo así acertaremos en la gran empresa de la reforma nacional. Escuchemos a San Pablo: *No os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos por la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto* (Rm 12, 2). Es verdad que constituye un rasgo cristiano el tender la mano a otros pueblos, sobre todo si nos son afines por proximidad cultural o hasta geográfica, y estar dispuestos a aprender de todos; pero vuestra caridad sea sin fingimiento: detestando el mal, adhiriéndoos al bien (*ibíd.* 9). Lo contrario se llama imitar sin personalidad, con el nada teórico peligro de que nos precipitemos a copiar lo fácil y pervertido, ya que lo grande y moralmente valioso, que también existe en la vieja cultura europea, requiere casi siempre tiempo y esfuerzo.

Discernimiento y fe

Es bien sabido que los españoles, en su mayoría, somos un pueblo creyente. No es raro que las ideologías del hombre secular se nos presenten disfrazadas de Cristo y de Evangelio. Examinémoslas bien examinadas. Así nos lo recomienda San Juan en su primera carta: *Queridos, no os fieis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo ...; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios; ése es el Anticristo de quien habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo* (4, 1-3). Y Pablo, escribiendo a los fieles de Galacia, se expresa así: *Me maravillo de que os paséis tan pronto a otro evangelio –no que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren transformar el Evangelio de Cristo–. Pero aun cuando nosotros mismos o un ángel del cielo os anunciara un evangelio distinto del que os hemos anunciado, ¡sea anatema!* (Gal 1, 6-8).

Pero no agotaría toda la riqueza de este santo tiempo litúrgico que precede al triunfo de la Pascua si me limitara a convocaros a un examen cristiano de conciencia, avisaros de las más peligrosas tentaciones y confortaros con el ejemplo de Cristo en el esfuerzo por el cumplimiento del deber. Quiero invocar también la alegría y esperanza que caracteriza igualmente a la celebración cuaresmal. Yo pido, por amor de Cristo, sobre todo a aquellos nuestros creyentes, hombres y mujeres con tiempo y preparación para pensar, jóvenes activos y políticos sagaces, que se sientan llamados a contribuir de manera especial en esta etapa, sin duda alguna, histórica de nuestra amada España – tal vez se estén poniendo los cimientos para toda una era–, que con originalidad propia, puesto que ningún pueblo renuncia a la suya, aunque busque la unión con los demás, con la intención más altruista de que sean capaces. desempolven el Evangelio, sacándolo al mismo tiempo del rincón, si allí estuviera, de su biblioteca y del fondo de su corazón cristiano.

Quisiera contagiarles mi íntimo convencimiento cuaresmal de que a quien lucha con Cristo y como Cristo para bien de la comunidad social, de un modo o de otro, ya a la corta, ya a la larga, le espera siempre la victoria. Exactamente la misma persuasión que nuestra madre la Iglesia expresa por boca de San León en uno de sus famosos sermones de Cuaresma: "Cristo luchó a su tiempo, para que nosotros luchemos después. Venció Cristo, para que a semejanza de Él venzámos también nosotros ...

¡Qué pena si se perdiera esta gran ocasión por no haber tenido presente lo que la fe nos pide! ¿No podría aplicársenos a los españoles de esta generación aquellas otras palabras del Apóstol?: *Oh insensatos gálatas, ¿quién os fascinó a vosotros, ante cuyos ojos fue presentada la imagen de Jesucristo crucificado? ... ¿Sois tan tontos que, habiendo comenzado según Dios, vais a concluir al modo de los hombres?* (Gal 3, 1-3).

IV. NOSOTROS, LOS SACERDOTES

Pero nada me preocupa tanto como el que nosotros, los sacerdotes de Cristo, dejásemos de tener confianza en nuestra propia misión sacerdotal. Se dice

insistentemente que hoy ya no se vive en nuestra comunidad cristiana la Cuaresma, ni la Semana Santa y la Pascua, ni otros tiempos litúrgicos. Esto, dicho así, en términos tan absolutos, es falso. Sigue habiendo muchísimas familias católicas que no son indiferentes a la conmemoración de los misterios de nuestra fe. Y sigue existiendo una tradición que hace permeables las conciencias de muchos, incluso no practicantes, al influjo saludable de la Revelación, que llega al pueblo a través de la Iglesia.

Lo que nos ocurre es que –porque vemos, con más claridad que antes, que llegan también otras influencias de signo contrario– perdemos fácilmente el ánimo para perseverar en el combate de la fe y la vida cristiana. Nosotros mismos somos víctimas de las consideraciones sociológicas, en lugar de proclamar nuestra confianza en la gracia de Dios y vamos prescindiendo, poco a poco, de acciones pastorales que podían ayudar notablemente en nuestro ministerio.

Más aún, no sólo se abandonan costumbres y prácticas, que no son sustituidas por otras, sino que frecuentemente se desfiguran o se inutilizan los mismos medios de la evangelización instituidos por Cristo para su Iglesia, sin los cuales nuestro trabajo será estéril.

Para la juventud todo son halagos complacientes, sin atrevernos a presentar las ardientes exigencias de una vida de gracia; en la administración del sacramento de la penitencia se están introduciendo abusos intolerables, abiertamente en contra de lo que la Iglesia ha establecido; en el culto a la presencia del Señor en la Eucaristía, un pesado silencio lo envuelve todo, como si no tuviéramos fe en el misterio; no hablamos apenas de la oración, del arrepentimiento, de la mortificación necesaria, del cielo y el infierno; los llamados ejercicios espirituales, en lugares de retiro, se convierten en coloquios pocas veces provechosos, en que las críticas, las revisiones y los cánticos no llegan al fondo de la conciencia de cada uno para transformarla y purificarla con la ayuda de los auxilios divinos; los mandamientos de la Ley de Dios se reducen a muy vagas apelaciones al amor y apenas se insiste en la obligación de adorar y dar culto a nuestro Padre, de respetar los juramentos, de no blasfemar de palabra o por escrito; en cuanto al amor al prójimo, todo es reiterar una y otra vez la defensa de los derechos humanos, sin que se diga nada de la obligación de no mentir, no matar, no fornicar, etc. Así no se puede seguir. Una religión cristiana en que prescindimos de lo que Cristo nos ha enseñado como obligaciones indiscutibles del doble amor a Dios y al prójimo, no es, por mucho que nos empeñemos en buscar explicaciones a nuestros comportamientos, la Religión de Jesucristo, porque faltan en ella su mensaje, sus preceptos su vida.

Yo os pido, sacerdotes y religiosos de Toledo, agentes principales de la evangelización, que os mantengáis fieles y firmes en la fe. Apenas puedo tener quejas de vosotros, porque estáis demostrando un excelente espíritu, lleno de buen sentido.

Pero os llegan inevitablemente influencias perturbadoras por muchos conductos.

Lo que os digo es que hoy, sí, todavía hoy, podéis hacer mucho por nuestro pueblo cristiano de España en la porción que os ha tocado evangelizar. La Cuaresma es una buena ocasión para ello. Vividla vosotros y ayudad a vivirla a

los demás. Y dejad a Dios y a su divina voluntad que EJ haga fecundos vuestros esfuerzos cuándo y cómo El quiera. Pero no deis a los hombres humanismo por Evangelio; crítica social en lugar de vida de gracia; política por fe.

Recordad las palabras de Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*: "He ahí un rasgo de nuestra identidad, que ninguna duda debiera atacar, ni ninguna objeción eclipsar: En cuanto Pastores, hemos sido escogidos por la misericordia del Supremo Pastor, a pesar de nuestra insuficiencia, para proclamar con autoridad la Palabra de Dios; para reunir al Pueblo de Dios, que estaba disperso; para alimentar a este Pueblo con los signos de la acción de Cristo, que son los sacramentos; para ponerlo en el camino de la salvación; para mantenerlo en esa unidad de la que nosotros somos, a diferentes niveles, instrumentos activos y vivos; para animar sin cesar a esta comunidad reunida en torno a Cristo, siguiendo la línea de su vocación más íntima. Y cuando, en la medida de nuestros límites humanos y secundando la gracia de Dios, cumplimos todo esto, realizamos una labor de evangelización : Nos, como Pastor de la Iglesia universal; nuestros hermanos los Obispos, a la cabeza de las Iglesias locales; los Sacerdotes y Diáconos, unidos a sus Obispos, de los que son colaboradores, por una comunión que tiene su fuente en el sacramento del Orden y en la caridad de la Iglesia" (*Evangelii Nuntiandi*, 68).

5. LA FALTA DE INTERIORIDAD, DRAMA DE LA CULTURA ACTUAL Y DE LA IGLESIA

Disertación leída el 26 de abril de 1977, en la Real Academia de Ciencias Morales Políticas. Texto publicado en los *Anales* de dicha Academia, n. 54, 1977.

UN GIGANTE CON PIES DE BARRO

En cierto aspecto, mi intervención de hoy guarda estrecha relación con el tema que traté en la clausura del V Congreso de la Asociación de San Benito: "La contemplación, alma de la civilización del mañana" y con mi discurso de entrada en esta noble Casa. Pienso que la huida del misterio –tomo la palabra misterio en la acepción que le di entonces–, tan en la línea de muchas ideologías actuales, desenraiza al hombre, le vacía de su interioridad y le limita en sus niveles de aspiración y operación, de exigencia y responsabilidad; deshace la cultura como expresión de algo cualitativo, como asunto de la dignidad, de la libertad y del estilo de vida. y ahoga las ciencias del espíritu. La grandeza sólo surge por el deseo y realidad de una vida más libre y más valiosa. La "grandeza" no es nada cuantitativo, sino un valor interior que nace de la capacidad de penetrar y abarcar con la mirada; de juzgar y ordenar; del dominio sobre sí que rompe la dictadura de la ambición y el afán de ganancia; del buscar el centro propio, hacer pie en si y obtener distancia frente a las cosas para estar libre respecto a ellas.

Esa fuga del misterio, tan clara en la ideología marxista, desde el operar del hombre sobre la naturaleza hasta en lo que atañe a la naturaleza misma del hombre –sus "ultimidades"– me recuerda al gigante de la Biblia construido con materiales sólidos y fuertes, pero sobre pies de barro. Su propio peso, sin cimientos, le precipita y destruye. Es la imagen que da una cultura en la que falta la interioridad como cordón umbilical que la permite vivir, desarrollarse y crecer. Una cultura sin interioridad está herida, no halla equilibrio. En ella todo se torna hostil, peligroso, oscuro. El mundo se vuelve áspero, duro, metálico; se encerrará en su soberbia y en su poder, pero es un gigante con pies de barro. En una cultura en que la humanidad pierde la conexión con las normas provenientes de la verdad, de la exigencia, de lo bueno, de lo valioso, de lo santo, ¿qué escisiones cada vez mas arbitrarias no se dan? ¿Qué significación puede tener el trabajo cuando se le contempla en el conjunto de la vida? ¿El derecho y la ley? ¿Qué es la obediencia y qué lugar ocupa en la libertad? ¿El mando verdadero y cómo resulta éste posible? ¿Qué representan la amistad y la camaradería, la honradez y la lealtad? ¿Qué significan salud, enfermedad, dolor, muerte? ¿Cuándo la atracción que siente una persona por otra merece llevar el gran nombre de amor? ¿Qué significa aquella unión de hombre y mujer que llamamos matrimonio, y que poco a poco se va corrompiendo de tal manera que sólo muy pocas personas parecen tener una idea de él, aun cuando sustenta la existencia humana entera? ¿Qué es lo importante y qué es lo indiferente? ¿Existe una jerarquía de valores?

Toda cultura vive de estas realidades fundamentales, vive para ellas y con ellas, las maneja, las ordena, las reforma, pero una cultura sin interioridad, ¿sabe lo que son? ¿No está expuesta a manipularlas con insufrible ligereza? Hay que conocer y asumir la medida total de las responsabilidades y para ello hay que encontrar la verdadera relación con las cosas, con las exigencias de su intimidad. Si no, se sucumbe y vienen las catástrofes, la cultura pierde su aspecto bienhechor y fructífero y se hace dura y opresiva, le falta lo orgánico en cuanto al crecimiento y a la proporción, y resulta "antinatural"; vienen los terrorismos, las arbitrariedades, la esfera de lo privado queda totalmente destruida, se disuelve la familia y no hay relaciones de fiabilidad entre los hombres. Se produce "el malestar de la cultura", el sentimiento de que las cosas no marchan bien; y no solamente es asunto de moral privada, sino que afecta al curso real de la historia.

Hoy ocurre que el hombre tiene entre sus manos fuerzas naturales de incalculable grandeza, como sucede en el campo concreto de la bioquímica o de la energía nuclear, y las aplica a realizaciones que, aún hace poco tiempo, sólo podían imaginarse como utopías. Por todas partes encontramos acción, organización y trabajo. Pero ¿quién dirige realmente estas cosas? Una interioridad que ya no se encuentra recogida en sí misma, sino que piensa, juzga y actúa a partir de sectores en los que impera el impulso de poder orgulloso, el goce, la posesión, a partir del mero entendimiento material y sensitivo. Todo esto no tiene ya contacto con la verdad, con el centro de la vida, con lo valioso y permanente; se agita en cualquier lugar de lo provisional y casual. La interioridad de una cultura exige el progreso para lo esencial, para perfeccionar la dignidad del hombre, para no perder ese valor eterno no sujeto a modas ni a la esclavitud de lo moderno ni de lo antiguo, a lo cual está ligada la trayectoria inmutable del progreso de la humanidad.

"El saber, la posesión y dominio intelectuales están en aumento, en una medida tan inconmensurable que abrumba literalmente a los hombres –y aquí radica, en gran parte, el problema cada vez más apremiante de la Universidad, lo mismo que el de la formación profesional–; pero se debilita esa profundidad que brota de la penetración interior, en mirada y experiencia, la comprensión de lo esencial, la percepción por el conjunto, la experiencia del sentido. Pues todo eso sólo se puede obtener con el enfrentamiento interior de la contemplación: y ello requiere calma, reposo, concentración. Crece el saber: la verdad mengua. Con ello va inmediatamente unido algo más. El hombre es capaz de distinguir entre razón y sinrazón, valor y falta de valor, importancia e inimportancia. Lo que existe puede no sólo comprobarlo, sino también experimentar su valor, tomar posición ante ello, asentir o negarlo. Pero, claro está, sólo es capaz de ello cuando se da cuenta con claridad de lo que significa una vida justa y cómo son sus ordenaciones, dónde reside su sentido. Sin embargo, esta claridad disminuye a simple vista, pues supone concentración. La masa de fenómenos inunda la capacidad de distinguir. La multitud de las excitaciones priva de capacidad para ver lo que hay tras ellas. El estrépito de los anuncios, la charlatanería en prensa y radio confunden el sentido interior. Cada vez se le hace más difícil al hombre

actual ver la jerarquía de los valores, distinguir lo principal y lo accidental, y lograr un auténtico juicio"¹.

FALTA DE VISIÓN EN LAS REALIDADES. NATURALEZA, SUJETO HUMANO Y CULTURA

Las tres realidades fuertes de nuestra época: naturaleza, sujeto humano y cultura han adquirido tan extrema movilidad que el hombre no tiene categorías adecuadas para situarse y desplazarse en un ambiente que al mismo tiempo le es tan extraño y hostil. La "inseguridad" es fruto de la ambigüedad y flexibilidad, y por ello ni siquiera sabe convivir con los frutos de su saber. El desequilibrio entre el poder hacer y el poder vivir provoca una grave y creciente desazón. De ninguna manera esta urgencia a la interioridad es una fuga de lo concreto, un buscar "verdades" que pasen de largo ante lo que se refleja en el momento de nuestra historia. Por el contrario, es la urgencia de una necesidad vital.

El hombre de hoy se siente extrañamente libre, con una libertad que es en gran parte desamparo. Naturaleza, sujeto y cultura tienen que presentar un carácter unitario que les da la religión. El mundo meramente profano no existe. Ahora bien, cuando una voluntad obstinada consigue elaborar algo sin "lo religioso", esa construcción no funciona. Es un artefacto carente de sentido. No convence, y se sabe y se siente que tal mundo no "vale la pena". Sólo la religión hace que lo obligatorio se realice "por sí mismo", sin presión externa, y que los distintos elementos se mantengan en relación recíproca y constituyan una unidad. Sin esa profundidad, radicalidad e interioridad que da la apertura a Dios, el venir de Él, el estar en Él y el ir a Él, la vida se convierte en algo parecido a un motor sin lubricante: se calienta. A cada instante se quema algo. Por todas partes se desencajan piezas que debían engranar con toda precisión. Se descentra, y las ensambladuras se sueltan. La existencia se desorganiza. Se esfuma la posibilidad de saber a qué atenerse. El hombre se estremece, se debilita y sufre una sacudida en los últimos estratos de su ser. Se despiertan con mayor fuerza las pasiones primitivas: angustia, violencia, ansia de bienes y reacción contra el orden. La tensión interna se lanza también hacia fuera, hacia la esfera de lo histórico y se originan conmociones de todo tipo. A la cultura le falta lo que la ha constituido como tal: la fecundidad y la prosperidad, dentro de un ritmo vital y dinámico.

La ciencia, según la definición clásica, es "el conocimiento de las cosas por sus principios y causas". Lo esencial de la ciencia no es, por tanto, el objeto del conocimiento, sino el modo, el sentido con que nos acercamos al conocimiento, cualquiera que sea el objeto de éste. Ciencia es clasificar plantas, hallar la fórmula de los cuerpos químicos y descubrir en el laboratorio los misterios de la fisiología. Pero también es ciencia encontrar el sentido de nuestra vida, resolviéndola con un criterio, con una filosofía; limitarla con severidad y a la vez dilatarla por las vías del pensamiento hasta el más allá; darle su razón y explicar sus sinrazones; sensibilizarla para el goce de las hermosuras terrenales y enriquecerla con las nuevas hermosuras que el genio humano es capaz de crear; y aproximarse, en fin, a esa suprema razón de nuestro vivir, que es el misterio

¹ ROMANO GUARDINI, *La preocupación por el hombre*, Madrid 1965, 69-70.

de por qué somos y a dónde vamos. Ciencia es no sólo crear la posible felicidad material, sino ensanchar el universo de nuestros espíritus y llegar a creer en lo que no nos explicamos, por esa vía de la fe, que es también ciencia, y acaso la de más alta calidad ... La ciencia práctica actual, maravillosa, pero que es sólo una cara de la ciencia, no hubiera sido posible sin la previa creación, que realizó la ciencia especulativa de las tres grandes características del alma civilizada, a saber: la conciencia del propio vivir y la libertad inalienable del propio pensar, el sentido de la responsabilidad y el planteamiento de la otra vida.

Sólo cuando estas tres realidades dejaron de ser presentimientos para convertirse en permanente claridad, sólo entonces el hombre empezó a sentir la voluntaria sumisión de los instintos a los deberes, en lo que reside el secreto de la civilización. Y en este inmenso vuelo del alma humana, aún inacabado, aún sujeto a tristes caídas, el progreso científico, en el sentido limitado materialista con que hoy le concebimos, con ser prodigioso, es sólo un episodio y un episodio no fundamental².

La falta de interioridad lleva también a desenfocar el sentido de la ciencia, y entonces la naturaleza ya no se representa como algo unitario y se convierte en un manojo frío de fórmulas. La técnica, hija de la ciencia y embebida de pensamiento, también se sentirá enferma en su esqueleto, hecho de materia sólida, porque dentro de él alienta la vida amasada con el espíritu. La técnica, dentro de la armonía naturaleza-sujeto humano-cultura, ha convertido a la naturaleza en amiga y protectora del hombre. "La técnica es el instrumento para que ese diálogo entre el espíritu y la naturaleza se realice del modo más perfecto y para que el fruto de ese diálogo se convierta en utilidad directa, que aprovechará el ser humano"³. Pero la técnica, falta de ese cordón umbilical del que hablaba antes, impulsada por el mito del "progreso", quiere seguir su camino sin trabas y degrada a la naturaleza a la condición de material disponible para satisfacer cualquier apetito y cualquier ansia de poder. Y entonces ¿a qué fin está subordinada la técnica'?

Tampoco el hombre es como lo pintan el positivismo y el materialismo, simple "evolución" a partir de la vida animal, que, a su vez, procede de cualesquiera diferenciaciones en la materia. El hombre, a pesar de todos sus vínculos comunes con el resto de las cosas, es algo esencialmente distinto, porque está definido por el espíritu. Este le otorga un sello especial que lo distingue de todos los demás vivientes. Hasta en algo tan biológico como es el dolor se pone de relieve este sello especial. La medicina antropológica ha puesto de manifiesto que las enfermedades del hombre son dolorosos testimonios de su humanidad. Esta nueva mentalidad médica supuso, por decirlo con la conocida expresión de *Weiszsäcker*, la introducción del "sujeto" en la Medicina. A Ludolf von Krehl su experiencia de "puro médico" en la primera guerra mundial, lejos de los *Kimógrafos* y calorímetros de su clínica universitaria, le hace descubrir en la enfermedad "la realidad personal" de quien la padece. El hombre entusiasta de la orientación científico-natural de la medicina interna cambia de actitud, porque se encuentra con el "ser humano" en la primera guerra mundial, en la que tiene que encararse directamente con la actividad médica en el frente de batalla, lejos

² GREGORIO MARAÑÓN, *La ciencia española y su contribución al mundo actual*, en *Obras completas*, vol. II, 485.

³ GREGORIO MARAÑÓN, *Vocación y ética*, en *Obras completas*, vol. IX, p. 378

de los medios instrumentales necesarios para la formulación de un diagnóstico científico y con urgencia de atender a unos enfermos con la máxima eficacia posible. Y este cambio de actitud clínica hacia la intimidad del enfermo, hacia lo que en él es "persona" –no mero organismo– le constituye en el más importante internista que entre 1920 y 1930 inicia desde su campo la visión antropológica.

R. Siebeck, otro de los grandes patólogos de lo que Laín Entralgo llama la escuela antropológica de Heidelberg, ve cómo la enfermedad se vincula con el destino personal del enfermo. En la biografía del hombre hay que entender lo que le ocurre en el espíritu y en el cuerpo. El hombre es también un conjunto de obligaciones, fracasos, renunciadas, angustia, culpabilidad, arrepentimiento. En el último grado de cómo debe plantearse la historia personal del enfermo, Siebeck ve, en su *Medizin Bewegung*, la necesidad de comprometerse de una manera personalísima frente a las últimas cuestiones de la existencia humana: su actitud ante la muerte, ante la miseria de la enfermedad, ante la dedicación a sus semejantes, su actitud para con Dios. "En este último grado vemos esa característica peculiar de Siebeck, patente también en las últimas magníficas palabras de su *Medizin Bewegung*, palabras impregnadas de profundo sentido religioso y que yo he citado alguna vez, como también Laín, quien las ha comentado así: «Dos cosas perduran invariables en Siebeck del espíritu de Ludolf Krehl: su ponderación crítica y la religiosa gravedad de su mente»"⁴.

El hombre tampoco carece de todo presupuesto, de toda esencia y toda norma, como afirman algunos existencialistas. No está arrojado a una existencia carente de lugar y de orden. Nadie que tenga conciencia de su propia condición puede encontrarse reflejado en la imagen que le ofrecen antropologías de tipo puramente biológico, psicológico, sociológico o de cualquier otro orden. Lo único que encuentra es alguno de sus aspectos en forma aislada: cualidades, relaciones, estructuras; pero jamás a sí mismo en forma absoluta. El hombre es la persona finita, que existe como tal, aunque no lo quiera, aunque niegue su propio ser; que es la llamada por Dios y está en contacto con las cosas y con las demás personas; que tiene la libertad soberana y terrible de poder conservar y destruir el mundo, más aún, de poder afirmarse a sí misma y alcanzar su pleno desarrollo, o abandonarse y destruirse.

"CONÓCETE A TI MISMO"

Nuestro mundo "es un mundo que tiene cada vez más la impronta del hombre y en el que el hombre a duras penas puede reconocerse. Un mundo en el que se revela el poder de la razón y que, sin embargo, explota inesperadamente en manifestaciones irracionales. Un mundo humano e inhumano al mismo tiempo, un mundo como el mismo hombre"⁵. El hombre no puede ser engullido por las culturas y civilizaciones, no podrá ser jamás el simple residuo común a todas ellas. Él es rey y señor de la creación, por designio de Dios, que ha de hacer crecer lo que toca, al mismo tiempo que crece él mismo.

"Avanza en las honduras de tu espíritu y descubrirás cada día nuevos horizontes, tierras vírgenes, ríos de inmaculada pureza, cielos no vistos antes, estrellas

⁴ J. ROF CARBALLO, *Urdimbre afectiva y enfermedad*, Barcelona 1972, 21.

⁵ JEAN MARÍA DOMENACH, *El mundo del siglo XX*, en *Teología del siglo XX*, vol. 5, Madrid 1973.

nuevas y nuevas constelaciones. Cuando la vida es honda, es poema de ritmo continuo y ondulante. No encadenes tu fondo eterno, que en el tiempo se desenvuelve, a fugitivos reflejos de él. Vive al día, en las olas del tiempo, pero asentado sobre tu roca viva, dentro del mar de la eternidad; el día, en la eternidad, es la eternidad, es como debes vivir... Me dices en tu carta que, si hasta ahora ha sido tu divisa ¡adelante!, de hoy en más será ¡arriba! Deja eso de adelante y atrás, arriba y abajo, a progresistas y retrógrados, ascendentes y descendentes, que se mueven en el espacio exterior tan sólo, y busca el otro, tu ámbito interior, el ideal, el de tu alma. Forcejea por meter en ella al universo íntegro, que es la mejor manera de derramarte en él... En vez de decir, pues, ¡adelante!, o ¡arriba!, di: ¡adentro! Reconcéntrate para irradiar; deja llenarte para que reboses luego, conservando el manantial. Recógete en ti mismo para mejor darte a los demás todo entero e indiviso: 'Doy cuanto tengo', dice el generoso; 'Doy cuanto valgo', dice el abnegado; 'Doy cuanto soy', dice el héroe; 'Me doy a mí mismo', dice el santo, y di tu con él, y al darte: 'Doy conmigo el universo entero'. Para ello tienes que hacerte universo, buscándolo dentro de ti. ¡Adentro!"⁶.

La evolución hacia el automatismo, tan manifiesta en los países tecnificados e industrializados, tiene que impulsarnos a hacer que "nuestros descubridores sean dirigidos y orientados por nuestros hombres de reflexión, y nuestras ciencias físicas, por nuestras ciencias morales", dice Jean Fourastié⁷. Antes la máquina exigía que un obrero le sirviera; ahora que todo es automático, ¿por qué no conseguir realmente una liberación con miras a un orden específicamente humano? "Lejos de arrastrar al hombre a su dominio automático, lejos de sujetarlo a su propio determinismo, resulta que la máquina moderna, al encargarse de todas las tareas que pertenecen al dominio de la repetición inconsciente, libera de ellas al hombre y le deja sólo los trabajos propios del hombre vivo, inteligente y capaz de previsión ... La máquina obliga así al hombre a especializarse en lo humano"⁸. Esto le exige al hombre un constante autodescubrimiento. La tragedia humana está realmente en desconocerse, desinteriorizarse, porque la vida entonces carece de peso y fundamento. Es verdad, en el interior del hombre habita la verdad y sólo desde esa clave de bóveda puede hacerse una cultura humana, propiamente humana.

La inversión marxista de poner el problema no en la libertad de la acción humana, sino en el campo de la liberación, afecta seriamente al ser mismo del hombre. La filosofía confunde la libertad y la liberación. Pero la liberación es efecto y resultado de la libertad. Los descubrimientos liberan al hombre de múltiples servidumbres. El desarrollo histórico de la cultura y de la civilización muestran ampliamente este campo de la liberación humana.

La libertad es distinta a la liberación, es superior a ella; es interior a la misma estructura del hombre, es anterior a todo acto productivo. No es la liberación la que crea la libertad, sino la libertad la que crea y desarrolla el proceso de la liberación humana. La liberación se consigue mediante la acción de invención y producción; la libertad es anterior a la acción, está en el interior del ser humano, en "su modo de ser". El origen y la esencia de la libertad hay que buscarlos en

⁶ MIGUEL DE UNAMUNO, *Adentro*, Madrid⁵ 1965, 189.

⁷ Véase *Le grand espoir du XX^e siècle*, París 1952, 228.

⁸ *Ibid.*, 238.

la interioridad del hombre y no en el campo exterior de la invención y de la producción. Marx nunca dice lo que el hombre "es", lo define por sus posibilidades de producción, por su periferia. Tuvo, sí, el acierto de rehabilitar el trabajo y mostró que para el capitalista el hombre no existía como hombre, sino como obrero. Quiso quitar esa afrenta a la dignidad humana, pero él presenta una sola dimensión del hombre: obrero social. Cae en la alienación del "hacer", que entraña una tremenda y destructora pobreza en todos los campos, pues separa el "esse" del "agere".

El humanismo marxista, como observa Bigo⁹, tiende a autodestruirse, pues, en vez de insistir en que la producción es para el hombre, hace hincapié más bien en que es el hombre para la producción. Ciertamente, el hombre tiene que liberarse de las cadenas que le atan a la categoría del "haber"; esta idea la ha expresado muy lúcidamente el autor cristiano Gabriel Marcel: "Tener es una forma de alienación: por el tener, las cosas que tengo me poseen"¹⁰. Nos unimos a los demás no sólo por lo que hacen, sino por lo que son. La verdadera comunión tiene su fuente en el espíritu, que descubre en los demás la ingente riqueza de su ser. El hombre se abre al horizonte social por su espíritu, que ilumina lo que los otros son y no solamente lo que hacen. Ni ciencia, ni tecnología son por sí solas capaces de crear un orden social, económico y político auténticamente humanos. Se requiere el cultivo de otros valores superiores para encontrar las fibras con que elaborar la morada social del hombre. ¿Cómo vamos a situar el problema de la libertad en el plano de la producción, de la tecnología y del dominio del hombre sobre la naturaleza? La causa de nuestros males es la deficiencia ética, la humanidad cruel y desinteriorizada.

Nosce te ipsum. No está realmente la libertad en alta estimación. Realmente el marxismo no parte de un sentimiento interior de la libertad. No podemos soslayar la radicalidad de este problema. Decía Platón que hay que ir en busca de la verdad con toda el alma, ésa es la interioridad del hombre. "Un cristiano puede sufrir persecución con alegría en aras del engradecimiento del mundo; lo que no podría aceptar es que le matasen con el pretexto de que cierra el paso a la humanidad". Son palabras de Teilhard de Chardin citadas por Charles Moeller¹¹. Queremos la libertad desde el núcleo de la personalidad; al no hacerlo así ¿no se deshace lo que debería ser una de las fuerzas más vivas?

LIBERTAD EN RELACIÓN CON LA VERDAD

La libertad no es el derecho a la despreocupación, ni a la arbitrariedad en la opinión, sino que descansa en una relación auténtica con la verdad. Hablo de que hay una conciencia de que existe la verdad, un deseo de encontrarla y un empeño en defender lo reconocido. Hablo de la libertad a la que el hombre aspira en virtud de una convicción profunda, y entonces hay que saber, al menos, en qué consiste el estar apremiados por la cuestión de "qué significa la vida". La auténtica actitud de libertad se apoya en algo incondicionado y tiene tanto de obligación como de derecho. No podemos exigir libertad sin antes haber

⁹ Véase *Marxisme et humanisme*, París³, 153.

¹⁰ Véase *Être et avoir*, París 1935, 56.

¹¹ Véase *Humanismo y santidad*, Barcelona 1965, 55.

pensado, visto y querido que se tiene libertad para los grandes valores de la existencia personal y comunitaria. Todo derecho descansa sobre un valor que lo fundamenta y protege. ¿Y qué ha hecho nuestra cultura con los valores? En cualquier forma en que pueda parecer el problema de la libertad: como libertad de convicción y su realización social, como libertad de profesión y trabajo, de familia, de casa y esfera privada, de existencia personal del hombre en la democracia y de la opinión pública, todo ello tiene su sentido serio a partir de los fundamentos.

La convicción, la conciencia de que existe la verdad, da a la exigencia de libertad el peso personal que hace de ella algo más que la mera pretensión de seguir el humor de las ideas o de repetir lo que ha dicho la última moda ideológica. Sin ese empeño se vacía de contenido. En lugar de la convicción con su fuerza de carácter, aparece el azar de las opiniones del día, hasta que la falta de base interior se hace tan grande que puede irrumpir la violencia o cualquier otra arbitrariedad. Libertad de profesión vocacional y no sólo la tendencia de ganar dinero de prisa, trabajar lo menos posible y disponer del mayor tiempo para el capricho propio. La libertad de la vocación y el trabajo presupone seriedad de la voluntad vocacional. Presupone que la persona llegada a una determinada responsabilidad sabe que está dentro de un conjunto social, en un puesto que, a la vez que para él, tiene importancia para todos. El hundimiento de las responsabilidades daña las raíces de la vida.

"Libertad significa que el hombre responsable tenga la posibilidad de fundar, según su conciencia, ese cálculo básico de toda comunidad humana que se llama familia, de desarrollar como le parezca justo esa forma elemental de toda cultura, sin miedo de que lo que construye para que sea su casa resulte destruido desde fuera, bien por el Estado, bien por el partido o por lo que sea. Pero hemos de volver a considerar con claridad que esa exigencia sólo tiene en sí un núcleo de realidad cuando detrás de ella hay algo más que una simple aventura erótica o una ordenación jurídica; es decir, cuando hay una decisión de persona a persona que funda fidelidad y produce vida de comunidad: cuando los padres saben que en cada hijo se trata de un destino humano que les está confiado y se esfuerzan por darle la formación de conciencia, la configuración de contenido vital que luego puede servirle para construir su existencia. Si no ocurre así, si la familia se convierte en ese conjunto de átomos sueltos que es cada vez más, ¿qué habrá de significar aún el derecho a su libertad? ¿La posibilidad de que cada cual haga lo que se le antoje?"¹² Si todo derecho descansa en un valor que lo fundamenta y protege, y ese valor no se percibe ya, ni se desea, entonces pierde su credibilidad.

Libertad de existencia personal del hombre en la democracia. "Si se habla de libertad, se piensa, por lo regular, en su forma política y precisamente, en nuestra situación histórica, en su forma democrática. Pero ¿qué es, en esencia, la 'democracia', la auténtica, no la de la propaganda? Es la más exigente y, por lo mismo, la más amenazada de todas las formas de ordenación política: esto es, la que surge constantemente del libre juego de fuerzas de las personas dotadas de análogos derechos. La tarea de edificarla es impresionantemente grandiosa, porque no hay muchos que echen de ver realmente su esencia. La democracia

¹² ROMANO GUARDINI, *La preocupación por el hombre*, Madrid 1965, 133.

no es una situación en que pueda ponerse en juego cualquier opinión, ni considerarse cualquier interés como motivo de Estado. Significa, ante todo y sobre todo, que el individuo se sepa responsable del destino del Estado: que sepa que no puede ceder esa responsabilidad, sino que ha de ejercerla constantemente: más aún, que la ejerza constantemente, quiera o no quiera, por el modo como se relaciona con el bien o con el mal. Dicho de otro modo más fácil: que el Estado sea aquello que le hace ser cada individuo en cada ocasión. De ahí surge algo muy grave, pues el individuo sabe –o al menos debería saberlo– qué logra y a qué renuncia. De ahí surge la libertad democrática ... Hemos visto que es aquella ordenación política que surge de la responsabilidad de los individuos; ahora debemos proseguir precisando: los individuos que se sitúan en relación de respeto mutuo. Más: cada uno de ellos puede confiarse a los demás, porque sabe que todos quieren el bien de la totalidad. Lo quieren realmente, no sólo dicen que lo harían. La democracia es real en la medida en que tiene efectividad esa actitud"¹³.

La libertad no rompe la relación que hay entre la esfera pública con sus pretensiones, por un lado, y la esfera privada con las suyas, por otro. Las nuevas posibilidades de información no han encontrado todavía su ética, sino que corren locamente y perjudican al organismo de la sociedad democrática. El respeto no destruye la libertad de información, sino traza sus límites saludables. Hay fotografías, noticias, escritos sin ética, sólo son sensacionalistas. Un fenómeno cultural no sólo equivocado, sino perjudicial es que la esfera de lo privado queda cada vez más destruida. Cada vez se percibe menos que tanto los individuos como las familias tienen que tener la posibilidad de vivir en sí y para sí. Creo que no puede abarcarse con la mirada todo lo que se arruina con esto. ¿Qué clase de persona surge en esta situación? La existencia no puede transformarse banalmente en publicidad. En la vida del hombre tiene que formarse una auténtica interioridad que pueda oponerse a las tendencias superficializadoras y dispersoras de la época, he dicho ya en otras ocasiones. Tiene que experimentar el hombre una consolidación interior que parta de la conciencia de verdad y le haga establecer una posición más fuerte que los eslóganes, las consignas y la propaganda. Los dominios más profundos: vida, muerte, convivencia, seriedad, responsabilidad, fidelidad quedan puestos en paréntesis. Sólo por la interioridad puede entrar el hombre entero en la consideración de estos valores supremos; sin ella no somos capaces de establecer posiciones, de tener juicios rectos, de adoptar las posturas convenientes. Necesitamos la posibilidad de desplegar totalmente nuestro ser y conferir a los valores religiosos ciertamente, pero incluso a los valores humanos su máxima realidad. El velo original de las cosas sólo lo descorre la interioridad.

LA FALTA DE INTERIORIDAD, DRAMA DE LA CULTURA ACTUAL

"Volví de la onda sacrosanta regenerada como una joven planta refrescada por un follaje nuevo; volví puro y presto a encender a las estrellas", dice el Dante en su *Divina Comedia*. Es la riqueza de la tensión interior hacia la verdad. No es la sociedad la que limita al hombre, es él quien se limita y ahoga la cultura al perder

¹³ *Ibid.*, 137-138.

su interioridad. Sin interioridad, los hombres no defienden la vida, defienden la locura que les emborracha con su poder sin fundamento.

¿De qué es capaz la humanidad sin interioridad? Ya lo vemos: de la destrucción, del odio, de la violencia. Cuando va faltando la interioridad, degeneran los humanismos, degenera la grandeza, el heroísmo, la serenidad, el equilibrio, la genialidad, la aceptación heroica, a veces, de las responsabilidades. Es necesaria la defensa de la interioridad en el mundo científico, artístico, en las relaciones entre los hombres. Ante tanta publicidad, propaganda, ante tanto olvido de lo privado se querría decir que se guarde silencio, que el hombre necesita vivificar su obra. Toda obra, toda relación, todo descubrimiento, todo proyecto con savia interior que proviene de las raíces escondidas que hay en el ser humano. Pienso ahora en ese primer gran capítulo de las *Moradas*, de Teresa de Jesús, en el que trata de la hermosura y dignidad de nuestras almas, en la comparación que pone para entenderse y para entendemos, en la ganancia que hay en descubrirla y saber las mercedes que hemos recibido. Todo lo que es fecundo en la cultura humana, custodia en lo más hondo los sentimientos y la interioridad de quienes lo gestaron; en toda obra, en todo descubrimiento se guarda la vida interior del que lo dio a luz. Es tan grande la interioridad de los grandes maestros del arte y de la espiritualidad, que sólo pueden expresarla con el silencio admirativo que late en sus obras. En la interioridad del hombre nace la fuerza para todo. Sólo cuando la semilla escondida en tierra ha germinado y prendido, entonces brota una pequeña planta. Si está bien radicada, la planta ira creciendo hasta que muestre con su vitalidad y lozanía la extensión de su profundidad.

José Pieper, en el capítulo que dedica a la felicidad y contemplación¹⁴, ve necesario ese modo interior de ver las cosas de la creación; es la llamada de lo perfecto a lo imperfecto, que diría Paul Claudel. De esta interioridad se alimenta todo verdadero arte. "La indispensabilidad de las bellas artes, su necesidad vital para el hombre consiste, ante todo, en que mediante ellas permanezca no olvidada y en marcha la contemplación de la Creación"¹⁵. *Theoria y contemplatio* apuntan con toda su energía a que la realidad percibida se haga evidente y clara, que se muestre y revele; tienden a la verdad y a nada más. En ellas ve un primer elemento necesario: la silenciosa percepción de la realidad. El segundo elemento es "mirar", intuir, no moverse hacia el objeto, sino descansar en él. La contemplación acompañada de la "admiración" completa los dos elementos anteriores. La admiración pone de manifiesto lo que sobrepasa nuestra comprensión, y es el acicate, la llamada a lo perfecto.

Tal contemplación alimenta al mundo. Todo hombre es capaz de esta contemplación. La indispensabilidad de las ciencias del espíritu, su necesidad vital para el ser humano consiste en que sin ellas se desenraiza, se desfonda, se desentraña de su mismidad. Se aliena, se marcha de su casa, y se convierte en un "patán" de la existencia, cuando no en un opresor y mutilador de la misma. Este es el drama de nuestra cultura, la falta de interioridad, de arraigamiento. Ella nos lleva a perder nuestro diálogo con la naturaleza, a olvidar "el alma" de las cosas y de las personas. Su falta nos impide saber escoger en la escudilla de nuestra experiencia cotidiana la gota de sabiduría que la vida destila en cada

¹⁴ Véase *El ocio y la vida intelectual*, Madrid 1962.

¹⁵ *Ibid.*, 316.

jornada. No sabemos sentir lo que nos rodea. La marcha de la historia viene impulsada por su propio dinamismo y su propio ser: tradición y pasado, el presente que fluye como hijo de esa tradición y el futuro como progreso hacia metas cada vez más altas. Tradición y progreso están transidos de la misma alma, lo nuevo es ya desde que existe antiguo germen de cosas nuevas. El pasado puede convertirse en cadáver, como el presente en algo sin raíces, el gigante con pies de barro al que antes hacía alusión. Pero no es cadáver ni gigante con pies de barro lo que tiene pasado y germen de futuro. Una cultura sin este dinamismo es una cultura sin entrañas. El progreso es precisamente esa síntesis entre la tradición y la investigación que se apoya en la certeza anterior para intentar ir más adelante.

"El drama de nuestra cultura es la subversión total de los valores precisamente por la fuga del misterio. Y no se trata de una especulación fantástica sobre el más allá, se trata de la realidad de nuestro vivir aquí, de nuestra responsabilidad y libertad, en nuestro sentido de la vida, profesión, familia, etc. La perversión fundamental del pensamiento contemporáneo, de Marx a Freud y de Sartre a Marcuse, consiste, ante todo, en ser la expresión de una negativa. Todo cuanto se presenta como susceptible de dar un sentido, todo reconocimiento de una trascendencia, es presentado como alienación y represión. Es clara la 'insatisfacción' de los jóvenes ante una sociedad tecnocrática que los utiliza para sus fines, pero que no responde a sus problemas fundamentales. En este punto, los análisis de Marcuse son exactos. No se trata, primordialmente, de una crisis económica, sino de una crisis psicológica. La civilización técnica constituye un cuerpo nuevo, pero es un cuerpo que no ha encontrado todavía su alma. Un inmenso clamor surge pidiendo a la creación, a la imaginación, a la invención, los elementos que permitan describir los caminos del futuro. Pues bien, nos encontramos aquí en presencia de un vacío que no es capaz de llenar ninguna reforma de estructuras. La crisis actual es una crisis de cultura. Las últimas escuelas filosóficas, el estructuralismo de Foucault, el neo marxismo de Althusser, el psicoanálisis de Lacan o la novela de Robbe Grillet no han sido sino un esfuerzo desesperado para integrar al hombre dentro de estructuraciones técnicas, para hacer de él un sujeto científico. Pues bien, contra eso es precisamente contra lo que se rebela la juventud, mediante una protesta que surge, por una parte, de los oscuros abismos del instinto, pero también de las profundidades del hombre interior. Se ha rebelado contra la necedad y el hastío de un mundo al que la ciencia ha hecho aséptico, pero su rebeldía ha sido una alegre orgía sin porvenir alguno"¹⁶.

El problema es, pues, el de la interioridad del hombre. El personalismo de Mounier fue una protesta contra el orden de una producción que aplastaba a las personas y sus exigencias. Esta protesta fue hecha en nombre de la vocación de la persona humana, concebida íntegramente, ordenada a la trascendencia dentro de su exigencia. Hay que continuar esta tarea. En el hombre de hoy hay hambre de interioridad y necesita de hombres que le den cauce y caminos para vivirla. "Hace falta que los cristianos se sacudan los complejos de culpabilidad masoquista, los terrores ante los falsos prestigios de la *intelligentia* del día, el morboso placer de la autocrítica. Es necesario que se decidan a cantar gozosamente la alabanza de la Trinidad, la esperanza de la resurrección, la

¹⁶ JEAN DANIELOU, *¿Desacralización o evangelización?*, Bilbao² 1965, 28.

alegría de la Eucaristía. Cuando Pablo VI preserva a la sal de la corrupción, es el hombre más moderno. Solamente creciendo en la fe, en la interioridad que pide la Iglesia de Cristo se enriquece la moral. La fe ayuda a aplicar criterios rectos a las circunstancias cambiantes de la vida. La verdadera moral cristiana, esa auténtica ética del corazón, toma la ley mucho más en serio y mucho más hondamente que cualquier legalismo o inanimada ética, porque busca con todo el corazón cumplir con amor la ley evangélica".

La Iglesia es el sacramento de Cristo. Ha sido Él quien ha llamado y convocado a los hombres para establecer su reino, para lo que fundó la Iglesia. No es una democracia en la que la autoridad y la verdad vienen del sufragio popular. Cristo dijo a sus apóstoles que continuaran su misión. Ayer, hoy y siempre los hombres necesitamos cauces y normas de vida; continuamente se abren nuevos horizontes y también los vaivenes de la historia traen sus dolores, sus esclavitudes, sus opresiones y sus dramas. La Iglesia, peregrina entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anuncia la cruz y la muerte del Señor hasta que venga. "Se vigoriza con la fuerza del Señor resucitado, para vencer con paciencia y con caridad sus propios sufrimientos y dificultades internas y externas y descubre fielmente en el mundo el misterio de Cristo, aunque entre penumbras, hasta que al fin de los tiempos se descubra todo su esplendor"¹⁷.

La Iglesia tiene una obligación ineludible: ofrecer a los hombres esta vocación a la interioridad. Tiene que salvar la obra de Dios. Salvar al hombre de caer en manos de su propio orgullo y locura y destruir la vida.

¹⁷ LG 8.

6. LA PÉRDIDA DE LO SAGRADO: UNA SOCIEDAD A LA DERIVA

Conferencia pronunciada en la Academia de Doctores. Madrid. el 23 de febrero de 1978. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, abril 1978.

Agradezco mucho las palabras con que me honra el señor Presidente, debidas a su gentileza más que a mis merecimientos.

Todavía son más de agradecer si se tiene en cuenta que ha venido aquí sin haberse repuesto de la enfermedad que viene padeciendo, de la que deseo se restablezca pronto y totalmente.

Aunque tales palabras, repito; no sean por mí justamente merecidas, siempre es grato verse asistido por tan claras manifestaciones de bondad.

Tengo la conciencia, y siento la responsabilidad, de que siempre que se me llama, al igual que en esta ocasión, es como a Pastor de la Iglesia de Cristo, y por eso me presento contento y confiado entre vosotros, sabiendo que llevo un tesoro en vaso de barro.

El tema que he elegido: *La pérdida de lo sagrado: una sociedad a la deriva*, me surgió espontáneamente en la simple lectura cotidiana de la prensa, el mismo día en que tuve que fijar la fecha para mi intervención. Es algo que ya, en la edad en que me encuentro, puedo decir que es una constante en mi reflexión. Lo he expresado de distintas formas, surge continuamente en mis intervenciones pastorales, en los diálogos más íntimos y personales y en los escritos y homilias más diversos.

El Arzobispo católico de Londres, Cardenal Hume, hablaba hace unos días en el Sínodo Anglicano, invitado a tomar parte en uno de esos contactos esperanzadores que las diversas confesiones vienen teniendo, y se refirió a la necesidad de prestar atención a cuatro grandes problemas de la sociedad inglesa de hoy:

- el de la dignidad humana tan quebrantada;
- el de la segregación racial;
- el de la pornografía, que esta deshaciendo a la juventud y a la familia; y
- el de los gastos para armamento, que impiden el normal desarrollo de la economía de bienestar.

Es decir, que en una sociedad como la británica, que ha alcanzado las cotas más altas del progreso político, científico y económico, se oye cada vez con más frecuencia la voz de las conciencias lúcidas que avisan de los grandes peligros que amenazan. Cuando parece que todo está al alcance de la mano para lograr la plena expansión del humanismo, otra vez como al principio, en los tiempos de la caverna. La dignidad humana invocada, pero no poseída; rechazada la integración de los grupos sociales por motivos de color o de sangre, como en los tiempos del nazismo; las normas morales, vaciadas de toda exigencia por la

invasión implacable de la pornografía; la familia, destrozada por los divorcios y el crimen del aborto; las garantías del bienestar, destruidas por los gastos que ocasiona la carrera de armamentos.

¿Qué ocurre, pues? ¿No es ya demasiado tiempo el que ha pasado, de ensayos y de proclamaciones anunciadoras de un futuro feliz? ¿Por qué cuando deberían estar próximos al goce de las grandes y definitivas conquistas, más bien presienten, temerosos y humillados, que algo esencial está fallando? A estos interrogantes, prescindiendo ya de la referencia a la sociedad inglesa, trato de contestar con las reflexiones que me dispongo a hacer.

I. PRESENCIA Y NECESIDAD DE LO SAGRADO

La primera pregunta que me hago es: ¿Qué es "lo sagrado"? ¿Dónde está realmente "lo sagrado" en la vida? Y no pienso en la expresión manifiesta y concreta de lo sagrado en hechos o actuaciones de tipo religioso. Quiero buscar la raíz de "lo sagrado" en la existencia. Tiene que existir algo que al menos, a solas, en la verdad de nuestra conciencia, sin alienaciones de poder, dinero, placeres, sistemas, egoísmos, nos haga decir: esto es sagrado; esto es intangible; esto es el eje en torno al cual todo se debe ordenar, ésta es la raíz que hace ver la necesidad de cambiar, porque nos hemos adulterado; esto es estímulo para mayores y mejores logros; esto exige mi esfuerzo y mi vida; no puedo mancharlo sin que me sienta culpable de lesionar algo fundamental para la existencia; no puedo supeditarlo a mi ambición; no está a merced de mis intereses o circunstancias históricas, políticas o sociales; esto exige la expresión más honrada de mi respeto.

Y "esto sagrado" tiene que ser algo que, siendo radicalmente verdadero, objetivo, existencial, fuerza y vinculación para todo, tenga expresión en nuestras vidas, nuestras acciones y configuraciones; algo que se intuye, se ve, se escucha, se siente, se sirve y se convierte en manifestación de la vida interior de todos los que son lo suficientemente libres para experimentarlo y no reprimirlo.

"Lo sagrado", para ser tal, tiene que pertenecer a la realidad básica de nuestra existencia. Zubiri, en su conocido libro *Naturaleza, historia y Dios*, ve en la religación el fenómeno primario en el que se actualiza nuestra existencia. "La religión no es una 'propiedad' ni una 'necesidad'; es algo distinto y superior: una dimensión formal del 'ser' personal humano. Religión, en cuanto tal, no es un simple sentimiento, ni un nudo conocimiento, ni un acto de obediencia, ni un incremento para la acción, sino actualización del ser religado del hombre. En la religión no sentimos previamente una ayuda para obrar, sino un fundamento para ser. Por esto, su 'ultimación' o expresión suprema es el 'culto', en el más amplio e integral sentido del vocablo, no como conjunto de ritos, sino como actualización de aquel 'reconocer' o acatar. Y así como el estar abiertos a las cosas nos descubre, en éste su estar abierto, que 'hay' cosas, así también el estar religado nos descubre que 'hay' lo que religa, lo que constituye la raíz fundamental de la existencia"¹.

¹ X. Zubiri, *Naturaleza, historia y Dios*, Madrid 1955, 320.

Esto es la raíz de "lo sagrado": Dios y su creación, la Verdad y su manifestación, la Vida y su fuerza. *En el principio era ya el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Por Él fueron hechas todas las cosas: y sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres: y esta luz resplandece en medio de las tinieblas ... El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo* (Jn 1, 1-9).

Lo "sagrado" es algo "primario", "elemental"; pertenece a la realidad básica de nuestra existencia. Tomado con seriedad es aquello ante lo cual las personas bien nacidas tienen que inclinarse de modo distinto a como lo hacen ante lo que es solamente terrenal. Experimentamos su presencia de diversos modos. En la inmensidad de los espacios, en el silencio de las noches estrelladas, en la paz de la vida retirada que describen nuestros clásicos, se eleva algo que es diferente de todo lo que se puede decir partiendo de las cosas. Es algo especial, solemne, eterno. Algo misterioso y extraño, pero determinado y familiar. Se hace presente en el ser del mundo, pero viene de otra parte que del mundo. Por eso se le ha llamado "lo Otro", frente a todo lo conocido. Es lo numinoso, lo divino.

Se hace también presente en el acontecer de la vida individual y de la Historia. Se intuye que algo está allí, diverso del mismo acontecer y por encima de él. La misma impresión puede provenir del mundo interior, al sentir la incondicionalidad del deber en conflictos morales. Se percibe algo que tiene una validez eterna. Otras veces se tiene la conciencia súbita de una presencia extraña, inexplicable, pero que toca lo más íntimo. García Morente tuvo esa sensación, que le invadió de repente y con un poder trastornador sobre su existencia. Claro que en él fue más fuerte, pues no fue sólo la presencia de lo sagrado, sino la de "el Dios personal", pronunciando el nombre de su criatura a la que ha hecho "hija".

"Todo eso es impresión de 'otro', de lo no terrenal, de lo sagrado, de lo numinoso: experiencia religiosa. Por lo general, se presenta en las realidades de la existencia: en personas, cosas, hechos determinados. Pero siempre de tal modo que aquello a lo que se alude es diverso de aquello en que aparece: es ajeno, incomprensible y, sin embargo, íntimamente familiar. Tiene altura, es temible, está lleno de bendición, es dichoso. Rechaza y atrae. Está apartado e inalcanzable, pero también cercano, más cercano que todo lo demás. Ninguna regla prescribe cómo tiene que ser y aparecer; pero siempre es eso mismo. A ello responde en nuestro interior algo diverso que a cualquier otra llamada. La impresión que responde se distingue de las restantes impresiones del mismo modo como su objeto se distingue de los objetos del mundo inmediato. El hombre sabe que toma parte en ello con lo más íntimo y lo más definitivo suyo. Tomando parte de un modo especial: con algo en él que es de índole análoga a lo que se manifiesta ahí. Con un anhelo que sólo encuentra cumplimiento en eso santo; ese cumplimiento que designamos con la palabra 'salvación'. Se distingue de todos los restantes logros: los que proporcionan alimento, o la propiedad, o el prestigio social, o el amor, o el conocimiento, o la belleza. Es el único cumplimiento definitivo, el que decide el sentido último de la existencia, y que sólo puede hallarse en el valor religioso: una identidad de expresión que muestra que se trata de un fenómeno primario"².

² R. GUARDINI, *Religión y revelación*, Madrid 1964, 34-35.

II. LA EXPERIENCIA DE LO SAGRADO COMPORTA SIEMPRE UNA EXIGENCIA

No voy a analizar la experiencia de lo sagrado a lo largo de la historia. Me interesa su evidencia. Es algo real, poderoso, esencial, lleno de valor y sentido. Su exigencia se percibe de modo inmediato; cabe resistirse a ella, pero no eliminarla. Forma con sus contenidos uno de los factores básicos de la vida. Influye en toda la existencia humana como lo demuestra la historia de las civilizaciones. La captación del misterio de lo sagrado no es algo a lo que nos abrimos, sino algo "en" lo que estamos, y sólo veremos en absoluto el mundo "en este misterio". La falta de lo religioso en la cultura es el resultado artificial de un acto humano empobrecido.

La fuerza de la experiencia de lo sagrado en el hombre va desde la energía que arrebatada y transforma la vida entera hasta el hálito más fugitivo. En la mayor parte de los casos sólo tiene manifestaciones débiles. En ocasiones desaparece casi por completo. Pero otras veces se muestra con gran fuerza, y alcanza niveles altísimos en el hombre que se abre a lo religioso.

La pureza es también diversa: aparece con toda su autenticidad o mezclada con sentimientos estéticos, eróticos, subjetivos ... Es que, ante la experiencia de lo sagrado, como ante todo, los hombres tenemos respuestas distintas: se la puede acoger y ejercitar y entonces crece con su propia vida y se hace fuerte y rica. El hombre percibe sus exigencias y las cumple en lo posible. La experiencia se va haciendo más pura y más seria en su exigencia moral; la vida entera queda determinada por ella.

Pero se la puede descuidar, ignorar y llegar a tener la impresión de que se la ha eliminado. Se la puede temer, obstaculizar, desviar y degradar. Se la puede entregar a la inteligencia, hacer de ella una filosofía y disolverla en el escepticismo. Se la puede usar estéticamente y dejarla resbalar a la falta de compromiso de la fantasía. ¡Cuánto se logra destruir si se pretende hacerlo!

Ciertamente, en todo contacto con lo sagrado hay una exigencia. Lo sagrado toca la conciencia y la requiere no con poder coactivo, sino con la fuerza de su sentido y su valor. Exige que se supere lo que lo contradiga, que se purifique la vida de acuerdo con ella; ilumina la moralidad de las acciones concretas y diarias; opone límites a las exigencias del ambiente y a los impulsos de las propias tendencias. Gracias a ella se siente la profundidad interior, que no se puede definir, pero en la que resuena lo que se debe hacer o dejar de hacer. Si el hombre no sigue la llamada, puede debilitarse y casi perder la experiencia, conservando sólo la sensación de haberse empobrecido; y se pretende silenciarla en el escepticismo o cayendo en la esclavitud de técnicas biológicas y materialistas.

Por ser lo religioso una energía vital central, elemento básico de la existencia humana —hemos dicho anteriormente—, todos los motivos, fuerzas y pensamientos reciben de ella una peculiar intensificación, tanto para el bien como para el mal. Lo sagrado puede enlazarse con el egoísmo, la violencia, la injusticia, la perversión. Esta posibilidad va unida, evidentemente, a todas las acciones vitales del hombre. No hay valor que no entre en problemática:

deformaciones de la verdad, abusos de la ciencia, arte, política. Pero, por el punto de vista del tema elegido, yo me he querido centrar en lo que significa originariamente, sin deformaciones.

La experiencia de lo sagrado es "un encuentro" en el sentido pleno de esta palabra. En este encuentro, el hombre entero está ante y en una realidad, tanto en sentido objetivo como subjetivo: vida individual, acciones y obras, relaciones con los demás y con las cosas, conexión con hechos y acontecimientos; toda "una existencia". Por ella tienen lugar actos y procesos que se designan con los conceptos: conversión, abandono del mundo y subordinación a una guía religiosa, transformación, nuevo nacimiento. El transcurso de esta experiencia depende de la entera actitud de quien la recibe; de que la tome o la desprecie; de que se esfuerce por ella o la abandone; de que cumpla las exigencias que plantea o que las tome sólo como cosa de momento, a lo que no corresponde un significado serio que determine su vida.

Hay espíritus que revelan mediocridad en su incapacidad para percibir lo sagrado. El peligro está en la reducción, que es empobrecimiento. Lo propio de la inteligencia es distinguir; lo honrado es reconocer los órdenes de su heterogeneidad. Pascal, por tener espíritu de geometría, sabía que con ello no se agotan las realidades de la persona. Hacer del hombre una parte de la naturaleza humana es el primer error, así como diluir la historia humana en la historia natural. Cuando se ha analizado todo, queda el "no sé que", el "casi nada", que es precisamente todo. El error consiste en olvidarse que ese "casi nada" es todo.

La generalidad de los teólogos reconoce la existencia de lo que se llama .Jo sagrado "creacional" u "original", que es "la verdad del hombre como misterio de comunión con Dios en los demás". Yo lo llamo la dimensión religiosa constitutiva del hombre en cuanto que, como criatura, depende de Dios para ser. La religión es la libre ratificación de esta relación original. Esta relación penetra la totalidad de la vida humana. En este sentido cabe decir que no hay nada profano, si lo profano consiste en aislar un campo que sea ajeno a Dios. Lo dice textualmente la *Gaudium et Spes*: "Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y sólo puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador" (GS 19). "Pertenece a la constitución del hombre el estar en relación con Dios y reconocer esta relación; y en este sentido, lo sagrado es constitutivo del hombre"³.

Lo sagrado no es meramente dimensión interior de la vida; semejante concepción es contraria a la naturaleza humana. El conjunto de la existencia, la vida y la obra del hombre están en función de la dignidad de la persona humana. Y ¿qué es esta dignidad de la persona humana sino "lo sagrado", la imagen y semejanza de Dios en él? "La actividad humana, así como procede del hombre, así también se ordena al hombre. Pues éste, en su acción, no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí mismo. Aprende mucho, cultiva sus facultades, se supera y se trasciende. Tal superación, rectamente entendida, es más importante que las riquezas exteriores que puedan

³ JEAN DANIÉLOU, *¿Desacralización o evangelización?*, Bilbao 1965, 73-74.

acumularse. El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene. Asimismo, cuanto llevan a cabo los hombres para lograr más justicia, mayor fraternidad y un más humano planteamiento en los problemas sociales vale más que los progresos técnicos. Pues dichos progresos pueden ofrecer, como si dijéramos, el material para la promoción humana, pero por sí solos no pueden llevarla a cabo. Por tanto, ésta es la norma de la actividad humana: que, de acuerdo con los designios y voluntad divinos, sea conforme al auténtico bien del género humano y permita al hombre, como individuo y como miembro de la sociedad, cultivar y realizar íntegramente su plena vocación" (GS 35).

III. LO SAGRADO Y LA REVELACIÓN CRISTIANA

La paradoja está en admitir algo que nos rebasa, lo sagrado en el mundo y en la vida del hombre, pero no un Dios que interviene en la existencia humana. Y, sin embargo, esto es lo cristiano: admitirlo. Dios habló a Abraham, a Moisés, liberó al pueblo judío, se encarnó en el seno de María, resucitó de entre los muertos a la humanidad con que se había unido y se halla presente en medio de nosotros en la Eucaristía. La revelación cristiana no es una explicación entre otras explicaciones que el hombre ha podido dar al enigma de su existencia, a la experiencia de lo sagrado. No es la proyección de sus aspiraciones personales al amparo de una fantasía que le devuelve su imagen agrandada. Por el contrario, nos revela a nosotros mismos lo que no sabíamos que éramos. Quiénes somos, sólo lo sabremos a la luz de Aquel que nos ha dado el ser. Pascal tiene razón al decir: *Fuera de Jesucristo no sabemos qué es la muerte, ni qué es la vida, ni qué es Dios, ni qué somos nosotros mismos.*

La verdadera concepción bíblica del hombre, y concretamente la cristiana, no responde a la idea de dos polos opuestos. Por el contrario, hace ver al hombre en una magnífica unidad: *Plugo al Padre poner en Él la plenitud de todo ser: reconciliar por Él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre cielo y tierra, por medio de la sangre que derramó en la cruz* (Col 1, 19-20).

Si existe oposición no es en el plano de la realidad, sino en el de la deformación. No estamos divididos entre el hombre y Dios, el progreso y Dios, sino entre la glorificación de Dios, por un lado, y la idolatría del hombre, por otro: poder, dinero, ambición, soberbia, lujuria ...; idolatría del hombre que todo lo corrompe y pervierte. Por eso no puede haber unidad entre la idolatría y el servicio de Dios. Hay que escoger. En la verdadera concepción cristiana sí que se logra la unidad. Podemos delimitar la concepción cristiana en tres dimensiones esenciales:

1. Señorío del hombre sobre el mundo

Es evidente este señorío desde el primer capítulo del Génesis, cuando, creado el primer Adán, Dios conduce ante él a todos los animales para que les dé nombre y así expresar su dominio, y luego lo sitúa en un jardín para cultivarlo y que todo esté a su servicio. No se puede olvidar que el hombre es creado a *imagen y semejanza de Dios*. En los primeros capítulos del Génesis se hace un inventario de las riquezas del mundo, para que, tras descubrir sus posibilidades energéticas, las ponga al servicio del desarrollo de su persona. Pasaríamos por toda la historia de Israel hasta llegar a la plenitud de la revelación en la que Dios

se hace hombre y le da así el poder no ya sólo sobre el mundo, sino de llegar a ser hijos de Dios. Él mismo se constituye en Primogénito de los hombres. De su plenitud hemos participado todos y recibido gracia sobre gracia. *Os he llamado amigos, no siervos, porque os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre* (Jn 15, 15). El cristiano no puede abandonar el mundo, tiene que reconocer que está llamado a "guardarlo y cultivarlo".

Las criaturas todas están aguardando con grande ansia la manifestación de los hijos de Dios. Porque se ven sujetas a la vanidad no de grado, sino por causa de aquel que les puso tal sujeción; con la esperanza de que serán también ellas mismas libertadas de esa servidumbre a la corrupción, para participar de la libertad y gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta ahora todas las criaturas están suspirando por dicho día, y como en dolores de parto (Rm 8, 19-22). La conciencia realmente cristiana sabe que el mundo le está propuesto como tarea y deber, entregado a su responsabilidad; sabe que tiene que salvar la obra de Dios, salvarla de que el poder del hombre caiga en manos de la soberbia y la locura y destruya la vida. Tanto más cuanto que cada vez se hace más evidente en qué enorme peligro se pone el mundo por el titanismo de nuestro tiempo. La posesión del mundo, la posibilidad de configurarlo conforme a la propia voluntad, siempre se ha visto a la vez como tarea y como tentación a la soberbia; pero permanecía bajo el resguardo de ordenaciones que el hombre no era capaz de suprimir. Su actividad consistía en que trabajaba en sus ocasiones inmediatas con las fuerzas inmediatas de su ser, sin ser capaz de penetrar en sus elementos básicos. Pero eso es precisamente lo que ha ocurrido ahora. La ciencia y la técnica están en condiciones de apoderarse de la sustancia del mundo. Los efectos que pueden producir son tan grandes que en lo sucesivo es cuestión de la mismísima existencia humana.

Se ha hablado de un descuido del cristiano, pero esa palabra no basta. Debemos comprender que se trata de una culpa real. El cristiano ha abandonado el mundo por completo a sí mismo; y esto quiere decir, a su vez, al descreimiento y a su voluntad de dominio. Pero el hombre incrédulo no está en condiciones de administrar rectamente el mundo. La lógica de la evolución del poder, en lo científico-técnico y en lo político, le arrastra a una zona de peligro, donde se hace posible la caída. "Ni de la ciencia ni de la técnica mismas surgen fuerzas que sean capaces de mantener en orden su propio poder. Pero tampoco surgen de una ética autónoma del individuo, ni de una soberana sabiduría del Estado"⁴.

Las posibilidades realmente salvadoras residen en la conciencia del hombre, que está ligado con Dios de modo vivo. La fe o el descreimiento –he repetido en varias ocasiones– se convierten en factor decisivo de la historia. La palabra de Cristo es permanente. Sola la fe es la victoria que vence la soberbia y la injusticia. El fallo del cristiano de hoy y de siempre está en que se ha hecho "mundano", en que no ha creído y vivido la fuerza de Cristo y su Evangelio, y así se deja engañar por palabras y sistemas, hasta quedar seducido por filosofías fundadas sobre la tradición de los hombres, según los elementos del mundo, y no conforme a Jesucristo (Col, 2, 8). Y entonces el cristiano no sirve para nada, como la sal cuando no da sabor y la luz cuando no da luz.

⁴ R. GUARDINI, *La preocupación por el hombre*, Madrid 1965, 104-105.

Si el cristiano hace indeterminados los conceptos procedentes de la Revelación: Dios, creación, pecado, Redención, Salvación, ¿qué se espera? En vez de la auténtica Redención, señala como objetivo el mejoramiento progresivo de las situaciones culturales; en vez de la gracia, la experiencia subjetiva; en vez de la Resurrección y la vida eterna, una situación terrena ideal. Y entonces es cuando se produce el dualismo. El hombre, en la medida en que es cristiano, transforma el mundo. *Vosotros sois la sal de la tierra ..., vosotros sois la luz del mundo* (Mt 5, 13-14).

2. La segunda dimensión de la concepción cristiana del hombre es su comunicación con los demás

No es bueno que el hombre esté solo, dice el capítulo 2 del Génesis. El hombre no está hecho para la soledad, sino para compartir con otros lo que tiene. El amor humano aparece como la expresión eminente de esa realidad, pero sólo una expresión eminente. El conjunto de las relaciones humanas constituye el conjunto de expresiones de esa naturaleza fundamentalmente comunitaria del hombre. En el Nuevo Testamento es evidente que Cristo lo quiere como específico de su Iglesia. Instauro y establece la revelación de una nueva vida: la comunión de todos los hombres en Él como hijos del mismo Padre y herederos de la misma herencia. El Concilio Vaticano II, según afirma, se limita a recordar estas verdades fundamentales y exponer sus fundamentos a la luz de la Revelación:

"Dios, que cuida de todos con paterna solicitud, ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos. Todos han sido creados a imagen y semejanza de Dios, quien hizo *de uno todo el linaje humano para poblar toda la faz de la tierra* (Act 17, 26), y todos son llamados a un solo e idéntico fin, esto es, Dios mismo. Por lo cual el amor de Dios y del prójimo es el primero y mayor mandamiento. La Sagrada Escritura nos enseña que el amor de Dios no puede separarse del amor del prójimo: *–cualquier otro precepto en esta sentencia se resume: Amarás al prójimo como a ti mismo... El amor es el cumplimiento de la ley* (Rm 13, 9-10; cf. 1Jn 4, 20). Esta doctrina posee hoy extraordinaria importancia a causa de dos hechos: la creciente interdependencia mutua de los hombres y la unificación asimismo creciente del mundo. Más aún, el Señor, cuando ruega al Padre *que todos sean uno, como nosotros también somos uno* (Jn 17, 21-22), abriendo perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Esta semejanza demuestra que el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás" (GS 24).

Hay un núcleo de realidad en la relación de las personas que fundamenta la fidelidad y produce vida de comunidad: cuando los hombres saben que en cada ser humano hay un destino eterno que le está confiado. No tiene sentido exigir libertad "de", si antes no se ve y quiere la libertad "para" los grandes valores de la existencia personal. Lo sagrado pone de manifiesto que todo derecho descansa sobre un valor que lo fundamenta y protege. Si el valor no se percibe, pierde credibilidad toda exigencia de libertad. La revelación del valor infinito de

la persona humana tiene su origen y sólo adquiere la plenitud de su sentido en la revelación que se nos hace en el Evangelio del amor de Dios a todos los hombres. "La civilización cristiana no es una civilización entre otras. Es la única civilización construida sobre los derechos de la persona humana, derechos que derivan de la fe en la inmortalidad del alma del hombre", dice el historiador inglés Douglas Jerrold⁵.

3. La tercera dimensión es la adoración

El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Es decir, tiene dominio y señorío sobre el mundo, está en comunión y comunicación con sus semejantes, pero tiene que reconocer importancia a lo que la tiene: la santidad de Dios, la majestad de Dios, la grandeza de las obras de Dios. La aptitud para adorar es la característica de la generosidad del alma. Rechazar la adoración a Dios es destruirse el hombre a sí mismo.

En la adoración se nos revela el misterio de Dios, de la vida y de la muerte. En ella se ve cómo el trabajo no es sólo la lucha por la vida, sino la forma como va creciendo día a día, a través de toda actividad y esfuerzo, el hombre conformado según Cristo. Todos los elementos de la existencia, cosas, acciones, relaciones, ordenaciones, obtienen su pleno sentido solamente cuando alcanzan la dimensión de lo religioso, más allá de su contenido inmediato.

Existe un falso laicismo, una ruptura radical entre las actitudes humanas de un lado y Dios de otro, que es a la vez destructora de la religión y del hombre. Y, al contrario, el hallar ese lugar fundamental de lo religioso en el corazón mismo de las actividades humanas es algo esencial en nuestro momento. Es vital que los cristianos no prediquen humanismos equívocos, que son otras tantas complicidades con la idolatría de este tiempo. Es necesario recordar que sólo Dios es Dios y que todo lo que se construye al margen de Dios está abocado a la destrucción. Las obras del orgullo humano acaban por autodestruirse. Hacer presente a Dios en un mundo que se desarraiga y va a la deriva sin norte, sin brújula, es una manera necesaria de servir a la humanidad, que necesita urgentemente de esta asistencia. No estamos divididos, repito. entre hombre, progreso y cultura, por un lado, y Dios, por otro, sino entre reconocimiento y glorificación de Dios y las idolatrías del hombre: poder, dinero, sexo, ambición.

IV. UNA SOCIEDAD QUE PIERDE EL SENTIDO DE LO SAGRADO VA A LA DERIVA

La sociedad que pierde el sentido de lo sagrado va a la deriva y mata lo mejor del hombre en su vida humana personal, familiar y sociopolítica.

a) En su vida humana personal

El empobrecimiento del sentido de lo sagrado perjudica la relación con el mundo, con otras personas y con la vida propia. En esta debilitación se ve un menguar

⁵ Citado por ALLEN ZATET, *Cultura e rivelazione*, p. 110.

progresivo del sentido de la vida que tiene consecuencias en todos los campos. Todo se hace menos importante; las raíces se aflojan, se superficializa el proceso vital; las ordenaciones, normas e imperativos éticos disminuyen en capacidad para obligar a la conciencia. La ética humana se convierte en un cierto *modus vivendi* exteriorista, circunstancial, sin fuerza ni valor. Se origina una situación arbitraria, en la que cada uno se plantea los objetivos convenientes a sus egoísmos e intereses y todos se ven en condiciones de poner los medios para lograrlos. La personalidad individual pierde importancia y queda a disposición de las condiciones técnico-económicas, de los intereses de unos y otros, y de los poderes sociales, políticos y estatales. Al desaparecer el elemento religioso, se debilita cada vez más la obligación interior. Se impone entonces la mera ambición o se sucumbe a las estructuras del Estado o los partidos, sin ninguna instancia profunda y radical en la que poder apoyar su dignidad personal y sin tener nada a lo que apelar. El hombre se convierte en un ser sin raíz ni fundamentación, sin arraigo para su dignidad, que se desvía hacia un camino en el que se hunde y destroza lo más personal y propio de su "yoidad". A la imagen de la exaltación, de la revolución, de la euforia, del futuro glorioso de la liberación, sucede la de la violencia, el terrorismo, la inestabilidad, la de que las cosas no van de acuerdo y todo tiende a una catástrofe.

"En realidad, de verdad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por muchas sollicitaciones, tiene que elegir y que renunciar. Más aún, como enfermo y pecador no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división, que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad. Son muchísimos los que, tarados en su vida por el materialismo práctico, no quieren saber nada de la clara percepción de este dramático estado, o bien, oprimidos por la miseria, no tienen tiempo para ponerse a considerarlo. Muchos piensan hallar su descanso en una interpretación de la realidad propuesta de múltiples maneras. Otros esperan del solo esfuerzo humano la verdadera y plena liberación de la humanidad y abrigan el convencimiento de que el futuro reino del hombre sobre la tierra saciará plenamente todos sus deseos. Y no faltan, por otra parte, quienes desesperando de poder dar a la vida un sentido exacto, alaban la insolencia de quienes piensan que la existencia carece de toda significación propia y se esfuerzan por darle un sentido puramente subjetivo. Sin embargo, ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsiste todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?" (GS 10).

Hay una autenticidad definitiva que está detrás de todo: cosas, acontecimientos concretos de la vida, palabras, pensamientos. El rostro del hombre es alma que se hace visible, espíritu que se hace observable. "Algo" hay de donde todo surge, en lo que todo tiene sentido y a lo que todo apunta. Dañar esto es un crimen que pone en peligro lo más valioso de la vida. Cuando desaparece lo sagrado en el

hombre, se corrompe una parte de su ser y se convierte en un hombre incompleto.

Por el contrario, lo sagrado hace al hombre capaz de establecer posiciones sólidas y hacerlas prevalecer; le capacita para formar auténticos juicios de valor sobre las posibilidades, hechos y cosas; sobre la dignidad de la inteligencia, libertad, familia, convivencia humana, lo verdadero, lo justo, el respeto a la vida y a la ancianidad; le exige una disciplina sobre sí mismo, pone medida al desenfreno, rompe la dictadura de la ambición y afán de ganancia. Todo ello por la exigencia incondicional de lo sagrado, que es capaz de sentir en su interior y que se traduce en amor y respeto a la misma vida y a la dignidad intangible del hombre.

El hecho de que todos los procesos y ordenamientos se consideren desde el punto de vista material y de utilidad inmediata, sin ver más allá, constituye una de las causas más profundas de toda la intranquilizadora crisis de los valores de la existencia que estamos viviendo. Todo puede arrancarse y ponerse en juego. La alegría de la liberación de lo sagrado se revela como una ironía trágica. Lo que parecería llevar a la libertad, a la salida de alienaciones y oscurantismos, obnubila la sustancia de la vida, extravía las fuerzas ordenadoras, desvanece la evidencia inmediata de su sentido, hace al hombre incapaz de subsistir en sí mismo y configurar su existencia desde dentro, y le pone a merced de todo. Sólo nos volvemos extraños a nosotros mismos cuando nos hacemos extraños a Dios. Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, Primogénito de toda criatura, se esclarece el misterio de la dignidad sagrada del hombre. Como de hecho nuestra existencia personal tiene su raíz en Dios, nuestra interioridad brota de Él. "Alguien hay en mí que es más que yo mismo", decía San Agustín en esas explicaciones suyas incomparables de la vuelta hacia su interior: entra en ti mismo, en el hombre interior habita la verdad. Sólo somos nosotros mismos cuando nos encontramos con Dios. Sin El no se hace cosa buena alguna de cuantas han sido hechas.

b) En su vida familiar

El desorden que produce la ausencia de lo sagrado penetra en la vida inmediata, en la relación entre hombre y mujer. *Los hizo hombre y mujer* (Gn 1, 27). La división del género humano en los dos sexos no es algo sobreañadido, sino que forma parte del plan básico, según el cual está hecho el hombre. Toda concepción del hombre que considere la sexualidad como algo bajo o malo, o simplemente inesencial, deforma el sentido de la Revelación. Esto queda manifiesto hasta en los momentos en que Cristo habla de la consagración a Dios de todo lo que es la persona humana: son los que se castran por el reino de los cielos, los que se hacen eunucos por su amor.

El instinto está determinado por la persona. Su impulso es respetuoso; su fuerza, buena. El hombre y la mujer se han de ayudar en todo lo que significa vida y obra: en la producción de nueva vida, en su cuidado, defensa y educación; en el despliegue de la propia personalidad; en la construcción del hogar, de ese pequeño mundo que hace posible que el hombre no se pierda en el mundo grande; en la relación con las cosas, etc. En todo han de servirse de ayuda mutua el hombre y la mujer. Esta ayuda sólo es posible sobre la base del respeto de

uno a otro en libertad y con honor. Esto presupone que ambos están en la lealtad de la obediencia respecto de Aquel que los dignifica y eleva.

Pero los hombres han arrancado lo sagrado en esta relación mutua entre los sexos tal como hoy la conocemos. Se está rehusando el ordenamiento de la vida según Dios. A dónde se va a parar por ese camino que el hombre quiere recorrer solo, sin Dios, ya lo podemos sospechar, aunque aún no hemos acabado de ver todas sus consecuencias. ¿Alcanza el hombre la libertad de su existencia cuando lo social, lo económico, el Estado, le convierten en una rueda de su mecanismo? ¿Cuándo se convierte en un esclavo y víctima de sus desviaciones? ¿Cuándo siente roída y pervertida su vida en las fuentes mismas de la vida y de los instintos? ¿Se hace libre la mujer con lo que llama libertad de su sexo, con tener ella el derecho de matar la vida que lleva en gestación? ¿Qué hay sagrado en la vida si ya no es sagrado el amor de un hombre y una mujer, el amor de los padres a sus hijos, el derecho a vivir de un ser todavía no nacido, pero que ya vive? ¿A título de qué se pueden invocar leyes y normas? ¿De qué derechos humanos se puede hablar y en qué se fundamentan? ¿Qué es lo justo? ¿Qué puede esperarse de unos hombres que ponen al servicio de la destrucción, de la perversión, lo que tenían que poner al servicio de la vida y de la dignidad humana? ¿Por qué se destruye por la misma madre la vida de un ser humano? Ya no hay ningún límite, y no lo hay porque se arranca lo sagrado de la vida. No hace falta matar para que se pueda vivir; hace falta actuar y sacrificarse.

Se ha perdido el deseo de comunidad, de fidelidad, de vinculación familiar, de configuración viva de la casa en la vida de familia. No tiene sentido recabar libertades, ni hablar siquiera de ellas si antes el hombre y la mujer no están preparados para esa libertad, para ser fieles a la comunidad de matrimonio y casa. Al defender la fidelidad de todo lo que comporta la vida familiar, la Iglesia defiende lo humano contra lo que tiende a destruirlo. Toda la vida humana es una vida sometida a prueba; pero, en esta prueba de la fidelidad, la realidad de nuestra vida pasa de zonas superficiales de la sensibilidad a las regiones profundas del corazón. Un amor humano que ha sabido triunfar de la inevitable saciedad de ciertas horas, de esa necesidad de cambio característica de nuestro ser superficial, se hace más profundo y más fuerte. El tiempo sólo gasta las cosas de la carne; hace más profunda las del espíritu.

La desvalorización del sexo, la perversión de las fuentes de la vida, la destrucción de la familia es la traición a la "ayuda" que tienen que darse el hombre y la mujer. Tanto uno como otra pueden creer que saben mucha física, psicología y sociología, pero les quedan ocultas la realidad y las ordenaciones, según las cuales su ser humano y su propia sexualidad están a salvo, se dignifican y engrandecen. Están solos el hombre y la mujer que rompen el sentido hondo de su amor, que es imagen y semejanza de Dios; y los que están estrechamente unidos pueden quedar tan solitarios uno con otro como si fueran desconocidos. La perversión y desviación del deseo sexual, tal como ya aparece en nuestro momento, da lugar a un resentimiento y secreto rencor. Cada uno siente una dependencia que le esclaviza y revuelve contra el otro. Arrancado el deseo de la fuente que le da señorío y dignidad, se manifiesta claramente la devastación que produce. Todo es posible cuando el hombre y la mujer ya no quieren ser compañeros mutuos desde la peculiaridad de su ser, que les hace a imagen y semejanza de Dios, y les capacita para formar la familia, piedra angular

de la sociedad. Hay aquí un enfrentamiento fundamental, la dualidad a la que aludía antes: o se acepta que la sexualidad se ha convertido en un mero producto de la sociedad de consumo, o se piensa que el amor humano es siempre un encuentro entre el hombre y Dios, uno de los puntos esenciales de inserción de lo sagrado en la existencia humana.

El matrimonio y la familia, con los problemas que plantea, están situados en el centro de la visión de la Iglesia que nos da el Concilio Vaticano II: "En esta tarea –la misión de los laicos– resalta el gran valor de aquel estado de vida santificado por un especial sacramento, a saber: la vida matrimonial y familiar. En ella, el apostolado de los laicos halla una ocasión de ejercicio y una escuela preclara, si la religión cristiana penetra toda la organización de la vida y la transforma cada día más. Aquí los cónyuges tienen su propia vocación: el ser mutuamente y para sus hijos testigos de la fe y del amor de Cristo. La familia cristiana proclama en voz muy alta tanto las presentes virtudes del reino de Dios como la esperanza de la vida bienaventurada. De tal manera, con su ejemplo y testimonio arguye al mundo de pecado e ilumina a los que buscan la verdad" (LG 35).

Realmente son una huella visible de la presencia de Dios los hogares cristianos en los que hay verdadero amor e irradian la alegría que brota de la presencia de Cristo en el centro mismo de la familia. Cuando la Iglesia proclama incansablemente la dignidad y santidad del amor humano en un mundo que con tanta frecuencia lo profana, la Iglesia está respondiendo a las aspiraciones profundas del corazón humano. El Concilio afirma taxativamente que un hogar cristiano arguye al mundo de pecado; ese hogar pone de manifiesto dónde está la verdad y dónde el error; dónde la felicidad y dónde la desdicha; dónde la verdadera vida y dónde la caricatura de la vida. La misión de los hogares cristianos es constituir ambientes en los que se haga sensible la presencia de Cristo en las realidades humanas. Un hogar cristiano, con su ejemplo y testimonio, ilumina realmente a los que buscan la verdad. Sin lo sagrado se disuelve la familia, se debilita el matrimonio y se mueren las relaciones entre padres e hijos.

c) En su vida sociopolítica

Es una interpretación errónea muy propia del funcionalismo moderno la tesis de que lo sagrado se explica por la necesidad de una sanción última para la ordenación de la familia, del derecho, del Estado. Y esta sanción se requiere sólo en tanto que el hombre no haya llegado a la conciencia plena de su ser y el conocimiento del hecho de que esta sanción reside en la misma obligatoriedad de las ordenaciones sin recurrir a la trascendencia. Cuando esto ocurre desaparece "lo religioso", lo sagrado.

Y entonces el hombre sucumbe a las ordenaciones arbitrarias que impongan un Estado, una filosofía, un programa utilitario, un partido político, unas circunstancias. Es un error de visión y de interpretación el afirmar que el presunto sentido espiritual de un proceso no es otra cosa que su estructura misma, esto es, su función.

"Pero si hoy resulta sencillamente decisiva para la vida alguna opinión, es la que han defendido Edmund Husserl y Max Scheler: que la esencia espiritual de un

proceso es algo diverso del mecanismo de su realización. El sentido existencial de una relación amorosa nunca se identifica con los procesos fisiológicos o psicológicos en que se hace presente. La verdad que resplandece en los pensamientos humanos nunca se identifica con las estructuras cerebrales en que descansa su realización. La plenitud de entidad de una obra de arte nunca se identifica con los procesos psicofísicos de su producción. La dignidad del Estado nunca se identifica con las exigencias de su estructura y vida. Y asimismo la experiencia religiosa, con la realidad numinosa que en ella se observa, nunca se identifica con el efecto por el cual garantiza las ordenaciones de la vida antes mencionadas. Más bien, todo depende de darse cuenta de que el sentido de lo religioso, la realidad de lo numinoso –digámoslo con palabras más claras: la realidad y altura de Dios– es algo diverso de todos los efectos que pueda ejercer en el conjunto de la vida humana: más aún, que sólo puede ejercerlos porque es algo diverso"⁶.

La sociedad humana, ante la ausencia de lo sagrado, presenta una situación de creciente arbitrariedad. Pierde el reposo, la hondura y claridad que da a su marcha su inserción en lo sagrado. Se pulveriza porque se destruye la esfera de lo privado, de lo íntimo y personal. No se puede alcanzar con la mirada todo lo que se arruinaría sin lo sagrado. Digo que no se puede abarcar todo lo que se arrasaría, porque siempre, de hecho, ha estado actuando en la historia de la humanidad la presencia de lo sagrado, como un faro permanente que vuelve a orientar al barco que se ha perdido o a los naufragos que se han salvado. Y como cristianos sabemos que la presencia de Cristo, *alfa* y *omega* de toda la creación, durará hasta la consumación de los siglos. Esta es raíz sólida de mi esperanza y optimismo.

El conjunto de la existencia, la vida y la obra del hombre sólo pueden ser vistos desde su sentido pleno. Cuando no es así, las potencias de las culturas y civilizaciones se quedan como sin dueño, sin capacidad de arraigo. Gracias a una ciencia elaborada por el hombre, que penetra cada vez más profundamente en la realidad, y a una técnica cada día más poderosa, el poder del hombre de disponer sobre lo que existe va en aumento. Esto tendría que significar seguridad, paz, bienestar, progreso, cordialidad en las relaciones humanas. Está mejor protegido, tiene que trabajar menos, su nivel de vida se eleva, adquiere nuevas posibilidades de desarrollo de tipo personal y laboral, puede liberarse de actividades más bajas en beneficio de otras más altas, etcétera. Es una conquista el que las tensiones sociales sean más fácilmente conocidas y superadas, el que las distancias se recorran en seguida, el que estemos informados. Nadie duda de la importancia de las conquistas médicas. Las ventajas que ofrecen sistemas de seguros bien estudiados son evidentes. Pero la realidad es que todos esos conocimientos, esos trabajos y creaciones que tendrían que suponer el señorío del mundo, *a imagen y semejanza de Dios, ver que todo lo hecho es bueno* (Gn 1) –frase que se repite constantemente en el primer relato de la creación–, la realidad es que llevan consigo un peligro que amenaza zonas cada vez más profundas: violencias físicas y psicológicas, violación de los derechos humanos, que, por otra parte, tanto se invocan; guerras

⁶ R. GUARDINI, *Religión y revelación*, Madrid 1964, 60-61.

nucleares, preparación de guerras biológicas, conflictos sociopolíticos en todas las partes del mundo; la lista sería interminable.

Poder dominar es el destino esencial que se le ha dado al hombre al ser creado. Tener derecho a dominar es una concesión divina. Deber dominar, una misión. Pero es que vivir significa, en último término, sentir, pensar y actuar desde la realidad de lo numinoso, desde la imagen del hombre que se sabe a la luz de Aquel que le ha dado el ser. El crecimiento auténtico de las posibilidades de la sociedad guarda relación exacta con la conciencia de responsabilidad humana. Sin esa presencia de lo religioso, lo que aún subsiste de orden espiritual, de respeto al hombre, de fuerza de carácter y seguridad de corazón sería aniquilado. Violencia y astucia serían –y de hecho son– las fuerzas dominadoras. Hoy no podemos decir "que no se puede aplastar el espíritu", "que la verdad siempre se impone", "que al final siempre triunfa lo auténtico". El poder sobre el hombre mismo es cada vez mayor: se puede influir en su cuerpo y en su espíritu. Lo tremendo es: ¿en qué dirección? Cuanto mayor es el poder y se olvida lo sagrado, mayor es la tentación de ir por el camino fácil: el de la violencia. Se excluye la dignidad de la persona, la existencialidad de la verdad, de "lo bueno" incondicionalmente. Se originan unas fuerzas que "cogen" al hombre, lo insertan en la economía, en la política al servicio de los partidos, en la utilidad; lo ponen en un determinado lugar y lo dirigen de antemano a fines establecidos. Y esto no sólo físicamente, sino también psíquicamente, e incluso espiritualmente desde el momento en que la dialéctica y la técnica de la discusión, la presentación de la historia y de la vida, la manera de ver la existencia, tienden a unos fines determinados y no al respeto a la verdad. Desaparece lo verdaderamente espiritual: la capacidad de enfrentarse con las realidades válidas para contemplarlas y juzgarlas.

En la medida en que desaparecen los lazos que atan a la norma moral consecuencia de "lo religioso", "lo divino", que es lo Bueno, lo Verdadero, lo Justo, el Amor, la Vida; en una palabra: Dios, se confunde con la fuerza, con la violencia; la iniciativa con la gloria personal; el mando con la esclavización; la objetividad con la ventaja propia; el resultado auténtico, que tiende hacia la totalidad y lo durable, con el mero éxito.

"Debemos volver a plantear seriamente el problema del punto de convergencia último de nuestra existencia, es decir, el problema de Dios. El hombre no está constituido de tal manera que esté acabado en sí mismo y, además, pueda entrar o no en relación con Dios, según sus ideas o sus gustos. Por el contrario, su esencia consiste decisivamente en su relación con Dios. El hombre sólo existe en cuanto referido a Dios; y por ello su carácter se define según la manera como entiende esta relación, la seriedad con que la tome y lo que haga de ella. Esto es así, y ni los filósofos, ni los políticos, ni los poetas, ni los psicólogos pueden cambiar nada aquí"⁷.

⁷ R. GUARDINI, *El poder*, Madrid 1963, 148.

V. LA PRESENCIA DE LO SAGRADO: ORIGEN Y CUMBRE DE LA CIVILIZACIÓN REALMENTE HUMANA

Lo que han de surgir son formas, ordenaciones, técnica, arte, ciencias, obras en las que se exprese con toda su grandeza este cumplimiento de la misión que Dios puso en la esencia del hombre: señorío. Obras concretas de cultura y civilización dadas a la luz con responsabilidad y amor. La presencia de lo sagrado es origen y cumbre de la civilización realmente humana, porque es artífice de ella un hombre que sabe mandar y obedecer. Y esto sólo es posible cuando se reconoce la grandeza absoluta y los valores absolutos. Lo cual implica reconocer a Dios como norma viviente y punto de relación de la existencia. Sólo se puede mandar justamente si se parte de Dios; y sólo se puede obedecer bien si la obediencia se refiere a El. Estos son los hombres que importan para forjar las civilizaciones y para las decisiones: hombres que sean capaces de formarse una auténtica interioridad y con sentido y vida ascéticos. Jamás se ha conseguido nada grande sin una seria reflexión que penetre hasta la esencia de las cosas; y sin la ascética del dominio de sí mismo, por la que el hombre no capitula, sino que lucha para que la vida y todo lo que ella implica se mantenga en el honor que le pertenece y se haga fecunda.

Una civilización no puede arrancar con fuerza, ni conseguir altas cumbres con sólo el progreso material. Ni siquiera se puede lograr una sociedad humana fraterna. Es esencial la presencia de la dimensión de la trascendencia, fuera de la cual no hay humanismo posible. Una sociedad en la que no está presente la lumbre de lo sagrado es inhumana.

"Nada resultaría tan falso como separar la esfera religiosa de la esfera de las realidades materiales. El mundo material no tiene su principio, sino en la acción de las Personas divinas, y, de otro lado, está todo él llamado a ser reasumido y transfigurado por las Personas divinas. Pues bien, éste es hoy uno de los puntos más importantes desde el punto de vista de la actual visión del mundo. Una de las grandes tentaciones del hombre moderno es la desacralización del cosmos. Se tiende a concebir el mundo de la naturaleza, que es en el que se desenvuelve la ciencia, como extraño a una finalidad religiosa. Se disocia, de algún modo, una finalidad religiosa, que sería puramente personal, de una finalidad cósmica, que sería profana y material, como si la religión fuera un asunto privado, como si el problema religioso fuera un problema individual y no el problema de la significación misma de la totalidad del universo, y por ello también el de su misma realidad material. Este enraizamiento originario de la creación en la Trinidad es el punto de partida que no hay que olvidar jamás; un punto al que siempre es preciso volver primaria y originariamente. El hecho de que se adviertan distinciones evidentes, esferas de acción diferentes; que el hecho de abordar el universo desde un punto de vista científico o desde un punto de vista contemplativo emanen de dos encuadres diferentes, no dice sino que se trata de dos puntos de vista proyectados sobre un único universo. Sobre el mismo universo en que se desenvuelve la ciencia y que constituye el espejo a través del cual se nos manifiesta la Trinidad"⁸.

⁸ JEAN DANIÉLOU, *La Trinidad y el misterio de la existencia*, Madrid 1969, 16-17.

Como la Santa Teresa de Claudel, los hombres encerrados en las cosas gritan consciente o inconscientemente: una ventana, una ventana para salir de la eterna vanidad. No es que sea necesario rebajar al hombre para engrandecer a Dios, sino que, por el contrario, cuanto mayor grandeza alcanza el hombre más visible se hace la grandeza de Dios. A medida que el hombre y su obra, su dignidad y posibilidad de grandeza se nos revelen más grandes, mejor comprenderemos la superioridad de Aquel a quien debe su ser. Esto sana el corazón, la inteligencia y la obra del hombre. Así se alcanza la verdad. La religión brota de nuevo del fondo mismo de las actividades humanas como una dimensión de la misma existencia humana; brota en el pensamiento científico, en la medida que éste, a través de la lectura del cosmos, siente la necesidad de ir más allá de sí mismo; brota en el interior de la civilización en la medida en que la presencia de Dios aparece como más necesaria que la vida económica y el desarrollo científico.

Ciertamente la total compenetración de la ciudad terrena y la ciudad eterna sólo puede percibirse por la fe. Ahí está la importancia de la tarea del cristiano en el mundo actual; permitidme que os lo diga precisamente a vosotros, nuestros hombres de ciencia y sabiduría. El drama de hoy consiste en la dimisión de los que han de responder a la sed que tiene el mundo, que en realidad es sed de Dios. Nunca jamás se exaltará al hombre si se desprecia a Dios. La convicción entusiasta de que cumplir la voluntad de Dios es cooperar al verdadero progreso tiene que unir fuertemente a los cristianos. *He descendido del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado (Jn 6, 30). Santificalos en la verdad. La palabra tuya es la verdad. Así como Tú me has enviado al mundo, así yo los he enviado también a ellos al mundo (Jn 17, 17-18).*

VI. REFLEXIÓN SOBRE ESPAÑA

Aplicando ahora estas reflexiones al momento que estamos viviendo en España, considero obligado decir que la pérdida del sentido de lo sagrado –en su acepción más noble y profunda– es un drama de consecuencias gravísimas. Con la particularidad de que esa pérdida se produce no sólo como consecuencia de la agresión continua del materialismo, fenómeno de alcance universal, sino de la teoría de confusiones en la que estamos sumidos. Se confunde al clero con la Iglesia, a la Iglesia con Cristo, a Cristo con el humanismo. El resultado es que Cristo queda reducido a un promotor de mera humanidad, los fallos de la Iglesia se endosan el mensaje revelado, las faltas del clero a la Iglesia.

Al amparo de las nuevas situaciones políticas, y como exigencia anticipada de las que están por venir, según los proyectos de muchos, gran parte del pueblo español va quedando como narcotizado por la preocupación de lo terrestre inmediato; por las llamadas a tomar decisiones que van a transformar –se dice– las normas de la vida; por las invocaciones a la libertad, degradada cada día por la desenvoltura más soez, el insulto y la ignominia. La libertad, convertida en un fin por sí misma, es lo más apto para embrutecer a quien la adora.

Podrían discutirse, y corregirse en la medida en que sea conveniente, con observaciones objetivas, no mediante sarcasmos ni caricaturas, hechos históricos como, por ejemplo: excesiva influencia del clero en determinadas

épocas, intransigencia cultural en nombre de la manera de entender la fe más que de la misma fe, mezcla indebida de lo religioso y lo político, etcétera.

Nunca la Iglesia ha estado mejor dispuesta, gracias a la revisión que de sí misma ha hecho en el Concilio último, a reconocer sus excesos o sus limitaciones. Ayudar a que esto se haga sería una muestra de civilización y de cordura social.

Pero no es esto lo que se propugna. En el horizonte de la vida española va apareciendo, con perfiles cada vez más gruesos y oscuros, la burla de la Religión, la más sucia y detestable pornografía, los movimientos feministas de liberación de la mujer con manifestaciones aberrantes, las ideologías marxistas que quieren corregir los vicios del capitalismo, alimentando otros más graves y nocivos.

Cuatro docenas de escritores de periódicos y revistas, que deshonran a la clase periodística, y a los que hacen coro otros acólitos, pontifican cada día desde sus tribunas sobre todo lo divino y lo humano, sobre religión, trabajo, sexo, libertad, relaciones sociales, derechos sin obligaciones, etcétera.

Lo peor no es que disminuyan las manifestaciones de vida religiosa en la familia y en la sociedad, aunque también tiene su importancia; lo más grave es que se presente como una conquista de la libertad y del progreso el desolador vicio interior a que llega el espíritu del hombre cuando ya no capta la onda de lo sagrado en la existencia, en el amor, en la unión conyugal, en el trabajo, en la enfermedad, en la muerte, en el destino último.

Con todos los defectos que se quieran señalar, estos valores formaban parte del patrimonio común de la cultura española, y daban sentido a la vida, y mantenían los hilos de la relación con Dios. Como hombre religioso, y simplemente como amante de la civilización y del progreso, me duele que se pierda. Pero todavía me hace sufrir más que se pierdan por frivolidad, por estulticia, por afán de imitación o por complejo de cobardía y temor de proclamarlos.

CONCLUSIÓN

Y nada más, señoras y señores. Gracias por la singular y amable atención con que me habéis escuchado, y por la ocasión que me habéis brindado para poder por mi parte ofrecer estas reflexiones. Mi más sincero deseo es: que os hayan sido útiles, a fin de lograr una mayor profundización en la verdad que profesáis; y que lleven, ojalá a muchos, alguna luz que les oriente y guíe en medio de los confusionismos que por todas partes y continuamente nos abordan.

7. LA FE Y EL HOMBRE DE HOY

Conferencia pronunciada en el ciclo organizado por la Asociación de Universitarias Españolas, en la parroquia de los Dolores, Madrid, 22 de marzo de 1979. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, mayo 1979.

No es preciso entretenerse en probar la oportunidad del tema. Todos tenemos conciencia de que en nuestra época el hombre tiene singulares formas de enfrentarse con la fe. Pues según las palabras del Vaticano II, "hoy el género humano se encuentra en una nueva era de su historia, caracterizada por la gradual expansión a nivel mundial, de cambios rápidos y profundos", cambios que "recaen sobre el hombre mismo, sobre sus juicios y deseos, individuales y colectivos; sobre su modo de pensar y reaccionar ante las cosas y los hombres. De ahí que podamos hablar hoy de una auténtica transformación social y cultural, que influye también en la vida religiosa" (GS 4).

I. ¿QUÉ DIFICULTADES TIENE EL HOMBRE DE HOY EN RELACIÓN CON LA FE QUE NO HAYA TENIDO EL HOMBRE DE AYER?

En relación con la fe, el hombre moderno experimenta algunas dificultades que, si no pueden llamarse estrictamente nuevas, están al menos peculiarmente agudizadas, matizadas y extendidas.

Tras enunciar algunas características del mundo de hoy y afirmar su incidencia en la vida religiosa, concluye el Concilio: "Crece de día en día el fenómeno de masas que prácticamente se desentienden de la religión: la negación de Dios o de la religión, o simplemente el prescindir de estos valores, no son ya, como en otros tiempos, un fenómeno infrecuente o individual, ya que hoy no es raro ver presentada esta actitud como exigencia del progreso científico y del nuevo humanismo. En muchas regiones, la negación de Dios no sólo se encuentra expresada en niveles filosóficos, sino que inspira ampliamente la literatura, las artes, la interpretación de las ciencias humanas y de la historia, la legislación civil: de ahí la perplejidad de muchos" (GS 7).

Para evitar la desmesurada extensión que exigiría el tratamiento adecuado del tema habremos de reducirnos a señalar esquemáticamente algunos datos característicos del hombre actual. Conscientes de que nos referimos ante todo al hombre de la civilización occidental. Pues sin duda existen regiones vastísimas para las que nuestras aserciones deberían matizarse diversamente y aun acaso mudarse por entero.

Tal vez nuestro pensamiento pudiera expresarse muy concisamente con esta frase del P. de Lubac: "Delirio de la ciencia, rebelión ontológica, reducción noética"¹.

¹ *Idea y lucha del hombre*, en la obra colectiva *Fe y entendimiento del mundo*.

El hombre ha ido orillando e incluso desprestigiando la actitud contemplativa para asumir una postura utilitaria, dominadora. Se siente y se piensa transformador del universo. Y lo reduce todo al antropocentrismo. Su capacidad de influjo transformante se apoya, sobre todo, en la ciencia, y tiene por instrumento inmediato la técnica. Mas como la técnica opera en superficie, en lo verificable, el hombre se va habituando a lo somero, y pierde la potencia de vinculación y de comunicación personal. Por ello persigue lo inmediato en el tiempo y en el espacio. Y, en este segundo aspecto, logra la inmediatez gracias a la abundancia de medios de comunicación, que pueden transportarlo a él mismo a otros lugares, o bien traer la imagen de estos lugares hasta él.

Acostumbrado a manipularlo todo técnicamente, se acerca al hombre mismo con idéntico talante e intenta cambiar la personalidad humana misma, bien en el nivel físico, bien en el nivel estrictamente psicológico. Dueño de la naturaleza, acaba por sentirse señor de la misma ley natural moral, que desecha desdeñosamente. Familiarizado con las causas segundas, que maneja progresivamente a su antojo, termina por olvidar la existencia de una causa primera, que vive y actúa en otro nivel. Embargado en lo constatable por los sentidos, desmesuradamente vigorizados por el ejercicio y potenciados por los nuevos utensilios, pierde capacidad para todo ejercicio reflexivo no guiado por lo sensible. Sin tiempo ni energía para reflexionar sobre sí mismo, empachado de informaciones inasimilables, se incapacita para buscar el sentido del universo y de sí mismo. Hace ya tiempo, Gabriel Marcel titulaba uno de sus libros: *Decadencia de la sabiduría*. Pues efectivamente la figura del "sabio", del hombre que conoce el sentido de todo y es capaz de saborearlo y de tender a actuar según él, va desapareciendo, para dejar lugar al "insensato", al que piensa y obra sin sentido último, con la mente impregnada de eslóganes que no tiene ni tiempo ni ánimo para juzgar.

El utilitarismo dominante le induce a estimar lo visible y queda ciego para lo trascendente. Cultiva parcelas muy reducidas del conocimiento y de la actividad: se especializa buscando la eficacia. Mas desde sus limitados dominios se atreve a opinar sobre todo, con la misma suficiencia que se concede en su campo peculiar. Y observando, con razón, que, en tales espacios, nuestra época sobrepasa con mucho los adelantos de tiempos anteriores, aún muy cercanos, desprecia lo pasado, aun cuando se interese por ello.

Fácilmente advertimos en esta rápida e incompleta enumeración, que, si muchos factores son naturalmente plausibles, positivos y consiguientemente fáciles de elevar por la gracia, *surgen* como dominantes algunos otros de imposible elevación.

Una tendencia oculta, inconfesada y probablemente inconsciente para la mayoría, pero frecuentemente expresada por los creyentes, es el miedo a Dios. A sus posibles exigencias. Lo cual induce, por un mecanismo psicológico de defensa, a negarle o a ignorarle al menos. Acaso ello se deba a una errada presentación de la figura del Padre por parte de los hombres de fe.

Otra fuente de ateísmo es la desacralización. Que bien entendida pudiera incluso contribuir al progreso de la relación genuina con Dios. Mas falta de distinción precisa y adecuada entre las causas segundas, y lo que en otro sentido análogo hemos solido llamar causa primera, al comprender y dominar parcialmente los

mecanismos de las leyes intramundanas, el hombre ha sentido "la inutilidad" de la hipótesis de Dios. Las discusiones sobre el tema indican sobradamente el confucionismo vigente en el tema. Pues no se trata en absoluto de la utilidad o necesidad de Dios, sino simplemente de si Dios existe y de si ha querido revelarse al hombre.

II. EL HECHO CIENTÍFICO, EL MÉTODO CIENTÍFICO, LA MENTE CIENTÍFICA DE LOS HOMBRES DE HOY, ¿SON ACASO IMPEDIMENTO PARA LA FE? NO. DISTINTAS CATEGORÍAS DE LA CIENCIA Y DE LA FE.

Por otra parte, la prevalencia de la ciencia en amplísimos sectores pone en primer término para muchos el llamado conflicto entre la fe y la ciencia. Conflicto inexistente, sin sentido, de causas meramente psicológicas, justificado con razonamientos sin valor. Pero como hemos señalado arriba, una característica del hombre de hoy es lo que la Biblia denomina "insensatez", la impotencia para recibir el sentido de las cosas. *Y el insensato siempre ha negado a Dios* (cf. Sal 13, 1; 52, 1).

Tres acusaciones dirige el hombre de ciencia al creyente: "Primero, el racionalista considera la aceptación del misterio divino como una capitulación de la razón frente a verdades inasequibles *a priori* y como una injustificable presunción del hombre. En segundo lugar, las verdades religiosas que se hacen pasar por eternas le parecen, por esto mismo, desproporcionadas en relación con el modo de proceder discursivo y temporal de la razón, que por su misma naturaleza es eternamente interrogativa. Finalmente, los dogmas cristianos, en cuanto mensaje que emana de un más allá del mundo humano, tropiezan con la innata tendencia de la razón a realizarse en la revelación del mundo al que ella pertenece"².

Y, sin embargo, el conflicto entre la ciencia y la fe no sólo no se produce, sino que es imposible. Pues "la fe que la Iglesia propone como materia a creer significa conocer y saber, conocer y saber acerca de aquella vida y realidad que fueron descubiertas por la revelación de Dios en Cristo para nosotros, para nuestra propia inteligencia y salvación. También y precisamente aquí cabe afirmar que no puede darse un conflicto definitivamente insoluble entre fe y doctrina de la Iglesia, por un lado, y el saber de la razón y de las ciencias naturales, por otro"³. Fe y ciencia se mueven en niveles totalmente diversos. Pueden encontrarse un teólogo y un científico en la medida en que cada uno de ellos sale de su propia esfera. La ciencia estudia las criaturas a partir del nivel de lo creado y teniendo por norma la luz de la razón. Y si las observa atinadamente y no pasa de establecer las relaciones verificables racionalmente, y si estima sus soluciones hipotéticas como meramente tales, no puede chocar con la fe, cuyo conocimiento se refiere al nivel sobrenatural, y que contempla otras realidades, o contempla las mismas con otra luz, desde otro punto de vista.

² A. VERGOTE, *Análisis psicológico del ateísmo*, en la obra colectiva *El ateísmo contemporáneo* I, 1, Madrid 1974, 241.

³ H. FRIES, art. *Fe*, en *Sacramentum mundi*, Barcelona 1973.

Sólo por una "mentalidad científica" que quiera proyectarse sobre lo científicamente inasequible, o por una mentalidad teológica que pretenda salirse de los límites de la teología, pueden originarse –y de hecho se han originado– confrontaciones conflictivas.

Tenemos aquí, aleccionados por la historia, la cuestión de la competencia de los diversos conocimientos. Cuestión de altísimo bordo, pero que en el marco restringido de una conferencia hemos de resignarnos a dejar señalada sin más.

III. ¿QUÉ ES LA FE? NOCIÓN BÍBLICA Y TEOLÓGICA DE LA FE. LA FE, DON DE DIOS, ¿POR QUÉ UNOS RESPONDEN Y ACEPTAN ESTE DON Y OTROS NO?

Y pasando a fijarnos en el tema de la fe, comencemos por establecer la concepción legítima, partiendo de las expresiones de la Iglesia misma en tres Concilios. Veremos de paso la permanencia de la doctrina, pues cada uno cita al anterior.

Nos dice el Vaticano II: "Cuando Dios revela, hay que prestarle *la obediencia de la fe* (Rm 16, 26. Cfr. Rm 1, 5; 2Cor 10, 5-6), por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, prestando 'a Dios el homenaje del entendimiento y de la voluntad' y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por Él. Para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios, que previene y ayuda, y los auxilios internos del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da 'a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad'. Y para que la inteligencia de la revelación sea más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones" (DV 5).

Ya el Vaticano I había declarado: "Esta fe, que es el principio de la humana salvación, la Iglesia Católica profesa que es una virtud sobrenatural, por la que, con inspiración y ayuda de la gracia de Dios, creemos ser verdadero lo que por Él ha sido revelado, no por la intrínseca verdad de las cosas, sino por la autoridad del mismo Dios que revela, el cual no puede ni engañarse ni engañarnos" (Ses. III, capítulo 3, "De fide"). Y más abajo recalca uno de los aspectos capitales: "Mas porque sin la fe ... es imposible agradar a Dios (Hb 11, 6) y llegar al consorcio de los hijos de Dios; de ahí que nadie obtuvo jamás la justificación sin ella, y nadie alcanzará la salvación eterna si no persevera en ella hasta el fin (Mt 10, 22; 24, 13)" (ibíd.).

Y el Tridentino había enseñado esta misma doctrina: "Se dice que somos justificados por la fe, porque 'la fe es el principio de la humana salvación', el fundamento y raíz de toda justificación; sin ella es imposible agradar a Dios (Hb 11, 6) y llegar al consorcio de sus hijos" (Ses. VI, cap. 8).

Vemos que el Vaticano I emplea expresiones del Tridentino, así como el Vaticano II alude a ambos Concilios precedentes. De esta sucinta selección de textos, tomada de los últimos Concilios, concluimos ya a una noción exacta de la fe: virtud, energía, dinamismo espiritual, que eleva el entendimiento humano, capacitándolo para recibir la Verdad revelada por Dios mismo. Mas siendo el

entendimiento una facultad de la persona, cuyo ejercicio ante lo no evidente implica además el ejercicio de la voluntad, la persona entera queda impulsada por tal dinamismo hacia un nivel sobrenatural, divino, a la unión personal con Dios, que revela y que es la Verdad misma.

Mas, como nos enseñan los Concilios, tal unión del hombre con Dios no puede realizarse sino por la iniciativa de las Personas divinas, en continua actuación. Por designio del Padre, que se realiza en Cristo, comunicándonos su Espíritu.

Así, la fe se nos presenta como dádiva divina, aspecto del don total, que es la participación de la vida divina misma. Pero aspecto radical, puesto que se llama "fundamento y raíz de toda justificación", y consiguientemente de absoluta necesidad para la salvación eterna.

IV. LA FE CRISTIANA, CENTRADA EN JESUCRISTO, EL SEÑOR, EL SALVADOR.

“CREDO, DOMINE, ADIUVAMUS INCREPULITATEM MEAM”

El acceso a la fe, como su progresivo perfeccionamiento bajo la acción del Espíritu, sólo tiene lugar en Cristo. Así nos lo dicen los mismos Concilios: "No descuidemos salvación tan grande, antes bien, mirando al autor y consumidor de nuestra fe, Jesús, mantengamos inflexible la confesión de nuestra esperanza (Hb 12, 2; 10, 23)" (Vaticano I, Ses. III, cap. 3). Y más circunstanciada mente el Tridentino, que nos dice, por ejemplo: "De ahí que en la justificación misma, juntamente con la remisión de los pecados, recibe el hombre las siguientes cosas que se le infunden por Jesucristo, en quien es injertado: la fe, la esperanza y la caridad. Porque la fe, si no se le añaden la esperanza y la caridad, ni une perfectamente con Cristo, ni nos hace miembros vivos de su cuerpo" (Ses. VI, cap. 7).

Así, la fe es la raíz de la vida del miembro de Cristo, del sarmiento injertado en la Vid, que es Cristo mismo. Raíz que tiende por su propia naturaleza al desarrollo de la vida total de Cristo en el cristiano. Por ella es fe cristiana, participación de la vida de Cristo en nosotros, del modo de conocer de Jesucristo, el Hijo de Dios.

Si asegurados en su recta inteligencia pasamos a contemplar inmediatamente los textos de la Escritura, podemos ahondar y extender el conocimiento sabroso y operante acerca de la fe.

No podemos en tiempo tan escaso exponer los variados matices que aportan los diversos autores inspirados. Mas sin temor a pecar de inexactos nos atrevemos a proponer del modo siguiente la concepción de la fe que nos ofrece el Nuevo Testamento.

La fe es ante todo una relación personal con Cristo, el Hijo de Dios, Persona divina, que con el Padre espira al Espíritu Santo; Verbo encarnado que viene al mundo para salvarnos mediante su testimonio, su palabra, su humillación hasta la muerte en cruz, su resurrección y la comunicación de su Espíritu. Y que, por ser el Hijo de Dios hecho hombre, es constituido Cabeza del cuerpo, que es la

Iglesia. Por donde la relación personal con Jesucristo implica la relación con el Padre y con el Espíritu Santo, y de modo diverso con cada uno de todos los hombres.

La fe es la aceptación, la acogida de Jesús mismo. Creer es sinónimo de seguir, de dejarlo todo por Él, de amarle más que a los padres y a la esposa y a los hijos; de estar dispuesto a dar por Él la propia vida terrena, creyendo encontrar en Él la vida eterna. Es entrar en tal intimidad con Él, que Cristo está en mí y yo en Él; Él permanece en mí y yo en Él; recibo su palabra, guardo sus mandamientos, permanezco en su amor. Vivo su propia vida: *Vivo, no yo, sino que vive en mí Cristo* (Gal 2, 20). Todo ello a imagen y como consecuencia de la relación personal de Jesucristo con el Padre.

Mas de aquí brotan varias conclusiones. Quien recibe a Cristo, quien cree en Cristo, confía sin duda en Él, se fía de Él. De ahí que la fe incluya el dar crédito a sus palabras. Creer en (*pisteuo eis Xriston*: acusativo con *eis*) integra el creer a (con dativo). Y también integra el creer que es verdad lo que nos dice, aceptar la realidad del contenido de tales palabras. Por donde la fe, con carácter estrictamente personal, nos compromete ineludiblemente a la aceptación de una doctrina, de un contenido conceptual. Teniendo siempre en cuenta la advertencia de Santo Tomás: la fe no termina en los enunciados, sino en las realidades enunciadas. Que son, en primer término, personales. Cuando recitamos el Credo estamos afirmando no solamente que admitimos la existencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, no solamente que nos fiamos de ellos, sino más aún, que nos adherimos a ellos, que estamos dispuestos a dar la vida por ellos. Tal es, al menos, el sentido de las palabras.

Mas, por otra parte, el hombre puede poseer tal dinamismo de modo incipiente, muy imperfecto. Y dada la desarmonía de la personalidad humana, siempre en vías de formación, puede suceder, y de hecho sucede, que nuestra posesión de la fe, nuestro arraigo en ella, sea tan defectuoso que no alcance sino al mero asentimiento intelectual. Al creer, sin tocar apenas las realidades afirmadas y sin llegar a determinadas actitudes congruentes en los restantes niveles de la personalidad, el dinamismo existe, mas apenas funciona. No podemos negar que tal hombre tenga fe, pero se trata de una fe en estado inicial, inoperante, informe, sin caridad, sin adhesión total, insuficiente para la salvación, mientras no llegue el vigor necesario para la operación amorosa. Las energías malditas del egoísmo, fruto del pecado, inhiben el crecimiento de la fe.

La fe es pura donación divina: *Nadie viene a Mí si no lo atrae el Padre que me envió, por esto he dicho que nadie puede venir a Mí si no le fuere concedido por mi Padre* (Jn 6, 44. 66). No es impensable, y la experiencia parece probarlo, que en un momento determinado un hombre desee creer y todavía no pueda. Todavía, lo subrayo, porque si el deseo es sincero, es ya la gracia de Dios la que actúa, disponiéndole a recibir la fe infusa.

La fe cristiana es inmediatamente cristocéntrica, la relación se establece inmediatamente con Jesucristo. *A Dios nadie le ha visto jamás: el Unigénito Hijo, el que está en el regazo del Padre, él es quien lo dio a conocer* (Jn 1, 18). *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por Mí. Si me habéis conocido, también a mi Padre conoceréis; y ya desde ahora le conocéis y le habéis visto ... Quien me ha visto a Mí ha visto al Padre* (Jn 14, 6-7.9).

Así la fe es una intimidad, una participación de la vida de Jesucristo, y, por tanto, de la vida divina trinitaria, según El mismo nos revela: *Como el Padre es fuente de vida y yo vivo por el Padre, también quien me come vivirá por Mí* (Jn 6, 58).

Cristo viene a ascendernos de la mera e inevitable calidad de esclavos a la de amigos, según nos dice Él mismo, acentuando esta nota de comunicación. *Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe qué hace su señor; mas a vosotros os he llamado amigos, pues todas las cosas que de mi Padre oí os las di a conocer* (Jn 15, 15). Y consiguientemente se establece un mutuo conocimiento sabroso, experimental, a imagen del conocimiento que existe entre el Padre y el Hijo: *Yo soy el buen Pastor y conozco las mías y las mías me conocen, como me conoce mi Padre y yo conozco a mi Padre, y doy mi vida por las ovejas* (Jn 10, 14-15). De ahí que la fe se exprese necesariamente en profesión, en testimonio.

Finalmente, advertimos la enorme seriedad del asunto. La necesidad absoluta de la fe para la salvación. Aun para el desarrollo del hombre en plenitud de sus niveles naturales. No hay personalidad adulta sin fe. Recordemos el texto de San Marcos: *Y les dijo: id al mundo y predicad el evangelio a toda la creación. El que creyere y fuere bautizado, se salvará; mas el que no creyere, será condenado* (Mc 16, 15-16).

Pero es San Juan acaso quien nos habla más taxativamente de la necesidad de la fe. Siendo Cristo la Vida misma, la única fuente de vida, es evidente que quien le rechaza se condena a sí mismo. Nos dice el evangelista: *Porque así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo Unigénito, a fin de que todo el que crea en El no perezca, sino alcance la vida eterna ... Quien cree en Él no es juzgado; quien no cree, ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del Unigénito Hijo de Dios. Este es el juicio: que la luz ha venido al mundo y amaron los hombres antes las tinieblas que la luz* (Jn 3, 36). *Si no creyereis que Yo soy, moriréis en vuestros pecados* (Jn 8, 24). *Quien me desecha y no recibe mis palabras ya tiene quien le juzgue. La palabra que hablé, ésa le juzgará en el último día* (Jn 12, 47-48).

Inútil acumular textos reiterados tanto en el Evangelio como en las Epístolas. Y lo mismo en San Pablo. En suma, tal es la doctrina del Nuevo Testamento: Cristo es quien salva; quien le rechaza, no admitiendo la fe, no puede ser salvado.

Y aquí surge el enorme problema de la incredulidad. Multitud de personas no creen. De ellas, muchas no han recibido jamás predicación ni testimonio alguno del contenido de la fe. No tratamos de ellas, por más que planteen no pequeños problemas teológicos. Todos admitimos que pueden salvarse, pues no han rechazado a Cristo. La acogida se realizará de otro modo, supuesta la buena voluntad. Pero no sabemos con certeza cuál puede ser ese modo.

Mas encontramos muchedumbre de incrédulos, o que se afirman tales, en medio de nuestros propios ambientes. Y hemos de sostener la imposibilidad de salvación para aquel que rechaza el mensaje salvífico, propuesto de manera adecuada, suficiente para el que escucha.

Esta mera enunciación nos aconseja cautela a la hora de las estimaciones. Por supuesto que jamás podremos juzgar a ninguna persona singular en su intimidad última. Mas considerando el caso en sí, no tenemos más remedio que admitir que muchas veces nuestra presentación del mensaje cristiano, nuestro

testimonio, han sido insuficientes. Que aun la persona de buena voluntad no podía, sin milagro, entenderlo.

Tan ininteligible como es nuestra lengua para un extranjero que la ignora, puede ser la expresión, según nuestra mentalidad humana, para un hombre de mentalidad forastera. Mas no siempre, ni siquiera generalmente, es éste el caso.

Predomina hoy cierta actitud mental, aparentemente optimista, honrosa para el hombre, en verdad pesimista y deshonrosa. No se acepta fácilmente la culpabilidad humana. Tampoco la posibilidad de elevación. En concreto, para tal estilo de pensamiento nadie –salvo acaso muy raras excepciones– habrá de condenarse, como nadie alcanzará la perfección de la santidad. Es la canonización de la mediocridad. La verdad, como hemos leído en los textos de San Juan, es exactamente lo contrario. Cada uno de los hombres es un pecador llamado al heroísmo de la santidad. Y vive en la tierra continuamente con el temor de la condenación eterna, con la esperanza de la santidad perfecta. Y ello depende de la posible opción, mantenida y renovada por Cristo o contra Cristo.

Sería inconcebible que Cristo no quisiera revelarse, ya en este mundo, a cada uno de los hombres. Inconcebible, porque Él ama a cada uno con "el amor mayor", el del amigo que da la vida por su amigo. Y para eso ha venido a este mundo, y ha fundado la Iglesia, para que mediante el testimonio de sus discípulos tengamos acceso en Él al Padre (cf. Ef 1, 3-23).

Cristo se nos comunica en su Iglesia con la colaboración de la comunidad universal, regida por el Espíritu, con la colaboración de uno u otro de sus miembros, de los católicos particulares, en cuanto miembros de la Iglesia.

Bien puede así entenderse que, si por culpa de los cristianos que se han negado a llevar tal testimonio, un hombre "de buena voluntad" no ha recibido la exposición conceptual, la expresión humana de la realidad divina, Cristo actúe de modo misterioso, "supra normal" digamos, ignoto para nosotros, para otorgarle la salvación. Respecto de tal eventualidad, los teólogos no han dejado de trabajar elaborando diversas teorías.

Mas quien rechaza la palabra propuesta, quien positivamente la desdeña, despreocupándose de conocerla, no alcanzamos a entender cómo pueda ser tenido por inculpable. Y en tal sentido el Vaticano II: "No pocas veces sucede que la conciencia yerra por ignorancia invencible, sin que por eso pierda su dignidad, lo cual no se puede decir cuando el hombre no se preocupa gran cosa por conocer la verdad y el bien, y la conciencia se pone así al borde de la ceguera por la costumbre del pecado" (GS 16).

Pues no podemos salir de este dilema: o el hombre es culpable de rechazar la gracia de la fe, o Dios no quiere darse a conocer. Mas lo segundo es impensable, supuesta la revelación de su amor, de su misericordia sobre el mundo: Quien amó tanto al mundo que entregó por él a la muerte a su Hijo Unigénito, ¿cómo no concederá la gracia interior que nos haga conocerle? *Quien ni a su propio Hijo perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con Él todas las cosas?* (Rm 8, 32). Y ¿cómo entre ellas no nos dará la fe?

Este moderno fenómeno del ateísmo de masas nos confronta así con el misterio de la iniquidad. ¿Hemos de extrañarnos ante un mundo que rechaza a Cristo,

quienes acaso desde niños hemos meditado las frases inspiradas que expresan el horror del pecado, la malicia del mundo *positus in maligno* (1Jn 5, 19), que sabemos que mientras dure este mundo han de crecer juntos el trigo y la cizaña? (Mt 13, 24-30, 36-43).

Tal vez en otras épocas rigiera un pensamiento despiadado, presto a condenar como culpable toda incredulidad, presto a achacar a la maldad moral, y más determinadamente a la inmoralidad del cuerpo, no ya la repulsa de Cristo, sino la mera ausencia de fe. Acaso en algunos se mantenga vigente tal concepción excesivamente rigorista, falsa, sin más. Pero no es lo ordinario en nuestros días. Viceversa, la tendencia actual consiste en excusar siempre, en estimar siempre inculpable al incrédulo, en suponerle buena voluntad y en culpar en todo caso a los creyentes.

V. LOS INCRÉDULOS. POR QUÉ SE ATASCAN Y SE OBSTINAN EN SU INCRECULIDAD. INFLUENCIA DE LO MORAL SOBRE LA FE.

Estimamos precisas las siguientes matizaciones, incompletas, por supuesto, por la necesidad de una exposición tan rápida.

a) Muchos no han recibido jamás una proposición subjetivamente suficiente del contenido de la fe; ni siquiera indicios bastantes para tomarla razonablemente en consideración, pese a su buena voluntad. No tendrán, desde luego, fe explícita. Pero están exentos de culpa, plantean solamente un problema teológico para explicar el modo de su salvación, el sentido en que pueda afirmarse que alcanzan las condiciones de la fe en Cristo, precisa para la salvación. En estos casos, la culpabilidad, próxima o remota, carga sobre los creyentes, que no han sido capaces de atestiguar su fe. Pensemos en las inmensas masas paganas de China o de la India.

b) Muchos van paulatinamente acercándose a Dios, fieles a gracias actuales, interiores y externas. Detectaremos en ellos esa "buena voluntad" que tan generosamente atribuimos hoy a todos, con soberano optimismo, y acaso con no parva soberbia humana. Debemos ayudarles en su camino. Y un día alcanzarán el sublime conocimiento del Señor.

c) Pero en no pocos casos el motivo de la incredulidad, y mucho más si hemos de partir de la apostasía, si se trata de alguien que "ha perdido realmente la fe", es ciertamente la perversidad moral. Solamente que en buena mayoría de personas tal perversión no se sitúa radicalmente en los pecados llamados de la carne, ni siquiera en las injusticias, sino inmediatamente en la soberbia.

La historia tiene su continuidad. No fueron sobre todo las prostitutas –tipos del lujurioso–, ni tampoco los publicanos –tipo de lo que hoy se llamaría injusto, opresor, o al menos colaboracionista con el injusto–, quienes rechazaron a Jesús. Fueron los fariseos y saduceos, ni ricos ni lujuriosos en cuanto tales, sino simplemente autosuficientes ... Es la autosuficiencia y la autofinalización lo que constituye el pecado. Y todo pecado participa de ellas. También la lujuria y la codicia y la injusticia; pero tales actitudes se dan en su estado puro, por decirlo así, en lo que llamamos soberbia.

Solamente sería importante notar: la soberbia actualmente presenta con frecuencia un matiz especial, genérico. Muchos se enorgullecen más de ser hombres que de ser tal persona. Se glorían de su calidad de hombres, sin más. Así se expresa San Juan muchas veces, poniendo en boca de Jesús la razón de la repulsa de sus palabras. Los hombres no le creen porque no son de Dios, porque son hijos del diablo, porque aman la gloria de los hombres, porque sus obras son malas, porque son hijos de las tinieblas y aborrecen la luz.

Demos lo debido a las deficiencias de los creyentes. Arrepintámonos de ellas, hagamos penitencia. Sintámonos responsables. Más todavía, hemos de reconocer que cada hombre tiene gracia divina para superar el posible escándalo de nuestros pecados. Y que jamás la Iglesia se ha presentado como la congregación de los inocentes. Minuto tras minuto, en impresionante y grandiosa procesión, los sacerdotes del mundo entero subimos al altar, en nombre de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, a realizar el sublime sacrificio en nombre del Señor. Y no habrá minuto del día en que alguno de estos sacerdotes, momentos antes de consagrar el Cuerpo y la Sangre de Cristo, haciendo presente el sacrificio por el perdón de los pecados, no proclame ante los fieles y con ellos que ha pecado mucho, de pensamiento, palabra, obra y omisión, por su culpa, por su culpa, por su gran culpa...

Que podemos hacer nuestras las palabras con que Claudio Tresmontant remata su obra *Los problemas del ateísmo*: Tras de analizar las diversas motivaciones detectables, por las que los hombres han atacado las doctrinas teístas, y aceptar la culpabilidad de los teístas, escribe: "El cristianismo no sólo ha sido combatido por los que luchan en favor del pobre y del oprimido, por la justicia, contra la opresión del hombre por el hombre. Ha sido odiado y atacado también, como ya hemos visto, por los que reprochaban al cristianismo el haber introducido en el mundo el fermento revolucionario, la lucha de clases, la rebelión de las clases oprimidas contra la casta de los privilegiados ... El judaísmo y el cristianismo han sido odiados por los revolucionarios, pero también por los teóricos de la aristocracia, del superhombre y del racismo".

Esta uniformidad del materialismo e idealismo absolutos en detestar la teología hebraica, esta uniformidad de los revolucionarios y de los teóricos de la aristocracia de casta en el odio hacia el judaísmo y el cristianismo, debe conducirnos a planteamos el problema de las motivaciones de semejante odio y aborrecimiento, que se justifican por argumentos racionales contradictorios... Independientemente de los malentendidos, contrasentidos, crímenes, imposturas y errores, existe una oposición cerrada al cristianismo de tipo espiritual, que se apoya en una preferencia de signo contrario al cristianismo. En este terreno, nuestro estudio difícilmente avanza. Quizá los psicólogos puedan darnos algunas luces... Quizá habrá que ir más lejos, hasta llegar al terreno de las opciones secretas y libres. La teología más clásica enseña que el asentimiento a la verdad del cristianismo, que se llama fe, es un asentimiento de la inteligencia, un asentimiento racional, fundado en razón. Pero enseña también que este asentimiento es libre. No es, no puede ser forzado. La verdad no se funda en la violencia. La historia del ateísmo parece confirmar la tesis.

Los hombres rechazaron a Cristo, y rechazaron a los apóstoles. ¿Fue culpable Cristo?, ¿fueron culpables los apóstoles?

VI. LOS CREYENTES. MEDIOS PARA PURIFICAR, FORTALECER, VIVIR Y PROPAGAR SU FE, PRECISAMENTE EN EL MUNDO DE HOY.

LA ALEGORÍA DE LA FE. LOS SANTOS Y LA FE

Ahora bien: y nosotros, hombres de fe, ¿qué mensaje divino encontramos en esta espantosa situación actual? ¿Qué invitación divina escuchamos en la permisión de este avance del misterio de la iniquidad? Contrastado, sin duda, por el progreso, superior, pero oculto, del paso de la gracia. Pues creemos que la frase de San Pablo indica una norma del actuar divino: donde abunda el pecado sobreabunda la gracia.

En primer lugar, muchas de las acusaciones de los incrédulos, muchas de sus actitudes, muchas de sus motivaciones, reales o alegadas, para mantenerse como incrédulos, pueden descubrirnos la necesidad de purificar nuestra fe. No, claro, la fe en sí misma, sino nuestra postura de creyentes católicos.

Purificar, ante todo, la postura en sí misma. –Casi universalmente, hasta que el cristianismo alcanza un levantado nivel espiritual, y en cierto sentido, mientras vive en la tierra, afirma su creencia no simplemente por la autoridad divina, por su conocimiento de Cristo, sino también por otras motivaciones carnales, que nada tienen que ver con la fe. Las objeciones escuchadas han de llevarnos a una tarea de purificación para discernir lo real de lo irreal, lo puro de lo impuro, lo espiritual de lo carnal. Modos de ser, influjos ambientales, tendencias afectivas, temores e inseguridades pueden apegarnos a la fe. Podemos creer en parte por tales causas. Y todas ellas han de desvanecerse para que la fe quede pura. Es algo que han entendido perfectamente los místicos de todas las edades.

Purificar la expresión de nuestra fe, su contenido. –La expresión interior y la exterior. La expresión que se ofrece a nuestra propia conciencia, y la exposición que hacemos a los demás. Pues frecuentemente confundimos lo cierto con lo probable o dudoso, o simplemente equivocado; los razonamientos verdaderos con los falsos. Nos atenemos a formulaciones o realizaciones periclitadas, por pereza; o viceversa, nos asimos al primer cambio que se nos ofrece por espíritu de novedad.

Purificar las actitudes consiguientes de la fe. –Distinguir lo que realmente procede de ella, de los principios revelados, del conocimiento y la experiencia de Cristo, de lo que constituye una consecuencia falsa, o una postura forastera a la fe, que yo mantengo a la vez que creo. Un vistazo inteligente a la historia nos informa de cuán frecuentemente se ha querido legitimar como evangélica cualquier opción científica, cultural, política, económica, dimanante de nuestro entendimiento humano, o, lo que es peor, de nuestro egoísmo. El católico que pretende vivir según el Evangelio, tal como le exige el dinamismo totalizante de su fe, debe reconocer que no pocas veces intenta justificar con la palabra divina las propias tendencias de codicia, afecto, agresividad, seguridad, dominio ... Y también en estos campos las acusaciones y aun el ejemplo de los incrédulos nos brindan ocasión de examen. Y hemos de implorar la gracia de acudir al Evangelio para que la palabra de Dios nos ilumine, nos vivifique, nos purifique y nos juzgue. Y no con el recóndito deseo de encontrar las justificaciones de nuestras propias ideas y tendencias. ¡Cuántas veces, en lugar de dejarnos transformar por la

Palabra de Dios, la pervertimos en provecho de nuestro egoísmo, con grave escándalo de quienes nos contemplan o escuchan! ¡Cuántas veces nos detenemos a revolver interiormente la frase que "nos gusta", que nos conmueve, que nos dice algo a la sensibilidad, en lugar de paramos despaciosamente en aquella otra que, por chocar con mi criterio o mi propensión sensible, habría de transformarme!

Pero hay más: frente al fenómeno de la incredulidad creciente, el cristiano ha de tener una actitud de caridad intensa, que se ejercita con esperanza. El celo, el deseo confiado hasta la audacia de que el incrédulo vea, y crea, de que el ambiente de incredulidad se convierta en ambiente de fe. No es utopía alguna: para eso hemos sido convertidos nosotros, para ir a predicar y hacer discípulos del Señor.

Y teniendo en cuenta verdades ya aludidas, podemos concluir resumidamente: puesto que sólo la gracia interior, la atracción del Padre, convierte al hombre, ¿cómo colaboramos con Cristo para que se nos conceda esa gracia interior, esa acción del Espíritu?

a) *Por la intercesión.* –Jesucristo nos asegura que recibiremos cuanto pidamos en su nombre (Jn 14, 13-14; 15, 7; 16, 23-24. 26-27). Y el mismo Juan nos asegura en su primera epístola: *Y ésta es la segura confianza que tenemos en Él: que si alguna cosa pidiéramos, según su voluntad, nos escucha. Y si sabemos que nos escucha en cuanto le pidiéremos, sabemos que alcanzamos las peticiones que le hemos pedido. Si uno viene a su hermano cometiendo un pecado no de muerte, pedirá y Dios les dará la vida a los que pecan no para la muerte. Hay pecado para la muerte, no digo que se ruegue por él* (1Jn 5, 14-16).

Es claro que pecado para la muerte no es todo pecado mortal, puesto que por nuestra oración Dios devolverá la vida a aquel por quien rogamos. Es decir: estaba en pecado mortal según nuestra terminología actual. Por tanto, es cierto que muchas veces nuestras oraciones por la conversión del prójimo son eficaces. Mas lo que San Juan llama pecado para la muerte ha de entenderse de algún pecado especialmente grave: la obstinación, el endurecimiento, según unos; la apostasía, según otros.

Sea como sea, puede aplicarse aquí, incluso respecto de esos pecados –por los que nos prohíbe pedir perdón– el siguiente comentario de Flick-Alszeghy, en su obra *El Evangelio de la gracia* (número 46): "En esa situación es preciso que Dios actúe de modo extraordinario, a fin de quebrar la libre resistencia del pecador. Por tratarse de un milagro, comparable a la resurrección de un muerto, la oración ordinaria de los fieles no entraña, según Santo Tomás, la promesa de esta conversión, sino únicamente la intercesión de quienes poseen ante Dios méritos abundantes ... Así explica el sentir cristiano los grandes éxitos apostólicos del Cura de Ars".

En suma: el endurecimiento de muchas personas, sus apostasías de la Iglesia constituyen una invitación a la santidad heroica, que nos coloque en el nivel de la intercesión de frutos "milagrosos".

b) *Por el merecimiento.* –Es doctrina común de los teólogos, con ancha base en la Escritura, que el creyente en gracia, en proporción a la caridad que ejercita, alcanza para los demás gracias abundantes con sus obras.

c) *Por la expiación.* –Cristo nos ha redimido empleando el sufrimiento como uno de los instrumentos capitales. Según se expresa San Pablo: *Se anonadó a Sí mismo, tomando forma de esclavo, hecho semejante a los hombres; y en su condición exterior, presentándose como hombre, se abatió a Sí mismo, hecho obediente hasta la muerte de cruz* (Fil 2, 7-8). Es decir: se humilló, se entregó voluntariamente al sufrimiento hasta la muerte.

Detrás de no pocos textos del Nuevo Testamento resuena el viejo texto de Isaías, familiar para los primeros cristianos como profecía de la redención de Jesucristo: *Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz y con sus cardenales hemos sido curados. Todos nosotros como ovejas erramos; cada uno marchó por su camino, y Yahveh descargó sobre Él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido y Él se humilló y no abrió la boca ... Por nuestras rebeldías fue entregado a la muerte ... Plugo a Yahveh quebrantarlo con dolencias. Por sus desdichas justificará mi siervo a muchos y las culpas de ellos Él las soportará. Él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes* (Is 53, 5-12).

Nosotros hemos de hacer presente esta expiación de Cristo por los Sacramentos, desde luego, pero también tomando sobre nosotros los sufrimientos morales y físicos, inevitables o libremente elegidos. Tomando los dolores que los culpables se merecen, expiando los pecados que apartan de ellos las gracias eficaces de Dios. Así podrán entrar de nuevo bajo la operación redentora de Jesús.

d) *Por el testimonio.* –Tal es la misión que todo cristiano recibe de Cristo: ser testigo. Mas ante todo en su sentido más hondo: en cuanto al ser. Ser testigo es conocer inmediatamente, por experiencia. No simplemente haber oído decir. Ni siquiera haber visto de lejos. Sino haber estado en el acontecimiento, haber tomado parte en él. Y mejor aún: estar tomando parte. Testigo de Cristo es quien experimenta actualmente a Cristo; quien experimenta su operación continua sobre sí mismo, y, por consiguiente, la sabe reconocer en torno. Quien vive esa vida de Cristo de que hablábamos al comienzo. Un estilo de la vida que incluye necesariamente la intimidad consciente con el Espíritu Santo. *Cuando viniere el Paráclito, que Yo os enviaré de cabe el Padre, el Espíritu de Verdad que procede del Padre, él dará testimonio de Mí. Y vosotros también seréis testigos, los que estáis conmigo desde el principio* (Jn 15, 26-27).

Iluminados por el Espíritu tendremos el conocimiento experimental amoroso de Cristo presente por la fe en nuestros corazones, presente entre nosotros hasta la consumación de los siglos. Y el conocimiento de las Personas divinas, cuyo templo es la humanidad del Señor, y que, por tanto, se nos manifiestan en ella, y consiguientemente en nosotros mismos, miembros del Señor. Y la participación del conocimiento de los planes divinos, y del hombre mismo, en la medida que sea preciso para la eficacia de nuestro testimonio. Y la fortaleza que es don del Espíritu, necesaria para afrontar la enemistad del mundo en cuanto es enemigo de Cristo, incrédulo, y necesitado de conversión. Y que nos capacita para escoger los medios audacísimos necesarios para dar un testimonio incisivo, como el de los santos.

No es el problema de hoy, pese a todo, la malicia del ambiente, sino la mediocridad de los cristianos, de los apóstoles. Hemos de presentar nuestra fe

conforme a las exigencias reales del mundo actual, hablar a los hombres de modo inteligible a su mentalidad, y no según la nuestra, pero siempre conscientes de que se trata de la inteligibilidad del misterio. Y aun los mejores razonamientos, los más expresivos en sí y mejor expuestos, mejor adaptados al oyente, no son todavía lo convincente en la práctica. Es el testimonio sin más, el testimonio del testigo genuino: en una palabra, del santo.

Concluimos con las palabras del P. de Lubac, en su presentación de una obra científica de teología: al comienzo de los cuatro volúmenes, en cinco tomos, de *El ateísmo contemporáneo*, obra colectiva en que abundan los sabios análisis y los profundos y prolijos razonamientos de especialistas, el P. de Lubac remata su presentación con estas frases: "El Evangelio se difundió por la fuerza del Espíritu que animaba a los fieles de Cristo. La fuerza de ese mismo Espíritu puede difundirlo hoy también. Es antes que nada a nuestras infidelidades, o, al menos, a nuestra falta de confianza, a lo que debemos atribuir los retrocesos. Ahora bien: en todas las épocas y en todas las situaciones, Dios suscita entre los hombres testigos de su presencia. Entonces, contra toda esperanza, se renueva la maravilla: la fe aflora en el fondo de un corazón. A través de uno de sus testigos, el hombre, una vez más, ha reconocido a su Dios".

8. PRESENCIA DE LA RELIGIÓN Y DE LA IGLESIA EN LA CIUDAD

Ponencia leída en la Mesa Redonda celebrada en septiembre de 1979 en el Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos. Texto publicado en el volumen *La presencia de lo católico en la sociedad actual*, Madrid, 1981, pp. 209-292, volumen LII de los *Anales de Moral Social y Económica*, publicados por dicho centro.

Se me piden unas reflexiones, que sirvan como punto de partida y fundamento para ulteriores desarrollos, sobre el tema "la presencia de lo religioso en la ciudad".

I. NUEVA PRESENCIA

Reflexionar sobre la presencia de lo religioso en la ciudad, cuando la existencia de la Iglesia en el mundo cuenta ya con veinte siglos, y cuando la revelación de Dios también está presente entre los hombres desde los orígenes mismos de la humanidad, sólo se justifica porque nos hallamos ante una sociedad nueva, de nuevos estilos, quehaceres y consistencias. De lo contrario, tendríamos que limitarnos a repetir lo tantas veces dicho, aun con el mismo lenguaje.

Dios y su amor permanecen, y permanece la revelación que nos hizo en plenitud en Cristo; y permanecen en y por su Iglesia. Desde ahí no necesitamos nuevas reflexiones, como no fuera sino para profundizar más y más en el conocimiento de Dios y de su amor.

a) En cuanto humana "formada por hombres"

Pero la Iglesia, no ya en cuanto depositaria de la revelación divina y de los medios salvíficos de que Dios la dotó, sino en cuanto humana, en cuanto formada por nosotros los hombres, en cuanto que *ex hominibus coalescit* (GS 1), en cuanto que *ex hominibus colecta* (GS 40b), "en cuanto instituto humano y terreno" (GS 44a), en cuanto realidad social de la historia (GS 44a), lleva consigo, afectándole, los avatares de la historia del género humano, con la que está vinculada (cf. GS 1); "lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la figura de este siglo, que pasa" (LG 48c); está condicionada en su marcha histórico-salvífica por la historia de los hombres (cf. AG 6b) y se configura en sus formas humanas según los datos humano-históricos asumibles y asumidos "en cuanto compatibles con los datos revelados" (AG 22b) de sus mismos miembros.

Es ley de la Iglesia, en su tarea de evangelización, adecuar su actividad misionera y pastoral a las condiciones de los destinatarios de su actividad (cf. GS 44b). Y ya ésta es razón muy poderosa para sus cambios históricos en la pedagogía de su actividad evangelizadora, e incluso "en disponer su estructura social y visible" "para expresarla mejor y adaptarla con mayor acierto a nuestros tiempos" (GS 44c).

b) En cuanto divina asumente de lo humano

Pero además, y como perteneciente a su mismo constitutivo, la Iglesia tiene que seguir con fidelidad el camino de Cristo (cf. LG 8c y AG 5c) e incluso el movimiento del Verbo al encarnarse. "Debe insertarse en los grupos humanos con el mismo movimiento con que Cristo se vinculó por su encarnación a las condiciones sociales y culturales determinadas de los hombres con quienes vivió" (AG 10; cf. AG 22a). Es decir, así como el Verbo asumió plenamente la naturaleza humana, haciéndose "hombre perfecto" y "el hombre perfecto", "en todo (lo humano) menos en el pecado (Hb 4,15)" (GS 22), y así "como hombre perfecto entró en la historia de los hombres, asumiéndola y recapitulándola en Sí mismo" (GS 38a), así también la Iglesia no se limita a aplicar a los hombres la gracia salvífica de Cristo y Dios, sino que, además, purifica, asume y eleva al hombre entero, menos el pecado, y con el hombre purifica, asume y eleva todo cuanto de humano hay en los hombres y en su historia (facultades, bienes de todo orden, costumbres, culturas, idiosincrasias de los hombres, filosofías y sabidurías, sentidos y órdenes sociales ...), que no sea malo, que "sea compatible con los datos revelados" (AG 22b; cf. LG 13, 17; AG 3b, 9-10, 22; GS 38-39, 58, 61-62).

Así, "la Iglesia o Reino de Cristo presente ya en misterio" en la tierra (LG 3) tiene por misión "recapitular a toda la humanidad con todos sus bienes" en Cristo (LG 13 b) y recapitular toda la historia, a cuya culminación sabe que camina (GS 38a).

Tenemos, pues, que preguntarnos cada día de la historia, y más cuando surgen pasos nuevos en ella, por todo lo bueno, por todo lo nuevo bueno para incorporarlo a la Iglesia, integrarlo, enriqueciéndola, beneficiándola (cf. GS 44), haciéndole cobrar nuevas formas históricas concretas.

Para ello hemos de ser capaces y hemos de empeñarnos en "auscultar, discernir, interpretar y valorar las diversas voces (novedades) de nuestro tiempo bajo la luz de la palabra divina" (GS 44b), "a la luz del Evangelio" (GS 4a), porque también "en ellas hay verdaderos signos de la presencia de Dios" (GS 11a), según lo que hemos dicho de la amplísima misión recapituladora de la Iglesia.

Dos son, pues, los principios que nos obligan, como cristianos, a esforzarnos por incorporar todo lo bueno de la historia a la Iglesia: *la ley de adaptación* de la presentación del mensaje y de la vida de la Iglesia ante el mundo, destinatario de la redención y de la Iglesia; y *la ley de recapitulación* de todo en Cristo.

La ley de recapitulación nos exige integrar todo lo bueno, *haciéndolo espacio abierto y positivo-activo*, hasta el extremo de que eso nuevo llegue a *configurar la forma histórica de la Iglesia*, una forma contingente en cuanto no única posible, ni en cuanto indisolublemente exclusiva (cf. GS 58c; 42d), pero contingente e históricamente quizá necesaria por la ley de la adaptación. Lo cual podrá requerir sacrificios y esfuerzos firmes, por no ser quizá las formas en que nacimos y nos formamos.

Tenemos que ir, pues, aprendiendo y aprehendiendo constantemente, con la Buena Nueva de Cristo, las distintas *novedades históricas* buenas o compatibles

como *signos de la presencia de Dios*¹ en la historia para su Iglesia, y rechazando cuanto es *fruto del "engaño del Maligno"* (cf. LG 16), es decir, "impugnando y rechazando los errores y males que manan de la seducción siempre amenazante del pecado" (GS 58d).

II. NUESTRA IDENTIDAD

Todo lo dicho tiene especial actualidad histórica en el mundo en que vivimos y en la España actual, por sus presentes novedades históricas, que luego trataremos de describir en síntesis.

Pero, a la vez, todo ello puede provocar y ha provocado, tantas veces, *el problema específico de la identidad propia*. Porque la asunción de nuevas formas históricas, en cada uno o en la Iglesia misma, que vienen a sustituir a formas históricas anteriores, puede producir problemas en quienes y en cuanto hayan hecho una excesiva identificación entre su ser (identidad) y su forma histórica tenida, que configuró su forma de actuar concreta. Sería el problema de haber hecho pasar por identidad o a identidad la forma contingente de vivir esa misma identidad. Remover entonces esa forma histórica puede llevar a arrancar la identidad misma.

Por ello, en grandes momentos de cambios históricos, han venido también las grandes crisis y aun rupturas de la unidad e identidad de la fe y de la Iglesia. Por eso también el tema de la identidad ha sido y sigue siendo tema capital de estudio: la identidad cristiana o *esencia del cristianismo* preocupó grandemente a lo largo del siglo XIX²; la *identidad de la fe* preocupó en el primer cuarto de este siglo, con el modernismo; la *identidad de la Iglesia*³ en el mundo ha sido la gran preocupación del Vaticano II; la *identidad del sacerdote* ha preocupado intensamente a raíz del mismo Concilio; la *identidad del cristiano*⁴ sigue siendo un tema muy actual; la *identidad de la presencia de lo cristiano en la ciudad*⁵ es el tema sobre el que se nos pide una palabra, y que preocupó al Vaticano II, sobre todo en su constitución sobre "La Iglesia en el mundo actual".

¹ Cf. M. D. CHENU, *Los signos de los tiempos. Reflexión teológica*, en AA. VV. *La Iglesia en el mundo de hoy*, Madrid 1970, vol. I, 253-278; A. TORNOS, *Los signos de los tiempos como lugar teológico*, en *Estudios Eclesiásticos* 53 (1978) 517-532.

² Por ejemplo, desde el libro de L. FEUERBACH, *La esencia del cristianismo*, Salamanca 1975, al de K. ADAM, *La esencia del cristianismo*, Barcelona 1955, hay toda una amplia gama con los mismos o similares títulos.

³ Son significativos J. MARITAIN, *El campesino del Garona*, París⁶ 1966; Bilbao 1967; U. VON BALTHASAR, "Cordula" oder der Ernstfall, Einsiedeln 1966; H. DE LUBAC, *La Iglesia en la crisis actual*, 1969, Santander 1970; D. VON HILDEBRAND, *El caballo de Troya en la Ciudad de Dios*, Chicago 1967 (Madrid 1969); L. BOUYER, *La d'ecomposition du catholicisme*, Vienne 1968; Y. M. CONGAR, *Au milieu des orages. L'Église affronte aujourd'hui son avenir*, París 1969.

⁴ Cf. URS VON BALTHASAR, *Wer ist ein Christ?*, Einsiedeln² 1965; H. KÜNG, *Ser cristiano*, Madrid 1977; J. RATZINGER, *Ser cristiano*, Salamanca 1977. Al tema de la *identidad cristiana* está dedicado el número primero de la nueva revista *Communio* (enero 1979); AA. VV., *Cambios históricos e identidad cristiana*, Salamanca 1978.

⁵ Cf. J. MARTÍN VELASCO, *La religión en nuestro mundo*, Salamanca 1978; E. SCHILLEBEECKX, *El mundo y la Iglesia*, Salamanca 1969; EQUIPO INTERNACIONAL DEL MOVIMIENTO POR UN MUNDO MEJOR, *Respuesta cristiana al reto de nuestro tiempo*, Madrid 1978.

III. DIVISIÓN DE ESTA EXPOSICIÓN

Trataré sucintamente nuestro tema dividiéndolo en cuatro apartados:

1º Valor de lo religioso en la vida del hombre y la ciudad.

2º *Novedades históricas* del mundo moderno y de la España actual.

3º Necesidad de *discernir y valorar* esas novedades para ver si son asumibles, en cuanto compatibles con nuestra fe cristiana.

4º *Nuestra presencia cristiana* en esa sociedad, y en concreto, en la España de hoy.

IV. VALOR DE LO RELIGIOSO EN LA VIDA DEL HOMBRE Y LA CIUDAD

1. La existencia del hombre sólo se completa en lo religioso

He tratado este tema en diversas ocasiones porque me preocupa grandemente como obispo y simplemente como hombre atento a las exigencias de la cultura del tiempo en que vivimos. ("La contemplación, alma de la civilización del mañana": Discurso de Clausura del V Congreso de la Asociación de San Benito, Patrón de Europa. Madrid, 1973. -"Presencia del Misterio": Discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Madrid, 11 de junio de 1974. -"La falta de interioridad, drama de la cultura actual y de la Iglesia": Discurso en la misma Academia. Madrid, 1977. -"La pérdida de lo sagrado: una Sociedad a la deriva": Discurso en la Academia de Doctores de Madrid, febrero de 1978).

Lo sagrado, en un sentido primario y elemental, es algo poderoso, esencial, lleno de valor y contenido, perteneciente a la realidad básica de nuestra existencia. Su experiencia comporta siempre una exigencia, a la que cabe resistirse, pero a la que no se puede eliminar. Influye en toda la existencia del hombre, como lo demuestra la historia de las culturas; es origen y cumbre de la civilización realmente humana. Una sociedad que pierde el sentido de lo sagrado va a la deriva y mata lo mejor del hombre en su vida humana y personal, familiar y socio-política.

Al describir la experiencia religiosa se acude a diferentes puntos de apoyo, como pueden ser la "no obviedad del mundo", ya que, por ejemplo, la vida no puede comprenderse por ella misma; el hombre no está seguro, su existencia está puesta en juego tanto en cada elemento aislado del mundo como en su conjunto; el hecho de la existencia no se comprende con sólo la mirada, sino que es algo desconocido, a pesar de "todas las comprensiones"; lo que existe no es necesario, sino dado de "hecho" y, además, está la vida humana atravesada por la libertad.

Otro punto de apoyo es la experiencia de la finitud, que tenemos tanto con respecto a las cosas que hay a nuestro alcance como con respecto a nuestra propia existencia, finitud que nos lleva a preguntar: ¿frente a qué y frente a quién tal finitud, tal limitación? Un tercero puede ser la descripción de los diferentes procesos ordenadores morales y sociales que se perciben como obligatorios.

Precisamente las más profundas crisis sociales y políticas de nuestro momento consisten en que la obligatoriedad se debilita porque desaparece de ellos el elemento religioso.

Y hay otros puntos de apoyo, pero sobre todo es en la experiencia de lo sagrado, que está en la raíz de la existencia, donde se manifiesta esta experiencia religiosa. Digo sobre todo, porque lo sagrado es cualidad que tiene propia y exclusivamente la realidad religiosa y ninguna otra. "Tan exclusiva, que no tenemos un concepto ni una adecuada escala de valores que se ajusten a ella partiendo de la condición de la existencia inmediata; pero tan clara y determinada en sí misma que se reconoce en todo encuentro, aun en el más leve" (R. Guardini, *Religión y Revelación*, t. 1, 101, Ed. Guadarrama).

Todos los elementos de la existencia, acciones, cosas, dolor, destino, autoridad, fiestas, ordenaciones, relaciones, obtienen su pleno sentido solamente cuando alcanzan la dimensión de lo religioso, más allá de su contenido inmediato. Sin él se vacían de sentido y pierden su consistencia. No es que el hombre esté completo en sí, y al margen de eso, si siente necesidad, pueda entrar también en una relación religiosa, sino que su existencia sólo llega a estar completa en lo religioso. "Hacer a los hombres eternos y felices" es la búsqueda de todos y el esfuerzo, a lo largo de la historia, de los que se han preocupado por todo lo que supone el conjunto de la condición humana. Y la misma historia nos presenta pueblos que, con un ardiente sentido de eternidad y de anhelo de felicidad, levantan construcciones de piedra que el desierto no puede sepultar. La solución al problema "hacerlos eternos y felices" es una respuesta de orden religioso, es una solución de fe. En la acción del hombre y en su vida misma hay algo que le sobrepasa. Lo religioso es el poder secreto capaz de transformar y fortalecer la realización propia del hombre y de cualquiera de sus acciones. Las obras del orgullo humano acaban por autodestruirse. Por eso, de ninguna forma los cristianos pueden predicar humanismos equívocos, que son otras tantas complicidades con la idolatría de nuestro tiempo. Es la hora de recordar que sólo Dios es Dios y que todo lo que se construye al margen de Dios está abocado, tarde o temprano, a la destrucción.

No pueden separarse los problemas del hombre y de su destino de su relación con el mundo empírico, porque es en éste donde concretamente se realiza. Pero lo que implica esta relación no es ni puede ser comprensible sólo desde este último, es decir, desde el mundo empírico; ni puede supeditarse a él, ni dictaminarse desde él, o en función de él, su línea de actuación. El modo que tiene el hombre, con sentido religioso auténtico, de ponerse ante el mundo se refiere a "su salvación" y "plenitud" . Escamotearle esta realidad es privar de sentido a la vida humana, ya que únicamente en ella lo encuentra. Y lo encuentra no sólo de un modo relativo, que depende de situaciones circunstanciales de tipo cultural, social, económico o de cualidades individuales como dotes personales de creación artística o de trabajo, sino de modo absoluto.

La salvación significa que la existencia del hombre llega a su plenitud y es ordenada para siempre a su felicidad. Da la respuesta definitiva a las preguntas de por qué y para qué y con referencia a qué existe. Es existencial en el más hondo sentido de la palabra. Lo religioso toca la conciencia, el centro sensible a la ley, a la norma y a la responsabilidad; el hombre tiene que hacer algo o dejarlo de hacer, configurar su vida de un modo determinado. Constituye "un camino";

abre "un mundo", entendiendo esta palabra tanto en sentido objetivo como subjetivo; establece una conexión de cosas y acontecimientos, de relaciones con hombres y obras, de experiencias y situaciones. Darse cuenta de que Dios existe, de que se ha revelado al hombre, y de que se ha hecho como él, asumiendo su propio destino para hacerlo "eterno y feliz" de un modo que ni siquiera puede concebir, le obliga de tal manera que no puede dejar nada de su existencia fuera de esta relación de amor salvador.

El que lucha por la única esperanza de los bienes materiales no recogerá nada por lo que merezca la pena vivir. Trabajando únicamente por los bienes materiales construimos nuestra prisión. No se puede concebir una acción sin un criterio de eficacia, pero esta eficacia material, inmediata, no es la única realidad, ni siquiera la verdadera realidad. El no ver esto lleva al hombre a consecuencias tremendamente dolorosas, de las que nuestra época tiene mucho que decir. Por ejemplo, es estremecedor ver con qué ligereza ha tomado nuestro mundo el derecho a la vida y a la muerte, a romper la familia, a favorecer todo tipo de placer, destruya lo que destruya; a manipular con "supuesto" criterio de eficacia, pero sin ningún sentido ético, los inventos de la ciencia y de la técnica. Todo esto comporta consecuencias y efectos no sólo visibles, sino también inconscientes, que están dañando a la persona: opresiones, angustias, melancolías que aparecen de repente, suicidios, hastío de la vida, inseguridades. Hechos y situaciones que, si se siguieran cuidadosamente en su proceso, nos harían retroceder hasta transgresiones contra las raíces de la vida y contra la dignidad del hombre, a pesar de que lo que llevó a actuar eran "motivaciones razonables y apremiantes".

2. Es vital asumir con sentido religioso la responsabilidad por el conjunto de la existencia

La acción lleva a los hombres a una vida más fuerte que los moldea, pero al mismo tiempo tiene que significar una toma de conciencia, una responsabilidad sobre las consecuencias. Por haber conseguido un poder, antes inimaginable, sobre la naturaleza, se ha cargado a la vez de una insospechada responsabilidad que tiene que asumir como individuo y como perteneciente a un grupo social – miembros de una institución, de un centro de investigación, de una empresa, de un partido, de un gobierno, de una nación—. Tenemos que acostumbrarnos al concepto de una responsabilidad colectiva que, ciertamente, sólo puede integrarse partiendo del libre compromiso de las personas. Esta responsabilidad, tanto en su aspecto individual como social, es tan grande que el hombre no puede llevarla sólo; tiene que compartirla con el Creador y ser consciente de ella a la luz del poder soberano de Dios para no quedar al arbitrio de sus ambiciones, pasiones y equivocaciones.

Hoy como ayer, lo que imprimimos todos en el mundo que habitamos es la marca del rostro humano. Y todos somos responsables de la fisonomía que éste está recibiendo: costumbres, normas, formas sociales, cultura, diversiones, ocio, riqueza, pobreza, opresiones, libertades o libertinajes, moralidad o amoralidad, empleo de los medios de producción, etc. Es ya un símbolo el hecho de que grandes descubrimientos de nuestra época se hayan logrado y desarrollado en conexión con las guerras, y el hecho de que exista como amenaza real un poder

destructor tan enorme. Las ocasiones de las más osadas edificaciones y de destrucciones hasta los cimientos nunca habían estado tan estrechamente unidas. ¿Por qué no se emplea todo en el mejoramiento de los hombres, en levantar del subdesarrollo de la pobreza a tantos millones de seres humanos? ¿Por qué todo se convierte en instrumento de ambición y poder? ¿En torno a qué objetivos se mueven las investigaciones, los planteamientos científicos? Una auténtica presencia de Dios entre los hombres hace penetrar hasta la esencia de las cosas y abre los ojos ante las desviaciones. Sin el sentido religioso, el hombre, en todas sus acciones, parece un emigrante que ni siquiera ha fundado su patria.

Por eso es sobremanera apremiante la llamada del Concilio Vaticano II a todos los hombres y, sobre todo, a los que creen en Jesucristo, alfa y omega de todo lo que existe. "El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época" (GS 43). La acción se realiza en unas circunstancias temporales, pero el hombre católico tiene que realizarla sabiéndose en colaboración con la voluntad de Aquel que ha creado este mundo y que está por encima de todo. En medio de nuestra vida, invadida por tantos egoísmos y mentiras, nuestros esfuerzos han de ser para recuperar lo que en el principio determinó la vida del primer hombre, antes de que éste pusiera su propia voluntad por delante de la de Dios. No podemos dejar la cultura, el trabajo, ninguna clase de acción, en manos de la incredulidad, y con esta palabra no me refiero sólo a aquellos que rechazan la fe en Cristo y en su juicio, sino también a aquellos que, aunque dicen creer religiosamente, no realizan sus acciones a partir de la responsabilidad de esa fe, sino sólo por habilidad en los asuntos, o por ventaja personal de la índole que sea. La sabiduría popular dice mucho y bien con el "hacer las cosas como Dios manda". Se ha desprendido el fondo de oro en las representaciones alusivas a Cristo y al misterio por Él revelado, pero sigue siendo, para quien de Él vive, causa de elevación y superación: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto". Las cosas no pueden ser Dios para el hombre. Los mitos y los ídolos caen muy rápidamente. No hay nada ni nadie que pueda ser adorado sino Dios.

Es vital para el hombre asumir con sentido religioso la responsabilidad por el conjunto de la existencia a la luz de Dios. En los mejores casos se ha entregado a responsabilidades aisladas de índole científica, artística, económica, técnica, pero las ha absorbido la ambición de poder y ganancia. Se ha olvidado de la responsabilidad por la vida misma y se le ha obnubilado su sentido. En realidad, de lo que se trata, para la tarea de los cristianos, no es de reformas que se pongan en marcha aquí o allá, sino previamente de volver al sentido cristiano de la vida con todas sus consecuencias. Sentido cristiano, el único eficaz para poner un nuevo fundamento y una nueva libertad que hagan capaces al hombre de captar con su mirada el carácter auténtico de los procesos y de establecer las leyes para conseguirlos; para saber distinguir entre fin y medio, entre lo que está lleno de valor y lo que no lo tiene, entre lo correcto y lo falso, entre lo malo y lo bueno. Sin un sentido religioso serio y profundo, que se traduzca realmente en vida, cada vez se hace más difícil al hombre actual lograr una jerarquía de valores, un auténtico juicio de valor, y distinguir lo principal y lo anecdótico. Al perder la fe en Dios se pierde el sentido de la recta dirección y se tiene la opinión de que el hombre por sí solo es el responsable de la existencia y el único señor de ella. Y entonces, ¿a merced de qué se queda la existencia entera?, ¿de la

ideología que pueda surgir en ese momento?, ¿de la ambición de unos, o de las aberraciones de otros? Y sucede que las estridentes llamadas y gritos atraen, de inmediato, mucho más que las sencillas descripciones que hacen los que quieren de verdad la redención del hombre.

Nuestra misión es desarrollar, no enterrar, ni corromper, ni siquiera entremezclar con otros vinos y licores la presencia del elemento religioso. Cada grado de obediencia para con Dios significa en el hombre un grado superior de libertad auténtica y señorío. El mundo y el hombre sin Dios, ¿qué consistencia tienen?, ¿a imagen y semejanza de qué, su línea de progreso y ascensión? La torre de Babel es un hecho que se repite constantemente en los múltiples campos en que se desenvuelve la vida humana, cuando se desarrolla a espaldas de la sabiduría, la verdad y la bondad de Dios.

Toda caída del hombre es provocada por el apartamiento de Dios, por la falta de reconocimiento de su Ser, y por el abandono de sus exigencias y mandatos, en los que está nuestra libertad y nuestra verdad. El poder y la fuerza, independizadas del Dios verdadero, se convierten en algo que desencadena consecuencias que el hombre sufre en su propia dignidad y en su propia carne y sangre, pero que, ciego ante el resplandor de lo que parece logro y éxito inmediato, placer y ambición satisfecha seguida, no ve hasta que le deshacen en lo más radical de su vida: odios, guerras, opresiones, enfermedades, desviaciones de la misma naturaleza, carencia de ética, libertad y dignidad, angustia ante los poderes nucleares y bioenergéticos conseguidos y que están en manos del orgullo y el afán de posesión. Las posibilidades realmente salvadoras se encuentran en la conciencia del hombre que está ligado con Dios de modo vivo. Por eso la fe, lo mismo que el descreimiento, se convierten en factores históricos decisivos.

3. El cristiano "saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo" (Mt 13,52)

Centremos la reflexión en nosotros mismos: hay un abismo entre la doctrina evangélica y la vida real de los pueblos que se llaman cristianos. ¿Cómo van a suponer que el cristiano perpetúa en la tierra la obra del Hijo de Dios, que vino a liberar al género humano de lo que es la verdadera opresión, la causa de todos los males, "el pecado", si no demostramos nosotros mismos en los hechos, por medio de las "nuevas costumbres" del Evangelio, que para nosotros ha pasado ya la antigua servidumbre y que todo ha sido renovado? ¿Cómo van a poder creer que Cristo resucitado vive en nuestras obras, actuaciones, juicios, sentimientos, si no les probamos efectivamente que es así? ¿Cómo van a creer, a juzgar por nuestras vidas? ¿Cómo van a poder reconocer que somos portadores del mensaje salvador si ven que nos comportamos igual que un partido, un clan, si les ofrecemos el bochornoso espectáculo de un catolicismo sin alma y sin vida? ¿Cómo van a poder ser atraídos por unos hombres que se dicen en posesión del camino, la verdad y la vida, pero que realmente no parecen tener distintas convicciones y hechos de vida, leyes y juicios de valor, obras y sentimientos? No parece sino que nos dicen: *Vosotros no habéis oído nunca su voz, ni habéis visto nunca su rostro, ni habita su Palabra en vosotros* (Jn 5, 37-38). A Dios nadie le ha visto jamás, nos dice San Juan; pero según San Pablo, Él ha hecho de la Iglesia su cuerpo, que se edifica en el amor. Los ojos no pueden mirar de hito en hito al sol, pero le pueden ver reflejado en el espejo del agua.

Así, en el semblante de la Iglesia los ojos de los hombres tendrían que contemplar al Sol de Verdad y Justicia. Pero los que nos observan no pueden ver la verdadera belleza de su rostro, porque nosotros nos empeñamos en desfigurarlo.

Pertenece a la misión cristiana interpretar el tiempo de la tierra y del cielo: *Cuando veis una nube que se levanta en el Occidente, al momento decís: "Va a llover", y así sucede. Y cuando sopla el sur, decís: "Viene bochorno", y así sucede. ¡Hipócritas! Sabéis explorar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo no exploráis, pues, este tiempo?* (Lc 12,54-56). El cristiano tiene que reconocer la imagen en nuestro tiempo y saberlo expresar. Sabe sacar cosas nuevas y viejas (Mt 13,52) del tesoro de la revelación que le ha sido confiada para interpretar el tiempo. Sí, ciertamente, Dios no está en el fondo de oro de la Edad Media, pero también es cierto que la poderosa captación de Dios que llenaba e invadía el ánimo y el espíritu de los Padres de la Iglesia, y más tarde de los siglos medievales, no se ha conservado viva en los últimos siglos.

A la virulencia anticristiana no se puede contestar con un correspondiente "anti" de los cristianos; respuesta cristiana será la que, al recibir el golpe ciego y enemigo en toda su hondura, sepa transformarlos en algo luminoso y fecundo. Tiene que ver de dónde surge ese grito y comprenderlo, así como la necesidad que lo ha impulsado; en ocasiones será contra una mala expresión y representación nuestra de la existencia cristiana. En todas las épocas de la historia lo cristiano es el mismo Jesucristo, lo que a través de Él llega al hombre y la relación que a través de Él puede mantener el hombre con Dios, con los demás y consigo mismo. "Un contenido doctrinal es cristiano en tanto que procede de su boca. La existencia es cristiana en tanto que su movimiento se halla determinado por Él. En todo aquello que pretende presentarse como cristiano, tiene que estar dado o contenido. Él, la persona de Jesucristo, en una unicidad histórica y en su gloria eterna, es la categoría que determina el ser, el obrar y la doctrina de lo cristiano". (R. Guardini, *La esencia del cristianismo*, Madrid 1964, 105).

La participación en la vida terrestre es la expresión de un deber: el amor a Dios y el reconocimiento de sus derechos, y dentro de este mismo amor y obediencia, el servicio a los demás y el establecimiento de unas relaciones humanas dignas y justas. *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas* (Mt 23,37-40). Esta directriz general no entra en detalle en las tareas concretas que hay que realizar, pero supone la referencia a una concepción del hombre que es lo que aporta Cristo a través de su Iglesia.

No podemos, como piensan tantos hombres de hoy, hacer del hombre lo que queramos. El hombre no es creación del hombre, no tenemos que inventar un tipo de humanidad. Esta es precisamente la tarea: aplicar la visión divina del hombre y de su destino a las situaciones concretas particulares. "La tarea del cristiano, por lo que se refiere a las realidades terrestres, es consagrarlas, es decir, darles ese ambiente de gracia que es el único en cuyo interior pueden alcanzar toda su plenitud, siendo curadas en sus heridas y desarrolladas en sus virtudes, lo cual se hace por los sacramentos. Pero lo propio del seglar en la

Iglesia es precisamente ser quien deriva, en cierta manera, hacia las realidades terrestres lo que es recibido por la gracia de Cristo. La función del sacerdote es transmitir esta gracia. Y la función del seglar, hacerla penetrar en todas las realidades del hombre. Esto comienza con el sacramento del matrimonio. En el clima de la gracia del matrimonio, el amor humano, el amor del hombre y de la mujer, el amor de los hijos, realiza en su propia línea sus supremas delicadezas y sus más hondas profundidades."

"Lo mismo ocurre en otros dominios. Dentro de la gracia cristiana, la inteligencia del hombre ha alcanzado sus más altas cumbres. A medida que se estudia más la filosofía de la India, la de la Grecia antigua, el pensamiento del Islam, más se persuade uno de que, si sólo en nuestro Occidente se ha llegado a ciertas verdades, se debe, como piensa Gilson, a que la razón humana ha sido ayudada por la gracia de la revelación de Cristo, desde fuera, y por las energías vivificantes de la fe, desde dentro. Y no hay por qué sentirse orgullosos de ello, pues no se debe a la calidad del espíritu occidental, sino al hecho de que, hasta el momento presente, sólo en Occidente ha estado la inteligencia durante siglos envuelta en el clima de la gracia. Y en la medida en que la gracia se retira de la inteligencia de Occidente, ésta cae en la confusión del espíritu. Esa es una de las maravillas de la gracia de Cristo, que conduce las realidades humanas mismas, en su propio orden, a su perfección, independientemente de lo que ella les añade, haciéndoles sobrepasarse a sí mismas."

"Presentaré otro ejemplo. Una de las cosas que más me preocupan hoy es un cierto abandono de ese tesoro de costumbres cristianas acumuladas durante siglos de fe y que penetraban la vida familiar, la vida social, incluso en ciertos aspectos la vida profesional. Habían sido el resultado de una larga y difícil conquista. Tenemos la impresión de que hoy están perdiéndose. Por ello pienso que no hay tarea más magnífica, sobre todo para mujeres cristianas, que trabajar por reconstruir ambientes de existencia cristiana. El amor humano, la inteligencia, el trabajo humano, encontrarán ahí también su dignidad y su significado" (J. Daniélou, *Escándalo de la verdad* [Guadarrama], 215-217).

En España el sentido católico, expresado en su cultura, acontecimientos, tradiciones, costumbres, etc., siempre ha sido un hecho y, más aún, un factor decisivo de su historia y en su historia. No puede mirarse a España sin verla siempre marcada con el sello de su religión cristiana y católica. Hablo del sentir, querer, pensar y actuar de un pueblo que, con su luces y sombras, aciertos y errores, valentía y cobardía, generosidad e injusticia, ha querido siempre ser católico, hijo de la Iglesia de Cristo. Las sombras, los errores, la cobardía, la injusticia, no está, como muchos nos acusan, en el hecho de haber sido católico, sino en no serlo suficientemente. Se pretende hacer culpable al catolicismo en cuanto tal, y vemos católicos abrumados, con una especie de complejo de culpabilidad, por el hecho de serlo. No se atreven a hablar de la grandeza de las obras de Dios llevadas a cabo sin alharacas, de la oración, de la fuerza de la adoración y de la realidad del amor de Dios expresado en la obra concreta de la salvación. No se atreven a plantear el aspecto sagrado del amor, de la misión de la familia en el mundo; de que la técnica no tiene derechos soberanos y que hay un umbral ante el que tiene que detenerse.

¿Tiene sentido el hecho de ser tildado de progresista o de integrista? Para el católico, ni la tradición ni el progreso pueden constituir ídolos, pues sólo el

Evangelio y la Iglesia constituyen su último punto de referencia. El católico, como decía Merleau-Ponty, es un mal revolucionario y un conservador poco seguro. Necesitamos hombres y mujeres que vuelvan a encontrar la salud gozosa de la fe, que vivan en un clima de alegría y no como perros acosados. Tenemos la certeza de que la luz de Cristo ilumina y renueva todas las cosas. Hay que devolver al amor humano su destino profanado y encontrar su significación sagrada. No podemos cargar con la responsabilidad de vaciar al catolicismo de su trascendencia para adaptarlo a una sociedad técnica, de consumo, que además ya siente la necesidad de lo sagrado. Cuando la Iglesia, a través del Papa, preserva a la sal de toda corrupción, es la institución más joven y renovada; mientras que los que abren tantas puertas, por donde se escapa el ser y la dignidad misma del hombre, son viejos decrépitos. No hay cosa que desagrade más y haga más daño que una Iglesia que disimula su mensaje para que así lo acepten mejor.

Lo que se nos pide es que demos cómo ese mensaje responde al interrogante del hombre de hoy acerca de Dios. No sé si haciendo amplias concesiones con respecto a las costumbres que tienden a imponerse le sería fácil ganarse adeptos; pero una Iglesia así, degradada en su moral, sería tan despreciable como la Iglesia vaciada de sus dogmas, que algunos quisieran promover.

4. La parábola del samaritano, símbolo de Pablo VI para la Iglesia del Vaticano II

Nada favorece tanto a determinadas propagandas culturales y sociales como el insistir en la "estrechez católica" frente a la amplitud de una religión natural. Pero ¿qué es esa estrechez católica? Defender la significación sagrada del amor y el derecho a la vida en gestación; enseñar al mundo que la enfermedad soportada con valentía, la vida impregnada de sacrificio, entrega y lealtad, dan lugar a bondad, sabiduría y madurez mucho más "dignas de vida" que una salud que hace al hombre brutal y una inteligencia que arroja la existencia a lo meramente exterior; el amar contra un saldo final que entrega la vida al egoísmo del individuo, a su placer, a la sociedad de consumo, a los objetivos de ideologías y sistemas ateos y materialistas que matan la raíz del existir humano; mostrar que es esencial que campee en la Iglesia la contemplación sobre la impugnación, y que, por eso, todo lo que amenace al sentido de Dios, la adoración, lo sagrado, constituye el peor peligro; "afirmar que, si es cierto que la caridad es la piedra de toque de la autenticidad de la práctica sacramental, también lo es a la inversa: que la caridad, en el sentido cristiano y sobrenatural de la palabra, no puede existir independientemente de la vida sacramental" (Daniélou, *El dedo en la llaga*, Bilbao 1970, 75); exponer al mundo del siglo XX, en el Vaticano II, que los consejos evangélicos, castidad ofrecida por Dios, pobreza y obediencia, son un don divino que la Iglesia recibió del Señor (LG 43); que la perfecta y perpetua continencia por el reino de los cielos, recomendada por nuestro Señor, es al mismo tiempo emblema y estímulo de la caridad pastoral y fuente peculiar de la fecundidad espiritual en el mundo (CD 16).

La Iglesia es la representación del acontecimiento central del mundo: que Dios ha dicho su palabra a la pregunta del hombre y de la humanidad abierta a Él.

Palabra conciliadora y redentora cuyo carácter se hace visible, sobre todo, en que no se pronuncia desde lo alto del cielo, sino en que se haya hecho carne, viva entre nosotros y haya querido convertirse en un nuevo centro para la conciencia de la humanidad. *Pues Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la Plenitud, y reconciliar por Él y para Él todas las cosas* (Col 1,19-20). "Este destino no sólo no priva al orden temporal de su autonomía, de sus propios fines, leyes, ayudas e importancia para el bien de los hombres, sino que más bien lo perfecciona en su valor e importancia propia y, al mismo tiempo, lo equipara a la íntegra vocación del hombre sobre la tierra."

"En el decurso de la historia, el uso de los bienes temporales ha sido desfigurado con graves defectos, porque los hombres, afectados por el pecado original, cayeron frecuentemente en muchos errores acerca del verdadero Dios, de la naturaleza del hombre y de los principios de la ley moral, de donde se siguió la corrupción de las costumbres e instituciones humanas y la no rara conculcación de la persona del hombre. Incluso en nuestros días, no pocos, confiando más de lo debido en los progresos de las ciencias naturales y de la técnica, caen como en una idolatría de los bienes materiales, haciéndose más bien siervos que señores de ellos... Hay que establecer el orden temporal de forma que, observando íntegramente sus propias leyes, esté conforme con los últimos principios de la vida cristiana, adaptado a las variadas circunstancias de lugares, tiempos y pueblos" (AA 7).

Pablo VI, en la alocución pronunciada durante la sesión pública con que se clausuró el Concilio Vaticano II, dice que la introspección que había hecho la Iglesia fue "para hallar en sí misma, viviente y operante en el Espíritu Santo, la palabra de Cristo y sondear más a fondo el misterio, o sea, el designio y la presencia de Dios por encima y dentro de sí y para reavivar en sí la fe, que es el secreto de su seguridad y de su sabiduría, y reavivar el amor que le obliga a cantar sin descanso las alabanzas de Dios: *Cantare amantis est*, es propio del amante cantar, dice San Agustín. Los documentos conciliares, principalmente los que tratan de la divina Revelación, de la liturgia, de la Iglesia, de los sacerdotes, de los religiosos y de los laicos, permiten ver claramente esta directa y primordial intención religiosa y demuestran cuán límpida, fresca y rica es la vena espiritual que el contacto con Dios vivo hace saltar en el seno de la Iglesia y correr por su medio sobre los áridos terrones de nuestros campos" (Pablo VI, *El valor religioso del Concilio* [7 diciembre 1965] n. 5).

Bajo esta misma luz, Pablo VI señala que la parábola del samaritano es el símbolo de la Iglesia del Vaticano II. La parábola de Jesús sobre el compasivo samaritano rompe todas las fronteras de pueblo y grupo social, riqueza y cultura, y muestra la relación de "prójimo" entre el herido que es judío y el viajero que es samaritano; dos grupos nacionales que se odiaban y despreciaban mutuamente. Ahí está la hondura de la significación: vínculo de caridad entre aquel cuyo corazón se abre con todas sus posibilidades a la llamada de la necesidad y acogida de aquel que necesita ayuda. La Iglesia católica, como el samaritano del Evangelio, se detiene ante el hombre herido y siente la necesidad de conocer, acercarse, comprender, penetrar, vivir, evangelizar la sociedad en que él vive.

"El descubrimiento de las necesidades humanas –y son tanto mayores cuanto más grande se hace el hijo de la tierra– ha absorbido la atención de nuestro sínodo. Vosotros, humanistas modernos, que renunciáis a la trascendencia de

las cosas supremas, conferidle este mérito y reconoced nuestro nuevo humanismo: también nosotros –y más que nadie– somos promotores del hombre" (*ibíd.*, n. 8).

La Iglesia católica tiene un mandato de Cristo: *Cuanto hicisteis a uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis* (Mt 25,40). El más pequeño, el que ni siquiera puede reclamar para sí ninguna de las razones que pueden mover el interés de ayudar, ni la admiración, ni la simpatía, ni la utilidad; el más pequeño, porque allí donde está aparece el mismo Jesús. Desde Cristo cae la luz sobre la confusión que atraviesan las relaciones humanas: el mandato siempre nuevo.

"La mentalidad moderna, habituada a juzgar todas las cosas bajo el aspecto del valor, es decir, de su utilidad, deberá admitir que el valor del Concilio es grande, al menos por esto: que todo se ha dirigido a la utilidad humana; por tanto, que no se llame nunca inútil una religión como la católica, la cual, en su forma más consciente y eficaz, como es la conciliar, se declara toda en favor y en servicio del hombre. La religión católica y la vida humana reafirman así su alianza, su convergencia en una sola humana realidad: la religión católica es para la humanidad; en cierto sentido, ella es la vida de la humanidad. Es la vida, por la interpretación, finalmente exacta y sublime, que nuestra religión da del hombre (¿no es el hombre, él solo, misterio para sí mismo?), y la da precisamente en virtud de su ciencia de Dios: para conocer al hombre, al hombre verdadero, al hombre integral, es necesario conocer a Dios... Es la vida porque describe su naturaleza y su destino y le da su verdadero significado. Es la vida porque constituye la ley suprema de la vida, y a la vida infunde la misteriosa energía que hace que la podamos llamar divina" (Pablo VI, *ibíd.*, n. 15).

Cuando la Iglesia mantiene con firmeza su autoridad, no es para defenderse a sí misma, sino para mantener intacto el depósito que Jesucristo le ha confiado. Al obrar así, defiende los bienes más valiosos del hombre, defiende lo verdaderamente humano contra lo que tiende a destruirlo, sale al paso de una subversión total de los valores, de una perversión de la inteligencia y de una insensata regresión. Tiene la misión de hacer presente a Jesucristo a los hombres, debe anunciarlo, mostrarlo y darlo a todos. Lo demás es consecuencia de ello. Hay quienes pretenden convertirla en instrumento de sus ambiciones o móviles humanos. Pero consciente de su ser y su fe, pronto afirma su identidad.

Como dice Henri de Lubac en su libro *Meditación sobre la Iglesia*, para algunos, más que la mensajera y la guardiana del Evangelio, es la majestuosa heredera del mundo helénico y romano. Otros la consideran como una gran fuerza de propulsión y de progreso que arranca a los pueblos de su inercia. Unos humanistas la alaban por haber salvado en las épocas bárbaras la cultura antigua. También se le expresa el reconocimiento por haber impulsado las artes. Algunos hombres sabios ponen en ella su confianza por estimar que es la única fuerza espiritual capaz de llegar a dominar y resolver los problemas. Desde otras fuentes se celebra su influencia civilizadora, la regla que impone a las costumbres, la magnífica floración de sus obras educadoras o de sus institutos de caridad y los cuidados que dispensa a cada una de las fases de la existencia humana.

"Tantas admiraciones, tantas alabanzas y tantas esperanzas no nos dejan insensibles. Aun en medio de su exclusivismo, casi siempre ponen de manifiesto algún punto de vista exacto y de gran valor. Nunca se ponderará suficientemente la profunda humanidad de la Iglesia, sobre todo en nuestra época, en la que este bello vocablo de humanismos está cada vez más acaparado, con el consentimiento de los cristianos, por los enemigos de Dios. Estos mismos puntos de vista, parciales e inexactos, de los que la alaban, no vienen a ser sino un homenaje rendido a la plenitud y al equilibrio de su acción. Pero desde el mismo momento que se desconoce lo esencial, se corre el peligro de desviarse. Cuando sólo se ven en la Iglesia sus méritos humanos, cuando se la considera como un medio, tan noble como se quiera, pero sólo un medio para conseguir un fin temporal, y no se sabe ver en ella principalmente y ante todo un misterio de fe, no se la comprende en toda su realidad, aunque se siga siendo vagamente creyente. Y lo mismo que se admira en ella queda desvirtuado; el elogio que se le tributa no es más que vanidad, cuando no resulta una blasfemia" (H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Bilbao 1972, 193).

La Iglesia católica no significa nada para nosotros si no es el sacramento, el signo eficaz de Jesucristo. Esta es la presencia de la Iglesia católica en nuestras ciudades: la mano del compasivo samaritano que salva la vida del hombre robado y herido por los ladrones. Ella muestra que el respeto a la persona tiene su fundamento último en el hecho de que está llamada a un destino que sobrepasa la existencia terrestre. La comunidad de personas es la realidad concreta de la ciudad futura que se elabora a través del mundo presente. La revelación del valor infinito de la persona humana tiene su origen y sólo adquiere la plenitud de su sentido en la revelación que se nos hace en el Evangelio del amor de Dios a todos los hombres.

V. LAS NOVEDADES HISTÓRICAS

a) Las novedades históricas del mundo actual

Es ya muy tópico hablar de la nueva era de la humanidad, iniciada a raíz de la primera bomba atómica en la segunda guerra mundial, o a raíz del lanzamiento del primer satélite artificial. Se habla de la era posindustrial o superindustrial. Esos serían como los signos más manifiestos de la nueva era.

En la imposibilidad, personal y objetiva, de formular una constatación total y profunda, refleja y científica, sobre cuanto supone de novedad este mundo moderno, bástenos tomar conciencia primera y de síntesis, *suficiente*, por otra parte, para adoptar unas posturas éticas fundamentales.

Podemos sistematizar las siguientes características principales, que entran directamente en nuestro tema.

1. El "homo technicus" y la ciudad secular⁶

El *homo faber* se ha superado a sí mismo y se ha hecho *homo technicus*, llegando a las computadoras. Las posibilidades de la técnica dan lugar a ensoñaciones y argumentos de novelas y de películas de ficción antes insospechadas. La tecnología misma ve formulados sueños. Y aunque se habla de riesgos y perjuicios que la gran técnica trae consigo –polución del medio, manipulación de masas por los científicos–, su optimismo no decrece, porque se espera que la tecnología formulará un uso racionalizado de la técnica para soslayar esos peligros.

El resultado es que el hombre moderno, el *homo technicus*, se ve a sí mismo, se experimenta incluso, como superador de no pocas ataduras y esclavitudes a que las fuerzas de la naturaleza le tenían y tienen sujeto. Se ve *transformador de la naturaleza*, poniendo las fuerzas de la misma a su servicio.

Aplica la técnica incluso a su propia naturaleza y a sus relaciones sociales, estudiando y manejando los resortes de las ciencias positivas antropológicas – en medicina, psicología, culturización, racionalización del trabajo y del consumo, del ocio y de la vivienda, del hambre y aun de la violencia y el crimen– y se percibe como *auto-liberador* de opresiones y esclavitudes sociales, como *transformador de la sociedad*.

Por otra parte, y ante los éxitos de sus esfuerzos, se comprueba a sí mismo como dictador de la marcha de la historia, como *sujeto decisor y realizador de la historia*, y no sólo como objeto inmerso en unas leyes de la historia fatales e indomables. La humanidad, que ha cobrado conciencia y realidad de inicial unidad, es el sujeto que ya puede decidir su propia historia.

El *homo technicus* se ve aún, en muchos campos, objeto dominado por las fuerzas o leyes de la naturaleza y de la historia; pero se auto-descubre, cada día más, como posible dominador y transformador. Las fuerzas de la naturaleza y de la historia no le constituyen un deber, sino una fatalidad que con su iniciativa puede ir superando: *su responsabilidad y deber es liberarse* de esas ataduras, en vez de doblegarse, impotente, a ellas. Se siente así formulador y creador de una nueva moral en relación con esas fuerzas.

Incluso de *una nueva moral en sus relaciones sociales*: lo que siempre fue no le constituye deber; las tradiciones más o menos sagradas e intangibles, porque nació y se formó en ellas, las rompe y las supera. *Su deber es el hacerse libre* y configurar una sociedad y una historia en que cada uno pueda disponer de sí según su libertad.

Es más: el *homo technicus* no admite que se le aduzca la intangibilidad de la naturaleza y de la historia como creación de Dios o como Providencia suya para que desista o se le frene en su pretensión de dominar la naturaleza y la historia. Dios no ha podido querer, intangibles, las enfermedades, las esclavitudes ante la naturaleza, las opresiones sociales y las explotaciones. En todo caso, de

⁶ Cf. H. COX. *La ciudad secular*, Nueva York 1965; Barcelona 1968; A. de NICOLAS, *Teología del progreso. Génesis y desarrollo en los teólogos católicos contemporáneos*, Salamanca 1972; J. MATHES. *Introducción a la sociología de la religión*. Vol. 1: *Religión y sociedad*, Barcelona 1971. 81-128: la tesis de la secularización, sociología del secularismo, experiencia de la secularización.

haber Dios, Dios ha hecho a los hombres, a todos, de la misma dignidad, les ha dotado de iniciativa e inventiva, de libertad y responsabilidad propias para que se superen y se realicen a sí mismos, liberándose de forma que las victorias del hombre sean signos de Dios, de la grandeza de Dios (cf. GS 34c; 36b; 43a; 55; 57), porque más potencia creadora se requiere para crear un ser imperfecto, que se auto-perfeccione luego él mismo, que para crearlo ya perfecto-estático.

El *homo technicus* es, pues, secularizante: descalifica y niega a todo dios proclamado como freno a su propia vocación del transformador y auto-liberador. Lo que supone un giro antropológico aun en la teología⁷.

Por último: el *homo technicus* comprende que, de haber Dios, Dios *no es un elemento* integrante de la naturaleza ni de la historia. Dios *no es un factor* más que haya que tener en cuenta en los cálculos de química o física o en los proyectos de sociedad: *no es un dato* científico ni un dato humano. Dios le es, pues, inútil, total y rotundamente, a la hora de transformar la naturaleza y la historia. Cuando se trata de las relaciones con la naturaleza o la historia y el mundo, Dios cae fuera, o más allá, o en el fondo inaferrable científicamente: Dios es *el Todo Otro*⁸. En todo caso, requiere otro tipo de relaciones específicas y únicas con Él; habría que celebrarle en otro plano: es "extrínseco" al mundo. Con Él hay que situarse en el plano de la libertad personal y no en el de la naturaleza y la historia.

2. El "homo sapiens" y la sociedad pluralista y permisiva

La sociedad moderna ha superado o está en vías de superación –con posibilidad, de hecho, de superarlo en unos decenios– del analfabetismo en todo el mundo. Los países desarrollados, por otra parte, cuentan con niveles científicos y culturales altos y crecientes. Hay que hablar del *homo sapiens*, no ya sólo por referencia a su constitución originaria de hombre o ser racional, sino también como nivel histórico-social. "Escribir un libro" se pone como tarea de todo hombre desarrollado. Y aunque esté lejos de ser realidad en todos, en el mundo se producen anualmente centenares de miles de libros, cada uno con la pretensión de aportar sus reflexiones y enseñanzas.

Eso hace que tenga que hablarse de *pluralidad de culturas*, pero en un sentido nuevo, ya que el fenómeno actual ha supuesto un cambio cualitativo en la relación entre las diversas culturas. Filósofos y teólogos hablan de que se ha llegado a que no pocas de las culturas existentes no pueden llegar a un entendimiento entre sí, porque carecen de unos principios comunes, desde los cuales, al menos, iniciar un comienzo de entendimiento. Son culturas *irreductibles*, entre sí, a unos principios comunes⁹.

⁷ Cf. A. DE VILLALMONTE, *El giro antropológico en la teología moderna*, en AA.VV., *Los movimientos teológicos secularizantes* (BAC Minor 31), Madrid 1973, 77-III, con oportuna bibliografía.

⁸ Es muy significativo en ese sentido que el libro de ROBINSON, *Honest to God*, Londres 1963; trad. *Honesto para con Dios*, Barcelona 1967, tenga en alemán el título *Gott ist anders* ("Dios es de otra manera"), Munich 1964, y en la traducción italiana parecidamente: *Dio non é così*, Florencia 1968. SCHILLEBEECKX, o.c. (*supra* nota 5), 183-201.

⁹ Cf. J. A. ALDAMA, *El pluralismo teológico actual*, en AA.VV., *Los movimientos teológicos secularizantes* (BAC Minor 31), Madrid 1973, 165-189.

En virtud de ello, no se puede hablar de principios comunes sobre valoraciones radicales y ultimidades, sobre antropologías y concepciones de la vida, de la sociedad, de la historia y del mundo.

A la hora, por tanto, de constituir la sociedad, so pena de incurrir en el recurso a la fuerza, o sea, a la dictadura de base ideológica, no se puede apelar a principios de naturaleza filosófica, sino al principio de la libertad, del pluralismo, es decir, a la sociedad plenamente aconfesional y a-ideológica, a la *sociedad permisiva*¹⁰. Su postulado será la máxima libertad posible para todos, dentro del respeto a un mínimo de orden social público.

3. El "homo urbanus" y la sociedad funcionalista¹¹

Urbanidad, como nota distintiva del hombre urbano, expresaba antes la corrección de formas sociales que se cultivaban y aprendían en la urbe.

La urbanidad del *homo urbanus* moderno es otra. Sin negarle un mínimo de formalidades, el *homo urbanus*, viviendo en la gran urbe, en la macrópolis, no conoce ni a sus vecinos; cada uno vive a su aire y en "su mundo"; en medio de millares y millones de hombres, vive solo, salvo –si las tiene– un grupo reducido de amistades que viven distanciadas en la ciudad. El fuerte ritmo acelerado, las distancias, las diversas ocupaciones de cada uno, la configuración de la vida social de la ciudad por números, siglas, funciones, con contactos momentáneos de servicios y funciones, sin contactos continuados cálidos, hacen que se hable de la *jungla de asfalto* y de vida *funcionalista* en las ciudades. Cada uno es computado según la función, trabajo o servicio; no se valora a las personas por y en sí mismas según lo que son, sino según lo que hacen, o, incluso, según lo que parece que hacen.

La soledad humana y la falta de contacto con la naturaleza son, así, las características resultantes de ese funcionalismo ciudadano.

4. El "homo utilis" o "oeconomicus" y la sociedad de consumo¹²

Por último, mencionemos un último aspecto a que ha llegado el *homo faber* moderno.

La sociedad moderna se caracteriza cada día con más afán por su configuración en orden a la producción y al rendimiento de bienes económicos. Aun los espacios que le quedan al *homo urbanus* para poderse dedicar a la

¹⁰ Cf. G. Sala, *Dogma e storia della dichiarazione "Mysterium Ecclesiae"*: Nuovi Saggi Teologici 10, Bologna 1976.

¹¹ Cf. H. COX, *La ciudad secular*, Nueva York 1965; Barcelona 1968, expone con amplitud este aspecto; I. ILLICH, *La conviabilidad*, Barcelona 1974; P. LERSCH, *El hombre en la actualidad*, Madrid 1959.

¹² Destaca fuertemente aquí la descripción que hace y la reacción que muestra el marxista HERBERT MARCUSE, sobre todo en su pequeña y sobresaliente obra *El hombre unidimensional*, Boston 1964; Barcelona 1969. Véase J. M. CASTELLET, *Lectura de Marcuse*, Barcelona 1969; PREDRAG VRANICKI (marxista yugoslavo), *Historia del marxismo*. Vol. II: *De la III Internacional a nuestros días*, Salamanca 1977, 293-307, dedicadas a Marcuse.

contemplación de la naturaleza o al estudio y cultivo de valores superiores, están atormentados por la invasión del consumismo.

La técnica ha posibilitado una gran producción de bienes de consumo; pero a la vez ha condicionado y configurado a la sociedad para producir, de tal modo que, para poder seguir subsistiendo en sus niveles económicos, necesita sostener sus mecanismos de producción por el consumo. Se crean así necesidades artificiales superfluas, provocadas y sostenidas por la técnica misma al servicio de tal propaganda por el consumo. El hombre es incitado a consumir, y es tratado como potencial consumidor en función de su utilidad para sostener y aumentar la producción: es considerado como útil, es el *homo utilis*, objeto y sujeto para la producción, para el sostenimiento económico de la sociedad misma, no sólo del productor. Es la *sociedad de consumo*.

b) Las novedades históricas en España

No es difícil el ver, más en concreto, esas características de la sociedad moderna en España, envueltas, por otra parte, en los acontecimientos políticos del último trienio. Simplemente las mencionaremos, para su recuerdo consciente, por ser ya conocidas y vividas por todos.

5. España, sociedad nueva

A España se la cita en el noveno o décimo puesto de los países industrializados del mundo. Al haber entrado en la categoría de "país desarrollado", aunque esté lejos de los primeros, está ya tocada de las características que hemos mencionado.

Recogemos unos datos más significativos y suficientemente constatables¹³.

España, en la década de los ochenta, alcanzará los 40 millones de habitantes. Su industria provoca ya las notas de la sociedad superindustrial:

– Está padeciendo –en la prensa y los medios, en la calle y en las planificaciones– las características de "sociedad de consumo".

– Si en las sociedades superindustrializadas se ha llegado a un ritmo anual de migración interior que rebasa el 10% de su población, en España –según el III Plan de Desarrollo Económico y Social– se apunta un nomadismo intenso. Mientras en el decenio de los años ochenta las diecisiete provincias del Sur aumentarán su población sólo en 750.000, las del Norte lo harán en 2.400.000. La población rural se concentrará en las cabeceras de comarcas, que tendrán sus servicios y equipamientos urbanísticos para servir a su área de influencia.

¹³ Pueden verse III PLAN DE DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL, *Horizonte 1980* (Comisaría del Plan de Desarrollo, Madrid). AA. VV., *Estudios sociológicos sobre la situación social de España* (FOESSA, Madrid 1975), y en este volumen: L. GONZÁLEZ SEARA, *Los nuevos españoles. Introducción a un informe*, y E. MARTÍN LÓPEZ, *Aspectos sociales y políticos del desarrollo económico. A modo de epílogo*. Véase también S. DEL CAMPO, *El reto del cambio social en España, en La España de los años 70. I: La Sociedad* (Moneda y Crédito, Madrid); AA. VV., *Cambio social y religión en España* (Fontanella, Madrid).

Habrán en España 23 áreas metropolitanas, que, con su población, representarán el 53% de la población total. La agricultura y la pesca (primer sector) abarcará en ese decenio el 16% de la población activa; la industria (segundo sector) alcanzará el 42%; y los servicios (tercer sector) abarcará el 42%. Son cifras que se prevén y aproximadas, pero nos muestran que entraremos más de lleno en una ciudad urbana que alcanzará el 84% de la población, por vía, en gran parte, de migraciones interiores, con el consiguiente desarraigo y la consiguiente soledad, que antes ya mencionamos.

Esa nueva sociedad industrial-urbana supondrá no pequeña modificación en la configuración social del país: al entrar muchos en los servicios y la industria, al crecer los niveles económicos y culturales (toda la población escolar, entre los seis y catorce años en Enseñanza General Básica, y toda la de primer grado de Formación Profesional que no prosiga estudios superiores, tendrá –según previsiones programadas– enseñanza gratuita, y el número de graduados de estudios superiores crecerá), aparecerá una *muy amplia clase social* (media, o –según valoraciones de preferencia ideológica– obrera), que será dinamizador y estabilizador de la convivencia social futura.

La configuración socio-político-jurídica de *sociedad permisiva* alcanzará una vivencia que ha sido ya postulada en el referéndum de la Constitución nueva, el 6 de diciembre de 1978, artículo 16, que formula la postura a-confesional y a-ideológica del Estado y la libertad confesional e ideológica.

Los 36 millones de turistas que nos visitaron en 1978 crecerán y nos importarán, seguirán importándonos con mayor intensidad, elementos más intensos y nuevos de cambio social, formas de vida que acelerarán el cambio de las formas tradicionales, asimilándonos a los países más desarrollados, pero también más secularizados, más permisivos y más funcionalistas. Esa incidencia se verá aumentada con el crecimiento de salidas de españoles al extranjero, al crecer los niveles económicos. La incorporación de España a la Comunidad Económica Europea, con su flujo y reflujo de intercambios, contribuirá también a ese cambio.

No falta quien aprecie que la secularización del Estado y de las instituciones públicas, la condición de sociedad permisiva, la vida urbana y la sociedad de consumo en España se asentarán, además, bajo el signo o modelo de *sociedad neocapitalista de portada occidental*. Eso es decir que la religión contará con libertad para que ella misma, sin corte público, reducida al plano meramente de vida de naturaleza privada (aunque actúa en público), se configure con los que quieran seguirla.

Todo ese conjunto traerá consigo, está trayendo ya, cambios importantes en valores y vivencias socialmente cualificados. Así, el modelo de familia patriarcal, propio de sociedades preindustriales y todavía vigente en buena parte de nuestros pueblos, desaparecerá en aras del *modelo de familia unicelular o nuclear*. La diferenciación socio-funcional de los sexos, en el funcionalismo de la sociedad urbana, desaparecerá. El trabajo de la mujer fuera de casa exigirá nuevos estilos de convivencia en la pareja. La tasa de natalidad descenderá (o mejor, ha descendido ya a niveles europeos: 18 por 1.000) [A. ORESANZ, *Cambio social y conducta sexual en España*, en *Pastoral Misionera* 14 (1978) 493-501]. Las tensiones sociales, dentro del pluralismo encuadrado en un marco político-jurídico de un Estado de Derecho, superarán su tendencia a la lucha por *el pacto*,

el compromiso o el consenso. El ámbito de la intimidad individual y de la vida privada quedará más defendido frente a los mecanismos estatales, pero se verá invadido –sin ser consciente de ello– por los resortes de *manipulación* de los "medios" utilizados por la sociedad de consumo, a la vez que quedará aislado por la *insolidaridad* del aislamiento en que se ve el *homo urbanus* por el "cada cual vive su vida". Las desviaciones y aun *aberraciones sociales* crecerán alarmantemente: libertades sexuales de grupos, delincuencia juvenil, aislamiento rotundo de enfermos y ancianos y desvalidos..., por la incitación y provocación del consumismo provocador de deseos de apropiación o de recursos para alcanzar goces inmediatos, o de rechazos de todo lo desagradable y doloroso.

La *sociedad permisiva*, incapaz de ofrecer liberación verdadera y esperanza real, y aun totalitarista en sus exigencias, provocará evasiones en distintas formas refinadas o brutas (drogas, psicopatologías), o actitudes escepticistas ante la verdad, o formación de grupos de rechazo ("el gran rechazo" de que habla Marcuse), aun radicalizados y revolucionarios en mil modos.

En conclusión y resumen: hemos expresado en síntesis la nueva sociedad moderna y española, sin haber pretendido entrar en otros pormenores, sino sólo en los grandes bloques de su configuración. La pregunta que centra nuestra cuestión es sencilla: ¿qué cabida y qué función puede y debe realizar la Iglesia y la religión en esta sociedad urbana, permisiva, secularizante y consumista?

VI. DISCERNIR Y VALORAR

A la hora de iniciar el discernimiento y valoración de tales posturas y realidades históricas nuevas, no vamos a destacar sus aspectos negativos que otros ya han hecho. Trataremos primero de exponer los grandes principios de valoración, para luego, en una tercera parte, extraer unas consecuencias más importantes.

1. La insatisfacción de la nueva sociedad

Ya las llamadas "teologías de la secularización" han sido superadas por sus mismos autores, hacia y por una teología de la celebración o de la fiesta de Dios en la ciudad¹⁴. El fenómeno hace previsible un ocaso cercano también de las teologías que se han derivado de aquellas ("teología de la revolución", "teología de la liberación", etcétera).

En efecto, la fe cristiana tiene unas exigencias de proyección social hacia la sociedad, sin que se reduzca, por definición, a la vida privada, como ha destacado la nueva "teología política" de hace un decenio escaso.

¹⁴ Cf. CÁNIDPOZO, *Teología de la fiesta, ¿ocaso de la teología de la liberación?*, en CONVERSACIONES DE TOLEDO (junio 1973), *Teología de la liberación* (Aldecoa, Burgos 1974), 409-436; J. DANIELOU-C. POZO, *¿Ante el ocaso de la teología de la secularización?*, en su volumen *Iglesia y secularización* (BAC Minor 23), Madrid 1973, 179-199; B. MONDIN, *El juego como categoría teológica*, en AA.VV., *Los movimientos teológicos secularizantes* (BAC Minor 31), Madrid 1977, 113-141, con oportuna bibliografía.

No tratamos de ellas. Como tampoco de exponer la insatisfacción humana que implica la ciudad o sociedad de consumo, creada para el hombre con aspiración de liberarse, pero quedando aprisionado en su libertad misma por el permisivismo social que conduce a un escepticismo intelectual y a una perspectiva sin horizonte de esperanza. Ya Marcuse lo ha hecho al acusar a esa sociedad de unidimensional (*El hombre unidimensional*).

2. Los presupuestos

Al no ser objeto de nuestra atención directa aquí el tema religioso como tal, ni el de la revelación, sino el de la presencia cristiana en la sociedad, damos por presupuestos una serie de afirmaciones. Entre ellas, las más destacadas son: que *Dios es el fin último* "extrínseco" del hombre, cuyo fin último "intrínseco", teleológico, es su felicidad, que sólo la encontrará en su encuentro personal con Dios; que *Dios todo lo creó bueno*, y que sólo por el pecado del hombre se le sublevar y vuelven en contra las cosas al usar de ellas; que Dios creó al hombre muy bueno, a imagen y semejanza suya (B. C. BUTLER, *La notion d'"ímago Dei": sa signification pour l'éthique sociale*, en *Istina* 13 (1968) 451-456); pero que el hombre, Adán, ya en los orígenes, pecó, abusando de su libertad, queriéndose hacer "como Dios", y que el *pecado original* ha incidido no sólo en perder la amistad con Dios, sino también en haber deformado la capacidad moral natural del hombre, que, aun para cumplir dignamente su vida moral natural necesita, con necesidad moral (no física), de la revelación de Dios y de la gracia sanante de Dios, que, de hecho, se le prestan socialmente por y en la Iglesia; que la fe tiene dimensiones sociales en sociedad privada y pública, porque trata no sólo de salvar a cada hombre, sino también de formar el Reino de Dios y de Cristo, que ha de recapitular toda la humanidad, toda la historia y toda la creación o cosmos, definitivamente en el último día; que la Iglesia fundada por Cristo es ese Reino incoado ya en la tierra, en misterio, y que ella tiene una misión que cumplir no sólo respecto a los hombres individuos-personas, sino también respecto al mundo entero y a la humanidad entera.

Sólo supuestas esas premisas podemos afrontar la temática que se nos ha asignado.

3. Ante la técnica y la secularización

a) *La técnica es buena en sí misma*

La doctrina revelada enseña con claridad que el hombre tiene vocación dada por Dios para dominar la tierra (Gn 1,26-28; 9,3; Sb 9,3). Por ello el Vaticano II puede repetir con toda claridad:

"Está ratificado a los creyentes que la actividad humana, individual y colectiva – o sea, el ingente esfuerzo con que los hombres en el decurso de los siglos tratan de mejorar las condiciones de vida–, *considerada en sí misma, responde a la voluntad de Dios*. Pues el hombre, creado a imagen de Dios, recibió el mandato de que sometiendo a sí la tierra con cuanto en ella se contiene, rigiese el mundo en justicia y santidad, y que, reconociendo a Dios creador de todo, orientase a

Él su propia persona y todas las cosas, de forma que, sometiendo todas las cosas al hombre, sea admirable el nombre de Dios en toda la tierra" (GS 34a).

"(Los hombres) pueden con razón ponderar que en su trabajo desarrollan la obra del Creador, atienden al bien de sus hermanos y contribuyen con su trabajo personal a que se cumpla en la historia el designio de Dios" (GS 34b).

"Los cristianos, por tanto, lejos de pensar que las conquistas logradas por los hombres con su ingenio y poder se oponen a la potencia de Dios, y que la creatura racional actúa como rival del Creador, están, por el contrario, persuadidos de que las victorias del género humano son *signo de la grandeza de Dios* y fruto de su inefable designio" (GS 34c).

"Crece en los cristianos la importancia de la función de trabajar con todos los demás hombres para la edificación de un mundo que tiene que construirse más humano... Pues cuando el hombre, con el trabajo de sus manos y con la ayuda de la técnica, cultiva la tierra para que le produzca fruto y para hacerla morada digna de toda la familia humana, y cuando interviene conscientemente en la vida de los grupos sociales, cumple el *designio de Dios*, manifestado al comienzo de los tiempos, de someter la tierra y de perfeccionar la creación, y se realiza a sí mismo. *A la vez observa el mandamiento de Cristo* de entregarse en servicio de los hermanos" (GS 57a-b).

El hombre, pues, con su trabajo y su técnica, "desarrolla la obra del Creador", es *adiutor Dei*, como decía Bergson (*Les deux sources de la mora/e et de la religion*, 184ª edición [PUF, París 1969], 246-250). Y eso es bueno "considerado *en sí mismo*", pues "responde a la voluntad de Dios" y al mandato de Cristo.

b) Riesgos en el aprecio de la técnica

Pero el hombre puede hacerlo malo por no superar un doble peligro que encierra esa tarea:

Porque "las ciencias y la técnica, *debido a su método*, no pueden penetrar hasta las íntimas causas de las cosas", pero "el progreso moderno de las ciencias y la técnica", tan acentuado, "puede favorecer cierto *fenomenismo y agnosticismo* cuando al método de investigación que usan estas disciplinas se le considera sin razón como suprema regla para hallar toda la verdad" (GS 57e).

"Es más, cabe el peligro de que el hombre, confiando demasiado en los inventos actuales, *crea que se basta a sí mismo* y deje ya de buscar las cosas más altas" (GS 57e).

De hecho, en la historia, "incluso en nuestros días, no pocos, confiando más de lo debido en los progresos de las ciencias naturales y de la técnica, caen *en una como idolatría* de los bienes temporales, haciéndose más bien siervos que señores de ellos" (AA 7 e)¹⁵.

¹⁵ Véase A. DE NICOLÁS, *Teología del progreso* (citado *supra*, nota 6); C. SKALICKY, *La teología dell'impegno cristiano nel temporale*, en *Lateranum* 43 (1977) 198-243; AA.VV., *Evangelizzazione e promozione umana*, Roma 1976; B. SORGE, *Evangelizzazione e promozione umana*, Bologna 1976.

Es ésa una "como idolatría", por el cultivo de la autonomía de "las cosas, dotadas de consistencia, verdad y bondad propias, de propias leyes y orden propio" (GS 36b; cf. AA 7a); no es agotar toda su realidad, que tiene a la vez, en el fondo mismo de su autonomía o *secularidad*, el grito profundo de su *creaturidad*, de su referencia a Dios. Es "como idolatría" porque se toma la parte como si fuera el todo, y se cierra a considerar ese grito creatural; cultiva una secularidad cerrada. Se ha mundanizado, como absolutizado. Y ahí se encierra o contiene una actitud o "espíritu de vanidad y malicia, que transforma a la actividad humana, ordenada al servicio de Dios y del hombre, en instrumento del pecado" (GS 37e)¹⁶.

c) *El pecado en el uso de lo temporal que hay que liberar*

La Iglesia, siguiendo la enseñanza de la revelación, expresa aquí una *visión profunda del misterio del pecado original y de su trasfondo diabólico*. En efecto, el hombre tiene que "referir su propia persona y todas las cosas a Dios", como vimos en el Concilio, "para que sea admirable el nombre de Dios en toda la tierra" (GS 34a), de forma que, "cuando actúa transformando las cosas y la sociedad y perfeccionándose a sí mismo" (GS 35a), cante sus "victorias como signo de la grandeza de Dios" (GS 34c), es decir, que "cuando use las cosas ha de referirlas al Creador" (GS 36c). "Todos los creyentes, cualquiera que fuera su religión, escucharon siempre la voz y la manifestación de Dios en las creaturas" (GS 36c).

Pero para el hombre, "el progreso humano –según enseña la Sagrada Escritura, con la que concuerda la experiencia–, encierra un gran peligro: pues los hombres y los grupos, *subvertida la jerarquía de valores* y mezclando el mal con el bien, no miran más que a lo suyo, olvidando lo ajeno..." (GS 37a). Y, "por el olvido de Dios, queda oscurecida la creatura misma" (GS 36c).

"El hombre, creado por Dios en la justicia, ya en el inicio mismo de la historia, *por instigación del maligno, abusó de su libertad*, erigiéndose contra Dios y pretendiendo alcanzar su fin al margen de Dios. (Los hombres) conocieron a Dios, pero no le glorificaron como Dios, sino que oscurecieron su corazón y sirvieron a la creatura en vez de al Creador. Esto que nos dice la Revelación concuerda con la experiencia misma... Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como principio suyo, el hombre *rompe la debida ordenación* a su fin último, a la vez que rompe toda su ordenación, tanto para consigo mismo como para con los demás hombres y las cosas todas creadas" (GS 13a).

"En el decurso de la historia, el uso de las cosas temporales ha sido desfigurado por graves vicios, porque los hombres, afectados por el pecado original, cayeron frecuentemente en muchos errores acerca del verdadero Dios, de la naturaleza del hombre y de los principios de la ley moral: de donde se siguió que se corrompieron las costumbres y las instituciones humanas y se conculcó no pocas veces a la persona humana misma" (AA 7c).

d) *La presencia del Maligno*

Eso fue *por instigación del Maligno* (GS 13a), es decir, que "los hombres, *engañados por el Maligno*, se hicieron muchas veces necios en sus

¹⁶ Cf. CH. DUQUOC, *Ambigüedad de las teologías de la secularización*, Gemboux 1972; Bilbao 1974, con oportuna bibliografía.

razonamientos y trocaron la verdad de Dios por la mentira, sirviendo a la creatura en vez de al Creador" (LG 16).

Esa presencia activa, instigadora y engañadora del "padre de la mentira", hace que "*una dura lucha contra las potestades de las tinieblas*, que comenzó desde el origen del mundo y durará, como dice el Señor, hasta el último día, esté inmersa (*pervadit*) en toda la historia de los hombres" (GS 37b)¹⁷.

e) *El misterio de la historia*

Tras lo dicho es preciso que nos percatemos bien de que –según la Revelación, con la que concuerda la experiencia– en el fondo de la historia, de la construcción de la sociedad, en el fondo de la política, nos encontramos con el misterio del pecado del hombre, con el misterio de la lucha con el poder de las tinieblas (Sobre esas "potestades" (*dynameis* las llama San Pablo) y tentaciones mesiánicas de la política, véase M. A. FERRANDO, *Cristianismo y poder civil*, Madrid 1965, c. I, IV-VI), con el misterio del designio de Dios sobre la historia.

El Vaticano II nos recuerda que "la compenetración de la ciudad terrenal y la ciudad celestial no es perceptible sino por la fe; es más, sigue siendo el *misterio de la historia humana*, la cual está *perturbada por el pecado* hasta (que llegue) la plena revelación de la claridad de los hijos de Dios" (en el último día) (GS 40b).

La gran conclusión inicial, por tanto –tras lo dicho–, es que la política, la construcción de la ciudad, encierra una densidad teológica.

Esa afirmación no es nueva. Todos los eticistas se han planteado constantemente el problema, que ya formuló Dostoiewski en *Los hermanos Karamazov*: "Si no hay Dios, todo es lícito". Las horrendas experiencias de "los campos de concentración" del siglo XX lo confirman en nuestro tiempo de forma bien manifiesta. El problema político es, en el fondo, problema ético, y el problema ético es, en el fondo, problema teológico. Donoso Cortés, adornándolo con diversas referencias históricas y filosóficas, lo tuvo como afirmación central de la política. Juan Bautista Metz lo ha centrado desde el planteamiento del mundo y de la historia (*La teología del mundo*), y aun los mismos teóricos neo-marxistas, aludiendo al lenguaje religioso, llegan a plantearse que el "logos ético" requiere un "logos absoluto", es decir, plantean el tema religioso, o teológico, porque reconocen que el axioma de que *homo supremum bonum homini*, como suprema norma ética, no puede justificarse como absoluto ni por la praxis, ni por sí mismo, y necesita un afrontamiento ulterior que trasciende lo científico, lo técnico, lo demostrable (así, con diversas palabras, Garaudy, Kobakowski, Machovec, Schaff, Bloch...).

Es decir: la primera gran consecuencia práctica para construir la ciudad es que ésta ha de configurarse *abierto al menos* a la dimensión religiosa; debe posibilitar la dimensión religiosa del hombre, so pena de incurrir en las mayores

¹⁷ En ello insisten J. A. ALDAMA, *Secularización y teología de la liberación*, en CONVERSACIONES DE TOLEDO (junio de 1973), *Teología de la liberación*, Burgos 1974, 351-360; J. B. METZ, *Teología del mundo* (1968), Salamanca 1970; T. I. JIMÉNEZ URRESTI, *¿Teología misionera desde la praxis marxista?* (a la luz de la *Evangelii nuntiandi* n. 29-38), en *Estudios de Misionología* 2 (1977) 57-154, con índice bibliográfico sobre el "Movimiento de Cristianos por el Socialismo".

aberraciones humanas de totalitarismos profundos, por no hablar de que el uso no razonable de la técnica se le vuelve en contra, alterando la ecología.

f) *La actuación de la Iglesia sanante*

Hay que completar el planteamiento teológico de la política. La doctrina aludida sobre el pecado original nos lleva a ello.

En efecto, Dios creó al hombre a su imagen, *varón y mujer los creó y vio que eran muy buenos* (no sólo "buenos", como los demás seres que había creado antes) (Gn 2,27 y 31). Pero *el pecado original afecta a todos los hombres*, y así el hombre ha quedado y nace *herido por el pecado* (GS 14a), y "por ello el hombre está dividido en sí mismo: toda la vida humana, tanto la individual como la colectiva, se presenta, por ello, como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas" (GS 13b)¹⁸.

Esa naturaleza herida se muestra aun en lo más específico del hombre¹⁹. Pues (el hombre) "por su interioridad está por encima del universo entero" (GS 14b). Pero su "*inteligencia* no se limita sólo a los fenómenos, sino que puede alcanzar con verdadera certeza la realidad inteligible, si bien, por *consecuencia del pecado*, está en parte *oscurecida y debilitada*" (GS 15b).

De ahí la gran afirmación que hizo el Vaticano I y repite el Vaticano II de que –a escala macrosociológica, diríamos hoy– "para que todos los hombres, en la presente condición del género humano, puedan conocer fácilmente, con firme certeza y sin mezcla de error alguno, las cosas divinas que de por sí no son inaccesibles a la razón humana, tiene necesidad (moral) de la revelación" (DV 6b).

En su *voluntad*, "más todavía: el hombre se encuentra incapaz de dominar por sí mismo eficazmente los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas" (GS 13b). "La libertad del hombre está herida por el pecado" (GS 17).

Y como "la dignidad humana consiste en la obediencia a la ley escrita por Dios en su corazón" y en su "conciencia, que da a conocer de modo admirable esa ley que se cumple en el amor de Dios y del prójimo" (GS 16), "la libertad humana, herida por el pecado, no puede llevar a efecto plenamente esa ordenación de Dios más que con la ayuda de la gracia de Dios" (GS 17). (Véase n. 168 de *Pacem in terris*, de Juan XXIII).

En otras palabras, teniendo en cuenta que "el pecado disminuye al hombre mismo, impidiéndole conseguir su plenitud" (GS 13b), el hombre, *aun para cumplir deberes en lo temporal* (Véase R. TAMAMES, *Ecología y desarrollo*, Madrid 1977; J. VOIGT, *La destrucción del equilibrio ecológico*, Madrid 1971; A. GORTZ, *Ecologie et politique*, París 1977), *necesita* reparar su oscurecimiento e incapacidad moral, *sanar su*

¹⁸ J. DANIELOU, *El misterio de la historia*, París 1933; San Sebastián 1957; U. von BALTHASAR, *La Théologie de l'histoire*, París 1955; G. CHIFFLOT, *Théologie de l'histoire*, París 1960; J. MOURoux, *Le mystère du temps*, París 1962.

¹⁹ Cf. J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Muerte y marxismo humanista. Aproximación teológica*. Salamanca 1978, especialmente desde 149.

herida naturaleza. Y como esa reparación (aún hablamos de su elevación-restauración en el plano sobrenatural) le viene *de la revelación y de la gracia* de Dios, *cuya depositaria es la Iglesia*, esta Iglesia puede afirmar con toda claridad: "Es de toda la Iglesia el trabajar para que *los hombres sean hechos de nuevo capaces* (capaces reddantur) *de restablecer rectamente todo el orden temporal*" (AA 7c).

De Cristo es el mensaje revelado y la gracia que aplica la Iglesia. En Cristo es donde se cura la herida de la naturaleza por el pecado original; en Cristo, que es de Dios y es Dios-Hombre. "Todo hombre resulta para sí mismo un problema no resuelto, percibido con cierta oscuridad... *Sólo Dios da respuesta plena y totalmente cierta a ese problema*, Dios que llama al hombre a pensamientos más altos y a una búsqueda más humilde de la verdad" (GS 21d).

"Cuando, por el contrario, falta ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas –como consta hoy con frecuencia–, y los *enigmas* de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan *sin solución*, hasta el punto de llevar no pocas veces al hombre a la desesperación" (GS 21c).

Esa respuesta de Dios es Cristo. Y el Vaticano II puede añadir que "quien sigue a Cristo, el Hombre perfecto, se hace él mismo más hombre" (GS 41 a). "Realmente, *el misterio del hombre* no se esclarece verdaderamente sino *en el misterio del Verbo encarnado*. Pues ... Cristo, el novísimo Adán, en su relación misma del misterio y del amor del Padre, *manifiesta plenamente el hombre al hombre mismo* y le descubre su vocación última" (GS 22a).

O dicho con palabras pronunciadas en sentido positivo y referidas a la Iglesia: "*Ninguna ley humana* puede poner tan aptamente a seguro la dignidad personal y la libertad del hombre como el Evangelio confiado por Cristo a la Iglesia" (GS 41 b)²⁰.

"Partiendo de la fe, la Iglesia puede rescatar la dignidad humana del incesante cambio de opiniones" (GS 41 b). "Pues el Evangelio anuncia y proclama la libertad de los hijos de Dios; rechaza *toda esclavitud, que fluye radicalmente del pecado*; venera santamente la dignidad de la conciencia y su libre decisión; advierte sin cesar que todo talento humano debe proyectarse en servicio de Dios y en bien de los hombres; encomienda, en fin, a todos a la caridad de todos" (GS 41 b).

Las citas podrían multiplicarse, en definitiva, para mostrar que Cristo y su Iglesia son *moralmente necesarios aun para el comportamiento natural digno* del hombre (sin contar la absoluta necesidad de Cristo para la única vocación última del hombre, que es del orden sobrenatural del amor de Dios como Padre).

Por eso la Iglesia, peregrina e histórica, es no sólo la institución intramundana de la gracia y de la salvación definitivas. Es también la *institución que cura las heridas de la naturaleza*. Por ello es imprescindible para la posibilidad de una ordenación y construcción de la ciudad digna del hombre. Los Papas, sobre todo

²⁰ Cf. T. I. JIMÉNEZ URRESTI, *Teología de la liberación, del Vaticano II*, en CONVERSACIONES DE TOLEDO (junio 1973), *Teología de la liberación*, Burgos 1973, 43-101, especialmente 46-57: esclavitudes originarias, adquiridas y liberación integral.

desde León XIII, han venido repitiendo que la Iglesia es la Maestra de la *Ley Natural*.

La nueva teología política de Metz (*Teología del mundo*) ha insistido también en que la Iglesia es, además, la *institución* (intramundana) *crítica* de los comportamientos desviados de la sociedad. Cosa que los Papas dijeron al hablar de la Iglesia, *Tutora de la Ley Natural*. O como repitió Pablo VI, la Iglesia es Maestra en humanismo²¹.

La conclusión de este apartado es sencilla: la sociedad humana, la construcción de la ciudad, necesita de la Iglesia, porque la necesitan sus ciudadanos para *volver a ser capaces* de construir rectamente la ciudad; y la necesita también porque sólo ella es depositaria de la revelación de Dios sobre el destino último o la meta de la historia, meta que está en el encuentro último con Cristo, que ha de volver para establecer definitivamente su Reino.

De ahí que la ciudad ha de estar *abierta a la presencia activa* de la Iglesia.

g) La singularidad de los cristianos

De esa necesidad de la revelación y de la gracia de Cristo, y por lo mismo de la Iglesia, se concluye algo importante que merece ser destacado. Sólo los cristianos, vistos a escala macrosociológica, son *capaces* de realizar una política digna, de construir una ciudad adecuada a su dignidad. Porque sólo el cristiano queda hecho capaz de asumir y realizar la genuina secularidad. Lo ha destacado incluso la nueva teología política de Metz²², en conformidad con los datos y valores de la fe cristiana: "En el fondo, sólo nuestra fe", "*sólo el cristiano* es capaz de tomar completamente en serio la secularidad", "de encararse sin encubrimiento con ella y de asumirla como lo que es", de "*liberar la secularidad*" *amenazada y sacudida por el pecado*, y por ello tendente a devorarlo todo y convertirse en un Moloc. Esa es también la doctrina de los Papas, que subyace en toda su enseñanza social²³.

Los no-cristianos, pero creyentes, tienen también una gran base para no quedar absorbidos por el secularismo; pueden encararse sin desfiguraciones sustanciales con la secularidad. En su interior actuarán movidos por su

²¹ Omitimos dar abundancia de citas de los Papas, que se encuentran sobre todo en sus encíclicas sociales. Baste recordar Pío XI, *Mit brennender Sorge*, contra el nazismo: "La Iglesia es la custodia y expositora del derecho divino-natural" (AAS 29 [1937] 160); *Casti connubii*: "La custodia y maestra de toda la verdad sobre la religión y las costumbres (AAS 22 [1930] 580); JUAN XXIII en el título mismo de su encíclica *Mater et Magistra*.

²² J. B. METZ, *Teología del mundo* (1968), Salamanca 1970, 59-62.

²³ Pío XII, *Radiomensaje a obreros españoles* (11 marzo 1951): "Sin la Iglesia la cuestión social es insoluble. Pero tampoco ella sola la puede resolver... Hace falta la colaboración de las fuerzas intelectuales, económicas y técnicas, de los poderes públicos ... Nadie ha presentado un programa que supere la doctrina de la Iglesia en seguridad, consistencia y realismo" (AAS 43 [1951] 214-15). *Radiomensaje de Navidad de 1941*: "Las soluciones del problema social... en su entereza y fruto pleno sólo podrán alcanzarse si los hombres de Estado y los pueblos, empresarios y obreros, están animados por la fe en un Dios personal..., con mayor razón quien tiene la fe en Cristo" (AAS 34 [1942] 19). *Radio mensaje de Navidad de 1944*: "Sólo los hombres de Estado, que conocen, ven y respetan el orden establecido por el Creador, están en condiciones de cumplir los deberes propios del orden legislativo" (AAS 37 (1945] 15-17): etcétera.

conciencia de creyentes, vivificada e impulsada –aun sin saberlo– por la gracia de Cristo (cf. LG 16); pero faltándoles la asistencia de la Iglesia, de los medios histórico-institucionales de la Iglesia, de su mensaje y de sus sacramentos, quedarán en su *capacidad* macrosociológica y en su capacidad personal, "con demasiada frecuencia, engañados por el Maligno: ... expuestos a una horrible desesperación. Por eso la Iglesia... fomenta encarecidamente las misiones", nos advierte el Concilio (LG 16).

En resumen: que los cristianos son *singularmente privilegiados en sus capacidades humanas* para proyectarse a construir una ciudad digna; sólo necesitan fe –y la fe les exige la entrega, como ha destacado con insistencia el Concilio (GS 43; 73-90; LG 36; AA 7,14; AG 21)–. Tienen la plusvalía que deben rendir. Lo cual les responsabiliza, en forma también singular, *delante de los hombres* y de la historia, que esperan de ellos lo que ellos pregonan; *delante de Dios*, porque "faltar a los deberes temporales es faltar a los deberes para con el prójimo, y faltar a los deberes para con el prójimo es faltar a los deberes para con Dios" (GS 43a); y *delante de la Iglesia*, que tiene que dar testimonio de ordenar el mundo entero, el orden temporal, todo él, a Cristo, "a través de sus hijos" (cf. AA 2; 7 d; LG 35-36).

h) Lo común de los cristianos con todos

A pesar de lo dicho sobre la singularidad de los cristianos, éstos han de percatarse bien de que su singularidad, su plusvalía, el aporte específico que ellos dan, *versa sobre la creaturidad* de las cosas y del hombre, sobre la condición herida de la naturaleza humana por el pecado, *no sobre la secularidad* en sí misma.

La visión de la creaturidad hace que *no se cierre* la secularidad; que la secularidad no se convierta en secularismo. Pero *no dispensa* del trabajo y esfuerzo por descubrir, formular y dominar la secularidad. Pensar o adoptar la actitud de que basta la fe, de que basta conocer la condición creatural de las cosas para cultivar el mundo y hacerlo nuevo, sería fideísmo, que ya rechazó con claridad Pío XII²⁴.

Por eso, el Vaticano II insistirá muy repetidamente en que los cristianos han de restablecer el buen orden y construir la ciudad, teniendo en cuenta y cultivando las leyes propias de la autonomía de lo temporal (cf. GS 36; 43; 55-56; 62; 64; 72; 74-75; 78; LG 36; AA 7; 24). En este aspecto han de actuar como ciudadanos con los demás ciudadanos (cf. GS 43b; 44b; 52c; 62; 72; 83; 85a; 88c; 89-90; AA 7e). "La vocación específica y propia" de los cristianos en la comunidad política está precisamente en que, "dando ejemplo de responsabilidad y de servicio al bien común", demuestren con los hechos la conjunción armónica de la

²⁴ Pío XII, *Radiomensaje de Navidad de 1954*: "Sobrenaturalismo unilateral... con motivo de que vivimos en el mundo de la redención, sustraídos por ello al orden de la naturaleza..., error al que un católico no puede en modo alguno someterse" (AAS 47 [1955] 25). CH. DUQUOC, *Ambigüedades de las teologías de la secularización* (citado *supra*, nota 16), piensa que el Vaticano II ha insistido poco en esa necesaria atención y dedicación a la autonomía de lo temporal, ya que, referida a la atención al quehacer social o histórico, requiere atención diversa a la dedicada al dominio de la naturaleza. requiere "mediación histórica".

secularidad con la creaturidad²⁵, *en una concepción-realización integral* (cf. GS 57 a; 64a). Eso es hacer surgir *un nuevo humanismo* (cf. GS 55a; 57a; 61a; 62f; 64a; 75c).

Es decir, el cristiano y la Iglesia acogen cuanto de secularidad obtienen los hombres, sean o no creyentes; pero si la formularan cerrada, la Iglesia y los cristianos la abrirán, "la purificarán". Por eso el Concilio mismo llega a decir: "La Iglesia necesita de modo peculiar la ayuda de quienes, por vivir en el mundo, se trate *de creyentes o de no-creyentes*, conocen a fondo las diversas instituciones y disciplinas y entienden el sentido íntimo de las mismas" (GS 44b). "Se deben reconocer y emplear suficientemente en la cura pastoral no sólo los principios teológicos, sino también los *hallazgos de las ciencias profanas*, sobre todo de la psicología y de la sociología, llevando así a los fieles a una vida más pura y madura de la fe" (GS 62b).

Se trata, pues, no sólo de ver si y hasta qué punto "las novedades de las nuevas ciencias y doctrinas y de los nuevos inventos" son "*compatibles* con los datos de la Revelación" –como vimos que dice el Concilio (AG 22)–, sino también y, además –como afirma el mismo Concilio–, "*de conjugadas* con las costumbres cristianas y con la doctrina cristiana, de forma que la práctica de la religión y la rectitud de espíritu procedan en ellos a ritmo con el conocimiento de las ciencias y con los avances diarios de la técnica, y así puedan ponderar e interpretar todo con sentido cristiano integral" (GS 62f; cf. en términos similares GS 52c-d).

Ahí esta la imprescindible colaboración de los cristianos y de la Iglesia, pues, aunque la Iglesia, "el fin que tiene asignado es de orden religioso, sin embargo, *precisamente de su misión misma religiosa le fluyen función, luz y energías* que pueden servir para constituir y consolidar la comunidad humana según la Ley divina" (GS 42b).

Es así, con esa conjunción entre secularidad y creaturidad, con esa secularidad mantenida abierta a su creaturidad, como "en el Reino de Cristo la creatura misma quedará liberada de la esclavitud de la corrupción para la libertad de la gloria de los hijos de Dios (cf. Rm 8,21)" (LG 36a), y como "Cristo, a través de los miembros de la Iglesia, iluminará más y más con su luz salvífica a toda la sociedad humana" (LG 36b), y como "cuanto hay de bueno sembrado en el corazón y mente de los hombres y en las formas y culturas propias de los pueblos

²⁵ La atención a la creaturidad, es decir, a la dimensión que debe permanecer abierta a lo trascendente, es la que requiere la luz de la fe o de la revelación; pero no nos da soluciones concretas y directas aplicables de inmediato a lo político. Por eso la luz de la fe (la escatología cristiana) es una teología política *negativa*, en el sentido de que acusa y critica la historia que realizamos cuando deja de estar orientada a la luz del horizonte escatológico. Así, J. B. METZ, en su *Teología del mundo* (1968), Salamanca 1970. Es, pues, negativa, pero necesaria. R. BELARMINO habló de luz y atracción indirecta: cf. T. I. JIMÉNEZ URRESTI, *Crítica teológica a la teología crítico-política de Metz*, en AA.VV., *Teología del mundo contemporáneo* (Homenaje a K. Rahner, Madrid 1975, 515-543, al final). Pero la fe da también una luz más próxima a la consistencia misma de lo humano en cuanto tal, aunque no concreta o aplicable inmediatamente; más próxima que la luz de la escatología, porque da luz también sobre constitutivos humanos: cf. T. I. JIMÉNEZ URRESTI, *De la "teología política escatológica negativa" a la teología positiva de la creación*, en AA. VV., *Miscelánea J. Zunzunegui*, vol. IV, Vitoria 1975, 289-344.

no sólo no perezca, sino que es sanado, elevado y consumado para la gloria de Dios, confusión del demonio y felicidad del hombre" (LG 17; AG 9).

4. Ante la sociedad pluralista

a) Libertad religiosa

Ante el gran fenómeno de la sociedad pluralista de nuestro tiempo, que antes explicamos y que lleva a una sociedad permisiva, la Iglesia, consciente de que "la verdad no se impone de otra forma sino por la fuerza de la verdad misma que penetra suave a la vez que fuertemente en las mentes" (DH 1b), y "aunque en su vida de Pueblo de Dios peregrinante, a través de la historia humana, a veces ha tenido comportamientos menos conformes con el espíritu del Evangelio, e incluso contrarios al mismo" (DH 12), "sin embargo, no sólo ha mantenido siempre la doctrina de que nadie sea coaccionado a la fe" (DH 12), sino que, además, afirma y "declara que toda persona humana", "sola o asociada con otros, en privado o en público", "tiene el *derecho a la libertad religiosa*"²⁶, es decir, "a ser inmune de coacción por parte de cada uno o de los grupos sociales y de toda potestad humana, en materia religiosa", .. en la vida social civil, "dentro de los debidos límites", es decir, "dentro del justo orden público" (DH 2).

b) El postulado de reconocimiento, hoy²⁷

Es tan profunda y creciente, "en nuestro tiempo", la vivencia de la libertad (DH 1a), y, por otra parte, es tan profunda la irreductibilidad de las diversas culturas vigentes a una unidad de entendimiento básico común –como dijimos–, que para respetar la dignidad y libertad de todos los ciudadanos y comunidades religiosas se hizo preciso que el Concilio Vaticano II afirmase con claridad que "si en atención a las peculiares circunstancias de los pueblos se da a una comunidad religiosa un especial reconocimiento civil en el ordenamiento jurídico de la ciudad, es necesario que a la vez se reconozca y observe para con todos los ciudadanos y comunidades religiosas el derecho a la libertad en materia religiosa" (DH 6c).

Es decir, el Concilio *no insiste* en que una confesión o comunidad religiosa alcance reconocimiento jurídico civil singular; ni siquiera para la Iglesia²⁸.

En España, de hecho, la nueva Constitución, votada en referéndum el 6 de diciembre de 1978, establece, en su artículo 16, *la aconfesionalidad religiosa e ideológica* del Estado²⁹. El artículo 6 del Fuero de los Españoles, que afirmaba que la religión católica, como única de la nación española, era la religión reconocida por el Estado español (artículo cuyo contenido era reafirmado en el

²⁶ Cf. AA.VV., *Libertad religiosa* (comentario a la declaración conciliar), Madrid 1968; A. FUENMAYOR, *Libertad religiosa*, Pamplona 1969.

²⁷ Cf. A. DE LA HERA, *Pluralismo y libertad religiosa*, Sevilla 1971, dotado de bibliografía muy oportuna; AA.VV., *Libertà religiosa e trasformazione della società*, Milán 1966; F. CASUSCELLI, *Concordati, intese e pluralismo confessionale*, Milán 1974, con índice bibliográfico.

²⁸ A más de lo citado en las dos notas anteriores, véase I. MARTÍN, *Iglesia y comunidad política en la enseñanza del episcopado mundial después del Vaticano II*, Madrid 1976; AA.VV., *La Iglesia en España sin concordato: una hipótesis de trabajo*, Madrid 1977.

²⁹ Cf. O. ALZAGA, *La Constitución española de 1978. Comentario sistemático*, Madrid 1979.

artículo 1 del Concordato con la Santa Sede, de agosto de 1953, y que era incorporado al mismo por su protocolo correspondiente, aunque modificado, abriéndolo a la libertad religiosa por el referéndum del 1 de julio de 1967), ha caído rotundamente. Ha sido sustituido por la afirmación del artículo 16 de la Constitución, en que se dice que el Estado *tendrá en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española y mantendrá relaciones de cooperación con la Iglesia católica y las demás confesiones*; y por el reconocimiento contenido en el preámbulo o proemio del primer acuerdo –de los cinco celebrados con la Santa Sede– del 28 de julio de 1976, de que la religión católica es la de la mayoría de los españoles.

Nos encontramos, por tanto, en nuevos planteamientos de relaciones entre la Iglesia y el Estado. Y hemos de tomar constancia y conciencia bien claras y firmes sobre un hecho de tanta calidad e importancia, con todas sus consecuencias. Después hablaremos de algunas más importantes consecuencias que de ahí se derivan.

c) *El postulado de la libertad, hoy*

La Iglesia misma es bien consciente de la vivencia social de la libertad hoy; y de su radical fundamentación en la dignidad de la persona humana (cf. DH 2-3; GS 73b-e).

Por ello, afirma el gran principio de ordenación de la sociedad sobre el principio de libertad. Dice el Vaticano II a este propósito: "Se ha de observar el estilo (*consuetudo*) de la libertad integral de la sociedad, según el cual *debe reconocerse al hombre el máximo posible (quam maxime) de libertad, y no debe restringírsele sino cuando y en cuanto es necesario*" (DH 7c).

La restricción o límites o "protección de la sociedad civil contra los abusos que puedan darse so pretexto de libertad corresponde principalmente a la potestad civil. Pero no puede hacerse de modo arbitrario..., sino según *normas jurídicas (que sean) conformes con el orden moral objetivo*" (DH 7c), o "dentro de los límites del orden moral..., según un ordenamiento jurídico legítimamente establecido o por establecer" (GS 74d), "límites que señala la ley natural y evangélica" (GS 74e).

Tales límites están primero o antes en la conciencia y responsabilidad moral personal y social (OH 7b), y por ello "nada mejor para establecer una vida política verdaderamente humana que *fomentar el sentido interior* de la justicia y benevolencia y del servicio del bien común, y *corroborar las convicciones fundamentales* acerca de la verdadera naturaleza de la comunidad política, así como de su fin, recto ejercicio y límites de la autoridad pública" (GS 73e). Es decir, una educación para la libertad (DH 8; GS 75f).

Pero el Concilio –sin descender a detalles, que no es su función– señala también los criterios objetivos de la norma moral social, integrados bajo la noción de justo orden público, que repite con reiteración al hablar precisamente de la libertad religiosa (DH 2a): "dentro de los debidos límites", que son: "el justo orden público" (DH 2b; 3d; 4b; 7c).

d) Límites por el justo orden público³⁰

El Vaticano II no se limita a hablar de la libertad y del orden público. Precisamente porque, bajo el impulso de diversas ideologías y postulados de fondo, cabrían verdaderos abusos, como lo ha mostrado la historia misma del siglo XX y lo sigue mostrando, según se invocó en el aula misma conciliar por no pocos Padres.

De ahí que el Vaticano II adjetive con frecuencia tales principios. Y hable de la *genuina* libertad (DH 8a), de la *verdadera* libertad (GS 42d; 3lc; 17a; 20), de la "*justa* libertad" (GS 59b-c; 62g); y hable del "orden público *justo*" (lug. citados).

Con ello, el Concilio muestra que apela no ya a unas doctrinas o teorías previas, ni siquiera tanto a la suya misma, aquí, sobre el hombre y el orden social, sino a la *objetividad misma* de lo que es el hombre, a las "normas morales (sociales-políticas) *objetivas*" (DH 7c), a "lo exigido objetivamente por el bien común" (GS 74e), a la naturaleza misma, verdad y bondad propias de las cosas, de la persona humana y de la vida social, a sus métodos de estudio objetivo (cf. GS 36 sobre autonomía, y paralelos; DH 14c).

En punto a los límites de la libertad socio-cívica establece tres grandes criterios:

- uno que podríamos llamar *principio jurídico*, que es el del respeto y "tutela de todos los derechos de todos los ciudadanos y la pacífica composición de los mismos" (DH 7c);
- otro, el del "cuidado suficiente de esa honesta paz pública, que es la ordenada convivencia en la verdadera justicia" (DH 7c), y que podemos llamar *principio político*;
- y un tercero, que puede llamarse *principio moral público*, el de "la debida custodia de la moralidad pública" (DH 7c).

Los tres forman (en sentido asertivo, no exclusivo, pues el Concilio no ha pretendido decirlo todo) la *parte fundamental del bien común* (DH 7 e). Es decir, que no agotan las exigencias del concepto y realidad integral del bien común, que postula una ulterior realidad a edificar sobre esos fundamentos primeros y básicos. Los tres son *principios de naturaleza dinámica*, versan sobre "materias sometidas a incesante evolución" y necesitan "adecuarse a cada pueblo y mentalidad" (GS 91 b); "el bien común, aunque regido en su raíz radical por la ley eterna (o natural), en sus exigencias concretas, en el decurso del tiempo, está sometido a incesantes cambios, por lo que la paz nunca es cosa adquirida para siempre, sino perpetuo quehacer" (GS 78a), y exige un ordenamiento en constante necesidad de adecuarse (cf. GS 84); el bien común, cuya parte fundamental es el orden público, es realidad social a ir realizando y buscando incesantemente y según la evolución de cada pueblo (cf. GS 74 y 75).

El conjunto, por tanto, resultante de las nuevas configuraciones socio-jurídicas de las libertades públicas –aun suponiendo que logren serlo en forma objetiva

³⁰ Cf. L. MARTÍN-RETORTILLO, *Las sanciones de orden público en el Derecho español* (Tecnos, Madrid); y *Libertad religiosa y orden público* (Tecnos, Madrid).

correcta— en España, nos sitúa ante novedades que nos exigirán también *nuevas actitudes y estilos y configuraciones de la presencia de la religión y de la Iglesia.*

e) *La libertad de la Iglesia*³¹

El primer cambio, ante el pluralismo mencionado y ante la vivencia de libertad, es que la Iglesia *insiste en su libertad, basándose fundamentalmente en que es "una sociedad formada por hombres que tienen el derecho a vivir en la sociedad civil según las normas de la fe cristiana"* (DH 13b), derecho común con "el que debe reconocerse a todos los hombres y comunidades y sancionarse en el ordenamiento jurídico de la sociedad" (DH 13c; cf. DH 2a; 15a).

"Reivindica —también— la Iglesia su libertad en la sociedad civil y ante toda autoridad pública (o Estado) en cuanto autoridad espiritual constituida por Cristo, el Señor, a la que por mandato divino le incumbe el deber de ir a todo el mundo y predicar el Evangelio a toda creatura"; "libertad sagrada", "tan propia suya, en verdad, que quienes la impugnaren, obrarían contra la voluntad (positiva) de Dios" (DH 13a-b).

Es, en virtud de este segundo principio, como la Iglesia se proclama no sólo independiente en lo intrínseco de su actuación (DH 13c), sino *también sociedad independiente y soberana* ante el Estado, de modo que "la comunidad política y la Iglesia son independientes y autónomas entre sí, cada una en su propio campo", convergiendo "ambas, aunque por título diverso, en servir a la vocación personal y social de los mismos hombres; el cual servicio lo ejercerán tanto más eficazmente en bien de todos cuanto mejor cultiven entre sí una sana cooperación" (GS 76c). Y la Iglesia "ofrece su cooperación sincera" (GS 3b).

En España, en la nueva situación, el Estado reconoce, implícitamente al menos, esa independencia soberana de la Iglesia, en el hecho de haber firmado los acuerdos últimos (26 julio 1976; 3 enero 1979) con la Santa Sede; y reconoce en su Constitución, artículo 16, el principio de cooperación, y en dichos acuerdos diversas formas concretas de tal cooperación.

Sin embargo, ante diversas interpretaciones y valoraciones que se han venido a mostrar en las opiniones manifestadas públicamente, conviene hacer algunas observaciones o considerandos importantes.

f) *La libertad positiva de la Iglesia*

Tales observaciones hay que proclamarlas con claridad en dos formas. Una negativa y otra positiva.

En forma negativa, diremos con rotunda claridad que ni la religión, como valor de dimensión social (cf. DH 4a) y como encarnación institucional en comunidades religiosas, ni la Iglesia, ya más en concreto, son realidades a las que *simplemente se les reconozcan en el ordenamiento jurídico civil una libertad socio-jurídica de actuación, porque no atentan contra el justo orden público; que se les permita subsistir simplemente porque no merecen una persecución, o un*

³¹ Cf. A. ARZA, *Reflexiones sobre la libertad de la Iglesia*, en AA.VV., *La Iglesia, sacramento de libertad*, Bilbao 1972, 127-168.

desconocimiento jurídico, y sean más controlables por el Estado, teniéndolas reconocidas jurídicamente.

Una tal concepción merece el rechazo rotundo no sólo de todo creyente, cristiano o no-cristiano, sino incluso de todo hombre amante del respeto al hombre³².

Hay ateos que sostienen que "la liberación del hombre es sobre todo liberación económica y social; y mantienen que *la religión, por su naturaleza, se opone a esa liberación*, por cuanto que la religión –dicen–, al poner la esperanza del hombre en la vida futura y falaz, apartaría al hombre de la edificación de la ciudad terrenal. De ahí que quienes mantienen tal doctrina, al acceder al dominio político del Estado, atacan violentamente a la religión, difundiendo el ateísmo, sobre todo en la educación de la juventud, incluso con el uso de los medios de presión que tiene a su alcance el poder público" (GS 20b). Conforme a esta concepción se han manifestado algunas figuras representativas de militancias políticas³³.

Queremos dar un cierto crédito –sin que podamos concederlo sin reservas muy serias– a *otros que*, procedentes de posturas originarias en ese mismo sentido, *proclaman ahora que comienzan a descubrir* en la Iglesia un comportamiento histórico de preocupación por la liberación social del hombre, incluso económico-política, de forma que la Iglesia no sería ya adormidera de los justos afanes por una sociedad más justa³⁴. Ponemos reservas –digo– a tales afirmaciones expresadas, porque aunque la historia de las religiones, e incluso de la Iglesia, tiene páginas no precisamente ejemplares en el comportamiento de sus fieles y clérigos, sin embargo, la historia muestra con mayor luz y fuerza, a cualquiera que la vea en sus emplazamientos y enmarcamientos históricos, páginas bien brillantes de liberación incluso socioeconómica. La conciencia misma, hoy vigente, de la libertad y de la dignidad de la persona humana, de su igualdad y trascendencia, de su valor por encima de todo lo creado, de que es el motivo y fin de toda sociedad, es fruto en su máxima proporción –aun en quienes se mueven contra ella invocando tales títulos y valores– de la predicación, con la palabra y el ejemplo, de siglos de historia de la Iglesia. No sólo es *un principio* que "ninguna ley humana puede garantizar la dignidad de la persona y la libertad del hombre con tanta seguridad como el Evangelio confiado por Cristo a la Iglesia" (GS 41 b), sino que *es un hecho bien patente* que ninguna institución ha hecho, en la historia, tanto por el hombre como la Iglesia. Por ello, "la Iglesia, por la fuerza del Espíritu Santo, se ha mantenido fiel esposa de su Señor y *nunca ha cesado de ser el signo de la salvación en el mundo*, a pesar de que no ignora que entre sus miembros, clérigos y laicos, a lo largo de muchos siglos, no han

³² G. RUGGIERI, *Comunidad cristiana y teología política. Sabiduría e historia*, Salamanca 1973, expone con claridad la reducción que el Estado secularizante moderno hace de la religión y de la Iglesia a la dimensión de lo privado, y aun ello mientras no vea comprometida su omnimoda libertad de actuación por parte de esa religión o Iglesia.

³³ Así, I. MORENO, dirigente del PT en España, y M. GUEDAN, portavoz del ORT, que discrepan de las declaraciones de los partidos comunistas españoles (véase nota siguiente), en *Revista de Fomento Social* 32 (n. 125, 1977). Similarmente, el PARTIDO COMUNISTA CUBANO, *Resolución sobre la tesis política en relación con la religión, la Iglesia y los creyentes* (dic. 1975), en *Vida Nueva* n. 1074 (2 abril 1977), 644-647.

³⁴ Véanse *Declaraciones acerca de la militancia de cristianos* en el seno del partido, del COMITÉ EJECUTIVO DEL PARTIDO COMUNISTA ESPAÑOL (PCE) (febrero 1975), del COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO SOCIALISTA UNIFICADO DE CATALUÑA (PSUS) (septiembre de 1975) y del COMITÉ EJECUTIVO DEL PARTIDO COMUNISTA DE EUSKADI (enero 1976), recogidas en *Revista de Fomento Social* 22 (n. 125, 1977).

faltado quienes han sido infieles al Espíritu de Cristo" (GS 43f); "por lo que, en la génesis de ese ateísmo, pueden haber tenido no pequeña parte los creyentes, en cuanto que por la negligente educación de la fe, o por la falaz exposición de la doctrina, o incluso por los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más que revelado –puede decirse– el genuino rostro de Dios y de la religión" (GS 19c). Por todo esto, es verdad que, por nuestra parte, "dejando a un lado el juicio de la historia sobre tales deficiencias, debemos tener conciencia de ellas y combatirlas con la máxima energía para no dañar a la difusión del Evangelio" (GS 43f); pero también, por parte de ellos, esperamos gestos más que palabras, que, a juicio de otros militantes de las mismas filas, contradicen su propio sistema doctrinal.

Pero también hemos de rechazar la postura de quienes –todavía hoy, en postura trasnochada en la historia de las ideas– mantienen que *la religión es cosa meramente privada* y que, por parte del Estado y de las instituciones públicas, *sólo merece dejarla tranquilamente en paz*. Olvidan no sólo que la fe cristiana se opone a una *concepción privatista* de su propia fe, sino que, incluso en la historia misma de las ideas, se ha superado ya toda *ética meramente individualista*, y que los restos que quedan están rotundamente desacompanados. "Las instituciones humanas, privadas y públicas, tienen que esforzarse por ponerse al servicio de la dignidad y del fin del hombre..., tienen que ir respondiendo gradualmente a las realidades espirituales, que son las más profundas de todas" (GS 29c; cf. GS 43a).

"El principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones humanas es y debe ser la persona humana, que, por su naturaleza misma, tiene del todo necesidad de la vida social" (GS 25a). "El orden social, por tanto, y su desarrollo progresivo deben, en todo momento, subordinarse al bien de la persona, ya que la ordenación de las cosas debe subordinarse al orden de las personas, y no al revés; ya que el Señor mismo lo advirtió cuando dijo que el sábado fue hecho para el hombre y no el hombre para el sábado" (GS 26c). Todas las cosas han sido creadas para el hombre, y el hombre las dispone para su uso; incluso se constituye en sociedad civil para mejor ordenar sus actividades en colaboración y satisfacer mejor sus propias indigencias y "tener una vida plenamente humana". Es decir, crea la sociedad civil "para mejor alcanzar el *bien común*, o sea, *aquel conjunto de condiciones* de vida social con las que los hombres, las familias y las asociaciones puedan lograr con mayor plenitud y facilitar su propia perfección" (GS 74a); también en su dimensión religiosa (GS 26b), pues se trata del bien integral del hombre (cf. GS 75c), su vocación integral (GS 57a).

Por ello el Vaticano II no se limita a exigir para todos los hombres la libertad religiosa que debe reconocer el Estado como un derecho humano anterior a su mismo ordenamiento jurídico y sancionarlo en él –como hemos visto arriba–, sino que, además, debe *crear condiciones sociales positivas* para el libre ejercicio de la religión: "El poder civil (el Estado), cuyo fin propio es cuidar el bien común temporal, debe *reconocer y favorecer* (favere) *la vida religiosa de los ciudadanos*" (DH 3e).

"Como el bien común de la sociedad es el *conjunto de las condiciones* de la vida social, con las que los hombres puedan lograr *con mayor plenitud y facilidad* su propia perfección, pertenece esencialmente al oficio de toda potestad civil proteger y promover los derechos inviolables del hombre. Por tanto, la potestad

civil debe asumir eficazmente, por medio de leyes justas y por otros medios aptos, la tutela de la libertad religiosa de todos los ciudadanos, y *crear las condiciones propicias para fomentar (fovendam) la vida religiosa*, a fin de que los ciudadanos realmente *puedan ejercer sus derechos de religión y cumplir sus deberes religiosos*, y la sociedad misma goce de los bienes de justicia y paz que provienen de la fidelidad de los hombres a Dios y a su santa voluntad" (DH 6b).

Sería, pues, no reconocer en verdad los derechos de la persona, los de la naturaleza social de la religión y los de la Iglesia, que un ordenamiento jurídico civil se limitase simplemente a conceder libertad religiosa, sin preocuparse de facilitarle esas "condiciones propicias". Sería también no reconocer la vida religiosa de la mayoría de los españoles-ciudadanos creyentes (y casi todos ellos creyentes cristianos).

5. Ante la sociedad permisiva

Si –como dijimos– la sociedad pluralista, con un pluralismo irreductible, puede legitimar el no reconocimiento jurídico civil de una determinada o unas determinadas confesiones o comunidades religiosas, y consiguientemente el Estado se declara aconfesional religiosa e ideológicamente, ello llevará consigo –está ya llevando y lo ha ya llevado en sus principios a la Constitución– dos grandes fenómenos sociales nuevos en nuestra sociedad española, como sucede ya en otros países: uno, el llamado consenso; otro, el de una vivencia socio-jurídica permisiva. Ambos merecen algunas reflexiones.

a) El consenso

Ante el hecho sociológico del pluralismo irreductible, no es posible una concepción de justificación doctrinal-objetiva sobre lo que y cómo realizar la sociedad: las concepciones doctrinales con pretensión de objetividad sobre el hombre, la sociedad, el sentido definitivo o último de la vida, el mundo, la historia y el cosmos, precisamente por ser distintas e irreductibles, no pueden reducirse a una concepción común.

Es preciso, por ello, buscar y hallar, no obstante, *algunas normas comunes* que sean mínimas, pero suficientes para ordenar la convivencia ciudadana.

Pero por la dicha irreductibilidad, *no es posible encontrar* siquiera ese *mínimo como coincidencia* de principios comunes de concepción-objetiva; pues los contenidos que cada uno aprecie sobre tales principios serían distintos en su apreciación de objetividad y de justificación, aunque coincidan en su formulación literal.

Eso lleva entonces a la *creación* conjunta, por parte de quienes tienen diversas concepciones o ideologías o doctrinas, de unos principios, que tratarán de buscarlos, para no caer en un puro e inmediato subjetivismo del todo artificioso, en la vivencia social de unas apreciaciones más inmediatas en el ciclo o etapa de la historia en que se está, y que por lo mismo cuentan con *una cierta vigencia social*, aunque no ha de pretenderse buscarles una justificación doctrinal-objetiva común. Simplemente *pueden servir* como pautas de comportamiento social para el mínimo de la convivencia social de esa etapa histórica. En otra era histórica

puede que vengan otras vivencias-vigencias, por virtud de otros hábitos o "culturas".

Esa *creación o erección a principios prácticos* de comportamiento socio-jurídico se realiza por *acuerdo o contrato* entre las fuerzas vivas representantes del país (dígase por los líderes de los partidos políticos), o por *compromiso* entre ellos, o por consenso de los mismos.

No hay, pues, una justificación doctrinal-objetiva, ni se pretende que la haya. Se da tan sólo como última justificación la vivencia social a que se remite por su vigencia social histórica y que se formula por el consenso, que no pasa entonces de ser más que una *mera justificación formal*³⁵.

Ulteriores pretensiones de justificación doctrinal-objetiva irán a decir que eso es mera realidad histórica que se impone (imperativo de la praxis, sobre todo desde Gramsci), o que es el mínimo vigente de Derecho natural (los iusnaturalistas), o mera creación social-jurídica (los positivistas).

Con ello –y es el punto a que queríamos llegar– se origina una especie de "*ética cívica sin justificación radical*"³⁶. Lo que trae consigo dos grandes problemas: el de que, al faltarle un fundamento o justificación radical o última o absoluta, no puede doblegar a la razón, ni originar convicciones de verdad; con lo que la ley cívica no puede contar con una fuerza propiamente educativa, no puede justificar un deber de conciencia radical. Sólo valores secundarios (igualdad, solidaridad práctica, "buen nombre") o razones incluso menos nobles (pusilanimidad para oponerse a la ley o violarla; conveniencia social; tranquilidad para no complicarse la vida; miedo a ser cogido y castigado...) pueden ser invocados, en definitiva. De ahí que, al no contar con base ética radical, tenga que ser precisa una mayor actuación de los medios represivo-preventivos, es decir, un crecimiento de las fuerzas del orden público³⁷.

Por otra parte –y es el segundo problema–, al persistir, por instinto mental, *el principio del valor educativo de las leyes*, y al ser este valor educativo meramente

³⁵ Cf. G. Peces Barba, del PSOE, *El consenso en la Constitución*, en *El País* (Madrid, 28 enero, p. 12, y 30 enero, p. 14, 1979. Pueden verse, en ese y otros sentidos, AA.VV., *Le consensus*, en *Pouvoirs* n. 5 (1978).

³⁶ En la necesidad de esta fundamentación radical para el mantenimiento del Estado en sus funciones y del orden social digno, ha insistido toda la doctrina social de los Papas, desde León XIII, especialmente de Pío XII, a raíz de la terminación de la guerra mundial en 1945, cuando se constituyen los nuevos órdenes de no pocas naciones: véanse especialmente sus *Radiomensajes de Navidad*. En ellos desarrolla con insistencia el principio que formuló en su primera encíclica, como programática de su pontificado, *Summi Pontificatus* (20 octubre 1939), poco después de iniciada la guerra mundial: "Así, debilitada y perdida la fe en Dios y en el divino Redentor y apagada en las almas la luz que brota de los principios universales de moralidad, queda inmediatamente destruido *el único e insustituible fundamento* de estable tranquilidad en que se *apoya el orden interno y externo de la vida privada y pública*, que es el único que puede engendrar y salvaguardar la prosperidad de los Estados" (párr. 25). Véanse también sus párrafos 40-43: en *Doctrina pontificia*. Vol. II: *Documentos políticos*, Madrid 1958, 767.

³⁷ Reiteramos lo dicho en la nota anterior. Pío XII, *Summi Pontificatus*, párrafo 41: "Hay que advertir con insistente diligencia la esencial insuficiencia y fragilidad de toda norma de vida social que se apoye sobre un fundamento exclusivamente humano, que se inspire en motivos meramente humanos, y que haga consistir toda su fuerza en la sanción de una autoridad puramente externa". Párr. 42: "sin la cual (fuerza interior) el derecho no puede exigir de los ciudadanos el reconocimiento debido ni los sacrificios necesarios": en *Doctrina pontificia*. Vol II: *Documentos políticos*, Madrid 1958, 775-776.

consensual, influirá en muchos, sobre todo en los poco formados, produciendo las actitudes morales-éticas que corresponden a un tal sistema: unas actitudes moral-éticas relativistas y meramente históricas, sin base radical, trascendente y absoluta. Es decir, sin valor religioso, ni reconocimiento público del valor religioso.

Eso se refleja en la Constitución misma, que, si bien salva la no-coactividad o inmunidad o libertad de coacción en materia religiosa, prescinde de *la religión* en lo público; y que, por otra parte, define lo que se ha de entender por educación. La religión queda reducida a lo privado; y la educación, a lo cívico (art. 27 § 2). Y siendo eso lo que tiene vigencia en lo público, eso que es una parte de un todo no considerado ni aceptado, la fuerza educativa de la ley hará que no pocos simples consideren que la religión no tiene importancia, y que lo que la tiene es solamente la *moral cívica*, y aun ésta en la forma dicha de insatisfacción y relatividad histórica por carecer de justificación radical.

b) Vivencia-vigencia sociojurídica de sociedad permisiva

Sólo me queda que añadir aquí que todo lo no prescrito y reconocido en el ordenamiento jurídico a-valorativo está permitido, no-penalizado, protegido por la ley. Aunque se trate de grandes aberraciones que causan gran daño a los espíritus y dignidad de los hombres, y aunque sea contagioso.

A ello hay que añadir que, a la hora de concretar en leyes ordinarias los principios de *moral cívica* contenidos en la Constitución, la concreción que se logre dependerá de lo que la mayoría parlamentaria decida en cada momento. Y problemas importantes y decisivos en la moral social, tenidos antes por elemental sentido moral-social como atentatorios contra derechos de terceros, podrán obtener –como en otros países está sucediendo– carta de libre despenalización y legalización, como en materia de pornografía, de aberraciones sexuales, ideológicas, sin detenerse ni ante la vida, como en los casos de aborto (legalizado en no pocos países "civilizados") y de la eutanasia (que ya ha asomado a querer ser legalizada en esos países, como Suecia, Francia, Inglaterra).

Pero, además, esa sociedad permisiva, fuertemente invadida por el sentido hedonista y utilitarista, por la manipulación de la propaganda de los "medios" en manos potentes del Estado a-confesional, pero utilitarista o económico, o en manos de potencias económicas, se convierte en sociedad totalitaria, porque ahoga con sus tentáculos a la vivencia social de los valores nobles.

Si añadimos a ello la soledad del *homo urbanus*, nos encontraremos con una sociedad de signo absurdo, desesperante, sin horizontes humanos, como campo de cultivo para la deshumanización y el antihumanismo³⁸.

³⁸ MARCUSE ha acusado con fuertes expresiones el antihumanismo de la sociedad capitalista (véase *supra* nota 12). Pero no se ha librado de semejantes aberraciones el *marxismo comunista*: los horrores de Stalin han provocado dentro del marxismo la protesta y revisión de su doctrina sobre la relación entre teoría y praxis (cf. VRANICKI, citado en nota 6, que lo acusa repetidas veces), e incluso han suscitado el planteamiento del absoluto ético en sus teóricos de tendencia humanista (cf. RUIZ DE LA PEÑA, citado en nota 19).

Puesta, como principio, la base de un Estado y de un ordenamiento sociojurídico agnóstico, a-confesional y a-ideológico, la situación social de cuantos tienen aspiraciones nobles, de cuantos aspiran a ser hombres dignos, de cuantos quieren una sociedad que ayude al hombre a ser dueño de sí y a perfeccionarse, y, especialmente de cuantos tienen fe en Dios y de cuantos son cristianos, se hace sumamente difícil, y aun heroica. Tienen que luchar contra todo el ambiente circundante, porque el hedonismo, el utilitarismo, la pornografía, la aberración de los desvalores, les invade aun en las calles, donde los carteles, murales y "medios" se lo meten por los ojos, aunque no quieran.

c) *Consecuencias para todos los cristianos*

Eso supone y exige que los hombres todos de buena voluntad y los cristianos tengan que unirse con mayor cohesión e intensidad, tengan que fomentar más y mejor sus comunidades para vivir su fe. Si ya la fe, por definición, viene dada en la comunidad eclesial y tiene que vivirse en comunidad eclesial, viene dada por la predicación-transmisión de la Iglesia y tiene que alimentarse en las celebraciones de la Iglesia y de su comunión, tendrá que cuidar más y mejor el contar con el arropamiento comunitario, aun fuera de los momentos de esas celebraciones. De ahí la necesidad *de comunidades o de grupos* –llámense de base o de otro nombre– en que, con contactos más frecuentes, se ayuden en mutuas interpelaciones personales para vivir esa su fe, compensando en esa compañía la soledad "urbana", la invasión del ambiente y la manipulación antes dicha³⁹.

Muy necesarios son esos grupos, y por ello alcanzan una gran abundancia y proliferación en todos los que –cristianos y no-cristianos– se sienten en la necesidad de fomentar las vivencias de sus principios de vida. Pero no bastan. Es también preciso –y aquí las fuerzas vivas de los católicos deberán mostrar con mayor eficacia su espíritu evangélico– que lleguemos al *plano de las instituciones*⁴⁰. Al carecer ya la religión de puesto público, propiamente dicho, en la sociedad y en su estructuración en virtud de la a-confesionalidad, con todas las consecuencias que hemos tratado de sintetizar, se impone sustituir, del modo que sea posible, esa carencia con la creación de instituciones propias, fuertes y consistentes, que realicen influjo de formación y sostenimiento a escala social.

Las *asociaciones apostólicas* tendrán que revitalizarse, centrando con mayor fuerza su atención en los valores más esenciales de la vida cristiana, en la formación misma de la fe. Los *maestros y educadores cristianos* habrán de potenciar su unidad para una mayor actuación de grupo social. Las *asociaciones*

³⁹ Pueden verse: A. ALONSO, *Comunidades eclesiales de base*, Salamanca 1970, AA.VV., *Comunidades de base y expresión de la fe*, Barcelona 1970; A. LIEGE, *Comunidad y comunidades en la Iglesia*, Madrid 1978; C. FLORISTÁN, *Comunidades de base*, Madrid 1973; J. B. METZ-J. SCHICK, *Los grupos informales en la Iglesia*, Salamanca 1975; AA.VV., *Los pequeños grupos en la Iglesia*, Salamanca 1972; R. GARCÍA RAMÍREZ, *Sociogénesis de las comunidades de base*, Pamplona 1978.

PABLO VI. *Alocuciones a la XXI Semana Italiana de Pastoral*, 9 septiembre 1971; y en la clausura del Sínodo de 1974. C. MORCILLO, en *Ecclesia* (1970) 1488; INFANTES FLORIDO, en *Ecclesia* (1970) 901-902.

⁴⁰ Cf. J. DANIELOU, *L'oraison, problème politique*, París 1965; *La Iglesia, ¿pequeño rebaño o gran pueblo?*, París 1968, en J. DANIELOU-C. POZO, *Iglesia y secularización* (BAC Minor 23), Madrid 1971, 23-41; *L'avenir de la religion*, París 1968.

de padres y de matrimonios habrán de intensificar su actuación. Todas las obras de la Iglesia, especialmente *la catequesis y la formación de la juventud*, deberán cobrar nuevos vigos. Todo tendrá que orientarse hacia lo más fundamental, como es la formación de la fe.

Pero, además, será preciso que los cristianos que tienen medios, especialmente ellos, creen instituciones fuertes: centros de estudios y publicaciones, universidades, academias..., aspectos de realidad que, en nuestro país, por razones o excusas que no son de exponer ahora aquí, cuentan con poca tradición.

Incluso *los profesionales que ejercen actividades más afines a los valores cristianos en la vida social* –como abogados, juristas, políticos, médicos, profesores...– habrán de unirse con mayor eficacia para formar y difundir los criterios y principios cristianos en la vida social, incluso en la vida legal y política del país. Asociaciones de juristas católicos, de médicos católicos, de políticos católicos..., por encima de sus militancias en partidos políticos, deberán actuar en la formación y difusión de los principios cristianos.

Y si la legislación que siga es consecuente con el principio proclamado en la Constitución, de que "se reconoce a las personas físicas y jurídicas la libertad de creación de centros docentes" (art. 27 § 6), fijando simplemente las condiciones requeridas por el bien común para esa libertad de creación, sin estatalizarla, se impone con urgencia singular la *creación de universidades y centros superiores* inspirados en los altos principios de la fe⁴¹, creación que habrán de procurar en forma especial cuantos tienen fuerzas y medios, como una responsabilidad social-cristiana singular. Ya hemos mencionado antes que sobre esto hay poca tradición en nuestro país. Pero los intelectuales y profesores cristianos y cuantos cuentan con medios habrán de inventar todos los medios, para unirse, actuar juntos, y unir esfuerzos para que se garantice la formación y futuro de cristianos que actúen por propia vocación en tan necesario campo de las ideas y de la cultura. Hablando a intelectuales, como lo estoy haciendo, no necesito extenderme más en este punto, que lo conocen y viven de lleno en su vida cristiana. Lo que se hace ya en otros países les servirá de ejemplo y de aliciente.

d) Consecuencias de comportamientos políticos

Culturas cristianas puede haber muchas. En realidad, lo son cuantas sean compatibles con los datos de la fe, y son asumidas en esa integración de totalidad que hace la fe. Queremos decir que no hay sólo una o unas pocas culturas cristianas, y que puede haber más de las que han surgido en la historia. En definitiva, es cultura cristiana la que sabe ordenar los saberes y los descubrimientos de los saberes *según la jerarquización de los mismos bajo la suprema sabiduría de ordenarlo todo a Cristo, y por Cristo a Dios*. Hay momentos en la historia en que esa jerarquización no es del todo acertadamente hecha por el sabio, o acertadamente vista por los demás, dando origen y ocasión a dificultades, tensiones, discusiones y aun incomprensiones. La historia muestra ejemplos, tipificados incluso, de ello. Pero no debe desanimar a los sabios: ellos

⁴¹ Cf. ARROYO MILLÁN, *La escuela católica en el mundo de hoy*, en *Educadores I* (1059); E. SCHILLEBEECKX, *La universidad católica*, en su obra *El mundo y la iglesia*, Salamanca 1969, 436-447.

saben comprender que la sabiduría y la cultura lleva consigo, no pocas veces, actitudes de profetas. Lo que importa siempre es la recta intención y expresión de y por mantener la dicha jerarquización; porque la depuración crítica de los cultos y sabios irá comprobando si aquella pretendida jerarquización fue verdadera o más bien ilusionada.

Políticas a lo cristiano caben también muchas. En definitiva, la política es un arte de conjugación de medios y de ordenación de comportamientos socio-humanos en orden a un bien común que se trata de construir, de edificar, mediante un proyecto intencional. Pero para ser política cristiana, o que tenga cabida en lo cristiano, ha de respetar la *condición humana integral del hombre*, sin partirlo, ni negarle nada al hombre de cuanto el hombre es por naturaleza y debe tender a ser por vocación personal propia y por la vocación divina de Dios en Cristo. Dentro de esta suprema y ordenada jerarquización caben muchos proyectos y formas de lograrlo en esta vida conjugada en vida social común.

Dentro, pues, de una pluralidad de culturas y de una pluralidad de proyectos políticos ha de haber la presencia del valor cristiano, que es decir, con mejores y más acertadas palabras, la presencia de Cristo y de Dios. Porque han de mantener el principio del Apóstol: *Todo es vuestro, vosotros de Cristo, y Cristo de Dios* (1Cor 3,22-23).

De ahí que, si bien no en cada detalle, sí al menos cuando se trate de cuestiones especialmente cualificadas, y sobre todo cuando se trate de ver la cohesión del conjunto del sistema cultural o político de cada uno o de cada grupo, se imponga manifestar abiertamente la jerarquización dicha, tanto por razón de los sistemas mismos y de quienes los sustentan como por razón de los demás. Los sabios y los políticos que creen en Cristo no deben ni avergonzarse de Cristo ni tener complejo de su fe. Sepan que el testimonio explícito, en esos casos, hecho con normalidad y elegancia, edifica a los demás, muchas veces con una fuerza que ni ellos mismos intuyen ni perciben. Y ello para no hablar ya de que Cristo mismo nos pide *confesarle delante de los hombres* para que Él nos pueda confesar luego delante de su Padre (cf. Mt 10,32). Los cultos y los políticos, dedicados a una vida más pública, están más obligados a mostrar que *la fe no es privatista*, ni en sus contenidos, ni en su vivencia, ni en su proyección a la vida social.

Eso lleva consigo la exigencia de una plena coherencia entre su vida pública y su vida privada, entre sus principios y su cumplimiento, entre su fe y su vida (cf. AA 13 b); una *síntesis vital* entre sus trabajos y dedicaciones y los valores religiosos, bajo cuya suprema jerarquización todo se coordina para la gloria de Dios (cf. GS 43a).

Y hoy, con un planteamiento sociopolítico de *a-confesionalidad*, se impone con mayor urgencia la *confesión* de la propia fe.

6. Ante la sociedad de consumo

El sentido hedonista y utilitarista de la sociedad de consumo llega a enrollarse en sí mismo: la producción, que es un medio para satisfacer un consumo necesario, convierte, para sostenerse y crecer, al consumo en medio suyo. Provoca el consumo a través de la incitación al sentido utilitarista y hedonista. Crea con ello, a través de sus potentes medios de propaganda, todo un ambiente

que, carente de otros valores, produce incitaciones a conductas que dañan a la sociedad misma en cuanto humana.

La violencia, el pansexualismo, la codicia, la envidia social, excitados, provocan no sólo niveles bajos de humanismo, sino incluso delincuencia creciente, sobre todo en la juventud; producen una alteración alarmante de la ecología, no sólo material, sino incluso moral, hasta el extremo de provocar tipos humanos tarados psicológicamente, porque incide hasta en el ambiente familiar, al que altera, y por consiguiente lo hace inhóspito para la formación normal de los hijos (que, por otra parte, se limitan, por hedonismo o por carencia de viviendas materialmente suficientes, hasta por el crimen del aborto).

La sociedad lo sabe, pero prefiere sacrificar al hombre antes que sacrificar sus niveles económicos (una vez satisfechas las necesidades).

Los cristianos tienen que dar aquí un ejemplo en firme contradicción con el ambiente. Han de luchar para que a nadie le falten los bienes materiales y espirituales humanos, incluso la fe; pero han de dar también un testimonio vivo, incluso de consistencia social y de repercusión social de austeridad, de solidaridad con los desvalidos y los desheredados de responsabilidad humana y cristiana social, para influir en "las muchas necesarias reformas en la vida económico-social y en el cambio de mentalidad y de comportamiento" sociales (GS 63a), y "esforzarse denodadamente... hasta que lo antes posible sean removidas las ingentes desigualdades económicas, que son a la vez discriminantes individual y socialmente, y que existen hoy y que muchas veces siguen creciendo" (GS 66a). Los cristianos han de influir de modo ejemplar en hacer vivas socialmente la convicción y la práctica de que "la finalidad fundamental de la producción no es el mero incremento de los productos, ni el mayor beneficio, ni el poder, sino el servicio al hombre. al hombre integral, teniendo en cuenta sus necesidades materiales y sus aspiraciones intelectuales, morales, espirituales y religiosas; a todo hombre –decimos– y a todo grupo humano, cualquiera que sea su raza o su país" (GS 64a); "el progreso económico debe permanecer bajo el control del hombre. No debe quedar bajo el solo arbitrio de unos pocos, ni de unos grupos que gocen de excesiva potencia económica, ni de una sola comunidad política, ni de unas cuantas naciones más potentes... Ni debe dejarse al mero juego cuasi-mecánico de las fuerzas económicas de los particulares, ni solo a la potestad de la autoridad pública (o Estado) ... Debe recordarse que los ciudadanos tienen el derecho y el deber, que deben serles reconocidos incluso por la potestad civil, de contribuir, según sus posibilidades, al verdadero progreso de su propia comunidad" (GS 65).

a) Dignidad integral del hombre

El gran principio que debe dominar el ámbito económico de toda sociedad es. Pues, doble: el de la *dignidad integral del hombre*, a cuyo servicio está (que hemos ya mencionado), y el de que *Dios ha destinado la tierra y cuanto en ella se contiene para uso de todos los hombres y pueblos* (GS 69a): "de tal forma que los bienes creados *deben llegar a todos* con equidad, bajo la guía de la justicia, acompañada de la caridad" (GS 69a).

Ahí es donde tiene que entrar en forma ejemplar la iniciativa, la inventiva de los cristianos, formulando unos programas o proyectos de justicia social que sean

los más integrales, los más avanzados y los más justos (cf GS 72), en los que "cualesquiera que sean los sistemas de propiedad (que se inventen) acomodados a las legítimas instituciones de los pueblos, según las diversas y cambiantes circunstancias, se tenga que *atender siempre a esa destinación universal de los bienes...* A todos los hombres compete el derecho de tener parte de bienes, suficiente para sí y sus familias" (GS 69)⁴².

b) Frente a la manipulación

Como dos grandes bloques se dan hoy en el mundo, según sus concepciones sobre el hombre proyectado a su dimensión social y política. Son bien conocidos. Ambos, cada uno a su estilo, materialistas y, por lo mismo, ateos. El uno, poniendo su acento en *la libertad omnímoda* del hombre, que rechaza toda dependencia de Dios. El otro, poniendo su acento en *la liberación*, sobre todo económico-social, de ese mismo hombre. Son los dos que menciona el Vaticano II como "ateísmos sistemáticos" actuales (GS 20), y los dos que trata Pablo VI en la carta *Octogesima adveniens* (A. M. ORIOL, *Socialismo, marxismo, liberalismo. Meditación sobre la "Octogesima adveniens"* n. 26-36, en *Estudios Eclesiásticos* 53 (1978) 209-243), y en la encíclica *Populorum progressio*.

La incidencia de ambos en la sociedad es tan fuerte que se ha hecho notar que el interés por la libertad o por la liberación son motivaciones o categorías de servicio al mundo, que a quienes las comparten los acercan solidariamente en sus combates con mayor cercanía o comunión, aun dentro de las filas de cristianos, que la exigencia del testimonio y responsabilidad de la fe, que los dividiría en sus actitudes y comportamientos cristianos de servicio a ese mismo mundo.

"Quizá la ruptura más grave que se da hoy en la comunidad eclesial como efecto de su presencia en la sociedad proviene de un fenómeno desconocido hasta el presente: muchos grupos de cristianos se sienten solidarios de grupos no creyentes, con quienes comparten el servicio al mundo, pero se ven totalmente alejados de otros cristianos con quienes, en principio, comparten el testimonio de la fe. Es decir, la solidaridad humana es vivida más fuertemente que la comunidad de fe. No se quiere que la fe sea una barrera al compromiso común en la acción, al cual se considera prioritario sobre aquélla. Se afirma que el testimonio de fe divide a los hombres en categorías, mientras que el servicio al mundo acerca a quienes comparten solidariamente sus combates. En la situación de estos cristianos comprometidos, muchas veces la persona de Jesucristo se considera más como 'el punto de referencia' del servicio al mundo que como Aquel de quien se quiere dar testimonio por la acción en la vida social"⁴³. (Las palabras transcritas reflejan –aunque no repiten– expresiones que hace ya unos años han usado los franceses).

Eso nos refleja efectos de la sociedad laica y secularista, manipuladora hasta producir el *hombre unidimensional* y hasta constituirse en *sociedad*

⁴² Cf. T. I. JIMÉNEZ URRESTI, *La participación universal de los bienes, (Razón y límites del derecho a la propiedad privada a la luz del Vaticano II)*, en *Burgense* 17 (1976) 505-544.

⁴³ Cf. sobre Marcuse: J. M. CASTELLET, *Lectura de Marcuse*, Barcelona 1969, c. V: *Desde el hombre unidimensional al Estado totalitario*, 95-114.

unidimensional, es decir, *totalitaria*, como ha calificado el mismo Marcuse (J. PEREA, *Para un programa de identidad eclesial*, en *Iglesia Viva* 75 [1978] 278-279).

Es normal que la visión cristiana, que ofrece grandes principios para la vida social posibilite muchas y muy variadas soluciones a los problemas sociales: soluciones discrepantes, legítimas en sí mismas; pero cuando están en juego aspectos y realidades importantes del bien común, les urge unirse, de modo que *nunca les sea lícito anteponer su propia utilidad al bien común* (GS 75e; cf. GS 43c; 74b-c).

Militantes cristianos hay en los dos grandes bloques que hemos mencionado, porque no se quiere hoy, ante la atención directa al cultivo de la secularidad, atender a posturas llamadas confesionales, caídas incluso –dicen– en cierto descrédito por su insuficiente operatividad frente a dos bloques tan potentes con la potencia de "este mundo". Ciertamente es que, en ambos bloques, en forma abierta o en forma solapada, no se quiere dar cabida pública a la dimensión religiosa. Ciertamente es también que "la Iglesia, aunque rechaza absolutamente el ateísmo, sin embargo, profesa sinceramente que todos los hombres, creyentes y no creyentes, deben contribuir a edificar rectamente este mundo en que viven juntos" (GS 21f). Pero también advierte la Iglesia que "eso no puede ciertamente hacerse sin diálogo sincero y prudente" (GS 21f), y que ha de hacerse no sin discernimiento, sino "para edificar *rectamente* el mundo" (*ibíd.*), es decir, "cooperando con quienes persiguen *idénticos fines*" (GS 43b), con quienes se atienen a la *objetividad* de la secularidad genuina (cf. GS 44b; 62b) cuando se da "conformidad (objetiva) con los *principios morales*" (AA 24g); en resumen, "*con los hombres de buena voluntad* en promover cuanto es verdadero, cuanto es justo, cuanto es santo, cuanto es amable" (cf. Fil 4,8), como dice el Concilio con frase que gustó de usar Juan XXIII (AA 14b).

Eso les exigirá no seguir ciegamente las premisas, consignas, disciplina o actuación de su partido, sino estar constantemente discerniendo, "guiados por la luz del Evangelio y la mente de la Iglesia y movidos por la caridad cristiana, en su actuar directo y concreto, cual ciudadanos con los ciudadanos, con su propia pericia y responsabilidad específicas, buscando siempre y en todo la justicia del reino de Dios, de tal forma que, observando las leyes propias del orden temporal íntegramente, lo hagan conforme a los principios superiores de la vida cristiana, adaptándolo a las circunstancias varias de lugar, tiempo y pueblo" (AA 7e) y siguiendo la voz de "la jerarquía eclesial, que enseña e interpreta auténticamente los principios morales que hay que seguir en lo temporal" (AA 24g; cf. GS 76e).

Eso les situará no pocas veces en la urgencia de tener valentía para oponerse y para confesar su condición cristiana, como antes dijimos.

Pero también, a la vez, les sitúa en posición delicada. que deben ponderar a la luz de su fe: la de si pueden dar su voto a representantes suyos, que, por su partido, hacen profesión pública y convencida de posturas inconciliables con la fe. Tal cuestión es urgente, porque a la hora de que sus tales representantes en las Cortes tengan que decidir con su voto actuarán no conforme a la fe cristiana de quienes les apoyaron y eligieron, sino conforme a sus propias premisas personales y de partido. Lo cual, si en cuestiones dejadas a la libre discusión y decisión de los hombres, no altera la postura de conciencia de los cristianos, si

la tocan las cuestiones en que se encierran directos y decididos contenidos de moral natural o evangélica.

Ello, cuando menos, aconseja –y en el conjunto de lo que es la vida social y política, urge– que haya incluso partidos que –aunque en su título no lo incluyan– proclamen sin ambigüedades, y la cumplan, su condición de cristianos. Como hay otros que, sin rubor, se proclaman marxistas, ateos o agnósticos.

c) *Instituciones cristianas*

Ya antes hemos hablado de la necesidad de instituciones cristianas en la sociedad, en razón de superar el pluralismo confundente y el permisivismo sociojurídico. Todo aquello debe ser aducido aquí para superar los principios hedonistas y utilitaristas de la sociedad de consumo.

Pero queremos aquí insistir en la responsabilidad de los padres y educadores cristianos.

La Iglesia, en medio del mundo, está presente de forma singularmente decisiva en la familia, "célula de la sociedad" en que nacen nuevos ciudadanos, y a la vez "como iglesia doméstica", en la que "por el bautismo de los hijos se perpetúa el Pueblo de Dios a lo largo de los siglos" (LG 11b). y "se muestra como santuario familiar de la Iglesia" (AA 11d).

El Concilio Vaticano II recuerda que los esposos y las familias tienen su apostolado específico, de "importancia singular para la Iglesia y para la sociedad civil" (LG 11b; GE 3a); "los padres son para sus hijos los *primeros pregoneros y educadores de la fe*" (LG 11b; AA 11b). Y "hoy parte principalísima de su apostolado es afirmar decididamente *su derecho y deber de educar cristianamente* a sus hijos" (AA 11 b). "Es necesario que en la familia cristiana..., a los hijos se les enseñe desde sus primeros años a conocer, sentir y adorar a Dios y a amar al prójimo, según la fe recibida en el bautismo" (GE 3a).

"La función de educar, que pertenece en primer lugar a la familia, necesita de la ayuda de toda la sociedad" (GE 3b). "Ruega, pues, el Concilio a todos los gobernantes y responsables de la educación que cuiden de que nunca se prive a los *niños y adolescentes del sagrado derecho que tienen a ser estimulados* en apreciar con recta conciencia los valores morales y en abrazarlos con adhesión personal, así como también en reconocer y amar más perfectamente a Dios" (GE 1c).

"Hay que reconocer a los padres... que son los primeros y principales *educadores* de sus hijos... con una *educación integral personal y social*", que han de "favorecer creando un ambiente familiar de amor y de piedad hacia Dios y hacia los hombres. La familia es la *primera escuela de las virtudes sociales* que necesitan todas las sociedades ... En ella encuentran los hijos la *primera experiencia*, tanto *de una sociedad humana sana cuanto de la Iglesia*. Por la familia son introducidos fácilmente en el consorcio civil de los hombres y en el Pueblo de Dios" (GE 3a).

"También a la *sociedad civil* competen ciertas obligaciones y derechos, en cuanto que a ella pertenece disponer cuanto se requiere para el bien común temporal..., según el principio de su *función subsidiaria*..." (GE 3b). Y ahí "es

preciso que los padres, cuya primera e intransferible obligación y derecho es educar a sus hijos, gocen de verdadera *libertad de elegir escuelas...*, *excluido, por tanto, todo monopolio* de escuelas que se oponga a los derechos nativos de la persona humana, al progreso y divulgación de la cultura misma, a la convivencia pacífica de los ciudadanos y al pluralismo que rige hoy en muchas sociedades" (GE 6a-b).

La escuela, pues, "que tiene una importancia singular entre todos los medios de educación" (G E 5); la escuela, en todos sus grados, debe encontrar la ayuda de los cristianos, "sobre todo por medio de las asociaciones de padres de familia", y ello en "toda la labor de la escuela, máxime en la educación moral que en ella debe darse" (GE 6c), "teniendo en cuenta el pluralismo de la sociedad moderna y favoreciendo la debida libertad religiosa", de forma que "en todas las escuelas se dé a los hijos una educación conforme a los principios morales y religiosos de las familias" (GE 7b), "sin que se les coaccione a asistir a lecciones escolares que no correspondan a la convicción religiosa de los padres, o sin que se les imponga un sistema único de educación del que se excluya del todo la formación religiosa" (DH 5).

Frente a todo eso caben los riesgos de que los padres se dejen absorber por los criterios de la sociedad hedonista de consumo, o de que vivan disociando sus principios cristianos de su conducta, repercutiendo con ello en forma decisiva en la educación de sus hijos. El Concilio pide que, para mutua ayuda y sostenimiento, "las familias se reúnan por grupos" (AA 11f) y constituyan *asociaciones familiares* (GS 52t).

Frente a los abusos estatales que no respeten la "legítima autonomía de la familia" y el primario "derecho de los padres a educar cristianamente a sus hijos en el seno de su familia", "los esposos y los demás cristianos, junto con los demás hombres de buena voluntad, deben cooperar para que se conserven inconcusos tales derechos en la legislación civil" (AA 11c).

Hablemos también, "por último, del deber de educar que compete *por singular título a la Iglesia*, no sólo porque como sociedad humana ha de ser también reconocida capaz de educar, sino sobre todo *porque* tiene la función de anunciar la salvación a todos los hombres" (GE 3c). "Con ello, a la vez, presta ayuda a todos los pueblos para promover la perfección *integral* de la persona humana, incluso para el bien de la sociedad terrenal y para la edificación de un mundo más humanamente configurado" (GE 3c). "Por eso el santo Concilio proclama de nuevo el derecho de la Iglesia a establecer y dirigir libremente escuelas de cualquier orden y grado, como ha declarado ya en muchos documentos del Magisterio, recordando al mismo tiempo que el ejercicio de este derecho contribuye grandemente a la libertad de la conciencia, a la protección de los derechos de los padres y al progreso de la cultura misma" (GE 8b).

Y teniendo en cuenta lo delicado de la educación cristiana de la fe y en la fe, el mismo Concilio "recuerda a los padres cristianos *el deber de confiar sus hijos*, cuando y donde les sea posible, *a las escuelas católicas*, de sostenerlas conforme a sus fuerzas, y de colaborar con ellas en bien de sus hijos" (GE 8c).

Este deber de ayudar a las escuelas y centros católicos lo exhorta el Concilio no sólo a todos los padres, sino también a todos los fieles y "encarecidamente a los

Pastores de la Iglesia, sin escatimar sacrificios", "ante todo en atender a las necesidades de los pobres, a los que se ven privados de la ayuda y afectos familiares o que no participan del don de la fe" (GE 9c).

Y proclama también el Concilio la urgencia no sólo de Universidades y Facultades de estudios eclesiásticos, sino incluso de estudios civiles, de escuelas profesionales, técnicas, de institutos y de magisterio, de forma que "se haga como pública, estable y universal, la presencia del pensamiento cristiano en todo el afán por promover la cultura más elevada, y sus alumnos, verdaderamente prestigiados por su doctrina, estén preparados para desempeñar las funciones más responsables en la sociedad y para ser testigos de la fe en el mundo" (GE 10a).

VII. PRESENCIA DE LO RELIGIOSO Y DE LA IGLESIA EN ESPAÑA, HOY

Expuesta una síntesis sobre los principios de la vivencia social de la religión y de la Iglesia, teniendo en cuenta el estilo de la sociedad del mundo actual, nos queda la visión concreta de esa presencia en la España actual, que ha dado un paso a sociedad de nueva configuración sociopolítica, que ha formulado su nueva Constitución recientemente (el 6 de diciembre de 1978), y que está en camino de formular su nueva configuración de legislación ordinaria, tras los pasos de la nueva Constitución de las Cortes. Esa nueva configuración concreta de bien común supone una educación apropiada (Cf. XXXIX SEMANA SOCIAL DE LOS CATÓLICOS DE ITALIA, *Diritti dell'uomo ed educazione al bene commune*, 1968: EPISCOPADO ESPAÑOL - CARD. TARANCÓN - MONS. E. YANES, *Los valores religiosos y morales en la Constitución* (Declaración, discurso y conferencia), Madrid 1977; J. J. Tamayo Acosta, *Un proyecto de Iglesia para el futuro de España*, Madrid 1978).

No haremos sino mencionar los puntos más salientes, cuidando de no repetirnos.

1. Ante la secularidad y la técnica

Cerrar la realidad, sea ésta la cósmica, la histórica o la humana, es asfixiante. Todo creyente, y más conscientemente el cristiano –dijimos–, lucha por mantenerla abierta, porque no puede admitir el suicidio de su espíritu⁴⁴.

Dijimos que la Iglesia, la Iglesia peregrinante, la gran institución intramundana, vela, enseña y urge esa apertura de la secularidad del hombre. Ahora bien, siendo en España constitucionalmente reconocido que " los poderes públicos tendrán en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española" (art. 16 § 3), y resultando que el Estado español en su Acuerdo con la Santa Sede (de 28 de julio de 1976, proemio), reconoce " que debe haber normas adecuadas al hecho de que la mayoría del pueblo español profesa la religión católica", es lógico esperar en la promesa que encierran esas palabras, y más aún en las que siguen en el artículo citado de la Constitución, que añade: "y (los poderes públicos) *mantendrán las consiguientes relaciones de cooperación con la Iglesia católica y las demás confesiones*". Es una promesa rubricada por referéndum, llena de

⁴⁴ Cf. J. ALFARO, *Esperanza cristiana y liberación del hombre*, Barcelona 1972, 23-32.

posibilidades para que la libertad religiosa no quede encerrada en un mero respeto negativo de simple legalidad o tolerancia legalizada.

"La libertad religiosa y de culto de los individuos y las comunidades" que "se garantiza" en el artículo 16 § 1 de la Constitución, se ampara, también ella, en el principio del artículo 9 § 3 de la misma Constitución, según el cual "la Constitución *garantiza... la interdicción de la arbitrariedad* de los poderes públicos". Lo cual es también una promesa solemnemente refrendada, llena de posibilidades, y que remite, implícitamente, a principios *de objetividad* que, para la libertad religiosa en sus manifestaciones, será, en su aspecto de límites, "la necesaria (limitación) para el mantenimiento del orden público" (artículo 16 § 1), y para la actuación positiva del Estado, dos principios: uno general y otro particular: *El general*, el del artículo 9 § 1, según el cual "corresponde a los poderes públicos *promover las condiciones* para que la libertad y la igualdad del individuo y de los grupos en que se integra sean reales y efectivas; remover los obstáculos que impidan o dificulten su plenitud, y facilitar la participación de todos en la vida política, económica, cultural y social". *El particular*, el mencionado de que "los poderes públicos tendrán *en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española*" (art. 16 § 3).

Pero eso es directamente en cuanto a la libertad religiosa propiamente dicha de las personas y comunidades religiosas.

El más grave problema estará en cuanto, establecido también el principio de "la libertad ideológica" (el mismo art. 16 § 1), para la que vale también el principio general citado (del art. 9 § 1 y 3), los poderes públicos tengan que legislar en materias que tocan las convicciones religiosas, y cómo hayan de entender el alcance del "tendrán en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española" conjugado con el principio de que "los españoles son iguales ante la ley (art. 14 de la Constitución) y en materia legislativa que no sea penal".

Un principio formal, como punto de partida, está en la Constitución, según sus articulados; un principio formal de elaboración de las leyes está en el mecanismo de las Cortes (arts. 81-92 de la Constitución).

Pero eso no basta. Autores que han intervenido en la redacción de la Constitución misma han reconocido que el "consenso" es justificación puramente formal, es decir, que no supone acuerdo sobre los contenidos de las expresiones. También se ha hecho notar que con esa misma Constitución podrán gobernar, caso de que lleguen al poder, partidos de signos contradictorios, que discrepan diametralmente en materias importantes de derechos humanos y que tocan lo más íntimo de las convicciones morales y religiosas.

Pero lo hecho, hecho está en la Constitución. Por ello, no podrá extrañar que el principio de la fe, según el cual –como vimos– la Iglesia es Maestra y Tutora de la Ley Natural, previsiblemente tenga que expresar su palabra en diversas ocasiones, sin que ello vaya a suponer un "ultraje" a las Cortes, ni "una incitación

a que el ciudadano desprecie a la ley y al legislador", como ha ocurrido poco ha en país cercano⁴⁵.

La Iglesia no entra ni en la técnica legislativa ni en la concreción legal que se haga de los principios naturales, que permiten decisiones distintas; ni tampoco en los juicios prudenciales de mal menor; pero sí se opone y opondrá con su Magisterio y autoridad moral y espiritual a toda ley que atentare a los preceptos negativos naturales y a toda pretensión de cerrar el paso a exigencias positivas de los derechos fundamentales. Es de esperar, por la seria voluntad de acierto y la sana mente de los legisladores, que la Iglesia se limite a animar y alentar, a orientar con altos principios y a formar conciencias.

De todas formas, dentro del principio de libertad religiosa de los individuos y comunidades entra el que unos y otras puedan "manifestar libremente el valor peculiar de su doctrina para la ordenación de la sociedad y para la vitalización de toda actividad humana" (DH 4e); implica incluso que la Iglesia, amparada en ese principio y en su misión, "pueda en justicia (*ei fas sit*), siempre y en todas partes con verdadera libertad (no sólo) predicar la fe, enseñar su doctrina sobre la sociedad, ejercer su función sin trabas entre los hombres (sino también) dar incluso su juicio moral, aun en materias que tocan al orden político, cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas, utilizando todos y solos los medios que sean conformes con el Evangelio y con el bien de todos según la diversidad de tiempos y situaciones" (GS 76e; cf. AA 7d y 24g).

Todo eso supuesto, en la elaboración de las leyes la responsabilidad moral-social-jurídica *inmediata* está en las Cortes; y la responsabilidad de base, en la soberanía del pueblo español, a tenor de la Constitución misma (art. 1).

2. Ante el pluralismo y el permisivismo

En atención al pluralismo, la Constitución proclama la aconfesionalidad del Estado: "Ninguna confesión tendrá carácter estatal" (artículo 16 § 3).

Eso supone e implica que el Estado no se siente vinculado jurídicamente con ninguna *instancia confesional* en materia sociojurídica. Su vinculación está en el principio expresado, constitucional, de que "los poderes públicos tendrán en cuenta las creencias religiosas de la *sociedad española*" (art. 16 § 3).

La Iglesia reconoce esa configuración estatal. Se atiene al principio de la libertad religiosa que ella misma proclamó en su declaración conciliar. Por ello no se opone, antes al contrario, reconoce en plenitud todas las consecuencias que se le derivan del principio de *libertad civil* en materia religiosa, como lo hace en los cinco *Acuerdos*, firmados por la Santa Sede y el Estado español (28 julio 1976 y 3 enero 1979), en forma explícita y concreta.

Ello obligará a la Iglesia a reforzar sus atenciones ministeriales de magisterio, formación y cuadros apostólicos, como dijimos en la parte anterior.

⁴⁵ Véase la prensa española de los días 6 y 7 de enero de 1979, sobre el *proceso al Card. BENELLI* por su magisterio pastoral contra la Ley sobre Aborto en Italia.

a) Instituciones de enseñanza

En ese nuevo contexto sociojurídico de libertad civil en materia religiosa merece singular atención el principio constitucional del artículo 27 § 6, al que aludimos ya antes: "Se reconoce a las personas físicas y jurídicas la libertad de creación de centros docentes, dentro del respeto a los principios constitucionales".

Es un artículo lleno de promesas. Y esperemos que se lleguen a cumplir por parte del Estado sin discriminaciones y sin estatatismos. Porque la enseñanza, cuanto a más alto nivel más es, por definición, un servicio prestado a los demás, un servicio social, que ofrecen cuantos se sientan capacitados para ella. *Pero no un servicio estatal*⁴⁶. Nadie enseña algo en nombre del Estado, sino en nombre de la ciencia y de la verdad. Al Estado toca dar las facilidades sociales y la configuración jurídica a esa función social, según los requisitos del bien común. Le toca incluso hacer él mismo los montajes necesarios de instituciones de enseñanza allí donde y en la medida en que no lleguen las iniciativas de las personas y grupos sociales. Pero no erigirse él en el maestro de la sociedad; tanto más cuanto que se declara a-confesional, religiosa e ideológicamente, en su misma constitución. Por eso dice bien el artículo 149 § 1, n. 30: "El Estado tiene competencia exclusiva sobre las siguientes materias: ... 30: *Regulación de las condiciones* de obtención, expedición y homologación de títulos académicos y profesionales y normas básicas para el *desarrollo del artículo 27* de la Constitución a fin de garantizar el cumplimiento de las obligaciones de los poderes públicos en esta materia".

Al Estado toca, pues, establecer esas condiciones y normas de mínimos, cuyo cumplimiento por parte de cualquiera –sea persona física, o jurídica, o incluso el Estado mismo en los centros que él cree por insuficiencia de las fuerzas sociales– haga jurídicamente efectiva, correcta y vigente la libertad de crear centros docentes y de enseñar (porque la Constitución también afirma, en el art. 27 § 1, que "se reconoce la libertad de enseñanza").

En España tenemos que superar todavía toda una concepción estatalista de la enseñanza.

b) Universidad libre

Lo dicho vale también sobre la universidad. Hay que terminar con la concepción de que sólo el Estado tenga derecho a fundar, establecer y dirigir universidades; o de que sólo las universidades estatales sean figuras institucionales propiamente tales de la vida social española.

Hay que tener un poco de inventiva para configurar las nuevas leyes sobre enseñanza y sobre universidades. Hay que superar la postura de que la universidad es un organismo estatal, aunque dentro del gran sistema o mecanismo estatal gozara de una cierta autonomía interna respecto de su dependencia de otros organismos superiores.

⁴⁶ Cf. T. DÍAZ GONZÁLEZ, *Autonomía universitaria*, Pamplona 1974; A. FUENMAYOR, *Las universidades de la Iglesia*, Pamplona 1974.

La universidad no puede ser un organismo estatal, porque no ejerce una potestad o autoridad estatal; no es un órgano de gobierno en ningún sentido. La enseñanza, y más en un Estado a-confesional y a-ideológico, no es susceptible de ser ejercida por autoridad o potestad jurisdiccional o gubernativa de ningún orden.

La universidad, como todo centro docente, por ejercer una función social, requiere cumplir unos mínimos de requisitos exigidos por el bien común de la sociedad, como hemos dicho antes. Pero el hecho de esta exigencia –que, por otra parte, se da en toda actuación social– no legitima que pueda hablarse de función *estatal o pública* de los centros de enseñanza. Ni siquiera de los centros creados y sostenidos por el Estado. El Estado, al crearlos y sostenerlos, cumple una función pública, pero lo creado y sostenido no es una institución pública, ni la tal institución ejerce una función pública o estatal.

La distinción entre universidades o centros públicos y privados no es, pues, correcta, e induce a confusiones de trascendencia jurídica. Es lo que sucede con el proyecto de ley de autonomía universitaria (fecha en noviembre de 1978 y presentada en enero de 1979 a las Cortes). Identifica universidad creada y sostenida por el Estado con "organismo" y con "pública"; y en lugar de exigir a todas las posibles universidades las mismas condiciones, somete las no estatales a las estatales a través del "Consejo General de Universidades", formado tan sólo por los rectores y presidentes de los consejos económicos de las "universidades públicas" (cf. sus arts. 32, 33, 69-70; 7 § 2; 9; 13, 23, 35-37; 42, 52, 53, 54, 60).

Eso en un Estado que se pregona no sólo democrático, sino que, además, "proclama su voluntad de... establecer una sociedad democrática avanzada" (proemio de la Constitución), es lo mismo que si la libertad de crear partidos políticos (art. 6) o sindicatos (art. 7 y 28) tuviera que someterse al control y aprobaciones previas de distintos puntos decisivos suyos por parte del "partido oficial" o del "sindicato oficial" o "público" o "estatal", antes de ser reconocidos por el Estado.

Libre es el Estado de configurar el estatuto *económico* de los profesores de las universidades que él sostenga, por el módulo de "funcionarios del Estado" (art. 48 del proyecto), si eso le cuadra bien en su técnica organizativa económica. Libre es incluso para tener, para las universidades que sostenga, un cuadro o "Cuerpo especial de docentes del Estado". Pero no ha de concluirse de ahí que los profesores sean en realidad funcionarios estatales (lo que sería no digno de los mismos, que enseñan en nombre de la ciencia y de la verdad), ni que todo profesor catedrático de universidad tenga que ser previamente perteneciente a tal "Cuerpo estatal", so pena de tener discriminaciones de excepción a la ley general.

Habría que preguntarse el porqué de un tal "Cuerpo docente del Estado". En la historia encontraríamos que su raíz está en Napoleón, cuando confesó: "Al constituir un cuerpo docente, mi fin principal es poseer un medio para dirigir la opinión pública y determinar la orientación moral"⁴⁷.

⁴⁷ Citado por LAVISSE, *Histoire de la France contemporaine*, vol. III, 335.

Es decir, que el monopolio –abierto o camuflado– de la enseñanza por parte del Estado responde a una concepción estatal ideológica. Y es un hecho que, en Francia, de cuya concepción y ejemplo codificador de Napoleón depende España, "el monopolio universitario fue instituido por el emperador con la intención de que el cuerpo docente, dependiendo del Gobierno, se limitase a proponer una especie de verdad oficial, utilísima para mantener, en vida, al régimen"⁴⁸.

Hay, pues, que distinguir con claridad entre centros de enseñanza *que son del Estado* y centros *libres* de enseñanza. Todos ellos han de atenerse a las justas exigencias del bien común, reconociendo el carácter social de toda enseñanza y sometándose a todas las mismas condiciones-exigencias del bien común. Hasta el *Pacto Internacional de derechos económicos, sociales y culturales de la ONU* de 1966, que acompaña y complementa a la *Declaración Universal de Derechos Humanos*, de la misma ONU, de 1948, reconoce explícitamente: "Artículo 13 § 4: ... la libertad de los particulares y entidades para establecer y dirigir instituciones de enseñanza, a condición de que se respeten los principios enunciados en el párrafo 1, y de que la educación dada en esas instituciones se ajuste a las normas mínimas que prescriba el Estado".

Y el párrafo 1 del mismo artículo dice: "Los Estados Partes, en el presente Pacto, reconocen el derecho de toda persona a la educación. Convienen en que la educación debe orientarse hacia el pleno desarrollo de la personalidad humana y del sentido de su dignidad, y debe fortalecer el respeto por los derechos humanos y las libertades fundamentales. Convienen, asimismo, en que la educación debe capacitar a las personas para participar efectivamente en una sociedad libre, favorecer la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y entre todos los grupos raciales, étnicos o religiosos, y promover las actividades de las Naciones Unidas en pro del mantenimiento de la paz".

Como se ve, precisamente en esos artículos está calcado, más en breve, el texto de los párrafos 1, 2 y 5 del artículo 27 de nuestra Constitución.

Es curioso, por otra parte, que, teniendo España una tradición fuerte de universidad es de la Iglesia –las primeras que hubo en España lo fueron por ella (Palencia, la primera, en 1208; Salamanca, Alcalá y otras muchas)–, en la España llamada moderna no haya sido posible una universidad libre hasta hace doce años en Pamplona, con gran retraso sobre otros países europeos y americanos. Y ello por una confusión-identificación de la Nación al Estado⁴⁹.

Es de esperar que la distinción hecha en la Constitución entre España, o la Nación española, o el pueblo español, de una parte, y el Estado, de otra, al que le emanan sus poderes de la soberanía nacional de ese pueblo (art. 1), y la proclamación proclamada de "establecer (en España) una sociedad democrática *avanzada*" (proemio), hagan que el Estado español y la sociedad española

⁴⁸ H. BARTHELEMY, *Traité de droit administratif* (1930), 876; J. KERLEVEO, *L'enseignement libre, service privé d'intérêt général en Droit public français*, 34.

⁴⁹ Cf. J. M. GARGANTA, *Derechos de la Iglesia y su ejercicio según la "Declaración sobre la educación cristiana" del Concilio Vaticano II*, en *Educadores* 8 (1966) 237-258; L. VIANI, *Universidad de la Iglesia y libertad de enseñanza*, en *Estudios Eclesiásticos* 52 (1977) 401-402; F. SEBASTIÁN-O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Iglesia y enseñanza*, Madrid 1977.

recuperen tiempos perdidos y se pongan *en vanguardia con una realidad viva de universidad es libres*.

Es de esperar también que la inercia de estatalismo docente quede desvirtuada por la reclamación de las Autonomías, pues ya la catalana y la vasca han formulado en su anteproyecto que les es de competencia exclusiva las "fundaciones de carácter docente, cultural y artístico" (el vasco, art. 17), aunque cabe el riesgo de que se sustituya la inercia estatalista por la autonomista.

En realidad, la universidad libre deberá ser una consecuencia y corolario de los principios o "valores superiores del ordenamiento jurídico (del Estado español), la libertad, la justicia, la igualdad" (artículo 1 § 1 de la Constitución), de donde fluye el artículo 27, párrafo 6, que venimos comentando.

Pero también hay que considerar, como más concreto y aportable, el principio de la libertad religiosa e ideológica, consagrado en el artículo 16 de la Constitución, y el principio de la libertad de expresión y difusión, consagrado en el artículo 20, que, llevados a su plenitud, exigen no sólo iglesias o lugares de culto (o equivalentes, para los "ideólogos") en que fomenten sus propias vivencias, ni sólo periódicos o revistas en que expresarse, sino también centros en que formar sus ministros y militantes con plena ciudadanía de y para la actuación de expandir y enseñar, y vivir en unidad de conciencia⁵⁰.

c) Facultades universitarias civiles de teología católica

Es profundamente curioso que, desde hace más de un siglo, no existen en las universidades civiles españolas facultades de teología. Decimos curioso por no emplear otros adjetivos. Como si la teología no fuera una ciencia de interés social con todos los requisitos de ciencia y de cultura superior. Como si en España no hubiera habido una historia gloriosa de las facultades de teología. Como si tal cosa tuviera que ser una singularidad única en el mundo, que diera complejo al Estado. Como si las naciones libres no mostraran ejemplos vivos de un tal aprecio.

Y eso no se ha logrado ni en los "cuarenta años" de Estado confesional. En el fondo de la cuestión encontraremos siempre la misma razón: el estatalismo docente. El Estado no cae en la cuenta que una facultad de teología católica (o protestante, o mahometana, o de otra confesión que teniendo consistencia social la reclame con legítimo derecho) es siempre una facultad *confesional por la naturaleza misma de sus contenidos de estudio y docencia*; lo cual tiene exigencias específicas en su profesorado, aun admitiendo y respetando el principio de "la libertad de cátedra" formulado en la Constitución (art. 20 § 1c), que siempre ha de ser respetando los contenidos de la misma. Un profesor de física no puede apelar a tal principio para enseñar historia de China, por ejemplo;

⁵⁰ Cf. A. DE MIGUEL, *Ideologías en torno a la democratización de la enseñanza*, en *Educadores* 10 (1968) 355-382; A. MAYORDOMO, *Proyección social de la educación: ideas de la "regeneración" española*, en *Educadores* 20 (1978) 373-382; y todo el n. 87 (julio-septiembre 1976) de la *Revista de Ciencias de la Educación*, en que se recogen artículos y documentación (pp. 381-539) y bibliografía (pp. 366-368) sobre posturas ante la enseñanza y el Estado, estatificadoras y de libertad; XXVIII SEMANA SOCIAL DE LOS CATÓLICOS DE ITALIA, *Società e scuola* (1955); R. GÓMEZ PÉREZ, *Las ideas políticas ante la libertad de enseñanza*, Madrid 1977.

similarmente, un profesor de teología católica no podrá apelar a la libertad de cátedra para enseñar teología musulmana o protestante.

Un horizonte de esperanza para cubrir esta laguna desacreditante abre el artículo 12 del Acuerdo de España con la Santa Sede, del 3 de enero de 1979, sobre enseñanza. Dice: "Las universidades del Estado, previo acuerdo con la competente autoridad de la Iglesia, podrán establecer *centros de estudio superiores de teología católica*". "Previo acuerdo con la competente autoridad de la Iglesia" por razón de la naturaleza expresada de estos centros.

Ya hay, en alguna medida inicial, una cátedra de teología católica en las universidades autónomas de Madrid y en la de Salamanca. Pero un solo profesor queda perdido, por mucho que pueda personalmente hacer. Confiamos en que, en atención al "hecho de que la mayoría del pueblo español profesa la religión católica" (proemio del primer Acuerdo, 28 julio 1976), en atención a que "los poderes públicos tendrán en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española (artículo 16 § 3 de la Constitución), en atención al valor socio-científico de la teología, en atención a la historia de España, en atención a un amplio respeto por los principios de libertad positiva proclamados en la Constitución, y en atención al buen ejemplo de otros países en cuyo ámbito socioeconómico-cultural queremos entrar, las universidades españolas del Estado no tarden en tener sus facultades de teología católica. Quien ganará con ello será la misma sociedad española, a cuyo servicio está, por definición, el Estado.

Permítaseme, para cerrar este punto, mencionar tan sólo que la "Oficina Internacional de Enseñanza Católica" tenía en el año 1955 (no dispongo de otra estadística a mano), en 34 países, la cifra de 100.000 centros de enseñanza, con 600.000 profesores y 20 millones de alumnos (*La Croix*, 15 mayo 1956).

d) Enseñanza de la religión en los centros estatales

En virtud del principio de libertad religiosa, que implica el derecho de los padres a que sus hijos reciban educación religiosa en los centros a que éstos asistan (DH 5), la Constitución española afirma: "Los poderes públicos garantizan el derecho que asiste a los padres para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones" (art. 27 § 3).

Concretando ese principio constitucional en el Acuerdo III, el Estado español y la Santa Sede han convenido en que en los centros estatales, a nivel de educación *preescolar, de EGB y de BUP*, se integrará, en condiciones equiparables a las demás disciplinas, la enseñanza de la Religión católica, pero será de carácter voluntario para los alumnos y para los profesores que la impartan; igual régimen se establece para las escuelas universitarias de formación del profesorado. En los *centros estatales superiores* se garantiza a la Iglesia para que pueda organizar cursos voluntarios de enseñanza religiosa; e incluso las universidades del Estado podrán establecer centros superiores de teología, como ya vimos; pero en todos los casos se postula la voluntariedad del alumnado y del profesorado. Con ello se logra atender al derecho de libertad religiosa de los padres y de los alumnos, y el de la Iglesia en poder acceder hasta ellos.

Similar consideración jurídica se da al derecho de asistencia religiosa a los españoles que estén *internados* en centros estatales (sanatorios, centros penitenciarios, orfanatos, centros militares) art. 4 del Acuerdo II, así como sus arts. 2, 5-6 del Acuerdo III, y proemio del Acuerdo V).

Esa configuración jurídica es muy correcta. Es la correcta. El Estado cumple su función y deber de tutelar la libertad religiosa. Tras ello, todo queda a la responsabilidad personal de los interesados y a la atención pastoral de la Iglesia. A ésta corresponde urgir a padres, alumnos y profesores, a los internos y a los sacerdotes el cumplimiento de sus deberes religiosos de formación y asistencia. Y aquí tendrá la Iglesia que acertar a realizar esta *función de atracción y convocatoria*, aduciendo simplemente todos sus medios evangélicos, pero simplemente ellos (cf. GS 76d-e; DH 11 b-e, 12a, 14d). Todo esto producirá un nuevo ambiente en el país, que Iglesia (jerarquía y fieles) han de saber cultivar con delicadeza y eficacia.

El mismo criterio habrá de aplicarse en los acuerdos del Estado con la Conferencia Episcopal sobre los "medios de comunicación social" (artículo 14 y proemio del Acuerdo III) y en el sistema de porcentajes sobre el sostenimiento económico de la Iglesia (artículo 2 del Acuerdo IV).

e) *Otras actuaciones pastorales*

Para superar el ambiente hedonista y utilitarista y de secularización, en medio del pluralismo abierto, iniciado jurídicamente con la nueva Constitución, se impone –como ya dijimos anteriormente– la necesidad de insistencia en fomentar con plena genuinidad comunidades de base y grupos apostólicos, con fuerte vivencia y firme celo apostólico.

Pero en medio de esas actividades propiamente eclesiales-religiosas, hay otro campo que no se puede olvidar: el del *estudio y propaganda del pensamiento social de la Iglesia*.

Este Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos tendrá que intensificar sus reuniones, coloquios, estudios y publicaciones, acertando en su modo expositivo y en la profundidad de su pensamiento, *proyectando los altos principios* de la fe, que marcan el sentido radical a la vida humana, a las realidades de cada día de la sociedad española. Su esfuerzo estará en saber discernir con acierto lo que es del plano de la fe y lo que es mera ideología o mera cultura. Ideología y culturas son cambiantes. Cabe el riesgo de que, inmersos en una determinada cultura en que hayamos sido formados, dándonos una configuración mental de *unidad existencial* entre fe y cultura o ideología, identifiquemos ambas en sus mismas nociones. Elaborar en cada caso y tema concretos esa distinción y aun separabilidad entre ambos planos puede costar mucho y serio esfuerzo. Por eso el Vaticano II, a la vez *que insiste en la "síntesis vital"* o existencial (GS 43a), en la "coherencia" (AA 13) entre la fe y la vida, condenando el "divorcio" (*discidium*) (GS 43a) entre ellas, *insiste con no menor fuerza* en la no-uniión inseparable, exclusiva e indisoluble, en la *no-identificación nocional* entre la Iglesia y los modos históricos de vivirla, entre la fe y la cultura propia (GS 58d; cf. GS 42d, 44b), y postula no sólo *reformas socioeconómicas*, sino también, a la vez, *cambio de mentalidad y de costumbres* (GS 63e) y

esfuerzos con *espíritu de innovación y creación* de nuevos sistemas, formas, soluciones y realizaciones (cf. GS 66-72, 88-89).

Para ello convendría sobremanera celebrar encuentros y simposios de estudios y diálogos de *profesionales católicos* que penetren en su problemática social, jurídica y política, por sí y para su actuación y para la sociedad misma en la legislación y actuación-ejecución de las mismas. Uniones de juristas católicos, políticos católicos, médicos católicos... tendrán que potenciarse mucho más, y mantenerse en contacto y unidad, sobre todo cuando haya que tratar problemas que, por ser de contenido moral anterior, están por encima (o por debajo) de las posturas plurales legítimas políticas.

Los católicos responsables, cada uno a su medida, *en los medios de comunicación social* habrán de afinar mucho su competencia y acierto de actuación profesional. Deberán incluso unir sus esfuerzos en los momentos de problemas sociales morales que se proyecten o proyectan en la dimensión sociojurídica, en las leyes y actuaciones del Estado, de las asociaciones e instituciones de densidad social fuerte, en los grandes "medios" de televisión y radio y cine. A ellos en forma de responsabilidad social cristiana les atañe la tutela, a su medida y posibilidades, de la moral pública y de la genuina libertad religiosa; a ellos como grupo social (cf. DH 6a), secundando incluso al Magisterio y guía pastoral de la Iglesia, sin rubor y con eficacia y valor (cf. decreto *Inter mirifica*, sobre los "Medios").

A la *jerarquía* de la Iglesia en España toca ya actuar con nuevos estilos, distinguiendo bien entre el ámbito de la *libertad jurídica civil* en materia religiosa –que deberá respetar en su plena objetividad genuina– y la urgencia de los *deberes morales* que la fe impone incluso en y para el uso de esa libertad jurídica civil, como lo hace la Santa Sede en el artículo 6, párrafo 3 del Acuerdo II, al hablar de la obligación grave del católico de atenerse a la doctrina y normas canónicas sobre el matrimonio canónico. Le toca también distinguir cada vez con mayor claridad el plano de las *exigencias de principio* de la moral social católica y el *plano de la libre concreción* de los mismos en *opciones o decisiones políticas*. Y le toca respetar con delicadeza las decisiones que los legisladores católicos tomen en *juicios de prudencia* con su madurez de cristianos adultos. Tendrá que acertar también a usar con competencia técnica y dignidad magisterial, sobre todo, en los espacios que –de común acuerdo entre la Conferencia Episcopal y el Estado, dentro de los principios de libertad religiosa– *tenga en los "medios"*. Tendrá que potenciar con todas sus fuerzas las *asociaciones apostólicas que tratan* de informar de espíritu cristiano la actuación temporal de sus miembros y de difundirlo; incluso –no hay por qué negarlo, porque es consecuencia obvia del espíritu de la fe y de la asistencia pastoral (cf. AA 7d; GS 43b)– tendrá que impulsar moral y espiritualmente a los cristianos militantes en la acción temporal y aun política estrictamente dicha, *incluso a planos de asociaciones*: hay valores y realidades muy decisivas e importantes como para poder inhibirse de tal actuación. Pero, sobre todo, tendrá que impulsar, e incluso si es preciso crear, *asociaciones apostólicas directas* que fomenten y formen la fe misma, que la expandan abiertamente con mayor potencia y empuje: en una sociedad pluralista eso se impone con mucha mayor necesidad y urgencia. Deberá también alentar, asistir y encauzar las *comunidades de base*, necesarias para superar el aislamiento del *homo urbanus*,

dándole un arropamiento de calor de relaciones personales a nivel directo de la fe, pero enmarcándolas dentro de la comunidad eclesial. Tendrá que urgir a *los religiosos y a las instituciones religiosas* un mayor y más efectivo *sentido de disponibilidad*, a tenor de las concretas necesidades y urgencias pastorales de cada diócesis y de todo el país, respetando su característica singular en cada caso; su sentido de disponibilidad, que es facilitación para la distribución equitativa y necesaria de sus fuerzas apostólicas, distribución que no puede quedar simplemente a merced de considerandos privados, sino de ponderación del bien común eclesial concreto. Por último –para no alargar la lista–, tendrá que tener una singular atención a la juventud y adolescencia, no sólo como fomento de la promesa que son del mañana de la Iglesia y de la sociedad española, sino especialmente porque han accedido a la mayoría de edad a los dieciocho años (art. 12 de la Constitución) y, por tanto, a participar de pleno derecho en las decisiones político-jurídicas.

CONCLUSIÓN

Hemos procurado ofrecer una síntesis panorámica de los principales capítulos que versan sobre la presencia cristiana en la sociedad, y en la sociedad española de hoy. Cada uno de los puntos expuestos merecería una más detallada exposición y reflexión. Pero esta tarea queda para nuestros diálogos y trabajos ulteriores.

Resumo el principio decisivo en una sociedad aconfesionalmente constituida: todos los cristianos deben ser bien conscientes de que, si la fe es la que les da el sentido último de la existencia humana (cf. GS 40c41), y, por tanto, también el sentido último de la vida temporal (LG 48b), y les da, por lo mismo, funciones, luces y energías para emplazar toda la actividad humana –también la política– en ese gran panorama u horizonte (cf. GS 42b) –lo que es la apertura de la secularidad de que antes hablamos–, es, sin embargo, bajo su responsabilidad personal y su pericia o competencia, ingenio y saber, donde cae la edificación *concreta y directa* de la ciudad en ese horizonte (cf. AA 6d; 7e; GS 43).

Sepan que realizando esa correcta ordenación de la ciudad, enmarcándola en ese horizonte, es decir, en el Reino de Cristo, primogénito de todo el cosmos creado, están realizando tarea cristiana y apostolado, porque disponen y "preparan el campo del mundo a una mejor siembra de la palabra de Dios y abren las puertas de este mundo más patentemente a (la actuación de) la Iglesia" (LG 35c).

Todo cristiano que, desde su interior, "guiado por la luz del Evangelio y la mente de la Iglesia y movido por la caridad, actúa en forma directa y concreta en lo temporal" (AA 7g), sabe que "conduce a los hombres al *progreso universal en la libertad* humana y cristiana" (LG 36b), y que "como peregrino camina *hacia la consumación de la historia humana*" (GS 45b), que es "la recapitulación de la humanidad con todos sus bienes bajo Cristo, Cabeza en la unidad de su Espíritu" (LG 13b), donde están *los nuevos cielos y la nueva tierra* (Ap 21,1), la nueva ciudad, que no necesita sol ni lámparas, ni cerrar nunca las puertas, porque *la claridad misma de Dios y la lámpara del Cordero la ilumina siempre y todos caminan en su luz y nunca tiene noche* (Ap 21,23-25).

A modo de *proposiciones*, que ofrezco a la discusión, y para que puedan ser discutidas, formulo las siguientes:

1ª. Es del todo necesario, en nuestro mundo de hoy, asegurar y defender la presencia de lo religioso en la sociedad terrestre, como dimensión constitutiva del hombre.

2ª. Concretamente en España, por lo que a nosotros se refiere, es muy necesario defender la presencia de lo católico, tanto por reconocimiento de la verdad revelada, a la que nos lleva la fe, como por razones históricas y culturales.

3ª. Esta defensa debe hacerse sin agresividad ni intolerancia frente a otros grupos religiosos, pero también sin complejos ni cobardías, para no caer en el secularismo, en el indiferentismo, o en una especie de culturalismo sincretista que se presenta ante muchos como exigencia del humanismo y la civilización de nuestro tiempo.

4ª. La deseada presencia de lo religioso-católico en la ciudad está pidiendo: a) que los intelectuales católicos, teólogos y filósofos, defiendan la dimensión de lo sagrado en el hombre y en la sociedad; b) que los historiadores de la cultura y los sociólogos se esfuercen por valorar debidamente lo que ha tenido de positivo la orientación católica de la vida de España.

5ª. Los católicos no deben perder su singularidad específica –exigencia de su fe– en la construcción de la ciudad, si bien, por respeto a la libertad religiosa y al pluralismo ideológico, colaborarán con todos los demás para el progreso y desarrollo de la sociedad de nuestro tiempo.

6ª. En los años posteriores al Concilio Vaticano II se ha producido un descenso en la presencia de lo católico en la sociedad española, por causa de muy diversos factores, unos políticos, externos a la Iglesia, y otros internos a la misma.

7ª. Realizada la transición hacia un ordenamiento democrático, señalamos como tareas urgentes para asegurar la presencia de lo católico en la sociedad española, las siguientes:

- a) inspiración católica de las leyes, en cuanto sea posible;
- b) creación de instituciones católicas de índole y con propósitos culturales, sociales, políticos;
- c) creación de asociaciones de profesionales católicos: médicos, juristas, científicos, periodistas, etc.;
- d) particularísima atención a los problemas de la enseñanza y a las instituciones docentes en relación con la educación católica, escuelas de uno y otro grado, universidad católica, facultades de teología católica en la universidad estatal;
- e) intrépida defensa de la familia, mediante asociaciones familiares extendidas por toda la nación;
- f) volver a trabajar en el campo de la juventud con organizaciones adecuadas;
- g) esfuerzo pastoral de la Iglesia por la catequesis de niños, jóvenes y familias;

h) muy particular atención a la religiosidad popular según la *Evangelii nuntiandi*, y de acuerdo con la tesis de las que es calificado exponente el cardenal Daniélou. Junto a esto, impulsar pequeñas comunidades y grupos como elemento dinamizador.

8ª. Por último, estimo conveniente que haya partidos políticos que se confiesen cristianos abiertamente.

9. SER MÁS HOMBRES

A propósito del discurso del Papa en la UNESCO

Exhortación pastoral con motivo del discurso que Juan Pablo II dirigió en París a la UNESCO, el 2 de junio de 1980. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, julio-agosto 1980. Véase el texto completo del discurso del Papa en *Viaje pastoral a Francia*, BAC Popular 28, Madrid 1980, 139-160.

I

Juan Pablo II ha hablado en la UNESCO a los que tienen mayor capacidad de influencia en la sociedad: los hombres que trabajan por la educación, la ciencia y la cultura. No se trata de hacer un sermón *ad domesticos fidei*, a los de casa, los hijos de la Iglesia. Pero tampoco el Papa podía dejar de presentarse como lo que es: el Vicario de Cristo. Y no lo ha ocultado ni ha tratado de disimularlo entre ambigüedades y retóricas complacientes.

Siempre el hombre. Es su gran tema cuando contempla el mundo en que vive. No se encontraba el Papa en la basílica de San Pedro, ni en Nôtre Dame de París, pero sí que predicó la palabra de Dios. Cuando habla del hombre, como viene haciéndolo, es consciente de que el mensaje de Cristo anuncia, sobre todo, una cosa: salvación de ese hombre. Y aquí es donde encuentra justificación su confianza y su amor a la humanidad en medio de los falsos humanismos contemporáneos. "Afirmar al hombre por ser hombre, en razón de la dignidad particular que posee. La totalidad de las afirmaciones relativas al hombre pertenece a la sustancia misma del mensaje de Cristo y de la misión de la Iglesia". Habla de la "totalidad" de las afirmaciones, no de unas pocas, elegidas parcialmente y ofrecidas al gusto del consumidor. Habla del hombre impulsado por el dinamismo de su naturaleza y condición, que le lleva, si no es estorbado por el error o la manipulación, a situarse en las cercanías de Dios, atisbando ya la verdad suprema o gozando por haberla encontrado. ¿Quién no verá, en este concepto del hombre, ser perfectible y anhelante siempre de una mayor plenitud, el objeto merecedor de toda la atención de la Iglesia, puesto que así lo fue también del Evangelio de Jesús, a la vez que el sujeto responsable de su libertad y su cultura, que le van haciendo cada vez más hombre y más dueño de sí mismo?

II

A la luz de este rico humanismo, que se centra en el hecho de la presencia salvadora de Cristo en medio de lo humano –Él es precisamente el Hijo del Hombre–, se entienden las vigorosas afirmaciones del Papa sobre la necesidad de orientar bien los esfuerzos creadores de la educación y de la ciencia y sobre el concepto mismo de cultura. De nada aprovecha el "*tener*" si el hombre no es

cada vez más él mismo en todas las dimensiones de su existencia. Lo esencial es el "ser", como han dicho también insignes filósofos contemporáneos. ¿De que serviría el "tener" si se hace cada día más pobre la calidad humana y más débil la libertad?

El Papa pone de relieve el carácter existencial de la cultura. Su grandeza proviene del mismo centro del que surge el peligro. El hombre tiene que "ser" sujeto real y no mero tránsito para una corriente anónima de opiniones, inventos e investigaciones. "La cultura es aquello por lo que el hombre, en tanto que hombre, es más hombre". Y éste, el hombre, ha de reflejarse siempre en ella en toda su verdad: la dimensión material y la espiritual. La cultura tiene que favorecer una forma de existencia y una actitud ética que estén de acuerdo con el ser íntegro del hombre. Los aspectos más profundos de su condición, por ejemplo, su destino, convivencia humana, libertad de elección, necesitan de lo material para su realización. Pero lo que no puede haber es una ruptura entre la dimensión material y la espiritual, de tal manera que cuando nos ocupemos de una nos deje incompletos el olvido de la otra. La unión de Cristo y su mensaje con el hombre en su humanidad misma es creadora de cultura que integra ambas dimensiones.

Por eso es inevitable que el Papa hablara del nexo entre cultura y religión, y lo ha hecho y ha sido aplaudido: "Para crear cultura es necesario considerar, hasta en sus últimas consecuencias y totalmente, al hombre como un valor particular y autónomo, como el sujeto portador de la trascendencia". Es decir, ni sojuzgado por los totalitarismos que le aprisionan, ni alienado por una falsa independencia que le impida vislumbrar el rostro de Dios amigo y Padre. El gran problema de nuestros días es que la técnica hace progresos incesantes, pero no sabe adaptarlos a las exigencias de la condición humana en la plenitud de su destino. Sin la religión, la simple técnica, como forma de cultura, encarcela y aplasta. Porque termina por desconocer la raíz de la dignidad en que se fundan los derechos humanos: la condición que el hombre tiene de hijo de Dios.

¡Qué hermoso es por parte del Obispo de Roma ofrecer esa imagen de hombre enamorado de la cultura humana y a la vez y por lo mismo de servidor del Evangelio! Por lo mismo, digo, porque lo humano sólo se contempla con la presencia de Cristo. La UNESCO ha hecho honor a su misión, invitando al Papa; éste ha servido a la suya aceptando la invitación. Como sucesor de Pedro, tiene abierta una cátedra en cualquier lugar del mundo, pero es necesario que no le cierren las puertas. Ahora se las han abierto los que, por definición, deben estar dispuestos a recibir la luz de donde quiera que venga. ¿Y quién podrá ofrecerla tan resplandeciente como ese Obispo de Roma, a quien acompañan tantos siglos de promoción humana hacia la verdad total, con tantos logros de primacía de la persona sobre las cosas, a pesar de los fracasos?



El mayor peligro que veo de que este discurso del Papa, para el que expresamente se ha buscado un lugar de tanta resonancia, se pierda en el vacío, no está en ninguna mala voluntad ni indiferencia despectiva. El peligro está en la contracultura, que lo invade todo. El nuestro no es un mundo de incultos; es

algo peor, un mundo poseído hasta los tuétanos por la presunción de que la cultura que tiene le basta, sin darse cuenta de que vive aprisionado bajo la costra de sus propias degradaciones; informacionismos más que formación; libertades al revés, porque esclavizan en lugar de liberar; nihilismo moral, gregarismo en lugar de socialización, rechazo de toda filosofía que le haga pensar, reducción de lo humano a meras cantidades de deseo o de satisfacción de instintos. De cuando en cuando, en una película de cine, en un libro, en una escuela, en una asamblea de hombres rectos brilla el fulgor inesperado de un rayo de esperanza, de una llamada a la auténtica grandeza. Pero se apaga en seguida. Puede más lo tenebroso de tantos y tantos egoísmos de la contracultura que nos envuelve.

El que estemos asistiendo con tanta indiferencia en Europa y América a la ruina de la familia como institución básica y a la degeneración del amor del hombre y la mujer, cada día más reducido a pura animalidad, es una tragedia de consecuencias aterradoras.

Destruída a cada paso la persona, desplazado el valor del ser por el del tener, ¿cómo va a luchar con eficacia esta civilización de los rebaños sin pastor contra el posible mal uso de la energía nuclear, de las manipulaciones genéticas, de la desatada ambición de poder político o económico mundial que domina a unos contra otros? Es imposible.

El Papa, sin embargo, tiene confianza. No puede dejar de tenerla el que lleve a Cristo en su palabra y en sus manos, y desde el primer día de su Pontificado se dio a conocer por aquel grito que le salió de lo más profundo de su corazón: no temáis, abrid las puertas a Cristo.

Por eso, sin invocarle expresamente, dice a los hombres de la UNESCO: no ceséis, continuad, continuad siempre. Es el lenguaje de los que tienen fe.

IV

De aquí la responsabilidad de la Iglesia católica de hoy, y la de las demás confesiones cristianas, y aun de otras religiones, a las que no ha dejado de tener presentes el Papa en su discurso.

Concretamente, la Iglesia católica, después de un Concilio tan invocado y tan pulverizado por manos agresoras –hay también una especie de contracultura conciliar que genera sordos en los espacios eclesiales– tiene una responsabilidad definitiva. ¿Quién, si no, podrá restaurar los valores morales? Y esto es lo que el Concilio buscaba como servicio al mundo, a juzgar por los discursos de Juan XXIII y los de Pablo VI, el pregonero de la civilización del amor, como sigue siéndolo el Papa venido de Polonia.

"Al hombre que ha adquirido conciencia de la situación y de lo que está en juego, al hombre que tiene presente, aunque sólo sea de forma elemental, las responsabilidades que incumben a cada uno, se le impone una convicción, que es al mismo tiempo un imperativo moral: ¡Hay que movilizar las conciencias!"

Estas palabras del Papa resumen todo lo que quisiera hacer en favor de la cultura para que los hombres seamos más hombres. Esas conciencias nuestras,

tan envilecidas por todas las claudicaciones también dentro de la Iglesia, empiezan ya a acusarnos de lo que hemos dejado de hacer.

El obispo de Estrasburgo, que acaba de cesar, monseñor Elchinguer, publicó hace cinco años varios escritos suyos en un libro al que puso el significativo título de *El retorno de Poncio Pilato*. Hay demasiados Pilatos en nuestro tiempo, víctimas de la cobardía y la comodidad egoísta. Es necesario volver a luchar con esperanza, orientado el espíritu hacia la verdad. De no hacerlo así, a cada progreso material nuevo que pueda alcanzarse, se le podrá hacer la pregunta acusadora que hacía Bernanos: "¿De qué os servirá fabricar la vida misma, si habéis perdido el sentido de la vida?".

10. LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA Y SU CONTRIBUCIÓN A LA CAUSA DE LA PAZ

Conferencia pronunciada en las Jornadas de *Acción Social Empresarial*, celebradas en Toledo del 29 al 31 de enero de 1981. Texto publicado en el *Boletín del Arzobispado de Toledo*, marzo 1981.

He accedido con mucho gusto a la amable invitación que se me ha hecho de dirigirles unas palabras con motivo de las Jornadas que están ustedes celebrando en esta ciudad de Toledo, capital de mi Archidiócesis.

Es la primera vez que como Arzobispo de Toledo me pongo en contacto directo con *Acción Social Empresarial*, asociación apostólica que conozco desde hace bastante tiempo, y cuya actuación, durante casi treinta años –dirigida a la cristianización de las empresas y de la vida económica, inspirada en las enseñanzas de la Doctrina Social de la Iglesia, mediante el testimonio personal y colectivo de los empresarios y directivos de empresa, integrados en la misma– ha desarrollado una labor meritoria, sobre todo en el campo de la orientación de criterios y de las vías de su aplicación, que como Obispo no puedo menos de agradecer, alabar y estimular.

Al empezar a dirigirles estas palabras me vienen a la mente dos discursos de dos Papas contemporáneos, dirigidos a una asociación similar a la suya. Me refiero a los Papas Pablo VI y Juan Pablo II, y a la UCID italiana.

El primer discurso, de Pablo VI, pronunciado en una fecha que comienza a alejarse ya en la historia, es del 8 de junio de 1964, con motivo del XI Congreso Nacional de la *Unione Cristiana Imprenditori Dirigenti*. Este discurso impresionó por su sentido fuertemente crítico del sistema económico vigente en el mundo occidental, aunque no dejó de reconocer y de ensalzar la labor insustituible de los empresarios y dirigentes de empresa, en una sociedad industrializada.

Quiero recoger algunas de sus frases más significativas: "Os consideramos con verdadero respeto por lo que sois..., empresarios, dirigentes, productores de riqueza, organizadores de empresas modernas, tanto industriales como agrícolas, comerciales o administrativas; creadores por eso de trabajo, de empleos, de adiestramientos profesionales, capaces de dar pan y ocupación a una enorme multitud de trabajadores y de colaboradores; transformadores por eso mismo de la sociedad mediante el despliegue de fuerzas operativas que la ciencia, la técnica, la estructuración industrial y burocrática ponen a disposición del hombre moderno. Con los maestros y los médicos, figuráis entre los principales transformadores de la sociedad, entre quienes influyen más sobre las condiciones de la vida humana y le abren nuevos e insospechados desarrollos. Cualquiera que sea el juicio que se tenga de vosotros, se deberá reconocer vuestro valor, vuestra potencia, vuestra indispensabilidad. Vuestra función es necesaria para una sociedad que obtiene su vitalidad, su grandeza y su ambición del dominio de la naturaleza. Tenéis muchos méritos y muchas responsabilidades".

Y más adelante continuó en los siguientes términos: "Vuestras empresas, frutos maravillosos de vuestros esfuerzos, ¿no son acaso causa de disgusto y de oposición? Las estructuras mecánicas y burocráticas funcionan perfectamente; las estructuras humanas, todavía no. La empresa, que es, por su exigencia constitucional, una colaboración, un acuerdo, una armonía, ¿no es todavía hoy un choque de espíritus y de intereses? ¿Y no viene a ser considerada a veces como un motivo de acusación contra quien la ha constituido, la dirige y la administra? ¿No se dice de vosotros que sois los capitalistas y los únicos culpables? ¿No sois el blanco de la dialéctica social? Debe haber, pues, algo profundamente desviado, radicalmente insuficiente en el mismo sistema, si da origen a tales reacciones sociales".

Y Pablo VI, después de manifestar su comprensión por las dificultades, tanto interiores como exteriores que se oponen a "la elaboración de una nueva sociología fundada sobre la concepción cristiana de la vida", alabó sus propósitos y sus esfuerzos; y lejos de propiciar un cambio violento y revolucionario, consideró que "la gradualidad, con tal que sea progresiva, es sabia y prudente". Y les estimuló a ser "los pilotos en la formación de una sociedad más justa, más pacífica, más fraterna"¹.

El otro discurso es del Papa Juan Pablo II, dirigido también a la UCID, el 24 de noviembre de 1979. Recojo también a continuación algunas de sus ideas más significativas: "Me complace mucho esta actividad vuestra que, siguiendo la huella luminosa de los beneméritos fundadores de la Asociación, se ocupa intensamente de dar a conocer, aceptar y aplicar de parte de los operadores económicos, las orientaciones de la doctrina social de la Iglesia en las empresas; y encontrar en dicha doctrina las razones capaces de justificar o, mejor, de promover en la sociedad un orden nuevo fundado en el respeto a la persona humana y a su promoción armónica y provechosa para el bien común, un orden que responde a las exigencias del Evangelio y que los pueblos anhelan, desilusionados de tantas promesas y de tantas experiencias extrañas o contrarias a las motivaciones de nuestra fe".

Y el Papa Juan Pablo II continuó su discurso con acentos de exigencia crítica: "Es necesario que el empresario y los dirigentes de empresa hagan todo cuanto esté en su mano por escuchar, escuchar debidamente la voz del obrero que de ellos depende, y por comprender sus exigencias legítimas de justicia y equidad, superando toda tentación egoísta tendente a hacer de la economía la norma de sí misma. Sabéis –y queréis recordarlo a todos– que cualquier desatención en este campo es culpable y todo retraso es fatal. Muchos conflictos y antagonismos entre trabajadores y dirigentes hunden las raíces con frecuencia en el terreno infecundo de la falta de escucha, del rechazo del diálogo, o de que éste se aplaza indebidamente. No es tiempo perdido el que empleáis en reuniros personalmente con los empleados o en hacer vuestras relaciones más humanas y vuestras empresas más a la medida del hombre. No se os escapa la situación en que se hallan tantos obreros de las fábricas que si se ven forzados a vivir como metidos en un entramado artificial, corren el peligro de sentirse atrofiados en su espontaneidad interior. Con sus automatismos rígidos, la máquina es ingrata y

¹ Véase el texto del discurso en traducción al español, en el folleto editado pro la "Federación libre de Escuelas de Ciencias de la Empresa", bajo el título *Pablo VI a los Empresarios*, Madrid 1964.

avara en satisfacciones. Las mismas relaciones entre compañeros de trabajo cuando llegan a despersonalizarse, no pueden proporcionar el consuelo y la fuerza necesarios; y las estructuras de producción y consumo obligan con frecuencia a los obreros a vivir de modo masificado, sin iniciativa, sin lugar a opciones. Se puede llegar a tal nivel de deshumanización, cuando se invierte la escala de valores y se eleva el productivismo a parámetro único del fenómeno industrial, cuando se hace caso omiso de la dimensión interior de los valores, cuando se apunta a la perfección del trabajo y no a la perfección de quien lo ejecuta, privilegiando la obra antes que al obrero, al objeto antes que al sujeto"².

Dos Papas, dos estilos diferentes, pero una doctrina idéntica, inspirada en el respeto por la dignidad y los derechos de la persona humana, creada a imagen de Dios y redimida por Jesucristo, y respecto de la cual todas las demás realidades temporales sólo tienen razón de medios, de instrumentos a su servicio. Como afirmó el Concilio Vaticano II: "En la vida económico-social deben respetarse y promoverse la dignidad de la persona humana, su entera vocación y el bien de toda la sociedad. Porque el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social"³.

Aquí se apunta el sentido más profundo de la doctrina social de la Iglesia. El conocido teólogo dominico P. Y. Congar, unos años antes del Concilio, con motivo de la XLVII sesión de las Semanas Sociales de Francia, en 1960, pronunció estas certeras palabras: "Si el cristianismo tiene algo que decir aquí, sin duda es porque lo más interesante de lo que llamamos doctrina social de la Iglesia consiste en una antropología. Hay un punto de vista cristiano del hombre, que procede fundamentalmente del conocimiento cristiano de Dios. Una de las cosas más necesarias y urgentes es restablecer en la corriente de las ideas y en la predicación cristiana esa íntima unión entre teología y antropología, que está inscrita en el corazón mismo de la revelación judeo-cristiana"⁴.

Una concepción antropocéntrica de la cultura, a partir del Renacimiento, ha querido contraponer la visión teocéntrica de la cultura medieval con la cultura del mundo moderno. Los exponentes que culminan esta corriente de contraposición entre el hombre y Dios podrían ser: Hegel, Feuerbach, Marx y Nietzsche, que anuncian, como falsos profetas, la muerte de Dios para que pueda vivir el hombre. Los acontecimientos trágicos de este siglo, sobre todo las dos guerras mundiales, han puesto de relieve que la muerte de Dios no lleva consigo el triunfo y la resurrección del hombre, sino su muerte y su destrucción. "El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano", afirmó el P. de Lubac, S.J.⁵.

Uno de los grandes objetivos del pontificado de Juan Pablo II es precisamente el de mostrar y demostrar que la grandeza del hombre le viene de Dios, de su creación a imagen y semejanza de su Creador, de su Redención –creación renovada– por Cristo, hasta llegar a afirmar que el profundo estupor que la obra

² Véase texto del discurso en español en *Actualidad UNIAPAC*, nº 1, marzo de 1980.

³ Const. Pastoral *Gaudium et Spes* 63, 1.

⁴ Véase en *Socialización y Persona humana*, la lección del P. CONGAR sobre *Perspectivas cristianas sobre la vida personal y la vida colectiva*, Barcelona 1963, 196.

⁵ Cit. por PABLO VI, en la encíclica *Populorum Progressio*, 42; *Le drame de l'humanisme athée*, París³ 1945, 10.

redentora suscita "respecto al valor y dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva"⁶.

Y en su última encíclica, la *Dives in misericordia*, vuelve sobre esta misma idea con las siguientes palabras: "Cuanto más se centre en el hombre la misión desarrollada por la Iglesia, cuanto más sea, por decirlo así, antropocéntrica, tanto más debe corroborarse y realizarse teocéntricamente, esto es, orientarse al Padre en Cristo Jesús. Mientras las diversas corrientes del pasado y presente del pensamiento humano han sido y siguen siendo propensas a dividir e incluso contraponer el teocentrismo y el antropocentrismo, la Iglesia, en cambio, siguiendo a Cristo, trata de unirlos en la historia del hombre de manera orgánica y profunda. Este es también uno de los principios fundamentales, y quizá el más importante, del magisterio del último Concilio"⁷.

Es cierto que no basta la mera afirmación y proclamación de los grandes principios, que constituyen el cuerpo de la doctrina social de la Iglesia, porque no se trata del hombre *abstracto*, sino real, del hombre *concreto*, *histórico*, se trata de "cada" hombre, en su única e irreplicable realidad humana.

Y esa aplicación concreta, histórica, *hic et nunc*, en medio de un mundo que atraviesa desde hace varios decenios un proceso continuo de cambio acelerado, exige necesariamente mediaciones culturales, instrumentos técnicos, medidas económicas, procedimientos laborales, transformaciones sociales, adaptaciones psicológicas, renovaciones de estructuras y de sistemas. Y todo ello no es fácil y no permite a un dirigente responsable lanzarse alegremente a improvisaciones fáciles y superficiales.

Ustedes, como empresarios y dirigentes de empresa, se encuentran en la vorágine del cambio, en el epicentro de los movimientos sísmicos que sacuden la vida social y económica, en medio de la crisis mundial, en una etapa, que va resultando ya larga, de transición de nuestra vida nacional. No seré yo quien incurra en la imprudencia de juzgarles precipitadamente, sin valorar previamente todos los factores complejos y dinámicos que condicionan y dificultan sus decisiones. Necesitan la prudencia y la responsabilidad de dirigentes y, al mismo tiempo, la audacia y el sentido calculado del riesgo de los exploradores de nuevos ámbitos de actuación.

Ya no valen las fórmulas y recetas del pasado –aunque siempre la experiencia madurada en la reflexión será maestra de la vida– y hace falta, sin perder el arraigo de la tradición, una visión prospectiva del futuro para adoptar, a tiempo, las medidas adecuadas.

Su profesión cada vez se hace más complicada y difícil, porque como empresarios, en un sistema de economía de mercado, tienen que programar la producción en función de las libertades ajenas de elección y de decisión y en función también de la oferta de la competencia real y potencial, y mucho más en la perspectiva de una integración más o menos próxima a la Comunidad Económica Europea. Por otra parte, las exigencias y reivindicaciones del mundo

⁶ Encíclica *Redemptor Hominis*, 10. 2.

⁷ Encíclica *Dives in Misericordia*, 1. 4.

laboral –consciente de su fuerza y de sus derechos– cada vez son mayores y las situaciones más conflictivas.

No esperen de mí, queridos amigos, orientaciones técnicas o profesionales. No es esa la misión de los Obispos, y, por otra parte, excede de mi competencia. Como sabiamente advirtió el Concilio Vaticano II a los laicos, "no piensen que sus pastores están siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en todas las cuestiones, aun graves, que surjan"⁸.

Únicamente puedo darles alguna orientación doctrinal y el aliento y estímulo espiritual para que sean testigos de Jesucristo en ese complicado mundo de la economía y de la empresa.

El Papa Juan Pablo II, en su profundo discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, hizo una mención explícita a la doctrina social de la Iglesia –que algunos habían considerado como expresión inapropiada, después del Concilio , y no sólo en su enunciación verbal, sino en su contenido⁹– con las siguientes palabras:

"Cuanto hemos recordado antes constituye un rico y complejo patrimonio, que la *Evangelii Nuntiandi* denomina doctrina social o enseñanza social de la Iglesia. Ésta nace, a la luz de la Palabra de Dios y del Magisterio auténtico, de la presencia de los cristianos en el seno de las situaciones cambiantes del mundo, en contacto con los desafíos que de ellas provienen. Tal doctrina social comporta, por tanto, principios de reflexión, pero también normas de juicio y directrices de acción. Confiar responsablemente en esta doctrina social, aunque algunos traten de sembrar dudas y desconfianzas sobre ella, estudiarla con seriedad , procurar aplicarla , enseñarla, ser fiel a ella, es, en un hijo de la Iglesia, garantía de la autenticidad de su compromiso en las delicadas y exigentes tareas sociales, y de sus esfuerzos en favor de la liberación o de la promoción de sus hermanos".

"Permitid, pues, que recomiende a vuestra especial atención pastoral la urgencia de sensibilizar a vuestros fieles acerca de esta doctrina social de la Iglesia. Hay que poner particular cuidado en la formación de una conciencia social a todos los niveles y en todos los sectores. Cuando arrecian las injusticias y crece dolorosamente la distancia entre pobres y ricos, la doctrina social, en forma creativa y abierta a los amplios campos de la presencia de la Iglesia, debe ser preciso instrumento de formación y de acción. Esto vale particularmente en relación con los laicos: 'competen a los laicos propiamente, aunque no exclusivamente, las tareas y el dinamismo seculares' (*Gaudium et Spes* 43). Es necesario evitar suplantaciones y estudiar seriamente cuándo ciertas formas de suplencia mantienen su razón de ser. ¿No son los laicos los llamados, en virtud de su

⁸ Const. Pastoral *Gaudium et Spes*, 43, 2.

⁹ El Concilio Vaticano II eludió, en distintos pasajes, la utilización de la expresión "doctrina social de la Iglesia"; únicamente la utilizó en el Decreto *Apostolicam actuositatem*, 31b: "*principia doctrinae moralis et socialis Ecclesiae*", y en la Const. Past. *Gaudium et Spes* 76,5: "*sociallem suam doctrinam docere*"; en el Decreto *Unitatis redintegratio* sobre el ecumenismo se emplea una expresión equivalente: "*doctrina (et activitas) Ecclesiae in re sociali*" (6,2). Con posterioridad al Concilio, apenas fue usada la expresión en los documentos oficiales de la Santa Sede. En la Carta Apostólica *Octogesima Adveniens* (14 mayo 1971), en la traducción oficial italiana se usa la expresión "*insegnamento sociale della Chiesa*"; en cambio, el texto original latino recoge la fórmula tradicional, "*socialis Ecclesiae doctrina*" (4 y 42).

vocación en la Iglesia, a dar su aportación en las dimensiones políticas y económicas, y a estar eficazmente presentes en la tutela y promoción de los derechos humanos?"¹⁰

El Papa Juan Pablo II ha vuelto a hacer referencia en otras ocasiones a la doctrina social de la Iglesia. Así, en su maravilloso discurso a la Conferencia Episcopal Polaca, de 5 de junio de 1979¹¹, y en el discurso a los obreros en el Stadium de Monrubi, en Sao Pauto, el 3 de julio de 1980¹².

Es evidente que cuando se habla de doctrina social de la Iglesia hay que tener ideas claras sobre su naturaleza y sobre su contenido. Por supuesto, no se quiere indicar que se trata de un *corpus* completo y sistemático de verdades y principios, elaborados teóricamente por el Magisterio de la Iglesia, de una vez para siempre, y que sirve para resolver los problemas sociales pasados, presentes y futuros. Ese no es el verdadero concepto de la doctrina social de la Iglesia.

Es cierto que dentro de ella se contienen verdades permanentes de fe, o descubiertas por la razón natural –aun cuando algunas de estas últimas hayan sido confirmadas por la Revelación o por el Magisterio de la propia Iglesia–; y también principios y normas morales de validez atemporal. Pero no es eso sólo. Hace falta aplicar esas verdades permanentes y esas normas morales inmutables a realidades dinámicas y cambiantes, en circunstancias difíciles y complejas, en donde surgen situaciones inéditas en el pasado, para cuya solución no sirven fórmulas prefabricadas "a priori", sino que es precisa la creatividad de los fieles, inspirada en la fe y en los valores morales permanentes, y movida por la caridad, para descubrir y plasmar la voluntad de Dios en cada momento histórico, con la luz del Espíritu Santo, en comunión con sus Pastores y en diálogo fraterno entre los mismos y con todos los hombres de buena voluntad.

La doctrina social de la Iglesia debe realizarse en la historia, mediante el discernimiento de los signos de los tiempos y bajo la responsabilidad de los laicos, en los diversos campos de su actividad, con fidelidad a la Palabra de Dios y a la ley natural, bajo la guía del Magisterio, y con sentido de servicio a los hombres concretos a quienes debemos ayudar.

Sería tan erróneo considerar que, en este campo, basta la buena voluntad y de que todas las opciones son libres para el católico, como pensar que ya todo está dicho y que no hay que esforzarse en la búsqueda de nuevas soluciones.

La realidad es que existen muchas injusticias sociales en nuestro derredor, y que la fuerza y el dinamismo del Evangelio no tienen la suficiente penetración en las mentalidades y en las estructuras sociales.

Tendría que recordarles a ustedes, empresarios y dirigentes católicos, aquellas graves palabras del gran Pontífice Pío XII que, por desgracia, todavía en muchas

¹⁰ Véase el texto oficial en español, en *III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla. La Evangelización en el presente. Y en el futuro de América Latina*, Madrid 1979 (III, 7), 27-28.

¹¹ Véase JUAN PABLO II, *Peregrinación Apostólica a Polonia* (BAC Minor 56), Città del Vaticano, Madrid 1979, 116-117.

¹² Véase JUAN PABLO II, *Viaje pastoral a Brasil*, BAC Popular 29, Madrid 1980, 113ss.

ocasiones siguen conservando la actualidad del momento en que se pronunciaron: "Movida siempre por motivos religiosos, la Iglesia ha condenado los varios sistemas del socialismo marxista, y los condena también hoy, porque es su deber y derecho permanente preservar a los hombres de corrientes e influencias que ponen en peligro su eterna salvación. Pero la Iglesia no puede ignorar o dejar de ver que el obrero, en su esfuerzo por mejorar su situación, tropieza con un ambiente, que, lejos de ser conforme a la naturaleza, contrasta con el orden de Dios y con el fin que Él ha señalado a los bienes terrenos. Por falsos, condenables y peligrosos que hayan sido y sean los caminos que se han seguido, ¿quién, sobre todo siendo sacerdote o cristiano, puede permanecer sordo al grito que se alza de lo profundo, y que en el mundo de un Dios justo invoca justicia y espíritu de fraternidad?"¹³

En los momentos actuales, tenemos entre nosotros el gravísimo problema del paro, que rebasa ampliamente el millón y medio de personas, y que puede llegar a alcanzar, si no se toman las medidas adecuadas a medio plazo, hasta el 16 por 100 de la población activa¹⁴ (alrededor de los dos millones, sobre los 12.835.700 trabajadores que forman dicha población).

Y frente a esa insostenible situación tenemos el dato escalofriante de que los españoles invirtieron en juegos de azar, durante el año 1980, la cifra de casi quinientos mil millones de pesetas, bajo el estímulo, que no nos atrevemos a calificar, de la propia Administración Pública, que ingresó en su Erario el 18 por 100 de dicha cantidad (alrededor de 90 mil millones)¹⁵.

Y otro hecho que consideramos alarmante, en esta coyuntura económica: la aceleración de los gastos públicos y el consiguiente incremento del déficit presupuestario, en cantidades que los técnicos consideran insostenibles para la economía española.

Me hago cargo de las dificultades de la situación presente, pero como Obispo de la Iglesia de Dios no puedo menos de preocuparme por la situación de los más débiles, de los trabajadores en paro, de las familias modestas, cuyos ingresos reales van disminuyendo, erosionados por la inflación, el aumento de las cargas fiscales y los gravámenes sociales.

La situación actual nos impone a todos un sentido de austeridad en nuestra vida, una moderación en nuestros gastos puramente consuntivos, un espíritu de magnificencia en los que disponen de grandes capitales propios para darles un destino de inversión productiva que cree puestos de trabajo, siempre dentro de una prudencia previsora.

Me impresionaron las frases de un antiguo directivo de empresa francés –a quien muchos de vosotros conocéis de referencia– al aludir al nivel de vida y familiar del directivo de empresa: "Yo creo que si entre los responsables de las empresas se viese levantar una generación de hombres que, por su amor a Cristo, aceptase desvincular su tren de vida de su nivel de remuneración, ese testimonio

¹³ Véase *Radiomensaje de Navidad 1942*, en *Doctrina Pontificia: Documentos Políticos* (BAC 25), Madrid 1958, 847.

¹⁴ Véase el Informe de *Coyuntura* presentado por los Profesores Donges, De la Puente y Aguirre.

¹⁵ Datos que estimamos solventes, aunque no nos es permitido citar su fuente.

abriría el paso a muchas posibilidades de transformación en orden a una sociedad más fraternal y más justa"¹⁶.

Se ha hablado mucho de la legitimidad del derecho de propiedad, desde el punto de vista de la doctrina social de la Iglesia, y no seré yo quien la ponga en duda frente a un colectivismo masificador e igualitario. Pero no puedo menos de dejar bien claro que hay un derecho anterior al derecho de propiedad, proclamado por toda la tradición del Antiguo Testamento, reiterado en el Nuevo, reafirmado por la Patrística y por los doctores medievales, y últimamente por los Papas de las grandes encíclicas sociales, y por el Concilio Vaticano II: el derecho al mínimo de bienes necesarios para una subsistencia decorosa; y que Juan Pablo II lo ratificó, en Puebla, con la expresión que recorrió el mundo de que "sobre toda propiedad privada grava una hipoteca social"¹⁷.

Hay que medir lo superfluo en función de las necesidades de los demás, cuando éstas son graves y urgentes. Y no se trata sólo del cumplimiento estricto de los deberes de justicia. Con la justicia sola no se construye el orden social, ni se establecen las bases de una convivencia humana pacífica y fraterna. La última encíclica de S.S. Juan Pablo II tiene la valentía de proclamar, frente a un justicialismo duro e inflexible, que "la experiencia del pasado y de nuestros tiempos demuestra que la justicia por sí sola no es suficiente y que, más aún, puede conducir a la negación y aniquilamiento de sí misma, si no se le permite a esa forma más profunda que es el amor, plasmar la vida humana en sus diversas dimensiones. Ha sido, ni más ni menos, la experiencia histórica la que entre otras cosas ha llevado a formular esta aserción: *summum ius, summa iniuria*. Tal afirmación no disminuye el valor de la justicia, ni atenúa el significado del orden instaurado sobre ella; indica solamente, en otro aspecto, la necesidad de recurrir a las fuerzas del espíritu, más profundas aún, que condicionan el orden mismo de la justicia" (*Redemptor hominis*, 12,3).

En el fondo, es el mismo pensamiento que expresó León XIII, al terminar su inmemorial encíclica *Rerum Novarum*: porque "la salud que se desea sólo se puede esperar de una grande efusión de caridad"¹⁸.

En último término, queridos amigos, es una llamada apremiante a la conversión del corazón, como premisa para transformar las estructuras sociales. El cristianismo introdujo la mayor revolución de la historia del mundo, predicando la penitencia y la conversión de los corazones; y luego los hombres, convertidos en discípulos, en apóstoles y testigos de Jesús, transformaron el mundo pagano. Desde esta perspectiva cristiana, como Obispo de la Iglesia, les insto a configurar con sus vidas "el nuevo tipo de empresario y directivo de empresa", como paso previo para un orden social más justo, más humano y más cristiano.

¹⁶ Véase el libro de JEAN GIRETTE, *Je cherche la justice...*, Editions France-Empire, París 1972.

¹⁷ Véase el discurso de Puebla, en la edición citada en la nota 10, p. 22.

¹⁸ Véase texto bilingüe de la encíclica en *Colección completa de las Encíclicas de Su Santidad León XIII*, del Dr. D. MANUEL DE CASTRO ALONSO, tomo I, Valladolid, 557ss.

11. UN SISTEMA NUEVO DE VIDA

Lección pronunciada en el acto de inauguración de la X Semana de Teología Espiritual, en Toledo, el 2 de julio de 1984. Texto publicado en el volumen *Vida interior y construcción del mundo*, CETE, Madrid 1985. 15-28.

INTRODUCCIÓN

Un sistema nuevo de vida... Muchos hay que niegan a la Iglesia la posibilidad de suscitar en el mundo una nueva cultura, un nuevo orden de cosas y de valores, un sistema nuevo de vida. Piensan que la Iglesia es muy vieja como para dar a luz de nuevo.

La Iglesia, ciertamente, es la más antigua institución del Occidente: tiene veinte siglos de edad. Pero si pensamos que la inmensa aventura humana comenzó – como dicen los científicos– hace cincuenta mil o quizá cien mil años, los escasos dos mil años de historia de la Iglesia nos parecen muy pocos. La Iglesia es sumamente joven, y probablemente está dando en la historia humana sus primeros pasos.

Por otra parte, si en esta conferencia hablo del *mundo* entendiendo por él –como es frecuente en los textos del Nuevo Testamento–, el conjunto de criaturas no sujetas al influjo benéfico de Cristo, será preciso reconocer que el mundo es mucho más viejo que la Iglesia. Por eso, quienes no esperan de la Iglesia, alegando que es vieja, un nuevo sistema de vida, ¿se atreverán a esperarlo del mundo, que es mucho más antiguo y vetusto?

I. LO VIEJO EN EL MUNDO MODERNO

Desde este punto de vista, es preciso confesar que *el mundo actual, el mundo moderno, se nos manifiesta como desoladoramente viejo*.

El materialismo que hoy impera, tanto en el Oriente marxista como en el Occidente consumista, es cosa tan antigua como el culto al dinero. Las perversiones sexuales, el descenso de la nupcialidad, el aumento de concubinatos, divorcios, abortos y prácticas anticonceptivas, el crecimiento de la homosexualidad, todo eso que un Wilhem Reich llama "la revolución sexual", no es sino un regreso a lo que en el paganismo precristiano eran prácticas frecuentes hasta la vulgaridad.

El nihilismo, la filosofía relativista, epicúrea, agnóstica; "el hombre como pasión inútil" (Jean Paul Sartre), la vida humana como una ofensa enorme y anónima, o como un banquete delicioso y breve, que debe ser aprovechado al máximo; el imperio de la fuerza sobre la razón –*sit pro ratione, voluntas*–, el racionalismo o la desconfianza radical en la razón..., éstas y otras posiciones de la filosofía moderna ya estaban ampliamente formuladas por los filósofos de los siglos anteriores a Cristo. De aquellos filósofos decía San Pablo: "Siempre están

aprendiendo, sin lograr jamás llegar al conocimiento de la verdad..., resisten a la verdad, como hombres de entendimiento corrompido" (2Tim 3, 7-8).

El hombre trivializado, distraído de lo esencial, perdido en la cotidiana maraña de las cosas secundarias, constantemente alienado por la televisión, el vaivén de la política, los medios de comunicación, las modas y las diversiones, viene a ser aquel pagano embrutecido que, según Juvenal, no quería más que "pan y circo", alimentos y espectáculos; y el célebre novelista Camus, hace unos años, decía que los hombres de hoy casi lo único que hacen es "fornicar y leer periódicos"; quizá tuviera que decir ahora: "y ver la televisión", que a veces es también lo mismo que fornicar. Cuando el Apóstol llegó a Atenas, pudo comprobar que *los atenienses y los forasteros allí domiciliados no se ocupan en otra cosa que en decir y oír novedades* (Act 17, 21). El imperio de lo novedoso, que hoy se estima tan moderno, es muy viejo.

El militarismo brutal, el pacifismo cómplice o ingenuo, el totalitarismo, el democratismo, los sistemas autoritarios, los altamente liberales y permisivos, todo eso que hoy vemos aquí y allá es muy antiguo. Hasta el bikini y la minifalda encuentran en la antigüedad innumerables precedentes.

Tenía razón el Eclesiastés cuando afirmaba: *No se hace nada nuevo bajo el sol. Una cosa de la que dicen: Mira esto, esto es nuevo, aun ésa fue ya en los siglos anteriores a nosotros* (1, 9-10).

Hay, además, un rasgo propio de nuestros tiempos que nos lleva a calificar de viejo al mundo moderno: la falta de alegría. Hoy los hombres y los pueblos viven como abrumados; en todas partes reina la insatisfacción, el temor, el pesimismo. Y justamente los pueblos más ricos y desarrollados son aquellos en los que más abunda el derrotismo existencial, la amargura, la neurosis, el suicidio, la delincuencia.

II. DOS REALIDADES NUEVAS

Es verdad, sin embargo, que *en el mundo moderno pueden apreciarse dos fenómenos realmente "nuevos": el progreso científico y el ateísmo.*

Pero el primero, el espectacular progreso de la ciencia, no pertenece propiamente al "mundo", en la acepción bíblica y teológica que venimos dándole. En ese progreso han colaborado lo mismo cristianos y paganos: la ciencia y la técnica modernas pertenecen igualmente a la Iglesia y al mundo. Más aún, podríamos decir: una gran parte -quizá la mayor parte- de los progresos actuales de las ciencias positivas han sido y son debidos a hombres creyentes, concretamente, a cristianos.

El otro fenómeno nuevo del mundo actual es el ateísmo, tanto teórico como práctico. Este fenómeno, en la escala que hoy se produce, sí que es nuevo, y sí que pertenece exclusivamente al mundo. Pero es una actitud humana que, siendo nueva, al menos como amplio fenómeno social y cultural¹, no tiene nada de positivo. En palabras de Pablo VI, "debemos reconocer desgraciadamente

¹ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. Pastoral *Gaudium et Spes* 7.

que el diagrama de la religiosidad gira hacia la negación. Lo hemos dicho en otras ocasiones: la indiferencia, la duda, el rechazo, la hostilidad hacia la religión, señalan un crecimiento negativo, al menos en las conclusiones especulativas y prácticas. Todo tiende a excluir a Dios del pensamiento y de las costumbres. La vida se hace cada vez más profana, laica, secularizada"².

Es desoladora la situación de un mundo que se aleja de Dios. Terminará aborreciéndose a sí mismo. Por eso justamente, porque nuestro mundo moderno está tan harto y cansado de sí mismo, por eso prodiga con tal abundancia el prestigioso vocabulario de *lo nuevo*, es decir, de aquello que se promete como distinto de lo actualmente vigente y acostumbrado: "nuevo modelo", "orden nuevo", "nuevo estilo", "nueva ola", "nuevos filósofos", "arte nuevo", "nueva línea", "nueva sociedad", "hombre nuevo". Vana ilusión, palabras engañosas. El mundo viejo no tiene creatividad alguna para lo verdaderamente nuevo.

III. RADICAL NOVEDAD DEL REINO

La única novedad decisiva introducida en la historia humana es la encarnación de nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios nacido de María Virgen, muerto en la cruz por nuestros pecados, resucitado al tercer día de entre los muertos, y constituido para siempre Señor del cielo y de la tierra. Él es el nuevo Adán, el que nos comunica el Espíritu Santo, el que inicia una nueva humanidad, una nueva raza de hombres, un nuevo sistema de vida. Los textos del Nuevo Testamento –y éste sí que es realmente nuevo– nos lo aseguran una y otra vez: El primer hombre (Adán) fue de la tierra, terreno; el segundo hombre (Cristo) fue del cielo. Cual es el terreno, tales son los terrenos; cual es el celestial, tales son los (hombres) celestiales (1Cor 15, 47-48). El que es de Cristo se ha hecho criatura nueva, y lo viejo pasó, se ha hecho nuevo (2Cor 5, 17). Por eso exhorta el Apóstol: Dejando vuestra antigua conducta despojaos del hombre viejo, viciado por la corrupción del error; renovaos en vuestro espíritu y vestíos del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdaderas (Ef 4,22-24).

Atención aquí: no se trata en el cristianismo de una renovación que afecte solamente a las ideas, a las costumbres. La renovación producida por el Espíritu de Jesús es antes que eso, y fundamentalmente, *una transformación del mismo ser del hombre*. Es, sin duda, una renovación moral, pero antes, y sobre todo, es una renovación *ontológica*. El cristiano, efectivamente, es una *nueva criatura*; ya no es un hombre *viejo*, sino *nuevo* (Rm 6, 6; Ef 2, 15; Col 3, 10); no es ya *terreno*, sino hombre *celestial* (1Cor 15, 47); ya no es hombre *carnal y animal* (St 3, 15; 1Cor 2, 14), sino *espiritual* (1Cor 3,1-3). Y es hombre espiritual y renovado, porque le ha sido infundido el Espíritu Santo que *renueva la faz de la tierra* (Sal 103, 30). Veamos, si no, en dos relatos paralelos cómo Dios constituyó, al principio de la creación, *al hombre viejo*, y cómo formó en Cristo el *hombre nuevo*: *Formó Yahveh Dios al hombre del polvo de la tierra, y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado* (Gn 2, 7).

Cristo resucitado se presenta a los discípulos, que son aún hombres viejos, adámicos, sopló sobre ellos, y les dijo: *Recibid el Espíritu Santo* (Jn 20, 22), y

² PABLO VI, *audiencia general* del 13 diciembre 1972.

así fueron hechos hombres nuevos, espirituales, deificados, *participantes de la naturaleza divina* (2P 1, 4).

De este modo, Cristo, el nuevo Adán, el *primogénito de toda criatura* (Col 1,15), viene a ser primogénito entre muchos hermanos (Rm 8, 29). Estos *hombres nuevos*, que bien merecen el nombre de "cristianos" (Hch 11, 26), no han nacido de la carne y de la sangre, sino de Dios (Jn 1, 13); han nacido de nuevo, esta vez *del agua y del Espíritu* (Jn 3,5).

En el mensaje de Jesús hay una radical novedad que tiene potencia para iluminar todas las situaciones humanas y todas las épocas de la historia. El reino de Dios anunciado por Jesús es una realidad interior del hombre, *en verdad, el reino de Dios está dentro de vosotros* (Lc 17, 21), que es la fuerza que puede generar estructuras justas y dignas para que el hombre realice su vida y posibilidades. El reino de Dios es una vida de espíritu que se desarrolla y esparce entre los hombres, dando origen a relaciones sólidas y firmes de amor, fidelidad y respeto.

La tradición hebraica enseñaba la creencia en un Dios único, garantizador del orden moral en el mundo de los hombres. Un Dios que escogió un pueblo y le ayudó en sus dificultades. La última tradición hebraica, la de los profetas, anunciaba, después de un periodo de desgracias, la renovación del pueblo hebreo y su resurgimiento hasta alcanzar una potencia material y moral que haría de él el instrumento directo de Dios para su dominio en el mundo.

Pero Jesús llama a todos los hombres de "buena voluntad", cualquiera que sea su raza, cultura y posición social; quita a la anunciada restauración todo carácter temporal y político, y hace de ella *una renovación que debe realizarse en el interior de las conciencias y así transformar la vida de cada hombre*. Solamente de esta forma es posible que el hombre encuentre su propia identidad, y viva en una sociedad en que la familia, las instituciones y la cultura estén al servicio de la vocación auténtica del ser humano. Las estructuras sólo cambian cuando cambian los hombres. Es más, realmente son lo que son los hombres que las organizan.

Jesús, a la ley del Viejo Testamento le impone un horizonte y una grandeza nueva: *oísteis que se dijo, pero Yo os digo*. La ley del ojo por ojo es transformada en la nueva ley cristiana del amor: *amad a vuestros enemigos*. Hemos de perdonar porque debemos amar. El perdón goza de libertad. El corazón se ensancha y da paso a la generosidad y magnanimidad. Tenemos que amar como Jesús nos ama. Él es perdón viviente. Redención es el núcleo de la existencia cristiana: tiene que adquirir un valor práctico en nuestra vida. No podemos ser redimidos sin que el espíritu de la redención actúe en nosotros. No podemos gozar de la redención sin contribuir a ella. Y nuestra contribución está en el amor al prójimo.

En la predicación de Cristo, Dios es el Padre, el que ama, el que consuela, el que está cerca de los hombres. La comunidad humana que debe salir de la predicación de la *buena nueva* es una comunidad fundada en el amor. Jesús viene a exponer *un nuevo sistema de vida* porque ser cristiano significa vivir del Espíritu de Dios revelado por Cristo: la paternidad de Dios. *Si no os hacéis como niños*. El niño lo ve todo en función de su padre y de su madre. Todo le llega a través de ellos. Sus padres están en todas partes, son para él origen, medida y

orden. La infancia espiritual, en el sentido en que la proclama Jesucristo, es lo mismo que la madurez cristiana: el amor a Cristo a través del amor a los demás para formar una sociedad en la que los hombres se vayan amando como Cristo nos ama. Este amor no es sólo un acto determinado, sino el más grande y primer mandamiento del que todo pende.

IV. CONCIENCIA DE LO NUEVO EN LA IGLESIA

El cristianismo primitivo tuvo una clara conciencia de que el hombre viejo no podía producir un mundo nuevo. Ya lo dijo Cristo: *Lo que nace de la carne es carne; pero lo que nace del Espíritu, es espíritu* (Jn 3, 6). Y lo mismo San Pablo: *La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios* (1Cor 15, 50); lo que, aplicado a nuestro tema, podría traducirse: los hombres viejos y carnales no pueden producir un nuevo y perfecto sistema de vida.

La Iglesia antigua hubo de vivir en un mundo descontento de sí mismo, carente de grandes y nobles proyectos estimulantes, desanimado, lleno de cansancio y confusión: un mundo semejante al nuestro actual. *La Iglesia tuvo entonces una viva conciencia de poseer en sí misma una inmensa fuerza renovadora de la historia; la fuerza de Cristo, resucitado de entre los muertos, la fuerza irresistible del Espíritu Santo*. Estando entonces la Iglesia perseguida, hostilizada por el mundo, despreciada por los intelectuales, sin poder económico, político o cultural, hallándose socialmente marginada, tuvo clara conciencia de que había en ella fuerza para renovar completamente el mundo: confiaba, como dice San Pablo, *en la excelsa grandeza del poder (de Dios) para con nosotros, los creyentes, según la fuerza de su poderosa energía, que Él ejerció en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos, por encima de todo principado, potestad, virtud y dominación y de todo cuanto tiene nombre, no sólo en este siglo, sino también en el venidero* (Ef 1, 19-21).

Hoy necesitamos los cristianos recuperar el impulso de este optimismo histórico que caracterizó a la Iglesia de los primeros siglos y reavivar en nosotros la fuerza de aquella inmensa esperanza puesta en Cristo, Señor de la historia.

Dos documentos de la antigüedad nos ayudarán a evocar ahora aquel fortísimo impulso renovador de la Iglesia naciente. Extractaré, en primer lugar, algunos textos de la *Carta a Diogneto*, precioso documento de finales del siglo II. Aquel autor anónimo recibió de Dios, sin duda, grandes luces para comprender qué son, qué están llamados a ser los cristianos en medio del mundo. "Dios misericordioso permitió que a nuestro arbitrio nos dejáramos arrastrar por nuestros desordenados impulsos...; no porque aprobase aquel tiempo de iniquidad, sino porque era el creador del presente tiempo de justicia, de modo que... una vez que habíamos puesto de manifiesto que por nuestra parte no seríamos capaces de tener acceso al reino de Dios, el poder de Dios nos concediese tal posibilidad"³.

Es el mismo tema de San Pablo: *donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia* (Rm 5,20). Concretamente, no pocos países principales, que estaban hundidos en la mayor perversión intelectual y moral, iban a ser levantados por el Evangelio

³ *Carta a Diogneto*, cap. 9, 11.

de Cristo a una altura imprevista, a una dignidad insospechada, para salvación de otros muchos pueblos y naciones.

Sigue el texto: "Los cristianos no se distinguen de los demás hombres porque vivan en una región diferente, así como tampoco por su idioma o sus vestidos... Viven en ciudades griegas o bárbaras, según a cada uno le ha caído en suerte; siguen las costumbres locales en su modo de vestir, de alimentarse y de comportarse, manifestando al mismo tiempo las leyes extraordinarias y verdaderamente paradójicas de su república espiritual. Son ciudadanos de sus respectivas patrias, pero sólo como extranjeros domiciliados ... Se casan como todos, y tienen hijos, pero no abandonan a los recién nacidos. Participan todos de la misma mesa, pero no del mismo lecho. Viven 'en la carne', pero no 'según la carne'. Habitan en la tierra, pero son ciudadanos del cielo. Se atienen a las leyes establecidas, y con su estilo de vida superan las leyes...".

"Para decirlo de una vez: lo que es el alma al cuerpo eso mismo son los cristianos en el mundo. El alma habita, desde luego, en el cuerpo, pero no procede de él; así también los cristianos habitan en el mundo, pero no son del mundo... La carne persigue y hace la guerra al alma, sin haber recibido agravio alguno de ella, sino porque le prohíbe disfrutar de los placeres (malos): igualmente el mundo odia a los cristianos, no porque hayan recibido agravio alguno de ellos, sino porque se oponen a sus placeres (pecaminosos). El alma ama a la carne, aunque ésta la odia, y a sus miembros: también los cristianos aman a quienes les odian... El alma mejora maltratada en la comida y la bebida; y los cristianos aumentan cada día en medio de los suplicios. Dios fue quien les puso en tal condición, y no les está permitido desertar de ella"⁴.

Grandioso texto. En él se refleja la conciencia que la Iglesia primitiva –allá en el siglo II– tenía de que los cristianos estaban llamados a ser *alma del mundo*. En nada se distinguían los cristianos de los hombres mundanos en los aspectos secundarios y accidentales, pero ¡qué distintos eran –habían de ser– en otras dimensiones profundas y decisivas! Los cristianos, pocos aún, y dispersos en muchos lugares distantes, habían de ser, para la sociedad mundana antigua, lo que es el alma para el cuerpo: principio vivificante, dinámico, ennoblecedor. Y tal misión habían de cumplir, aunque por ella recibieran en pago el odio del mundo: "Dios fue quien les puso en tal condición, y no les está permitido desertar de ella".

Eso es lo que pensaban de sí mismos aquellos cristianos del siglo II, pocos, acorralados, ridiculizados, marginados, despreciados y perseguidos. Tenían fe en Cristo resucitado, y por eso estaban ciertos de ser un débil esqueje destinado a crecer en un árbol frondoso en el que *las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas* (Mt 13,32).

El segundo documento que quiero ofreceros es del siglo IV, de la época en que las instituciones y los pueblos del Imperio se abrieron completamente al Evangelio, con ocasión de la conversión de Constantino. San Gregorio de Nisa, en un texto admirable, contempla la resurrección de Jesucristo como el inicio grandioso de una humanidad nueva y de un mundo nuevo. Todo el universo renace y entra en una completa novedad de vida cuando Cristo Jesús pasa de

⁴ *Ibíd.*, cap. 5, 6.

la muerte a la vida gloriosa. Dice: "Ha comenzado el reino de la vida y se ha disuelto el imperio de la muerte. Han aparecido otra generación, otra vida, otro modo de vivir, la transformación de nuestra misma naturaleza... 'Este es el día en que actuó el Señor', día totalmente distinto de aquellos otros del comienzo de los siglos. Este día es el principio de una nueva creación, porque en este día Dios ha creado un cielo nuevo y una nueva tierra. ¿Qué cielo? El firmamento de la fe en Cristo. ¿Y qué tierra? El corazón bueno que, dijo el Señor, es semejante a aquella tierra que se impregna con la lluvia que desciende sobre ella y produce abundantes espigas... En este día es creado el verdadero hombre, aquel que fue hecho a imagen y semejanza de Dios. ¿No es, pues, un nuevo mundo el que empieza para ti en 'este día en que actuó el Señor'?"⁵

El cristianismo, efectivamente, mostró en la historia su formidable fuerza renovadora de hombres, instituciones y pueblos. Al paso de los siglos, y asumiendo todo lo valioso del mundo viejo y decadente, alumbró un mundo nuevo, una vida nueva, una nueva jerarquía de valores, un sistema nuevo de vida. Dio valor al sufrimiento, a la pobreza y a la paz, fomentó la unidad del matrimonio, la igualdad básica entre hombre y mujer, esclavo o libre, griego, romano o bárbaro; suavizó las costumbres crueles, institucionalizó la compasión y la misericordia, renovó profundamente la vida política, cívica, pedagógica, artística; impulsó el sentido de fidelidad, de lealtad, de obediencia a las autoridades; creó nuevas formas de vida admirable en familias, pueblos, parroquias, monasterios, universidades, talleres, gremios y naciones.

Todas las realidades humanas, ciertamente, tienen su lado negativo. Toda cosa bajo el sol, por buena y bella que sea, arrastra inevitablemente su sombra respectiva. Pero es necesario reconocer que la contribución de la Iglesia para la renovación histórica del mundo ha sido siempre, como lo es hoy, indeciblemente amplia, profunda y valiosa. Sencillamente, el cristianismo ha producido en la historia de la humanidad las formas de vida individual, familiar y social más altas y preciosas. Incluso hemos de decir que las innegables virtudes que hoy pueden apreciarse en naciones institucionalmente alejadas de Cristo, son en el fondo *virtudes evangélicas ocultas*, modificadas, disfrazadas, pero que tienen su última raíz en el ámbito espiritual bellísimo del Evangelio.

V. LA RADICAL DIFERENCIA

En todas las épocas de la historia se da la radical diferencia entre el concepto y la realidad del hombre sin Cristo, y el hombre que quiere ser hombre a la luz de Cristo. Es el contraste entre las tinieblas y la luz. Por eso Cristo revela a Dios como la luz de los corazones, tregua en la fatiga, paz en el llanto, huésped de los hombres, lluvia en la sequía, plenitud en el vacío, triunfo sobre el dominio de la culpa, frescor en el bochorno.

Los hombres no se han encontrado a sí mismos nunca en la imagen que les han ofrecido los idealismos, los materialismos, los positivismo de diverso signo que se han ido sucediendo a lo largo de la historia. Lo único a que se ha llegado es a descubrir algún aspecto olvidado en el análisis de la condición humana. Se

⁵ SAN GREGORIO DE NISA, *Sermones, Oratio in Christi resurrectionem*: PG, 46, 603-606. 626-627.

habla del hombre, pero en realidad no se le ve. Lo único que se logra es construir seres mutilados, gigantes con pies de barro, personalidades imposibles, como ha dicho Abbagnano, un historiador de la filosofía, al tratar de lo que Nietzsche quería para el hombre. Se le somete a experiencias y se le oprime o se le desenraiza. Se le encuadra en categorías mecánicas, biológicas, psicológicas, sociológicas, variantes distintas de la misma voluntad de convertirlo en una sustancia del orden de la naturaleza, sea de la índole que sea. Se le ofrecen criterios que acaban en subjetivismos que hunden toda validez y sumergen al hombre en la violencia de la degeneración; o le someten a extrañas voluntades ordenadoras que le aplastan bajo la fuerza y el poder del autoritarismo.

Pero la auténtica libertad se apoya en algo incondicionado, y tiene tanto de obligación como de derecho. No tiene sentido exigir *libertad "de"* si antes no se ha visto y se ha querido la *libertad "para"* los grandes valores de la existencia personal. Quiénes somos nosotros, sólo podemos saberlo a la luz de Aquél que nos ha dado el ser. A la altura que estamos de la historia de la humanidad, contemplamos ya el espectáculo extraño y grotesco de lo que puede hacer el hombre sin Dios, o en la medida en que se aleja de Él, y se deja dominar por su ambición y egoísmo.

VI. LA SAL DESVIRTUADA

Hoy los cristianos han de reafirmar su fe en que están llamados a ser *alma del mundo: sal* que preserva al mundo de la corrupción (Mt 5, 13), luz que ilumina las tinieblas del mundo (Mt 5,14), *fermento* destinado a transformar la masa humana en pan eucarístico ofrendado al verdadero Dios (Mt 13,33).

Pero, por desgracia, son muchos los cristianos que no son sino *sal desvirtuada que para nada aprovecha ya, sino para tirarla y que la pisen los hombres* (Mt 5, 13); o *luces escondidas* bajo una tapadera (5, 15), porque se avergüenzan de confesar a Cristo entre los hombres (Mt 10, 33). Hoy son numerosos los cristianos que siguen admirando a la Bestia, y reciben su marca en la frente [en sus criterios], y en la mano [en la conducta] (cf. Ap 13, 16; 14, 9-10). En efecto, dice el Apocalipsis que el Dragón infernal dio grandes poderes a la Bestia que manda en el mundo: *Toda la tierra seguía admirando a la Bestia... A ella se le dio una boca que profiere palabras llenas de arrogancia y de blasfemia... Le fue otorgado hacer la guerra a los santos y vencerlos. Y le fue concedida autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. La adoraron todos los moradores de la tierra, cuyo nombre no está escrito, desde el principio del mundo, en el libro de la vida del Cordero degollado* (Ap 13, 2-8).

Desde luego, si los cristianos aceptan el pensamiento y la conducta del mundo, ninguna fuerza tendrán para renovarlo y para suscitar en él un sistema de vida nuevo y mejor que el hoy vigente. Un cristianismo mundanizado ¿acaso vale para algo? ¿Tiene una razón de ser? ¿Alguna utilidad o significado? No vale para nada, sino para que *lo pisen los hombres* con desprecio. Y cuántos son hoy los bautizados que olvidaron su fe, y que con un entreguismo lamentable (¡que ellos estiman como virtud, como cumplimiento de la ley de la "encarnación", como lucidez para saber leer "los signos de los tiempos"!)) se asemejan en todo

a los hombres mundanos, avergonzándose del Evangelio y de la luz de Cristo (2Tim 1, 8).

Pablo VI fue testigo dolorido de estas defecciones. Y hace unos diez años pronunció en una Audiencia General estas palabras tremendas: "Hemos sido quizá demasiado débiles e imprudentes en esa actitud, a la cual nos invita la escuela del cristianismo moderno... Hemos andado frecuentemente, en la práctica, fuera del signo. El contenido llamado permisivo de nuestro juicio moral y de nuestra conducta práctica; la transigencia hacia la experiencia del mal, con el sofisticado pretexto de querer conocerlo para sabernos defender de él...; la renuncia ambigua y quizá hipócrita a los signos exteriores de la propia identidad religiosa, etc., han insinuado en muchos la cómoda persuasión de que hoy, aun el que es cristiano, debe asimilarse a la masa humana como es, sin tomarse el cuidado de marcar por su propia cuenta alguna distinción, y sin pretender, nosotros cristianos, tener algo propio y original que pueda, frente a los otros, aportar alguna saludable ventaja. Hemos andado fuera del signo en el conformismo con la mentalidad y con las costumbres del mundo profano. Volvamos a escuchar la apelación del Apóstol Pablo a los primeros cristianos: *No queráis conformaros al siglo presente, sino transformaos con la renovación de vuestro espíritu* (Rm 12, 2); y la del Apóstol Pedro: *Como hijos de obediencia, no os conforméis a los deseos de cuando errabais en la ignorancia* (1 Pt 1, 14). Se nos exige una diferencia entre la vida cristiana y la profana y pagana que nos asedia; una originalidad, un estilo propio. Digámoslo claramente, una libertad propia de vivir según las exigencias del Evangelio. Hoy es necesario una ascesis vigorosa, tanto más oportuna hoy cuanto mayor es el asedio, el asalto del siglo amorfo, o corrompido, que nos circunda. Defenderse, preservarse, como quien vive en un ambiente de epidemia"⁶.

VII. EL EVANGELIO DE LA INTERIORIDAD Y EL APOSTOLADO

Hoy el mundo tiene una apremiante necesidad de la Iglesia, de la verdadera Iglesia de Cristo. No le defraudemos. Estando el Apóstol San Pablo en Tróade – ciudad de Asia Menor, que está en la costa, mirando a Grecia–, tuvo de noche una visión. *Un varón macedonio se le puso delante, y rogándole, decía: "Pasa a Macedonia y ayúdanos". Luego que tuvo la visión, al instante buscaron cómo pasar a Macedonia, seguros de que Dios los llamaba para evangelizarlos* (Act 16, 8-10). ¡Iba a ser la primera vez que el Evangelio entraba en Europa!

También hoy el mundo moderno, entristecido y paralizado en su confusión, nos dice a los cristianos: *Venid a ayudarnos*. Y nosotros hemos de responder a esa apremiante llamada, seguros de que Dios nos llama para evangelizar al hombre actual. Es lo que está haciendo el Papa, incansable en sus viajes, y repitiendo en todas partes la misma enseñanza de Cristo. Algún día darán su fruto esos cinco minutos de mirada silenciosa y llena de respeto entre él y el jefe del budismo, en la gran pagoda de Tailandia. Entró en ella el Papa descalzo y humilde, pero seguro de que, con esa mirada, estaba ofreciendo la verdad de Cristo.

⁶ PABLO VI, *audiencia general*, 21 noviembre 1973.

El mundo está hoy a oscuras, extraviado, confundido por mil voces engañosas y contradictorias, sujeto al que es Padre de la Mentira y Príncipe de las Tinieblas. Necesita urgentemente a Cristo, el que dijo con verdad: *Yo soy la Luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas* (Jn 8, 12). Necesita a la Iglesia, *que es la Iglesia de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad* (1Tim 3, 15). Necesita a los cristianos, pues *nosotros tenemos el pensamiento de Cristo* (1Cor 2, 16). Obedezcamos, pues, al Apóstol, que quiere que *seamos irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha, en medio de esta generación mala y perversa, entre la cual aparecéis como antorchas en el mundo, llevando en alto la Palabra de la vida* (Fil 2,15-16).

El hombre mundano, hoy como siempre, está preso del pecado. Ningún humanismo autónomo, sea del signo que sea, tiene capacidad para liberarle de él. La servidumbre esclava del pecado es crónica en el hombre, en todas las culturas, bajo todos los sistemas políticos, económicos o sociales. Cualquier hombre de cualquier época habrá de decir con el poeta latino: *Video meliora proboque, deteriora sequor*, o con San Pablo: *No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero* (Rm 7, 19). Pues bien, el mundo necesita absolutamente a la Iglesia, pues es ella la que puede acercarle al *Cordero de Dios que quita el pecado del mundo* (Jn 1,29).

Los hombres mundanos de hoy no saben amar. Se dividen los pueblos en partidos contrapuestos, se enfrentan las naciones, los ricos no ayudan de verdad a los pobres, se distancian los hijos de los padres, y hasta el mayor amor, el amor conyugal, se quiebra, se rompe y se separa. Está claro que necesitan apremiantemente estos hombres el Evangelio de Cristo para aprender a amarse los unos a los otros. Necesitan recibir el Espíritu Santo para poder amar como Cristo nos amó. En una palabra, necesitan ser cristianos, poder decir con nosotros: *El amor de Dios se ha difundido en nuestros corazones por la fuerza del Espíritu Santo que nos ha sido dado* (Rm 5, 5).

El hombre actual está apresado por el mundo, condicionado, sujeto y oprimido por él. La propaganda política, tantas veces mendaz, abominable, audaz, ambiciosa; la constante estimulación comercial, frecuentemente creadora de necesidades falsas; los medios de comunicación social, con la televisión a la cabeza, en tantas ocasiones verdadero "opio del pueblo", hacen que el hombre no viva desde sí mismo, sino desde el medio que le circunda y presiona. ¿Quién podrá librar al hombre de esa esclavitud del mundo? ¿Quién podrá cortar esas cadenas invisibles que le hacen siervo humillado del mundo? Solamente Jesucristo. Solamente aquel que pudo decir con verdad: *Yo he vencido al mundo* (Jn 16, 33). Solamente la fe cristiana, pues *ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe* (1Jn 5, 4).

El mundo de hoy está triste, porque no tiene vida. Necesita a Cristo, que puede comunicar vida, vida abundante, vida eterna (Jn 10, 10). El mundo está triste porque no se sabe amado, porque desconoce el amor de Dios. Pero nosotros, los cristianos, somos los que *hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene* (1Jn 4, 16). El mundo está triste porque sufre la amargura sin consuelo de la soledad. Nosotros, los cristianos, hemos de conseguir que viva *en comunión con nosotros; y esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo* (1Jn 1, 3). El mundo está triste, y sus hombres andan *como ovejas sin pastor*

(Mc 6, 34). Hemos de presentarles al Buen Pastor, que dio su vida para congregar en la unidad a cuantos andaban dispersos (Jn 11, 52).

El mundo actual, por mucho que multiplica sus placeres y diversiones, sufre la natural tristeza de quien se sabe condenado a muerte. No sabe que *la muerte ha sido vencida por la victoria*. *¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ... Gracias sean dadas a Dios que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo (1Cor 15, 55-57).*

Con la poderosa eficacia de la Palabra divina, digamos a nuestros hermanos sin fe: *Alegraos siempre en el Señor; de nuevo os digo: alegraos (Filp 4,4)*. Anunciémosles que hay para ellos una Buena Noticia: *El tiempo es corto... Pasa la apariencia de este mundo (1Cor 7, 29-31)*. *Vi un cielo nuevo y una tierra nueva porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido... Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo de/lado de Dios... El mismo Dios será con los hombres, y enjugará las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo esto es ya pasado. Y dijo el que estaba sentado en el trono. He aquí que hago nuevas todas las cosas (Ap 21, 1-5).*

VIII. DOS ELEMENTOS ESENCIALES EN LA ACTITUD DEL CRISTIANO

Hay dos elementos esenciales en la revelación cristiana para la tarea del hombre en el mundo: *lo contemplativo y lo ascético*. Por el primero, el hombre entra dentro de sí, en su interior. "Buscaba a Dios en todas partes, y lo vine a hallar dentro de mí" (San Agustín), "en el interior del hombre habita la verdad", y desde allí su mirada descubre el sentido de todo. En virtud de esta interioridad, se hace pie en uno mismo y se forma el auténtico núcleo personal que es más fuerte que las propagandas, los eslóganes y las consignas. La contemplación evita la superficialidad, la trivialización, el hechizo de lo novedoso y momentáneo, y da fuerza frente a los abusos del poder y los sensacionalismos de la propaganda. De la interioridad brotan las actividades más fecundas y se alcanzan las más ricas perspectivas de la vida.

Y junto a la contemplación, el otro elemento indispensable para dar la fuerza, con la cual el hombre responde a la luz del Espíritu Santo: lo ascético. La lucha ascética vigoriza y temple el espíritu y le hace fuerte para oponerse al desenfreno del consumo y el placer, a la dictadura de la ambición y el afán de ganancia. Esta postura ascética, tan repudiada hoy, no es rechazo de la vida, sino al contrario, deseo de una vida más libre y valiosa. Amar la vida no es hacer de ella un ídolo. Sin el esfuerzo ascético la existencia se desorganiza, se descentra. A cada instante se quema algo, y se va de fracaso en fracaso. En el Sermón del Monte se nos pone de relieve la bienaventuranza y felicidad de los hombres en los que arraiga la bondad, el silencio, la caridad, el amor. Los que posean estas virtudes *heredarán la tierra*: serán los señores en el nuevo orden de las cosas, y su postura no será debilidad, sino fuerza capaz de dominar *por la sola verdad*.

IX. LA LLAMADA DEL CONCILIO Y DE JUAN PABLO II

El misterio del hombre sólo queda esclarecido dentro del misterio del Verbo Encarnado. En Cristo se le revela plenamente al hombre el sentido de su vida y de su altísima misión; el sentido de su actividad en el mundo; el trabajo como el desarrollo de la obra de Cristo; la comprensión de que, cuanto más se acrecienta su poder, más universal se hace su responsabilidad individual y colectiva. El mensaje cristiano obliga a los hombres a la construcción de un mundo mejor. Y señala también la norma que se ha de seguir: procurar el auténtico bien del género humano y que cada uno pueda atender al cultivo y cumplimiento de su vocación integral. Lo que siempre es nuevo en la sociedad, en la Iglesia, en el sacerdocio, en la familia, en la vida religiosa y en el trabajo, es la eterna exigencia del misterio de Cristo, cada vez mejor conocido, asimilado y vivido. El Espíritu de Dios hace surgir la nueva creación en el mundo envejecido a través de la actuación de los hombres, religados con Dios de modo vivo. Por eso la fe es un factor decisivo en la historia. Hombres nuevos son los santos, los buenos cristianos; que son luces en el camino, promotores de paz, de ayuda y bienestar. La fuerza del Espíritu se manifiesta en ellos y les impulsa al desarrollo de obras que contribuyen a lograr un mejor desarrollo de la sociedad. Y todo esto no por afán de lucro, ganancia, poder, sino porque aman como Cristo amó y dan lo mejor de sí en favor de los demás.

Aquí tenemos la eterna novedad del cristiano presentada por Juan Pablo II en sus Encíclicas *Redemptor hominis*, *Dives in misericordia*, *Familiaris consortio*, *Salvifici doloris...* Tendrían que ser objeto de lectura constante en nuestros ambientes, en nuestros hogares, Seminarios, Comunidades, Movimientos Apostólicos. **Lo cristiano es Cristo.** No hay doctrina, ni estructura, ni valores éticos, ni actitudes religiosas cristianas que puedan separarse de la persona de Cristo. Lo cristiano es Cristo, la vida nueva que a través de Él nos llega y la relación que a través de Él podemos mantener con Dios y con los demás hombres. Una vida es cristiana en tanto que su acontecer diario está determinado por Él. En el obrar cristiano la persona histórica de Cristo ocupa el lugar de la norma general. Lo que hace posible la buena nueva en cada momento de la historia, en cada vida humana, es la persona de Jesús. *El cristianismo es la religión del amor a Cristo*; el amor a Cristo es la actitud que presta sentido a cuanto es.

Jesús es amor. Dos palabras hay, en la Última Cena, que Jesús nos dice insistentemente: *POR VOSOTROS*. Sólo podremos respirar en la libertad de la salud cuando ese *por vosotros* llegue a la raíz de nuestro corazón, de nuestra vida. La vida va a brotar de la muerte que sólo puede Él sufrir. Esa muerte que acepta y a la que se entrega. *Por vosotros*, eso es su amor. Y de aquí brota la Eucaristía. La institución de la Eucaristía y la Muerte y Resurrección de Jesús son un solo y único Misterio. El amor que le impulsa a ir a la muerte *por nosotros* es el mismo que le hizo dársenos por comida. por compañero de camino, por hogar y amigo en el sagrario. Por vosotros, todo: espíritu. Fidelidad, cuerpo, sangre. El Señor fue a la muerte para entrar por la resurrección, en aquel estado en que quería darse a cada uno en todo tiempo.

Y ahora, el que murió vive en nosotros. *Yo soy la vida, y vosotros los sarmientos.* El sarmiento no puede dar fruto por sí mismo; nosotros tampoco si no estamos

en Él. El amor es don de sí, ésta es la única forma de vida para el cristiano que permanece en Cristo.

X. TRÁGICO ERROR

Trágico error es haber entendido, como nuevo sistema de vida, una actitud de la Iglesia (sacerdotes, religiosos, seculares, familia, liturgia, fe, moral) respecto al mundo, de cesión, abdicación, de diálogo en plano de igualdad, de relativización, de rebeldía, de grupos y tendencias, de subjetivismos. En lugar de acercarse más al mundo para redimirle, lo que logran es que el mundo se acerque más a la Iglesia para contaminarla y desfigurarla.

Nadie que tenga conciencia de su condición de hombre dirá hoy que se encuentra a sí mismo en la imagen de hombre que le han ido ofreciendo las distintas concepciones, ni siquiera las de la Edad Moderna, ni los más próximos idealismos, positivismo y materialismos. Tampoco como lo ve el existencialismo. No se ve al hombre a la luz de estas posturas. La Revelación, que procede de la libertad de Dios, asume todo lo humano dentro de su armonía, y nace así la estructura cristiana de la vida. Como consecuencia de esta armonía, de esta "vida cristiana", brotan en el hombre energías que en sí son naturales, pero que no se hubieran desarrollado fuera de esa "simbiosis". Aparecen valores que son evidentes, pero que sólo pueden ser realizados bajo esta luz.

Y esto es así porque el amor de Cristo supera todo, y nos lleva a vivir una existencia regida por este amor. *Cuanto hicieréis a uno de estos pequeños a mí lo hicisteis.* Detrás de todo esto está el hecho de que los hombres son personas amadas por Dios, amadas hasta el punto de hacerlas hijas y herederas. El Padre es el que me presenta a mi hermano en el camino de la vida para que le ayude. Cristo aporta la claridad a la historia. Desde Él viene la luz sobre la confusión que atraviesan todas las elecciones humanas y la misma situación del hombre en el mundo: trabajo, poder, autoridad, bienes, fidelidad matrimonial, respeto a los compromisos y deberes, lo sagrado de la vida humana desde su gestación hasta la muerte, sentido de la propiedad. El cristianismo es nuevo por esencia y para siempre porque los que viven renacen a una nueva vida en sus situaciones concretas y diarias.

Por eso son graves las consecuencias de querer secularizar el mensaje de Cristo en cualquier campo y en cualquier aspecto de la vida individual y social.

No puede debilitarse la conciencia de obligación para con Dios, ni de persona a persona. Es un error reducir al dominio de lo naturalmente humano actitudes y motivaciones morales que están condicionadas por la fe cristiana. Y si se les arranca de su raíz, sencillamente se secan, se caricaturizan. Ya es hora de que desconfiemos de retóricas humanitaristas que nutren ilusiones perjudiciales sobre la realidad del hombre y que en realidad la deshacen. *¿A título de humanidad, leyes de divorcio, aborto, negación de la libertad de los padres para poder elegir de hecho, todos, ricos y pobres, la educación que quieren para sus hijos? ¿A título de humanidad, jóvenes débiles sin exigencia moral, sin sentido del deber? ¿A título de humanidad, llegar a todo tipo de prostitución y degeneración humana? ¿A título de humanidad, toda clase de desvirtuaciones en Seminarios, Noviciados, Comunidades?*

Cada época tiene su forma peculiar de paganismo. También hay que ver en los signos de los tiempos los que no favorecen una vida cristiana. La fe en Cristo y en su Buena Nueva tiene que verse libre de las secularizaciones que la degradan. La autenticidad cristiana no está en ajustar el comportamiento a las vicisitudes de los propios sentimientos, intuiciones, inclinaciones, propagandas, sino, por el contrario, en garantizar la fidelidad fundamental, las elecciones decisivas, contra los vaivenes de la sensibilidad, las modas y las debilidades. Esta sí que es una ley de humanismo cristiano: la fidelidad al mensaje de Cristo, a los compromisos adoptados. La Iglesia defiende lo humano contra lo que tiende a destruirlo. Cristo resucitó, y su resurrección revela que la vida de la libertad y de la bienaventuranza queda ya como semilla pronta y vigorosa para crecer en la estrechez y dolor de la tierra. Cristo resucitó y así conquistó y redimió para siempre el núcleo más íntimo de todo ser terrenal. *Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios.* La resurrección de Jesús es el comienzo que cada uno de nosotros tenemos que continuar. Él tiene que resucitar del centro de nuestro ser, donde está como fuerza y promesa. Por eso nuestra Santa Madre la Iglesia quiere llevar la vida humana de todos sus hijos a zonas más profundas que las superficiales de la sensibilidad, el gusto, la ambición, los egoísmos y los pequeños intereses personales. Busca los medios para que triunfemos de la inevitable dificultad y saciedad de ciertas horas. El tiempo sólo gasta las cosas triviales y que mueren, y hace más profundas las del espíritu.

CONCLUSIÓN:

UN NUEVO SISTEMA DE VIDA EN LA SOCIEDAD DE HOY EXIGIRÍA...

Esto es lo que ha querido el Papa, con la celebración del Año Santo de la Redención que acabamos de vivir, una vida cristiana seria y llena de confianza en Cristo, el Redentor del hombre. Con la fe en Cristo, con la certeza de que *Él es el Camino, la Verdad y la Vida*, tendremos la esencial fuerza de la esperanza, la vitalidad de la vida humana. Podremos acometer con ánimo, una y otra vez, las tareas de nuestra vida, viviremos con gozosa seguridad, a pesar de todos los pesares, de que no trabajamos en balde. Haremos nuestra obra, el querer de Dios sobre nosotros; y sabremos que cuando fallen nuestras fuerzas, Cristo nuestro Redentor está con nosotros, porque *estoy persuadido que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni las virtudes, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá arrancarnos el amor de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor* (Rm 8, 38-39).

Buscamos y anhelamos plenitud, eternidad, inmortalidad, lo perenne, lo que no puede ser sepultado. Entendemos las palabras del Señor: *poned vuestro corazón en tesoros que no roe la polilla, ni deshace el tiempo*. El mensaje de la redención es lo que más favorece el desarrollo de lo humano que haya sobre la tierra: Dios nos ha vivificado.

No se trata de una idealidad, ni de algo lejano o abstracto. Es toda nuestra realidad concreta individual y social la que ha sido vivificada. Resucitó Cristo para mostrar que Él nos ha transformado en hijos y herederos. Y ha hecho de nuestra tierra la casa gloriosa e inmensa del Dios viviente. No resucitó para evadirse de nuestra realidad; lo que llamamos resurrección es el primer síntoma de que todo ha cambiado. Su resurrección es la primera erupción de un volcán,

que muestra que en el interior del mundo arde ya el fuego de Dios. Todo está esperando su glorificación.

"Él está en la historia de la tierra, cuya ciega marcha, con todas sus victorias y todos sus principios, camina con inquietante precisión hacia su día, hacia el día en que su gloria, transformándolo todo, romperá por entre sus propias profundidades. Él está en todas las lágrimas y en toda muerte, como el júbilo oculto y la vida que vence cuando parece morir. Él está en el mendigo, a quien damos una limosna, como la oculta riqueza que se da al que da. Él está en las miserables derrotas de sus siervos, como la victoria, que es de Dios solo. Él está en nuestra impotencia, como el poder que puede permitirse parecer débil, porque es invencible. Él está hasta en medio del pecado, como la misericordia del amor eterno que es paciente hasta el fin. Él está como la ley más secreta y la más íntima esencia de todas las cosas, que triunfa y se impone, aun cuando todos los órdenes parecen disolverse. Está con nosotros como la luz del día y el aire... Está ahí, como el corazón de este mundo terreno, como sello secreto de su validez eterna"⁷.

La historia no es un proceso que transcurre por necesidad en formas determinadas, es un acontecer que ha de ser querido por sí mismo. La vida social, la cultura, las instituciones las hacemos los hombres, y tenemos en cada momento lo que nosotros mismos fabricamos. Esta es nuestra responsabilidad: lograr el verdadero sentido de la vida, seguridad de juicio, sensatez; ser capaces de ordenar nuestra existencia, tanto más cuanto más vamos teniendo en las manos: poder y energías cada vez más fuertes. Un nuevo sistema de vida en la sociedad de hoy, después de tantas filosofías y ensayos de organización, exige lo que puede dar a los hombres: alegría, amor serio, horizontes y grandeza en su vida. Nuestras raíces no pueden aflojarse, nos destruimos si nos convertimos en seres que obran a merced de ambiciones, egoísmos, caprichos. No se trata de inventar algo mejor en esta o en aquella relación, se trata de no perder el sentido de la vida. Y no sólo no perderlo, sino engrandecerlo y mejorarlo. El conjunto de la vida, la obra humana, tiene que situarse a la luz de Cristo, verlo todo a la luz de sus palabras: riqueza, sexo, dominio, autoridad, goce, dolor, progreso, muerte también.

Un nuevo sistema de vida viene generado por los hombres que viven bajo el impulso de la caridad, que no mide, sino que crea y da con generosidad; por los que purifican el corazón hasta el punto que el respeto a la dignidad del prójimo domina los deseos de venganza, egoísmo y violencia; por los que con sus actitudes fundan una paz verdadera y liberadora; por los que se elevan por encima del vaivén terrenal que toma represalias y sólo sabe de derechos y reclamaciones; por los que piensan en lo que la libertad es capaz de hacer; libertad cuya regla es el amor de Dios.

En la medida que los hombres tienen como fuente de inspiración de su actuar a Cristo, surge un nuevo ideal moral, la buena voluntad, la interioridad vigorosa, que son las verdaderas potencias que conmueven y estimulan a los demás. Si queremos progresar de verdad, tenemos que desembarazarnos de las trabas que nos atan; buscar ese punto de vista superior de Cristo, desde el que surge la libertad creadora que sólo se da en la caridad. Esta es la fuerza que disuelve

⁷ KARL RAHNER, *Fieles a la tierra*, Barcelona 1971, 90-91.

las injusticias y las violencias. Porque la caridad es el amor real. no depende en su actuar del estado de ánimo del prójimo. No se limita a no cometer malas acciones. Cuanto quisiéramos que nos hagan a nosotros, hagámoslo a los demás sin condiciones. No hay que esperar a que toda la vida social se fundamente en ese amor para empezar a actuar. Cristo no ha intercalado ningún "si" condicional a sus palabras. Exige que se actúe así.

Esta actitud sólo es posible por la fe. Tenemos que estar persuadidos de que al actuar así surgirá un mundo nuevo, y estaremos al servicio del Dios Creador. Se nos manda realizar, por este estilo de vida, acciones creadoras. La razón pone dificultades alimentadas por el "sentido común" que impera: ¿Cómo podré subsistir, si yo vivo así y los otros no? Son la fe y la esperanza las que vencen. Cada día comprobamos que hemos caído, pero debemos seguir y presentar al Señor nuestros fallos con corazón arrepentido, convencidos de que seremos capaces de cumplir lo que Él nos ordena; que *sé de quién me he fiado* (1Tim 1, 12) y que *Él obra en nosotros así el querer como el obrar* (Fil 2, 13).

12. LA IGLESIA DE HOY ANTE LA IDEA DE UNA EUROPA UNIDA

Disertación leída en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 26 de febrero de 1985. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, mayo 1985.

Hace unas semanas recibía yo una carta de un Obispo alemán, de la Diócesis de Paderborn, en Westfalia. En ella me decía: "Para Pentecostés irá a Toledo un grupo de sacerdotes. Irán presididos por Mons. Winter, que es el delegado del Movimiento Católico de Trabajadores en nuestra diócesis. Cada año organiza un viaje de estudios al extranjero para familiarizar a los sacerdotes con la situación de la Iglesia y de los trabajadores en el país correspondiente. De este modo fomenta el espíritu europeo en los sacerdotes. Espera, a través de éstos, inculcar mejor y más intensamente este espíritu europeo en las parroquias. Los valores religiosos y culturales tienen que ser el fundamento especialísimo para la futura Europa. Si los políticos apenas hacen referencia a este fundamento, por el contrario, más bien lo olvidan cada vez más, entonces caminamos todos hacia una Europa unida, sí, política y económicamente; pero no vertebrada por un mismo lazo espiritual y religioso".

Ofrezco a ustedes este pequeño dato porque ilustra muy bien lo que deseo exponer.

La idea y el deseo de una Europa unida está ya en la calle, como aspiración hondamente sentida por muchos, y como realidad iniciada ya y precariamente lograda entre algunas naciones del continente, que han empezado a ponerse en marcha en medio de grandes dificultades.

También está en la calle, es decir, a la vista de todos y clamorosamente subrayada por las continuas tensiones de que nos habla a diario la prensa mundial, la triste realidad contraria: la de una Europa dividida entre el Este y el Oeste, y, con diferencias notables, en muchos aspectos, entre el Norte y el Sur.

Es imposible, dada la conciencia que tiene la Iglesia de su misión, y dada su historia europea, que permaneciera indiferente ante estos deseos y estas realidades. Al fin y al cabo, fue un hijo de la Iglesia, que vivió en los siglos V y VI, quien con toda justicia ha sido declarado por Pablo VI padre de Europa: *San Benito de Nursia*.

Fue Pío XII el primer Papa que habló del tema con toda su autoridad de Pontífice de la Iglesia universal. El 11 de noviembre de 1948, cuando los países europeos empezaban a resurgir de entre los escombros de la guerra última, se dirigió al Segundo Congreso Internacional de la Unión Europea de Federalistas, y dijo: "Que el establecimiento de una Unión Europea ofrece serias dificultades, nadie lo duda. Sin embargo, no hay tiempo que perder. Si se espera que esta unión alcance su fin, si se quiere que sirva eficazmente a la causa de la libertad y de la concordia europeas, a la causa de la paz económica y política entre

continentes, ya es hora de que se haga. Algunos preguntan, incluso, si ya no es demasiado tarde".

Con sus mensajes de Navidad y su relación tan intensa con las instituciones, organismos y personas de la época, contribuyó poderosamente a que se empezara a lograr la realización del ideal sentido.

Pablo VI, motor del Concilio Vaticano II, con una visión y actuación política –en el sentido noble de la palabra– más acentuada que sus predecesores, fomentó incansablemente cuanto pudiera ayudar a conseguir el propósito, y de ello hay testimonios abundantísimos.

Un año antes de su muerte –en 1977–, en la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, se reunieron en Roma catorce presidentes de Conferencias Episcopales Europeas. Al final de sus trabajos hicieron la siguiente declaración:

UNA PALABRA SOBRE EUROPA

«Casi dos mil años después del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, la humanidad se encuentra situada ante una tarea difícil. Sufre fuertes tensiones y crisis de toda clase en el plano espiritual, político y económico. Pero al mismo tiempo vemos dibujarse nuevas posibilidades de un porvenir más feliz y lleno de esperanza. Para realizar estas posibilidades hacemos esta llamada a todos los hombres de buena voluntad, entre ellos a los cristianos de Europa.

1. La misión histórica de Europa

El cristianismo es una de las fuerzas que han dado forma a Europa, a su desarrollo y a su cultura. Del Evangelio, predicado incansablemente por la Iglesia a lo largo de los siglos, han recibido los pueblos de este continente los lazos que les unen a Dios y la concepción que tienen del hombre. El cristianismo es el que *ha formado lo más profundo del alma de estos pueblos* (Pío XII, 15 de marzo de 1953).

Los apóstoles San Pedro y San Pablo trajeron el mensaje de Cristo desde el Asia Menor hasta Roma. Lo mismo que Europa es inconcebible sin el apostolado de ellos, no lo es menos sin la acción misionera de sus grandes santos: Benito, Columbano, Remigio, Bonifacio, Cirilo, Metodio, Anscario, Adalberto y Willibrordo. Siguiendo su ejemplo, los pueblos de Europa, a pesar de sus muchos fallos y debilidades en el curso de la historia, han propagado en el mundo el mensaje de Cristo.

Hoy Europa está dividida políticamente y desgarrada en el aspecto religioso y en su concepción del universo. Está eclipsada por fuerzas políticas más poderosas. Pero los hombres en Europa se han dado cuenta de que no son únicamente los administradores de su pasado, sino que pueden ser los artífices de su futuro común. Desean también, juntamente con los hombres de África, de América, de Asia, de Australia y Oceanía, de los que han recibido mucho, cooperar al desarrollo del mundo y al futuro espiritual y moral de la humanidad.

Partiendo del mensaje de Pablo VI, *Si quieres la paz, defiende la vida*, somos llamados a comprometernos en favor de la gloria de Dios, de la paz, de la justicia, de los derechos fundamentales y de la fraternidad entre los hombres.

2. Voluntad de unión

El horror de la última guerra ha despertado un deseo de paz profundo y ardiente, ha sacudido verdaderamente a la humanidad, a fin de intentarlo todo para dar realmente la paz al mundo. La aspiración a vivir una más amplia sociedad liberal y democrática crece de una manera general.

Aunque muchos desconfíen de que los pueblos europeos sean capaces de hacer esta unidad, la cooperación en los dominios de la política, de la economía y de la cultura, así como la migración interna europea que crece visiblemente, han permitido ya realizar considerables progresos hacia la reconciliación y la paz; no parece utópico, por tanto, que los países europeos se agrupen un día de manera duradera: Cuanto más estrechamente se unan, más fácilmente podrán ayudar a superar tensiones en otras partes del mundo. En el equilibrio precario del terror entre las potencias mundiales y los bloques, Europa podrá jugar un papel estabilizador y pacificador. Podría entonces intervenir también con mayor probabilidad de éxito en favor de un desarme general y equilibrado, y, de esta manera, en favor de una reducción de las sumas exorbitantes que necesita hoy el armamento.

Sólo es posible superar las dificultades en que nos encontramos, y realizar plenamente las posibilidades de futuro, si las naciones abandonan su profundo egoísmo, así como una mentalidad de soberanía superada ya por los desarrollos políticos y económicos mundiales para buscar, junto con otras naciones, una solución aceptable. Quien supere los antagonismos y se disponga a cooperar con otros sirve a la paz; el esfuerzo hecho para unir a Europa es, por tanto, renunciar a toda pretensión de tutela sobre los demás, salvaguardar la igualdad de derechos de los diferentes países y respetar la identidad histórica de las naciones.

Para los pueblos europeos esto significa poner fin al odio y a la hostilidad y estar decididos a hacer en común lo necesario. Los Papas han alentado a los hombres de Estado comprometidos en la construcción de una Europa unida, a progresar en este camino frecuentemente arduo, y han exhortado a todos los cristianos a no abandonar sus esfuerzos para proseguir con confianza y desinterés la obra comenzada.

3. Derechos y deberes fundamentales

Para cooperar a una mejor orden mundial, los cristianos de Europa deben, en primer lugar, ponerse al servicio de los demás.

Conociendo el origen divino y el destino del hombre, y por ello, su personalidad y su unicidad, los cristianos están particularmente obligados a comprometerse en favor del derecho a la vida, en favor de la verdad y la justicia, del amor y de la libertad, aun allí donde los derechos superpoderosos del Estado y de la sociedad los dificultan. No debemos cansarnos de llamar la atención sobre el

peligro de que los hombres sean planificados o sometidos a dependencias más fuertes aún, a consecuencia de una nivelación general (cf. *Gaudium et spes* 29). A este propósito no se trata de esforzarse por conseguir lo que sea técnicamente posible, como tampoco lo que ofrece una mayor ganancia, sino de alcanzar aquello de lo que hemos de responder ante Dios y ante las generaciones futuras.

"La tradición cristiana pertenece esencialmente a Europa. Aun entre los hombres que no comparten nuestra creencia, aun allí donde la fe está oprimida o apagada, las huellas humanas del Evangelio continúan existiendo y constituyen definitivamente un patrimonio común que nosotros debemos hacer fructificar en interés del individuo" (Pablo VI, 26 de enero de 1977).

No es en sus derechos en lo primero que debería pensar un cristiano, sino en sus obligaciones dentro de la comunidad, que exigen de él que se comprometa en favor de un orden más justo de la sociedad (cf. *Gaudium et spes* 30), y esto no solamente con palabras, sino con la acción al servicio del prójimo. El cristiano sabe que solamente puede alcanzar su verdadero objetivo si está dispuesto a servir y a sacrificarse y si se carga con la Cruz de Cristo para seguir el ejemplo del Señor. El Evangelio exige que prestemos nuestra voz, ante todo, a aquellos prójimos que son demasiado débiles para hacerse oír. Es preciso ayudarles sin herir su dignidad humana.

Las injusticias sociales deben ser eliminadas. Debemos estar dispuestos a compartir con los otros más generosamente que en el pasado. Obrar en cristiano significa renunciar a la codicia y al hambre de poder, estar a favor de los demás de manera desinteresada y sin esperar recompensa. Vivir en cristiano significa vivir de tal manera que todos los demás puedan vivir también.

4. El hombre en la comunidad

Lo mismo que los miembros de una familia no pueden vivir juntos sin refrenar su egoísmo, sin renunciar a sus reivindicaciones, aun justificadas, y sin prestarse ayuda mutuamente, los pueblos no podrán llegar a una comunidad de iguales en derechos sin renunciar a reivindicaciones y sin hacer sacrificios. El mensaje de Cristo nos impone velar sobre nuestro prójimo, aun sobre el que debe vivir y trabajar lejos de su país; exige de nosotros la solidaridad con los débiles, los oprimidos, los minusválidos y los apátridas. El Evangelio no sólo es válido en el área de la vida personal, sino que nos impone una corresponsabilidad en la marcha del mundo.

Algunos pueblos de Europa gozan desde hace tres décadas de la libertad y viven una seguridad relativa, aunque amenazada; una parte de ellos tiene, además una visible prosperidad.

Por el contrario, numerosos pueblos de la tierra viven aún hoy bajo el sometimiento a la fuerza y a la arbitrariedad, y en la pobreza material. En comunidad con todos los que profesan su fe en el Evangelio de Cristo, nosotros estamos obligados a trabajar contra la opresión, el hambre y la miseria, donde quiera que se presenten, y a aliviar los sufrimientos y la angustia de los hombres, realizando un orden social más justo, tanto para Europa como para el mundo.

La ayuda al desarrollo a escala europea no debe ser una limosna, sino una asistencia fraternal. Debe ser procurada sistemáticamente por la vía de la cooperación en igualdad de derechos; no debe limitarse a una ayuda material, de lo contrario negaría lo esencial de lo que Europa debe ofrecer: la transmisión de los valores fundamentales, fundados y enraizados en la fe cristiana (cf. *Mater et Magistra* 176), sin los cuales no son posibles una paz duradera y una verdadera comunidad fraterna de iguales entre los pueblos.

La pregunta planteada por el Santo Padre sobre si "Europa no puede, a través de servicios universales, recuperar y reforzar su voluntad de vivir, su potencia creadora y la nobleza de su alma" (Pablo VI, 26 de enero de 1977), y su llamada exhortando a Europa a "crear instituciones que le permitan hacer servicios particularmente eficaces a toda la familia humana", son para nosotros una misión y una obligación.

5. La audacia del riesgo

Los progresos extraordinarios realizados en el campo de las ciencias naturales y en la técnica incitan a algunos a creer erróneamente que la voluntad humana es el *imperativo del universo*.

Apartándose de Dios, Señor y Creador, la humanidad ha desembocado en la ruina, en la guerra y en la violencia. Muchos hombres, también en nuestros países, han sucumbido al materialismo. El desarraigo religioso, a pesar de un bienestar creciente, hace que se propaguen el conformismo, la depresión y el miedo.

Sería falta el limitamos a tomar nota de esta situación, lamentándola. Sabemos qué sentido y qué plenitud puede dar a nuestra vida el Mensaje de Cristo. La proclamación del amor y de la gracia de Dios libera y pacifica no sólo a los individuos, sino también a la comunidad humana. Esa proclamación será indispensable para que Europa consiga un desarrollo más feliz y un porvenir más prometedor. Renovando y profundizando nuestra fe, contribuiremos a dar "su alma" (Pablo VI, 18 de octubre de 1975) a la comunidad naciente de los pueblos.

«Grandes obstáculos se oponen aún a la unión de nuestro continente. Sólo podrán ser vencidos, y las tareas que se plantean a Europa sólo podrán ser realizadas, si nosotros cristianos asumimos nuestra tarea: "el riesgo razonable" (Pío XII, 24 de diciembre de 1953), y nos comprometemos de palabra y de obra en favor de Europa».

Tras esta declaración, se constituyó en marzo de 1980, ya de manera oficial, con la aprobación e impulso de la Santa Sede, la *Comisión de los Episcopados de la Comunidad Europea* (COMECE), a la que ha seguido con carácter más amplio el *Consejo de Conferencias Episcopales Europeas* (CC EE), que no se limita a los Episcopados de la Comunidad de los Diez, sino que comprende a los de toda Europa, y mantiene relación con otro organismo conocido con el nombre de *KEK*, en el que se integran Comunidades e Iglesias ortodoxas, vetero-Católicas, Anglicanas y otras procedentes de la Reforma.

El citado organismo –CC EE– celebra Simposios de Obispos Europeos casi todos los años, y de ellos han tenido particular importancia el de 1980, con motivo

de una peregrinación de Obispos a Subiaco para conmemorar el XV Centenario del Nacimiento de San Benito; y el de 1982 en Roma.

Para octubre de este año está anunciado y convocado un nuevo Simposio en Roma.

Cómo trabajan estos organismos

La COMECE se ha fijado un triple objetivo:

a) Información a todos los Obispos europeos sobre las cuestiones tratadas por la Comunidad que tengan una dimensión humana y social más acusada. Lo hace mediante un boletín de noticias *Europa día a día* (SIPECA), que publica ocho números al año, y una revista titulada Objetivo-Europa.

b) Reflexión sobre problemas europeos que desbordan ampliamente el mero aspecto económico. Es sabido que, desde la elección del Parlamento Europeo por sufragio universal en 1979, la Asamblea trata de todas las cuestiones, aun a riesgo de que a veces se critique su competencia. Problemas de derechos humanos, de cultura, de seguridad, etc., que, aunque no figuran en el Tratado de Roma, tienen siempre repercusiones económicas. Pero son también cuestiones ineludiblemente éticas. La COMECE quiere ser un vínculo, entre otros, y en colaboración con ellos, donde puedan reflexionar profundamente responsables políticos, funcionarios y teólogos.

c) Contactos y reuniones con parlamentarios y responsables de instituciones europeas, que se realizan de diversos modos en la Nunciatura de Bruselas y en la Delegación de la Santa Sede en Estrasburgo. Con todo lo cual se pretende hacer que arraigue la idea de que la Comunidad Europea no puede contentarse con ser una comunidad económica. "Es preciso tender, decían en su declaración con motivo de las últimas elecciones al Parlamento Europeo, a una Europa de hombres y pueblos. Mientras haya hombres y mujeres considerados solamente por su 'haber' y sin encontrarse en verdad, no existirá la Comunidad. Europa necesita un nuevo aliento, un alma, una fe".

Hasta aquí, todo cuanto vengo diciendo podría ser estimado como un cierto acompañamiento de la Iglesia al esfuerzo de los políticos y estadistas por ir logrando una Europa más unida. Ya por sí misma esta actitud es importante. Aparte de que no hemos de olvidar que no se ha limitado la Iglesia a acompañar, sino que, desde el principio de los trabajos en pro de la unidad, ha estado presente, impulsándolos y dándoles su aliento (pontificado de Pío XII).

Mas lo que verdaderamente puede ser valorado como aportación específica de la Iglesia de hoy a este noble empeño de ir logrando una unión cada vez más estrecha de los pueblos europeos, es otra cosa.

La Iglesia está hoy promoviendo en el interior de sí misma una dinámica de evangelización de Europa que tiende a crear y fortalecer por su propia naturaleza lazos de unión en los espíritus, convencida de que ha de hacerlo así, no sólo como servicio al Evangelio, sino también de que, en la medida que pueda lograrlo, contribuirá con más eficacia que ninguna otra institución a la unión anhelada. En este sentido, debo subrayar las siguientes referencias:

1ª. *Impulso decidido del actual Pontífice Juan Pablo II.* Está moviendo a los Obispos y a las Ordenes Religiosas con mucha más energía que hasta ahora lo han hecho sus predecesores, hacia este objetivo: *Europa cristiana*. Aparte de sus visitas apostólicas y sus frecuentes apelaciones en esta dirección, cito como de singular importancia cuatro documentos: el Discurso sobre Evangelización de Europa a los participantes en el V Simposio del Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas, en octubre de 1982; la homilía en la Misa de clausura del mismo; el Discurso en el acto europeísta en Santiago de Compostela, en noviembre del mismo año; y el pronunciado en el Katholikentag de Viena en noviembre de 1983. No puedo resumirlos. Son importantísimos, como toma de posición para una nueva etapa en la Iglesia.

2ª. *El Consejo Pontificio para el ecumenismo.* Nunca nos hemos acercado tanto los cristianos de diversas confesiones como en estos veinte años últimos, después de haber vivido tan separados durante siglos. Esto dará frutos cuando la Providencia de Dios quiera. Ya los está dando, sobre todo entre los anglicanos y los católicos.

3ª. *Relación con las Iglesias de los países del Este.* En estas naciones, la Iglesia es considerada como un huésped incómodo, tanto o más que la presencia del poder norteamericano. Lo que sucede es que no es un huésped, sino un hecho religioso y cultural de muy difícil desarraigo. Hungría, Rumanía, Checoslovaquia, Yugoslavia (aunque se mueva en otra órbita), y por supuesto Polonia, con su singularidad excepcional, están ahí portadoras y depositarias de fermentos cristianos y aun de comunidades creyentes muy vivas, que son una denuncia permanente contra todo lo que tiende a dividir las conciencias y las almas.

En estas Iglesias está produciéndose un fenómeno del mayor interés. Llega cada vez más información y comunicación a Roma de lo que hacen y sienten; llaman al corazón de los cristianos de la Europa libre; son conscientes del valor unificador del sufrimiento y la persecución; crece en ellas la confortadora impresión de que no están solas, gracias, sobre todo, al Papa eslavo, que sólo diez días después del comienzo de su Pontificado dijo estas palabras: "*Ya no hay Iglesia del silencio; ella habla por la voz del Papa*". Los cristianos del Este están trabajando por la unidad de Europa, en cuanto que no sólo se observa, sino que consta positivamente por lo que nos dicen sus Obispos, que dentro de la opresión en que viven no alimentan revanchismos, no están educando a sus hijos para el desquite o el odio, sino que se esfuerzan por mantener, en medio de la situación en que viven, la confianza en que con su sufrimiento y fidelidad son invencibles. Se oponen a la exacerbación de los nacionalismos y practican lo que se está llamando ya el *ecumenismo de la cruz*, seguros de que las fronteras se abrirán, de que los "*gerontólogos del marxismo cesarán de combatirlos, faltos de combatientes*". Ellos, en cambio, seguirán. Y por aquí está conduciendo el Papa actual la heroica lucha. Las armas que utilizan no son más que espirituales. No predicán la guerra santa, ni la violencia. Esta resistencia activa, pero pacífica, es la de la Polonia actual, cuya fuerza moral se mide por el extraordinario martirio de sí misma que representa, para todo un pueblo ardoroso y acostumbrado a luchar con las armas en la mano, oponerse no a un adversario político, sino a la tentación de la violencia.

Los que critican al Papa por el doble lenguaje que utiliza –dicen–, apaciguador en Iberoamérica y vibrantemente testimonial en Polonia, no se dan cuenta de la

enorme diferencia que existe. En los países americanos hay incluso sacerdotes que han querido tomar las armas para la revolución. En Polonia, la Iglesia se opone a la violencia y no quiere que el país se vea inundado por una efusión de sangre, de consecuencias incalculables también para la unidad de Europa.

4ª. Operatividad apostólica e instrumentos de acción en la nueva tarea de reevangelización de Europa. Me fijo exclusivamente en lo que podríamos llamar la columna vertebral de la estructura eclesiástica europea, en torno a la cual se integra y se mueve el amplísimo organismo eclesial. Hay en Europa 709 Archidiócesis, Diócesis o Administraciones Apostólicas, desde Italia, que cuenta con 278, seguida de Francia con 97 y España con 68, hasta las naciones que sólo tienen una, Dinamarca, Letonia 1 Finlandia, Gibraltar, Islandia, Luxemburgo, Mónaco, Suecia y Ucrania.

Pues bien, a todas estas circunscripciones está llegando el nuevo "élan" que se respira, y de todas ellas está saliendo ya el latido de una respuesta que participa en la misma preocupación y los mismos anhelos. Los Obispos europeos viven ya -vivimos- hondamente persuadidos de que lo que se hace o deja de hacerse en Europa, afecta a la fe cristiana; y de que esta fe no puede contemplar con indiferencia, a la que pudiera dar pie un espiritualismo falso, el proceso de unificación o unidad en que Europa está embarcada. Aun cuando haya llegado a ser un continente de misión, no se puede olvidar que –como dijo el Cardenal Koenig– "dos mil años de historia cristiana han marcado el rostro de Europa".

A nuestros despachos episcopales, a las reuniones de nuestras Conferencias, están llegando continuamente, desde Roma, o desde otros organismos de los que he hablado, documentos de reflexión, sugerencias de posibles iniciativas, recomendaciones y planes de trabajo, que señalan y abren cauces de actuación apostólica de ámbito europeo común; relación con las altas instancias políticas de los Gobiernos o de los organismos internacionales; diálogo con los no creyentes; atención de las Iglesias a los problemas culturales y avances científicos de nuestro tiempo; consultas e informaciones de unas Conferencias a otras; participación de los Obispos de unos países en las reuniones de los de otros; reuniones de sacerdotes de diversas áreas lingüísticas; impulso a las Ordenes y Congregaciones Religiosas a que se internacionalicen más y más; promoción de contactos institucionalizados u ocasionales entre los laicos en relación con sus responsabilidades propias de los diversos medios sociológicos en que trabajan, para poder asegurar una presencia de la Iglesia; atención particular a los trabajadores emigrantes en Europa con respeto a sus diferencias culturales, raciales, religiosas y económicas; particular atención al fenómeno del turismo y el de las peregrinaciones a santuarios de carácter nacional e internacional: envío de seminaristas a realizar estudios teológicos en otros países; trabajo incesante en las tareas del ecumenismo, etcétera.

Creo que en asunto tan complejo como éste del proceso para una mayor unidad de Europa y de lo que la Iglesia puede hacer en este sentido, hay que huir de toda simplificación y de cualquier actitud de entusiasmo ilusorio y vano. Incluso un plazo de cincuenta años es corto –a mi juicio– para que se consigan los resultados apetecidos en cuanto a esa Europa "de los hombres y los pueblos", como se ha dicho, que no se opone a la realidad de las patrias, sino a los nacionalismos perturbadores. Pero dentro de ese plazo, los que nos sucedan han de ver progresos muy notables, a no ser que la locura de algunos haga

pulsar el botón de las explosiones nucleares o simplemente de una guerra convencional.

La colaboración de la Iglesia para lograr esto va a ser de suma importancia. *Primero*, por el prestigio del Pontificado. *Segundo*, porque no tiene ya nada de ese poder temporal que tantas veces lo hizo sucumbir en tiempos pasados bajo el peso de las alianzas o las simpatías suscitadas por una mayor o menor afinidad. *Tercero*, porque las tensiones internas, teológicas y pastorales, serán superadas. *Cuarto*, muy importante, porque el movimiento ecuménico tendente a la unidad de los cristianos es imparable. *Quinto*, porque la Iglesia no busca ni siquiera hegemonía espiritual, sino que aun viviendo por la acción del Espíritu Santo la irrenunciable actitud de que es la verdadera Iglesia de Cristo, no niega la parte de verdad que las otras Iglesias poseen, y quiere, en unión con ellas, seguir orando y reflexionando juntas hasta que la plena luz se haga, lo cual es radicalmente distinto del talante con que se ha movido hasta el Concilio Vaticano II. *Sexto*, porque la acción apostólica del Papa actual, mucho más continental y universal que la de ningún otro, desde hace muchos siglos –es el que ha declarado a San Cirilo, eslavo, junto con San Benito, latino, Patrono de Europa igual que él segundo–, va a traer –está trayendo ya– consecuencias muy positivas en el ámbito de la evangelización de Europa. *Séptimo*, porque, en una palabra, a la Iglesia de hoy la acompaña únicamente una idea, la del honor de Dios conforme al Símbolo de la fe, y la del servicio al hombre; y lo que busca es que Europa entre por el camino, no de los nacionalismos orgullosos, sino por el del servicio a los hombres de nuestro tiempo.

He dicho que pueden conseguirse progresos notables dentro de esa etapa que he señalado y en virtud de las razones que indico. Pero no me atrevo a decir más. Porque sobre la conciencia histórica de Europa, de la Europa que era cristiana, gravita el peso atroz de muchos odios y muchos conflictos que hacen pensar que el cristianismo ha servido de muy poco en el pasado –yo creo que no, que hay que buscar otras explicaciones a la frecuente explosión de los odios– y esto hace que millones de europeos, entre los que abundan los hombres cultos, no sientan el menor entusiasmo por ésa que llaman ellos "*utopía de la nueva evangelización*". Esta es la realidad. Como también lo es el hecho doloroso de la increencia y la vida cristiana desnaturalizada y reducida a un deísmo vago y descomprometido en tantos y tantos países europeos (Cfr. Encuesta en doce países europeos sobre valores vigentes).

Aun así, la esperanza radica en que la acción de la Iglesia hoy, libre de tantas ataduras de otros tiempos, va a insistir en algo que sintoniza como exigencia evangélica con las grandes aspiraciones sociales del hombre de hoy: derechos humanos a escala mundial, libertad, dignidad del hombre, sentido del trabajo, mejor participación de todos en los bienes de la cultura y la producción económica, ordenamiento político más justo; en una palabra, la idea del servicio, en que tanto insistía un ensayista ilustre de cuyo nacimiento en Verona, se celebra este año el centenario, *Romano Guardini*. En su libro *Preocupación por el hombre*, en las páginas dedicadas al tema de Europa, insiste en esta perspectiva: la idea de servicio frente a la idea de poder.

Permítaseme una última reflexión sobre este aspecto.

Un ideal de servicio

No hay nada auténticamente humano que no halle eco en el corazón de la Iglesia de Cristo. La Iglesia está al servicio de la humanidad y todos los problemas de su historia son sus propios problemas. De la reflexión que sobre sí misma hizo en el Vaticano II surge el deseo de exponer cómo entiende su presencia y acción en el mundo actual. Ante sus ojos está la familia humana con todo el conjunto de realidades entre las que está viviendo. Y aquí está una de ellas: la idea de una Europa unida. ¿Por qué una Europa unida? ¿Para qué una Europa unida?

Pensamos en Europa como en uno de los continentes de peso e importancia en el mundo. No concebimos que se pueda hacer nada a escala mundial sin contar con Europa. Aliado de los grandes colosos que se han despertado más recientemente, como América, Asia, África, ¿qué significa Europa?

Y pensamos en la población de Europa, tanto en el número de sus habitantes como en las naciones que la integran, en sus hombres profesionales, políticos, técnicos, científicos. En lo que ha ido aportando a la industria, a los sistemas económicos, a la ciencia y a la técnica. Los hilos que tejen más de inmediato la política del mundo. Son importantes estos factores. Pero en seguida nos viene la gran población de esos enormes continentes, sus grandes extensiones de espacio sin aprovechar, sus riquezas naturales, su integración en el ritmo actual y, en casos concretos, superándolo (técnica japonesa, norteamericana...) ¿La vieja Europa tiene algún logro que aportar? ¿Algo que pueda ofrecer como más específicamente suyo por su historia, por su acervo cultural, por su pensamiento gestado ya desde Grecia, por la experiencia de su propia evolución? ¿Algo que las demás partes del mundo no podrían realizarlo con tan íntima propiedad?

No es problema la investigación científica, que hoy progresa sin cesar. En la técnica, evidentemente, ocurre lo mismo. La ciencia y la técnica dan lugar a un poder del hombre sobre la naturaleza y sobre el mismo hombre, en cuanto a su conocimiento, que aumenta a ritmo acelerado. Ya Francisco Bacon en 1620 afirmaba que la ciencia del hombre era la medida de su potencia (*Novum Organum*, 3^{er} aforismo, Edit. Porrúa, p. 37). Eso significa un progreso hacia una independencia cada vez mayor, y también una conexión con el mundo cada vez mayor, como se pone de manifiesto en conferencias internacionales, congresos, programas en común, etc. Ciencia y técnica han dado y seguirán dando un poder al hombre sobre la naturaleza, sobre sí mismo, que aumenta vertiginosamente. Han surgido fuentes de energía, abundancia de bienes y socorros para la vida que también aumentan este poder. Progreso cada vez mayor en todos los campos científico-técnicos.

Los judeocristianos, apoyándonos en el Génesis (1,26), vemos que el hombre ha de ejercer su dominio sobre el mundo. El crecimiento de poder representaría –tendría que representar– un progreso hacia una más completa realización del hombre.

Pero aquí está el problema. Un problema hondo. ¿Basta la fórmula aumento de poder, como igual a aumento de realización del hombre? ¿Crece el poder y en la misma medida la "humanidad" del hombre? ¿En qué relación está el crecimiento de poder con la humanidad del hombre? ¿Se puede aumentar el poder sin reflexión, sin ver las consecuencias, permaneciendo "hombre" el

hombre en sentido pleno? En este punto hay que considerar lo que llamamos daños culturales, daños que sufren el cuerpo y el espíritu por los extravíos y desmesura de la evolución de las culturas. Con conocimiento de causa podemos hablar de culturas "no humanas", que no enriquecen el ser auténtico del hombre. El hombre tiene como tarea de su propia vocación desarrollar su libertad en la forma de historia y de cultura; pero no puede erigir arbitrariamente su propio mundo. Ni arbitraria, ni egoísta, ni orgullosamente. Sino *completar el mundo según un orden, una armonía, un bien; es decir, según la voluntad divina*, como mundo de la libertad humana.

¿Dónde está el límite de ese poder más allá del cual la carga aplasta al portador? Es la pregunta que Romano Guardini se hace constantemente en su libro *Preocupación por el hombre*, al reflexionar sobre la cultura como obra y riesgo; el hombre incompleto, el poder, la libertad, el servicio al prójimo en peligro; Europa, realidad y tarea. El hombre debe conocer y asumir la medida total de su responsabilidad. Y para esto tiene que volver a encontrar la verdadera relación con las personas, con las cosas, con las exigencias de su intimidad, con Dios.

Si el crecimiento del poder avanza con excesiva rapidez y la "humanidad" del hombre no crece en la misma medida, ¿no llevará esto a un poder de destrucción? Muchos pensadores europeos han repetido lo que dice ya Sófocles en el coro de "Antígona": que el hombre lleva en sí la posibilidad de algo trágico. Nos damos más cuenta de la fuerza del poder cuando destruye. Ya hemos vivido y vivimos acontecimientos así. En el comienzo, las nuevas realidades, por ejemplo, de la energía atómica, nuclear, están como sin forma, sin configurar, sin aplicaciones; luego se hacen eficaces de manera concreta. Y estarán en función de las primacías del hombre, en función de aquello en lo cual quiera imponer su poder y dominio. Hoy la imagen de nuestro mundo es la del hombre que tiene un potencial enorme y puede destruirse a sí mismo.

El poder de los hombres tiene en la mano las energías del mundo, en el más amplio sentido de la palabra. Se ha abierto paso a lo macroscópico y a lo microscópico. Pero, como decía antes, lo que nos da la más clara y cruda conciencia de su poder es su posibilidad de destruir y dañar: manipulación de los medios de comunicación; manipulación genética; posibilidad de cambiar en un hombre, contra su voluntad, su modo de percibir el mundo y percibirse a sí mismo; cambiar las medidas y leyes del bien y del mal, los puntos de apoyo que tiene en sí mismo como persona. El poder es un fenómeno que estremecía a los hombres de la antigüedad. En mi discurso de entrada en la Academia, recordé la cita de Sófocles en *Antígona*: "Mucho hay de inquietante, pero nada más inquietante que el hombre".

La pregunta que se hace también Guardini, en el libro citado, es: ¿Quién está llamado a plantear este problema y llevarlo hacia su solución? Su contestación es: *Europa, de modo especial*. Ciertamente, nuestra historia de más de tres mil años no se ha producido de un salto. Ya tenemos una larga tradición de pensadores. La pregunta por el hombre se hizo ya acuciante en Kant. De las cuatro cuestiones en que Kant veía resolverse la Filosofía: ¿qué podemos saber? (metafísica), ¿qué debemos hacer? (moral), ¿qué nos es dable esperar? (religión), ¿qué es el hombre? (antropología), ésta es la fundamental. La autognosis es uno de los objetivos fundamentales del pensar de Europa. "En todos los conflictos entre las diferentes escuelas filosóficas, este objetivo ha

permanecido invariable e inmovible: probó ser el punto arquimédico, el centro fijo e inmutable de todo pensamiento" (CASSIRER, *Antropología filosófica*, p. 15, 1945). Sí, tanto pensadores como médicos han tenido siempre implícita o explícitamente formulada una idea del hombre.

Ya hemos tenido tiempo en nuestra historia, maestra de la vida, de perder las falsas ilusiones. La verdadera Europa, la Europa que piensa, es ajena a optimismos absolutos. Sus valores están vivos todavía, y es posible percibir lo que está en juego. Ha visto hundirse muchas cosas irrestaurables. De todo ello han surgido filosofías que pueden comprender el riesgo y la tragedia de la existencia humana. Europa tiene la tarea de *la crítica del poder*, porque está acostumbrada a la preocupación por el hombre; es consciente del poder del hombre, de su destino y misión, y ha de reflexionar adónde le llevará. Europa ha dado a luz las ideas fundamentales del pensamiento sobre el hombre. La revolución francesa sacó a la luz la idea de la libertad. A Europa le corresponde, en su preocupación por la humanidad, llevarla *de la "libertad de" a la "libertad para"* la realización del hombre.

Hay una forma de ejercer la libertad que nos enseñó Jesucristo: *la del servicio*. Ese servicio es propio de la fuerza del hombre que se siente responsable de la vida. De todo lo que se llama vida: trabajo, familia, pueblo, cultura, ordenación de la patria, lo internacional. Todo este servicio por grandeza y superioridad del poder, que quiere que se enderecen las cosas de la tierra y que toma este servicio como una misión. Y una misión divina de la que se le exigirá cuentas, como en la parábola de los talentos. En esta forma de ejercicio del poder hay la sencilla objetividad de la vida cotidiana del hombre en sus diferentes cargos y profesiones. Reconocer esto y lograrlo puede ser la tarea de esta Europa que tanto ha sufrido y ha hecho sufrir, y que tanto esplendor vacío ha asumido. Es una utopía ética que puede ser previa a una realidad.

Esta Europa unida con estas inquietudes no existe. Estoy hablando, como dice Guardini, de una Europa que es, sí, algo político, económico, técnico, pero sobre todo una *"disposición real de ánimo"*. Para que esta Europa llegue a ser, hace falta que cada una de sus naciones vuelva a pensar su historia de otro modo, y a comprender su pasado y sus proyectos con referencia a la constitución de una *Europa unida con una gran forma vital*, no sólo con lazos económicos, técnicos, científicos. Forma vital configurada por las realidades fundamentales que le permitirán el paso a la libertad y no el hundimiento en la servidumbre común.

Parte Segunda

Presencia de la Iglesia en la España de hoy

13. EVOLUCIÓN DE LA IGLESIA EN ESPAÑA

Artículo publicado en la revista *Cuadernos para el diálogo*, n. 8, mayo de 1964.

Lo más característico de ese organismo que llamamos Iglesia es que en él no caben evoluciones que signifiquen un cambio sustancial de su ser íntimo ni de sus estructuras fundamentales. Una sociedad deportiva puede evolucionar hasta convertirse, supongamos, en cultural o política, y de ello hay ejemplos abundantes. Un Estado puede pasar del absolutismo a la democracia, o al revés.

En la Iglesia esto no es posible. Su fin será siempre el mismo: hacer participar al hombre en la vida de Jesús y facilitarle su salvación sobrenatural. Su constitución interna es igualmente invariable: Cuerpo místico de Cristo que prolonga en la tierra su acción redentora. Su estructura fundamental tampoco puede sufrir modificación alguna: es y será siempre una sociedad jerárquica.

La evolución o cambio de la Iglesia se manifiesta principalmente visible en la actuación externa de la Iglesia y reflexión sobre sí misma, que comporta, lo estamos viendo ahora en el Concilio Vaticano II, iluminaciones y esclarecimientos enriquecedores sobre determinados aspectos de su ser y su constitución interna, los cuales, nunca perdidos, habían podido quedar en la penumbra.

Es notable, sin embargo, y muy digno de ser considerado por un hombre culto que entienda la fugacidad de "las cosas de la historia", el hecho de que los cambios producidos en la Iglesia como consecuencia de la adaptación pastoral, o por el enriquecimiento nacido de la reflexión, han significado siempre una vuelta a los orígenes ¿Que misterio tan rico hay en este delicado organismo, que se renueva sin cesar y extrae de sus propias venas, incluso cuando parecen muertas, la sangre que las vivifica? Para el que quiera estudiar la evolución habida en la Iglesia española en los últimos cincuenta años, le resultará obvio y natural dividir tal periodo de tiempo en dos etapas: una, la que va de 1914 a 1939, final de nuestra guerra; otra, desde tal fecha hasta nuestros días. Son exactamente dos subperiodos de veinticinco años cada uno.

No es mi propósito, ni lo pide tampoco la índole de este artículo, hacer de historiador de sucesos. Se trata más bien de un juicio sintético y global con la mirada puesta en amplios horizontes que nos permita captar, si el juicio es acertado, el hecho de la evolución habida y sus manifestaciones más generales.

1914 a 1939

Era muy triste la herencia recibida. En un país como el nuestro, en que tan estrecha había sido la unión entre el Altar y el Trono, como entonces se decía, o para adorar al mismo Dios o para reñir si se dejaba de adorarlo, la Iglesia, como tal sociedad organizada, con su jerarquía y sus fieles, tenía que resentirse forzosamente de lo mucho que se había reñido en el siglo XIX y en bastantes de los primeros años del XX. Demasiadas riñas y polémicas. Ello dio origen a que se crease una actitud que consistía en vivir calmadamente en los periodos de bonanza o defenderse de las persecuciones y ataques que se hacían contra ella cuando arreciaba la tormenta.

En esta disposición de ánimo siguió viviendo la Iglesia española los años que van de 1914 al advenimiento de la segunda República, ni en su actuación pastoral ni en la reflexión doctrinal sobre sí misma aparecen cambios con suficiente calado nacional como para decir que la Iglesia evolucionaba. Hoy era una huelga general revolucionaria, y mañana se consagraba el país al Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles. Ahora se tributaba un homenaje popular fervoroso al prelado de la diócesis, y a continuación se lanzaban contra él los más graves insultos desde las páginas de la prensa enemiga o incluso se le hacía víctima de un atentado criminal, como sucedió en Zaragoza. Los tranquilos años de la Dictadura apagaron las llamas del incendio, pero no extinguieron las brasas ocultas que podían devorar al país en cualquier momento.

La Iglesia de España durante todo este tiempo se complacía en su tradicional vida de piedad, en su alto índice de moralidad familiar y su ideal de unión concordada con el Estado. Pero ni en los seminarios, ni en las casas de estudio de las Órdenes religiosas, ni en los documentos episcopales de la época o en los escasos congresos o reuniones de estudio, ni en las tímidas y balbucientes agrupaciones de seglares con fines apostólicos, se registran hechos auténticamente sintomáticos y representativos de una evolución en un sentido o en otro, salvo muy contadas excepciones. Más bien habría que decir que la Iglesia, es decir, los hombres que la representaban, eclesiásticos y seglares católicos, permanecían quietos en sí mismos, añorando las grandezas del pasado o lamentándose. Cuando a ello había lugar, de la tristeza del presente. Fuera de su alcance iban quedando, cada vez más alejados, los dos campos que ejercían o iban a ejercer mayor influencia en la vida moderna: el de la cultura y el de las masas obreras.

Precisamente hacia estos campos apuntaba la dirección y esfuerzo de algunos hombres clarividentes. que con obras e instituciones eficaces querían imprimir nuevos rumbos a la vida de la Iglesia en España. Ellos constituyen las excepciones a que me he referido antes. Son, por una parte, con relación al mundo obrero, y también al patronal en la España campesina y aun más, las organizaciones sindicales católicas en que tanto se distinguió el P. Nevaes. Por

la otra, la actuación del P. Ayala, con la fundación de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y el paralelo y subsiguiente esfuerzo del hoy obispo de Málaga. D. Ángel Herrera, incansable y magnánimo luchador en los frentes cultural, político, periodístico y social que, cultivando siempre un amor encendido a las mejores tradiciones del catolicismo español, conseguía, no obstante, imprimir a sus minorías selectas, y a través de ellas a la gran masa a que llegó, los mejores caracteres del llamado catolicismo sociológico y europeo en línea con las orientaciones pontificias. Él fue también el que logró a escala nacional los primeros cuadros bien organizados de la Acción Católica, libre de toda clase de extrañas adherencias.

Al advenimiento de la República, la Iglesia española dio un alto y conmovedor ejemplo: el del acatamiento al poder constituido, a pesar de que se presentaba poco tranquilizador. Solo Dios sabe los bienes que hubieran podido derivarse de ese hecho si el régimen del 14 de abril hubiera respetado las normas de una civilizada convivencia en lugar de convertirse en el más iracundo y bárbaro instrumento de opresión. Aquel pudo ser el momento en que la Iglesia, despojada de ciertas prerrogativas que hasta entonces había juzgado obligación suya defender, se habría dedicado a un profundo examen de sí misma en todos los ámbitos de su actuación pastoral, y habría encontrado, sin duda, el camino por donde dar curso a muy deseadas orientaciones. De hecho, múltiples fueron las voces de prelados insignes que invitaban a este examen. Pero les fue impedido hacerlo. La Iglesia fue la gran perseguida. Víctima de atropellos sin número, acorralada y herida en lo más vivo de su ser y sus venerandas tradiciones la única evolución que pudo experimentar fue la del sufrimiento llevado a límites inconcebibles. Todavía hoy produce estremecimiento leer los documentos del episcopado de entonces, y aun del sumo pontífice Pío XI, como la *Dilectissima nobis*. Después, los tres años de la guerra civil.

Como obispo hoy de esa Iglesia que todavía tiene tan cerca el dolor de su martirio, lo único que se ocurre decir a los que desde otros supuestos de vida nacional han enjuiciado a la Iglesia española de aquel tiempo, con reproches que causan estupor al brotar de una pluma católica, es que Dios libre a sus países y a la Iglesia que en ellos vive de un azote como el que nosotros padecemos. En circunstancias como las nuestras, de amenazas continuas primero y de violentísima revolución después, no caben serenas evoluciones. Lo único que puede hacerse es tratar de sobrevivir y abrir el alma, eso sí, para que en ella caigan las semillas que puedan dar más tarde frutos de adaptación nacidos de las dolorosas lecciones recibidas. ¿Se perciben ya en el horizonte esas nuevas adaptaciones?

1939 a 1961

En el discurso que el Santo Padre Pablo VI dirigió a España el pasado 26 de enero con motivo de la clausura del Año Paulino, ha pronunciado unas palabras de cincelada precisión. Dice así: "Creemos que esa imagen de Cristo que Pablo llevaba siempre en su corazón ardiente, esa noble manera de llevarla en su vida de hombre entero, en consonancia con Dios y en armonía con todo lo bueno, está aún viva en España. Y creemos que su siembra de Cristo sigue todavía fecunda en las organizaciones católicas, en los cenobios históricos, que adquieren nueva vida; en los cenáculos de contemplación, siempre repletos; en

las asambleas de apostolado, en el santuario de la familia, en el ejercicio de las virtudes cívicas y sociales, en el incesante resurgir vocacional. Y, aunque hubiera sombras, hay también esfuerzo, hay lucha por devolver a la esposa de Cristo su faz blanca, sin arrugas, sin manchas".

"Por eso nuestra mirada a España nos llena de consuelo, y es este afecto que se despierta en nuestro pecho el que nos impulsa a abrirnos el alma con algunas consideraciones. Nuestros ojos se detienen, en primer lugar, en vosotros, sacerdotes queridos. Sabemos bien el celo renovador que distingue tanto al dignísimo clero español como a las familias religiosas de probada tradición histórica y a los institutos de reciente nacimiento. Este celo que es caridad cuando impulsa a la búsqueda serena de métodos apropiados a las nuevas formas de vida, cuando trata de entablar y mantener el diálogo con el mundo moderno en el afán de llevarlo a Cristo, en quien todo tiene su recapitulación y corona".

"Laudable intento, que no pide renegar del pasado histórico ni romper con tradiciones en lo que ellas tienen de esencial y venerando, sino que más bien rinde homenaje a tales tradiciones, aunque para hacerlas viables, para conservarlas en su eficacia, haya tal vez que podarlas de cuanto transitorio y caduco, de manifestación defectuosa, en ellas haya. *Ut fructum plus afferat* según palabras del Evangelio"¹.

La cita es larga, pero es imprescindible. En ella aparece el reconocimiento justo de lo mucho que la Iglesia española ha hecho en estos años para renovarse y de lo mucho que queda por hacer para completar la necesaria evolución. ¿Completar, digo? Jamás podrá lograrse un grado de evolución que permita descansar a los operarios del cristianismo en ningún país del mundo. La búsqueda de métodos apropiados para la encarnación del Evangelio supone un esfuerzo incesante. El apostolado cristiano y el estancamiento en su metodología son una contradicción *in terminis*.

El esfuerzo hecho durante estos veinticinco años por la Jerarquía española y por el clero y seglares que con ella han colaborado ha sido laudabilísimo. La mayor acusación que contra ella se ha hecho, a veces en tono demasiado destemplado, ha sido de que ha obrado con excesiva prudencia. Difícil terreno el de las aplicaciones de esta virtud para que los que polemizan en torno a la extensión que debe alcanzar, puedan sentirse inmoviblemente seguros en sus apreciaciones. De la prudencia no se puede hablar más que prudentemente o para defenderla o para atacarla.

El hecho es que la Iglesia durante este tiempo, favorecida ciertamente por las disposiciones legales de un Estado católico, cuyos méritos son infinitamente superiores a sus defectos en este orden de cosas, ha ido apuntando hacia direcciones nuevas, sin olvidar los viejos caminos de siempre transitados, que permitieron alcanzar una fecundidad gloriosa. Viejos caminos llamo, que nadie tiene derecho a abandonar, los del cultivo de las vocaciones sacerdotales y religiosas, la familia cristiana, la educación religiosa de los niños, la vida de piedad en los templos, la expansión misionera. ¿No sirve todo esto para la

¹ Radiomensaje dirigido a España en el acto de clausura del XIX Centenario de la llegada de San Pablo a España: *Ecclesia* 24 (1964) 141.

defensa de la fe? ¿Y no es la fe el primer valor que hay que cuidar, aunque parezca tan antiguo en la axiología de la renovación cristiana de la vida en un mundo oprimido por las tinieblas de la negación y de la duda? En este sentido, la obra de la Iglesia en España, aunque siempre perfectible, ha sido extraordinaria.

Pero han brotado, además, direcciones nuevas, que suponen una auténtica evolución en muchos aspectos o que garantizan su aparición inmediata y provechosa. Una unión más estrecha entre el episcopado, un estudio más eficaz y detallado de los problemas por medio de las comisiones formadas por los miembros del mismo, una relación y trato más sencillo y pastoral entre los obispos, y los sacerdotes, y los fieles; una predicación de la palabra de Dios mil veces más acomodada en sus fundamentos, y su estilo de la que se hacía antes, un progreso evidente en la vida interna de los seminarios, una educación litúrgica del pueblo cristiano que se extiende con rapidez, una mayor dedicación de los eclesiásticos a tareas culturales, sin excluir las de alto vuelo; una innegable multiplicación de los apóstoles de la caridad y la beneficencia social, un intento cada día más ensayado de diálogo y comprensión con hombres e instituciones representantes de ideas muy diversas. Son hechos que están ahí expuestos al examen y valoración de quien quiera contemplarlos.

La O.C.S.H.A., con sus 800 sacerdotes enviados a Hispano América, los capellanes de emigrantes, las diócesis misioneras, la pujanza de las Obras Misionales Pontificias, los Cursos de cristiandad, los cuadros de Acción Católica en sus diversas ramas y grupos especializados, la Cáritas nacional, las obras apostólicas familiares, el Instituto Social León XIII, el desarrollo del Opus Dei, las Universidades de Comillas y Salamanca, cada vez más perfeccionadas; las de Navarra y Deusto, las revistas sacerdotales, tan valientes en la autocrítica; la Escuela de Ciudadanía Cristiana y la de Periodismo, los Patronatos de Acción Católica Social y Cultural, las secciones filiales de Enseñanza Media, casi todas promovidas por la Iglesia; los centros de formación profesional, las Semanas de Estudios Teológicos, los centenares de seminaristas y sacerdotes que cursan ciencias sagradas y profanas en las universidades extranjeras, el grupo de investigadores de la Iglesia española de Montserrat en Roma, la B.A.C., el Instituto de Pastoral, de Salamanca; la Oficina de Estadística de la Iglesia, la tendencia cada vez más generalizada a la supresión de clases y aranceles, la fragmentación de los grandes núcleos parroquiales, los convitorios y asambleas sacerdotales, las casas de ejercicios..., ¿no son demostraciones claras de que se advierte una evolución en la Iglesia española en el sentido más noble y alentador de la palabra?

Quedan sombras, sí; esas sombras a que alude, con delicada cortesía, el Sumo Pontífice. Me atrevería a señalar, entre los problemas que esperan de la Iglesia en España una evolución más positiva de la que hasta aquí ha habido, los siguientes, algunos de ellos gravísimos y especialmente nuestros, otros comunes también a otros países: la falta de conciencia social entre los católicos; la formación de un laicado más consciente y responsable de su dignidad y sus obligaciones; la educación religiosa de la juventud, que, particularmente en los ambientes universitarios, se aleja de la Iglesia cada día más; la ausencia de una evangelización efectiva de la familia y de la clase obrera; la falta de coordinación entre el clero secular y regular; determinadas formas de vida, demasiado

burguesas en personas y estructuras eclesiásticas; la acertada orientación del riquísimo caudal de energía del clero joven; la presencia de la Iglesia, hoy casi nula, en las tareas y preocupaciones del mundo moderno, tales como la cultura y la técnica, el desarrollo industrial, la libertad, incluso religiosa, y las formas del pensamiento político de las nuevas generaciones.

Difícil camino el que se abre a nuestra vida, para recorrer el cual va a ser necesario el más delicado tacto y a la vez la más santa audacia. Considero interesante reproducir aquí los últimos párrafos de un artículo firmado por Xavier Tilliette, que apareció en la revista francesa *Etudes* en noviembre de 1960 con el título "Momento del catolicismo español". Todo él es sumamente sugeridor. Dice así: "¿Es deseable que nuestro Evangelio haga tanto sitio al desarrollo de los valores profanos y a la apología de la libertad? Estamos bien advertidos en Francia, por la apostasía de las masas, de todo lo que hemos perdido en piedad sencilla, en fe humilde, en solidez de la familia, en salud moral, en espíritu de obediencia y de renunciamiento. Nuestras comunidades tan animadas hacen resaltar amargamente la abstención de la muchedumbre y la desaparición generalizada de la oración. Es esto, acaso, pagar demasiado caro el precio de un catolicismo esencial, equipado a la ligera y ante las exigencias de un mundo moderno. En todo caso, la Iglesia española está comprometida en una ruta difícil, más difícil de lo que se piensa. ¿Puede en breve plazo alcanzar lo que nosotros hemos conquistado, sin perder lo que nosotros echamos de menos? ¿Sin crisis de crecimiento, llegar, a través de sus miembros, al vigor de la plenitud cristiana, conciliar la guarda de la doctrina intangible en un medio esterilizado con la sustitución de los usos inmemoriales sacudidos por el paso del tiempo? Se lo deseamos ardientemente. Parece bien preparada para llevar a cabo la tentativa, si es que los sacerdotes, sin disminuir su celo, se desprenden de su monopolio dogmático y apostólico, abdican en parte, digámoslo así, a pesar de su temible equívoco, su responsabilidad de jueces y de guías de las almas, y si los laicos, sin aminorar su obediencia, se sienten invitados a tomar parte en el diálogo ya entablado"².

² *Etudes*, noviembre 1960, 213-224.

14. FE Y MORAL EN EL ACTUAL MOMENTO ECLESIAL ESPAÑOL

Discurso pronunciado en el acto de clausura de la V Semana de Estudios y Coloquios sobre Problemas Teológicos actuales, en Toledo, el 2 de septiembre de 1972. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, septiembre de 1972.

Me sitúo deliberadamente, al hacer esta exposición, en una perspectiva de esperanza cristiana que no tiene por qué estar ausente del corazón de quien cree en Dios, aunque sus observaciones le causen dolor.

Sé que corro un riesgo ineludible: el que lleva consigo toda visión personal de un problema que por su naturaleza es fluido y capaz de provocar diversos estados de ánimo en quien lo contempla. No hay manera de evitar ese riesgo cuando uno se decide a formular un juicio propio. Pero sí que existe la obligación de reducirlo al máximo, tratando de discurrir con objetividad. Para lograrlo, señalo anticipadamente que me dejo guiar por el Magisterio Pontificio, en cuyo carisma de autoridad creo de todo corazón.

Los términos del problema que analizo son muy amplios: fe y moral, por una parte, y la Iglesia en la España de hoy, por otra. Pero es la suya una amplitud fácilmente abarcable cuando el propósito es descubrir un panorama más que pintar un cuadro con todas sus figuras y colores. No se me pide este último.

La consistencia –es decir, el *en qué consiste*– de la fe y la moral cristiana es cognoscible, no se puede admitir como legítimo el reino de las tinieblas en relación con estos ejes fundamentales de la vida de la Iglesia de Cristo. Esfuerzos para una mayor iluminación, sí. Incertidumbre como nueva y sabrosa conquista de los tiempos, no.

Y en cuanto a España, ahí está. Es un país vario y diverso, con sus treinta y cuatro millones de habitantes en plan de desarrollo, con su tierra hermosa y dura, con su historia en que no escasean hechos gloriosos, con su porvenir, que ya estamos construyendo. Pero es el presente el que nos interesa. Como hombre de la Iglesia vengo contemplándole durante más de treinta años de ministerio sacerdotal y episcopal intenso, y desde observatorios muy distintos. Esta Iglesia católica de Cristo late y vive dentro de la sociedad española. Se la encuentra en las familias, en los pueblos y aldeas, en los grandes o pequeños núcleos urbanos, en las parroquias, en los frailes y monjas misioneros, en las órdenes y congregaciones religiosas, con sus instituciones tan diversas; en los libros y revistas que se editan sobre temas religiosos, en los centros de estudios eclesiásticos, en las asambleas de Obispos, de sacerdotes, de seglares; en los escritos, clandestinos unas veces, de normal circulación otras, en que se nos acusa, se nos defiende, se nos calumnia o se nos alaba.

Está en la Acción Católica de antes y en los apostolados laicales de ahora. Está en los que administran o reciben los sacramentos, predicán o escuchan la Palabra de Dios, y en conformidad o desacuerdo con ésta, modelan sus

costumbres, aman, pecan, sufren, esperan. Está también en la legislación civil de un Estado oficialmente católico. Es todavía un pueblo numeroso que merece nuestro respeto y nuestro amor. De él, como Pueblo de Dios, recibimos todos mucho más de lo que le damos. ¿Cuál es la situación de la fe y la moral cristiana hoy en este pueblo nuestro?

Por razones metodológicas hablaré separadamente de una y otra. Pero no las separo ni en mi concepto ni en mi intención, puesto que hemos de entender la vida cristiana como un todo. El que cree, ama; y cuanto más se ama a Cristo más se cree en su persona, en sus palabras y su vida. "La moral del cristiano – escribe Spick– es una moral bautismal. Su participación en la muerte y resurrección del Señor le obliga a morir al pecado y a no vivir más que por la vida y los sentimientos de Cristo"¹. Me fijaré, más que en conceptos abstractos, a los que alguna vez será necesario referirnos, en lo que podríamos llamar el proceso vital y normalmente comprobable de la fe y las costumbres de nuestro pueblo en estos últimos años.

HERENCIA Y EVOLUCIÓN

Recientemente, en la audiencia general del miércoles 5 de julio, pronunció el Papa las siguientes palabras: "Poseemos un patrimonio heredado de conceptos, de apreciaciones, de tradiciones. ¿Qué es lo que debemos conservar? ¿Qué es lo que debemos cambiar?" También en la Iglesia –dijo en síntesis el Papa– a raíz del *aggiornamento* promovido por el Concilio, todos advertimos, por una parte, que algo puede y acaso debe ser cambiado; pero, por otra parte, sabemos también que algunas otras cosas son tan importantes y tan esenciales, como la verdad divina y la constitución eclesiástica, que es su autoridad y legítima derivación, que no deben ceder "a esta arrolladora ola de transformismo, de abdicaciones, de infidelidad, sino que deben ser absolutamente defendidas, confirmadas, reafirmadas, renovadas en el sentimiento interior y en las formas exteriores"².

El Papa añadió textualmente: "Nos encontramos ante un deber nuevo, propio de nuestro tiempo, el del discernimiento entre lo que es caduco, o mejor acaso, perfectible, y lo que en cambio debe ser estable y fijo, so pena de la vida, queremos decir la razón de ser inalienable y permanente. Añadimos en seguida: este discernimiento no podremos realizarlo arbitrariamente nosotros. Miembros como somos de un cuerpo organizado y civil, debemos ser reflexivos y respetuosos ante todo lo que la sociedad legítima y establecida nos ordena y nos manda, se impone inmediatamente un problema de autoridad, aunque esto no impide soluciones de evolución, que hoy más bien las constituciones civiles admiten y promueven. Y esto vale más aún para el cuerpo social místico que es la Iglesia, en el que el elemento divino exige un constante esfuerzo de perfeccionamiento, y al propio tiempo impone una observancia fiel, hasta el heroísmo, de su identidad dogmática y ortodoxa, tutelada y custodiada, enseñada e interpretada por una autoridad legítima, a la que divinamente ha sido encomendado este servicio de caridad por la verdad".

¹ C. SPICK, *Teología moral del Nuevo Testamento*, Pamplona 1970, 395.

² Homilía, 5 de julio de 1972.

"Mas concluimos en seguida con dos observaciones, o mejor dicho, con dos exhortaciones. En primer lugar, debemos darnos cuenta, sin temor y sin desconfianza interior hacia nuestro tiempo, de que la providencia nos ha hecho nacer en una historia como la nuestra, caracterizada por la transformación, por el progreso. Procuremos comprender esta condición de la humanidad en fase de desarrollo y bendigamos con corazón sabio la vida humana. En segundo lugar, no nos dejemos sobrecoger por el vértigo de las metamorfosis que se producen en nuestro derredor, antes bien tratemos de descubrir en ellas una necesidad aún más lógica de principios superiores que deben ser los goznes de los movimientos en que estamos comprometidos, para que éstos no sean ni arrolladores ni anárquicos, sino más bien invitaciones e impulso a recorrer en el tiempo los caminos de Dios, que deben conducirnos allende el tiempo"³.

Es éste un discurso característico de Pablo VI. Creo que podríamos encontrar, según un cálculo que he hecho rápidamente en las anotaciones que tengo en mis carpetas, más de cuatrocientas alocuciones o escritos del Santo Padre en que repite las mismas ideas: a) necesidad de adaptación y de reforma; b) obligación de mantener intacto el depósito de la verdad divina y la constitución eclesiástica; c) dolor y lamentación por la falta de discernimiento sereno que se observa en la Iglesia; d) apelación a la confianza en el futuro con amor a nuestro tiempo, y advertencia severa contra los movimientos anárquicos y las transformaciones arbitrarias.

En una palabra, progreso y evolución dentro de la Iglesia, pero salvando los valores esenciales de una herencia intocable; y un dolor inmenso ante el desenfreno y la locura de las renovaciones arbitrarias.

RENOVACIÓN, CONCEPTO MÁGICO

Estos puntos programáticos que configuran el pensamiento del Papa actual sobre la situación de la Iglesia en el mundo, me parece que son perfectamente aplicables a la vida de la Iglesia en España. Una palabra clave, que lleva en sí misma efectos incontrolables si no se precisa bien, viene agitando nuestras conciencias unas veces como brisa suave y fecunda, otras como un huracán devastador.

Es la palabra "renovación". La hemos pronunciado los Obispos españoles infinidad de veces. La ha utilizado el Papa frecuentemente al referirse a España. Y está en boca de todos a cada paso, de todos: seculares, sacerdotes y religiosos. En nombre de esa renovación se han hecho los más generosos esfuerzos y también las más detestables experiencias. La falta de discernimiento ha producido daños inmensos que será muy difícil reparar. Todos amábamos la renovación, y lo digo en obsequio de los Obispos españoles, que en los años del Concilio e inmediatamente después han sido atacados sin piedad. El Episcopado Español fue uno de los primeros en presentar a aprobación de la Santa Sede los estatutos de su Conferencia y ha sido ésta la que más reuniones plenarios ha celebrado en Europa y la que ha promulgado mayor número de notas y

³ *Ibíd.*

documentos. En el Colegio Español de Roma, donde residíamos durante el Concilio, se trabajó denodadamente.

Recordaré siempre con emoción el respeto y el interés con que todos, incluidos los más ancianos, asistíamos a las conferencias que en el Colegio pronunciaron, aparte otros teólogos más conocidos, hombres como el padre Häring y el actual rector de la Universidad de Madrid, doctor Botella Llusía, sobre problemas de natalidad; o el padre Rahner, monseñor Ancel, Garrone, Roy, sobre cuestiones teológicas o pastorales; las cenas con los monjes de Taizé y con los miembros del Consejo Ecuménico de las Iglesias; las discusiones privadas sobre el tema de la libertad religiosa con el norteamericano padre Murray y otros de su equipo; los contactos frecuentísimos con grupos de Obispos de todos los continentes; las gestiones que algunos Obispos españoles hicimos en un momento de peligro para el Concilio con el Cardenal Frings, de Colonia, y el Cardenal Siri, de Génova, logrando que se equilibrasen ciertas comisiones y se evitara una ruptura seria y dolorosa. Amábamos la renovación y nos disponíamos a aplicarla en España con la prudencia gradual que el hecho requería. ¿Qué ha ocurrido después? Quisiera ser justo y exacto en mis apreciaciones. Porque son muchas las cosas que han acontecido.

La primera de todas, que seguimos amando la renovación de nuestra Iglesia en unión con todos los que seriamente la buscan: con los sacerdotes, los religiosos, los seculares. Y es éste un amor difícil y arriesgado que provocará inevitablemente tensiones y dolores. No sólo comprensión, sino compenetración cordial merecen los que desde campos diversos, fieles a las exigencias del Concilio, se esfuerzan por alcanzar en nuestro pueblo nuevas fronteras. Debemos continuar en este empeño, pero tenemos la obligación, rigurosa y sagrada obligación, de ser exactos y precisos en todo lo que atañe a la fe y a la moral en su objetiva expresión, tal como el Magisterio de la Iglesia la señala, y en sus repercusiones sobre la conciencia del pueblo.

La renovación en muchos grupos y personas ha sido un despliegue de las mayores aberraciones. Se ha entrado en ella sin respeto y sin conocimiento de los límites. Se ha utilizado la palabra como una bandera para aniquilar al presunto adversario con ironías y sarcasmos, con informaciones falsificadas y parciales, con desprecios e invectivas, con planes calculados y estrategias operativas de muy diversa índole.

Doble ha sido el resultado de este modo de proceder. Por un lado, el deterioro de la fe y de la moral cristianas; por otro, el endurecimiento y la desconfianza de otros grupos y personas que, por reacción, se han cerrado a todo intento renovador al observar tantos desastres. Para unos y para otros tienen actualidad las palabras siguientes del Papa:

"Hay muchas cosas que pueden ser corregidas o modificadas en la vida católica, muchas doctrinas en las que puede profundizarse, integradas y expuestas en términos más comprensibles; muchas normas que pueden ser simplificadas y mejor adaptadas a las necesidades de nuestro tiempo; pero dos cosas especialmente no pueden ser sometidas a discusión: las verdades de la fe, autorizadamente sancionadas por la tradición y por el magisterio eclesiástico, y las leyes constitucionales de la Iglesia, con la consiguiente obediencia al ministerio del gobierno pastoral que Cristo ha establecido y que la sabiduría de

la Iglesia ha desarrollado y extendido en los diversos miembros del cuerpo místico y visible de la Iglesia misma, para guía y robustecimiento de la multiforme trabazón del Pueblo de Dios. Por ello, renovación, sí; cambio arbitrario, no; la historia siempre viva y siempre nueva de la Iglesia, sí; historicismo disolvente del compromiso dogmático tradicional, no; integración teológica según las enseñanzas del Concilio, sí; teología conforme a libres teorías subjetivas, a menudo tomadas de fuentes adversarias, no; Iglesia abierta a la caridad ecuménica, al diálogo responsable y al reconocimiento de los valores cristianos entre los hermanos separados, sí; irenismo renunciando a los valores de la fe, o bien proclive a identificarse con ciertos principios negativos que han favorecido el distanciamiento de tantos hermanos cristianos del centro de la unidad de la comunidad católica, no; libertad religiosa para todos, en el ámbito de la sociedad civil, sí; como también libertad de adhesión personal a la religión según la elección meditada de la propia conciencia, sí; libertad de conciencia, como criterio de verdad religiosa no corroborada por la autenticidad de una enseñanza seria y autorizada, no"⁴.

"No se puede inventar un nuevo cristianismo para renovar el cristianismo; es necesario serle tenazmente fieles. Y esta estabilidad en el ser, unida a su continuidad en el movimiento y en desarrollo, esta coherencia existencial, propia de todo ser viviente, no puede calificarse de reaccionaria, oscurantista, arcaica, esclerótica, burguesa, clerical o con cualquier otro adjetivo despreciativo, como por desgracia la califica cierta literatura moderna llevada por la fobia a todo lo que es del pasado, o por la desconfianza contra todo lo que el Magisterio de la Iglesia propone como objeto de fe; la verdad está hecha así; permanece; la realidad divina, que está contenida en ella, no puede modelarse a placer, sino que se impone"⁵.

CAUSAS DEL DESORDEN

Las causas que en España están estorbando el discernimiento necesario son varias, y creo que pueden enumerarse las siguientes:

a) Desestimación y desconocimiento voluntario del Magisterio de la Iglesia. concretamente del pontificio, sustituido por la adhesión a grupos de teólogos o que a sí mismos se llaman tales, los cuales se han permitido todas las licencias. El *Credo del Pueblo de Dios*, de Pablo VI, el *Año de la Fe*, sus *documentos* sobre la *Eucaristía*, la *Santísima Virgen*, la *regulación de la natalidad*, el *celibato sacerdotal*, sus innumerables precisiones sobre el misterio de la Iglesia, las mismas declaraciones últimas de la Congregación de la Fe sobre errores cristológicos y trinitarios y sobre la confesión de los pecados, han encontrado demasiados silencios, cuando no críticas adversas.

b) Desconcierto dentro de la misma Jerarquía, que nos ha impedido ponernos de acuerdo, no en las declaraciones de principio, sino en la praxis de las tolerancias, de las prohibiciones y de las interpretaciones de lo mismo que hemos declarado, fenómeno éste atribuible en gran parte a la falta de leyes

⁴ PABLO VI, *Discurso a diversas peregrinaciones*, 25 de abril 1968: *Ecclesia*, número 1.389, 705.

⁵ PABLO VI, audiencia general, 12 de agosto de 1970: *Ecclesia*, núm. 1505, 1670.

posconciliares y al desuso en que ha caído el vigente Código de Derecho Canónico.

c) Complejo de inferioridad frente a las evoluciones y logros, reales o supuestos de otras iglesias europeas, tanto en el campo doctrinal como en el pastoral. De esto nos acusaron a los Obispos españoles durante el Concilio y ahora se está dando el mismo fenómeno a escala mucho más generalizada. Hay un mimetismo lamentable hacia todo lo que se dice y se hace en otros ambientes en la catequesis, en las enseñanzas teológicas, en la predicación de la Palabra de Dios, en el enjuiciamiento de la doctrina protestante, en los enfoques de la vida moral. Entre nosotros no aparecerán libros originales de gran fuerza desorientadora. Pero se traducen todos los que se editan fuera y se comentan después en una avalancha de artículos en revistas y periódicos, se examinan en círculos más reducidos como para demostrar que se está a la última, y se piensa que quienes no admiten tales enganches son hombres de mentalidad tridentina que no tienen nada que hacer. Las referencias que se dieron en la prensa no hace mucho cuando se dijo que en cierta reunión europea los españoles estaban ya en la punta de la lanza, con los holandeses, más avanzados que los franceses, los belgas y los alemanes, causan sonrojo.

d) Desplazamiento excesivo de la fe en la Encarnación y en las verdades reveladas, hacia las realidades del orden político-social, confundiendo en la práctica y a veces en los mismos principios la teología sobre Cristo y la Iglesia con el ideal de la liberación del hombre en la tierra. Y al revés, espiritualismo tan desencarnado en otros que, por reacción contra los profetismos indebidos, defienden una fe desmedulada y carente de poder de penetración en el mundo concreto en que viven los hombres de hoy.

e) Prisa alocada y vertiginosa en querer tratar de todo y resolverlo todo sin sosiego y sin paz, sin reflexión suficiente, con concesiones frecuentes a un democratismo que pugna con la naturaleza de la Iglesia como misterio de salvación y como sociedad visible. El Concilio Vaticano II y sus riquísimos documentos encierran tan densa carga doctrinal y pastoral que para explicar y salvar su coherencia práctica con la tradición exigirá muchos años de esfuerzos continuados y metódicos. Y aquí nos hemos lanzado en tromba a todos los campos a la vez. Los seminarios, la vida de las comunidades religiosas, la predicación, la liturgia y las devociones, la fe y la cultura moderna, la organización de las diócesis, la responsabilidad del seglar, las parroquias. Todo ha sido zarandeado sin piedad, utilizando ideas y conceptos sobre la base, la consulta, la libertad, el respeto a la persona, la acción en equipo, los métodos de la dinámica de grupos, los signos de los tiempos, la necesidad de seguir el Espíritu que llama, los pobres y los oprimidos, etc., en que, frente a una proporción apreciable de consideraciones válidas y provechosas, ha aparecido una ganga insoportable de petulancias y ligerezas, de resentimientos y orgullos desmedidos, de presiones organizadas, de eslóganes proclamados hoy y olvidados mañana.

¿Cómo con tanta inseguridad y ligereza, queriendo todos opinar de todo en tan poco tiempo, vamos a encararnos eficazmente con la cultura y la ciencia modernas, tan rigurosas y exigentes; con los sistemas políticos, tan planificados y fuertemente sustentados en las realidades económicas; con la mentalidad del hombre moderno en general, tan castigada y endurecida por el sufrimiento, el

placer materialista, el escepticismo respecto a toda metafísica? Así sucede que para congraciarnos con ese hombre y ese mundo sobrenada en medio de nuestras ligerezas el poco aprecio de lo trascendente y la acentuación de nuestras preocupaciones terrestres, creyendo que de ese modo vamos a lograr un Cristo más cercano a los hombres. Es muy peligroso obrar así, porque el resultado es que, más pronto o más tarde, nos dan de lado, persuadidos de que si nos presentamos a ellos con las manos vacías del misterio de Cristo, cuya posesión inconscientemente anhelan, no les hacemos falta, puesto que lo demás lo tienen ellos con más medios para conseguirlo y sin escrúpulos que les estorben. O tratan de manipularnos a su antojo o nos acusan de intentar un nuevo clericalismo de izquierdas, como lo están diciendo ya en las críticas que algunos marxistas han hecho del movimiento *Cristianos hacia el socialismo*, de Chile, y el célebre Garaudy en su controversia con el Cardenal Daniélou. El ex presidente boliviano Luis Adolfo Siles-Salinas, respecto a Chile. Neil P. Hurley, en *Time*; Antoine Casanova, miembro del Comité Central del P. C. Francés, respecto a la declaración de la Comisión Episcopal del Mundo Obrero de Francia, en *L'Humanité*; Claude Gult, en el semanario socialista *L'Unité*.

f) Por último, señalo como causa que ha influido también, indirectamente, en el descrédito de la fe y la moral, un dato singular en la vida de la Iglesia española: el del modo como se ha tratado el problema de las relaciones Iglesia-Estado. Este es un hecho de suma importancia, necesitado de revisión en el sentido en que lo pide el Concilio Vaticano II *en todos los documentos en que trata de ello* y de acuerdo con las reales condiciones en que viven la Iglesia y la sociedad españolas. Pero se ha planteado mal y no hemos sabido aislarle y contenerle dentro de su propio contexto. Reducido a sus justos términos, en la consideración teológica, jurídica y sociológica, que el tema merece, está más que justificado el intento de renovar el *status* actual. Pero al hablar del problema se han producido invasiones en otros terrenos: se ha herido el sentimiento religioso de muchos, se han atribuido injustamente a la situación existente fallos terribles en la fe de los españoles, se ha hecho proceso a las conductas e intenciones de muchos hombres públicos o privados de la Iglesia y del Estado de los años pasados o del momento actual, todo lo cual ha producido irritación, confusión o desconfianza en las conciencias, que han trasladado sus enojos, de una y otra parte, a esa otra zona más personal de sus propias convicciones y sus dudas, con escándalo, con hostilidad o con desprecio. No había razón ninguna para que esto se produjera, aun cuando exista perfecto derecho a tratar de lograr modificaciones importantes. Un tratamiento que ante todo era de índole histórica se ha convertido en polémica de índole religiosa y moral innecesariamente.

EL NUEVO LENGUAJE

No me refiero al de la ciencia teológica moderna del que nos han hablado estos días, sino al de las publicaciones religiosas de uso frecuente.

La falta de rigor y de precisión en las ideas se suple hoy en muchos escritos, y a veces en las cátedras y aun en lugares sagrados, con un lenguaje halagador para las personas y situaciones-límite, a la vez que desconsiderado y reticente para los que quieren firme claridad y precisión. Estos son juzgados como fósiles,

incapaces de comprender el "élan" vital del presente hacia el futuro, entre cuyo bosque crecen ya las nuevas espigas.

La solución –se dice– está más allá de nosotros, la verdad no la posee nadie, sino que se va haciendo amasada con el dolor y las esperanzas del hombre que pasa. La religión es el hombre vivo y sufriente que tiende hacia "el infinito del tiempo que corre", santificándose con el trabajo, el amor, la lucha política. No a la masa religiosa vegetativa e inerte. Sí a las minorías cualificadas que asumen un compromiso iluminado por las llamas de una mística que hierve dentro de la conciencia, libre de mitos e impuras alienaciones. Todo cambiará. Se logrará otro cristianismo, en que los hombres levanten en sus manos la hostia de la nueva creación, lograda por ellos a fuerza de autenticidad y de consentido despojo de todas las vestiduras artificiales con que hemos recubierto las estructuras de la Iglesia, los sacramentos, la santa Ley de Dios del amor.

Los valores de este mundo serán el nuevo altar y, al establecer las relaciones entre los mismos y el Cristo de la Encarnación y del Evangelio, huiremos de todo dogmatismo sofocante y buscaremos formulaciones provisionales como corresponde a las leyes de un proceso antropológico, que es el hecho en que descansa y el cauce por donde discurre la fe, puesto que ésta es la ayuda que presta al hombre un Dios benévolo y amante de la vida para que el hombre se realice. Simpatía, pues, hacia los hermanos separados que oportunamente dieron el grito de la libertad entonces mal entendida; cordial comprensión del marxismo, la religión de los tiempos modernos, por cuyas venas corre un cristianismo implícito que hemos de bautizar con paciencia y respeto; crítica implacable contra la autoridad y el orden legal existente, tachado de injusto y opresor; atención sagrada a las voces que surgen de la entraña del pueblo, en cuya grandiosa sinfonía se percibe la gran operación popular, sin cuyo concurso no se podrá construir la religión del futuro.

¿A qué seguir? Da pena tanta retórica, que podría ser bella si fuese un poco más sobria y se aplicase a la redacción de un manifiesto de humanismo poético. Pero es atrayente y permite hacerse la ilusión de que los hombres la escuchan. Paralelamente se invocan los errores católicos del pasado, la rigidez opresora de las conciencias, el rutinarismo de las prácticas religiosas, las torpezas escolásticas, las fuertes alianzas con los poderes de la tierra... y, en lugar de situarse con humildad, para tratar de corregir lo que de defectuoso ha habido entre nosotros, y con veracidad, para excluir los delirantes proyectos de la imaginación, se mutila el Evangelio, se rehúye hablar de premios y castigos de la justicia de Dios, se pone en duda la resurrección de Jesucristo y se juzga al Sumo Pontífice como un hombre impresionable y senil, cuando, impelido por la conciencia de sus graves deberes, nos avisa de que Satanás sigue actuando con sus designios tenebrosos y de que el humo satánico está cegando los ojos de muchos hijos de la Iglesia.

FE Y CREENCIA

Este lenguaje está de moda. No se trata de un nuevo estilo para expresar verdades teológicas, empeño que estaría justificado y que ha tenido siempre cultivadores insignes. El rico lirismo con que a veces hablan de Jesucristo

hombres como Grandmaison, Guardini, De Lubac, Congar e incluso Rahner, y sus vuelos majestuosos, desde las cumbres de su pensamiento teológico, sobre las áreas de la historia del hombre y las culturas, no les ha impedido mantener la sólida arquitectura de las creencias y los dogmas. Pero es que ahora, éstos a los que me refiero lo que hacen es hablar por hablar. Más que nuevo estilo para la exposición de la verdad poseída, es una nueva fe invertebrada y fluida la que se trata de exponer, sin que falten, naturalmente, grupos más reducidos y cultos que cogen entre sus dedos la anatomía concreta y ponderable de las verdades dogmáticas para operar sobre ellas con toda la dureza de las críticas adversas. La Virgen María y el reconocimiento de sus privilegios, el culto y la devoción del pueblo, la presencia del Señor en la Eucaristía, los Santos como intercesores nuestros ante Dios, la existencia del purgatorio y el infierno, la infalibilidad del Papa, el ser mismo de Jesucristo en la realidad de su unión hipostática, la conciencia, la ley moral, el concepto de pecado y de virtud, las vigorosas prescripciones ascéticas de las cartas de San Pedro y de San Pablo, la oración, las pasiones y los vicios, todo se somete a aceradas interpretaciones, ya no sólo sustituyéndolo con el nuevo lenguaje, sino erosionándolo con los golpes incesantes de afirmaciones demoledoras, no escasas de cierta erudición.

¿Cómo es posible que la fe del pueblo pueda resistir mucho tiempo estos embates, sostenidos y alimentados en nombre de una conquista moderna, más aún, de la teología llamada posconciliar, más aún, de la fe misma a la que, según dicen, daña la religión y la creencia?

La enseñanza del Concilio, por el contrario, es muy diversa: "Cuando Dios revela, el hombre tiene que *someterse con la fe* (cf. Rm 16, 26, comp. con Rm 1, 15; 2Cor 10, 5-6). Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece 'el homenaje total de su entendimiento y voluntad', asintiendo libremente a lo que Dios le revela. Para dar esta respuesta de fe es necesaria la gracia que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del Espíritu y concede 'a todos, gusto en aceptar y creer la verdad'. Para que el hombre pueda comprender cada vez más profundamente la revelación, el Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe con sus dones" (DV 5).

De este texto se desprende que la fe puede considerarse como revelación de Dios y como respuesta del hombre al mensaje divino. Dos aspectos complementarios de una misma realidad.

1. *De parte de Dios*, la fe es una manifestación amorosa de su plan divino de salvación. Por iniciativa suya el hombre va a tener posibilidad de ponerse en contacto con un Dios personal y amigo, Redentor suyo. Se funda, por tanto, un orden nuevo en el que podemos movernos como hijos de Dios.

2. La fe, *de parte del hombre*, no es sino una respuesta personal no sólo a la invitación que ha precedido, sino también al impulso suave con que Dios nos coloca dentro de una vida de comunión con él. Por la fe el hombre empieza a estar salvado. Ahora bien, la actitud en que se coloca creyendo exige una entrega total y libre hasta prestar el obsequio de su entendimiento y voluntad a la revelación comunicada y al Dios Revelador.

3. El acto de fe como tal, y la vida de *fe*, es un regalo de Dios Uno y Trino. El Padre tiene la iniciativa de revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad. El Hijo es la Palabra eterna que alumbra a todo hombre para que habite entre los hombres y les cuente la intimidad de Dios (DV 4). Con el envío del Espíritu de la verdad lleva a plenitud toda la redención y la confirma con testimonio divino.

Dios mismo ha de seguir llevándonos de la mano para que la fe se desarrolle y sus manifestaciones sean saludables. "La fe es el principio de nuestras auténticas relaciones con Dios; es el criterio lógico y la energía espiritual que deben regular las orientaciones prácticas y espirituales de nuestra vida —*el justo vive de la fe*—. La fe es nuestra fortuna, que nos califica de cristianos y nos asigna nuestro puesto de creyentes entre la humanidad que no disfruta de esta ciencia de Dios y del hombre"⁶.

4. Por la fe el hombre comienza a pertenecer a una comunidad de salvación que es *la Iglesia*. Más aún, la Iglesia no es solamente el término de nuestra fe, sino también la fuente de donde la recibimos. "La fe la hemos recibido de Nuestra Madre la Iglesia. Formémonos, ante todo, una idea clara de la conexión entre la fe en Cristo y la Iglesia. Sólo por la confesión en Cristo vino a ser ella la madre de la fe y la comunidad de creyentes. El principio de nuestra fe está en el "creo" en Jesucristo. De la Iglesia, y no de la crítica filosófica y filológica, hemos recibido la fe en Jesucristo. Como comunidad de fe, la Iglesia es en sí misma, en su misma esencia, la predicación de Cristo que tiene conciencia de sí mismo, del mensaje del Cristo que a sí mismo se afirma. De la tradición, de su palabra y de la obra divina que a sí misma se comprende. La Iglesia sabe de sí y por sí, por su unión viva con Jesucristo, por su esencial plenitud de Cristo, que Jesús es más que Salomón, más que cualquiera de los profetas, que Jesús es el Señor. Y esto lo sabe la Iglesia por sí misma, por su conciencia viva y de un modo siempre nuevo y que se atestigua a través de los siglos"⁷.

Pablo VI, en su catequesis conciliar, resume estos puntos de la forma siguiente: "La fe; ahora se habla mucho de la fe, desde luego, porque este término sirve para expresar cien cosas diversas. Pero no todos tienen un concepto exacto del significado de esta palabra, que ocupa el centro de nuestra religión. Quien la emplea según su significado genuino, advierte que la palabra fe puede referirse a la virtud subjetiva y sobrenatural, mediante la cual prestamos asentimiento a las cosas reveladas. Y también puede referirse, como término objetivo de ese asentimiento, a la palabra de Dios revelada, a los dogmas que la definen. Por tanto, es evidente que la fe es el camino por el cual la verdad divina entra en el alma. Es la condición, más aún, el principio de la justificación; es decir, de la vida nueva, de la vida sobrenatural que Dios confiere a quien cree, a quien se fía a Él. *Sin la fe*, se escribe en la Carta a los Hebreos, *es imposible ser grato a Dios* (11, 6); mientras que *el que crea y sea bautizado se salvará* (Mc 16, 16). La fe es la base indispensable de nuestra salvación y el fundamento de la unidad de la Iglesia; es el elemento principal de su cohesión interior, de la univocidad de su pensamiento y de su doctrina: *La fe es una*, dice San Pablo (Ef 4, 5). Nunca daremos la suficiente importancia a la fe, nunca estudiaremos suficientemente la inmensa, delicada, difícil y magnífica doctrina sobre la fe, ni su esencial

⁶ Pablo VI, Homilía, 21 de junio de 1967: *Ecclesia*, núm. 1.349.

⁷ K. ADAM, *El Cristo de nuestra fe*, Barcelona 1958, 116ss.

relación con la Iglesia, que es, como dice el Concilio, una "comunidad de fe" (cf. LG 8)⁸.

Comentando estos problemas, el P. De Lubac, en la nueva edición de su libro *La fe cristiana*, escribe en el capítulo titulado "Fe, creencia, religión": «Aunque por todos los caracteres que acabamos de recordar, la fe se distingue de la simple creencia, sin embargo, no por eso la excluye, antes al contrario, la lleva en sí misma, no puede prescindir de ella. Distinguir dos términos que se hallan a la vista, contrastarlos incluso para discernir mejor sus rasgos respectivos, no es excluir o condenar a uno de ambos. Es esencial al cristianismo la unión íntima –en un mismo acto– de lo que designamos por creencia y lo que designamos por fe, es una unión indisoluble. Desde las epístolas de San Pablo, es decir, desde el primer testimonio que nos queda del cristianismo primitivo, "la noción de depósito de la fe se halla plenamente en acto", es decir, se impone a todo fiel un conjunto preciso de creencias. Existe –dice San Pablo a los Romanos– *una regla de doctrina*, a la cual todos deben *obedecer de todo corazón* (6, 17). En lo que sigue, vemos afirmar por doquier como esencialmente ligada a la idea de la fe, sin perjuicio alguno sobre el carácter que le es propio, una cierta nota objetiva y autoritaria: se trata, efectivamente, de un mandamiento de Dios, de una enseñanza del Señor, de una doctrina aceptada en base al testimonio de los primeros apóstoles y fielmente transmitida; de aquí las palabras como "Diage", "Didascalía", "Parádosis", "kanon pisteos", etc. Ya conocemos las recomendaciones de las epístolas a Timoteo y a Tito. "Es preciso –dice San Juan– rechazar los falsos doctores y mantenerse en la doctrina de Cristo" (2Jn 7, 11). Y San Ireneo multiplicará las afirmaciones sobre la "verdadera y firme predicación de la Iglesia", fundamentada sobre "la sólida tradición de los Apóstoles", que anuncian "la verdadera y firme palabra de Dios", que cada fiel recibe con "fe verdadera y firme": *Omnia firma et vera*, etc. Por tanto, así como la distinción entre ambos conceptos, "simple creencia" y "fe", es iluminadora y necesaria, así también la disociación entre los dos sería arbitraria y mortal. La fe hace que las creencias incluidas en ella participen de sus propias características. Y, en cambio, una pretendida exaltación de la fe por la eliminación de las creencias es, en realidad, su ruina. Pasar "de las creencias a la fe" podría ser un hermoso programa, si por ello entendemos que no basta tener creencias. adherirse a "verdades" para ser cristianos, sino que, además, hay que vivificar las propias creencias y unificarlas en un acto que comprometa todo el ser. Pero si con ello quisiéramos dar a entender que hay que abandonar las primeras para encontrar la segunda, reemplazarlas por una fe que ya no tuviera objeto, eso sería una añagaza»⁹.

"Para no quedarse en formal y vacía, para existir, le es preciso nutrirse con esta creencia. La supone, la integra y la engloba, haciéndola participar de su carácter personal. *La obediencia de la fe*, como dice San Pablo. no puede ser sin una adhesión intelectual a una serie de creencias; o para hablar mas objetivamente, a una serie de acciones reveladas, cuyo conocimiento es recibido mediante la predicación apostólica: aquellas mismas menciones que en el Credo acompañan a la mención de cada una de las tres Personas. En efecto, nuestra fe es adhesión a aquella Palabra de Dios, que para expresársenos y dársenos a entender, para

⁸ PABLO VI, audiencia general, 3 de noviembre de 1966: *Ecclesia*, núm. 1.320.

⁹ H. DE LUBAC, *La fe cristiana*, Madrid 1970, 149.

llegar hasta nosotros en nuestra condición terrena, en ese ámbito de lo múltiple donde todo nuestro ser se halla presentemente sumergido, se fragmenta objetivándose. Y tan sólo así llegamos hasta ella en su unicidad. Abandonando entonces toda restricción, toda reserva, la fe renuncia radicalmente a circunscribir el ámbito de su adhesión"¹⁰. La Escritura desconoce ese ente de razón que sería una fe sin creencias.

"Fe y creencia, fe y religión: estas dos parejas de nociones se hallan estrechamente vinculadas. El que disocia uno de estos dos pares está disociando –por este mismo hecho– al otro par. Así como la religión no vive sin creencias, tampoco las creencias subsisten sin religión; y creencias y religión son igualmente indispensables para la vida de la fe".

"La fe, pues, así como no excluye a la simple creencia, no se opone tampoco a la religión, en el sentido de que tendiese a destruirla. Y no sólo eso, sino que, además, la integra. La purifica, la da todo su verdadero sentido, imprimiéndole su orientación auténtica. Para oponerse a la religión en nombre de la fe con alguna apariencia de razón hay que comenzar por dar de la religión una definición estrecha y peyorativa: definición tendenciosa, arbitraria, dictada quizá por cierta antropología reductora. Entonces se hace de ella un sinónimo de superstición, de paganismo, de mitología, de idolatría, de adoración al mundo, etc. Esta manera de hablar, que tropieza con el constante uso de la tradición cristiana, tampoco está justificada por la explicación etimológica mas corriente. La religión establece un vinculo entre el hombre y la divinidad. Y este vinculo no hay que concebirlo necesariamente como un vinculo que está (falsamente) asentado en la iniciativa del hombre y que es resultado ilusorio de su ambición. Ni hay que concebirlo tampoco como algo que por su naturaleza es incompatible con la fe. La religión establece también un vinculo entre los creyentes; ahora bien, esto es verdad eminentemente en el caso del cristianismo, el cual congrega a sus fieles en Iglesia, la cual los une místicamente en el Cuerpo de Cristo y desea reunir a todos los hombres en una unidad "católica". La "religión cristiana", que aparece empíricamente como una religión entre otras, es para el cristiano la religión por excelencia, la perfección de la religión. En esta manera tradicional de expresarse no hay ningún repliegue egocéntrico y tampoco ninguna concesión al orgullo humano, a la superstición o a la idolatría. Es más bien la aplicación de un principio universal de la teología católica, principio especialmente caro para Santo Tomás, según el cual "la gracia no sustituye a la naturaleza, no la amputa, no convierte su perfeccionamiento en cosa inútil, sino que lo exige y lo procura..."¹¹.

"Sin pretender terminar siempre en una negación tan radical, tratando incluso de guardarse de ella, pero preocupado por una trascendencia más absoluta, cierto purismo de la fe (que a primera vista puede parecer fruto de una elevada exigencia espiritual) toma el camino que conduce a tal negación. Deja gustosamente deshonorar, tildándolo de 'dogmatismo' o de 'fidelismo', todo lo que sea fiel apego del cristiano a la verdad dogmática. Y cediendo ante 'el vértigo de disociación que invade y causa estragos en el pensamiento contemporáneo', opone artificialmente 'la realización de la libertad del hombre' a 'la fidelidad a una doctrina' o 'el compromiso de la vida' a 'la adhesión de la inteligencia a un

¹⁰ *Ibid.*, 152.

¹¹ *Ibid.*, 155ss.

contenido impuesto'. Este purismo que rehúsa todo 'poseer' y toda 'secularidad', que vacía la fe de todo elemento 'religioso', al que se considera como demasiado humano, demasiado interesado, demasiado pesado e impuro, no es —en el mejor de los casos— sino una ficción de intelectual. Una fe que vaya llegando poco a poco a no tener ni signo exterior, ni culto, ni festividad, ni institución social, ni referencia a la historia, ni a la cultura, ni creencia formulada objetivamente, ni sentimiento; una fe sin ningún sostén ni medio de expresión es una fe que no corresponde ya a la fe del cristiano medio, ni del hombre de la Iglesia, ni del santo. Ningún fiel de Jesucristo ha realizado jamás desde hace veinte siglos semejante visión de la mente. Ninguno ha tendido siquiera a su realización. Esta perspectiva, muy alejada de la Escritura y de la tradición vivida, tanto sin humildad como sin realismo, supone un doble desconocimiento: desconocimiento de la naturaleza humana y del carácter universal y social del cristianismo, el cual 'debe ser predicado a toda criatura'. La fe 'desacralizada', 'desmitificada' y 'secularizada', gracias a una orgía de críticas e ironías fáciles, dobladas con otros tantos paralogismos, se ve privada no sólo de todo apoyo, sino también de los elementos de que se nutre, y muere de asfixia. Dios mismo desaparece de su horizonte. Jesucristo, si todavía se sigue pensando en Él, no es más que un lejano iniciador; uno se fabrica de Él una imagen, cuya única medida es el propio gusto. No queda ya más que una ideología sin consistencia, a la que se llama 'ideología hacia el futuro', o de cualquier otra manera que se la quiera llamar. La sinceridad exige que se reconozca entonces que se está hablando de algo que no es ya la fe cristiana"¹².

EL PUEBLO INDEFENSO

La más dolorosa consecuencia de estas disociaciones y de este lenguaje de las arrogancias sin sentido es el debilitamiento y la destrucción de la fe del pueblo. Se desprecia la llamada fe sociológica sin detenerse a discernir lo mucho que hay de asimilación consciente y viva de las verdades y las exigencias existenciales de la fe en las grandes comunidades populares, no obstante las apariencias de expresión poco afortunadas para el gusto de un espíritu selecto. Ese pueblo tiene derecho a un mayor respeto, a una educación continuada y metódica de sus creencias, sin traumas que rompan la humilde coherencia de sus aspiraciones y sus esperanzas, no más defectuosa que la de las minorías escogidas, que sólo podrían hablar de armonía entre la fe y la vida cuando entre ellas hubiera menos orgullo farisaico que lo que puede haber de rutina o de superstición en el pueblo que cree. No puedo detenerme en este punto, al que pienso volver pronto en una instrucción pastoral para mi diócesis; pero me veo obligado a confesar como Obispo de la Iglesia y, por consiguiente, del pueblo, que es aquí donde más justificado está el enojo contra los radicalismos arbitrarios que dejan indefenso a un pueblo sencillo, cuyo único gozo, puro y elevado, frente a tantas carencias, es el de la religión cristiana católica tanto tiempo poseída. No nos mueven las nostalgias añorantes del pasado, ni la complacencia en el colorismo folklórico y sentimental de las tradiciones locales. Todo lo que haya que corregir debe corregirse. Pero sin atropellos, sin desprecios, sin querer desconocer las misteriosas vías por donde llegan a los

¹² *Ibid.*, 167ss.

humildes de corazón los dones del Espíritu Santo. Decía el Papa el 18 de marzo de 1971: "Una secularización radical de la sociedad, al hacer la fe menos sociológica, ¿hay esperanza de que la haga más pura, más consciente, más responsable? Estamos absolutamente convencidos de que no. Ante todo, es un hecho histórico que semejante secularización se ha desarrollado en oposición con el cristianismo. Pero es preciso añadir, además: la secularización en sí misma, junto a la distinción legítima y necesaria entre las realidades terrestres y el reino de Dios, acentúa de hecho con todo su peso el sentido del inmanentismo y del antropocentrismo, al que no puede reducirse la fe cristiana. En la práctica, una secularización radical, despojando a la ciudad humana de la referencia a Dios y a los signos de su presencia, vaciando los proyectos humanos de toda búsqueda de Dios, suprimiendo las instituciones propiamente religiosas, crea un clima de ausencia de Dios. Si eso puede ser una suerte para la maduración religiosa de alguna 'élite', es ante todo, de hecho, un terreno fértil para el ateísmo en todos aquellos –y serán siempre la mayoría– que tienen una fe débil, que sobrevive mal sin apoyos exteriores. Para admirarse de esto habría que desdeñar la naturaleza del hombre y su necesaria expresión social"¹³.

LA VIDA MORAL

Entro en la última parte de mi exposición, temeroso de haberos privado ya de los recursos que podía tener vuestra paciencia para seguir escuchando. Me refiero ahora a ese conjunto de acciones, públicas o privadas, responsables y libres, que expresan y manifiestan la moral de un pueblo. La manifiestan, pero no la constituyen. Por delante de ellas, informándolas en un sentido o en otro, haciéndolas nacer, está la fe, puesto que se trata de una moral cristiana. Y está la conciencia, como norma subjetiva de moralidad, y la ley como expresión de la voluntad de Dios, y el doble orden objetivo de la naturaleza humana en el uso de las cosas y el sobrenatural de la gracia y la caridad.

"Si a lo largo de las últimas décadas se podía plantear el tema de la revisión de la teología moral, hoy parece más adecuado hablar de renovación o refloreCIMIENTO; hasta tal punto la moral participa actualmente en el intenso esfuerzo de investigación teológica". No hago más que recoger estas palabras del prólogo o presentación de un libro extraordinario, *Teología Moral del Nuevo Testamento*, de Ceslas Spick, editado por la Universidad de Navarra, para referirme al hecho de que también en España los estudios de teología moral se orientan cada vez más por esta dirección.

Fe, docilidad a Cristo y a cuanto Cristo nos enseña como enviado del Padre, esfuerzo y lucha por vivir de su vida en el amor, muertos al pecado tal como éste aparece descrito en la Revelación, liberados del influjo del demonio, al que hay que oponer continua resistencia amparados en la gracia, alimentados con la esperanza que no se extingue, hijos del Padre, amadores de Dios y de nuestros hermanos los hombres, anhelosos de justicia, de paz, de fraternidad humana, también ahora, también aquí, en la tierra, que es el lugar para el que se nos ha

¹³ PABLO VI, discurso al Pleno del Secretariado para los no creyentes, 18 marzo 1971.

enseñado a rezar el Padre Nuestro. Todo cabe aquí. La moral de la persona, de la familia, del progreso, del amor humano, del Estado, del orden político y social.

Este retorno a las fuentes, con particular atención al constitutivo nuclear de la moral centrada "en la vocación de los fieles en Cristo y la obligación que tienen de producir su fruto por la vida del mundo en la caridad", como indica el Decreto Conciliar sobre la formación sacerdotal al hablar del tema; esta apelación a la vocación universal y cristiana a la santidad por encima de la simple actitud de huida del pecado; esta legítima preocupación por los problemas sociales, de los que no puede desentenderse el hombre que aspira a la salvación; esta conciencia de que vivimos en la ley de la gracia, que es la que nos guía y nos hace comprender la llamada de Cristo, las bienaventuranzas, la necesidad de cristiana conversión, la fidelidad perseverante a Nuestro Señor Jesús, significan un enriquecimiento de las perspectivas que harán el mensaje cristiano infinitamente más hermoso. A cuantos se esfuerzan hoy en España desde las cátedras de teología o desde otros lugares donde enseñan o escriben por conseguir este cambio, debemos alentarles y agradecerles su empeño.

Pero ello mismo está indicando la necesidad de mantener inmovibles los grandes principios de la fe. A una moral de los hijos de Dios, libres con la santa libertad de la gracia, corresponde una fe limpia, encendida de claridades divinas, que coloque al hombre en el punto exacto de su relación con Dios Padre y con el Espíritu Santo por medio del Hijo en el seno de la Iglesia Madre. Una fe casi mística, como la de San Juan de la Cruz, es la que hace libre a un cristiano.

Esta moral escatológica, que no se limita a considerar el fin último como premio, sino que sin excluir esto conserva todo el dinamismo de la vida actual como etapa hacia la plenitud del Reino, integrando los signos de los tiempos en el juego de la providencia de Dios; esta moral de la esperanza, individualizada y personal, y vibrante en su dimensión comunitaria, puesto que ha de ser todo el Pueblo de Dios el que espera la tierra prometida, caminando como luz del mundo y sal de la tierra; esta moral cristocéntrica, cuyo programa nos marca una doble dirección: glorificar al Padre al hacer su voluntad y ayudar a los hombres en el plano horizontal de una caridad eficaz y comprometida; esta moral del Reino de Dios, que se concreta en Cristo Encarnado, muerto y resucitado, vuelto al Padre, donde nos espera, que nos pide que actuemos su presencia no sólo en nuestro interior, sino en las relaciones intersociales de la humanidad para que su Reino se extienda; esta moral sacramentaria, que incorpora lo místico al hecho normal humano y cristiano, que florece en la liturgia y corre como una brisa santificadora y alegre, exige, repito, so pena de reducirse a una fragancia de mero humanismo cristiano cada vez más tenue y evaporado, una doctrina y una vida de fe robusta y clara.

Y he aquí la paradoja. Cuanto más hermoso queremos presentar el programa moral, más confuso aparece el mensaje de la fe. ¿No está pidiendo esto un esfuerzo serio de los teólogos y los pastoralistas para no defraudar al hombre de nuestro tiempo al invitarle a contemplar un paisaje tan bello, privándole a la vez de la luz necesaria para verlo?

Los grandes principios morales sobre la familia y el amor, la sexualidad y la economía, la conciencia y la libertad, la guerra y la paz, la autoridad y los súbditos, el pecado y la virtud, están pidiendo a gritos ser más predicados y

urgidos, con decisión cristiana, desde la perspectiva de la fe teologal. De lo contrario, caeremos en una nueva casuística, no de casos aislados, que, por supuesto, requerirán siempre un examen específico, sino de áreas de comportamiento o de zonas de actividad humana, inconexas entre sí, porque faltará la visión global del hombre cristiano.

A mi modesto juicio, esto está fallando hoy en España en nuestra predicación y catequesis moral. Se ha acentuado, en concreto, la insistencia en nuestros deberes sociales hacia la comunidad y en la obligación de no considerar ajeno a nuestro ordenamiento interior el impulso que debe llevarnos hacia el perfeccionamiento de las estructuras sociales, culturales, políticas, económicas, en que el hombre se desarrolla y vive. Esto es un logro que debemos apreciar en todo lo que vale. Es una manera práctica de servir a eso que llamamos, con palabras abstractas, el bien común. ¿Pero basta eso para ser cristiano? ¿Cómo lograremos ese tipo de hombre testigo de Dios si no se le facilita la oración, que es también una obligación moral; el arrepentimiento y la penitencia; la liberación de los egoísmos de la carne y del dinero; la convicción de que igual se puede ser esclavo de cien pesetas que de cien millones; la fidelidad a una práctica religiosa libre, pero constante y regulada para que no se disuelva su espíritu en el simple deseo ineficaz y estéril?

Los que fomentan hoy, en nombre del Evangelio de la libertad, la autonomía sin límites de la conciencia, la regulación subjetiva de los deberes religiosos sin servidumbre a las leyes eclesiásticas, la crítica rebelde contra la autoridad, la apelación a la opción fundamental sin preocuparse demasiado de la matemática de los actos concretos y personales, están destruyendo el bello paisaje de la moral cristiana no sólo en el ámbito individual de cada conciencia aislada, sino en aquello que más enardecidamente amaban y querían defender: el de la comunidad social vivificada por un amor nuevo. Al introducirse el egoísmo, la liberación común de signo cristiano se desvanece y muere. A no ser que se quiera entender como único fruto del Evangelio amado, la nivelación económica conseguida a cualquier precio.

El problema de la pobreza moral en la vida española de hoy, con su peso específico, cada vez más fuerte, está ahí. Y no podemos ocultarlo ni desconocerlo. Hace dos años en la XII Asamblea Plenaria del Episcopado Español fue examinado atentamente. El P. Todolí, catedrático de Ética y Sociología de la Universidad de Madrid, nos ofreció un estudio documentado y serio sobre el pecado y sus estímulos sociales (drogas, erotismo, fraudes, afán desmedido de lucro, espectáculos, publicidad de consumo), en que se demuestra la alarmante situación en que nos encontramos. Lejos de corregirse, hoy, a dos años de distancia, debemos decir que ha empeorado.

LA ACUSACIÓN DE LOS JÓVENES

Una de las más incitantes y generalizadas actitudes por parte de las generaciones jóvenes de hoy es la acusación que se hace a los mayores de insinceridad, hipocresía, egoísmo, incapacidad para resolver los problemas del mundo. Estos grupos, cada vez más numerosos, contemplan a sus padres con indiferencia, con desprecio, con una frialdad cruel. Digo que la acusación es

incitante y contagiosa, porque va envuelta en una apariencia de noble y hermosa inquietud social, y les permite constituirse de golpe en jueces nada menos que de sus padres y de la sociedad adulta. Esto es muy grato a la psicología juvenil. Al obrar así compensan sus lógicas impotencias propias de la edad y sus todavía insatisfechas aspiraciones con una falseada conciencia de superioridad acusatoria y agresiva. Y surge el desdén hacia todo lo que los mayores representan y hacia las formas de vida que los acompañaron o guiaron: la religión, la patria, el orden político y social, la familia, el concepto de libertad y de progreso, todo fue superstición y ganga inútil, retórica patrioter, encubrimiento de injusticias, conculcación de los derechos del hombre libre. Todo fue falso, empobrecedor y decadente.

Y en esta actitud hostil y desdeñosa aparecen siempre, junto a los acusadores jóvenes, otros que ya no lo son tanto, y que por los motivos que sea no están dispuestos a perder el tren. Desde la cátedra y el libro, desde las revistas y periódicos, desde las pantallas de cine y del teatro, y también desde dentro de la Iglesia, se revuelven iracundos o mansamente doctorales contra todo lo pasado, y de sus labios y sus plumas brotan a raudales los halagos a la generación que viene, las apelaciones a los cambios irreversibles de la historia, los cantos oscuramente líricos a los valores de la autenticidad, las manifestaciones generalizadas de una radicalmente falsa esperanza en el futuro que nos va a traer, colgados de su mano prometedora, los nuevos cielos y la nueva tierra. La futurología y la vaguedad sustituyen así a la antigua retórica; falta el rigor y el discernimiento; todo queda confiado a la dinámica del cambio y de la transformación que lleva en sus entrañas fuerza creadora. Una vez más los debeladores de lo que ellos estimaban inadmisibles mitos se reducen estérilmente a configurar un mito nuevo: el de un profético mesianismo sin profetas y sin mesías.

Lo peor es que los mayores estamos cayendo en la trampa. Una mezcla de remordimiento por nuestras faltas reales y objetivas, de explicable resistencia a las luchas y polémicas, de respeto humilde a lo que puede haber de positivo en esas críticas que nos hacen, fomenta en nosotros un silencio que con frecuencia es desaliento y cobardía. Y algunos van más lejos porque se pasan con armas y bagajes al campo de donde vienen los ataques para lanzar también sus propios dardos.

Esta táctica, a mi juicio, es suicida desde el punto de vista moral. Porque es injusta, cobardemente complaciente, y sustentada sobre estimaciones que no responden a la verdad. Lo de siempre, falta de discernimiento. Razonaré brevemente esta afirmación que hago.

Considero que la crítica que las generaciones jóvenes hacen a los mayores es provechosa en cuanto que obliga a reflexionar y a buscar un mayor perfeccionamiento en todo. Más aún, de esos jóvenes tienen que venir, y es deseable que vengan, cambios fecundos para el conjunto del orden social. Y se comprende también que nos juzguen con irritación al personalizar en las generaciones adultas los trágicos fallos de nuestra convivencia humana y social. Saben que ha habido demasiadas guerras, demasiado odio, demasiada desigualdad social y económica. Haremos bien en examinar nuestra conciencia y reconocer nuestras responsabilidades.

Pero los nuevos profetas no nos traen una nueva moral. La suya consiste en protestar, destruir y negar. Son injustos, porque no es lícito lanzar acusaciones contra la sociedad anterior en bloque por el hecho de que se hayan dado guerras e injusticias: hubo también miles de hombres buenos y honestos que obraron el bien y que protestaron y se quejaron, antes que ellos, de los males existentes, pero persuadidos de que la auténtica corrección de los mismos se realiza en el interior del corazón de cada uno, de donde ha de brotar la sinceridad para la reforma de instituciones y estructuras, también necesaria.

Por su desprecio a la ley, al principio de autoridad, a la parte buena que indudablemente hay en el orden existente, incurren en un ingenuismo romántico que a nada conduce, o se dejan engañar torpemente por abominables tiranías, ellos, que tanto alardean de amor a la libertad. Se hacen pacifistas, pero no sembradores de paz; rechazan las injustas desigualdades económicas, y quizá ellos no trabajan; se niegan a admitir una religión con dogmas y preceptos, y se excitan, en cambio, ante canciones religiosas sentimentaloides o ante óperas y operetas, como "Jesucristo, super-star", explotadas comercialmente por los insaciables de siempre. Para ellos la moral cristiana es una antigualla inservible, pero ni siquiera se quedan con la moral kantiana del imperativo categórico que admitía el valor permanente de unos principios sustantivos que nacen de la persona humana.

Estos grupos y tendencias son, además, egoístas, profundamente egoístas. Lo revelan en un determinado campo de su existencia, en que los frenos ya no existen: el del libertinaje sexual. Hablan del egoísmo hipócrita de los mayores, con sus orgías, sus adulterios y sus fornicaciones. Ahora es mucho peor; es el amor libre animalizado; la promiscuidad; el intercambio; el aborto, con sus redes organizadas; la droga, cuyo consumo aumenta sin cesar, según las comentadas manifestaciones que hizo este año el Fiscal del Tribunal Supremo. Su egoísmo es tan fuerte e insaciable que para evitar sentirse reos empiezan por eliminar los conceptos de culpa, de pecado o de desorden moral. Todo es lícito, todo es camino de libertad para la realización de la persona humana. Gastar dinero, poseer o robar coches, consumir alcohol, drogarse, satisfacer instintos. Y éstos son los que se presentan altaneros y despectivos como reformadores del orden social. A ellos es aplicable el agudo análisis que de estas actitudes realizó hace años la novelista Carmen Laforet en *La mujer nueva*, cuando la protagonista, amiga de la libertad y de lo auténtico, vehemente impugnadora de todas las beaterías y actitudes hipócritas de las gentes de Iglesia, va cayendo en la cuenta, poco a poco, de que ella, desde su elegante y frío escepticismo, es más egoísta que nadie, porque no busca más que su propio placer y su satisfacción personal. *Con qué cara –lee un día en el Evangelio– te pones a mirar la paja en el ojo ajeno y no ves la viga en el tuyo ... Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y entonces verás cómo has de sacar la mota del ojo de tu hermano (Mt 7, 3-5).*

Esta mujer joven, en la novela, encontró por fin la luz y supo vivir después sus obligaciones enriquecida por el misterio de Cristo. Pero los jóvenes de que hablo, mucho más numerosos de lo que creemos, desprovistos de toda defensa moral y religiosa, terminan por caer en un nihilismo absurdo que lleva incluso al suicidio cada vez más frecuente. No se puede esperar de ellos familias estables y sólidas. Contribuirán con su amargura y su desorden a la desintegración de la

sociedad. No se puede decir que sean una esperanza del futuro simplemente porque sean más sensibles a los problemas sociales que los de antaño.

Esta sensibilidad, cuando no se sustenta sobre los sólidos principios de la ética y el derecho natural, no sirve, y lo único que logra es favorecer, a la larga, la destrucción de la propia sociedad del bienestar en que viven, con tanto esfuerzo levantada.

La Iglesia española debería hacer un esfuerzo inmenso no contra esta juventud, sino contra estos criterios devastadores que la aniquilan. De la moral individualista, o, a lo sumo, familiar, insistentemente urgida en otro tiempo, hemos pasado a una predicación y catequesis de sensibilidad social, evidentemente necesaria, pero sólo parcialmente evangélica, si nos olvidamos de los grandes principios que regulan las relaciones de la conciencia de cada uno con Dios y con su Hijo divino, Nuestro Señor Jesucristo.

Porque queda otra juventud, todavía gracias a Dios, mucho más numerosa que la anterior. Está compuesta por una muchedumbre innumerable de muchachos y muchachas sanos, trabajadores, alegres, cristianos. Son estudiantes u obreros, del campo y de la industria, oficinistas y empleados. También son inconformistas y rebeldes. Pero este inconformismo, salvado lo que tiene de idealista y utópico, de cuya eliminación se encarga la vida misma, es positivo y estimulante. A esta juventud es a la que hay que admitir y escuchar, solicitando su ayuda y colaboración. Yendo a ella con toda la trascendencia del mensaje cristiano, no reducido al horizonte de la solidaridad social humana, predicando y urgiendo todos y cada uno de los mandamientos de la ley de Dios, sin falsos conceptos de la libertad y la persona humana. Porque si no lo hacemos así esta juventud será también inexorablemente devorada por la terrible presión del ambiente y el materialismo se adueñará de sus almas. He podido comprobarlo en una ciudad como Barcelona, adonde confluyen miles y miles de jóvenes de toda España.

Concretamente en lo que se refiere al libertinaje sexual, causa pena e indignación ver la mansedumbre con que aceptamos las repetidas acusaciones de que, en España, en la educación moral que la Iglesia ofreció a sus hijos, sólo se preocupó del sexto mandamiento. Este reproche es injusto e infundado. Detrás de esta preocupación de la Iglesia no había mojigatería monjil o represión celtibérica, como quieren decir: había un noble afán de defender el verdadero amor y la familia, y a ello nos llevaba el sentido católico de la vida. Si no se urgió tanto la moral de los deberes sociales, ésta es otra cuestión, que merecería ser examinada más despacio para evitar generalizaciones simplistas y abusivas. Y si hubo, en tomo a la educación sexual y la protección del pudor, pintorescas exageraciones, cautelas desmedidas y, a veces, deformantes, etc., tenemos que decir que igualmente existieron en la Inglaterra puritana, y en la Suiza protestante, y en Francia, y en Italia. Basta leer los reglamentos de la vida en los colegios y la literatura de costumbres.

Poco a poco, y antes desde luego que en nuestro país, fue cambiando la orientación pedagógica en estas cuestiones y empezaron a existir las amplias libertades que ahora también se disfrutan en España. Ya somos muy europeos en este orden moral. Ya tenemos miles y miles de educadores que defienden la plena libertad de las costumbres, porque así se evitan los tabúes y las

conciencias reprimidas. Y aducen ejemplos. En Dinamarca –dicen– se han permitido exposiciones públicas de pornografía, y al repetirse han dejado de tener éxito. Efectivamente, la gente se cansa de ir a contemplar, públicamente organizado, el espectáculo de su propia degradación animal. Las exposiciones fracasan. Pero la pornografía se ha adueñado, con silenciosa y tranquila posesión, de las costumbres normales. ¿Qué falta hacen ya exposiciones, si el agua de la cloaca corre abundante y libre? Mientras tanto, siguen llegando desde esos países, tan adelantados y modélicos, revistas y libros repugnantes que atraviesan clandestinamente las fronteras para ser devorados por nuestras jovencitas y nuestros muchachos, emancipados ya de la estúpida moral que predicábamos los curas españoles. Ya no habrá represión. Sólo habrá prisioneros en la cárcel del materialismo que entre otros estamos levantando. ¿Por qué tener que ir de un exceso a otro mayor?

EL EJEMPLO DEL PAPA

Pablo VI lleva sobre sus hombros el peso glorioso y, a la vez, terrible de aplicar a la vida de la Iglesia las nuevas orientaciones pastorales del Concilio Vaticano II. Su predicación sobre la fe ha sido incesante, iluminada, vivísima. Ha dado y está dando un ejemplo insuperable de coherencia entre el mantenimiento de la verdad tradicional y la apertura hacia aquellos sectores del pensamiento y de la vida del hombre en que el Concilio puso su atención.

¿Cuál ha sido su predicación y su magisterio en el orden moral? Continua e insistente en las homilias de las audiencias de los miércoles.

La moral, en lo privado y en lo público, ha constituido el tema central de innumerables discursos de Pablo VI. Pero sobresalen algunos documentos que en materia moral son de un valor extraordinario. La *Populorum Progressio*; la *Octogesima Adveniens*; la *Communio et Progressio*, sobre los medios de comunicación social; sus discursos en Colombia y en la O.I.T. en Ginebra; sus mensajes a las jornadas de la paz, constituyen un espléndido monumento.

En los primeros años de su pontificado se entrega con entusiasmo creciente a una catequesis incesante sobre la renovación pastoral de la Iglesia por la caridad y el diálogo. Las mejores vibraciones de la teología moderna, bíblica y dogmática, sobre el misterio de la caridad como virtud informadora de la actividad humana del cristiano y de la ciencia moral, aparecen frecuentemente en su enseñanza.

No entiende él la acción de esta moral de la caridad como una mera dignificación del hombre en el sentido de que haya que dotarle de medios de cultura y conseguir una más justa distribución de la riqueza, y en la cumbre, la paz. En su catequesis habla sin cesar de la gracia y de la vida en consonancia con el Evangelio y con las leyes y doctrinas de la Iglesia. Pero la "contestación" y los desmanes doctrinales y de comportamiento, consecuencia de los primeros, irrumpen violentamente como una riada arrasadora que sorprende la buena voluntad del Pontífice. Empieza a hablar de que se ha perdido el sentido de la moralidad y del pecado. Sus advertencias son graves, pero su irrompible amor a la Iglesia del posconcilio y al mundo en que ésta ha de presentar su mensaje no le hacen desistir de sus afirmaciones llenas de apostólica valentía, proclamando

la *obligación moral* de la adhesión a la verdad y de la defensa del hombre como parte del camino que necesariamente hay que recorrer para llegar a la caridad, alma de la moral cristiana.

Desgraciadamente, tenemos que reconocer que la mayoría de los sociólogos y hombres punta de la revolución social en la Iglesia y de los sacerdotes extraviados en el temporalismo alegan falsamente la postura del Papa, que, según ellos, exige como fruto de la fe comprometida la promoción del hombre en la estadía del tiempo, reduciendo casi únicamente a esto la moral del cristianismo. Causan así una injuria grave al magisterio papal, que una y otra vez ha afirmado que la misión de la Iglesia no es política, ni social, ni económica, sino religiosa, y que, si bien no excluye ni elude las justas exigencias de tipo social y cultural, tiene como fundamental objetivo llevar el sentido de Dios a los descubrimientos y al progreso de la hora presente.

En los últimos años, y particularmente en el que está en curso, se advierte en Pablo VI una preocupación cada vez mayor por los temas relativos al orden moral y la conciencia, el desenfreno de las costumbres, el aumento de la delincuencia, la falta de respeto a las leyes, las desobediencias multiplicadas, las ideologías que favorecen, desde dentro de grupos cristianos, la marcha hacia la revolución, el desprecio de los preceptos del decálogo y de la Iglesia, etc. No perderá jamás su esperanza, pero se ve claro que un gran dolor llena su alma.

A MODO DE BALANCE

Dije al principio que me situaba conscientemente en una perspectiva de esperanza cristiana. ¿Cómo abdicar de ella si se quiere seguir viviendo con Cristo y trabajando por su Reino?

Pero una honradez elemental me obliga a manifestar que la situación de España hoy en cuanto a la fe y la moral empieza a ser grave y preocupante. Los resultados del posconcilio son todavía un fruto en agraz. Su maduración depende de que en el árbol del que cuelga ese fruto no se hagan cortes, que impidan el acceso de la savia que da vida a la Iglesia. El Vaticano II no ha venido a plantar un árbol nuevo. Es más bien una nueva técnica agrícola, con nuevos riegos, nuevo sol, nueva y enriquecida tierra para el mismo árbol de siempre.

Son muchas ya las personas desorientadas, desasistidas e incluso privadas del alimento que deben recibir para que su vida cristiana se mantenga. El sacramento de la Penitencia es combatido y despreciado. El de la Eucaristía es frecuentemente recibido, pero ¿con qué provecho? El del Matrimonio, sobre el que ha florecido una tan rica literatura religiosa, ya antes del Concilio, sufre un asalto sistemático con todo lo que se dice sobre relaciones prematrimoniales, separación y divorcio, exigencias del amor, paternidad responsable mal entendida, con olvido de los términos exactos de la *Humanae Vitae*. El Magisterio de la Iglesia, en su función de garantía querida por Dios para la transmisión de la verdad revelada, es rechazado por muchos con insolencia, sin advertir que cuanto más se avance en este camino, eliminando la obediencia a las enseñanzas del Papa, no quedará en pie la autoridad de los Obispos, y menos resistirá la de los sacerdotes, a los que el Concilio llama "rectores del Pueblo de Dios".

Grave y reprobable es la obstinada falta de docilidad para entrar por los caminos de la renovación; pero todavía es más censurable la jactanciosa altanería con que se juzga y se desprecia a los que proclaman su fidelidad, su sentido de responsabilidad frente al mundo y, a la vez, frente a lo que el Señor ha ordenado para su Iglesia. A muchos sacerdotes se les está haciendo sufrir indeciblemente, porque, deseosos como el que más de las verdaderas renovaciones, no pueden admitir en su conciencia que se quiera hacer pasar como renovación lo que no es más que desenfreno, y porque no consienten ni pueden consentir en experiencias demoledoras. Se les trata de retrógrados, de inmovilistas, desfasados, inadaptados a su tiempo. Esto es gravemente injusto. Ser tradicionales no es ser tradicionalistas en el sentido peyorativo de la palabra.

Se ha avanzado positivamente en la educación litúrgica, en sensibilidad social, en comprensión más honda de que no puede haber amor a Dios si no hay amor al hermano, en interiorización personal, en responsabilización más viva de que pertenecer a la Iglesia de Cristo exige una actitud de conversión continua, de búsqueda de nuevos caminos para la evangelización, de atención más delicada y analítica para todo cuanto hay de bueno en el mundo, en sus realidades económicas, y políticas, en sus aspiraciones a la justicia y a la paz, en las diversas religiones que tienen adoradores y creyentes. Todo esto es bueno para nuestra España y nuestra comunidad católica.

Pero hay demasiados defensores de la secularización y la desacralización, tan repetidamente reprobadas por el Papa; hay demasiada proclividad hacia los intentos de reforma social por el camino de las violencias; hay una actitud torpe y apasionada que induce a estimar en seguida como enfeudamiento lo que no es más que colaboración respetuosa con la autoridad civil, respecto a la cual tan necesario como la independencia es el respeto y la justicia en la crítica; hay dolor y preocupación pastoral legítima, sí, legítima y explicable por nuestra falta de presencia eficaz en el mundo obrero y el universitario. Pero, ¡por amor de Dios!, que no se olvide a los muchos sacerdotes que todavía trabajan entre los jóvenes estudiantes con alegría y con fe y encuentran espléndida acogida. Y a los muchos párrocos del mundo rural, más pobre que el de las zonas industriales, o de suburbios y clases modestas de las grandes ciudades que realizan silenciosamente tareas de evangelización y sacramentalización humildes y llenas de eficacia, más densas y penetrantes muchas veces que las estudiadas técnicas de operatividad apostólica en que tanto se insiste. Que no se diga a la ligera que siempre llegamos tarde, porque a ese paso vamos a tener que afirmar que también Cristo habría llegado tarde en el tiempo de su Encarnación, dado que las civilizaciones que le habían precedido no pudieron recibir su buena nueva.

Muchos de nuestros seminarios y noviciados están vacíos, lo cual es muy grave para el futuro de la Iglesia en España. Pensar en que todo se arreglará cuando del seno de la comunidad surjan adultos que reciban la imposición de las manos, puede ser un recurso de la imaginación, pero la historia es más exigente en sus comprobaciones. A medida que la religión cristiana se extiende, sus ministros tienen que multiplicarse y cada vez con más esmerada preparación. ¿O es que nos contentamos *a priori* con un cristianismo de pequeños grupos? ¿Dónde quedará entonces el celo por la expansión del Reino de Dios? Efectivamente, para plantar una semilla bastan las manos de un hombre y aun las de un niño.

Pero esa semilla, en la intención de Jesús, está destinada a ser árbol frondoso, en cuyas ramas aniden muchas aves. Si por circunstancias ajenas a nosotros el Pueblo de Dios ha de disminuir en número, aceptémoslo con humildad; pero que ni una sola centella de luz cristiana se apague por nuestra indiferencia o nuestras blanduras en cuanto a la exigencia para ser ministros del Señor. Formas diversas de reclutamiento de las vocaciones, adultos o niños, sí. Complacencias acomodaticias, no valen nunca. Las cristiandades de África y Asia, que saben algo más que nosotros de carencias y de anhelos, dan lecciones muy distintas sobre los seminarios y la formación sacerdotal. Y consta por informaciones serias que en alguna diócesis muy importante del Norte de Italia el mayor número de secularizaciones procede de las llamadas vocaciones tardías. No generalicemos demasiado.

Pero yo tengo esperanza en la Iglesia de Dios y, concretamente, en la Iglesia de España. Hay mucho dolor, y mucha oración, y mucho esfuerzo que no pueden quedar infecundos.

La mayor parte de nuestras divisiones y conflictos nacían hasta ahora más de motivos pastorales que doctrinales. Ya no puede decirse lo mismo. Pero si reflexionamos a tiempo y hondamente sobre las exigencias de la fe y la moral y se produce una reacción vigorosa que nos haga estar contentos de ser lo que somos para llevar con humildad al mundo lo que el Evangelio nos pide, los pluralismos pastorales no harían más que enriquecernos y enriquecer a la Iglesia. La inmensa mayoría de los sacerdotes de España coincidimos en lo fundamental de nuestras aspiraciones apostólicas. ¿Por qué hemos de ser incapaces de darnos el abrazo de la fraternidad en la misma fe y la misma moral y el mismo concepto de Iglesia? Hay algo y alguien que puede ayudarnos: el Magisterio de la Iglesia y el Papa. Atengámonos a esto. Dejemos falsos magisterios. Lo demás lo hará nuestra oración, nuestra vida espiritual, nuestra cruz amada y bendecida.

Estudiemos las cuestiones seriamente. A mis sacerdotes de Toledo les anuncio que seguiremos por esta línea: atención profunda a lo pastoral y estudio de nuestros dogmas. Pronto nos reuniremos para celebrar unas jornadas sobre algo que pide urgente examen: la llamada teología de la liberación. Teología sin acción pastoral no nos soluciona el problema. Pastoral sin reflexión teológica nos lleva al caos. Unamos ambas cosas. Y unamos aún más nuestras vidas en el amor a nuestro sacerdocio, a la Iglesia y al mundo de hoy y a nuestra Iglesia de España.

Hay que volver a predicar la fe y las exigencias morales de la misma con entusiasmo y alegría, desterrando para siempre la idea de que podemos presentar a los hombres un cristianismo nuevo o tan renovado en sus constitutivos esenciales que ya no sea el de Cristo. Los esfuerzos hechos en tantas Asambleas Diocesanas y en la Asamblea Nacional de Obispos y Sacerdotes celebrada en Madrid el pasado año, corregidas algunas afirmaciones y ciertas líneas de orientación que no pueden admitirse sin más, tienen mucho de aprovechable. Busquemos juntos el equilibrio necesario para evangelizar a esta sociedad española que cambia, de acuerdo con la verdadera doctrina del Concilio, la legislación canónica y moral vigente y el Magisterio de la Iglesia.

15. ORIENTACIONES CON MOTIVO DE LAS ELECCIONES

Dos documentos integran el contenido de estas orientaciones: la homilía pronunciada en la Fiesta de Pentecostés, 29 de mayo de 1977, y la carta dirigida, el 8 de junio, a los sacerdotes, y que fue leída el domingo siguiente, 12, en todas las iglesias del Arzobispado. Textos publicados en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, junio 1977.

I. HOMILÍA EN LA MISA SOLEMNE DEL DOMINGO DE PENTECOSTÉS

1. Un acontecimiento singular: el retorno de la Virgen del Sagrario a su trono en la catedral de Toledo

Un acontecimiento singular, aunque local, mueve hoy nuestra devoción: es el retorno de esta imagen venerada de la Virgen del Sagrario a su trono, a ese trono en el que se ofrece habitualmente a la veneración de los fieles.

La hemos recibido con una explosión de amor. La hemos acompañado hasta esa Capilla del Sagrario para poder hacerle compañía, de ahora en adelante, con un fervor renovado, más intenso que el que hasta aquí hemos tenido en tantas ocasiones, cuando hemos venido, individual o colectivamente, a visitar a nuestra Madre, la Virgen del Sagrario.

Tengo que dar las gracias, en primer lugar, al *Instituto de Conservación y Restauración de Obras de Arte*. Aquí están algunos técnicos y directivos de esa institución, los cuales han estado trabajando con su inigualable competencia y, lo que es más notable, también con fervor religioso, poniendo no solamente su técnica, sino también su arte sobre esta obra de arte que es nuestra imagen de la Virgen del Sagrario. Vuestros nombres deberán constar en el acta minuciosa que se levante de toda esta acción realizada, para perpetua memoria, en los archivos de esta Catedral Primada.

Ojalá pudiéramos conocer también el anónimo escultor de esta talla singularísima; tendríais merecimientos suficientes para que su nombre se uniera a los vuestros. Pero aun cuando no podamos conocerlo, nos basta hacer un esfuerzo con la imaginación y empalmar estos ángulos del tiempo; doce siglos de historia llegan hoy hasta nosotros y nos permiten saborear dentro de nuestra alma lo que significa el tesoro de las tradiciones de un pueblo.

Anoche conmemorábamos también el VIII Centenario del Monasterio de San Clemente, en Toledo, y allí os decía: "¡Ay de la Iglesia que no sepa vivir del recuerdo de esa tradición, que no es mera arqueología ni anacronismo histórico, sino recuerdo vivo!". Porque todo el esfuerzo de esa Iglesia, a lo largo del tiempo, en torno a una imagen venerada, con tales o cuales fórmulas de piedad, siempre arrancando todo del Sacrificio de la Eucaristía, y en obediencia a las mociones del Espíritu Santo, conduce al pueblo, siglo tras siglo, en virtud de una acción interna que Dios mismo realiza, hacia una más auténtica madurez espiritual.

Por eso sabemos estimar y agradecemos profundamente esta colaboración que nos habéis prestado; como agradecemos a la Caja de Ahorros de Toledo la aportación económica que ha hecho para que pueda garantizarse la permanencia de esta imagen; y a un anónimo donante toledano, su generosidad, gracias a la cual ha sido posible la reproducción de esa corona que la Virgen lleva. De este modo todo estará más seguro, más garantizado. Lo que es auténtico se mantiene en su autenticidad, y a la vez se preserva de un uso excesivo que pudiera dañarlo, como acaso había dañado ya a la imagen el paso del tiempo y esos agentes invisibles que venían deteriorándola.

Gracias también, y más que a nadie, al Excelentísimo Cabildo y a la Esclavitud de la Virgen del Sagrario, que se han ocupado de hacer posible esta obra. Ello demuestra el celo que tienen y la piedad que les mueve. He aquí un ejemplo de cómo habría que tratar todo lo relativo a la reforma y la renovación en las cosas de la Iglesia, tanto las que son expresión externa de la fe como esos núcleos dogmáticos y morales, sobre los cuales se sustenta el Mensaje de Cristo. Se renueva, pero no para destruir, sino para conservar mejor. Se perfeccionan los detalles, pero para que sean mejor contemplados y susciten más el amor y la comprensión de los fieles. La Iglesia es actualidad porque es eterna; y porque es eterna, es también tradición. Lo mismo que se hace con una imagen como ésta, hay que estar haciendo incesantemente en todo cuanto es manifestación del espíritu cristiano y una exigencia del Evangelio eterno de Cristo.

2. La Fiesta de Pentecostés: con nosotros, aquí, la porción joven del Pueblo de Dios que va a recibir el Sacramento de la Confirmación

Nos alegramos mucho de que esta conmemoración de la Virgen del Sagrario, motivada por el hecho de que viene de nuevo su imagen, coincida con la Fiesta de Pentecostés. Esta fiesta extraordinaria de la Iglesia, que puede ponerse junto a la de Pascua de Resurrección, como los dos pilares en los que se fundamenta la acción expansiva y dinámica de la Iglesia de Cristo a través de los tiempos.

Cuando el Espíritu Santo vino sobre la Iglesia el día de Pentecostés, estaban los Apóstoles, y en seguida estuvo el pueblo; y con los Apóstoles, tal como podemos deducir fundadamente de la Sagrada Escritura, estaba la Virgen María.

Pues he aquí lo mismo: la imagen de la Virgen, el obispo y sacerdotes, que continúan la misión de los Apóstoles, y el Pueblo de Dios. Y dentro de este pueblo, una porción escogida: estos muchachos y muchachas, alumnos de la Universidad Laboral de Toledo, de los Colegios de Infantes, de Hermanos Maristas y de Terciarias de la Divina Pastora. Muchachos y muchachas de las parroquias de Santo Tomé, de los Santos Justo y Pastor y de San Juan de los Reyes. Porción escogida del Pueblo de Dios, que vais a recibir de nuestras manos, hoy, el Sacramento de la Confirmación.

En este día, junto a la Virgen Santísima, en unión con nosotros, y de nosotros, obispos y sacerdotes, puesto que voy a delegar en algunos de los que me acompañan para que el acto de la Confirmación no sea tan prolongado; así podremos realizarlo en breve espacio de tiempo y no os cansaréis. Pero dejadme, hijos, que llame a vuestra conciencia de jóvenes: ya comienza a sonreiros la vida; ya tenéis ante vuestros ojos ese camino incierto, pero en el

que vosotros no toleráis incertidumbres, por el que vais a caminar para afirmar vuestra condición humana y cristiana.

¿Qué os pediría yo? Sólo una cosa, en la cual lo resumo todo: Sed buenos hijos de Dios, sed buenos testigos de Cristo, sed buenos amigos de los hombres. Llevad a la sociedad que os espera no solamente el ímpetu de vuestro ardor juvenil; llevad algo más: llevad las serenas convicciones de una fe que, para que exista y se alimente, necesita de la oración y de los Sacramentos.

Educadores, religiosos, religiosas, párrocos, maestros, ¿enseñáis a estos niños a orar? ¿Les movéis a que se acojan a esa acción del Espíritu Santo, sin el cual no habrá nunca evangelización auténtica? Sed buenos ciudadanos de la tierra, sed buenos discípulos del Evangelio; y defended, con vuestras palabras y vuestro comportamiento, las exigencias cristianas, el honor y la dignidad de esos muchachos que creen en Cristo y en el Evangelio; que nadie les arrebate la limpia y pura alegría que invade sus almas cuando las llena la gracia santificante. No hay evangelización sin Cristo, no hay Cristo en la vida sin gracia santificante y sin dones del Espíritu Santo. Cuando no existen, podrá haber Cristo en el recuerdo, pero no en la vida, y entonces el alma no puede tener ni alegría, ni paz interior, ni la seguridad que nace de esa robusta convicción de la fe cristiana diariamente alimentada con los Sacramentos. Adelante, a vivir vuestra fe.

Y vosotros, sus padres, ayudadles; educadlos bien, contribuid con vuestro ejemplo y con la coherencia entre vuestra conducta y vuestra fe a que ellos hereden de vosotros algo más que una tradición. La tradición vale; pero que no quede reducida a un recuerdo; que se viva con una fe actual y coherente. En este sentido, permitidme simplemente un aviso, una exhortación muy breve que creo podrá ser más amplia en un escrito que os dirigiré muy pronto.

3. Tenemos que vivir una fe actual y coherente; y defenderla eficazmente en los actuales momentos trascendentales de la vida española

En efecto: llegan momentos muy importantes para la vida española. Es necesario que los católicos, consecuentes con su fe, la defiendan en su vida individual, en su familia, en la calle, en las urnas con sus votos.

Yo no hago política. He vivido siempre muy alejado de ella; he rehuido tratar temas, aun dentro de ciertas actitudes ministeriales, que siempre me parecieron que daban lugar a una excesiva confusión entre la misión del Obispo y los problemas temporales del hombre. Pero yo ahora no hablo en nombre de ninguna política; hablo en nombre de la fe, y os digo, precisamente por eso: No se puede dar el voto a ningún partido que se declare marxista. ¿Por qué? Por una sola razón: porque el marxismo es ateo; me basta ésta. Por consiguiente, el cristiano, hijo de la Iglesia, tiene que darse cuenta de que, si se comporta alegremente en una decisión de este tipo, pone en juego todo lo que su fe le da y le exige. No entro en política; entro en mi terreno, el de la fe. Una cosa es que desde el Pontificado de Pablo VI, ya en la Encíclica *Ecclesiam Suam*, el Papa haya querido insistir en la necesidad del diálogo, y otra someternos a la tiranía de las confusiones. El diálogo se realiza a nivel de hombres que pueden dialogar; y hay diálogo con otras religiones, con los protestantes, con los ortodoxos e

incluso con religiones no cristianas. La Iglesia lo fomenta hoy más que nunca, y eso es bueno. Y hay diálogo de hombres cultos, en nombre del cristianismo, con grupos que se han prestado a ese diálogo, que pertenecen a las filosofías marxistas. Ese diálogo, entre hombres capaces de tenerlo, puede ser provechoso. Pero una cosa es la mesa para el diálogo y otra la plataforma para el engaño. Y aunque haya curas y religiosos que aparecen en mítines de partidos marxistas, y levanten también el puño cerrado, aun cuando sea así, en nombre de la fe, yo os digo: defendedla, nada más; sed consecuentes con ella, y dejad que los confundidos quieran seguir engendrando confusión. Seguid a la Iglesia, seguid al Espíritu, seguid la voz de quien os habla en nombre del Magisterio oficial de esa Iglesia Santa, dentro del cual Magisterio no podréis encontrar ni un solo texto en el que pueda ampararse nadie para decir que un cristiano o un católico puede votar a los partidos marxistas.

He creído una obligación mía decirlo hoy aquí, precisamente en presencia de todos, en un día en que las luces del Espíritu Santo pueden venir a vuestras almas. No nos oponemos, no, a ningún movimiento político-social que reclame cada vez más justicia social, más distribución de los bienes, más socialización. Eso es distinto; eso pertenece también a la doctrina social de la Iglesia; ahí precisamente radica uno de los motivos para la confusión. Ojalá los que nos llamamos católicos fuéramos también consecuentes con las exigencias de nuestra fe en la vida social, en el uso de los bienes, en la lucha contra un capitalismo egoísta, cuando se sitúa fuera por completo de los límites que marca la justicia y la caridad fraterna. Acaso entonces no tendrían tanto pretexto los que se aprovechan de estos fallos para engañar a las gentes, porque después los fallos de ellos son mayores, ya que no logran el bienestar social y destruyen la libertad de la persona.

Nada más. Vamos a proceder al Sacramento de la Confirmación. Os ruego, adultos, que lo toleréis con un poco de paciencia humilde. ¿Sabéis lo que podéis hacer en estos veinte o treinta minutos que va a durar escasamente la ceremonia? Participad en algún canto, orad y encomendad a Dios a estos hijos vuestros, a los que están aquí, y a los que tenéis en vuestra casa. Orad por ellos, y solicitud de Dios su protección para que no se interrumpa nunca sobre sus vidas, hoy jóvenes, que empiezan a caminar hacia ese destino a que me he referido. Que la Virgen Santísima del Sagrario logre con su intercesión, de la mano abundante y generosa de Dios, esa protección que invocamos.

II. ELECCIONES Y PENSAMIENTO CATÓLICO

Carta a los sacerdotes

Considero necesario escribiros esta carta, en atención a las muchas preguntas que me han sido hechas con motivo de las próximas elecciones.

Vosotros, los que vivís en la ciudad y, aún más, los que ejercéis el ministerio en el mundo rural, recibís frecuentes consultas de quienes os piden que les aclaréis lo que muchas veces no puede ser aclarado. Las gentes del pueblo, a las que conocéis mejor que nadie, quieren paz, justicia, progreso, orden, trabajo y libertad. ¿Se lo van a asegurar las próximas elecciones?

Dios quiera que sea así. Quizá pueda lograrse por la influencia y el peso objetivo de la misma vida del pueblo español, paciente y pacífico, laborioso y sufrido en su inmensa mayoría. La garantía de la futura convivencia en paz está en ese pueblo, mucho más que en tantos grupos políticos que aparecen queriendo dirigirle, prometiendo todos y ofreciendo soluciones para todo, aunque después se quedan frecuentemente en meras palabras. Pero debemos respetarles. Trabajan abnegadamente y muchos de ellos se entregan a sus tareas políticas con auténtica vocación de servicio a la Patria.

Vuestro ministerio sacerdotal

Lo primero que quiero deciros es que os mantengáis y os mostréis llenos de serenidad y de paz, fieles a vuestro ministerio sagrado. Vuestros brazos deben estar abiertos a todos los hombres. No dije a todos los partidos, sino a todos los hombres. Que la Iglesia sea, efectivamente, espacio de libertad y de encuentro para cuantos quieran acudir a ella con buena voluntad. Y que, además, sea el lugar donde se pueda seguir hallando la presencia y el amor de Dios a los hombres, que es lo que más necesitan, aunque a veces no lo sepan.

Vosotros, los sacerdotes de Toledo, habéis sufrido mucho, muchísimo, años atrás. La política se convirtió en un huracán que lo abrasó todo. No permitáis que nadie os envuelva ahora en sus polémicas y os convierta en agentes de división o de rechazo de unos contra otros. Y más aún, contribuid positivamente a lograr, de todos los que quieran escuchar vuestra palabra, que se den cuenta de que por encima de toda política está Dios, el alma, la esperanza de lo eterno, el destino inmortal de toda criatura humana. ¡Qué necesidad tan grande hay, cuando todo hierve en el recalentamiento de la lucha política, de ese silencio religioso del espíritu para tratar con Dios, para perdonar, para ser perdonado, para orar, para evitar que los odios y rencores vuelvan a apoderarse del corazón de los hombres!

Si el sacerdote no cuida de salvar en toda su pureza la dimensión religiosa del hombre en medio del fragor de las luchas políticas, ¿quién la salvará? No definiendo ninguna clase de dicotomías absurdas ni separaciones antihumanas. La fe nos obliga también a interesarnos por una vida social y política, para que sean cada vez más justas. Pero no se identifica la fe con la política y, cuando se abandona por desproporción consentida el aspecto esencial de la religión en cuanto unión con Dios, la política se apodera de todo y ella misma se convierte en una especie de religión que esclaviza a los hombres y les despoja del sentido íntimo de sus propias luchas. No faltarán entonces quienes nos digan que así se sirve al hombre y se realiza el Evangelio. Esto es inadmisibles. El Evangelio se realiza con todo a la vez, sin confundirlo ni mezclarlo y sin restar a cada cosa lo que le pertenece.

Las normas del Episcopado

Tenerlas en cuenta a la hora de formar vuestro juicio y de orientar las conciencias de quienes os piden luz para sus decisiones en nombre precisamente de su fe. Os son conocidas y en nuestra Diócesis han sido ampliamente divulgadas. Ello no os dispensa de vuestro propio estudio y reflexión sobre los documentos de

los Papas y los Obispos. No basta decir a vuestros fieles que voten según su conciencia a la luz de la fe.

En cuestiones de fe y de moral, y en actuaciones políticas relacionadas con la fe y la con la moral, o por lo principios que las inspiran o por las consecuencias que traen, para obrar según conciencia, es necesario añadir que ésta debe estar rectamente formada. Y para formarla con rectitud, el católico debe acudir al Magisterio de la Iglesia cuando éste ha hablado sobre las cuestiones de que se trata. Tal es el caso. El Magisterio de la Iglesia es constante y reiterativo al afirmar que la conciencia católica no es compatible con el marxismo ateo, llámese con uno o con otro nombre, ni con el liberalismo absoluto que rechaza toda ley moral, ni con el capitalismo que trata de explotar a los hombres, teniendo el lucro como motor único y esencial, ni con los totalitarismos que destruyen las libertades y derechos fundamentales de la persona humana.

Los fieles acuden con frecuencia a los sacerdotes pidiendo orientación para su conciencia. Y la Iglesia tiene la obligación de darles esa orientación cuando existe un Magisterio claro. De lo contrario, mejor sería no hablar de que se vote según lo que la conciencia pide. Porque podríamos preguntar en seguida: ¿de qué conciencia se trata?

Y aún es más claro ese derecho y más viva esa obligación en un momento como el presente, en que por razón de circunstancias muy diversas, por la falta de claridad de los programas políticos, por la confusión que están engendrando algunos católicos (incluidos determinados sacerdotes que desprecian el Magisterio eclesiástico), muchos fieles, tanto en las grandes ciudades como en los medios rurales, se encuentran sumidos en la mayor perplejidad.

Una cierta idea de la Iglesia y de España

Como ejemplo de la confusión que estamos padeciendo, os ruego que reflexionéis sobre lo siguiente:

Queremos una Iglesia muy libre, muy independiente, no comprometida con nadie y abierta a todos; una Iglesia a la que no se pueda acusar de que, aliada con unos, es adversaria de los otros. Todos lo deseamos. Pero para que la Iglesia sea, además, fiel a sí misma, no puede dejar de predicar y exponer su doctrina tal como se lo pide el mandato que del Señor ha recibido. Y se debe predicar así, con firmeza y con amor a todos los hombres, pero sin mutilar la verdad de que es depositaria. De lo contrario, lo que se predicaría ya no es la doctrina de la Iglesia, sino otra cosa. El marxismo ateo es incompatible con la fe católica, sean quienes sean los que lo profesan.

Queremos, igualmente, una España sin odios ni enfrentamientos, en que cada cual pueda defender sus convicciones con respeto a quienes tienen otras. Que no haya ni dos ni cuatro ESPAÑAS enfrentadas belicosamente, sino una nación con sus versiones plurales y varias en las opciones contingentes del orden político.

Pero si hay un sector del pueblo español que es católico y quiere conservar su fe, ¿deberá callarse ante la agresión ideológica de los que quieren reducir esa fe a rezar ante el Sagrario? ¿Deberá sucumbir en el silencio angustiado de las

confusiones que otros quieren llevar a sus mentes? ¿Es que el respeto a los demás obligará a consentir el que se destruya el credo? No a las guerras civiles entre españoles. No, igualmente, a la muerte apacible, por asfixia, o por engaño de lo que todavía nos queda de catolicismo en la vida privada y pública, por haber consentido indignamente en la invasión de ideologías que corrompen las almas.

Las opciones políticas

Son varias y diversas las que pueden sustentar los ciudadanos que quieren permanecer dentro de las exigencias de su fe. Así como no hay ningún partido que pueda reivindicar para sí mismo una perfecta adecuación entre su programa y el Evangelio en su dimensión social, y mucho menos atribuirse esa adecuación en exclusiva, así también es cierto que los católicos pueden dar su voto a unos o a otros, con tal de salvar los principios de validez permanente, tal como los ha recordado el Episcopado Español. Digo los del Episcopado, no los de tantas hojas y catequesis que circulan por ahí, y que pueden dar origen a graves confusiones.

Aspecto concreto que debéis tener en cuenta es el de la enseñanza y educación de los hijos. Un partido político que trate de impedir el derecho de los padres a que se dé a sus hijos la educación que para ellos desean, debe ser excluido en las urnas. Ahí, en ese campo de la enseñanza, se puede jugar el porvenir de la vida cristiana del pueblo español. Y no basta prometer, como lo hacen algunos líderes socialistas, que en su sistema político se permitirá añadir en la escuela una clase de religión después de las demás enseñanzas, para los que quieran recibirla. Porque el concepto de educación católica no se limita a una clase de religión, es todo el proyecto educativo de la escuela el que debe estar inspirado en un sentido católico de la vida, conforme a la Revelación y Magisterio de la Iglesia. Aspectos como éste, al igual que los del aborto y el divorcio, deben ser tenidos muy en cuenta a la hora de votar.

La justicia social

Preocupación fundamental, porque así lo piden la vida y la justicia. ha de ser la de lograr una ordenación política y social que satisfaga los derechos de los más pobres, que distribuya mejor la riqueza común, que impulse decididamente con leyes justas y eficaces el progreso económico de la nación y el disfrute de ese progreso por parte de todos, y particularmente por los menos favorecidos hasta ahora.

Pero no es honesto afirmar que sean los marxistas los únicos partidos políticos que llevan esta preocupación en sus programas. Hay otros muchos que, sin inspirarse en las filosofías del marxismo, pueden lograr tales propósitos, porque los sienten igualmente y se muestran decididos a llevarlos a la práctica.

Quiero añadir una última palabra como motivo principal de esta carta. Me duele enormemente la confusión a que se ha llevado a nuestro pueblo. Me duele que quienes tienen fe y desean que su luz no se apague en la vida social, se encuentren atormentados por no saber qué hacer. Es un problema de ética

política y aun de moral cristiana el que los partidos se pronuncien claramente, no sólo en cuestiones generales, sino en puntos concretos que afectan a lo más importante de la vida.

Los hombres y mujeres de nuestros pueblos son tan dignos, tan conscientes y muchas veces más cultos, aunque sean menos instruidos, que los que hablan y prometen tanto. Conocen lo que es el trabajo, el mejoramiento o el retroceso en las condiciones de la vida, el bien de los hijos, la paz, el bienestar social, el progreso, la cultura y en el uso de los medios que pueden comunicarla y extenderla.

Que no se cansen ni desconfíen. Que participen en las elecciones y en el trabajo político futuro como buenos ciudadanos y como buenos cristianos los que lo sean. Deberán entender que ser discípulos de Cristo obliga también a inscribirse en la escuela de humanidad y de justicia que es la vida misma –cultura, política, economía– para lograr entre todos lo mejor para todos. Que nadie les engañe ni abuse del noble afán que debe guiarles.

Toledo, 8 de junio de 1977.

16. HAY QUE MIRAR HACIA EL FUTURO, CONOCER PROFUNDAMENTE NUESTRA FE, AMARLA

Homilía pronunciada dentro del triduo en honor de la Virgen del Alcázar, Toledo, 25 de septiembre de 1978. Texto publicado en *el Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, noviembre 1978.

Como otras veces he dicho, no es ocioso reunirnos aquí. Eso sí, nos congrega únicamente un motivo de profunda significación religiosa: el deseo de rendir culto a la Santísima Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora del Alcázar. De Ella recibieron protección y consuelo interior los que defendieron la fortaleza cuando ésta se encontraba asediada. Mantenían ideales muy nobles. Muchos murieron; otros se salvaron; todos rezaron. Y así surgió luego fácilmente la idea de perpetuar, en una asociación religiosa canónicamente aprobada, los sentimientos de amor, de confianza y de gratitud a la Santísima Virgen María, que entonces alentaron a aquellos hombres. Y esto es, en síntesis, lo que significa la Virgen del Alcázar y la Hermandad que lleva su nombre.

Mis palabras, en este día y desde esta cátedra, no pueden ser más que para exhortaros a todos a que centréis cada vez más vuestras vidas en Dios, en Cristo, en la Virgen María, en el amor a la Patria y a todos los españoles, porque todos debemos ser hermanos y todos debemos ayudarnos a conseguir las cimas más altas de fraterna convivencia, de paz social y de progreso justo y ordenado para nuestra patria española.

Mi exhortación trata de moveros a que busquéis en las lecciones de ayer no solamente una conmemoración de hechos pasados, muchos tan dolorosos, sino un estímulo para el futuro, que os mueva a defender siempre, con un ardiente deseo de paz y de fraternidad social, los ideales imperecederos de redención y de paz.

Por eso quiero hablaros hoy de la fe. De la necesidad de mantener la fe. Esa misma fe de tantos de los que allí sucumbieron, que fue para ellos sostén validísimo y auxilio espiritual venidos de Dios; esa fe que dio origen a vuestra Hermandad, y ha de ser para vosotros fortaleza eficaz en el dolor de vuestros recuerdos y estímulo también para forjar una paz, un perdón, un abrazo fraterno, una convivencia pacífica, que son ideales que debe vivir todo cristiano. Hablemos de la fe, sí. Y mirando hacia el futuro, yo tengo que deciros: primero, que la conozcáis cada vez mejor, y segundo, que la améis cada día más.

I. CONOCED NUESTRA FE

Vengo diciéndolo insistentemente durante todos estos años de mi pontificado en Toledo: reflexionad sobre la fe; conoced su contenido, cuanto ella nos ofrece como revelación divina; aceptad las enseñanzas de Dios que nos transmite la Iglesia, el magisterio del obispo diocesano. El Concilio Vaticano II ha hecho un esfuerzo colosal para exponer al mundo de hoy el contenido y las exigencias de

la fe católica. Ha abierto de par en par el corazón de la Iglesia para que captemos sus latidos, que no son más que los latidos del Corazón de Cristo. Pero se necesita una profunda labor catequística, porque ya no podemos contentarnos con las tradiciones de los tiempos pasados. Por todas partes aparecen dificultades y, dentro mismo de ambientes que antaño se llamaban católicos, surgen, con tremenda facilidad, o la indiferencia, o el desprecio, o la autosuficiencia, o la hostilidad contra todo lo que significa el sentido católico de la vida. Y no veo otra solución sino la que la Iglesia propone movida, naturalmente, por sus legítimos pastores, los Obispos y los sacerdotes: que la Iglesia toda, todas las familias católicas, respondiendo a los deseos del Concilio Vaticano II, mediten y reflexionen constantemente, en sus hogares, sobre lo que es esta religión nuestra cada vez más desconocida y cada vez más olvidada. Aquí es donde hay que hacer un esfuerzo supremo en vez de dedicarnos a tantas lamentaciones. Tenemos que reflexionar mucho sobre los contenidos de nuestra fe, instruirnos, conocer de verdad lo que la Iglesia quiere enseñarnos.

Con este fin os hago una sugerencia, familias católicas: suscribíos a *L'Osservatore Romano*, en su edición española. Ahí podéis conocer qué es lo que el Papa está diciendo cada semana y en cada ocasión. Creo que ha llegado el momento en que los católicos españoles hagamos esfuerzos prácticos de esta índole para vivir nuestra fe. Esta es una fe que no cambia, pero que debe ser renovada cada día con el impulso de nuestra voluntad movida por la caridad. Para ser católicos adultos se necesita reflexión, conocimiento. De cara al futuro esto será cada vez más necesario.

II. AMAD NUESTRA FE

No basta conocer nuestra fe. Se necesita amarla. Además de esa reflexión, de esa catequesis continua y de esa meditación, además de todo eso, hay que amarla. Es decir, suscitar una actitud que ya no es de mero conocimiento, sino más profundamente espiritual: una actitud de amor. Se nos ha revelado el mensaje de Dios, la palabra divina, para que sea contemplada por nosotros como un misterio, como una fuerza de salvación, como un medio por donde nos llega la palabra de Dios. Por su Palabra y sus Sacramentos, Cristo nos ha revelado el misterio de la vida de Dios. Hay que amar la fe.

Me podéis preguntar: ¿cómo es posible despertar este amor a la fe, si muchas veces es tan abstracta, tan referida a aspectos incomprensibles de la vida de Dios? Resulta que el que nos ha revelado los contenidos de esa fe relativa al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, es Cristo. ¡Cristo sí, que puede ser amado, que merece ser amado sobre todas las cosas! Cristo despierta el amor con su palabra, con su vida, con su muerte, con su resurrección. Y cuando uno ama a Cristo, ama sus palabras, ama sus enseñanzas, ama todo aquello que El nos dejó como una herencia que quería que nos repartiéramos los miembros de su Cuerpo Místico. A través de Cristo podemos amar todos los contenidos de la fe que nos llevan a sumergirnos en el amor de Dios. Esto es lo que han hecho siempre los santos: una Santa Teresa de Jesús, la gran mística, Doctora de la Iglesia; nadie la superó en amor ardiente para defender su fe, pero es porque nadie la ha superado en el amor a Jesucristo.

Cuando en las familias cristianas, por sus buenas costumbres, por su práctica religiosa bien observada, por los Sacramentos bien recibidos, va apareciendo poco a poco el amor a Cristo cada vez más íntimo, expresado por las determinaciones de una voluntad generosa, fácilmente se despeja todo el horizonte de la fe, para extenderlo, como es debido, a las consecuencias morales que la misma fe implica, animando todos los aspectos de la vida, informando la libertad del hombre de tal modo que ordene todas las determinaciones de su voluntad en el plano individual, familiar y social de acuerdo con su sentido cristiano de la vida. Esa es la moral. Y la moral católica se ama cuando se ama a Cristo y vivimos de Él, de su vida, de lo que Él quiso comunicarnos para que fuésemos semejantes a El. De Él y de su vida divina brota esa imagen del cristiano, que va forjándose día a día con el ejercicio de la fe y la práctica del amor.

En relación con todo esto, familias de Toledo, miembros de la Hermandad de Ntra. Sra. del Alcázar, pronto, cuando comience el mes de octubre, se va a celebrar en la ciudad una *Cruzada de Oración en Familia*. La van a dirigir los Padres Dominicos, con la colaboración de otros sacerdotes. Yo insisto mucho en los objetivos de esta Cruzada, porque creo que si no alimentamos el corazón de la familia cristiana con la oración y con la fe en Dios, esa familia va a durar muy poco. Es necesario fortalecerla en sus raíces. La nueva generación que viene, ya no piensa en tradiciones; de manera que el catolicismo tradicional ya no tendrá fuerza en ella. Hay que encontrar el modo de alimentar sus conciencias, buscando el auxilio y la luz de Dios directamente, por la oración, tal como la revelación cristiana nos lo ha enseñado. Sin oración no habrá familia cristiana, no habrá perseverancia en la fe. Cada día estaremos más expuestos a los ataques que experimentamos por un lado y por otro.

Vosotros venís aquí, como cada año, para recordar a la Santísima Virgen del Alcázar. Yo siempre que me pongo en contacto con vosotros os recuerdo que los que defendieron aquella fortaleza buscaban propugnar ideales muy nobles de religión y patria. Hay que seguir defendiéndolos hoy, pero como hay que defenderlos hoy. Por eso estoy señalando estas actitudes que nos inspiran nuestros ideales cristianos; hemos de ser realistas, discretos, consecuentes. No nos quedemos con simples conmemoraciones y con frases que pueden dar satisfacción a nuestros estados emocionales, pero que fácilmente nos liberan del serio compromiso cristiano.

III. APLICACIONES PRÁCTICAS

Y ahora, después de todo lo dicho, me considero obligado a hacer unas aplicaciones concretas en relación con la situación que estamos viviendo en España. No tardando mucho será sometido al juicio y aprobación de los españoles el proyecto de Constitución que se está elaborando. Hemos de esperar a conocer su texto definitivo para poder formarnos un juicio completo y cabal sobre lo que ha de ser objeto de nuestros votos. Naturalmente, no se trata de coartar la libertad de vuestras determinaciones. Pero sí creo que cumplo con un deber muy grave al informaros de que en el proyecto constitucional hay dos puntos muy preocupantes desde el punto de vista católico: uno es el relativo a la libertad de enseñanza; otro, el que se refiere al matrimonio y a la familia. Como

ambos tienen relación con esta defensa pacífica, consciente, humilde, pero firme de la fe, por eso hablo expresamente de ellos.

1. *Una palabra sobre el problema de la enseñanza.* –¡Que no se nos ofrezca una Constitución en la cual la libertad de enseñanza quede prácticamente anulada, como quedaría si se anulan los derechos de los padres a buscar para sus hijos la educación que deseen y la posibilidad práctica de poderla conseguir! Son los padres lo que tienen todo el derecho, dentro de la ley natural, de elegir para sus hijos –inmaduros, débiles y, hasta cierta edad, incapaces de tomar determinaciones razonadas por su cuenta– la educación que deseen. Los padres bautizados, católicos, y cuyos hijos también lo estén, tienen todo el derecho, que nadie debe impedirles, de dar a sus hijos una educación religiosa católica, no simplemente con la religión cursada como una asignatura, sino enmarcada de tal forma que el conjunto de todas las enseñanzas les llegue impregnado del sentido católico de la vida. Una escuela estatal única que no respetase estos derechos sería inadmisibile.

No solamente hay que defender la libertad de enseñanza desde el punto de vista de los padres de familias católicas, sino también desde el de la Iglesia como institución. Porque la Iglesia tiene como misión formar a los hombres, y una de las maneras de formarlos, aunque no la única, pero sí de suma importancia, es la escuela en sus diversos grados. Parece que hay una cierta cobardía para proclamar hoy estos derechos de la Iglesia como institución. Sin embargo, aun prescindiendo del derecho de los padres, la Iglesia como tal tiene que obedecer a Cristo. Y Cristo ha dado a la Iglesia una misión: formar a los hombres. Por consiguiente, de ninguna manera debe hacerse inviable el derecho y la facultad de la Iglesia a enseñar y educar a la niñez y a la juventud.

2. *El problema del matrimonio y de la familia.* –Aquí, con profundo dolor de mi alma, me veo obligado también a hacer un serio reparo al texto constitucional hasta ahora conocido, en el cual se habla de que "el Estado regulará... incluso la disolución del matrimonio". ¡No tiene facultades para eso el Estado! La indisolubilidad del matrimonio es una ley divina, y es también, según la doctrina de la Iglesia, de derecho natural. Es lamentable que se ofrezca de entrada este obstáculo. Hubiera sido mucho mejor que en una Constitución que quiere servir como ley fundamental a todos los españoles no se incluyera este aspecto. Si después los partidos políticos quieren defenderlo por su cuenta, allá ellos con sus conciencias, su responsabilidad y las consecuencias de sus actos. Un asunto como éste, de tanta importancia, no debiera haberse incluido en un texto constitucional, puesto que puede haber muchísimos españoles que quisieran aprobar la Constitución en busca de la paz y de la concordia social, y encuentren un obstáculo insalvable para sus conciencias. Que se presente aparte, incluso en un referéndum hecho para eso expresamente, si es preciso, pero que no se incluya dentro del texto constitucional.

Toda la doctrina de la Iglesia, la del Concilio Vaticano también, así como la del Papa Pablo VI y la de Juan Pablo I, pide que se defiendan la indisolubilidad del matrimonio. Juan Pablo I acaba de decir a un grupo de Obispos norteamericanos: "No tengáis miedo de hablar de la indisolubilidad del matrimonio". El Concilio Vaticano II afirma que el divorcio es una plaga. Y es una plaga para la sociedad, lo fomente quien lo fomente: las costumbres, las libertades de los hombres, los partidos políticos o las leyes. Es una plaga.

En seguida surgen las objeciones y se habla de que un referéndum expondría a la Iglesia a una posible derrota, como en Italia. Mal argumento emplean los que así hablan. La Iglesia no está en este mundo ni para ser victoriosa, ni para ser derrotada. Está para predicar la doctrina de Cristo, la sigan los que la sigan y la desprecien quienes la desprecien. Hay más: que se vea con claridad la respuesta de los hombres, aunque la Iglesia, defendiendo la indisolubilidad del matrimonio, saliera derrotada. Conoceríamos mejor cuáles son las posturas sinceras de unos y otros: la de los verdaderos hijos de la Iglesia y la de los que a sí mismos se dan ese nombre, aunque no lo sean de hecho. Por otra parte, ¡tantas veces es derrotada la Iglesia, tantas veces pisoteada su moral, tantas veces conculcados sus mandamientos! ¿Y por eso debe dejar de predicarlos, debe dejar de decir al mundo cuál es la voluntad de Dios?

CONCLUSIÓN

Atención, familias católicas: es necesario formar bien nuestras conciencias y medir bien la trascendencia de nuestros actos. Hoy no digo más. Simplemente hago alusión a estos dos puntos porque tienen relación con el tema central de mi homilía, que es el cuidado y atención a nuestra fe, con la obligación que tenemos de conocerla y amarla. Es necesario iluminar y formar rectamente la conciencia. Cuando se trata de algo que está íntimamente ligado con la ley evangélica, tenemos que preguntar a Cristo: "Y Tú ¿qué nos dices sobre esto?". Porque la Iglesia tiene la obligación de responder en nombre de Cristo. Y fue precisamente el tema del matrimonio –tratado por los apóstoles al preguntar a Cristo qué es lo que tenían que pensar sobre el mismo– el que provocó una respuesta clarísima de Cristo: *Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre* (Mc 10, 9).

Nada más, hermanos. Defendamos nuestra fe católica así, viviéndola con profunda convicción, en el respeto a los demás, pero exigiendo también a nuestra vez el mismo respeto para nuestras convicciones profundas. Que la Santísima Virgen del Alcázar siga ayudándonos y siga recibiendo el homenaje de nuestra piedad y nuestra fe.

17. TOLEDO: ESENCIA Y SIGNIFICACIÓN

Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, Toledo, leído el 12 de noviembre de 1978. Texto publicado en *Toletum*, núm. 12.

Me honráis con una distinción muy notable al entregarme este título, en el que me nombráis académico honorario de esta docta Corporación, con el cual habéis querido manifestar no sé si una actuación de justicia —eso os corresponde juzgarlo a vosotros—, pero sí un gesto de gran generosidad, que ése sí me corresponde a mí valorarlo.

Os lo agradezco muchísimo: a la Academia, por este honor que me hacéis; y a todos vosotros que me honráis también con vuestra presencia, con vuestra autoridad, con vuestra significación cultural o política, con vuestra amistad.

I. TOLEDO, CONOCIDA Y ADMIRADA EN EL MUNDO ENTERO

En el primero de los recientes Cónclaves hablaba yo un día con el cardenal König, de Austria, y después de comentar los asuntos normales del momento que vivíamos, la conversación tomó otro rumbo, y en un momento dado, yo le dije: "De todas las ciudades de Europa que he visitado, ninguna me ha impresionado tanto como Viena, y en ninguna he captado como allí eso que llamamos el alma de la civilización europea". Y él me respondió con manifiesta sinceridad: "Es verdad; tiene monumentos muy evocadores, y es una ciudad en la que se respira la historia de esa Europa. Pero usted vive en Toledo. En Viena hay monumentos, mas Toledo es toda ella un monumento. Yo he visitado Toledo varias veces, y puedo decirle que me ha impresionado profundamente por su belleza histórica y artística, por todo el poder de evocación que tiene".

Elegido el Papa Juan Pablo II, en uno de los momentos en que hemos tenido ocasión los cardenales de acercarnos a él, en conversaciones rapidísimas propias de la instantaneidad del encuentro, me dijo: "¡Toledo! ¡Sé lo que es Toledo, esa *bellissima città primaciale*...!". Entonces me dijo también: " ¡Ahora será posible que algún Papa polaco visite España...!".

Vine del primer cónclave, y tenía compromiso de acercarnos a Las Canarias para predicar en la fiesta del Santísimo Cristo de La Laguna. De allí pasé a Las Palmas, y visité el templo ecuménico que se ha construido recientemente. El que nos hacía de guía era un judío alemán, luterano. Comentábamos la impresión que nos causaba todo aquello; y, sin que viniera a cuento, se dirige a los que me acompañaban y a mí: "Bueno, señor cardenal, yo lo que quiero decirle es que he recorrido el mundo entero, y en ningún sitio me he encontrado tan a gusto y he sentido tanta admiración como en Toledo".

Una de las noches del citado primer cónclave, cuando ya había sido elegido Papa Juan Pablo I, bajé a pasear al patio de San Dámaso. Vi que un cardenal paseaba solo y me acerqué para acompañarle. Era el de Seúl. "¡Oh, sí, encantado, vamos a charlar un poco! Usted, de Toledo. Yo he estado en España,

uno de los años del Concilio, porque quería visitar dos ciudades: Ávila y Toledo. Ávila por Santa Teresa. Toledo por lo que tiene de significación en la historia de la Iglesia; por ser representativa de lo que España ha hecho en la evangelización; por ser la ciudad primacial, y por su arte y su historia". Y se extendió en consideraciones a las que me he referido ya en ocasiones diversas, porque son conmovedoras. "Vosotros, los españoles, tenéis una espiritualidad única. Pienso que España es la nación que más ha hecho en el mundo para difundir la espiritualidad con sentido evangelizador. ¿La conserváis? ¡Oh, Teresa de Jesús, Ignacio, Javier! ¡Como éstos nada, nada! Venid a Corea. Quisiera tener allí sacerdotes y monjas españoles, motores de espiritualidad"... Y así se prolongó la conversación, con detalles enormemente significativos y consoladores para quien piensa en España y se da cuenta de cómo, con frecuencia, en la Iglesia, fuera de nuestras fronteras, hay quien sabe apreciar mejor que nosotros todo lo que la Iglesia española ha hecho a través de los siglos.

Y gran parte de esa historia de la Iglesia ha nacido y se ha forjado aquí, en Toledo. He aquí por qué, aunque carezca de otros títulos, simplemente por el hecho de ser obispo de esta diócesis, he agradecido mucho la distinción con que me honráis. Y dejando a un lado los elogios excesivos que me ha hecho don Clemente Palencia –este archivo viviente que se pasea por las calles de Toledo y que incluso lleva en su rostro recio y bondadoso casi las arrugas de un pergamino– simplemente me quedo con la designación, con el diploma y con todo lo que hay en vosotros demostrativo de amistad y de afecto.

II. CÓMO VIVO LA HISTORIA DE TOLEDO

Lo que siento es no poder corresponder con trabajos de investigación sobre esa historia tan rica de Toledo. Eso no me es posible, porque vivo oprimido bajo el peso de mis obligaciones. *Más que tratar de investigar o escribir, lo que quiero es vivir la historia de Toledo.* Y la vivo. Os diré algo de cómo la vivo.

Todas las mañanas, cuando entro en mi despacho, y varias veces a lo largo del día, me asomo al balcón, el que da a esa plaza insuperable. Y veo a mi izquierda la catedral; enfrente el Palacio de Justicia; a la derecha el Ayuntamiento. Entonces pienso: la catedral, la religión; la Audiencia, la justicia; el Ayuntamiento, los intereses ciudadanos: tres administraciones, tres lugares donde se rinde culto a los valores más insignes que pueden ser reconocidos y estimados por los hombres. Y me pongo a evocar las raíces de todo esto, los siglos que han pasado por aquí, los valores que aquí subyacen, las lecciones que aquí se contienen para el futuro. Y son tantas y tantas que, sólo con contemplar los edificios que se presentan ante mis ojos admirados, yo recibo un estímulo para seguir trabajando en mi despacho, como obispo, atento a lo que la catedral me pide, como expresión de la Iglesia; lo que la justicia me enseña, como expresión y cauce del derecho; lo que el Ayuntamiento me sugiere, como atención a los humanos intereses, a los cuales no puedo ser indiferente.

Algunos días salgo de mi despacho y recorro la ciudad. Visito, por ejemplo, los conventos de clausura. ¡Cuántos hay en Toledo, representativos y testimoniales de esa historia particularmente vinculada a la Iglesia de Cristo! Y veo en ellos otras tantas páginas abiertas de la historia de Toledo, tan gloriosas que están

pidiendo la mano de un autor competente que nos narre el pasado de cada uno de esos conventos de clausura.

Y están pidiendo otra cosa, señores académicos, autoridades, queridos amigos: los conventos y religiosas de clausura de Toledo merecen un homenaje de la ciudad entera. Esas pobres monjas son acreedoras al reconocimiento de todos, porque gracias a su trabajo, a su sacrificio, a su perseverancia, se han salvado monumentos que acaso hoy, de no haber estado ellas allí, se habrían convertido en ruinas. A veces nos lamentamos de que algún objeto de valor artístico haya podido desaparecer en años anteriores; atribuyámoslo, o a una explicable ignorancia, tan explicable que casi merece respeto, aunque cause pena; o bien a las necesidades en que las religiosas se han visto apremiadas para poder sobrevivir. Pero esas pequeñas comunidades ahora muy reducidas, han estado ahorrando incesantemente, hasta que en algunas ocasiones han podido recibir ayudas más cuantiosas, ahorrando, con enormes sacrificios, para reparar este muro, arreglar aquel claustro, lograr que aquella capilla vuelva a tener su belleza primitiva. Y lo último, sus celdas, en algunas de las cuales he entrado, y he salido enormemente impresionado al ver la rigurosa pobreza con que viven sus moradoras. Conventos, gloriosas fundaciones, almas consagradas a Dios, velando, orando y sacrificándose por todos los hombres. No solamente merecedoras de frases de cariño, que podría ofrecerlas incluso un don Benito Pérez Galdós, sino de mayor estimación espiritual por parte de todos los hombres que piensen en el sentido de la vida.

Y sigo avanzando en mi recorrido; sigo viviendo la historia de Toledo, y llego al Seminario, con la frecuencia que puedo, y allí me encuentro con esas instituciones docentes características de la Iglesia: el Seminario Mayor y el Seminario Menor, para los que yo desearía tanto y tanto logrado, que muchos años de vida que Dios me diera serían insuficientes para lo que tanto anhelo. Porque de allí tienen que salir los sacerdotes que cuiden la vida religiosa de la comunidad cristiana de toda esta diócesis de Toledo, sacerdotes nuevos, cuya vida se enlace con las sacerdotales anteriores, tan ricas y tan ilustres, que han pasado por nuestra diócesis; con sacerdotes que han ido dejando huellas de su saber y de sus virtudes por toda España y por América particularmente, puesto que por todas partes han aparecido nombres insignes de sacerdotes toledanos. Vivo esa historia, y trato de extraer de ella todo lo que pueda significar un perfeccionamiento del presente, para no rendirnos cobardes, ni cerrar los ojos confundidos, en relación con la vida espiritual de la España de hoy, a la que tenemos que seguir prestando, como exigencia noble de nuestra fe, el servicio que esa misma fe brinda a todos, en nombre de Cristo.

Otras veces salgo de la ciudad. He recorrido ya casi todas las parroquias de la diócesis; he celebrado, he predicado, he administrado el Sacramento de la Confirmación en ellas. Y en las direcciones de los cuatro puntos cardinales me encuentro con nombres de pueblos y aldeas de profunda significación en la historia de la Iglesia y de España: Illescas, por un lado, Talavera, por otro; San Pablo de los Montes, Villafranca de los Caballeros... Por donde quiera que voy me encuentro con esos grupos humanos llenos de altos valores; con esos templos magníficos y esos monumentos artísticos; con ese aprecio espiritual, quizá manifestado un poco rudamente, pero suficientemente significativo de la calidad espiritual de quienes los conservan y están orgullosos de tenerlos.

Es vivir otra vez la historia. Pero yo pienso enseguida en el presente, y me pregunto: ¿Qué hacer para que estas comunidades cristianas se conserven y sigan caminando con ese sentido de la vida que vino a traernos la revelación cristiana y que en Toledo se ha vivido a través de los siglos, con los defectos, fallos y pecados que se dan y que se darán siempre...? A mí esto no me impresiona excesivamente. Cuando aparece en los hombres el pecado tiene que dolernos, porque el pecado es un desviarse de Dios; pero no me impresiona, como digo, pues reconozco que, aunque se dé el pecado, se da también la fe, que es un gran valor; porque precisamente por eso la redención continúa, porque el pecado está continuando siempre; Dios cuenta con ello, y por eso el Cristo de la redención no es sólo el del Calvario, es el de todos los tiempos, en todas las iglesias y en todos los corazones creyentes. Hay pecado siempre, y siempre hay fe, siempre hay redención. Lo importante es que la fe se mantenga y siga sirviendo de orientación y norma de vida para los momentos trascendentales en que el hombre ha de ser plenamente dueño de sus destinos, sobre todo en relación con Dios.

Historia, pues, de Toledo, que si yo la centro particularmente en la Iglesia, vosotros, con todo derecho, la extendéis a campos más amplios, puesto que no ha sido solamente en lo religioso y en lo eclesial en lo que Toledo ha tenido tanta y tanta significación. Por eso yo, aun cuando no pueda colaborar nada en las tareas de esta dignísima Institución, puedo daros la satisfacción de ser un discípulo aplicado de la historia de Toledo, que vivo gozosamente, y seguiré viviendo con enorme interés mientras Dios me dé vida.

III. UNA INICIATIVA DE GRAN INTERÉS

Y en prueba de ello, ahora me vais a permitir un atrevimiento, señores académicos. Porque supone cierta audacia el que yo lance hoy una iniciativa aquí. Pero espero que, en cuanto comprendáis el sentido de la misma, la acogeréis con interés.

Dando muchas veces vueltas a lo que es Toledo, a lo que suscita en la mente de muchos –éramos en el Cónclave 111 cardenales del mundo entero, y no había ni uno a quien la palabra Toledo no le recordase un mundo de nobles ideas–, se me ha ocurrido lo siguiente: Yo creo que esta ciudad y archidiócesis está pidiendo que se escriba algo así como una "*Enciclopedia de Toledo*". Sería una obra que requeriría la colaboración de muchos, y mucho tiempo. Una enciclopedia que estudiara y recogiera los diversos aspectos de esta historia gloriosa. Y para que fuera del todo completa, atendiera también a otros aspectos que no faltan hoy en esta clase de trabajos: geografía, historia política, cultura, arte, Iglesia, leyendas, tradiciones, costumbres populares... Podría irse haciendo por fascículos, con arreglo a un plan bien estudiado; se buscaría la colaboración de estudiosos, sean toledanos o no, puesto que hay muchas personas capaces de entusiasmarse con el tema de Toledo. Se programarían las publicaciones, y la Academia asumiría algo así como el alto patronazgo o alta dirección de esta obra, señalándose plazos de tiempo que lógicamente habrán de ser largos; pero una vez que se empezase la obra, no deberían ser ya nunca interrumpidos. Contaría con el apoyo de muchos, y despertaría el interés de todos cuantos

puedan estar, quizá un poco insensibles, disfrutando simplemente de la posesión tranquila de unos tesoros que acaso no estiman en todo su valor.

Si la Academia acogiera esta iniciativa, yo añadiría algo más. Hoy los arzobispos de Toledo no pueden ser mecenas de nada, pero sí que pueden ser impulsores de todo lo que sea bueno, por lo menos, colaboradores de quienes lo impulsan. Sin embargo, yo, en mi pobreza, ofrecería esto: si la Academia convoca un concurso para premiar el mejor trabajo que se presente como trabajo maqueta, como trabajo esquemático de lo que podría ser esa obra, yo ofrecería a la Academia, como un pequeño obsequio –porque a veces puedo disponer de alguna cantidad que me entregan para libre disposición– 50.000 pesetas, que podrían darse como premio al que presentara el mejor proyecto orientador de dicha obra.

Después se podrá pensar en cómo ha de acometerse la ejecución de la misma; y habrá instituciones y familias toledanas que se ofrezcan a sufragar en todo o en parte los gastos que se originen; y entidades y personas que se suscriban generosamente a la serie de fascículos. Así, con un constante esfuerzo de todos, se podrá conseguir, a lo largo de unos años, la obra, en cuanto sea posible exhaustiva, que Toledo y todo el mundo culto está pidiendo.

Yo os dejo aquí esta iniciativa por si la consideráis digna de estimación. Pienso en todos esos monumentos gloriosos; en esta misma sala en que nos encontramos. Pienso en esa catedral en donde, cada vez que entro, las piedras me hablan de la necesidad de que el Cabildo tome iniciativas pastorales vivas, para poder adecuar el presente con el significativo y fecundo pasado de ese templo grandioso. Pienso en nuestros archivos, y por eso entré en conversaciones con el Gobierno, a fin de lograr un entendimiento, y que todo lo que tenemos en la misma catedral, y en las parroquias, y diseminado en tantos y tantos lugares de la diócesis, quede bien recogido e instalado en ese viejo edificio modernizado de la calle de Trinidad, de modo que pueda ser con facilidad consultado y convenientemente utilizado por los investigadores.

CONCLUSIÓN

Como veis, no puedo contemplar ese glorioso pasado de Toledo con una actitud simplemente pasiva. Todo me está hablando, todo: el arte, que aquí ha cruzado unas manifestaciones con otras; los templos, los edificios civiles y las casas particulares, los libros, las imágenes, las personas que conocen y viven todo eso, el mundo de hoy. Este mundo de hoy que parece sólo atento a las realidades materiales; y cuando advierte que éstas no se desarrollan conforme a sus deseos, no tiene más recurso que entregarse al clamor de la protesta, o desplomarse en la tristeza y enojo del que se siente frustrado en el sentido de su vida.

Amo los valores espirituales, todos, los religiosos y los filosóficos y artísticos, porque estoy convencido de que son los que realmente alimentan y elevan al hombre como tal. Y me siento un poco responsable, a la vez muy débil, para hacer tanto y tanto como está pidiendo Toledo. Pero todo menos permanecer cruzado de brazos. Esta Real Academia, el Instituto de Estudios Mozárabes, recientemente creado, otros organismos que se proyectan en torno al Seminario,

el Seminario mismo, la Catedral, la Universidad, la Casa de la Cultura..., cada uno conservando su propia autonomía, pero colaborando todos juntos con alteza de miras y generosidad de corazón, podrían hacer mucho por Toledo, más de lo mucho que ya se ha venido haciendo estos años, testimonio de lo cual es la docta Corporación a la que habéis querido incorporarme.

Con mi agradecimiento por la distinción con que me honráis, quede en pie mi ofrecimiento, y, por supuesto, siempre mi completa disposición para ayudar en todo lo que pueda redundar en beneficio y estima de lo que es y significa Toledo. Por donde quiera que vayamos, las piedras nos hablan. Hoy, las de esta Casa. En cuanto salgamos, las de cualquier esquina, o convento, o iglesia con que tropecemos. Y cada día ese normal repaso al que ya estamos acostumbrados cuando vamos a nuestros quehaceres o a nuestros puestos de trabajo, por ese conjunto monumental de esta ciudad incomparable, cuyo nombre inspira a toda persona culta y la mueve a tributarle un homenaje de admiración y de respeto; y que a nosotros tiene que obligarnos siempre a más y más. Muchas gracias.

18. ANTE EL REFERÉNDUM SOBRE LA CONSTITUCIÓN

Instrucción pastoral, con motivo del referéndum sobre la Constitución, Toledo, 28 de noviembre de 1978. Publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, diciembre de 1978.

El momento en que los ciudadanos españoles han de dar su voto sobre la nueva Constitución está próximo. Los católicos saben que este momento compromete gravemente su responsabilidad ante Dios.

La Conferencia Episcopal ha invitado a que cada uno decida el sentido de su voto, no arbitrariamente, sino formando criterio, según la conciencia cristiana. Pero numerosos fieles de nuestra Diócesis, sacerdotes y seglares, nos piden más luz, para ayudarles a formar su juicio. La petición corresponde a un derecho de los hijos de la Iglesia. Y está ciertamente fundada: porque advierten que en un examen del proyecto de Constitución a la luz de la concepción cristiana de la sociedad aparecen elementos negativos o, como dice la nota del Episcopado, "ambigüedades, omisiones, fórmulas peligrosas", ante las cuales se suscitan reservas lógicas desde la visión cristiana de la vida.

El hecho de que haya valores políticos que se estiman positivos no dispensa de ponderar seriamente los elementos negativos. ¿Estos elementos son acaso deficiencias tolerables, bien porque no pudiendo evitarlos se compensan con los valores positivos, bien porque tolerándolos se evitan males mayores? ¿O, por el contrario, son gusanos que inficionan toda la manzana, haciéndola dañina e inaceptable?

Queremos cumplir con nuestro deber irrenunciable de responder a las consultas de los fieles y vamos a hacerlo desde una perspectiva puramente moral y religiosa. Nos lo impone la misión que Cristo y la Iglesia nos han encomendado. Seguimos con ello el ejemplo de la Santa Sede y de otros obispos del mundo entero en situaciones parecidas.

En el examen que paso a hacer me detengo, bajo mi exclusiva responsabilidad, en algunos puntos que estimo exigen una mayor aclaración. He aquí los principales:

1º *La omisión, real y no sólo nominal, de toda referencia a Dios.* Estimamos muy grave proponer una Constitución agnóstica –que se sitúa en una posición de neutralidad ante los valores cristianos– a una nación de bautizados, de cuya inmensa mayoría no consta que haya renunciado a su fe. No vemos cómo se concilia esto con el "deber moral de las sociedades para con la verdadera religión", reafirmado por el Concilio Vaticano II en su declaración sobre libertad religiosa (DH 1).

No se trata de un puro nominalismo. El nombre de Dios, es cierto, puede ser invocado en vano. Pero su exclusión puede ser también un olvido demasiado significativo.

2º Consecuencia lógica de lo anterior es algo que toca a los cimientos de la misma sociedad civil: *la falta de referencia a los principios supremos de ley natural o divina*. La orientación moral de las leyes y actos de gobierno queda a merced de los poderes públicos de turno. Esto, combinado con las ambigüedades introducidas en el texto constitucional, puede convertirlo fácilmente, en manos de los sucesivos poderes públicos, en *salvoconducto para agresiones legalizadas contra derechos inalienables del hombre*, como lo demuestran los propósitos de algunas fuerzas parlamentarias en relación con la vida de las personas en edad prenatal y en relación con la enseñanza.

Por falta de principios superiores, la Constitución ampara una *sociedad permisiva*, que –según advirtió oportunamente el Episcopado Español– no es conciliable con una sociedad de fundamento ético; y por lo mismo es contraria al ejercicio valioso de la libertad. La libertad no se sirve con la sola neutralidad o permisividad o no coacción. Se sirve positivamente en condiciones propicias que faciliten el esfuerzo de los que quieren elevarse hacia el bien. Al equiparar la libertad de difundir aire puro y la libertad de difundir aire contaminado, la libertad resultante no es igual para todos, pues en realidad se impide la libertad de respirar aire puro y se hace forzoso respirar aire contaminado.

3º En el campo de la Educación, la Constitución no garantiza suficientemente la libertad de enseñanza y la igualdad de oportunidades. Somete la gestión de los centros a trabas que, según dice una experiencia mundial, pueden favorecer a las tácticas marxistas. La orientación educativa de la juventud española caerá indebidamente en manos de las oligarquías de los partidos políticos.

Sobre todo, no se garantiza de verdad a los padres la formación religiosa y moral de sus hijos. Porque no basta consignar el derecho de los padres o los educadores a recibir la formación que elijan. Es también derecho sagrado de niños y jóvenes, reafirmado por el Concilio Vaticano II, que todo el ámbito educativo sea estímulo, y no obstáculo, para "apreciar con recta conciencia los valores morales", y para "conocer y amar más a Dios" (GE 1). Pues bien, la Constitución no da garantías contra la pretensión de aquellos docentes que quieran proyectar sobre los alumnos su personal visión o falta de visión moral y religiosa, violando con una mal entendida libertad de cátedra el derecho inviolable de los padres y los educandos.

El mal que esto puede hacer a las familias cristianas es incalculable.

4º La Constitución *no tutela los valores morales de la familia*, que, por otra parte, están siendo ya agredidos con la propaganda del divorcio, de los anticonceptivos y de la arbitrariedad sexual. Los medios de difusión que invaden los hogares podrán seguir socavando los criterios cristianos, en contra de solemnes advertencias de los Sumos Pontífices dirigidas a los gobernantes de todo el mundo y no solamente a los católicos.

Se abre la puerta para que el matrimonio, indisoluble por derecho divino y natural, se vea atacado por la "peste" (Conc. Vat.) de una *ley del divorcio*, fábrica ingente de matrimonios rotos y de huérfanos con padre y madre. Como han señalado oportunamente los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Valladolid, y otros, la introducción del divorcio en España "no sería un mal menor", sino ocasión de daños irreparables para la sociedad española.

5º En relación con el *aborto*, no se han conseguido la claridad y la seguridad necesarias. No se vota explícitamente este "crimen abominable" (Conc. Vat. II). La fórmula del artículo 15: "todos tienen derecho a la vida", supone, para su recta intelección, una concepción del hombre que diversos sectores parlamentarios no comparten. ¿Va a evitar esa fórmula que una mayoría parlamentaria quiera legalizar en su día el aborto? Aquellos de quienes dependerá en gran parte el uso de la Constitución han declarado que no.

Estos son, a nuestro parecer, los riesgos más notables a los que la Constitución puede abrir paso. Su gravedad es manifiesta, los que por razones de orden político se inclinen a un voto positivo consideren ante Dios si realmente hay mayores males que justifiquen la tolerancia de un supuesto mal menor; sin olvidar que no es lo mismo tolerar un mal, cuando no se ha podido impedir, que cooperar a implantarlo positivamente, dándole vigor de ley.

Recuerden los ciudadanos creyentes que, como dice el Concilio Vaticano II, "en cualquier asunto de orden temporal deben guiarse por la conciencia cristiana, dado que ninguna actividad humana, ni siquiera en el dominio temporal, puede sustraerse al imperio de Dios" (LG 36). Por tanto, su voto ha de favorecer aquellas estructuras sociales que no estén en pugna con la ley de Dios y que resulten estimulantes para la moral pública y la vida cristiana.

Lamentamos que muchos católicos se vean coaccionados a votar globalmente un texto, algunos de cuyos artículos debieran haber sido considerados aparte. Hay muchos creyentes que, con toda honradez y con la misma elevación de miras que invocan los demás, sienten repugnancia en el interior de su espíritu a votar en favor de un texto que muy fundadamente se teme que abra las puertas a legislaciones en pugna con su concepto cristiano de la vida. Su repugnancia nace de motivos religiosos, no políticos. Decirles simplemente que es después de la Constitución cuando tienen que luchar democráticamente para impedir el mal que puede producirse, y negarles que también ahora democráticamente tengan derecho a intentar evitarlo, es una contradicción y un abuso.

Cuando por todas partes se perciben las funestas consecuencias a que está llevando a los hombres y a los pueblos el olvido de Dios y el desprecio de la ley natural, es triste que nuestros ciudadanos católicos se vean obligados a tener una opción que, en cualquier hipótesis, puede dejar intranquila su conciencia hasta el punto de que si votan en un sentido, otros católicos los tachan de intolerantes, y si votan en sentido diferente hayan de hacerlo con disgusto de sí mismos. A aquellos precisamente me dirijo para decirles que hagan su opción con toda libertad, según se la dicta su conciencia cristiana, y sepan contestar, a los que les atacan por su actitud negativa, si es que piensan adoptarla, que la división no la introducen ellos, sino el texto presentado a referéndum. Es sólo su conciencia, rectamente formada con suficientes elementos de juicio, la que debe decidir, sin aceptar coacciones ni de unos ni de otros.

Deseamos de todo corazón que la intervención de los católicos en la próxima votación sea tan consciente y elevada que atraiga sobre España las bendiciones de Dios y que nuestra Patria "disfrute de los bienes que dimanar de la fidelidad de los hombres a Dios y su Santa voluntad" (DH 6).

19. ¿QUÉ QUEDA DE LA ESPAÑA CATÓLICA? ¿QUÉ PUEDE QUEDAR A FINAL DE SIGLO?

Conferencia pronunciada en *el Club Siglo XXI*, Madrid, el 22 de mayo de 1979. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, junio 1979.

INTRODUCCIÓN

Entre los muchos temas que se ofrecían a mi consideración para hablar esta tarde ante vosotros, he elegido éste por una razón sencilla.

Como Obispo, vivo exclusivamente entregado a un quehacer religioso. Creo en la Iglesia católica y la amo. Y siento vivamente el deseo, nacido de mi convicción interna y de mi fe, de que la verdad de que es depositaria sea conocida y amada por el mayor número posible de gentes en el mundo entero.

Como español e hijo de mi tiempo, contemplo la evolución política y social de nuestra patria, y dado que la religión no es únicamente para vivirla en el interior de la conciencia, sino que por exigencia de su naturaleza ha de proyectarse sobre la ciudad terrestre, me pregunto con todo derecho qué queda de la España católica y qué puede quedar de aquí al final de siglo.

Con lo cual declaro abiertamente que no comparto la opinión de quienes juzgan anacrónico hablar de la España católica, incluso como hipótesis. Si hay españoles, hay España; si hay ingleses, hay Inglaterra. Y según sean los españoles o los ingleses, así será España o Inglaterra en el orden político, económico, deportivo o religioso, sin que ello prejuzgue el problema de la confesionalidad o laicidad del Estado, que es otra cosa distinta.

PRIMERA PARTE

¿QUÉ QUEDA DE LA ESPAÑA CATÓLICA?

1. Ni parcialidad ni reducción

Cuando se habla de España católica, inmediatamente surge ante nosotros una imagen, más que la realidad. Y una imagen frecuentemente parcial, deformada, limitada para muchos a lo que recuerdan del siglo XIX o XX, o, yendo más atrás, a los tópicos que se repiten sobre el Siglo de Oro, la Reconquista o los Concilios de Toledo.

Esto es algo así como querer describir la orografía de un país, fijándose únicamente en los picos montañosos más salientes, los que se abarcan con la mirada, pero sin haber recorrido el suelo palmo a palmo. Ni siquiera tendría justificación el procedimiento, aunque se tratara de hablar de la España católica de un momento determinado, a no ser que se dijera que se pretendían describir únicamente aspectos externos que, por supuesto, exigirían ser tenidos en

cuenta, pero de ningún modo servirían para captar íntegramente el valor del hecho religioso católico.

Por ejemplo, es muy frecuente que se hable o se escriba de la "católica España", teniendo a la vista el horizonte de los últimos ciento cincuenta años.

Ahora bien, si se me habla de la desamortización de Mendizábal y de la reacción de la Iglesia frente a aquella legislación; de la supresión de las Facultades Teológicas en las Universidades civiles y del estado deficiente de los estudios eclesiásticos en los Seminarios; de las guerras entre carlistas y liberales con intervenciones banderizas de sectores de la Iglesia por una y otra parte; de revoluciones persecutorias como la del 68 y de actitudes enconadas en contra, como reacción; de actitudes contrapuestas en la Iglesia ante la restauración canovista, que poco a poco van entrando, aunque nunca del todo, por caminos de reconciliación; de apasionamiento e incompreensión ante los intentos reformistas de Canalejas ya en el siglo XX; de la falta de visión de los problemas sociales del mundo de la economía y del trabajo ante los primeros brotes del marxismo, del socialismo de Pablo Iglesias, de las Encíclicas de León XIII, si se me habla de todo esto, se me está colocando ante hechos aislados, picos salientes en el paisaje, que desde luego manifiestan algo, y aún mucho, y que configuran en parte la realidad. Ello nos obligará a tener que examinar cuestiones como el clericalismo, la falta de sensibilidad social, la excesiva interferencia del altar en el trono y del trono en el altar, el aislamiento cultural de la Iglesia, etc. Son hechos que hay que estudiar. Pero la visión y el juicio sobre una España católica no pueden reducirse a los comentarios o interpretaciones que suscitan estos hechos.

Permítaseme, pues, enfocar la cuestión desde otra perspectiva. Porque cuando me pregunto ¿qué queda de la España católica? no estoy pensando en esos paisajes, ni siquiera en el más significativo y al que he aludido muy de pasada, el de la unión de Iglesia y Estado, o, como se decía antes, del altar y el trono. Más aún, me importan muy poco, a no ser como lo que son: datos aislados o aislables que, estudiados en sí mismos, obliguen a precisiones y rectificaciones, y que, si obedecieron a una directriz determinada en el pensamiento o modo de ser del catolicismo ante tales hechos, nos pedirían, cuando menos, juzgarlos con los criterios de la época, pero nada más.

Y se podría añadir que fenómenos semejantes se vivieron en muchos países de Europa por el mismo tiempo o años antes. De modo que no sería algo privativo de España, tal que justifique el hablar de la España católica como de un caso raro y suelto que la califica peyorativamente en el concierto de las naciones. Unión del trono y del altar se había dado en Europa hasta la Revolución francesa; luchas entre sectores del poder político y el poder religioso, en ninguna parte como en Italia durante el siglo XIX; alejamiento progresivo del proletariado respecto a la Iglesia, fue fenómeno común, lo mismo en países protestantes que católicos; y si en Alemania hubo un obispo como Mons. Ketteler, que plantea el problema social de la época casi al mismo tiempo que Carlos Marx, hubo otros muchos obispos que no lo hicieron, porque no supieron o no podían hacerlo.

2. Una fe y una cultura católica

La España católica, a la que yo me refiero, no es la del siglo XIX, ni la de los Reyes Católicos, ni la de San Fernando y las Cruzadas. Es todo a la vez, y comprende la realidad de una fe predicada, vivida, propagada con fervor misionero. Con todas las imperfecciones y fallos que se quieran, pero con una innegable capacidad de encarnación en los individuos y en las familias, y un despliegue social tan variado y tan rico que ha constituido la empresa cultural y "política" de España a lo largo de los siglos con más fuerza creadora a través de su historia.

No es necesario recurrir a Menéndez Pelayo para ilustrar esta afirmación. El mismo Madariaga, hombre religioso, pero nada benigno en sus juicios sobre la Iglesia española, particularmente cuando habla del siglo XIX y del XX, escribe: "La religión católica es, ya hace veinte siglos, el elemento quizá más importante de la cultura y de la civilización españolas, y aunque muy caída de su antiguo esplendor, sobre todo en virtud de causas históricas que han influido por igual en otras formas de vida nacional, aunque privada de la situación predominante que tuvo antaño en la vida española, es todavía, y seguirá siendo durante mucho tiempo, uno de los rasgos más importantes del espíritu de España. El creyente, ya sea un clerical, ya sea tan sólo un anticlerical, pisa terreno histórico más fuerte que el recién llegado, cuyas ideas son con harta frecuencia ideas de cabeza sin hondas raíces en el alma"¹.

Entiendo, pues, por España católica el hecho de un modo religioso de ser y de vivir en los hombres y mujeres de las ciudades, pueblos y aldeas de España en sus diversas regiones, en coherencia con los datos esenciales del mensaje de fe del catolicismo: adoración y glorificación de Dios y de sus misterios revelados por Cristo; defensa de los principios dogmáticos de ese mensaje, y, en ocasiones, ardorosa colaboración a sus formulaciones y exigencias, por medio de sus teólogos y sus santos, no solamente los de sus Siglos de Oro; aceptación de una praxis moral y unas costumbres generalizadas, inspiradas en los mandamientos de Dios y de la Iglesia, con un concepto de la familia como núcleo sagrado para muchos, y casi para todos, como cristalización de valores éticos de primer orden; religiosidad popular manifestada en mil formas diversas de expresión y común participación del sentimiento religioso; oración y plegaria a la omnipotencia de Dios por medio de la intercesión de la Stma. Virgen María y de los santos; aceptación de la muerte con sentido trascendente que se tiñe a veces de patetismo religioso e incluso degenera en un tragicismo revelador de la impotencia humana, capaz de suscitar la atención de pintores, escultores y poetas.

A cada uno de estos aspectos se le puede oponer como contrapartida todos los defectos que queráis: parcialidad, exageración, inconsecuencia, politización a veces, clericalismo, moralismo a ras de tierra, temerosidad, etc., defectos que se han dado igual –tengo mucho empeño en subrayarlo– en otros países de tradición católica, más aún, que se dieron ya entre los que seguían a Jesús en Palestina, y en las primitivas comunidades cristianas, y en los siglos medievales

¹ SALVADOR DE MARADIAGA, *España. Ensayo de historia contemporánea*, Madrid, 126.

de las catedrales y los monasterios, en las épocas de oro de los santos y los pícaros, es decir, siempre.

No obstante estos defectos, el conjunto de actitudes positivas desde el punto de vista católico que he señalado antes, nutrió la vida española durante muchos siglos, y atravesó la conciencia de los hijos de España como los vientos y los ríos cruzan el cielo y la tierra de la Península. El alma española estuvo como empapada de religiosidad católica. Todo ello dio lugar al hecho religioso cuyo valor esencial paso a definir.

3. Lo sagrado en lo católico

Consiste en la aceptación y la presencia de lo sagrado, lo divino, en la vida humana. Ese es el valor fundamental de una cultura y una civilización católica. Se lo reconozco igualmente a otras religiones. Donde existan y mantengan los grandes principios de la relación del hombre con el absoluto de Dios, estamos en presencia de un factor supremo de dignificación de la condición humana. No las identifico, porque creo en la Revelación que de Cristo hemos recibido, y en la Iglesia que Él instituyó, llegada la plenitud de los tiempos.

Lo sagrado es misterio, pero es siempre elevación; no se reduce a medidas humanas, pero está presente en la vida de la humanidad; se presta a manipulaciones, pero mantiene en vigor una dimensión constitutiva del hombre; no se limita a lo religioso, pero no existe sin lo religioso; nace de las profundidades del ser, pero pugna por manifestarse en la civilización terrestre. Cuando falta, el hombre y la sociedad están mutilados y, en gran parte, vacíos.

Al encarnarse en nuestro pueblo eso que llamamos cultura católica, se logró un humanismo con rostro y con alma, con sentido del porqué y para qué, con capacidad para orientar el rumbo de la vida. Un pueblo que reza, glorifica y alaba a Dios, está cumpliendo una de las funciones más altas de la civilización y la cultura. Sin adoración a Dios no hay hombre completo. Y no podrá haber adoración si no hay fe.

Los españoles tuvieron y vivieron esa fe individual y colectivamente, mezclada con mil adherencias no estrictamente religiosas, desde luego, pero nunca carente de sentido sobrenatural ni de algo que en la existencia humana tiene valor supremo: la posibilidad práctica de entender el misterio de la vida y utilizarla como un medio de relación con el creador y ordenador sumo, Dios, ayudando a los demás a alcanzar el fin último: la salvación. Esto es lo que hacía sentir entusiasmo a hombres como Ramiro de Maeztu en su *Defensa de la Hispanidad*. Muchas de las páginas que escribió no han pasado de moda.

Podría decirse que, si limitamos el concepto de España católica a esa vivencia y expresión colectiva de lo sagrado, hemos escamoteado el tema. No quisiera ser acusado de esto. Evidentemente, no es lo mismo lo sagrado o lo religioso que lo católico. Lo que sucede es que ese valor de lo religioso y de lo sagrado a que me he referido, como categoría fundamental de la existencia, en España ha tomado cuerpo social precisamente en lo católico. He ahí por qué es tan importante conservarlo. Porque si se perdiera, estoy seguro de que no dejaríamos de ser católicos para pasarnos al protestantismo o a una religión oriental, sino para hacernos agnósticos.

Pero además, y hablando ya como creyente, el cristianismo es la religión revelada por Cristo, universal, para todos los hombres –por eso se llama católica–, y los hombres o los pueblos que hayan tenido la dicha de recibirla deben considerarse felices de no perder su sentido de lo sagrado y lo religioso precisamente tal como aparece en el hecho de la Encarnación del Hijo de Dios en el seno de María, en su nacimiento para el mundo, en su predicación del Evangelio, en su muerte redentora y en su resurrección. Cristo quiso recapitular todas las cosas en Sí (Col 1,10).

Y este sentido de lo sagrado y de lo religioso, a través de lo católico, se ha vivido en España intensamente con las características esenciales que señala el credo de la Iglesia católica. Una de ellas es el universalismo y el de la fundamental igualdad de los hombres ante Dios en orden a la salvación; y España lo vivió y lo cumplió en América con un esplendor que ni los peores capítulos de la leyenda negra pueden hacer desaparecer. Otra es la de las afirmaciones dogmáticas insoslayables en una religión como la católica, que se sustenta en la vida y las enseñanzas del Hijo de Dios, que, por lo mismo, no fluctúan ni pueden estar sometidas a los vaivenes o interpretaciones subjetivas de los hombres; y España se distinguió por la adhesión y defensa de estos principios, con la coherencia que pedía la misma Iglesia, y acaso a veces con el apasionamiento del carácter español. Lo mismo en el culto y la piedad, en la relación con la Jerarquía, en la sensibilidad para las exigencias de la moral, particularmente las que llevan implícito un cierto concepto del honor. España lo vivió y ha seguido viviéndolo hasta muy entrado y avanzado el siglo XX en que estamos.

Las guerras civiles del XIX, que empiezan por motivos políticos y se tiñen de matizaciones religiosas, dividen a los católicos del mismo credo, y, en la defensa violenta de las posiciones respectivas, aparece todo lo áspero y montaraz de nuestra condición, incluso en clérigos y obispos, lo que dio origen a un modo de entender las posturas religiosas, viciado por la política y por los errores de perspectiva en cuanto a la defensa de lo que se creía esencial para mantener el espíritu de la nación española.

Hoy, a más de cien años de distancia, nos es muy fácil enjuiciar a aquellos hombres, pero lo hacemos con criterios de hoy, lo cual incapacita para comprender bien lo que quisieron hacer ayer.

Deber de los historiadores, de los teólogos, de los sociólogos es discernir con objetividad lo que haya habido de defectuoso y censurable en el proceso secular del desarrollo de la fe y la cultura católica. Lo que afirmo es que era natural, legítimo y deseable que, en un pueblo así formado y predispuesto, la unión entre la fe y la vida se manifestase en la cumbre de la expresión política y social, es decir, en el Estado. Lo mismo había sucedido en otras naciones; era un ideal que la Iglesia fomentaba; solamente el tiempo y los profundos cambios de toda índole permitirían llegar a conclusiones distintas, en unas naciones antes y en otras después. Lo que nos parece totalmente inadmisibile –vuelvo a decir– es enjuiciar el hecho de la España católica exclusivamente a través de una época limitada e inmediata, de unas manifestaciones de ese hecho, estridentes o tumorales quizá en algunos casos, y añadir la sonrisa irónica y burlona, el impropio habitual contra el oscurantismo cerril e ignaro, la riqueza de las órdenes religiosas, la abundancia de clérigos ociosos, etcétera.

Por debajo de todas esas manifestaciones, en la conciencia más honda de un pueblo que sufría al contemplar el ocaso de sus antiguas grandezas, corría la sangre de una fe no perdida, que seguía impulsando a la práctica de la virtud, al mantenimiento del valor de la familia, al deseo de contar con una juventud alegre, pero limpia, a la afirmación de Dios como luz definitiva de la existencia, al amor a Cristo y a la Virgen María, a la paz interior y al consuelo que los sacramentos llevan al alma de quienes los reciben. En ese mismo siglo XIX, y aun en lo que va del XX, en la España católica, sin ayuda ninguna del Estado, se fundaron Congregaciones Religiosas de enseñanza y beneficencia, en número extraordinario, gracias a las cuales fueron apareciendo centenares de escuelas, asilos, orfanatos, hospitales, anticipándose a la labor estatal posterior. Lo hicieron hombres y mujeres llenos de fe, partiendo de la más absoluta pobreza, héroes de la caridad social, siempre alentados por sacerdotes y obispos que trabajaron con ellos. Pero todo esto se olvida con facilidad, y es más cómodo recrearse, por ejemplo, en las páginas anticlericales de Baroja o de Galdós, o en el feroz ataque que hace éste a ciertas formas de ayuda al prójimo, en su drama *Misericordia*; el mismo Galdós, que, por otra parte, gustaba de visitar a las monjas de clausura de los conventos de Toledo para que en sus locutorios le hablasen de Dios.

Se ha acusado mucho al catolicismo español de falta de atención a las exigencias de la justicia social. Le faltó clarividencia y generosidad, como dijo tantas veces don Ángel Herrera, y tuvo que contemplar más tarde con dolor inmenso el alejamiento de la clase obrera apartada de la Iglesia.

Hay que anotar este hecho, ciertamente, como una zona sombría de la España católica. Solamente diré que sucedió lo mismo en otros países de la Europa católica o protestante; que el fenómeno del alejamiento del proletariado no se ha dado exclusivamente en España; que cuando se empieza la revolución industrial en Europa, en nuestra patria nos dejamos hundir en nuestras guerras civiles; y, dato muy importante, que para lograr una mejor distribución de los bienes se necesita una economía ordenada y eficiente. España en el siglo XIX fue perdiendo todo cuanto tenía en América. Otros países europeos, por el contrario, ampliaron sus colonias y explotaron las riquezas de éstas hasta la última guerra mundial. España durante el siglo XX, cuando las luchas sociales se hacen más encarnizadas, era mero paisaje. La industria, excepto en algunas regiones, casi inexistente. La agricultura, totalmente empobrecida. No justifico, no, la ausencia de preocupación social. Solamente quiero decir que, en medio de tanta ruina y de tanta pobreza, se explica que cada uno defendiera lo suyo como pudiese.

Aun con todo, el sentido católico de la vida se mantuvo en la mayor parte del pueblo. Era un catolicismo con muchas imperfecciones, como siempre sucede, pero existía. A cualquiera de los que creen en la Iglesia tiene que alegrarle cuanto se haga para eliminar esos fallos, pero sin que se pierda la fe en Cristo Redentor.

Suscribo íntegramente las siguientes palabras del Cardenal Daniélou: "Cierta concepción del cristianismo puro, de un cristianismo de militantes, de un cristianismo de selectos, en el que, por lo demás, se dan exigencias muy legítimas, parece inducir a menospreciar el valor inmenso de esta fidelidad, en el corazón de la inmensa mayoría de los hombres y de las mujeres de nuestro país y de todos los países, de ese vínculo fundamental con Dios en los momentos

esenciales de la existencia. Tengo que confesar que estas ideas han cristalizado en mí al volver de un viaje por América Latina, donde, a la inversa de lo que muchos dicen, he quedado desconcertado por la existencia de ese inmenso continente católico. Cuando me dicen: 'Se trata de un catolicismo sociológico', lo niego de plano, porque corresponde, a través de supersticiones, a través de deformaciones, a una necesidad religiosa fundamental. Me opongo a cuantos se consideran con derecho a despreciar esa religión de los pobres y de los pequeños. Hay en ella algo que, para mí, es una de las más profundas injusticias de algunos grupos católicos contemporáneos, en los cuales puede haber mucho orgullo espiritual. Ciertamente, hacen falta militantes, pero los militantes no tienen sentido alguno cuando no existe un inmenso pueblo. Confieso que una Iglesia de generales no me interesa"².

4. ¿Qué queda de la España católica?

Al llegar a este momento de mi reflexión vuelvo a preguntarme: ¿Qué queda de la España católica? Mi respuesta aparecerá más clara en la segunda parte, que voy a exponer a continuación. Deliberadamente dejo de examinar con detenimiento el doloroso drama de nuestra guerra civil, que tuvo algo de todo: de cruzada, de guerra por motivos sociales y de enfrentamiento político. No puedo referirme a ella, ni tampoco a otros aspectos del catolicismo de España en el siglo XX, porque me lo impiden muchas cosas: el dolor que suscitan los recuerdos, la falta de serenidad política en que vivimos hoy y la magnitud del tema, cuyas implicaciones son tantas y de tanta densidad que sería un dislate querer apresar con las pinzas de una breve consideración, acontecimientos de tanta profundidad espiritual, cultural, social y política.

Es necesario, en efecto, estudiar el desarrollo de la vida española en esta etapa última, desde el punto de vista de lo católico. Su examen es obligado. Pero si no queremos quedarnos en la periferia de los acontecimientos, y sofocados por los episodios que se suceden unos a otros, corremos el peligro de olvidarnos, como tantas veces, del alma del pueblo. No basta hablar de la consagración de España al Corazón de Jesús; del incendio de iglesias al ser proclamada la República; de la frase de Azaña en el Parlamento; de la carta colectiva del Episcopado Español; de la Acción Católica, con mayúscula o con minúscula; de las asociaciones y empresas apostólicas creadas por el P. Ayala y don Ángel Herrera; del Opus Dei; del Concilio Vaticano II y la libertad religiosa; del mal llamado nacional-catolicismo, etc. La España católica del siglo XX no puede entenderse sin eso, pero es mucho más que todo eso.

Gran parte de lo que se ha dicho y escrito, aunque se adorne y se apoye en abundante documentación, sirve para iluminar un episodio o una cadena de episodios, nada más. Confío en la labor paciente de los historiadores serios capaces de respetar, en la narración de los hechos, el valor de los núcleos de fe que los teólogos, serios también, puedan aducir como envoltura, como motivación o como consecuencia de lo que ha ido sucediendo.

En los sociólogos confío menos. Tengo la impresión de que la sociología, en lugar de ciencia de los hechos, se está convirtiendo, a fuerza de querer

² JEAN DANIELLOU, *La fe de siempre y el hombre de hoy*, Madrid 1969, 82-83.

interpretarlos, en disimulado vehículo de ideologías; y es muy triste que con ropaje científico se dé cabida a la pasión o a la ligereza.

Así pues, y con esta restricción deliberadamente buscada, respondo a mi pregunta de este modo: de la España católica queda mucho; queda la realidad de una fe compartida por una gran parte del pueblo con más o menos imperfecciones; quedan una creencia y una piedad, como manifestaciones de esa fe, en el ámbito individual y familiar, a veces deterioradas, pero eficaces aún; queda una impregnación cultural católica, difusa en el ambiente, cuyos testimonios artísticos, literarios, políticos, religiosos, obligan a pensar en el pasado con respeto y a veces con instintiva adhesión; queda un sentido moral que se manifiesta en la práctica de muchos y en la repugnancia –todavía de los más– a aceptar el amoralismo de tantos y tantos, cada vez más extendido; queda una Iglesia institucional que aún ejerce influencia en la conciencia y el comportamiento de muchos; y quedan un bienestar intelectual grande en unos –católicos, por supuesto– y un dolor muy respetable en otros –católicos igualmente– por el hecho de que España no sea ya un país oficialmente católico al haber dejado de ser un Estado confesional.

Más brevemente todavía podría formularlo así: de la España católica tal como la hemos entendido, en el pensamiento queda mucho; en los sentimientos, aún más; en las costumbres, cada vez menos.

Discurriendo por las edades, creo que no sería inexacto decir lo siguiente. En las generaciones adultas, de cuarenta años en adelante, hay una mayor vivencia de la fe y también mayor anticlericalismo; en los más jóvenes, de los dieciocho a los cuarenta años, más humanismo, mayor indiferencia ante lo religioso, sea o no católico, y menos anticlericalismo; en la adolescencia, gravísimo peligro de descristianización acelerada, ya que su inmadurez les hace más vulnerables a la presión turbadora del ambiente, a la debilidad y desconcierto de los padres, al agnosticismo o a la confusión de muchos escritores, al falso concepto de las libertades, a la autosuficiencia, tan reivindicada por ellos y tan malignamente fomentada por los “mass media” y por los educadores. La horrenda plaga de la pornografía hace de los más jóvenes sus víctimas, sin que perdone a los mayores.

Una nueva precisión que en mí suscita más graves preocupaciones. En lo que llamamos el mundo de la cultura –instituciones, como Universidades y Centros de Estudio; movimientos artísticos y literarios: ciencias filosóficas y sociales: instrumentos de divulgación del pensamiento, como periódicos y revistas, cine y teatro, etc.–, salvo en muy contadas excepciones, lo católico pierde vigencia; lo simplemente religioso, al menos como referencia a lo que se llama el drama de la existencia humana, todavía aparece. El lamento por la ausencia de Dios en la vida, así como un gemido porque falta algo que se estima esencial, o como una protesta por la soledad interior que nos oprime cada vez más, o como un presentimiento de no se sabe qué desconocidas catástrofes que nos amenazan, ese lamento, sí que se oye en el mundo de la cultura. Pero tiene más de llanto silencioso y dolorido de quienes se sienten víctimas que de grito de alerta, liberador y combativo. Todavía el mundo no sabe librarse del anillo de hierro del materialismo que nos destroza a todos, también en España.

SEGUNDA PARTE

¿QUÉ PUEDE QUEDAR DE AQUÍ A FINAL DE SIGLO?

Los españoles que ahora nacen tendrán veinte años cuando llegue esa fecha, es decir, que con ellos habrá irrumpido en la vida nacional una nueva generación, y los que ahora tienen veinte años serán entonces hombres y mujeres en la madurez de los cuarenta. Lo que quiere decir que a final de siglo la mitad de la población española, en su porción más joven, quedará afectada por lo que suceda en este período de tiempo que falta para el comienzo de la nueva centuria. También los demás, por supuesto, pero a los efectos del análisis que estoy haciendo tienen mayor significación para el futuro los comprendidos en ese bloque de los cuarenta años.

Las esperanzas que se les brindan son éstas, entre otras. En lo político, plena democracia. En lo social, disfrute de las más amplias libertades. En lo económico, mejores niveles de vida para todos. En lo profesional, capacitación de muchos más que hasta aquí, para ejercer sus actividades en armonía con las exigencias de una civilización técnica cada vez más extendida. En lo cultural, multiplicación de los centros de enseñanza media y superior, porque aún no se ha producido en España el fenómeno que empieza ya a darse en otras naciones de alejamiento de las carreras universitarias.

Junto a estos datos aparecen otros, que tienen también suma influencia en la configuración del estado social de un pueblo: el ocio, el turismo interior y exterior, los grupos y asociaciones restringidas, la promoción de la mujer, los cenáculos de ideas a las que se promete servidumbre bajo la apariencia de libertad, la facilidad para la comunicación mundial de unos con otros, la tiranía del sexo y el hecho ya amenazante de las técnicas de comunicación, que, por procedimientos orales y escritos o audiovisuales nuevos, permitirán que millones y millones de seres humanos a la vez reciban la misma noticia, la misma influencia en su capacidad de pensar, y quizá el mismo impedimento para reaccionar por sí mismos.

Es suficiente este apunte, que podría ser ampliado con numerosas consideraciones de otro tipo, simplemente para que nos demos cuenta de la aparición en escena de nuevos agentes transformadores –estructurales unos, ideológicos otros– que influirán sobre la mente y el alma de los españoles en los próximos veinte años.

Al fondo de ese cuadro descriptivo –y esto es lo más peligroso– está, como apuntan filósofos modernos cada vez más frecuentemente, la manipulación del hombre. Sobre la cultura, la economía, el bienestar social, los sistemas políticos, etc., los conceptos son distintos, y cuando más libre parece que es el hombre de hoy para crearlos o modificarlos, mas esclavo viene siendo de fuerzas mundiales ocultas, que elaboran sus planes como un laboratorio secreto, y trabajan para que sean aceptados unos, o rechazados otros, según sus intereses. Los partidos políticos, con todo lo que tienen de cauce para la manifestación de las tendencias, no logran escapar a los condicionamientos que les imponen la disciplina interna y las obediencias internacionales.

¿Qué quedará, pues, del hecho real de una España católica tal como he tratado de explicarlo en la primera parte de esta conferencia?

1. La Iglesia

Nuestra mirada debe dirigirse a ella en primer término. Es el pueblo de Dios, el conjunto de los bautizados. Familias católicas, seglares que viven su fe en el mundo, sacerdotes, congregaciones religiosas, obispos. Esta Iglesia lleva en la mano un depósito, el de la vida de Cristo, que conserva y transmite. En eso consiste su hermosura y su grandeza. La mueve el Espíritu Santo, gracias a cuya acción renace siempre, y siempre dispone de misteriosas energías que agitan el corazón de los hombres. Encarnada en la vida social de un pueblo hace que surja, por el propio dinamismo de la fe, una cultura católica. Disminuida en cambio, o por su propio desfallecimiento o por obstáculos externos a ella, puede ser llevada a tener que contemplar el ocaso de una cultura o de un modo de vivir que debió a ella su origen.

Para que la Iglesia siga dando sangre al corazón de un pueblo católico se necesita que tenga agentes de evangelización en proporción numérica suficiente para los campos que hay que abarcar.

Cualitativamente es necesario que esa Iglesia mantenga una triple fidelidad, proclamada insistentemente en los documentos conciliares: a las exigencias de santidad y vida sobrenatural que la aceptación de Cristo lleva consigo y a la doctrina que Él predicó; al doble amor a Dios y a los hombres, no separado, pero no identificado; y a la necesidad de diálogo con las religiones y los hombres de nuestro tiempo.

Pues bien, de una parte nos encontramos hoy con seminarios y noviciados vacíos, con una casi paralización de las asociaciones de apostolado seglar, con la familia asaltada por la creciente marea de todos los desórdenes morales, y esto no por ninguna clase de persecución, sino por otras causas, entre las cuales está el desfallecimiento de la propia Iglesia.

De otra parte, en cuanto a esas tres fidelidades, exceptuada la que se refiere al diálogo (frecuentemente tan mal interpretado), sin las cuales la Iglesia pierde su rumbo, opino que ésta en España tiene mucho que corregir y de prisa. El Episcopado español ya lo advirtió en 1971 en tres documentos colectivos sobre la fe, la vida moral y la vitalidad espiritual de nuestro pueblo, tres documentos sobre los que ha caído el más pesado silencio. El conformismo doctrinal, en temas vitales, se extiende por todas partes.

2. El Estado

El tiempo nos dirá si fue acertado o no someter a aprobación o desaprobación global de los españoles, junto con las restantes normas y principios de la Constitución española, el punto concreto de la confesionalidad del Estado. No me preocupa este problema. Más bien pienso que es muy difícil hoy sostener la conveniencia de un Estado confesional católico, no porque lo rechace el Concilio Vaticano II, que esto no es verdad, sino por el pluralismo político e ideológico de la sociedad, sobre todo entre los que tienen más poderes e influencia para

manifestarse y para influir de un modo o de otro. Hubiera sido interesante haber podido preguntar al pueblo –también a los más pobres y sencillos, que en materia de fe privada y pública tienen tanta importancia como los catedráticos– qué opinaban sobre el tema, bien planteado, por supuesto. Pero, repito, es una cuestión ya decidida y no tengo interés alguno en suscitar polémicas perturbadoras. Algún día, sin embargo, habrá que escribir detenidamente sobre esto.

Lo que quiero afirmar es que hay otra clase de confesionalidad, de la que no se puede prescindir, y menos en un pueblo que es católico en tan gran proporción, bien entendido que el término confesional, de origen protestante, en cuanto aplicado a los Estados, no es muy afortunado, porque implica un exceso de carga religiosa y, por evolución semántica, de connotaciones clericales y eclesiásticas.

¿Qué ha dicho el Concilio Vaticano II, y concretamente el Decreto sobre Libertad Religiosa? ·

Se distinguieron en el Concilio dos cuestiones: primera, los deberes religiosos de la sociedad civil y del poder público en relación con la Iglesia; segunda, los derechos civiles de la persona en materia religiosa. Según consta por las relaciones que precedieron a la votación del texto y por el mismo texto, se da por resuelta la cuestión primera, invocando la doctrina tradicional, y se afirma más de una vez en esas relaciones, que la libertad religiosa no se opone a la confesionalidad del Estado.

Al contemplar el Concilio a los ciudadanos, que deben estar inmunes de toda coacción en materia religiosa, no deja de proclamar el deber de favorecer esa misma vida religiosa de los hombres. Este deber no se reduce a tutelar por igual el libre ejercicio de los derechos personales, sin interés especial por las convicciones religiosas. Sin duda, la inmunidad de coacción externa debe garantizarse a todos, incluso a los que procedan de mala fe (aquellos que no cumplen la obligación de buscar la verdad y de adherirse a ella), "con tal de que se respete el justo orden público" (DH 2). Pero el fomento o favor positivo, por parte del poder público, ha de servir no indiscriminadamente a todas las actitudes religiosas o irreligiosas, sino precisamente a la vida religiosa, aunque sin pretender dirigirla (DH 3). "El poder público debe crear condiciones propicias para el fomento de la vida religiosa, a fin de que los ciudadanos puedan realmente ejercer los derechos de la religión y cumplir los deberes de la misma, y la propia sociedad disfrute de los bienes de justicia y de paz que provienen de la fidelidad de los hombres a Dios y a su santa voluntad" (DH 6).

De manera que se trata de favorecer positivamente, y no de modo negativo, como se ha dicho, la vida religiosa de los ciudadanos, sea o no confesional el Estado. Deber, mucho más exigible, cuando se trata de la mayoría de los ciudadanos profesando un credo determinado.

Punto importante de la doctrina conciliar es el relativo al reconocimiento de Cristo y de su Iglesia por parte de la sociedad, como deseo al que no puede renunciar. La Iglesia cree –y desea que así se reconozca– "que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro" (GS 10), y cuando reivindica su libertad ante el poder público lo hace no sólo por el título común a cualquier grupo de hombres que viven comunitariamente su religión, sino "como

autoridad espiritual constituida por Cristo Señor, a la que por divino mandato incumbe el deber de ir a todo el mundo y de predicar el Evangelio a toda criatura" (DH 13). Señala también el Concilio que "hay que instaurar el orden temporal de tal forma que, salvando íntegramente sus propias leyes, se ajuste a los principios superiores de la vida cristiana" (AA 7).

Este principio o aspiración fundamental, que afecta a los ciudadanos en todos los grados de su participación en la vida social, no puede entenderse si no se proclama a la vez la vigencia obligada, por imperativos de orden moral, de la ley o derecho natural que, por otra parte, se oscurece y aun se apaga cuando se prescinde del magisterio moral de la Iglesia. Ésta no puede admitir el relativismo o agnosticismo como principio ordenador de la convivencia. Propone como obligatoria, sin distinción de países, la inspiración moral de las leyes, por exigencia del derecho natural, del que es guía y apoyo la Revelación cristiana. Por eso afirmó Pablo VI en la *Humanae Vitae*: "Nos decimos a los gobernantes: no aceptéis que se introduzcan legalmente en la familia prácticas contrarias a la ley natural y divina".

A todo esto es a lo que yo llamo la otra confesionalidad, la que nunca debiera desaparecer o a la que habría que tender en los proyectos de legislación para la vida de un pueblo³.

La confesionalidad estrictamente católica (o protestante, o islámica) es cuestión conexas, pero separable de la anterior. Ni la rechazo ni la propugno. Es más, hablando en términos absolutos, podría existir esa confesionalidad fundamental, a la que la Iglesia Católica apela, sin que hubiese pactos o acuerdos con ella, aunque en materias mixtas, y tratándose de un pueblo católico, ello sería sumamente inconveniente y generador de continuos y perturbadores conflictos.

Y toda esta reflexión sobre el Estado ¿a qué conduce? A dos cosas cuando menos:

1ª A ayudar a pensar sobre lo que puede suceder, en bien o en mal, de lo que quede de España católica, de aquí al año 2000, según sea la legislación del Estado, en cuestiones como enseñanza, familia, difusión cultural, juventud, religión, etc.; y

2ª A evitar que se haga decir al Concilio Vaticano II lo que no ha dicho. Recientemente decía el Papa Juan Pablo II: "La Declaración del Concilio Vaticano II sobre la libertad religiosa subraya, con toda firmeza, que ni la fe ni la no-fe pueden ser impuestas al hombre con la prepotencia; que esto debe ser un acto consciente y voluntario. Pero todo esto no anula en modo alguno el programa de Cristo. No es igual a la indiferencia. No significa indiferentismo. Todo esto demuestra sólo que la religión saca su importancia, su propia grandeza, tanto de la realidad objetiva a la que se refiere, esto es, de Dios, que revela la verdad y el amor, como también del sujeto, del hombre, que la confiesa de manera digna de sí mismo: de modo racional, consciente y libre"⁴.

³ Véase sobre este punto, *Confesionalidad religiosa del Estado*, por JOSÉ GUERRA CAMPOS; y *Régimen de confesionalidad y de laicidad*, por ANTONIO MOSTAZA, catedrático de la Universidad de Valencia.

⁴ JUAN PABLO II, en el *Angelus* dominical, 22 de abril de 1979: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de abril de 1979.

3. La sociedad

Los hombres libres de una sociedad libre tienen también su propia responsabilidad. Me refiero ahora, prescindiendo del Estado y de la acción magisterial de la Iglesia, a los hombres y mujeres de la sociedad española, a los cuales no es lícito abdicar de sus deberes y esperar a que todo se les dé hecho.

Se esgrime la democracia como un derecho reivindicativo. Pero la reivindicación de los derechos sólo es lícita partiendo del deber fundamental de realizar la "vocación de ser hombre". Y lo que le hace tal no es el conjunto de haberes o pertenencias, es su misma existencia: su libertad, su capacidad, su posibilidad de amar y ser amado, su apertura a lo trascendente, su destino, su responsabilidad, la seriedad de su cotidiano vivir, su entusiasmo, su capacidad de invención, superación y expresión. La democracia es la más exigente de las formas de ordenación política, porque analizada seriamente supone "el ser" propio del hombre, la forma concreta en que realiza su vida diaria. Por eso es la más amenazada. Surge constantemente del libre juego de fuerzas de las personas dotadas de análogos deberes y derechos. No es una situación en la que pueda ponerse en juego cualquier opinión, ni considerarse cualquier interés como motivo de Estado. Significa que todos somos responsables del destino de nuestra sociedad concreta, y que esta sociedad es la que hacemos cada individuo en cada ocasión. Cada uno quiere realmente el bien y lo quiere efectivamente.

Y aquí está el punto clave: ¿Qué es el bien o el mal? ¿Qué es lo que realmente exige poner unos bienes en el altar de otro bien? El ritmo de la historia, las situaciones, los intereses del momento no son los que pueden presentarnos la norma del bien y del mal. Sólo Dios puede. Las idolatrías llevan siempre a una subversión de valores que destruyen al hombre y, por tanto, a la sociedad. Idolátricas son las doctrinas materialistas, sean hijas de un materialismo consumista, de placer, bienestar, o de un materialismo ateo. Idolátricas son las doctrinas marxistas, que hacen del hombre el demiurgo del hombre, presentando la historia como el proceso mediante el cual la humanidad se crea a sí misma, transformando las condiciones de su existencia, según el ritmo de la historia, y no según la VERDAD de Dios. No tiene sentido exigir "libertad de" si esto no se fundamenta en "libertad para" los grandes valores de la existencia personal que he reseñado y en los que se expresa la vocación de ser hombre. El hecho de que los valores tengan un fundamento objetivo es lo que puede justificar la oposición al orden social, en la medida en que ese orden es contrario a las exigencias morales. Y si no ¿a título de qué? En la medida en que las sociedades, los regímenes políticos, los sistemas ideológicos, las formas concretas de vida desplazan del mundo la trascendencia, lo absoluto, vuelve a aparecer en forma de un "absolutismo" y "totalitarismo" allí donde no debe estar. Ningún sistema es absoluto; pero, de hecho, se constituyen en tales desde el momento en que no son juzgados por ninguna norma superior a ellos. Y entonces ¿a merced de quién queda dictaminar lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto? Lo que garantiza la libertad es la posibilidad de apelar a una instancia suprema frente a la presión de las colectividades.

La libertad no puede garantizarse allí donde el hombre sólo depende del hombre. Las sociedades que no están cimentadas en el consentimiento sobre los valores

supremos y últimos se desmoronan como un gran gigante con pies de barro. Los demás lazos son, como pone de relieve la movilidad social, vínculos flojos que saltan ante nuevas instancias y nuevos ritmos de la historia. Donde el hombre sólo depende del hombre, de lo que en ese momento se juzgue más pragmático y eficiente, se puede destruir una ciudad, eliminar con radiaciones y bacterias una población, realizar actos terroristas, abortos, esterilizar mujeres y hombres –todo lo que ya ha ocurrido–, si unos especialistas y técnicos lo consideran "necesario o conveniente".

"Dejen pasar unas cuantas generaciones que todavía hayan percibido de algún modo la exigencia cristiana de conciencia ante la necesidad del prójimo; dejen que se forme del todo el hombre enteramente terrenal, asentado sólo en su propia naturaleza y en su fuerza, ese hombre en cuya formación se trabaja en todas partes; y ya verán que lo que ha ocurrido en Alemania en estos años – 1935 a 1945– puede ocurrir en todas partes de alguna manera. De manera indirecta, no directa; de forma cauta, no brutal; con fundamentación científica, no fantástica; pero con igual sentido, más aún, quizá de modo más destructivo, por estar disfrazado de razonabilidad y humanidad"⁵.

Tan pronto como los hombres olvidan el juicio de Cristo: *Cuanto hicisteis a uno de mis hermanos más pequeños, a Mí me lo hicisteis* (Mt 25,40); tan pronto como busquen "motivos sólo de razón", de humanitarismo natural, se desarrollará todo eso, de la misma manera que la destrucción de un órgano corporal contra cuya enfermedad no se hace nada. La única garantía de mi libertad consiste en que yo pueda apelar a una instancia objetiva, ante la cual toda libertad es ya desde ahora responsable y por la que me juzgo y seré juzgado; y en virtud de la cual se explica mi constricción interior, mi imperativo moral, religioso y social. Existe el deber de establecer justicia, el derecho de exigirla, pero no en nombre de una autonomía subjetiva, de unos intereses, de una lucha de clases, sino por referencia a la dignidad del hombre, tal cual ha sido constituida por Dios.

Hay una lógica de la ciencia y también una lógica de la existencia. La primera es muy fácil de ver: una piedra atraída por la fuerza de la gravedad hacia el centro de la tierra no puede moverse hacia arriba. La otra lógica, la de la existencia, es más difícil de comprender, pero es tan inexorable como la primera. Las acciones éticamente injustas, por útiles que puedan parecer, van a parar al final a una destrucción.

El fraude, bajo la forma que aparezca, la extorsión, etc., pueden dar provecho hasta cien veces; pero, en definitiva, oprimen aquello en que se apoya la vida: el respeto a sí mismo en el propio interior, y la honradez, fidelidad y confianza en la relación con el otro. Un perjuicio para el que no hay medios curativos. Tan inexorable como la ley de la gravitación.

Lo mismo el que mata una vida en gestación. Puede ser que parezca que ha prestado una ayuda de momento, pero a la larga y viéndolo en conjunto, ha aumentado las dificultades, introduciendo, además, una fuerza corrosiva. Ha hecho lo mismo que quien para calentarse arranca las vigas de la casa. De momento habrá calor; luego se derrumbará la casa. Por eso el sentido ético de una sociedad católica exige conservar en todas las situaciones la consideración

⁵ R. GUARDINI, *La preocupación por el hombre*, Madrid 1965, 225-226.

y la mirada sobre el conjunto de la vida, el sentido de lo que en ella es esencial, el sentido de la diferencia absoluta entre lo que es bueno, digno, y lo que viene bien; y hacer frente desde ahí a lo que suceda.

La democracia, realmente y de hecho es así, no se impone, surge de la responsabilidad de los individuos que se sitúan en relación de respeto mutuo, y evidentemente, como toda realidad social, necesita de cauces y estructuras. La "Carta Magna" de la vocación del ser hombre es la única realidad de la que surge la democracia. Cada hombre puede confiarse a los demás, porque quiere el bien de la totalidad. Lo quiere realmente, no sólo dice que lo hará. La democracia es real en la medida en que tiene efectividad esa actitud. Las palabras han perdido sentido y realidad y pueden falsearse en cualquier forma engañosa. La existencia democrática es difícil, le falta arraigo en bases surgidas de principios éticos objetivos.

Bajo cualquier forma en que aparezca el problema de la libertad: libertad de convicción y su realización social, libertad de enseñanza, de profesión y trabajo, familia y esfera privada, expresión y opinión pública, en fin, de existencia personal del hombre en la democracia, todo ello sólo tiene sentido serio a partir de sus fundamentos. El deseo de las distintas formas de libertad en lo natural y las fuerzas para alcanzarla y afirmarla tienen múltiples raíces históricas, sociales, exigencia natural de independencia, etc. Pero estos elementos no pueden ser decisivos a la larga. Dan lugar a algo que nunca deja de ser relativo. La auténtica actitud de libertad se apoya en algo incondicionado y tiene tanto de obligación como de derecho. Si no es así, como saldo final se tiene la entrega de las situaciones que comporta la vida humana al egoísmo del individuo y a los objetivos del Estado. Cada ataque a la persona, y sobre todo si es por concesión de ley, prepara totalitarismos y destrucciones.

El catolicismo de España tiene que ofrecer efectivamente ese sentido de la dignidad humana, sólo esclarecida a la luz del misterio de Cristo.

El Papa ha llevado a Méjico, ha ofrecido a todos los cristianos el lema de Polonia: *Semper fidelis*. Una nación fundamentada en su fe y que evoluciona con el sentido y riqueza de su tradición cristiana. El catolicismo de España tiene que ofrecer efectivamente: personas, grupos, instituciones, sociedad, cultura, toda la grandeza de la dignidad humana. Un catolicismo debilitado en su dogma y enervado en su moral no es susceptible de jugar un papel creador en la sociedad. Las posibilidades realmente salvadoras están en la conciencia del hombre, ligada a Dios de modo vivo. La fe, insisto frecuentemente en ello, es factor decisivo de la historia. Y por lo mismo, la sociedad católica de España ha de luchar para que se salven los grandes valores.

4. La familia: el sentido sagrado del amor

El amor cristiano es una de las realidades que más distingue ya a los cristianos del mundo que les rodea. El matrimonio cristiano es la proclamación incansable de la dignidad y santidad del amor en un mundo que lo profana. "Con su ejemplo y testimonio acusa al mundo de pecado e ilumina a los que buscan la verdad". La familia es la verdadera escuela de la más rica humanidad, comunidad de fidelidad, configuración viva de la casa, célula básica de toda comunidad

humana, raíz de toda fidelidad, espejo en el que se refleja toda la vida de una sociedad. Estados, gobiernos, instituciones, parlamentos, son todo un montaje de lazos e intereses externos si se desmorona la familia. En la medida en que a ella se la desplaza, se quitan de hecho de la vida los valores y principios supremos de amor, sacrificio, convivencia –no coexistencia–, respeto mutuo, seguridad, lealtad, metas comunes.

¿Cómo vamos a creer en una sociedad que no tiene esta célula viva? ¿Cómo vamos a construir sin ella? Toda la vida sin la solidez de la familia pierde universalmente en calidad, en fiabilidad, en calado. ¿A qué forma de vida y cultura lleva una sociedad en que la familia no sea la piedra básica? ¡La lástima es que ya experimentalmente sabemos contestar a estas preguntas!

La familia está en el centro mismo de la visión de la Iglesia que nos da el Concilio Vaticano II; es la predicación constante del Papa. El ideal es el de una vida en que la presencia de Dios y la presencia de Cristo impregnen las realidades humanas. Realmente, un hogar cristiano, con su ejemplo y su testimonio, ilumina a los que buscan la verdad. Supone una sacudida para los jóvenes de hoy el encontrar un hogar cristiano en el que haya verdadero amor, que irradie alegría, trabajo, fidelidad, ayuda, responsabilidad. Los pastores de la Iglesia de Cristo sabemos que al proclamar incansables la dignidad y santidad del amor en un mundo que lo debilita y envilece, nos damos cita con las aspiraciones profundas del corazón humano, del corazón de un joven o de una joven. El hombre tiene que ajustar su comportamiento a su vocación. El campo en el que la influencia de la familia cristiana es singularmente importante es el de las costumbres. Y al decir costumbres pienso en el estilo de las relaciones humanas en un ambiente dado, relaciones entre esposos, entre padres e hijos, entre muchachos y chicas, entre familias.

En este ámbito, la reina por excelencia es la mujer. Siempre y en todas las épocas las mujeres son las que educan a los hombres; ellas imprimen cierto estilo a una generación. La mujer tiene un papel primordial: ejercer la influencia principalmente en los aspectos humanos de la civilización. La mujer infunde la vida cálida en el esqueleto de toda la sociedad, pone la savia en el conjunto de las relaciones humanas que se establecen en el seno de la civilización. La misión de los hogares cristianos es constituir ambientes en cuyo seno se creen formas dignas de relación entre los hombres, se vivencie la escala de valores que va a impulsar la vida, se forjen hábitos de colaboración, trabajo, ayuda y entrega en ese estar codo a codo en la alegría y en el dolor.

La familia tiene que salvarse de esa impugnación constante que a todo dice "no", con un "sí" al amor y a la fidelidad hasta el sacrificio. Las familias cristianas son la mejor actitud afirmativa de la sociedad, el cimiento de unas estructuras al servicio de la vocación auténtica del hombre. Es la verdadera respuesta a la insatisfacción de los jóvenes ante una sociedad técnica y económica, consumista, ambiciosa de poder que los utiliza para sus fines, pero no responde a sus problemas fundamentales.

Este sentido sagrado del amor lleva al sentido sagrado de la vida. La Iglesia siempre defenderá la significación sagrada del amor. O se acepta que la sexualidad se ha convertido en un mero producto de la sociedad de consumo – en toda esa gradación que va desde el interés de organizarla racionalmente

hasta su más triste degradación—, o se piensa que el amor humano es siempre un encuentro entre el hombre y Dios, uno de los puntos esenciales de inserción de lo sagrado en la existencia humana. En torno al amor y al matrimonio se está librando una de las grandes batallas de nuestro tiempo. Nunca los hombres de hoy agradeceremos bastante a Pablo VI y a Juan Pablo II el que, frente a todo y contra todo, salgan a defender de sí mismo al hombre en estos dos puntos tan radicales y básicos como son: el sentido sagrado del amor y el de la vida. La moral objetiva es exactamente todo lo contrario a una represión y a una alienación; es la condición imprescindible para que haya verdadera libertad. Los hombres que ajustan su comportamiento a su vocación son los hombres verdaderamente libres, liberados de esclavitudes y condicionamientos. Y toda ley tiene que estar ordenada hacia esa libertad. La Iglesia de Cristo defenderá hasta el fin la significación sagrada del amor y de la vida. Y la defenderá proclamándola ante todos los hombres de buena voluntad, porque sabe que defiende los grandes valores de buena voluntad, porque sabe que defiende los grandes valores de la existencia humana. Cuando al actuar así preserva la sal de toda corrupción, es la más joven, fuerte y vigorosa de todas las instituciones que hay al servicio del hombre.

"Hace ya tiempo que Claudel, al criticar el verso de Baudelaire: 'al fondo de lo desconocido para encontrar algo nuevo', decía: 'No necesito ir al fondo de lo desconocido para encontrar algo nuevo; necesito ir al fondo de lo conocido para encontrar lo inagotable'. En el hecho de sentir hastío por la realidad se da un fenómeno parecido al de esos estómagos estropeados que ya no soportan los alimentos sanos. Es terrible sentir esta especie de náusea con respecto a lo que constituye el fondo maravilloso e inagotable de la realidad"⁶.

Al actuar así, la Iglesia es la más moderna de las maestras de la juventud, mientras que los profesores del nihilismo, de la revolución, de la impugnación, de los materialismos, son viejos del año 2000, que abren puertas, resquebrajan cimientos por donde se pierde la vocación y dignidad del hombre. La juventud tiene sed de absoluto. El drama consiste en la dimisión de los que tienen que responder a esa sed.

El sentido sagrado del amor lleva al sentido sagrado de la vida. Tan sagrada que nadie puede atentar contra ella. Y pienso concretamente en la "vida en gestación" de una persona. A la persona no se la puede matar. El fundamento reside en la dignidad de la persona. ¿Cómo creer en una sociedad, en unas leyes abortivas? La vida del ser humano es intangible porque es persona. Persona es la capacidad de autoposición y responsabilidad por sí mismo, para vivir en la verdad y en el orden moral. Y esto es de naturaleza existencial, no psicológica. No depende de la edad, ni de las dotes, ni de la situación corpóreo-anímica, sino del "principio" que posee cada hombre. Ser madre no significa producir la vida, sino "dar la vida a un ser humano". El niño está unido a la madre en lo más hondo, y forma con ella un solo círculo vital. Pero no se agota ahí, sino que, a la vez, y desde el primer momento de su existencia, está directamente referido a la vida, a las normas absolutas, a Dios.

Concepción y muerte, crecimiento y decadencia, niñez y juventud, salud y enfermedad, forman parte de lo que se llama "ser humano". No sólo tiene

⁶ JEAN DANIELLOU, *El dedo en la llaga*, Bilbao 1970, 29-30.

evolución, sino también destino. En todo ese compendio de la existencia de cada ser humano, no sólo se produce mejora o perjuicio, sino victoria o derrota, superación y expiación. La enfermedad soportada con valentía, la incapacidad de trabajo, que dan lugar a sabiduría, bondad y madurez, son mucho más "dignas de vivir" que una salud que hace al hombre brutal, y una inteligencia que arroja la existencia humana a lo meramente exterior.

Cuidado con el ideal de "sinceridad". "Ser tal cosa –según dicen– no tiene importancia. Ser comunista, anarquista, católico. Lo importante es ser buen católico, buen anarquista, buen comunista. La manera como se realiza el ideal".

Pero la sinceridad con que es vivida una causa, de ningún modo es argumento en favor suyo. Las peores causas han conocido fanáticos de cuya sinceridad nada nos permite dudar. Se puede respetar a un hombre y fustigar las ideas que representa. No porque existan materialistas sinceros queda justificado el materialismo. ¿El único deber es llegar a lo hondo de sí mismo, sea en el afán de poder, en el acto revolucionario, en el deseo de impugnación, revancha, intereses personales, etc.? No se puede sustituir la verdad por la eficacia inmediata, y ni siquiera es verdadera eficacia. La acción es la fecundidad de la verdad. Hay que reconocer la verdad que se me impone como un valor que exige de mí un homenaje incondicionado. Hay más autenticidad en dar testimonio de la verdad, incluso cuando me condena, que en negarme a reconocerla para permitirme vivir y conservar tranquila la conciencia.

REFLEXIÓN FINAL

Termino mi exposición y trato de resumir mi pensamiento en estas breves proposiciones:

1ª Al hablar de España católica, en el pasado y en lo que pueda suceder en el futuro, tengo presente por encima de todo la realidad de un pueblo católico, en la proporción que justamente corresponda. Es a ese pueblo al que quisiera que la fe católica le acompañase siempre. En el periodo de los próximos veinte años puede decidirse en gran parte la persistencia o no del sentido católico de la vida en España. Están sin elaborar las leyes y reglamentos que apliquen la Constitución, y las que lleven a la práctica los acuerdos concordatarios, una vez ratificados por las Cortes. Debemos esperar.

2ª No me consuela la tan repetida frase de que la Iglesia, con muchos o con pocos, ante una u otra situación, subsistirá siempre. Porque no se trata ahora de la Iglesia en sí misma, sino de un pueblo que permanece unido a ella o la abandona. Como tampoco se trata de si hay que ser optimistas o pesimistas. A nadie le importa lo que yo sea. Lo que nos importa a todos son los datos reales que permitan sacar conclusiones en uno o en otro sentido. Por lo demás, el cristiano no es por definición un optimista; sencillamente es un hombre de fe. Tampoco puede ser pesimista, porque es un hombre de esperanza.

3ª La fuerza principal para mantener el sentido católico de la vida en España tiene que venir de la Iglesia misma. De una Iglesia independiente, libre, fiel, respetuosa y dialogante. De una Iglesia que evangeliza en el tiempo que le toca vivir con la intensidad que han señalado tan claramente los Pontífices Romanos,

y de modo especial está proclamando ahora Juan Pablo II. Una Iglesia que, cuanto más independiente sea del poder civil, más fiel debe ser a su propia identidad. De lo contrario, obedecerá a los dictados sociológicos del momento, en una u otra forma. Fiel quiere decir que practique y enseñe siempre a practicar las exigencias de la unión con Dios y el acatamiento a sus leyes divinas, así como las del amor al hombre, sin caer en humanismos puramente terrestres, rechazando por igual toda clase de materialismos, sean de signo marxista o ateo, o de capitalismo consumista y esclavizador. Una Iglesia que al predicar los derechos humanos predique también los deberes, como se hace en la *Pacem in terris*, deberes y derechos que tienen su fuente en la propia naturaleza humana y en su dignidad de hijo de Dios, y por lo mismo no podrán nunca ser observados en su profundidad interna si no se reconocen también los derechos de ese mismo Dios. Fiel quiere decir también que sepa mantener el credo católico, tantas veces expresado en los diversos símbolos y en el más reciente, el *Credo del Pueblo de Dios*, de Pablo VI, al que el Pontífice fallecido se refirió solemnemente, un mes antes de morir, señalándolo como uno de los actos más importantes de su Pontificado.

4ª Confío en la Iglesia de España. Sabrá superar la crisis en que se halla envuelta. Confío en el pueblo católico español, en sus obispos, sacerdotes, órdenes y congregaciones religiosas, en las familias y grupos seculares. Hay todavía una fuerza evangelizadora extraordinaria.

Es necesario que el pueblo y esas familias vuelvan a vivir con honda reflexión y con entusiasmo la alegría de su fe y de su piedad.

Los católicos, trabajando como ciudadanos en los diversos sectores de la vida social, darán testimonio de su amor a Jesucristo y de su concepto cristiano de la existencia. Otras veces habrán de hacerlo agrupados como tales, sin miedo a ser reconocidos así y sin ir contra nada ni contra nadie, sino simplemente para defender su fe en medio de la sociedad pluralista. Catedráticos, periodistas, artistas, empresarios, obreros, campesinos, movimientos familiares y juveniles tienen que surgir y unirse para la expresión y adecuada defensa de su fe y de la de sus hijos, y aun de la misma sociedad.

Habrà que mantener también y vigorizar la religión del pueblo, la de las masas sencillas, tantas y en tan gran número, que aman a Cristo y a la Virgen María y se consagran con fervor al Corazón de Jesús. Nada de eso debe ser despreciado. Pero juntamente con eso han de formarse comunidades pequeñas en las parroquias, en plena armonía con la constitución jerárquica de la Iglesia; grupos de catequistas adultos en todos los pueblos y ciudades, que ayuden a hacer entender y amar los sacramentos, la vida de gracia, la dimensión contemplativa y social de la religión de Jesús.

En los próximos veinte años, de aquí a final de siglo, pueden suceder muchas cosas en nuestra patria. Pero en el mundo se oye cada vez más fuerte el grito de los que tienen sed de Dios. Y los que hablan de Dios son escuchados, como estamos viéndolo con motivo de la actuación del Papa Juan Pablo II.

Esperemos que vuelva a haber alumnos suficientes en nuestros seminarios y aspirantes a la vida consagrada en los noviciados, sacerdotes bien formados para atender las necesidades espirituales del pueblo, monjas de clausura que

desde el retiro de sus claustros tanto bien han hecho a todos, misioneros. Y muy particular influencia podrán ejercer las Facultades Teológicas y los diversos Centros de altos estudios eclesiásticos, más necesarios que nunca para el diálogo con la cultura moderna.

5ª Una última precisión. Esta acción cristianizadora, evangelizadora, de la Iglesia en su totalidad, del Pueblo de Dios, exige instrumentos e instituciones adecuadas: escuelas, universidades, centros de investigación, presencia en la difusión cultural, en las asociaciones de juventud, etc. Porque no se trata de un cristianismo que se vive en el interior del alma, y todo lo demás queda fuera. Se trata más bien de que un pueblo católico pueda tener una civilización católica, que no ahogue ni haga imposible su libertad religiosa. Para esto son necesarias las instituciones. El Estado, aunque no profese una religión, debe ayudar a que las diversas religiones, en nuestro caso la católica, puedan tenerlas. No se convertirá él en gestor de lo religioso, pero sí ayudará a que pueda darse y mantenerse, sencillamente porque vela por la civilización del pueblo y porque sirve a ese pueblo.

Confío en que, a final de siglo, el catolicismo, aunque no sea la Religión del Estado, seguirá siendo la de una gran parte de la nación española.

La historia, la tradición y la fe de tantos, la Iglesia, la aplicación recta del Concilio y la sociedad contribuirán a ello. Entiendo por tradición lo que decía Chesterton: "consiste, no en que los vivos estén muertos, sino en que los muertos sigan vivos". A algunos les molesta que se hable de España católica, porque entienden que se establece una reducción enojosa de lo católico a categorías nacionales y políticas. No es así. No se reduce nada. Los hombres y los pueblos deben cantar la gloria de Dios. Parece ser, según han escrito, que la última frase que salió de labios de Unamuno, aquella noche fría de final de año, en su Salamanca inmortal, sentado junto a la camilla, al calor del brasero humilde, fue ésta: "Dios no puede abandonar a España". Como tampoco, pienso yo, pudo abandonarle a él.

20. SERVICIO DE LA IGLESIA A LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE NUESTRO TIEMPO

Conferencia pronunciada en el *Club Siglo XXI*, Madrid, el 29 de mayo de 1980. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, junio de 1980.

INTRODUCCIÓN

Dentro del tema "Convivencia y respeto social" voy a hablar del servicio de la Iglesia a la sociedad española de nuestro tiempo.

Hablo de la Iglesia Santa de Dios, la que Cristo dejó instituida en el mundo para la salvación de los hombres. Y si no es así, si no se trata de la Iglesia Santa de Dios, no me interesa hablar de ella en este momento. Ya lo hacen otros con excesiva frecuencia. La Iglesia, como hecho cultural de primer orden, como factor de civilización humana, como expresión social de un modo de ser y de vivir, como realidad histórica en determinadas áreas del espacio y del tiempo, son aspectos muy dignos de consideración, pero que, para el caso, no merecen la mía en este instante, en que me sitúo ante vosotros exclusivamente como obispo, no como historiador ni como sociólogo. *Ministro soy de la Iglesia, por disposición de Dios, y el servicio que se me ha confiado, en beneficio vuestro, es anunciar por entero la Palabra de Dios, el misterio escondido desde siglos y generaciones, que ahora ha sido manifestado a su Pueblo santo* (Gal 1,25).

Un tesoro que llevo en vaso de barro, pero esta es mi ilusión en todo momento, dar a conocer cuál es la riqueza de la Iglesia, este misterio que es *el mismo Cristo en medio de vosotros, la esperanza de la gloria* (Col 1,27). Hablo del Cuerpo Místico de Cristo, de la Iglesia Madre y Maestra, que atrae a sí a todos los hombres y trata de convertirlos en hijos de Dios. De la Iglesia como signo de salvación y de verdad, alzado en medio de los pueblos para ofrecerles orientación en su caminar. De la Iglesia de Cristo que "no ambiciona otro poder terreno que el que la capacita para servir y amar"¹.

De esta Iglesia de Cristo que no puede menos de atender a la experiencia propia de los hombres de su tiempo, so pena de incumplir la misma misión que le ha sido encomendada. De la Iglesia que presenta la Sagrada Escritura bajo imágenes de *aprisco y rebaño, campo y viña del Señor, edificio y templo de Dios, Ciudad Santa y Jerusalén Celestial, madre nuestra y esposa de Cristo*. La misión de la Iglesia es religiosa y, por lo mismo, plenamente humana, "no al revés" (cf. GS 11).

¹ PABLO VI, discurso de clausura de la tercera etapa conciliar, n. 16, 21 de noviembre de 1964.

I. LA IGLESIA, PROMOTORA DEL HOMBRE

Esta Iglesia de Cristo favorece la auténtica promoción del hombre, porque es la que presenta la verdad sobre el hombre en su totalidad. De su misma entraña brota su compromiso de amor. Y si el puro amor es el puro servicio, realmente el auténtico rostro de la Iglesia se refleja en el servicio que puede prestar a los hombres desde su propia identidad, no desde una presentación parcial o disimulada de su mensaje para que los hombres lo acepten más fácilmente.

"La Iglesia, entidad social visible y comunidad espiritual, avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios... Difunde sobre el universo mundo el reflejo de su luz, sobre todo curando y elevando la dignidad de la persona, consolidando la firmeza de la sociedad y dotando a la actividad diaria de la humanidad de un sentido y de una significación mucho más profundos" (GS 40).

Lo que se nos pide a los cristianos es mostrar con nuestra vida cómo el Evangelio de Cristo garantiza de hecho la dignidad y la libertad personal. La fe crece y se fortalece allí donde un hombre está dispuesto a tener una actitud firme que le libera de su egoísmo, de sus ambiciones, de sus intereses, y le abre a todos los hombres –sus hermanos–; y más allá de los hombres –sus hermanos–, al amor infinito que se revela a través de la historia y le da sentido.

Frente a la postura arbitraria de las ideologías, sistemas, corrientes de pensamiento, creaciones literarias, que decretan el bien y el mal por su cuenta, la Iglesia afirma que sólo la ley de Dios es garantía de libertad, y todo lo que se aparte de ella conduce a servidumbres y tinieblas. La garantía de nuestra libertad está en que podamos apelar a una instancia objetiva, ante la cual nuestra libertad es responsable, y por la que somos juzgados. La libertad no puede existir sin referencia a Dios. "Por esto la Iglesia –ha dicho Juan Pablo II en Nairobi– cree, sin ambigüedad ni duda, que una ideología atea no puede ser nunca el motor y la fuerza que haga avanzar el bienestar de los individuos, o que promueva la justicia social, puesto que esa ideología arranca al hombre la libertad que Dios le ha dado, su inspiración espiritual y el poder de amar a sus conciudadanos adecuadamente"².

De hecho, sentimos que no bastan soluciones materiales y técnicas para los problemas del hombre. Y no es que fracase el mundo técnico, sino que tiene sus propios límites y su propia insuficiencia. No se le puede pedir al mundo técnico ni a los bienes materiales lo que no pueden dar. En la realidad de nuestro cotidiano vivir hay problemas que no se solucionarán jamás con la técnica, ni con recursos humanos: hay cautividades de las que no nos libera el progreso material; hay aspiraciones y necesidades que no se satisfacen nunca en la tierra. La técnica hace progresos, pero es indispensable adaptarlos a la verdad del hombre y su destino. No se pueden olvidar las medidas según las cuales se han de juzgar las cosas, y de las que depende la existencia de todos.

² JUAN PABLO II, discurso al Cuerpo Diplomático, 6 de mayo de 1980.

El hombre no es creación del hombre; no podemos hacer de él y con él lo que queramos. Hay leyes del amor humano, de la sociedad profesional, de la sociedad política que, por afectar al ser del hombre, constituyen el orden según Dios, y a él debe conformarse toda la sociedad para que sea válida. En caso contrario, cualquier interés, cualquier ambición de poder, cualquier "razón de estado", cualquier arbitrariedad pueden constituirse en ley absoluta desde el momento en que nada es juzgado en función de una norma superior. Por todo ello es tan vital la ayuda que la Iglesia puede prestar a la sociedad.

II. LA SOCIEDAD ESPAÑOLA HOY

La situación de la sociedad española de nuestro tiempo es, más o menos, la misma que la de los países del occidente europeo, pero sin la experiencia y la abundancia de bienes que éstos tienen. Pluralista en cuanto a modos de pensar y de vivir; democrática con todos los vicios y virtudes de la democracia; sometida a la presión de los partidos políticos que la manipulan, y con capacidad para crearlos en el ejercicio de la libertad de asociación; poco culta, poco instruida en la praxis del respeto a la diversidad en el modo de pensar y actuar de los demás; lanzada impetuosamente hacia la conquista de metas más altas que las existentes en cuanto a bienestar, cultura, capacitación profesional, seguridad social, etc., pero desprovista de recursos suficientes para conseguirlo.

El anhelo de libertad está convirtiéndose en mera reivindicación de libertades aberrantes; la legítima diversidad de pensamiento viene a ser con frecuencia insulto soez, descalificación brutal del adversario, crítica despiadada de los valores más sagrados, torneo ingenioso de chulerías y desvergüenzas para ver quién tiene el puñal más afilado para herir o inutilizar a los demás. Una gran parte de la juventud se desentiende o se automargina del proyecto de vida en común, en una actitud de desprecio generalizado, de suficiencia insolente, de no creencia en nada, de amoralismo radical que, por no tener, no tiene ni la atracción de la falsa belleza de los romanticismos, ni la áspera y destructora grandeza de los movimientos anarquistas.

Da la impresión de que a la sociedad española le ha crecido un cuerpo nuevo, pero también de que no encuentra el traje que necesita ni la tela con que hacerlo.

Con una agravante: que cuando se hacen juicios como éste que estoy haciendo, en seguida surgen los doctores de turno prontos a rectificarlos, hablando de los nuevos valores que amanecen, de la brillante creatividad del momento, de las esperanzas que hay que tener frente al futuro, de que es injusto desconocer los hermosos esfuerzos que hacen muchos para abrir cauces a una común participación de todos en la construcción del hecho social en este momento histórico, de la importancia que esto tiene desde el punto de vista ético, de que no hay que confundir los programas de la realización del hombre como ser libre, que va consiguiendo poco a poco la integración de todas las fuerzas en orden al bien común, con los de una sociedad teocrática regida por los mandamientos de la ley de Dios, ya que no todo lo que es moral puede convertirse en legal, etcétera.

No niego esto. Pero es necesario tener presente lo otro, para que los resultados que se van consiguiendo orienten certeramente nuestra conducta. No podemos

ceder a la tentación del pesimismo, que es cerrazón de orgullo impotente; pero tampoco a las sibilinas ilusiones de un optimismo irreflexivo e insensato. Nuestra actitud ha de ser la de hombres de esperanza fundada en la verdad y en el análisis que, confiando en la providencia divina, se saben forjadores de la historia presente y futura. La antinomia de nuestra sociedad española es manifiesta.

El ansia demencial de confort y de placer, sea como sea; la despersonalización de las masas ante las modas comerciales o del pensamiento, la concentración gregaria e imparable –por desgracia– de las multitudes en las grandes ciudades, la violencia, los odios, la esclavitud sexual, el desenfreno consumista, el "reivindicacionismo" insaciable, con olvido de los propios deberes, no ofrecen cauces adecuados para una vida social digna y elevada. La ética exclusivamente de los derechos termina inexorablemente en la tiranía de los pequeños o los grandes despotismos de la persona, de las familias, o de los grupos.

Y, sin embargo, reconozcámoslo, hay también en la sociedad española verdadera preocupación por encontrar soluciones para los grandes problemas que están en juego. Muchas familias, muchos profesionales, muchos trabajadores de las diversas clases sociales, muchos empresarios, muchos hombres y mujeres que se afanan en los centros de formación y promoción humana, muchos sacerdotes y religiosos, luchan abnegada y generosamente por una convivencia más justa y fraterna, con verdadero empeño en reconocer y valorar el bien allí donde se encuentre, para extraerlo como se extrae el diamante de la mina, pulirlo y ofrecerlo en unión con los iguales hallazgos de los demás, en servicio a los hombres, sus hermanos.

En nuestra sociedad española de hoy, como en general en la sociedad occidental de la que formamos parte, se niega a Dios o se prescinde de Él; y, a pesar de ello, vivimos también entre nosotros, como se ha dicho, una *época teológica*, porque también se habla de Dios y se busca su rostro de mil maneras. Grandes masas viven despreocupadas de su interioridad; y, sin embargo, hay muchas personas que se retiran a monasterios y casas de oración para reflexionar sobre su vida, o leen el Evangelio en el silencio de su hogar, o trabajan en centros parroquiales, o sufren al no poder hacerlo como consecuencia de tanta desorientación y confusión.

En el alma noble y honrada de tantos hombres y mujeres de España existe la *honda convicción* de que nuestro pueblo no puede quedar desahuciado, porque por muchos que sean nuestros desatinos no merecemos el castigo de vernos privados de la ilusión colectiva de vivir con dignidad.

Y si a esa honradez y nobleza añadimos la esperanza y el apremio salvador que nacen de la conciencia religiosa y católica, todavía no extinguida, *la convicción se torna en confianza* de que una revitalización de nuestra fe en Cristo pueda todavía impedir la caída progresiva en la indiferencia, en los odios, en la soberbia, en el afán de dominio que destroza la obra de nuestras manos y lleva consigo la ruina de la familia, de la juventud, del sentido trascendente de la vida. Esa honradez y esa fe impulsarán a los hombres y mujeres de España a trabajar para que la sociedad española marche bien, a prestar atención comprometida a valores y deberes sin cuya observancia la frase de que *Dios ha confiado el mundo como tarea a los hombres para que lo hagan progresar*, no sería más que una pobre ilusión, en lugar de ser, como es, la clave más profunda de la filosofía

de la historia, y una consecuencia gloriosa del misterio de la Encarnación y la Redención del Hijo de Dios. Y aquí es donde aparece la posibilidad del servicio que puede prestar la Iglesia hoy a la sociedad de nuestro tiempo. No es la única que puede servir y ayudar. Pero es de lo que yo hablo en este momento, porque a la Iglesia represento. Que los demás abran también sus manos para ofrecer sus colaboraciones y ayudas a esa sociedad a la que amamos. Y que lo hagan desde todos los campos –la cultura, la política, el arte, el ocio, el trabajo, el amor, la convivencia social– desde todos los campos en que, siendo todos sembradores, han de arrojar su semilla.

III. SERVICIO DE LA IGLESIA

Durante muchos siglos la Iglesia ha ayudado a los hombres y mujeres de España, desde su propia estructura, con los dones de que ella es portadora, y desde la estructura del Estado confesionalmente católico. Ahora no es así. y nos limitamos a reconocerlo como un hecho. Ahora la Iglesia está sola, sin más fuerza que la que nace de su propia naturaleza, y sin más influencia política (en el sentido noble de la palabra) que la que le da el arraigo social que la Iglesia tiene en el pueblo español.

Pues bien, para que la Iglesia preste hoy el servicio que de ella hay derecho a esperar, juzgo importante establecer los siguientes principios:

1º A mayor independencia respecto a los poderes del orden temporal, ha de corresponder por parte de la Iglesia un mayor esfuerzo por mantener y ofrecer a la sociedad española su propia identidad.

Hablo de la identidad de la Iglesia, la de una institución sobrenatural y divina que, sin dejar de ayudar al hombre en el desarrollo de su vida personal y social ya en este mundo, se preocupe ante todo de ofrecerle el conocimiento de la Palabra y la Vida salvadora de Cristo, para ayudarle a conseguir la paz, la justicia, la convivencia fraternal y la vida eterna. Sin el ofrecimiento de la Vida eterna y los medios para alcanzarla, la Iglesia traiciona su misión. Sin la proclamación esforzada del ideal de la justicia en el mundo, la Iglesia deja de ser fiel al mandamiento del amor fraterno. Pero como una y otra obligación nacen de la naturaleza divina de la Iglesia, en todo momento ha de brillar, en ese servicio de la Iglesia a la sociedad, el respeto a lo sagrado, la aceptación de la fe dada en depósito, la pureza de los dogmas y la moral de Cristo. Si esto falla, el amor fraterno se convierte en ideología o praxis revolucionaria; y la posibilidad de amar y alcanzar la vida eterna, que es el fruto último y definitivo de la Redención, se desvanece y se extingue. Esta es la afirmación fundamental de la Encíclica *Redemptor hominis*, de Juan Pablo II, verdadero programa de lo que debe ser una antropología católica hoy. La Iglesia española necesita recobrar esta identidad, que en gran parte se ha perdido.

2º De lo sobrenatural cristiano brotará la mejor y más profunda ética social, no al revés.

La variedad de los problemas humanos no puede encontrar solución más que "a partir de la verdad sobre el hombre en su totalidad. El error sobre el hombre produce errores sociales, injusticias, racismos, odios", ha dicho el Papa al mundo

entero, desde África. El agudo y certero escritor Chesterton dijo una vez que la Revelación es como el sol; no lo podemos mirar, pero a su luz vemos las cosas. La luz que nos da la Iglesia es ayuda en el sentido de que nos da seriedad para enfocar los problemas del hombre, teniendo en cuenta su dignidad y su destino. Son muy concretas, para el que quiere oír las, las exigencias de la relación del hombre consigo mismo, del hombre con el hombre, del individuo con la generalidad, y del hombre en sus relaciones con Dios. Las palabras de Cristo son claras.

En el capítulo V del Evangelio según San Mateo hay unos fragmentos que tienen todos la misma estructura: *Oísteis que se dijo ... pero Yo os digo ...* y resuelve la contradicción: No juréis, dejad paso a una veracidad profunda, fruto de la lealtad y formalidad de vuestra vida. Antes de dejar tu ofrenda en el altar reconcílate con tu hermano. La venganza y la pasión impiden conocer la justa medida. No penséis en corresponder sólo "con justicia" porque no saldréis de ella. Tenéis que buscar la fuerza del amor cristiano, capaz de amar aun cuando el prójimo dé aparentemente el derecho de odiar. Hay que amar al otro en toda su integridad, viendo y comprendiendo lo que no es más que egoísmo, interés, miseria, herencia; reconocerle como hermano y compartir juntos las dificultades para esforzarse por su superación. No se puede ser justo si no se busca algo que esté por encima de la sola justicia. *El que manda sea como el que sirve. Bendito, porque tuve hambre, sed, estuve enfermo y en todo me atendiste. No adulteréis, y si tu ojo o tu mano te escandaliza, arráncalos.* Es muy profundo el sentido de los preceptos de Cristo. Exigen el respeto ante toda persona, edad, sexo y condición porque *son hijos del mismo Padre que está en los cielos.* La intención engendra la obra. Lo que importa no es el orden externo; éste no es posible sin el respeto a la persona. Hay que purificar el corazón hasta que el respeto a la dignidad del prójimo domine los deseos y las primeras manifestaciones. Un hombre así es una llamada a todos los demás, y les hace comprender y tener conciencia de las fuerzas que alberga en su interior.

Respeto al hombre en nombre de Dios, en nombre de una instancia superior que no queda al arbitrio de ninguna situación. La auténtica sociedad libre está integrada por hombres que en su interior sienten la fuerza del respeto fundado en que Dios ha creado al hombre como ser libre, noble y digno. Es falta de respeto la avidez de sensacionalismo que se complace suciamente en desvelar, en avergonzar. No se considera lo que realmente se está destruyendo con la falta de respeto a los hombres, con la calumnia y la mentira como instrumento político. El ámbito público, como elemento indispensable de la existencia democrática, no autoriza la falsedad y la mentira. Las nuevas posibilidades de información no han encontrado todavía su ética. El respeto no destruye la libertad de información, sino que traza sus límites saludables. ¿A la luz de qué concepción del hombre ese sensacionalismo sexual, esa literatura en manos de adolescentes y jóvenes, esa pretensión cada vez más descarada de invadir terrenos que, por la misma dignidad del hombre, deben ser celosamente defendidos?

En el respeto con que Dios nos trata está fundada nuestra dignidad, sea en el orden del trabajo, la familia, la diversión, sea en cualquiera de los campos en que se desarrolla la vida humana. En nuestros días, cuando inunda nuestra sociedad esa falta de respeto a la dignidad del hombre, esa temible mezcla de

altanería y trivialidad, es bueno pensar que *Dios quiso al hombre a su imagen y semejanza*. Sólo el hombre que tiene una auténtica relación con sus semejantes –"en eso conocerán que sois mis discípulos"– halla a Dios, lo muestra, y en toda esa relación pone de manifiesto su dignidad. *Cuanto hicisteis con el más pequeño de mis hermanos, Conmigo lo hicisteis*. Muchas veces hemos leído y oído ese juico del Señor sobre nuestra conducta, y muchos problemas hubieran encontrado solución si hubiéramos actuado a la luz de su exigencia. Sólo cuando comprendamos la grandeza del hombre a la luz de Cristo habremos empezado a comprender de veras el cristianismo. Y sólo cuando comprendamos al hombre a la luz del cristianismo habremos empezado a comprender su dignidad.

Por eso es tan grave la responsabilidad de la Iglesia, sobre todo por parte de sus ministros, cuando, por ofrecer una imagen que creen más grata de ese misterio de la Iglesia al mundo moderno, la desnaturalizan, la sofocan en las redes de los humanismos, la reducen a pregonera de mensajes terrenos sobre el hombre, sin educar al hombre ni mostrarle cuáles son las raíces de su dignidad.

Así no se puede servir a la sociedad. Así, la Iglesia no se hará nunca más atractiva a la pobre humanidad que sufre. Porque el consuelo que ofrezca será vano; la verdad que presente no será verdad; la redención que transmita será engañosa. La Iglesia no ha sido instituida para ser simpática o antipática, sino para ofrecer el misterio de Cristo revelado a los hombres, a los cuales ayuda, no cambiando la imagen de Cristo, sino presentándole en toda la grandeza de su cruz y de su amor infinito. Por poner un sólo ejemplo, me atrevo a afirmar que las predicaciones de índole meramente social, rehuyendo cuidadosamente todo lo relativo al pecado y la virtud de cada persona, tachando de anacronismo las llamadas virtudes pasivas, incluso despreciando el ministerio de la confesión, aparte de ser una conculcación de la doctrina revelada, infligen un daño gravísimo al conjunto de la sociedad católica, porque eliminan la idea de culpa, de responsabilidad propia, la de la necesidad del perdón –¿quién no necesita ser perdonado?–, y la de posibilidad de confianza. Luego resulta que, frente a todas estas nuevas actitudes, más acordes –dicen– con la mentalidad del hombre moderno, el Papa Juan Pablo II baja, el Viernes Santo, a la Basílica de San Pedro, a sentarse en un confesonario, en un gesto de mayor servicio al hombre que el de lavar los pies a doce ancianos.

3º Es necesario librarse de todo complejo de inferioridad por el hecho de ser católicos.

También esto tiene su importancia en nuestra convivencia social. Hemos pasado de un "gloriosismo" católico, escandalosa y a veces ofensivamente proclamado, a una actitud tímida y vergonzante en que muchas veces se oculta hasta el nombre, porque en lugar del término católico se emplea sistemáticamente el de *cristiano*. Esto no puede justificarse en nombre del Concilio, ni del ecumenismo, ni del respeto a los demás. Como católicos tenemos un credo propio, unos sacramentos inalterables, un sacrificio de la Misa, una liturgia en conformidad con el credo, una moral de obligaciones específicas, una Jerarquía. Me consta, por ejemplo, que algunos ministros de confesiones protestantes en España se han quejado de que, con motivo de las deliberaciones y planteamientos sobre los problemas de la enseñanza, se hable por nuestra parte, sin más, de la *escuela cristiana*, cuando éste era un término que hace unos años usaban ellos exclusivamente. Y, sin embargo, quizá sea éste un caso en que es lícito hablar

así, de la escuela cristiana sin más, porque con ello damos a entender que defendemos también la libertad de enseñanza para los no católicos.

Pero prescindiendo de este ejemplo, yo me refiero a cierta resistencia silenciosa y a veces pública, dentro de la Iglesia, a proclamar y defender el contenido y la expresión externa del hecho religioso católico; a la facilidad con que se tienden las manos en gesto de comprensión, benevolencia y disculpa a las ideologías, pensadores, escritores, periódicos, revistas, libros, movimientos, artículos, etc., de signo agnóstico o incluso hostil a lo católico. Y, por el contrario, el gesto hosco y la recriminación catoniana, cuando no sarcástica y amarga, contra los que se presentan a cuerpo limpio, confesando su fe católica doctrinal y prácticamente.

Me refiero a esa altanería displicente con que muchos consideran anticultural y, por supuesto, antimoderno, el mantener la integridad de la fe y el custodiar una disciplina que la defiende. Me refiero a las burlas y caricaturas que se hacen de quienes dentro de la Iglesia no han cometido otro delito que proclamar lo que Pablo VI dijo mil veces sobre los abusos en la interpretación del Concilio, y las omisiones en el cumplimiento de lo que él mismo pedía, no en unos cuantos párrafos de sus Constituciones y Decretos, sino en la totalidad de sus textos. Me refiero a los que, habiendo recibido con gran alborozo a Juan Pablo II, simplemente porque venía de Polonia y ya no era italiano –un simple dato sociológico–, han empezado a atacarle y mancharle con acusaciones injustas, simplemente porque se muestra, como tiene que hacerlo, el Pontífice de la Iglesia católica, que abre sus brazos al mundo entero, pero desde su puesto de servicio de Vicario de Cristo, en la institución que Él fundó, no en otra. Una de las principales razones del éxito de los viajes apostólicos del Papa está en que se presenta como lo que es, y con las certezas de que es depositario: sin desafiar a nadie, pero sin ocultar a nadie tampoco lo que el Señor y la Iglesia católica le piden que predique.

A un pueblo como el español, que lleva grabado en su alma –en una gran proporción– el influjo beneficioso de la cultura y aun de la religión católica, no se le puede presentar ahora este hecho de modo tan aséptico y neutralista que parezca que es todo igual. Ello ocasionaría un trauma doloroso e innecesario e incluso una ruptura en las convicciones internas de muchos, tal como han sido asimiladas y fomentadas.

Si lo que se pretende es evitar confrontaciones y polémicas, favorecer el diálogo y el conocimiento recíprocos, valorar lo que haya de bueno y provechoso donde quiera que se encuentre, pasar de las actitudes simplistas y excluyentes de otros tiempos a un esfuerzo común de integración y de respeto sin confusiones oscurecedoras, nadie debería oponerse a ello. Pertenece a una generación de sacerdotes que, ya en nuestra juventud, leíamos con simpatía los escritos inspirados por un noble afán conciliador, o los que abogaban dignamente por una España en que, como en un hogar común y patria intelectual de todos, pudiéramos los españoles escuchar a la vez las voces de un Menéndez Pelayo y de un Ortega y Gasset, por ejemplo –y así de tantos otros– sin convertir las diferencias en motivo de agresión o en griterío tumultuoso, como lo hacían los partidarios de Joselito y Belmonte.

Pero esto no justifica el indiferentismo, ni mucho menos la huida cobarde ante los compromisos que comporta la fe que se profesa. Al pueblo español se le

hace un agravio y un daño manifiestos, si no se cuida, con diligencia celosa y a la vez con caridad apostólica, de precisar y señalar lo específico de la condición católica. Se necesita fijeza y precisión dogmática. Se necesita proclamación privada y pública de la fe. Se necesita incluso apologética. Se necesita que todo intento ecuménico esté fundado en la verdad de lo que proclamamos, no en el disimulo, la ocultación o las deformaciones. Se necesita, en suma, una defensa de lo cristiano y católico en la vida pública; en las asociaciones culturales, en los movimientos artísticos, en las actuaciones sindicales, en el campo de la acción política, que no es lo mismo que hacer una política católica; en una palabra, donde quiera que se pueda trabajar en ayuda del hombre y su destino.

IV. CAMPOS DE ACTUACIÓN

En realidad, no hay ninguno que sea ajeno a la preocupación que ha de sentir la Iglesia en el servicio al hombre. Donde quiera que éste se encuentre y se desarrolle, allí ha de estar la Iglesia, acompañándole y ofreciendo su ayuda. Y cuando digo la Iglesia, me refiero no sólo a la Jerarquía, sino a todo el pueblo católico, según las responsabilidades propias y la misión de cada uno. Pero por fuerza he de limitarme a señalar unos determinados campos concretos de actuación, en los que pienso que la Iglesia puede prestar un servicio eminente a la sociedad española, supuestos los principios anteriormente señalados.

1º Lo sagrado del amor humano.

Me ha llamado la atención la insistencia con que el Papa Juan Pablo II se refiere en su predicación a las raíces sagradas del amor del hombre y la mujer. Sin duda, es porque ve y sufre como nadie la degradante trivialización a que se ha llegado en las ideas y en las costumbres en cuanto al amor de la pareja humana y en cuanto a la familia. Es ya una auténtica contracultura.

De la sociedad civil y del derecho positivo se puede esperar muy poco para la dignificación del amor y para la protección de la familia, a no ser, en cuanto a esta última, en el orden económico, lo cual está por ver.

Se presentan ya, y seguramente serán aprobados, proyectos de ley de divorcio, que se ofrecen como una conquista de la modernidad y como un remedio a dolorosas situaciones existentes.

Pues bien, el divorcio ni es moderno en el sentido positivo de la palabra, ni remedia nada a no ser causando a la vez males mayores que los que trata de remediar. El error de perspectiva está en que al defender el divorcio como una solución en casos determinados se contempla una situación particular, multiplicada, si se quiere, por mil o por diez mil o por el número que sea. Pero el matrimonio es también un hecho social, y cuanto se haga en un caso particular repercute ineludiblemente en el conjunto de la sociedad, a la que se propagan los daños derivados de la disolución del mismo, en virtud de las decisiones de los jueces autorizadas por las leyes.

Cuando se dice que los católicos no tienen por qué imponer a los demás su concepción de la vida y de la unión conyugal, se comete un sofisma. Porque no se trata de imponer nada a nadie, sino de defender algo suyo, aquello en que

creen y aman, que una vez alterado en sus propiedades esenciales hará que ellos mismos sean víctimas de la nueva situación que se va creando; por eso tienen derecho a prevenir la enfermedad. Y si lo que se quiere decir es que en concreto el legislador es quien no tiene derecho a imponer sus convicciones, sino a procurar lo que sea mejor para el bien común de la sociedad civil, a la que rige y representa, lo admito como lo admitimos todos, pero ello mismo le obliga a estar seguro, moralmente seguro, de cómo se sirve mejor a ese bien común y de qué piensa y pide la sociedad española, para la cual se va a legislar. No se trata de una mera tolerancia, sino de una legislación directamente creadora de una situación nueva. Yo, por supuesto, me hago eco para España de las palabras que el Papa pronunció en Irlanda: "Ojalá continúe siempre Irlanda dando testimonio ante el mundo moderno de su tradicional empeño por la santidad e indisolubilidad del vínculo matrimonial. Ojalá los irlandeses mantengan siempre el matrimonio a través de un compromiso personal y de una positiva acción social y legal"³.

En todo caso, he ahí un campo en que, en el futuro, la Iglesia prestará un servicio eminente a la sociedad de nuestro tiempo: el amor del hombre y la mujer, el matrimonio y la familia, proclamados y defendidos según las enseñanzas de Cristo.

La Iglesia ofrece el matrimonio como sacramento. La gracia que lleva y comporta la han de hacer eficaz, con su vida, un hombre y una mujer tras su mutuo asentimiento: gracia de amor sacrificado, gracia que mantenga y transfigure su vida, a pesar de las miserias y dificultades; gracia que perdona, comprende, se olvida de sí y soporta el dolor. El elogio de San Pablo al amor cristiano brilla con fuerza en el sacramento del matrimonio: amor sufrido, dulce, bienhechor. Amor que no obra temerariamente, no se ensoberbece, no es ambicioso, no busca sus intereses, busca el bien del otro, todo lo espera, no cesa jamás; sin el todo lo demás no vale; es fiel hasta la muerte. Ciertamente, el matrimonio cristiano exige mucha energía, una fidelidad profunda y un espíritu animoso para no ser víctimas del egoísmo y de la cobardía. Pero así es el gran don de la Iglesia de Cristo a la sociedad, sobre cuya base pueden cimentarse sólidamente los demás valores que ésta necesita. ¿En qué mejor medio se pueden aprender y experimentar el respeto, la ayuda, la fidelidad, la comprensión, la honradez, la veracidad, el trabajo, el esfuerzo común, la superación de las dificultades, la renuncia en favor del otro, la donación de sí mismo al bien común? Si no se cree en este amor, ¿a título de qué se va a confiar en otros medios? ¿Qué se puede esperar de una sociedad en la que, al ser todo relativo, todo viene a ser arbitrariamente impuesto?

2º La enseñanza y la educación religiosa.

Otro campo importantísimo para la acción de la Iglesia en el servicio a la sociedad española de nuestros días es el de la educación y la enseñanza.

"La verdadera educación se propone la formación de la persona humana en orden a su fin último y al bien de las sociedades, de las que el hombre es miembro, y en cuyas responsabilidades participará cuando llegue a ser adulto...

³ JUAN PABLO II, homilía en Limerick: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 14 de octubre de 1979, 6.

La Iglesia, como Madre, está obligada a dar a sus hijos una educación que llene toda su vida del espíritu de Cristo, y al mismo tiempo ayude a todos los pueblos a promover la perfección cabal de la persona humana, incluso para el bien de la sociedad terrestre y para configurar más humanamente la edificación del mundo" (GE 1 y 3).

El mal fundamental de una parte del pensamiento actual –pero que está influyendo mucho en la juventud– es ser la expresión de una actitud negativa. Todo cuanto se presenta como susceptible de dar un sentido a la vida y todo reconocimiento de una trascendencia es rechazado como represión y alienación. Se impugna la misma fuerza de la inteligencia para captar lo bueno, lo justo, lo verdadero, lo bello. La politización de la Universidad y de centros de formación y profesionalización va más allá de la utilización de los locales para reuniones políticas. Esta "politización" es ya una interpretación de la totalidad de la vida. Se opone a todo. La Iglesia tiene que ofrecer hoy, ya, maestros de la afirmación, del sí a planes creativos y constructivos. Se trata de un planteamiento serio para que las estructuras estén al servicio de la vocación auténtica del hombre. Ese ataque a las estructuras morales, religiosas y jurídicas como manifestación de la sociedad capitalista y burguesa –así dicen– es destructor y es estéril. No conduce a nada más que al pesimismo y al desastre.

Decir sí a la historia, a la primacía de la verdad y del bien, ¡maravillosa tarea la que tienen las Universidades católicas, las escuelas de formación de profesorado y los centros superiores! ¡Y los centros de Educación General Básica, Bachillerato, Formación Profesional, que preparan y abren el espíritu a la grandeza de la vocación humana, a la creatividad, a la afirmación de la verdad, de lo bello, de lo noble, de lo justo! Se necesitan maestros, profesores, profesionales de la enseñanza, de la educación y de la investigación, que sean profetas, no enterradores. El problema es el de la realidad del hombre, "su singular puesto en el cosmos" (Scheler) y su destino. Monier levantó ya hace más de cuarenta años su protesta contra una producción que no tenía como fin al hombre, sino que le aplastaba. Hizo esta protesta en nombre de la vocación de la persona humana, concebida íntegramente, ordenada a la trascendencia. Es la hora siempre de la invención; hacen falta católicos que se liberen de encogimientos, complejos de culpabilidad masoquista, falsos miedos a la inteligencia y la autocrítica como placer morboso. Las actividades temporales. las actividades terrestres son la materia del ejercicio necesario en el caminar hacia Dios.

Lo que hace más de medio siglo decía el poeta Guillermo Apollinaire a Pío X, en un contexto similar, puede decirse hoy de Juan Pablo II: "El hombre más moderno sois vos, Papa Pío X". Porque los hombres se ahogan dentro de las jaulas que ellos mismos se han construido, y el Papa abre horizontes a los hombres de todos los continentes, y presenta el ideal humano de mayor vitalidad. Hay un conocimiento del hombre, de la vida humana, de sus normas, de sus valores: no sólo opiniones sobre ello, no sólo perspectivas, cada una de las cuales suprime a las demás. Hay una verdad. No caer en el error de antes: la ciencia convertida en dogma único; ni en la desintegración de hoy: el relativismo.

La honda certidumbre de que existe la verdad del hombre, de que existe el bien y de que el hombre puede encontrarlo, hacerlo y alcanzarlo: de que se puede percibir lo bueno y lo verdadero, es lo que ha hecho imperecedera la hazaña

espiritual de muchos pensadores, Sócrates, Platón, Aristóteles... Nos está confiada, como un bien, la libertad; pero es también un bien la norma obligatoria y vinculadora para que no se disuelva todo. En cada cosa, en cada ser, existe su verdad sobre la que no disponemos, sino que nos obliga con relación a la exigencia de su propio sentido. "La cultura debe estar subordinada a la perfección integral de la persona humana, al bien de la comunidad y de la sociedad humana entera. Por lo cual es preciso cultivar el espíritu de tal manera que se promueva la capacidad de admiración, de intuición, de contemplación y de formación de un juicio personal, así como el poder cultivar el sentido de lo religioso, moral y social" (GS 59). La persona humana llega a su nivel humano cultivando los bienes y los valores naturales.

La Iglesia tiene que ofrecer centros en que se eduque a los alumnos en un clima de alegría y de certeza en la fe de Cristo, en la gozosa confianza cristiana, en la inteligencia y en una visión de la espléndida vocación humana. Nos honra el reconocimiento de nuestros fallos, pero con tal de añadir que esas faltas consisten, no en ser cristianos, sino en no serlo suficientemente.

No a los centros de la Iglesia, que no se atreven a hablar de Cristo y de la vida eterna, como si ello fuera equivalente a apartar a los hombres de las tareas temporales. Por el contrario, se necesitan hombres verdaderamente "fieles a la tierra" porque son fieles a la obra de Dios; el juicio y la responsabilidad ante esta tarea cristiana no tiene comparación con las que comporta una concepción atea... Los hijos de la tierra podemos amar a nuestra madre; podemos y debemos amarla. Incluso cuando es tan espantosa y nos atormenta con su miseria y condenación a muerte. Porque desde que en ella entró el Señor para siempre con su muerte y su resurrección, su miseria se ha tornado mera provisionalidad y mera prueba de nuestra fe en su más íntimo misterio, que es el Señor mismo resucitado"⁴. Lo que la Iglesia de Cristo tiene que dar al mundo son hijos que defiendan su herencia y tradición por la conquista de un nuevo futuro. La tarea del cristiano en el mundo es obra de la fe que ama y coopera a la marcha de toda la realidad terrena hacia su propia gloria; todo espera con dolores de parto la gloria de su redención.

La Iglesia tiene que dar a la sociedad española –aspecto fundamental de los centros de formación católica– no unos cuantos técnicos y profesionales más, sino hombres que encuentren y vivan la salud gozosa de su fe, con confianza en su capacidad para conocer la realidad; hombres que hagan con su obra presente a Dios en la sociedad y en el ritmo de su progreso, con una verdadera actitud de honradez, objetividad, respeto al trabajo y sentido trascendente de la vida humana. Hombres conocedores de que el tiempo sólo desgasta las cosas materiales y hace más profunda las del espíritu; constructivos y creadores con conciencia de lo que es "una vida valiosa" para la historia de la humanidad. No es cierto que la duda sea el criterio mismo de la existencia auténtica. Se pueden discutir una física, una astronomía, una biología, pero no la existencia de la naturaleza, de los astros, de la vida. Y también la teología tiende a aproximaciones más concretas del dato de la fe, pero *no discute el dato de la fe*, porque ello sería negar su objeto. Los católicos no pueden ser ni cobardes, ni

⁴ K. RAHNER, *Fieles a la tierra*, Barcelona 1971, 91.

dubitativos, ni cómplices, ni dimisionarios ante la singular tarea de la vocación humana.

La ciencia hace saltar estructuras sociológicas y cosmológicas, pero el Mensaje de Cristo siempre permanece. Pasan las críticas y las impugnaciones radicales, y la Iglesia sigue siendo faro de los hombres. Es cierto que sus afirmaciones chocan con muchos prejuicios de los hombres de hoy, como chocaron con otros de los hombres de ayer. Afirmaciones de Cristo fueron ya un escándalo para los hombres de su tiempo. La historia ya ha mostrado –claro, como en todo, para el que lo quiere ver– y suficientemente, que los derechos del hombre no son la expresión de una emancipación de Dios. A través del conocimiento de su realidad, el hombre se abre a Dios y lo ve como su garantía y fundamento. Cuanto más grande sea el hombre, más comprobará quién es Aquél de quien es mera imagen. ¡El ateísmo no es otra cosa que un vacío que no se acierta a llenar! Los jóvenes de hoy tienen que ir a Dios a través del mundo tal como las ciencias –en cuanto lo descubren y captan realmente– se lo dan a conocer, y no a través de una cosmología trasnochada. Y si son centros de investigación y formación de la Iglesia, tienen que estar en conformidad con su sentido del hombre, y alentar su trabajo sin desfallecimientos, ni pesimismo. Han de enseñar *la eternidad de lo diario*. Muchos pensadores han afirmado que los cristianos son los más radicales materialistas: la resurrección de Jesucristo es el comienzo, las primicias de la resurrección de toda carne. ¡Qué tremendo sentido del Cosmos! "Ha venido Él mismo a nosotros. Y ha transformado lo que somos, lo que nos empeñamos aún en considerar como el turbio residuo terreno de nuestra espiritualidad: la carne. Desde entonces, la madre tierra sólo da a luz hijos que se transforman"⁵.

Nadie podrá negar honradamente el esfuerzo que está haciendo la Iglesia española, la Jerarquía y las órdenes religiosas, para colaborar a esta tarea, con lo que únicamente pretenden servir y cumplir con un deber que tienen impuesto por el mismo Jesucristo: *Id y enseñad*.

Es triste que la politización de estos temas los haga llegar a la opinión pública envueltos en una atmósfera enrarecida de reivindicación de derechos y proteccionismo económico, cuando lo único que la Iglesia pide es libertad y ayuda legal para que ésta sea efectiva y no mera palabra.

Ojalá esos Consejos General y Diocesanos de la Educación Católica que se trata de constituir realicen la hermosa tarea que se proponen de coordinar los trabajos de todos, impulsar la creación de las instituciones y el espíritu necesarios, y hacer comprender a unos y otros todo lo que está en juego para la recta formación de los hombres. ¡y que los educadores católicos cumplan su misión con entera fidelidad a la Revelación y al Magisterio de la Iglesia!

3º Con los más pobres.

Por último, señalo como servicio de la Iglesia a la sociedad española de nuestro tiempo, el compromiso de presencia, iluminación y ayuda a los más pobres. Hablo de los pobres en el orden material que sufren las consecuencias de las injustas desigualdades sociales, y de los pobres en el orden moral y religioso.

⁵ *Ibíd.*, 92.

Sobre los primeros existe una llamada evangélica de valor permanente. Lo que hace falta es no caer en las demagogias de predicar lo imposible, sin dejar de proclamar lo que es justo. Hay y va a haber muchos pobres en España. Nos duele a todos, y más que a nadie, a los hombres que tienen la responsabilidad de administrar eso que se llama la cosa pública.

Los pobres; los sin voz, se encuentran hoy en todas partes, pero más que en ninguna entre los campesinos, en los ambientes rurales, los niños, los ancianos, los jubilados, los emigrantes, las madres de familia agobiadas, los obreros en paro. Y van a surgir otros, si el problema no se orienta bien desde el principio: los que se originen en el hecho de las autonomías que, aunque políticamente tengan su razón de ser, pueden dar lugar a más desigualdades sociales entre los hijos de una misma patria. La Iglesia prestará un gran servicio si logra que sus miembros, los laicos, los que tienen en sus manos como tarea propia el cuidado del orden temporal, se empeñen hasta los ojos en la lucha contra lo que sea injusto.

Sobre los segundos, los pobres en el orden moral y religioso, tengo que decir que son aún más que los primeros; porque se dan entre ellos y entre todos los demás. Y ésta es una pobreza devoradora, implacable, que va produciendo estragos todos los días en los diversos tejidos del organismo social. Si no es tarea preferente de la Iglesia luchar contra esta pobreza, ¿cuál será su misión en este mundo?

CONCLUSIÓN

Termino: Al reflexionar ahora sobre la idea que ha inspirado toda mi disertación, creo haber sido fiel al propósito que me ha guiado: hablar del servicio que puede prestar a nuestra sociedad hoy la Iglesia desde dentro de lo que es ella misma. Otra cosa me parecería un escamoteo.

Creo en la Iglesia, en su riqueza sobrenatural y humana al servicio del hombre, y admito su impotencia para solucionar muchos problemas de la vida, en cada ser humano y en cada sociedad de seres humanos. Así ha sido siempre y así seguirá siendo. Esa impotencia y debilidad no sofocan mi esperanza; al contrario, la fortalecen y la fundamentan.

Cristo no ha pedido a nadie revoluciones violentas. Sólo ha pedido que le sigamos y tengamos como gloria ser sus discípulos. En esta fidelidad radica la posibilidad de ofrecer servicios eficaces a los hombres para la vida en este mundo y en el otro, que Él, con su redención, nos ha ofrecido. No quisiera que se perdiera una sola partícula de esta posibilidad en la sociedad española a la que pertenezco. Sólo esto, exclusivamente esto. No tributo alabanzas a nuestro pasado, ni quiero consolarme o atribularme con previsiones del porvenir.

La Iglesia tiene una misión: que se esfuerce por cumplirla. Y tiene un guía que lleva la luz en la mano, el Papa Juan Pablo II. Es la hora de las fidelidades más que de los gritos de ¡Viva el Papa! Y, por supuesto, mucho más que la de las críticas, las reticencias, las acusaciones, las falsas modernizaciones, y la de las adhesiones laudatorias a éste o aquel teólogo, cuando de lo que se trata no es de la teología, sino de la fe.

21. DIVORCIO, DOCTRINA CATÓLICA Y MODERNIDAD

Instrucción pastoral con motivo del proyecto de ley remitido a las Cortes para la reforma del Código Civil en materia del matrimonio, septiembre de 1980. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, septiembre-octubre 1980.

Nuevamente me considero obligado, en cumplimiento de mi deber pastoral, a dirigiros esta Instrucción, ahora sobre el tema del divorcio. Prescindo de lo que os escribí cuando se iba a someter a referéndum el proyecto de Constitución, aunque era ésta una buena ocasión para examinar ciertas afirmaciones que entonces se hicieron.

Ha sido ya enviado a las Cortes y ha empezado a discutirse un proyecto de ley para la reforma del Código Civil en materia de matrimonio y sus causas de disolución, que incluye el divorcio, y una vez más la conciencia de muchos católicos se ve turbada por la confusión reinante. Es originada esta confusión por muchos factores, entre los cuales enumero los siguientes:

a) La apelación continua a una idea de modernidad y de progreso con la que se dice que es incompatible el mantenimiento del matrimonio indisoluble.

b) El ataque despiadado de tantos órganos de expresión pública a quienes defienden con dignidad sus convicciones opuestas al divorcio vincular.

c) La presentación y defensa de los proyectos de ley divorcista por parte de hombres públicos bien conocidos por su profesión de fe católica, algunos de los cuales han dicho que contaban con la aprobación de la Jerarquía; y

d) Lo que todavía es más doloroso, el hecho de que en el interior de la Iglesia se haya producido, a pesar de las declaraciones del Episcopado Español, o bien una inhibición o silencio desconcertante por parte de quienes tienen el deber de predicar y orientar las conciencias de acuerdo con el magisterio de la Iglesia, o bien una actitud reticente, y aun hostil, por parte de eclesiásticos de diversa dignidad y representación en clara disonancia con lo que la Iglesia ha enseñado siempre y el Papa actual, Juan Pablo II, sigue enseñando con admirable fidelidad y empeño apostólico: actitud, por otra parte, que no es de estos días, puesto que ya se manifestaba en escritos impunemente publicados desde hace diez años más o menos, en contra de lo que el Pontífice Pablo VI venía diciendo. Lo que en algunos casos podría ser un noble empeño de clarificación, siempre necesario, ha sido, en ocasiones, inconcebible proclividad a asumir posiciones contrarias al magisterio de la propia Iglesia.

Todo lo cual ha contribuido a que un gran sector del pueblo católico se encuentre desorientado y confundido. Y así, prospera y arraiga cada vez más la bien orquestada campaña de grupos políticos y pseudoculturales, que astutamente van logrando sus propósitos. Hace nueve años que en una revista española, por entonces de gran difusión, se escribían estas palabras: "Menos mal que de

momento nos queda luchar por el divorcio. Cuando hayamos acabado por conseguirlo, tendremos que empezar a luchar por acabar con el matrimonio"¹.

GRAVEDAD DEL PROBLEMA

En el año 1967, en su discurso con motivo de la apertura del año judicial de la Rota Romana, el Sumo Pontífice Pablo VI pronunció estas palabras: "No queremos silenciar la triste impresión que siempre ha producido el ansia de quienes aspiran a introducir el divorcio en la legislación y en la vida de las naciones, que tienen la suerte de estar inmunes a él, como si fuera desdoro no tener esta institución hoy, *índice de una perniciosa decadencia moral, y como si el divorcio fuera el remedio de los males que él, sin embargo, extiende y agrava aún más*, favoreciendo el egoísmo, la infidelidad, la discordia, donde debería reinar el amor, la paciencia, la concordia, y sacrificando con despiadada frialdad los intereses y los derechos de los hijos, débiles víctimas de legalizados desórdenes domésticos".

Era una advertencia anticipada sobre lo que ya se veía venir, y concretamente en Italia, donde se utilizaban los mismos argumentos que ahora se utilizan en España, pidiendo la legalización del divorcio. Siete años más tarde, con ocasión del referéndum que se iba a celebrar en la nación italiana para admitir o rechazar el proyecto de ley divorcista, la Conferencia Episcopal se dirigió a los católicos y al pueblo italiano, exponiendo con toda claridad la doctrina de la Iglesia. Pablo VI, en discurso a la Conferencia misma, expresó: "Nuestra plena adhesión a la postura adoptada –por fidelidad al Evangelio y al constante magisterio de la Iglesia Universal– por el Episcopado italiano en las presentes circunstancias para la defensa y para la promoción religiosa, moral, cívica, social y jurídica de la familia. La afirmación hecha por vosotros... sobre la *indisolubilidad del matrimonio*, fundada en la palabra de Cristo y en *la esencia misma de la sociedad conyugal*, exige también de Nos, y de Nos en primer lugar, confirmación abierta, la cual no viene sugerida por una consideración unilateral del problema, ni quiere tener repercusión polémica alguna, sino que quiere reconocer públicamente la autoridad de vuestra notificación pastoral y quiere, al mismo tiempo, proponer de nuevo, con confiado respeto a los que han tomado en serio la incondicional plenitud de amor entre los cónyuges, la solidez de la institución familiar, la protección obligada y la educación amorosa de la prole por parte de los padres, un tema extraordinariamente grave".

Y tras la votación efectuada, con resultado negativo para los que se oponían al divorcio, volvió a hablar y, con evidente tristeza, dirigía "un llamamiento paternal a los eclesiásticos y religiosos, a los hombres de cultura y acción y a tantos queridísimos fieles y laicos con educación católica, los cuales no han tenido en cuenta en dicha ocasión la fidelidad debida a un explícito mandamiento evangélico, a un *claro principio de derecho natural*, a una respetuosa invitación

¹ *Triunfo*, 24 abril 1971. Citado por A. LÓPEZ QUINTÁS, *Manipulación del hombre en la defensa del divorcio*, Madrid 1980.

de disciplina y comunión eclesial, tan sabiamente cursada por esta Conferencia y revalidada por Nos mismo"².

Invoco estas palabras porque no creo que nadie pueda tachar a Pablo VI de desconocer las exigencias del pluralismo de la sociedad moderna y las de la libertad religiosa a la hora de señalar los deberes de los católicos en una cuestión como ésta. Nunca dijo –porque no venía al caso en esta materia– eso que tan frívolamente se repite que los creyentes no tenemos por qué imponer a los demás las convicciones que nacen de nuestra fe. Proclamó abiertamente la doctrina de la Iglesia y pidió que, a la hora de votar, todos sus hijos la tuviesen en cuenta. Si por miedo a una derrota electoral hubiera dejado de proclamarla, no habría prestado el servicio que de él se podía pedir. Porque la Iglesia no está en el mundo para ganar o perder batallas electorales, sino para predicar aquello en que cree. El Papa actual, Juan Pablo II, viene haciendo lo mismo desde que inició su Pontificado, y en los distintos lugares del mundo que ha visitado se ha referido con insistencia a la necesidad de defender el matrimonio indisoluble y ha manifestado su deseo de que no se introduzcan legislaciones que puedan destruirlo.

En contraste con este proceder, que no es más que coherencia doctrinal y pastoral con el magisterio anterior, viene observándose en el interior de la Iglesia, en España, una tendencia a olvidar o silenciar estas enseñanzas, sustituyéndolas por ideas, hipótesis y dudas de los doctores –o de los que así se llaman– a cuyos pronunciamientos muchos prestan más atención que al magisterio pontificio.

¿Se podría hablar –acaso–, doctrinal y pastoralmente, de la indisolubilidad del matrimonio como institución natural, silenciando toda la enseñanza doctrinal y pastoral de los Papas sobre este aspecto concreto?

El resultado es que, en estas y otras cuestiones, la brecha abierta entre moral y derecho cada vez se ensancha más. La gran tarea de la Iglesia, de moralizar y cristianizar el derecho, a la que tanto contribuyeron nuestros teólogos y juristas españoles, ha sido abandonada. Caminamos hacia una positivización de las normas jurídicas. No se cree en la existencia de la ley natural, a la que se considera una creación de la teología escolástica. Se preconiza más bien un fideísmo pietista pseudoevangélico, que deja a un lado los principios del orden jurídico y moral iluminados por la fe, a cuya formulación han contribuido los esfuerzos realizados durante siglos de profunda elaboración teológica.

El problema del divorcio, tal como se viene planteando, es muy grave, porque en él se debate algo más que la indisolubilidad del matrimonio, a saber: la existencia de la ley natural, la competencia de la Iglesia para interpretarla y enseñarla, y la obligación de los Estados de respetar en su ordenamiento político los valores éticos fundamentales. La mentalidad positivista en cuestiones de moral y derecho, el afán de parecer modernos y tolerantes, aun en cuestiones no sujetas al arbitrio de los hombres; el ceder un poco unos para que cedan otro poco los demás..., son actitudes que han penetrado también en amplios sectores de la Iglesia. Es laudable todo intento de comprensión de las dificultades de los

² Homilía en la clausura de la Plenaria de la Conferencia Episcopal italiana; *Ecclesia*, 19 junio 1974, p. 852.

hombres políticos, pero ¿cabe acción pastoral sin proclamación de la verdad? ¿Se pueden silenciar los errores doctrinales porque estén apoyados en mayorías sociológicas y en posturas democráticas? ¿Se puede dejar al pueblo sumido en la confusión y la incertidumbre? "La ley no debe ser nunca una denotación de lo que acontece, sino modelo y estímulo para lo que se debe hacer"³.

INTRANSIGENCIA Y CORDURA

Esta lamentable actitud a que me refiero traerá irremediablemente funestas consecuencias para la familia. No importa. Los que dejan a un lado las enseñanzas de los Papas se muestran como los representantes de la cordura y la comprensión, cuando no se consideran intérpretes más sabios de la doctrina, gracias a las investigaciones de éstos o aquéllos. Hay que dejar a los legisladores que señalen libremente lo que pide el bien común y a los ciudadanos que actúen según su conciencia. Los católicos –añaden– ya saben cuáles son sus obligaciones. No obrar así nos llevaría a una guerra religiosa.

Pienso que al expresarse de este modo se incurre en un abuso de la palabra y los conceptos. Tan dañoso como proclamar verdades a medias en la defensa del matrimonio indisoluble es manipular el lenguaje, dejando de exponer las consecuencias que se derivan de una posición determinada. Defender, desde el punto de vista católico, lo que los Papas vienen exponiendo desde hace doscientos años –es decir, desde que con motivo de la Revolución francesa se introdujeron las leyes divorcistas– no es intransigencia, sino servicio a la verdad. Omitir esas enseñanzas es manipulación. Tergiversarlas es infidelidad.

Nuestro deber es formar rectamente la conciencia de los hombres. Si, a pesar de todo, los legisladores civiles llevan a los pueblos que gobiernan por otros caminos, lo lamentaremos por el daño que causan y seguiremos trabajando para que llegue la luz al mayor número posible de hombres en la sociedad en que vivimos. Esto no es guerra religiosa. Y evitaremos que puedan promulgarse leyes entre declaraciones y pronunciamientos de quienes dicen que cuentan con el apoyo de grandes sectores de la Iglesia, los más comprensivos, los más cultos, los más civilizados. Esto si que es una guerra sorda de consecuencias incalculables.

Querer justificar a todo trance la actuación de los políticos divorcistas, ponderar razones de bien común nunca demostradas, exaltar la justa autonomía del poder temporal en esta materia sin que nadie se detenga a precisar cuándo es justa, repetir incansablemente y sin más precisión que no todo lo que es moral puede convertirse en legal, afirmar que mejor es que el divorcio se introduzca ahora que no después con otras posibles mayorías parlamentarias de distinto signo político, etcétera, todo esto, quíerese o no, está contribuyendo a crear en la mente del pueblo sencillo una especie de autoengaño en tema social tan delicado que le deja sin defensas para reaccionar, y en otros, positivamente interesados en que tales leyes se aprueben, una conciencia de libertadores de un pueblo oprimido en esta materia que desde las columnas de los periódicos y

³ JUAN PABLO II, 7 de diciembre de 1979.

por otros medios a su alcance atacan con su desdén y sus injurias –¡ellos, tan civilizados!– a los que proclaman distintas convicciones.

Las leyes se aprobarán, y desde luego no habrá guerra religiosa –¿por qué había de haberla? –, pero sí que aparecerá una víctima aún más herida y desangrada que lo que ya lo está: la familia. Cuando se multipliquen los efectos del divorcio en la sociedad española, y miles y miles de jóvenes rehúyan contraer matrimonio o lo contraigan con la ligereza creciente a que todo les invita, y nuevas leyes divorcistas más abiertas que las que ahora se promulguen rompan progresivamente los diques de contención, habrá que volver la vista atrás y preguntar de qué lado estaba la cordura y el servicio al hombre de nuestro tiempo. En otros países que tienen legalizado el divorcio hace años, las preguntas surgen, aunque naturalmente quedan sin respuesta. Son pueblos que se han incapacitado ya para reaccionar de otro modo. La familia está en gran parte deshecha, y no pasa nada, porque ya ha pasado todo. Siguen siendo muy civilizados y cultos. Y muy egoístas. Y el egoísmo, cuando se establece como norma de vida social, está en pugna también con los derechos humanos, o de los esposos, o de los hijos, o de los demás.

LA NO OPOSICIÓN DE LOS CATÓLICOS

Una de las frases más repetidas en estos años, y de las más funestas por su capacidad de desorientar, es la que de que los católicos no tienen que obligar a los demás a compartir sus pensamientos en esta materia, dado que vivimos en una sociedad pluralista. Pero ¿qué van a imponer los católicos españoles si ni siquiera se les ha consultado ni se les consultará? Y tal como están las cosas, preferible es que no se les consulte, porque serían manipulados por medios propagandísticos mucho más potentes que las humildes voces de quienes desean seguir el Magisterio de la Iglesia. Ni siquiera sería eficaz ofrecer a su reflexión las repetidas enseñanzas, sobre el tema, del actual Pontífice Juan Pablo II desde que accedió al Pontificado a nuestros días. Ya surgirían voces, aun en el interior de la Iglesia, diciendo que se trataba de una involución y una falta de comprensión de la cultura del mundo occidental contemporáneo.

Si hoy me preguntasen si sería conveniente un referéndum sobre este punto, diría que no. Pero no porque no lo estimase justo, sino porque estoy convencido de que el debate público no sería honesto ni imparcial. Los medios más influyentes para inclinar el pensamiento en una dirección determinada se utilizarían con fines partidistas, como ya ha sucedido en otros momentos de nuestra historia reciente.

Pero lo que no se puede hacer nunca es presentar sofismas y falacias. Los católicos son ciudadanos igual que los demás, y si tienen la convicción de que el divorcio vincular va contra la ley divina y natural y contra la expresa voluntad de Cristo, manifestada en el Evangelio, tienen el derecho y la obligación de obrar en conciencia en su comportamiento individual y social, puesto que el matrimonio es también una institución social y el divorcio un mal social. Ese católico que votara así no iría contra nadie ni impondría nada a nadie. Sencillamente actuaría con libertad democrática y diría lo que piensa, como lo podría decir en otras cuestiones que pudieran ser sometidas a su decisión. Sucede, además, que una

eventual ley de divorcio ejerce su influencia nefasta también sobre los que no la quieren. Más tarde o más pronto son víctimas de ella, o lo son sus hijos, bien sea por el ambiente que se crea o por los defectos que produce: luego tienen derecho a defenderse de lo que en su conciencia es un injusto agresor.

Los que votaran en contra de una ley de divorcio, lo que harían al obrar así es defenderse a sí mismos, no imponer nada a los demás. Son los legisladores los que, al aprobar leyes divorcistas, pueden causar daño a los ciudadanos que en conciencia no pueden admitirlas.

De aquí se deduce también que no es digno decir que, al fin y a la postre, aprobada una ley de divorcio, a nadie se obliga a divorciarse, porque hay leyes que simplemente con ser promulgadas son dañosas.

Los católicos, por otra parte, según el Concilio Vaticano II, tienen como norma imperativa de su conducta pública procurar que el sentido del Evangelio informe el orden temporal, haciendo cuanto sea lícito para lograrlo. Y no sé que pueda haber algún campo más indicado para cumplir esa noble tarea que el de la propia familia, a la que tienen que defender según sus creencias y conforme a la índole que tiene la institución natural. Por eso Pablo VI actuó como hemos dicho con ocasión del referéndum italiano.

LOS LEGISLADORES

Acción distinta de la de los ciudadanos es la de los legisladores. Su misión es procurar el bien común de los pueblos, para los cuales legislan. ¿Pueden en conciencia sostener que favorecen el bien común legislando en contra de lo que pide la ley natural? Porque no se trata de mera tolerancia, sino de introducir positivamente leyes nuevas que disuelven los matrimonios válidamente constituidos. No son meramente permisivas, sino que facultan a los jueces para dictar sentencias constitutivas de divorcio vincular, y a las autoridades competentes para legitimar un segundo matrimonio de los cónyuges divorciados con terceras personas.

El famoso discurso de Pío XII, dirigido a los juristas católicos, que se suele aducir como testimonio magistral para justificar las leyes permisivas (6-12-1943), en determinados supuestos, deja muy claramente afirmado que "ninguna autoridad humana, ningún Estado, ninguna Comunidad de Estados, cualquiera que sea su carácter religioso, *pueden dar un mandato positivo o una positiva autorización de enseñar o hacer lo que sería contrario a la verdad religiosa o al bien moral.* Un mandato o una autorización de tal clase no tendría fuerza obligatoria y quedaría sin valor... Ni siquiera Dios podría dar un mandato positivo en contradicción con su absoluta veracidad y santidad".

Por lo cual, pretender dar a una sentencia de divorcio, como quieren algunos canonistas y moralistas, un efecto puramente formal de "cesación" o "suspensión" de los efectos meramente civiles del matrimonio –entre ellos del impedimento dirimente de "ligamen" para contraer un matrimonio posterior– significa abrir una brecha profunda entre moral y derecho –o mejor dicho, entre Derecho Natural y Ley positiva–, aceptando los postulados del positivismo jurídico. Porque una cosa es que no todos los preceptos de la Ley natural puedan

ser recogidos por la Ley positiva; y otra cosa distinta que la Ley positiva pueda autorizar algo que sea intrínsecamente contrario a la Ley natural. Y no se trata sólo de licitud o ilicitud moral, sino de eficacia jurídica, porque la indisolubilidad del matrimonio válido por Derecho Natural "irrita" o "invalida" todo precepto positivo o todo acto jurídico contrario a dicha norma.

No deja de haber algunos moralistas que quieren justificar tales acciones del Estado, diciendo que, aunque en la forma sea introducción positiva de una ley, en la práctica es reconocimiento tolerante de situaciones de hecho a las que hay que dar vía legal por la presión del ambiente y por la situación internacional. Este planteamiento es sumamente nocivo para los principios de la moral católica: ayuda a legitimar otras leyes que pueden dictarse por los mismos motivos; priva de argumentos serios a la conciencia objetiva; se sitúa en contra de lo que vienen diciendo los Papas; olvida el significado social de las leyes divorcistas y el progreso inevitable del mal del divorcio, que, legalizado hoy en grado mínimo, se extiende mañana más y más, abriendo sucesivas brechas en la institución familiar. Una compasión mal entendida frente a los casos del matrimonio desavenido origina catástrofes incalculables posteriores, de las que habría que hacer responsables, en el grado que les corresponda, a los que abrieron el primer portillo. Digo en el grado que les corresponda, y no sé decir más. El Señor nos juzgará a todos. Pero al menos que no se amparen en un adoctrinamiento que de comprobaciones meramente sociológicas –número de matrimonios rotos, dramas familiares, presión de unos u otros– quiera elevar a norma moral justificante lo que la Iglesia nunca ha admitido.

He aquí unas palabras de Pío XII que no debieran olvidarse: "Pero si la voluntad de los esposos, cuando ya lo han contraído, no puede desatar el vínculo matrimonial, ¿podrá acaso hacerlo la autoridad, superior a los cónyuges, instituida por Cristo en la vida religiosa de los hombres? El vínculo del matrimonio cristiano es tan fuerte que si ha alcanzado su plena estabilidad con el uso de los derechos conyugales, ningún poder en el mundo, ni aun el nuestro, es decir, el del Vicario de Cristo, es capaz de romperlo. Es verdad que Nos podemos reconocer y declarar que un matrimonio contraído como válido en realidad era nulo, o por vicio sustancial en el consentimiento o por defecto de forma sustancial. Podemos también, en determinados casos y por graves motivos, disolver matrimonios privados del carácter sacramental. Podemos, finalmente, si hay una causa justa y proporcionada, desatar el vínculo de los esposos cristianos, el sí por ellos pronunciado ante el altar, cuando conste que no ha llegado a su cumplimiento con la actuación de la convivencia matrimonial. Pero una vez que esto ha sucedido, aquel vínculo queda sustraído a cualquier injerencia humana. ¿Por ventura Cristo no ha restituido la comunidad matrimonial a aquella dignidad fundamental que el Creador le había dado, en la paradisíaca mañana del género humano, y a la dignidad inviolable del matrimonio uno e indisoluble?"⁴

Estas afirmaciones del Papa tienen gran importancia. Porque no faltan quienes para defender que la indisolubilidad del matrimonio no es de derecho natural, invocan que, si lo fuera, la Iglesia no podría autorizar la disolución en ningún caso.

⁴ Pío XII, discurso a los recién casados, 22 de abril de 1942: *Eccelesia*, 6 de junio de 1942.

Lo que deberán decir es que hay determinadas y muy concretas excepciones, de las cuales la Iglesia tiene conciencia desde los tiempos apostólicos. Lo cual es completamente distinto. Hay excepciones, pero hay una norma. Lo que no se puede decir nunca es que, porque existan excepciones, deja de haber una regla⁵.

Otras veces la impugnación se basa en las sentencias de anulación de matrimonios dictadas por los tribunales eclesiásticos. No entro en el tema, que es ajeno a la cuestión que estoy tratando. Corresponde a los que lo dicen probar que existen tales sentencias injustas. Y si existieran, la conclusión sería que se obra injustamente, no que la indisolubilidad no es norma de doctrina católica. Las revistas y periódicos que airean con escándalo las anulaciones conseguidas por tales o cuales personajes no publican los autos del proceso porque los desconocen, y tampoco hablan de tantos y tantos que no han logrado la anulación que buscaban.

LA IGLESIA Y LA JUSTA AUTONOMÍA DEL PODER CIVIL

La Conferencia Episcopal de España ha hablado en tres ocasiones sobre este tema del divorcio. También lo han hecho muchos obispos individualmente, y algunos reunidos en Provincia Eclesiástica. Conviene que leáis el documento último de la Conferencia, promulgado en noviembre de 1979. En él se señalan con brevedad los puntos principales que un católico debe tener en cuenta sobre el tema del divorcio.

Cuando se promulgó, en seguida se produjeron ataques por parte de diversos grupos y personas que se sentían molestos por ciertas afirmaciones del documento. Diputados del Parlamento, hombres de las distintas esferas del Gobierno hicieron manifestaciones diversas en el ejercicio de su libertad de opinión. Nada tenemos que oponer a esa libertad. Pero lo que no se puede admitir es el reproche que se hacía a la Iglesia de invadir un campo que no le corresponde, porque es precisamente lo contrario: le corresponde plenamente. Las leyes que afectan al matrimonio como institución natural o como sacramento, y las consecuencias que de ellas brotan para la familia pueden y deben ser objeto del juicio de la Iglesia si ésta quiere cumplir con su misión de iluminar al hombre en su camino terrestre.

El Magisterio de la Iglesia no sólo tiene –en virtud del mandato de Cristo– competencia para enseñar e interpretar la moral revelada, sino también la ley natural, cuyo cumplimiento fiel es necesario para salvarse (Encl. *Humanae Vitae*, 4); y, por tanto, puede proclamar la indisolubilidad del matrimonio y la ilicitud e invalidez de toda ley de divorcio no sólo ante sus propios fieles –cualquiera que sea la posición que éstos ocupen en el Estado–, sino ante la propia sociedad.

Y sería incongruente afirmar que esa intervención de la Iglesia mediatizaría la legítima autonomía de la autoridad del Estado –proclamada por el Concilio Vaticano II– "con resabios clericales de poder indirecto", lo que vendría a situar a los católicos en actitudes pre democráticas o totalitarias.

⁵ Véase JUAN FORNÉS, *Ius canonicum*, Revista del Instituto Martín de Azpilicueta, Universidad de Navarra, XVIII, núms. 35-36.

En primer lugar, hay que señalar que la autonomía del Estado es relativa, no absoluta, hasta el punto de que pueda considerarse "independiente de Dios y de que los hombres puedan usarla sin referencia al Creador" (GS 36, 3).

En segundo lugar, esa autonomía relativa respecto de la Iglesia, no significa, en ningún caso, que no sea "de justicia que pueda la Iglesia en todo momento y en todas partes predicar la Fe con auténtica libertad, *enseñar su doctrina social*, ejercer su misión entre los hombres sin traba alguna y *dar su juicio moral, incluso sobre materias referentes al orden político*, cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas, utilizando todos y solos aquellos medios que sean conformes al Evangelio y al bien de todos, según la diversidad de tiempos y situaciones" (GS 76, 5).

Y el mismo Concilio Vaticano II enuncia entre los deberes de los Obispos, enseñar "hasta qué punto, según la doctrina de la Iglesia, haya de ser estimada la persona humana con su libertad y la vida misma del cuerpo; la familia y su unidad y estabilidad..." (CD 12, 1).

Más aún, sin considerar su institución divina y los poderes recibidos del mismo Cristo, la Iglesia, en cuanto mera confesión religiosa, puede "manifestar libremente el valor peculiar de su doctrina para la ordenación de la sociedad y para la vitalización de toda actividad humana" (DH 4, 5) como una exigencia de la libertad religiosa.

Resultaría sorprendente que cuando la Iglesia, y no sólo en España, ha tenido una intervención tan activa, acrecentada después del Concilio Vaticano II, sobre tantos problemas sociales, políticos y económicos de los pueblos y naciones, y después de haberse insistido tanto por teólogos y pastoralistas que debe ser una "conciencia crítica" de la sociedad; cuando, en la propia España, ha tenido intervenciones clamorosas después del Concilio, pudiera inhibirse sobre un tema tan grave, tan "sagrado", aun desde un punto de vista natural, de tantas repercusiones no sólo para la sociedad civil y para la salud moral del pueblo, sino incluso para la salvación de las almas, como es el del matrimonio y su indisolubilidad.

Si la Iglesia no pudiese pronunciarse en España sobre este tema sobre el que vienen pronunciándose desde hace casi dos siglos todos los Papas, hasta el punto de que se puede afirmar seriamente, como lo ha hecho en fecha reciente el hasta ahora Obispo de Sigüenza⁶, que se trata de una enseñanza que reviste los caracteres de "doctrina católica", habría que plantearse seriamente sobre qué otro punto de incidencia político-social podría pronunciarse la Iglesia católica con más derecho y con más fuerza de razones, y si no tendría que reducirse al silencio de los templos y de las sacristías.

La gravedad y la irreversibilidad del paso legislativo que va a dar el Estado español al admitir el principio de disolubilidad extrínseca de todo matrimonio, a efectos civiles, lo consideramos de tal trascendencia que el silencio anuente, o la tolerancia pasiva o la mera apariencia de aceptación por parte de la Iglesia, y mucho más las palabras que pueden servir de aliento a tal legislación arrojarían una oscura sombra de duda sobre la credibilidad de todo su Magisterio en el

⁶ *La indisolubilidad del matrimonio y el Derecho natural*, suplemento del "Boletín Oficial del Obispado de Sigüenza-Guadalajara", 1980, p. 2.

orden sociopolítico y gravaría con enorme responsabilidad su actuación ante el juicio de la historia, y nos atreveríamos a afirmar ante Dios, Señor de la historia y de todos los hombres.

La sociedad española, la familia española, los padres y madres de familia, angustiados ante el porvenir moral de sus hijos quedarían indefensos y desamparados por la Iglesia ante tamaño atentado a la firmeza del matrimonio que, siempre, a través de los siglos, ha sido defendido por la Iglesia.

Nos preocupa profundamente, una vez que pase la euforia y el oscurecimiento de estos últimos años, y cuando los males ya sean irreparables, lo que se pueda pensar de los eclesiásticos que nada hicieron cuando todavía era tiempo, por salvar de la epidemia del divorcio a la familia española.

Por el lado contrario, otros se acogieron a algunas frases del documento de los Obispos, en las cuales han querido encontrar fácil justificación para su postura en favor de las leyes divorcistas. Son aquellas en que se habla de la justa autonomía del gobernante, y de su deber de juzgar qué es lo mejor para el bien común, si rechazar los proyectos de ley de divorcio o acogerlos.

Es evidente que la Iglesia no puede menos de respetar la "justa" autonomía de la autoridad civil para legislar en orden al bien común. Es la doctrina de siempre, que lo mismo se puede afirmar respecto del divorcio que del aborto, la enseñanza, la eutanasia, etc.

El Estado goza de autonomía –incluso en un Estado confesional– dentro de su esfera civil, respecto de la Iglesia; pero si esta autonomía es "justa" será ejercida conforme a las exigencias de la justicia y, por tanto, respetará las exigencias y los derechos fundamentales de las personas y de las instituciones naturales –entre ellas la familia– y no podrá legislar nada que atente contra las características esenciales de tales personas e instituciones. Es decir, el ejercicio de la autonomía de la autoridad civil no puede ser arbitrario, parcial, oportunista, electorero, sino justo, conforme a razón (la Ley es una *ordenación de la razón*, según la clásica definición de Santo Tomás), y dirigido al bien común. Por eso, el Concilio Vaticano II afirma que "el poder civil ha de considerar obligación suya sagrada *reconocer la verdadera naturaleza del matrimonio y de la familia*, protegerla y ayudarla, asegurar la moralidad pública y favorecer la prosperidad doméstica" (GS 52, 2).

Por otra parte, si los legisladores españoles consideran y ponderan objetivamente, como es su gravísima obligación, los males producidos por la legislación divorcista en otros Estados, sobre todo la escalada del índice de divorcios y la consiguiente inestabilidad de las familias –que, por cierto, la clarividencia de León XIII denunció hace ya un siglo (1880), en la Encíclica *Arcanum*– y que son apuntados, por el documento de la Conferencia Episcopal Española del pasado mes de noviembre, difícilmente la introducción del divorcio civil podría ser considerada conforme al bien común, si éste se entiende por "el conjunto de aquellas condiciones de vida social en las cuales los hombres, las familias y las asociaciones pueden lograr con *mayor plenitud y facilidad* su propia perfección".

La conclusión fluye, a mi juicio, clara y definitiva: *la autoridad del Estado no puede introducir el divorcio en la legislación civil, en el ejercicio de su "justa*

autonomía", a la que corresponde legislar atendiendo a "las exigencias del *bien común*" ya que el divorcio es siempre el MAL MAYOR. La ley de la indisolubilidad "no la pueden anular ni los decretos de los hombres, ni las convenciones de los pueblos, ni la voluntad de ningún legislador" (Pío XI, *Casti Connubii*).

REFLEXIÓN FINAL

No he deseado más que ayudaros a pensar, sobre todo a vosotros, sacerdotes y familias católicas, en un problema que afecta vivamente a la sociedad a que pertenecemos, y por lo mismo, a todos nosotros. Grave es que se introduzca el divorcio; aún lo es más que su legalización se produzca en medio de nuestra indiferencia, o de un confusionismo provocado o consentido.

Es ridículo hablar de modernidad en el sentido de progreso objetivo y auténtico. Tratándose del divorcio, la modernidad no es más que cronológica en cuanto que se legaliza hoy lo que no era legal ayer. Pero con su introducción no se presta un servicio ni a la civilización cristiana ni a los fundamentos éticos de la sociedad civil.

Quizá la única postura que cabe es la de resignación entristecida ante el empeño tan obstinado de separar lo que Dios ha unido. En realidad, se está haciendo pagar a la institución matrimonio, en lo que tiene de hecho personal y social, las consecuencias de tantos fallos personales y sociales, como se cometen en la relación de hombre y mujer antes del matrimonio y después de haberlo contraído. El mal uso de la libertad hace que salte hecho añicos todo compromiso serio. La falta de energía moral impide a muchos luchar para tratar de vencer las pruebas a que la convivencia conyugal está expuesta, y poco a poco va entrando en el ánimo de los que las sufren la idea de que una separación y un nuevo matrimonio les liberaría de las cadenas que les oprimen. Las cadenas se rompen, sí ¡pero quedan rotos también tantos otros valores de la persona humana!

Por eso la Iglesia ha luchado siempre cuanto ha podido por mantener la indisolubilidad del vínculo matrimonial. Y lo ha hecho consciente de que ello no sólo era un deber de fidelidad a su Señor, Cristo, ni sólo una exigencia del carácter sacramental del matrimonio cuando el Sacramento existe, sino también una actitud reclamada por la dignidad humana y por la institución matrimonial en cuanto expresión fundada en la misma naturaleza.

Olvidar esto o silenciarlo en nuestras predicaciones es muy grave. Porque una de dos: o los Papas se han equivocado sobre este tema, y entonces se podría pensar que igualmente se equivocan en otras cuestiones, o han tenido y siguen teniendo razón, y entonces nuestro silencio es inadmisibile.

No permitáis que vuestros fieles se dejen engañar por esa expresión tan repetida de que en virtud del pluralismo de la sociedad moderna y del principio de libertad religiosa, la Iglesia y sus ministros deben callar, hágase lo que se haga. Porque no se trata, al defender la indisolubilidad del vínculo, solamente de un principio de moral específica y exclusivamente católica, sino de moral natural. Y la Iglesia, al proclamarlo, está defendiendo a la naturaleza humana tal como desde el principio fue instituida por Dios en la relación de hombre y mujer.

Está en juego, en esta materia, no solamente la conciencia personal de los cónyuges, sino la estabilidad de la institución de la familia, según las exigencias de la ley natural y del bien común. No se puede plantear el tema de la familia desde una postura exclusivamente intimista y de pura decisión personal, cuando es la célula base de la vida social y el fundamento de todas las demás instituciones. Las leyes no pueden quebrantar positivamente el orden jurídico natural. Esto no es moderno, por más que sea frecuente.

Por otra parte, como ponen de relieve las experiencias y la legislación comparada, los supuestos legales de las leyes de divorcio quedan ampliamente rebasados en la praxis jurídica: por eso nos parece una ingenuidad que sesudos moralistas y canonistas examinen meticulosamente el texto de ley para ver si puede ser aceptada como "mal menor", partiendo de la hipótesis de que esos supuestos van a ser respetados escrupulosamente.

Lo grave en materia de divorcio es abrir la puerta; una vez abierta, la fuerza de los hechos obliga a hacerla más ancha cada vez. Y cuanto más se abre, más se dirá que el divorcio es un mal necesario en la sociedad moderna, y aun una solución humanitaria para matrimonios desgraciados, mientras se escamotean, consciente y persistentemente, a la opinión pública todos los problemas de fondo que el divorcio origina, y se reduce a silencio a los que con conocimiento de causa pueden oponerse al mismo.

He dicho arriba que quizá nuestra actitud tenga que ser la de una resignación entristecida ante los males que se ven venir para la familia en España sobre los que ya existen.

Pero simultáneamente deben surgir otras actitudes, que enumero rápidamente:

1ª Procurar el fortalecimiento de la vida espiritual y cristiana en las familias, para que puedan superar sus crisis con humildad y con amor.

2ª Que en nuestra predicación y catequesis, una vez aprobadas las leyes, sigamos exponiendo la doctrina católica con toda exactitud, para formar bien las conciencias de quienes quieran oírnos. Esto no será guerra religiosa, sino sencillamente cumplimiento de nuestro deber.

Queda después el problema pastoral de lo que la Iglesia, madre de misericordia y fiel esposa de Cristo, ha de hacer con los divorciados que acuden a ella, con sus hijos, con los que contraen nuevos matrimonios, etc. Serán situaciones nuevas que habremos de atender en el ejercicio de nuestra misión como mejor podamos, con infinita caridad y con fidelidad al mandato del Señor.

La sociedad española, que se dio a sí misma una Constitución de la que se dijo "que no era divorcista" alcanzará, también en este campo, la deseada cota de modernidad tan insistentemente proclamada como un ideal de nuestro tiempo, que va a solucionar grandes males.

Que al menos aquellos católicos que tan torpemente han tomado la iniciativa en la materia, o la han secundado en pactos y consensos, reflexionen si es lícito proceder así y decir, como se ha dicho a veces, que la Iglesia daba luz verde a sus proyectos. ¿Qué Iglesia y quiénes?

La Iglesia no tiene por qué dar luz verde ni roja, sino simplemente proclamar su doctrina y defender la institución familiar. En el futuro, los que no han obrado así serán muy responsables de todo lo que venga, y los hechos nos dirán si las nuevas leyes van a servir al bien común.

En cuanto a lo que sucede en el interior de la Iglesia, os pido al menos a vosotros, sacerdotes de la Diócesis, sobre los cuales tengo una misión concreta, a la que no puedo renunciar, que seáis fieles, honrados y firmes. No prediquéis ni digáis nada que no esté conforme con la doctrina de los Papas, a la que yo, Obispo diocesano, quiero ser fiel, sin miedo ninguno a los calificativos con que nos obsequien. Al hablar ahora de estos proyectos que pronto pueden ser leyes, lo hago porque tengo obligación de hacerlo. Ese pueblo del que vosotros cuidáis pastoralmente en vuestras ciudades, villas y aldeas, es tan importante como el de las grandes metrópolis.

Lo que se ha dicho repetidas veces de que no se trata de un tema religioso, sino civil y político, y que los católicos ya saben cuál debe ser su actitud ante una eventual ley de divorcio, es una verdad a medias y una ocultación de las implicaciones religiosas y de ética fundamental que el tema lleva consigo.

Con el pretexto de hacernos cercanos a los hombres de hoy y de compartir sus problemas, estamos dando lugar a un reblandecimiento pernicioso de las exigencias de una "nueva vida en Cristo", que la revelación cristiana ha proclamado siempre como postulado fundamental del Evangelio.

Casi todos los matrimonios, de ayer y de hoy, han sufrido y sufrirán desilusiones, desencantos y aun crisis profundas. La solución no está en una mal entendida libertad que rompa hoy lo que quiso unir ayer, ni en que una con carácter precario y provisional, lo que exige unión perpetua, sino en aceptar la disciplina de las costumbres rectas y la fidelidad en el orden natural y en buscar con los medios adecuados el auxilio que la fe ofrece a los que, siendo cristianos, quieren vivir como lo que son.

La Iglesia no se complace en éxitos estadísticos ni teme las derrotas que haya de sufrir por la repulsa que se hace de sus enseñanzas. Su único éxito es la fidelidad a su Señor Crucificado por dar testimonio de la verdad, aunque, como Él, sea despreciada y rechazada. Esa es su gloria y la grandeza de su misión.

Cuanto llevo escrito en esta Instrucción no desconoce que en la unión del hombre y la mujer en el matrimonio hay otros aspectos que exigen una positiva atención de la Iglesia a los valores que encierran. Debemos prestarla siempre. El Sínodo que ha comenzado a celebrarse en Roma será un poderoso impulso para lograrlo y nos ayudará a encontrar los caminos de una renovada acción pastoral sobre la familia y de la familia misma. Pero ello no nos dispensa de luchar dignamente contra lo que destruye el sagrado núcleo familiar, como es ahora la epidemia del divorcio.

Quiera Dios también que los legisladores españoles se den cuenta de la gravedad del problema, nunca minimizable por el hecho de que el divorcio esté introducido en tantos países. Que escuche cada uno la voz de su conciencia rectamente formada, para que con su acción sepan servir al verdadero bien común de la familia y la sociedad españolas, evitando o reduciendo, cuanto les sea posible, el daño que, quizá sin quererlo, podrían causar a muchos, entre los

cuales pueden estar los mismos que les dieron su voto. Piensen que algún día han de dar cuenta a Dios de todos sus actos.

ANEXOS

I. Textos pontificios sobre divorcio

León XIII

10 febrero 1880

"Esta unión del hombre y la mujer, para que respondiera mejor a los sapientísimos propósitos de Dios, mostró ya desde aquel tiempo dos propiedades nobilísimas, profundamente impresas y grabadas, a saber, la unidad y la perpetuidad."

"El divorcio es el enemigo número uno de la prosperidad de la familia y del Estado, porque el divorcio nace cuando la moral de los pueblos ha quedado corrompida y, como enseña la experiencia, deja el camino expedito y la puerta abierta a las costumbres más viciosas en la vida pública y privada. Y mucho más claramente se verá la gravedad de estos males si se considera que no hay freno tan poderoso que, una vez concedida la facultad del divorcio, pueda contenerla dentro de ciertos límites" (Encíclica *Arcanum divinae*, publicada en *La Familia*, Madrid, 1975, núm. 61. p. 51. y núm. 74. p. 68.)

Pío XI

31 diciembre 1930

"Permanece en pie aquella ley de Dios única e irrefragable, confirmada amplísimamente por Cristo. *No separe el hombre lo que Dios ha unido* (Mt 19, 6): *ley que no pueden anular ni los decretos de los hombres, ni las convenciones de los pueblos, ni la voluntad de ningún legislador*. Que si el hombre llegara injustamente a separar lo que Dios ha unido, su acción sería completamente nula, pudiéndose aplicar, en consecuencia, lo que el mismo Jesucristo aseveró con estas palabras: *Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada del marido, adultera* (Lc 16, 18). Y estas palabras de Cristo se refieren a cualquier matrimonio, aun al solamente natural y legítimo, pues es propiedad de todo verdadero matrimonio la indisolubilidad, en virtud de la cual la solución del vínculo queda sustraída al beneplácito de las partes y a toda potestad secular" (Encl. *Casti Connubii*, Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios, ed. cit., p. 1629. núm. 33. 1).

"Y aunque parezca que esta firmeza (se refiere a la indisolubilidad del vínculo conyugal) está sujeta a alguna excepción, bien que rarísima, en ciertos matrimonios naturales contraídos entre fieles o, también, tratándose de cristianos, en los matrimonios ratos y no consumados, *tal excepción no depende de la voluntad de los hombres, ni de ninguna autoridad meramente humana, sino del derecho divino, cuya depositaria e intérprete es únicamente la Iglesia de Cristo*" (*Ibid.*, p. 1616. núm. 12. 1).

Pío XII

"Quien quiera investigar hoy los verdaderos orígenes del hundimiento moral, del veneno que corrompe a una parte importante de la familia humana, no tardará en descubrir que una de las causas más fatales y más culpables de esa situación reside en la legislación y en la práctica del divorcio. Las instituciones y las leyes de Dios ejercen siempre una bienhechora y poderosa influencia, pero cuando la ligereza y la malicia de los hombres se mezclan con ellas, producen turbación y desorden, y entonces el fruto benéfico se sustituye por una suma incalculable de males, como si la propia naturaleza se revolviere indignada contra las artimañas de los hombres, y quién podrá negar o dudar que entre las instituciones y las leyes de Dios, *la indisolubilidad del matrimonio constituye el más firme sostén de la familia*, de la grandeza nacional, de la defensa de la patria" (Alocución a los nuevos esposos, publicada en francés en *Relations Humaines et Société Contemporaine*, Ed. St. Paul, Fribourg, Paris, volumen I, pp. 456-457. núm. 992-993).

29 abril 1942

"Echad una mirada a la sociedad moderna en los países en donde rige el divorcio, y preguntad: ¿Tiene el mundo la clara conciencia y la visión de cuántas veces en ellos, la dignidad de la mujer ultrajada y ofendida, conculcada y corrompida, viene a yacer casi enterrada en el envilecimiento y en el abandono? Cuántas lágrimas secretas han bañado ciertos umbrales, ciertas habitaciones; ¡cuántos gemidos, cuántas suplicas, cuántos desesperados votos y acentos han resonado en ciertas entrevistas, por ciertas calles y callejas, en ciertos rincones y lugares desiertos! No, la dignidad personal del marido, como la de la mujer, pero sobre todo la de la mujer, no tienen mejor defensa y tutela que la indisolubilidad del matrimonio. Están en un error funesto los que creen que se puede mantener, proteger y elevar la cultura de la mujer y su digno decoro femenino, sin ponerle como fundamento el matrimonio uno e indisoluble. Si la Iglesia, cumpliendo la misión recibida de su divino Fundador, con gigantesco e impávido uso de una santa e indomable energía, ha afirmado siempre y difundido por el mundo el matrimonio inseparable, alabado y glorificado, porque con ello ha contribuido en gran manera a defender el derecho del espíritu frente a los impulsos de los sentidos en la vida matrimonial, salvando, con la dignidad de las nupcias, la de la mujer, no menos que la de la persona humana" (Discurso a los recién casados, 29 de abril de 1942: *Ecclesia*, 27 de junio de 1942.)

22 abril 1942

"En la unidad del vínculo conyugal ved impreso el sello de la indisolubilidad. Es, ciertamente, un vínculo al cual inclina la naturaleza, pero que no está causado necesariamente por los principios de la naturaleza, sino que se realiza mediante el libre albedrío; pero si la simple voluntad de los creyentes lo puede contraer, no lo puede desatar. Esto se dice no solamente de las nupcias cristianas, sino en general de todo matrimonio válido que se haya contraído sobre la tierra con el mutuo consentimiento de los cónyuges. El 'sí', que brotaba de vuestros labios por el impulso de vuestro querer, ata en vuestro derredor el vínculo conyugal, y al mismo tiempo liga para siempre vuestras voluntades. Su efecto es irrevocable; su sonido, expresión sensible de vuestro consentimiento, pasa; pero el consentimiento mismo formalmente queda fijo, no pasa, es perpetuo, porque es

consentimiento en la perpetuidad del vínculo, mientras que un consentimiento de vida solamente para algún tiempo entre los esposos no valdría para constituir un matrimonio. La unión de vuestro 'sí' es indivisible; de donde no hay verdadero matrimonio sin inseparabilidad, ni hay inseparabilidad sin verdadero matrimonio" (Discurso a los recién casados, 22 de abril de 1942: *Ecclesia*, 6 de junio de 1942.)

6 octubre 1946

"Aun entre los no bautizados, los matrimonios legítimamente contraídos son, en el orden natural, una cosa sagrada, de modo que *los tribunales civiles no tienen la facultad de disolverlos*, ni la Iglesia ha reconocido en semejantes casos la validez de la sentencia de divorcio" (Alocución a la Rota Romana, publicada en francés en *Relations Humaines et Société Contemporaine*, Ed. St. Paul, Fribourg, Paris, vol. 11, p. 1325, num. 2.858.)

Juan XXIII

15 mayo 1961

"En esta materia hacemos una grave declaración: la vida humana se comunica y propaga por medio de la familia, la cual se funda en el matrimonio uno e *indisoluble*". (Encl. *Mater et Magistra*, 193, texto español en *Ocho grandes mensajes*, BAC Minor 2, Madrid 1972, 182)

13 diciembre 1961

"Al tutelar con preocupación celosa la *indisolubilidad del vínculo* y la santidad del *sacramentum magnum*, la Iglesia defiende un derecho, no sólo eclesiástico y civil, sino, sobre todo, natural y divino-positivo. Estos dos grandes y necesarios bienes que el velo de las pasiones y el de los prejuicios ahora oscurecen hasta hacerlos olvidar, antes que por la ley positiva, han sido definidos, *el uno por la ley natural, esculpida con caracteres indelebles en la conciencia humana*, y el otro por la ley divina de Cristo. No se trata, pues, de prescripciones y normas que imponen las circunstancias, y que el curso de las generaciones puede cambiar, sino de la voluntad divina, del orden intangible establecido por Dios mismo como salvaguardia del primer núcleo fundamental de la sociedad civil. Se trata de la primordial ley divina que la palabra de Cristo, en la plenitud de los tiempos –*ab initio non fuit sic*–, ha devuelto a su integridad genuina" (Discurso a la Rota Romana, publicado en *Anuario Petrus. La Voz del Papa*, año 1961, segunda parte, Barcelona 1962, 157-158.)

Pablo VI

Aparte los textos citados, en diciembre de 1970, en discurso a los Cardenales, dijo: "La Iglesia, en efecto, no puede dejar de proclamar el altísimo principio que, inscrito ya en el derecho natural, ha sido confirmado y reforzado para los cristianos por la Ley del Evangelio, donde Cristo advierte que el hombre no puede atreverse a separar lo que Dios mismo ha unido" (*Enseñanzas al Pueblo de Dios*, 1970. Librería Editrice Vaticana, 456)

Juan Pablo I

21 septiembre 1978

"Nuestro es también el oficio de animar a las familias en la fidelidad a la ley de Dios y de la Iglesia. Es preciso que no temamos nunca proclamar todas las exigencias de la palabra de Dios, pues Cristo está con nosotros y dice, hoy como entonces: *El que a vosotros oye, a Mí me oye* (Lc 10, 16). Particularmente importante es la indisolubilidad del matrimonio cristiano; aunque es una parte difícil de nuestro mensaje, debemos proclamarla plenamente como parte de la palabra de Dios, parte del misterio de la fe. Pero, al mismo tiempo, estamos junto a nuestro pueblo en sus problemas y dificultades. Deben saber ellos siempre que los amamos" (Discurso a los Obispos de Estados Unidos, 21 de septiembre de 1978, en *L'Osservatore Romano*, 22-9-78)

Juan Pablo II

1 octubre 1979

"El divorcio, sean cuales fueren las razones por las que es introducido, es inevitablemente cada vez más fácil de conseguir, y gradualmente tiende a ser aceptado como algo normal en la vida. *La misma posibilidad del divorcio en la esfera de la legislación civil dificulta la estabilidad y permanencia del matrimonio.* Ojalá continúe siempre Irlanda dando testimonio ante el mundo moderno de su *tradicional empeño por la santidad e indisolubilidad del vínculo matrimonial.* Ojalá los irlandeses mantengan siempre el matrimonio a través de un *compromiso personal y de una positiva acción social y legal*". (Homilía en Limerick, Irlanda, en Juan Pablo II, *heraldo de la paz*, BAC, Madrid 1979, 150)

30 agosto 1980

"Los cristianos deben dar testimonio abierto y convencido de que en Cristo se encuentra la salvación del hombre, *deben actuar contra los peligros que profanan el santuario de la familia y amenazan con devastar sus sagradas estructuras*; quiero decir el hedonismo que lleva a la falta de amor entre los cónyuges y hacia los hijos, a la infidelidad conyugal. al divorcio y al aborto" (Diario YA, 2-9-1980, 15.)

II. Textos del Concilio Vaticano II

7 diciembre 1965

"Fundada por el Creador y en posesión de sus propias leyes, la íntima comunidad conyugal de vida y amor se establece sobre la alianza de los cónyuges, es decir, sobre su consentimiento personal e irrevocable. Así, del acto humano por el cual los esposos se dan y se reciben mutuamente, nace, aun ante la sociedad, una institución confirmada por la Ley Divina. Este vínculo sagrado, en atención al bien, tanto de los esposos y de la prole como de la sociedad, no depende de la decisión humana..."

"Esta íntima unión como mutua entrega de dos personas, lo mismo que el bien de los hijos, exigen plena fidelidad conyugal y urgen su indisoluble unidad"

(Const. Pastoral *Gaudium et Spes*, 48, en *Ocho grandes mensajes*, BAC Minor 2, Madrid 1979, 436)

"El matrimonio no ha sido instituido solamente para la procreación, sino que la propia naturaleza del *vínculo indisoluble* entre las personas y el bien de la prole requieren que también el amor mutuo de los esposos mismos se manifieste, progrese y vaya madurando ordenadamente. Por esto, aunque la descendencia tan deseada muchas veces falte, sigue en pie el matrimonio como intimidad y comunión total de vida, y conserva su valor e indisolubilidad". (*Ibíd.*, 50, 440.)

"*El poder civil ha de considerar obligación suya sagrada reconocer la verdadera naturaleza del matrimonio y de la familia...*" (*Ibíd.*, 52, 2, p. 442.)

III. Instrucción colectiva del episcopado español sobre el divorcio civil

1. En el programa legislativo del Gobierno se anuncian importantes modificaciones del derecho de la familia. que pueden afectar seriamente a su estabilidad, con la introducción del divorcio civil. Este hecho cae de lleno dentro del orden moral, compromete la conciencia de los cristianos y exige de los Pastores una palabra clarificadora. La decimos hoy con la mejor voluntad, dirigida, ante todo, a cuantos se sienten miembros de la Iglesia, pero ofrecida también con respeto a los demás ciudadanos, por lo que pueda interesarles o ayudarles la doctrina católica sobre el matrimonio.

Indisolubilidad del matrimonio

2. La indisolubilidad del matrimonio no es otra cosa que la expresión normativa de la exigencia de fidelidad que brota del auténtico amor conyugal, de la alianza personal de los esposos, del bien de los hijos y de la dimensión social de la institución matrimonial que rebasa los intereses privados de los cónyuges. Por ello, el vínculo conyugal del matrimonio queda sustraído a la voluntad privada de los cónyuges y es intrínsecamente indisoluble.

Las leyes que establecen y regulan la indisolubilidad no son una mera imposición de la sociedad. ni brotan exclusivamente de un precepto religioso sobreañadido, sino de la entraña de la misma realidad conyugal. De ahí que las normas jurídicas deberán reconocer, garantizar y fomentar esta estabilidad del matrimonio para estar de acuerdo con las exigencias del orden moral.

3. El matrimonio no pertenece sólo al orden de la creación, sino que ha sido incorporado por Dios al orden mismo de la salvación en Cristo. Por eso, la unión matrimonial "en el Señor" reviste para el creyente una significación y un valor especial, y su estabilidad e indisolubilidad adquieren una particular firmeza. El matrimonio de los cristianos es, por voluntad de Cristo, el sacramento que actualiza y manifiesta en los esposos la unión inefable, el amor fidelísimo y la entrega irrevocable de Jesucristo a su esposa la Iglesia (cfr. Ef 5, 22 y ss).

Esta doctrina sobre el matrimonio, y en especial sobre su estabilidad, que acabamos de recordar, es apreciada en toda su significación y peculiaridad desde la fe.

El divorcio civil

4. En orden al problema de una eventual legalización del divorcio, proponemos los siguientes criterios fundamentales:

a) La estabilidad inherente al vínculo matrimonial es un valor sumamente importante para la vida afectiva de los esposos, para el bien de los hijos, para la firmeza de la familia y, al mismo tiempo, un elemento integrante fundamental del bien común de la sociedad. El divorcio pone en peligro estos bienes; es de suyo un mal para la sociedad.

b) No podemos admitir que la regulación civil del divorcio sea un derecho de la persona humana. No se trata de reconocer un derecho, sino, a lo más, de ofrecer un supuesto remedio a un mal social. Nadie debería dudar de que la ruptura de los matrimonios es un grave mal social. Y aquí se encuentra el primer gran equivoco de cualquier ley divorcista: induce a pensar que el matrimonio es disoluble, y supone la introducción legalizada de una permisividad que socava las bases más firmes de la sociedad y de la familia. Este peligro difícilmente se podrá evitar, sean los que sean los términos en que se mueva una ley de divorcio.

c) La experiencia enseña que este tipo de legislación es prácticamente irreversible y mueve a los propios legisladores a deslizarse por el plano inclinado de la progresiva multiplicación de las causas, que declaran legalmente roto el compromiso matrimonial. Y así resulta verdad que "divorcio engendra divorcio", ya que prácticamente sirve de incitación a matrimonios sin problemas insolubles, pero víctimas del medio ambiente. Por eso cabe preguntarse sinceramente si su admisión como posibilidad legal, en determinados casos, constituye realmente un remedio al mal que se intenta atajar o es más bien una puerta abierta a la generalización del mal.

d) Consideramos que es absolutamente inaceptable el llamado divorcio consensual. Una ley que introdujese el divorcio de tal manera que la pervivencia del vínculo quedase a disposición de los cónyuges, sería rechazable moralmente y no podría ser aceptada por ningún católico, ni gobernante ni gobernado. Al pretender privatizar así el vínculo matrimonial, el Estado no cumpliría uno de sus deberes fundamentales de cara a un elemento esencialmente constitutivo del bien común: la protección de aquel mínimo de estabilidad y unidad matrimonial, sin el cual no se puede hablar de institución matrimonial.

e) Las peculiares circunstancias históricas que determinan lo que ha sido y es – en muchos casos– la familia española, que se conforma según modelos jurídicos, culturales y éticos inspirados en la fe cristiana, ponen un acento de mayor gravedad a la hora de afirmar la responsabilidad de los católicos ante la posible introducción en España de un divorcio civil. No hace falta subrayar cuán gravemente negativos serían los efectos que se derivarían, a corto y a largo plazo, para la salud moral y religiosa de nuestras familias, nuestra sociedad y nuestro pueblo.

5. Se debe aspirar a que la legislación sobre el matrimonio y la familia coincida con las exigencias del orden moral⁷ No ignoramos que en la sociedad actual no todos los ciudadanos entienden el matrimonio desde nuestra perspectiva cristiana. Respetamos la justa autonomía de la autoridad civil, a la que corresponde legislar, atendiendo a las exigencias del bien común, compuesto por diversos elementos⁸. En orden a este bien común, la prudencia política del legislador, dentro de un marco legal que tutele y promueva los bienes de la comunidad familiar, al ponderar las consecuencias negativas que pudieran seguirse de una absoluta prohibición del divorcio civil, tenga también en cuenta los graves daños morales arriba enumerados, que se derivarían de su introducción en nuestra legislación.

6. La Iglesia, al iluminar la conciencia de los católicos sobre la repercusión inevitable y negativa de una ley de divorcio en el orden ético y religioso, pide a cuantos puedan influir en la modificación de nuestro derecho de familia, especialmente a los legisladores, que mediten muy seriamente sus determinaciones.

En todo caso, sepan los católicos que el hipotético divorcio civil no disolverá su vínculo matrimonial, y que la doctrina de la Iglesia permanece inmutable. Sean conscientes de que aquí se les ofrece una ocasión de demostrar la fidelidad a Jesucristo –generosa siempre y a veces muy sacrificada–, así como de dar un testimonio ejemplar a todos nuestros hermanos y una contribución importante al bien común de la sociedad.

7. En esta hora tan decisiva para el futuro de la institución matrimonial en nuestro país, exhortamos a las autoridades civiles a que emprendan una audaz, valiente y acertada política en orden a una protección eficaz de la familia, célula primaria de la sociedad. Pedimos al Señor ilumine las mentes de nuestros gobernantes y legisladores.

Madrid, 23 noviembre 1979.

(XXXII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Madrid, 19-24 noviembre 1979.)

IV. Libros recomendables sobre esta materia

1º *El vínculo matrimonial. ¿Divorcio o indisolubilidad?* Varios autores, BAC 395, 1978.

2º *El divorcio*, por Gabriel García Cantero, catedrático de Derecho Civil, BAC Popular 8, 1977.

⁷ "Ojalá los irlandeses mantengan siempre el matrimonio a través de un compromiso personal y de una positiva acción social y legal" (Homilía de Juan Pablo II en Limerick. Irlanda. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, 14 octubre 1979, p. 6)

⁸ "El bien común abarca el conjunto de aquellas condiciones de vida social en las cuales los hombres, las familias y las asociaciones pueden lograr con mayor plenitud y facilidad su propia perfección" (*Gaudium et spes*, núm. 74. Cfr. JUAN XXIII, Encíclica *Mater et Magistra*, AAS 53 [1961] 417)

3º *Indisolubilidad del matrimonio y divorcio en la Biblia. La sexualidad en la Biblia*, por Alejandro Diez Macho, catedrático de la Complutense. Ediciones Fe Católica, Madrid, 1978.

4º *Manipulación del hombre en la defensa del divorcio*, por Alfonso López Quintas, catedrático de Filosofía en la Universidad Complutense. Acción Familiar 1980.

22. LA TENTACIÓN DE UN CATOLICISMO FÁCIL ¿REMEDIO PARA UNA ESPAÑA INTRANSIGENTE?

Conferencia pronunciada en el *Club Siglo XXI*, Madrid, el 24 de mayo de 1982. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, agosto-septiembre 1982.

INTRODUCCIÓN

LA IGLESIA EN EL PERÍODO POSCONCILIAR

En la última etapa del Concilio Vaticano II, el 18 de noviembre de 1965, el Papa Pablo VI pronunció un discurso, al que pertenecen las siguientes palabras:

"Nos parece que es muy importante que nos demos cuenta de cuál deba ser nuestra actitud de ánimo en el período posconciliar. La celebración del Concilio ha suscitado, a nuestro juicio, tres diferentes momentos espirituales. El primero fue el del entusiasmo. Era justo que fuera así: estupor, alegría, esperanza, un sueño casi mesiánico, acogieron el anuncio de la esperada y, sin embargo, inesperada convocación; una brisa de primavera pasó al comienzo sobre todos los ánimos. Siguió un segundo momento, el del efectivo desarrollo del Concilio, que se caracterizó por la problematicidad; ese aspecto de la problemática era lógico que acompañase al trabajo conciliar, que fue, como vosotros sabéis, inmenso... Pero en algunos sectores de la opinión pública todo se convirtió en discutido y discutible, todo apareció difícil y complejo; se pretendió someter todo a la crítica y a la impaciencia de las novedades. Aparecieron inquietudes, corrientes, temores, audacias, arbitrariedades; todo se hizo dudoso, incluso los cánones de la verdad y de la autoridad..."

"Viene, por esto, el tercer momento, el de los propósitos, el de la aceptación y ejecución de los decretos conciliares. Y éste es el momento para el que cada uno debe disponer su propio espíritu. La discusión acaba; empieza la comprensión. A la acción del arado que revuelve la tierra, sucede el cultivo ordenado y positivo. La Iglesia se reorganiza con las nuevas normas que el Concilio ha dado. La fidelidad la caracteriza: una novedad la califica, la de la conciencia acrecentada de la comunión eclesial, de su maravillosa trabazón, de la mayor caridad que debe unir, activar, santificar, la comunión jerárquica de la Iglesia. Es este el período del verdadero *aggiornamento*, preconizado por nuestro predecesor, de venerada memoria, Juan XXIII, el cual no quería ciertamente atribuir a esta programática palabra el significado que alguno intenta darle, como si ella consistiera en 'relativizar', según el espíritu del mundo, todas las cosas de la Iglesia: dogmas, leyes, estructuras, tradiciones, siendo así que estuvo en él tan vivo y firme el sentido de la estabilidad doctrinal y estructural de la Iglesia que lo constituyó en eje de su pensamiento y de su obra. *Aggiornamento* querrá decir de ahora en adelante, para nosotros, sabia penetración del espíritu del Concilio que hemos celebrado y aplicación fiel de sus normas, feliz y santamente emanadas".

"Pensamos que en esta línea se debe desarrollar la psicología nueva de la Iglesia: clero y fieles tendrán que desarrollar una magnífica labor espiritual para la renovación de la vida y de las acciones según Cristo Señor; y a esta labor invitamos a nuestros hermanos y a nuestros hijos; aquellos que aman a Cristo y a la Iglesia estén aquí con Nos en la profesión más clara del sentido de la verdad propia de la tradición que Cristo y los apóstoles inauguraron, y con él el sentido de la disciplina eclesiástica y de la unión profunda y cordial que nos hace confiados y solidarios como miembros de un mismo cuerpo".

"Y para que todos seamos confortados en esta renovación espiritual, proponemos a la Iglesia recordar piadosamente las palabras y los ejemplos de dos de nuestros últimos predecesores, Pío XII y Juan XXIII, a quienes la Iglesia y el mundo tanto deben, y disponemos a este fin que sean iniciados canónicamente los procesos de beatificación de estos Sumos Pontífices, tan piadosos y excelsos y tan queridos para nosotros"¹.

Al final de su vida, mes y medio antes de morir, en discurso dirigido al Colegio Cardenalicio, como haciendo examen de conciencia ante la muerte ya próxima, Pablo VI proclamaba con énfasis que había luchado intrépidamente para mantener la doctrina tradicional de la Iglesia Católica, de la que había sido el primer servidor. Se adivinaba en estas palabras como un lamento por no haber podido conseguir que en la época del posconcilio la Iglesia toda avanzase conforme a lo que él había dicho tantas veces.

I. ¿QUÉ HABÍA OCURRIDO?

Como consecuencia de la nueva actitud de diálogo, discernimiento y aproximación al mundo moderno, a la cultura del hombre contemporáneo, a sus luchas políticas, a las diversas confesiones cristianas, a las demás religiones de la tierra, en grandes sectores de la Iglesia fue extendiéndose una actitud nueva, no totalmente, puesto que tenía precedentes en los años anteriores al Concilio (sacerdotes obreros de París, Nueva Teología...), pero sí en la intensidad con que se manifestaba. Tales eran los cambios que querían introducirse en las expresiones dogmáticas de la fe, en la observancia de las leyes divinas, en la moral pública y privada, en el culto litúrgico y en las formas de piedad y devoción, y, como consecuencia, en el talante y estilo con que se contemplaban las instituciones y estructuras de la Iglesia: Magisterio y obediencia al mismo, jerarquía y autoridad correspondiente, ordenes y congregaciones religiosas, noviciados y seminarios, actuaciones concretas en el modo de realizar la acción apostólica, límites entre la predicación y la actuación política, disciplina en el comportamiento externo de clérigos y religiosos, etc. Tales eran los cambios, tantos, y en tantos sitios a la vez, que el desconcierto y la confusión más dolorosos se hicieron dueños del espíritu de muchos.

La mayor novedad consistía en que todo eso sucedía en el interior de la Iglesia. No obedecía a imposiciones desde fuera, ni a legislaciones coactivas de poderes extraños; se pensaba en contra de las advertencias de los Papas, que traería resultados beneficiosos para la evangelización del mundo. Se comprende que

¹ *Concilio Vaticano II*, BAC 252⁸, 1105-1106.

se hayan escrito libros en estos años como *La descomposición del Catolicismo*, de Bouyer; o *¿Se ha vuelto loca la Iglesia Católica?*, del inglés John Eppstein; *El Caballo de Troya en la ciudad de Dios*, de Von Hildebrand; *El Campesino del Garona*, de Maritain; *Getsemaní*, del Cardenal Siri; *La Iglesia, esperanza del mundo*, del Cardenal Wrigth; *El retorno de Poncio Pilato*, del Obispo de Estrasburgo, Elchinger; *Nuevo Profetismo*, A.C. de Madrid, 1969; *Córdula*, de von Balthasar...

Pero de estos libros apenas se ha hablado. La conjuración del silencio, auténtica tiranía en la época de la libertad, ha caído sobre ellos.

Y tampoco se ha querido oír la voz del mismo Pablo VI, que, con más autoridad que todos ellos, decía en 1964, en la encíclica *Ecclesiam Suam*: "Se creía que después del Concilio vendría un día de sol para la historia de la Iglesia. Por el contrario, ha venido un día de nubes, de tempestades, de oscuridad, de búsqueda, de incertidumbre... Un peligro de vértigo, de aturdimiento, de aberración que sacude la solidez de la Iglesia e induce a muchos a ir tras los más extraños pensamientos, como si la Iglesia debiera negarse a sí misma y abrazar novísimas e impensadas formas de vida" (*Ecclesiam Suam*, 20).

En otras ocasiones insistió sobre esto mismo: "No se puede demoler la Iglesia de ayer y de hoy para construir una nueva; impugnar lo que la Iglesia ha enseñado hasta ahora, ni abandonar como viejos y superados los cánones dogmáticos" (17-9-69). "Se diría que a través de alguna grieta ha entrado el humo de Satanás en el templo de Dios. Hay dudas, incertidumbres, problemática, inquietudes, insatisfacciones, confrontaciones. Ya no se confía en la Iglesia... Ha entrado la duda en nuestras conciencias y ha entrado a través de ventanas que debían estar abiertas a la luz" (Homilía 27-6-72.)

El actual Pontífice, Juan Pablo II, no ha utilizado el lenguaje lamentativo y doliente de Pablo VI, pero ha ido más lejos en el reconocimiento del drama interior de la Iglesia. Concretamente, en un punto central de la fe católica, la Eucaristía, ha llegado a pedir perdón en nombre de la Iglesia, por los graves desórdenes que se han producido.

"Llegado ya al término de mis reflexiones, quiero pedir perdón –en mi nombre y en el de todos vosotros, venerables y queridos Hermanos en el Episcopado– por todo lo que por el motivo que sea y por cualquiera debilidad humana, impaciencia, negligencia, en virtud también de la aplicación a veces parcial, unilateral y errónea de las normas del Concilio Vaticano II, pueda haber causado escándalo y malestar acerca de la interpretación de la doctrina y la veneración debida a este gran Sacramento. Y pido al Señor Jesús para que en el futuro se evite, en nuestro modo de tratar este sagrado Misterio, lo que puede, de alguna manera, debilitar o desorientar el sentido de reverencia y amor en nuestros fieles. Que el mismo Cristo nos ayude a continuar por el camino de la verdadera renovación hacia aquella plenitud de vida y culto eucarístico, a través del cual se construye la Iglesia en esa unidad que ella misma ya posee y que desea poder realizar aún más para gloria de Dios vivo y para la salvación de todos los hombres"².

² Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo, 1980.

Y en su magisterio normal y ordinario, desde Roma, y en sus viajes por todo el mundo, está repitiendo incansablemente las verdades fundamentales del credo y la ley moral de la Iglesia Católica, no ya clásicas y tradicionales, que eso es decir poco, sino permanentes e inmutables.

Esta consideración que he hecho, referida en términos generales a la Iglesia de los años posconciliares, tiene perfecta aplicación a España. También entre nosotros ha habido sectores muy influyentes en la Iglesia que han querido cambiarlo todo. El resultado ha sido el mismo que en todas partes: desconcierto y pesadumbre en muchos, y reacción hostil en otros, que se han incapacitado para captar la sana brisa de renovación que el Concilio traía. Y en esta situación nos encontramos hoy.

Como digo, este fenómeno, que no es privativo de España, afecta a la vida católica de los creyentes, y no debe explicarse con apelaciones simplistas a la dificultad de adaptación, a la impreparación de los fieles para asimilar la doctrina del Concilio, al aislamiento en que vivíamos los españoles con anterioridad al mismo, etc. Estas no son explicaciones honestas.

Y basta, para demostrarlo, tener en cuenta que el fenómeno se ha dado en casi todos los países católicos, y que los Papas y los Sínodos han hablado sin cesar, condenando los abusos a que me refiero. Porque es de esos abusos de lo que estoy hablando, no de las auténticas y deseadas renovaciones conciliares

Lo que ha faltado es la fidelidad y la adhesión religiosa al Magisterio de la Iglesia, y concretamente el Magisterio Pontificio, que era bien fácil de conocer y, de hecho, se conocía. Y no ha sido el pueblo católico en general, que seguía dispuesto a observar y seguir las orientaciones de los Papas, sino grupos minoritarios dentro de la Iglesia, que disfrutaban de cauces eficaces por donde hacer correr y propagar sus personales y muchas veces insolentes provocaciones y desobediencias. A Pablo VI, el Papa del Concilio y de las más valientes y dignas aperturas, se terminó por despreciarle como a un hombre acobardado y temeroso. A Juan Pablo II, que fue recibido con tan clamorosa adhesión por las circunstancias que concurrieron en su elección para el Pontificado, se le empezó a calificar de involucionista al día siguiente de sus llamadas a la fidelidad. Esta es la realidad. Lo demás son ganas de perder el tiempo.

Lo que ha surgido en España, y se esta extendiendo en la opinión pública de grandes sectores de la sociedad, es otra cosa. Es la idea de que el catolicismo, que tanta influencia ha tenido en nuestra cultura y vida social; el catolicismo hispánico, nuestro catolicismo, ha contribuido notablemente a generar ese fenómeno de la llamada *intransigencia española*, que dificulta la convivencia nacional. En periódicos y revistas, en asambleas y coloquios, en cátedras y círculos académicos, y –¿por qué no decirlo?– en templos y confesonarios – estos últimos donde se usan– ha ido extendiéndose la idea de que hay que predicar un catolicismo fácil, cómodo, muy dialogante y comprensivo, nada dogmático, respetuoso de la modernidad, adecuado a los tiempos y a las exigencias de la cultura actual, suave descanso para el corazón atribulado de los hombres como la música de una sonata, puramente testimonial y liberado del farrago de una doctrina insoportable, despojado de esa pelambre áspera e hirsuta que le ha ido creciendo merced a las lociones que manos españolas han

ido aplicando a su cabellera (contrarreforma, inquisición, oscurantismo, prepotencia clerical, ansia de dominio, ignorancia científica, etc.). De todo esto se escribe y se habla sin cesar.

Y esto es lo peligroso, a mi juicio. Porque después nadie concreta en qué ha de consistir ese catolicismo fácil, ni de qué debe abdicar para ser a la vez moderno y fiel a su identidad. El resultado es que sustituyen las creencias por las actitudes, el depósito de la fe por las ambigüedades, la caridad por el irenismo, los mandamientos por los manifiestos, los sacramentos que son signos y realidades a la vez por puros símbolos a los que cada uno trata como quiere. Y como la idea en si es atractiva –¿a quién no le agrada hacer un catolicismo fácil? – se multiplican las facilidades hasta límites inconcebibles, por ejemplo: absoluciones colectivas con quebranto evidente de las normas dadas por Pablo VI, porque es mucho más fácil un catolicismo en que no haya que acudir a confesar los pecados personales; ocultación o evitación de las fórmulas del Credo, en que confesamos a Jesucristo como Hijo de Dios, porque es mucho más fácil decir que en Él Dios se ha hecho presente de una manera única; impugnación de la Iglesia como sociedad jerárquica con Papa y Obispos de institución divina, porque es mucho más fácil a los hombres de hoy y más grato a los grupos cristianos no católicos hablar de comunidad de creyentes que caminamos hacia la verdad liberadora; valoración de la sexualidad como factor integrante de la condición humana, en tales términos que se consideran las prohibiciones de la Iglesia Católica como restos atávicos de una moral judeocristiana anticuada y pobre. y por lo mismo repudiable, porque así es mucho más fácil que la juventud llene los espacios vacíos de los templos con las canciones de su alegría...

Puestos a dar facilidades, se llega a la trivialización de todo y se termina creando un catolicismo que ya no hay quien lo conozca. Da lo mismo exégesis bíblica protestante que católica; utopía marxista que ideal cristiano; Evangelio que libertad; libertad que subjetivismo; subjetivismo que anarquía. Y en otro orden de cosas, da lo mismo vida eterna que progreso indefinido; paraíso que liberación terrestre; infierno que congoja o frustración humana.

Y como las ideas necesitan de instrumentos y medios adecuados para difundirlas, aparecen los libros de temas religiosos, en que cada cual dice lo que se le antoja, incluidos textos de Religión, las catequesis para grupos, las revistas ciclostiladas, las charlas radiofónicas, los coloquios televisivos. Todo ligero, todo frívolo y desvergonzado, todo sometido a la manipulación y presentación arbitraria de unos cuantos directores y directoras de programas que, al amparo de una cierta facilidad de palabra y de gesto, trituran las más sagradas instancias de la fe y de la dignidad del comportamiento moral, tal como en un artículo memorable lo evocaba no hace mucho Luis María Ansón, titulado *Descristianizar España*³.

No es que ataquen directamente al catolicismo –alguna vez también lo hacen–, sino que intentan hacerlo todo fácil, eliminar las presencias de un Dios revelador tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, quedarse con las palabras que les convienen y suprimir las demás, y así seguir cantando el estribillo de que un catolicismo, que no se acomoda a eso que llaman ellos cultura de hoy, no es

³ ABC, 28 de noviembre de 1981.

de recibo. No importa que la familia, los niños, la juventud, la ética de la convivencia, los valores tradicionales y contrastados del pueblo terminen siendo desintegrados y reducidos a polvo. ¡Hay que hacer un catolicismo más fácil y democrático! ¡Hay que dejar a un lado las tinieblas del oscurantismo hispánico! ¡Hay que cerrar la puerta a los abanderados de la intransigencia y la caverna! etc. Entonces marchará todo bien y nos situaremos con plenitud en conjunción armónica con los países europeos, y aún –¿quién sabe? – les daremos lecciones de progresismo siempre ascendente, haciendo que nuestra Constitución, nuestros consensos ideológicos, nuestros filósofos y ensayistas, nuestros teólogos (¿dónde estarán, Dios mío?) y comentaristas de la religión, en periódicos y revistas; nuestros sociólogos y cultivadores de las ciencias antropológicas, nuestros humoristas tan ingeniosos y agudos, asombren al mundo con la forja de una España nueva sacada, a golpes de intuición y de coraje, de la fragua incandescente de las nuevas generaciones ya para siempre liberadas.

Podríamos aducir datos sin fin, en confirmación de lo que estoy diciendo. Sólo me voy a referir a uno. Cuando se proyectaba la promulgación de la ley del divorcio; hubo algunos Obispos que hablaron muy claramente sobre el tema, presentando la doctrina de los Papas, algunos de éstos tan "antiguos" y "medievales" como Pablo VI y Juan Pablo II. Estos Obispos fueron atacados desde todos los ángulos, civiles y eclesiásticos. No es extraño, por lo que se refiere a los críticos que procedían del ámbito civil. Lo extraño es que, en las impugnaciones y ataques que sufrieron de parte eclesiástica, ninguno se refirió a la línea de argumentación de esos Obispos, a saber: que la enseñanza que brindaban era enteramente doctrina pontificia. ¡Era más cómodo olvidarlo, para poder hacer un catolicismo fácil, y así evitar la guerra religiosa que la intransigencia española está siempre dispuesta a declarar!

II. ANÁLISIS DEL TEMA DE FONDO

Descrito el fenómeno, debo entrar en el análisis del tema de fondo, que subyace en el enunciado de mi conferencia. Se hace necesario contestar a tres preguntas: 1ª ¿Existe una intransigencia española propia y exclusiva? 2ª ¿Puede contribuir un catolicismo fácil a disiparla? 3ª ¿Puede darse un catolicismo fácil? Contestaré brevemente.

1. Intransigencia española

¿Pueden acusar a España de intransigencia los demás países de Europa que, en el espacio de treinta y un años, en pleno siglo XX, han consentido en ser aplastados por dos guerras que llegan a ser mundiales como consecuencia de la ambición, los rechazos y los odios de unos y de otros? La intransigencia ¿es fenómeno español o simplemente humano?

Durante el siglo XIX hemos sufrido en España las guerras dinásticas, en alguna de las cuales el factor religioso aparece en primer plano, es cierto. Pero en ese mismo siglo, en Inglaterra siguen en vigor las leyes intransigentes contra el acceso de los católicos al Parlamento y a determinados oficios, intransigencia que se mantiene hoy con relación a algunos altos cargos; en Alemania la

intransigencia se dio en las luchas con motivo del *Kulturkampf* de Bismarck; en Francia, al final del siglo pasado y principios del presente, con las leyes laicistas y persecutorias de los gobiernos hostiles a la Iglesia; en Italia, con motivo del despojo de los Estados Pontificios y la unificación nacional; y en todo Europa, la intransigencia y la venganza se han dado después de la última guerra mundial, en el ámbito interno de cada nación, con actitudes equivalentes a las de una auténtica guerra civil, sólo que no han tenido observadores desde la frontera, como los que desde Hendaya contemplaban con sus prismáticos de turistas a los combatientes de nuestra contienda en Irún y montes próximos.

Lo que aquí ha habido, como fenómeno propio, ha sido vehemencia ardorosa y disposición proclive a resolver las diferencias por procedimientos contundentes en el ámbito local, regional y nacional. Ha habido más ignorancia en el pueblo en cuanto a modos de desarrollo político y social, más hambre, más distanciamiento entre las clases dirigentes y el pueblo. Y como el sentimiento católico y las actitudes emocionales que acompañan a un determinado sentido religioso de la vida eran más densas y arraigadas que en otras partes, cuando surgían los conflictos sociales o políticos, que llevan siempre consigo un determinado concepto de la vida y favorecen cambios radicales, lo católico hacía acto de presencia inevitablemente, o para modificarlo según querían unos, o para defenderlo según querían otros; pero no era la causa de la intransigencia. Originado el conflicto o en curso ya el desarrollo del mismo, los comportamientos prácticos se multiplicaban, obedientes a los sentimientos religiosos en muchas ocasiones. ¡Ojalá siempre hubiera sido con acierto! Pero ¿en qué país y en qué época histórica se ha logrado eso siempre? Yo no defenderé nunca la intransigencia; sí que defenderé siempre la coherencia con los principios religiosos en que se cree. Y para defenderla hay muchos procedimientos que no son la guerra. Pero, desde luego, tampoco son aptos el disimulo, la ocultación, la ambigüedad o la difusión de un catolicismo fácil, que va vaciando la fe de contenido y después quiere justificarlo diciendo que los contenidos no son la fe.

Que esa vehemencia y fogosa pasión no son exclusivamente nuestras, lo prueban estas palabras del ex presidente de la República francesa, Giscard d'Estaing: "En Francia todo ocurre como si el debate político no fuese la competición entre dos tendencias, sino el enfrentamiento de dos verdades que se excluyen mutuamente. Su estilo no es el de una deliberación de ciudadanos que resuelven juntos sus asuntos, sino el de una guerra de religión apenas mitigada por la convivencia. Ese estado de cosas tiene su origen en nuestro temperamento y en nuestra historia. Nuestra vida política ha sido siempre exaltada por la pasión mediterránea y el absolutismo latino: el grito de Voltaire contra la intolerancia sigue siendo la voz que clama en el desierto"⁴.

2. ¿Puede contribuir a disiparla un catolicismo fácil?

No es posible. Sencillamente porque no será catolicismo. La persona humana y su trascendencia, la familia y sus propiedades esenciales, la sexualidad y su regulación, el culto a Dios y el respeto a lo sagrado, la educación de los niños y la orientación de la libertad en los jóvenes y los adultos, la caridad en el sentido en que la proclama Juan Pablo II, los derechos humanos correlativos de deberes

⁴ GISCARD D'ESTAING, *Democracia francesa*, Barcelona 1977, 193.

ineludibles, la justicia social en el ámbito de cada nación y en la relación de naciones ricas y pobres, no son realidades para declararlas sueltas y exentas de mandamientos, a merced del mejor postor.

Sobre cada una de ellas, como sobre el sentido de la vida y de la muerte, el catolicismo, en lo que tiene de doctrina revelada, trasmite una palabra que está dicha en lo fundamental por el Hijo de Dios. Podrá aclararse, explicarse mejor, inculturizarse, pero no modificarse de modo que se altere lo sustancial de lo que ha sido revelado. Si se hace así, ya no queda catolicismo. Será únicamente el monumento o el libro, el archivo o el documento de papel, de piedra o de color; pero no será la vida, que es lo que dijo Jesús de sí mismo. Será, como dijo Renán, el perfume de un frasco vacío; pero no será la Iglesia de Cristo, Redentor de la Humanidad.

3. ¿Puede darse un catolicismo fácil?

Mi respuesta hoy, en el contexto de las consideraciones que vengo haciendo y en un análisis forzosamente breve de la realidad social del catolicismo en la vida de un pueblo, es que el catolicismo no es ni fácil ni difícil. Porque no lo entiendo como un mero hecho sociológico segregado por la evolución histórica de un pueblo o de una cultura determinada que se decanta en instituciones y costumbres creadas por el genio y la raza. Entendido así, ciertamente podemos hablar de catolicismo hispánico, francés, italiano, etc., y descubrir peculiaridades propias, pues no en vano el catolicismo es también un modo de vivir y de pensar, en el que cada pueblo pone su huella propia. Ni aun en ese sentido puede acusarse a la nación española de mayores intransigencias que las que en otras partes se han dado, con una u otra religión, ni de mayores confusiones entre Iglesia y Estado que las que durante siglos se han dado en toda Europa.

Pero ahora no hablo de esto. Hablo de la crisis posconciliar a la que están refiriéndose los Papas, y que es el tema que me ha traído aquí. Si me he referido al catolicismo español es porque lo tachan de particularmente intransigente y afirman que, eliminadas esas intransigencias, quedará un catolicismo más puro, y que será más fácil, y ayudará más a la convivencia democrática. Este es el nudo del problema, la tentación en que podemos caer los católicos, hijos de la Iglesia, contra la cual hay que ponerse en guardia, so pena de consentir en una disolución y desmembramiento progresivos del credo, que ni corregirá lo que tengamos de intransigentes ni será ya catolicismo.

Recientemente, en coloquios televisivos de gran audiencia, han aparecido hombres y mujeres jóvenes, representantes de la cultura de hoy. El espectáculo era tan soez y tan bárbaro que causaba sonrojo. Insultos, imprecaciones, procacidades, gestos iracundos, rechazos de pequeños déspotas unos contra otros, eso es lo que afloraba como manifestación de la nueva cultura de la transigencia y el respeto. ¡Allí no influía para nada el catolicismo hispánico! Eran las lacras de siempre: ignorancia, pasión incontrolada, aplastamiento del antagonista o simplemente del interlocutor, vehemencia incendiaria, insultante descaro.

El catolicismo no es ni fácil ni difícil, repito. Porque es ante todo una Vida y una Palabra que nos ofrece el Dios de la Verdad y del Amor revelado en Jesucristo.

Cuando ese mensaje de verdad y de vida se va asimilando con fe y con la ayuda que prestan los sacramentos y la oración dentro de la comunidad de la Iglesia tal como Cristo la instituyó, el creyente se encuentra con un Dios cercano, que le ofrece un corazón que ama, el del propio Jesucristo. Entonces comprueba el hombre que ese yugo es suave y esa carga ligera. La ley moral se contempla entonces como una exigencia del verdadero amor, que redime del peso de la miseria y eleva el espíritu. En las dudas, vacilaciones, dificultades y fracasos, el hombre creyente termina por decir como el Apóstol Pedro cuando le preguntó Jesús: *¿Y vosotros también queréis irnos? –Señor, ¿a quién iremos? Tú solo tienes palabras de vida eterna.* Ese es el catolicismo que termina haciéndose fácil, no que es fácil o que nosotros, con nuestras adulteraciones y ambigüedades, queremos que lo sea, según nuestra pasión o cobardía. Ese es el catolicismo en el que yo creo, el de la fidelidad y la delicadeza en el tratamiento y transmisión de algo que no es nuestro, sino de Cristo. Es el de la integridad en la fe, no el de los integristas que rechazan el Concilio Vaticano II porque no les gusta, ni, por supuesto, el de los comportamientos sucios e irreverentes en el interior de la Iglesia.

Nada hay auténticamente humano que no halle eco en el Corazón de Cristo y, por tanto, en el de su Iglesia. Los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias, sobre todo de los pobres y afligidos de toda clase, son los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de la Iglesia de Cristo. Así comienza la Constitución Pastoral del Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo actual, y así quiero hablaros yo a todos vosotros, como Pastor de la Iglesia de Cristo.

La Iglesia está en medio del mundo. Por el solo hecho de su presencia pone en él una inquietud incurable. Perpetuo testigo de Cristo que sacudió los cimientos de la vida humana, movió los ánimos, convirtió hombres e hizo de ellos el Reino vivo del Padre, la Iglesia aparece como signo de contradicción. *Puesto está este Niño para caída y levantamiento de muchos en Israel y para signo de contradicción, y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones* (Lc 2, 34-35). "¿No incluyen en una síntesis maravillosa estas palabras pronunciadas ante el Niño Jesús, lo que nos afecta tan profundamente y tan de continuo nos preocupa? ¿No son un signo particular de nuestros tiempos, o, al menos, la clave para entender los diversos síntomas de la vida moderna, de los cuales se ocuparon el Concilio Vaticano II, el Sínodo de los Obispos y continuamente se ocupan la Santa Sede y todos los Obispos junto con el Pueblo de Dios? ¿No son acaso estas palabras una particular definición de Cristo y de su Iglesia: *Signo de contradicción... para que se descubran los pensamientos de muchos corazones?*"⁵

Nuestra Iglesia es peregrinante y, por tanto, militante. No se puede olvidar este aspecto, porque es esencial. Hemos sido injertados en Cristo por el bautismo y la confirmación. *El gran combate* continúa desarrollándose entre los hombres a través de los tiempos (Ap 11, 7 y 12, 7). La Iglesia no nos permite ignorar que es imposible conciliar la justicia con la iniquidad, ni la luz con las tinieblas, ni conformar a Dios con las idolatrías, ni a Cristo con las falsas sabidurías (2Cor 14-16). Las palabras de Cristo son espíritu y vida (Jn 6, 63) y el que las escucha y pone por obra será un hombre prudente que edifica su casa sobre sólidos

⁵ KAROL WOJTYLA, *Signo de contradicción* (BAC Minor 50), Madrid 1979, 10.

cimientos. El que hace lo que Cristo ha dicho no verá jamás la muerte. Cristo exige explícitamente que los hombres le sigan, en el sentido fuerte y comprometido que comporta el seguimiento de Cristo. Y exige que el hombre se pronuncie por Él sin condiciones, sin facilidades, tanto interna como externamente. Y de ello hace depender la salvación: *Aquel que se declare por Mí ante los hombres, Yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré Yo también ante mi Padre* (Mt 10, 32-33). *El que no está conmigo está contra Mí, y el que no recoge conmigo, desparrama* (Mt 12, 30).

La Iglesia de Cristo se siente íntimamente unida con la humanidad y con su historia (GS 1) y, como conoce las dificultades de cada momento histórico, ayuda a los hombres en este peregrinar hasta la Casa del Padre. Ella da el perdón; suscita hogares, pequeñas iglesias domésticas, que son luz y sal de la tierra; desenmascara las tinieblas en que nos adormecemos; da luz en los momentos de dolor y desesperación; defiende al hombre contra sus propias debilidades, transigencias y ambiciones. La Iglesia es Sacramento de Salvación para todos los hombres, y por eso tiene el deber de escrutar los signos de los tiempos y de interpretarlos a la luz del Evangelio. Una Iglesia de puertas abiertas, como los brazos de Cristo en la cruz, para que entren todos, pero sin desvirtuar la sal, porque no serviría nada más que para ser pisoteada, pues ya no preserva de la corrupción; ni esconder su luz, porque entonces sería como un ciego que conduce a otro ciego.

No es, pues, el catolicismo obstáculo alguno para la convivencia respetuosa dentro de la nación española; ni es remedio adecuado para disipar nuestras intransigencias la reducción del credo y la norma de vida católica a un catolicismo fácil y placentero que lo disimula todo, y que no se atreve a proclamar su identidad.

Con ocasión de la carta abierta al Papa que escribió Hans Küng en Alemania, decía el Cardenal Wolf, de Maguncia: "Para mí, es una carta equivocada, porque entiendo que el futuro del cristianismo no puede ser más fácil, como él pide, sino más arduo, más difícil, más comprometido. Lo dice el Papa y lo decimos todos. El camino justo es el de la exigencia y el del compromiso. La prueba está en que los monasterios de clausura y de austeridad están llenos en Alemania y no pueden admitir más peticiones".

Esta tendencia hacia lo fácil, con exculpación de toda responsabilidad en lo que se dice, se predica, se escribe y se practica en el interior de la Iglesia, es propio de sociedades decadentes y enfermas. Cuando la tendencia a rebajar el vigor del credo y de la moral católica viene de fuera de la Iglesia, de grupos políticos y seudoculturales, de sociólogos, ensayistas, periodistas, etc., se comprende mejor; pero que se consienta en ello, para hacernos más simpáticos y agradables al mundo de hoy, es ignorancia y suicidio. El catolicismo adulterado y facilón, es decir, sin obediencia al Papa, ni firmeza en los dogmas, sin respeto a la liturgia, sin coherencia en la moral individual y social, es tan ilusorio como una pompa de jabón; en cuanto el niño que juega con ella, porque la fabrica a su antojo, sopla un poco más para que suba más alta o llegue más lejos, se deshace.

Se lanzan reproches continuos contra nuestra educación ascética y moral, y se oculta que muchos de nuestros libros de devoción y de ascética, y nuestros manuales de teología moral del siglo pasado y de los primeros cincuenta años del presente, son traducciones o acomodaciones de autores franceses, belgas, italianos y de algunos alemanes. De manera que no hemos sido nosotros los que hemos maleducado al pueblo en la fe. Nuestros párrocos y muchas comunidades religiosas o miembros aislados de ellas, esparcidos o peregrinando por los lugares más inverosímiles de la geografía española, sin comunicación apenas con sus compañeros, o con el obispado a que pertenecían, han realizado una labor prodigiosa de conservación de la esperanza y la alegría; de acercamiento en la discordia; de facilitación del perdón, y de ayuda a la humildad para pedirlo; de mantenimiento de una moral de la familia, de la juventud, de la educación de los niños y adolescentes, que, además del mantenimiento de la fe, ha originado la consolidación de una cultura del pueblo, que es mucho más rica y profunda que la mera instrucción escolar, necesaria por supuesto. Todo está empezando a convertirse en añicos, y los chicos y chicas de nuestros pueblos ya dicen y hacen lo mismo que nuestros universitarios. Y añaden que han oído esto o lo otro a tal cura o religioso que ha ido por allí a dar conferencias, o que en la "tele", cátedra para la educación de la libertad, se induce o se defiende abiertamente tal modo de proceder.

Cuanto se haga en España para educar a los ciudadanos en la convivencia respetuosa de unos y de otros, está justificado, como lo está en todas partes, en donde a pesar de más prolongadas experiencias democráticas, surgen también las discrepancias con apasionamiento y acritud. Al recibirnos el Papa el pasado mes de marzo a los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Toledo, nos decía: "Las circunstancias del presente imponen un examen realista y bien actualizado de la situación, mirando sobre todo al futuro, para que en las nuevas condiciones en las que han de vivir vuestros fieles, puedan éstos responder plenamente a su vocación cristiana, en un clima de diálogo dentro del contexto cada vez más pluralista de la sociedad española. Sin perder, no obstante, la clara visión de su propia identidad cristiana. Sin olvidar las exigencias que de ella derivan, no sólo en la esfera de la propia conciencia, sino también en el de una actuación práctica de esos principios morales, que no son solamente cristianos, sino humanos, y que deben estar en la base de la convivencia cívica, de la solidaridad comunitaria, de la ordenación jurídica de la familia, de la escuela, de la legítima participación de cada uno en la guía de la sociedad... Han de empeñarse en la construcción de una sociedad democráticamente respetuosa de todo ciudadano o grupo social, han de fomentar en la comunidad contenidos crecientes de justicia y auténtica libertad, pero sin hipotecar su identidad cristiana, sus deberes y derechos; sin falsos rubores, sin poner trabas al dinamismo interno y externo de la propia fe, antes bien, viviéndola como inspiración a la fraternidad, a la honestidad, al compromiso en favor del bien de todos, sin fronteras interesadas o parciales"⁶.

Y es que hay principios de vida, nacidos de la fe, ante cuya anulación o menosprecio no se puede menos de ser intransigentes, es decir, no cabe otra postura que la de proclamarlos y defenderlos. Eso, más que intransigencia, es firmeza en la fidelidad y servicio a Dios y a los hombres. Son cuestiones que

⁶ *Mensaje de Juan Pablo II a España* (BAC Popular 53), Madrid 1982, 300-301.

deben estar fuera de toda discusión si se quiere mantener y respetar un concepto católico de la existencia humana en la tierra. Los pueblos que llevan grabados en la conciencia estos principios harán bien en tratar de impedir, por procedimientos justos, que se les atropelle, so pretexto de que en otras partes están ya atropellados y no pasa nada; y si se les dice desde el interior de la Iglesia, en contra de lo que están diciendo los Papas, que es mejor ser transigentes para ser civilizados, deberán contestar que en esos casos no se trata de ser o no ser transigentes, sino de ser o no ser católicos. Así de sencillo.

Otra cosa es la postura de los gobernantes en relación con el bien común, cuando los pueblos que gobiernan están divididos en múltiples y plurales tendencias. No es éste el tema que yo examino. Hablo exclusivamente de la tendencia existente hoy en muchos católicos a reducir las exigencias de su fe por motivos culturales o de convivencia social, y del peligro que se da para la fe en el interior de la Iglesia por las malas interpretaciones del Concilio Vaticano II, como si éste fomentase un catolicismo fácil.

El católico quiere ser un "hombre libre", pero sabe que no se puede hacer de la libertad un manto para tapar las propias ambiciones, las debilidades, las deserciones; para dejar las responsabilidades que le atañen, ni para justificar sus infidelidades y cobardías. Precisamente, la obediencia a la Iglesia es realmente el precio de su libertad y dignidad –sólo la verdad hace libres–, la condición de la unidad con los hombres. El católico distingue la libertad de sus caricaturas; así como la "tolerancia" noble, abierta y positiva, de las cesiones cobardes, de los subterfugios para eludir el cumplimiento de los deberes, de los falsos respetos humanos, de las fragilidades y debilitamientos ante cuestiones en que el ceder es una traición.

El deber de un católico, ante esta situación de una España que quiere ser democrática, tolerante y abierta, debe ser entrar resueltamente en esta civilización, que entre todos tiene que surgir, y llevar a ella el mensaje de Cristo. Pero también está obligado a no ceder ante las ideas, hechos, costumbres que pongan en tela de juicio valores fundamentales. El católico español tiene que tener la valentía de deducir las respuestas que su momento pide, de la gran tradición de la Iglesia de Cristo, de la gozosa confianza en la inteligencia humana iluminada por Cristo, de la espléndida visión que de la vocación humana le da su religión. Esto es lo que está haciendo Juan Pablo II: dar desde Roma sus respuestas, como también en sus viajes a todas las partes del mundo. Un catolicismo rebajado en sus dogmas y en el testimonio de vida que le es propio, no sirve para nada más que para ser arrojado al desván de los recuerdos.

"Las circunstancias de nuestro momento", como pretexto para las exigencias que el Evangelio tiene para el católico, no son ni más desfavorables, ni más favorables que lo fueron en otras épocas, aunque nos parezca lo contrario. Siempre hay contrapesos en la balanza. Analizando bien las diferentes épocas de la historia se pueden equilibrar los factores positivos y negativos de una y otra situación. Las cartas de San Pablo a los corintios nos presentan una corrupción "digna de nuestro momento". Tenemos muchos siglos de historia tras nuestras espaldas para ver y comprender lo que han sido las promesas de las diferentes ideologías, regímenes y sistemas morales. Por una parte, parece que potencian la idea de la dignidad y ciertos derechos inalienables del hombre, como la libertad –yo preguntaría de qué y para qué–, y por otra, van oscureciendo poco a poco

el hecho de que esa libertad y esos derechos sólo pueden fundamentarse si él mismo es algo más que un producto casual de la naturaleza, que se hace a sí mismo y a su entorno. La única garantía de la libertad es Dios, Cristo como instancia suprema que nos juzga y ante quien somos responsables. El peligro está en atribuir un carácter último y definitivo a lo que es arbitrario, y quitárselo en cambio a lo que es eterno y absoluto.

Hace cuatro siglos que murió una mujer nacida en Ávila, cuya obra de reforma en la Iglesia ha dado la vuelta al mundo: Santa Teresa de Jesús. Nadie la ha ganado en firmeza de convicciones ni en el rigor de la observancia. Escribió y vivió en clave católica, como nadie, hasta el punto de que se ha dicho de ella que es un fruto, el máspreciado, de la Contrarreforma. Hoy es buscada, leída, admirada y aun amada por católicos y protestantes, a pesar de lo que dice en el *Camino de Perfección*. Según los criterios de hoy, ella habría sido una intransigente típicamente española. En la época del Renacimiento en que le tocó vivir, lo que hizo fue sencillamente mantener su identidad católica. La ciudad de Ávila, en que hizo sus primeras fundaciones, está siendo tan visitada este año como Santiago de Compostela, adonde llegan peregrinos de toda Europa, como siempre en los años jacobeos.

Y en el siglo XIX, el del oscurantismo y las guerras civiles, nacen en España una pléyade de hombres y mujeres santos, que en los campos de la enseñanza, la educación, la beneficencia y la asistencia hospitalaria, tan abandonados por el Estado, significan un avance maravilloso en las realidades sociales del interés por el hombre y del amor a Dios, no superado por ninguna otra nación europea. San Antonio María Claret, el Beato Enrique de Ossó, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, Santa Teresa de Jesús Jornet, Santa Vicenta María López Vicuña, la Beata Molas, el P. Palau, Santa Joaquina Vedruna, etc., con sus Claretianos, Teresianas, Adoratrices, Jesuitinas, Carmelitas de la Caridad, Hijas de María Inmaculada, Hermanitas de los Ancianos Desamparados, Oblatas, se unen por encima del tiempo a San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, a Santo Domingo de Guzmán y San Juan de Ávila, a Santa Teresa y San Pedro Claver. Y unos y otros, los de ayer y los de más atrás en el tiempo, hacen posible que todavía hoy haya en los países de América de habla española más de 17.000 religiosos y religiosas entregados a la evangelización. Ninguna nación del mundo, excepto Irlanda en términos proporcionales, tienen fuera de sus fronteras tantos hombres y mujeres dedicados a la causa del Evangelio. Pues bien, ninguno de esos insignes hijos de la Iglesia de ayer y de hoy puede catalogarse entre los representantes de un catolicismo fácil que disimulara sus exigencias para adaptarse mejor al mundo contemporáneo. Todos, sin embargo, lucharon por remediar las necesidades espirituales y materiales de su tiempo, y lo consiguieron en la medida que a ellos les correspondía.

CONCLUSIÓN

No a la tentación de un catolicismo fácil

Tenemos obligación, los católicos, de mostrar a los hombres la nada de los ídolos que surgen de una sociedad permisiva, consumista o materialista; y, por el contrario, la fuente de vida y de felicidad que brota de la inserción en Cristo. Esto

no se logra cediendo a la tentación de presentar un catolicismo fácil. Una forma sutil de barrenar el catolicismo es el de presentarlo, como acontece en el campo político o social, como un "duelo" entre progresistas e integristas; así se desvirtúa la verdadera esencia del catolicismo, se trivializa su verdad. Cristo ha hecho suyo lo que era nuestro, el pecado; y así se ha hecho nuestro lo que era suyo, la vida divina. La Iglesia tiene la única misión de hacer presente a Jesucristo a los hombres; tiene que anunciarlo, mostrarlo y darlo a todos.

"Dios no es de derechas ni de izquierdas. La peor confusión radica actualmente en la absurda idea de algunos semi-teólogos, según los cuales la trascendencia de Dios es una idea conservadora, siendo así que el cristiano de izquierdas debe ser horizontalista. Todo cuanto contribuya a fomentar semejante equívoco sería peligroso. 'El cristiano, decía acertadamente Merleau-Ponty, es un mal revolucionario y un conservador poco seguro'. Eso es su gloria, porque eso quiere decir que ni la tradición ni el progreso constituyen para él unos ídolos, puesto que solamente el Evangelio, y solamente la Iglesia constituyen el último punto de referencia. Por eso el cristiano escapa a las prisiones de derechas o izquierdas, en las que algunos pretenden encerrarlo"⁷.

La oportunidad del catolicismo en España radica en que se logre una gran renovación espiritual y doctrinal en las personas y en las instituciones. Cada uno ha de renovarse en su puesto, en su ambiente, en su trabajo, en su situación de éxito o de fracaso, de dolor o alegría. Gran renovación que debe barrer las "contestaciones" malsanas y satisfacer las "contestaciones" sanas. Tiene que organizarse en torno a la Iglesia y al Papa Juan Pablo II, Vicario de Cristo en la tierra. Y significa fidelidad a Juan Pablo II, tanto cuando habla de la familia, del derecho sagrado a la vida, de la misericordia de Dios en la misión de la Iglesia, como cuando mantiene el celibato de los sacerdotes, invita al sacramento de la penitencia, sacude las conciencias en torno a los deberes de justicia y aún más de caridad. Apartar al pueblo católico de España de este gran impulso, en provecho de un movimiento particular de derechas o de izquierdas, es falsear su sentido y comprometer su eficacia.

Se da un catolicismo adulterado o fácil en las "idolatrías" de nuestra época: bienestar, poder, deformación de la sexualidad, libertad para el placer. Se da idolatría dondequiera que el hombre espere la salvación personal fuera del poder creador de Dios. Son idolátricas las doctrinas marxistas, que hacen del hombre el creador del hombre, presentando la historia como el proceso mediante el cual la humanidad se crea a sí misma, transformando las condiciones exteriores de su existencia, y al ponernos en el ritmo de la historia, y no en la voluntad de Dios, la norma del bien y del mal. Idolátricas son las teorías que dicen que lo que salva es el esfuerzo de la ascesis, mediante el cual el hombre capta sus energías interiores. O aquellas para las que el pecado no es otra cosa que ignorancia y hacen de la razón la medida de todo lo divino, lo humano y lo moral. Idolátricos son también los que ponen en tela de juicio la razón, y ven en el hombre un ser lanzado al azar o al absurdo. El católico de hoy ha de saber discernir lo que hay de equivocado en el concepto moderno del hombre, eficaz, buscador incansable del bienestar y del placer, de lo verificable y comprobable. Parece que el hombre no es verdaderamente hombre si no se constituye para sí mismo como valor

⁷ JEAN DANIELLOU, *El dedo en la llaga*, Bilbao 1970, 124.

supremo. "La religión del hombre sin Cristo es la gran idolatría de nuestra época". Esta idolatría se da de forma solapada e inconsciente entre los católicos que quieren sólo una Iglesia movida a impulsos de los gustos personales y de las "tiranías" de la época. Digo "tiranías" porque en realidad lo son: hacen esclavos del placer, de la ambición, de los productos que siempre se anhela adquirir, de los egoísmos, de los orgullos personales. Realmente lo que cuenta en la vida no es un "dios humano", sino cosas tan sencillas como la prestación de ayuda mutua, el sacrificio y el esfuerzo en beneficio de los demás, paciencia con los otros y con nosotros mismos, reconocimiento de vínculos, aunque en determinadas circunstancias resulten incómodos o difíciles, honradez en la propia profesión, abnegación y amor en el hogar. Posturas como éstas, en una sociedad humana y a lo largo de generaciones, sólo pueden sostenerse en razón de una fe religiosa, de una esperanza firme en la gracia de Dios, que sirve de ancla vigorosa para el sentido y desarrollo de nuestra vida. Toda la vida tiene que ser determinada por Cristo: situaciones, realidades, valores y empeños sociales que puedan emprenderse.

Por una falsa sensación de culpabilidad, o por una falsa concepción de lo que es contribución al progreso de la humanidad, hay católicos que quieren deformar su sentido de lo que es realmente bueno, moral y cristiano. Se hacen débiles al poner en tela de juicio las exigencias de Cristo respecto al amor conyugal, a la familia, a su responsabilidad de padres, o de hijos con relación a los padres; al uso de los bienes; al respeto a la persona en la dimensión sexual, profesional, de convivencia.

También es un signo de los tiempos nuestro Papa Juan Pablo II, signo concreto de la Iglesia en nuestros días. Hay que escucharle y leer con atención lo que escribe. Como lo es la eterna juventud de esa Iglesia como promesa y realidad de vida, como regeneradora de los hombres. El *hombre nuevo* del Evangelio se da aquí, en este mundo concreto, en situaciones como las nuestras. Son los santos que se desprenden de lo accidental, de las pseudoautoridades, del juicio de los sabios y poderosos de la tierra, del peso de los egoísmos y ambiciones, del miedo a las instituciones económicas, del temor a los peligros que acechan sus vidas, del amor desordenado a los bienes terrenos. Son los que sienten en su vida que la *fe vence a todo ese mundo*.

23. NUESTRA HERENCIA CATÓLICA

Lección pronunciada en la inauguración de la XI Semana de Teología Espiritual, en Toledo, el 4 de julio de 1983. Texto publicado en el volumen *Mensaje espiritual de Juan Pablo II a España*, CETE, Madrid 1983, 15-32.

INTRODUCCIÓN

A la luz de los hechos históricos

Coinciden dos grandes hechos de singular importancia para la Iglesia de Cristo en España, en esta IX Semana de Teología Espiritual: *el Mensaje apostólico del Papa Juan Pablo II*, en el pasado mes de noviembre, que vamos a estudiar; y *el Año Santo de la Redención*, que estamos celebrando. Para nosotros, hijos de la Iglesia católica, son dos hechos de vital importancia. Vital, porque vienen directamente a fortalecer nuestra vida cristiana con la realización del Reino de Dios en cada uno de nosotros y en las comunidades de que formamos parte. *Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en los cielos*, pedimos los cristianos desde que empezamos a hablar.

El Reino de Dios es el anuncio central del Evangelio. El Reino de Dios significa que a Él hemos de consagrar nuestra vida, nuestra voluntad, nuestro corazón. El Reino de Dios está a las puertas de cada uno de nosotros.

¡Abrid las puertas a Cristo!, dijo el Papa al comienzo de su Pontificado. *¡Abrid las puertas a Cristo!*, fue también el mensaje de esperanza que nos trajo en su visita.

Cristo llama a los hombres a aceptar lo que realmente da sentido a la vida. Nos sumerge en lo eterno, nos desprende de lo accidental, de lo trivial, de las falsas promesas de felicidad, de las pseudoautoridades que pontifican sobre lo divino y lo humano, del juicio de los poderosos de la tierra. Nos hace sentir lo que es el bien, la paz interior, la bondad, la buena intención, la felicidad que colma, la alegría interna, el amor que despierta lo mejor que cada uno tiene. Nos da el sentido de lo esencial. Porque lo cristiano es Él mismo, lo que a través de Él nos llega a los hombres. Todo lo que Él es, habla, hace, es revelación del Dios verdadero y orientación para la vida humana en general y para la vida de cada uno de nosotros.

El cristiano no puede vivir en un clima morboso de disgusto, de impugnación continua, de desconfianza, de contestación. Ha de tener valentía para deducir las respuestas que nuestro tiempo pide de la gran tradición con que cuenta, de la gozosa confianza católica en la inteligencia, de su visión espléndida de la vocación humana. Amar a la humanidad sin hacer de ella un ídolo. Mostrar adhesión firme a la fe, amor a la contemplación, obediencia a la Iglesia.

"Vengo atraído por una historia admirable de fidelidad a la Iglesia y de servicio a la misma, escrita en empresas apostólicas y en tantas grandes

figuras que renovaron esa Iglesia, fortalecieron su fe, la defendieron en momentos difíciles y le dieron nuevos hijos en enteros continentes".

"¡Gracias, Iglesia de España, por tu fidelidad al Evangelio y a la Esposa de Cristo! Esa historia, a pesar de las lagunas y errores humanos, es digna de toda admiración y aprecio. Ella debe servir de inspiración y estímulo para hallar en el momento presente las raíces profundas del ser de un pueblo. No para hacerle vivir en el pasado, sino para ofrecerle el ejemplo a proseguir y mejorar en el futuro"¹.

A la luz de estos dos hechos, la visita de Juan Pablo II y el Año Santo de la Redención, vamos a vivir nuestra anual Semana de Teología. Y como siempre en clima de oración, de estudio serio, de diálogo profundo, como hombres y mujeres de Iglesia que aman su pasado y quieren brindar su esfuerzo honrado para seguir caminando. Hombres y mujeres de Iglesia que veneran y exploran su tradición. No para rendirle un culto melancólico, o refugiarse en los claustros de una antigüedad que podamos amasar a nuestro gusto. Menos, para condenar a la Iglesia de nuestro tiempo. Cristo está siempre con su Iglesia, ayer y hoy, y estará hasta el fin de los siglos para continuar su vida, no para volver a empezarla. La Iglesia no pertenece más al pasado que al presente, o al futuro. Es una fuente de agua viva *permanente* que salta hasta la vida eterna. La Iglesia declara la revelación divina por la fuerza interior del Espíritu Santo que le ha sido dada. El estudio de la Sagrada Escritura siempre será el alma de la verdadera teología, que supone fidelidad absoluta al Magisterio para conservar el contacto íntimo con la Tradición de la Iglesia, alentada por el mismo Espíritu. Y lo que se busca con este contacto es algo muy distinto al simple fruto de un trabajo científico. Porque todo saber, para ser tal, tiene mucho de fuerza vital. Nunca se llegará a tener ni siquiera una verdadera cultura eclesial sin un trato amoroso con los que con toda justicia se pueden llamar "clásicos" de la fe. En ellos se busca a los hombres verdaderamente espirituales. Y por eso hay que entrar en contacto con los que han vivido, trabajado, pensado y sufrido por Cristo. Así se va penetrando uno del espíritu católico. Y se llega al entusiasmo de un Cardenal Newman, cuando siendo todavía anglicano descubrió la verdadera Iglesia al descubrir la Iglesia de los Padres.

I. SENTIDO DE LO ESENCIAL Y PERMANENTE EN LA VIDA Y EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

Siempre se ha dicho que los españoles tenemos un particular sentido de lo esencial, y así lo proclama nuestro arte, nuestra literatura y nuestro estilo de vida. Ya el estoicismo cambia de nombre en España y se llama Senequismo, porque es un *ethos* propio en el modo de pensar y sentir, de captar y expresar lo profundo y lo permanente de la vida. Desde los balbuceos de nuestra literatura aparece el realismo en el pensamiento sobre la vida y la muerte, la inclinación a lo que tiene valor, el afán de devolver constantemente al amor humano su destino radical. Hasta nuestros pícaros moralizan. Y lo mismo se canta en el lenguaje de Góngora o de Quevedo que en el de generaciones literarias próximas a nosotros. Es el *eje diamantino* del que habla Ganivet, que engarza

¹ JUAN PABLO II, a su llegada a Barajas el domingo 31 de octubre de 1982.

todo lo que es la vida humana. Hay momentos cumbres en los que estalla esta rica vena, como en los *Autos Sacramentales* de Calderón, o en sus dramas filosóficos. Todo el pueblo siente y vive lo que escriben sus literatos, o esculpen sus imagineros, o representan sus pintores. Y cuando ya los hombres tenemos conciencia de "generación", de "hombres de una época", las generaciones se aglutinan en torno a una *autocentralidad* que viene distinguiéndose por la profundidad en el sentido de la vida y de la muerte. Todo lo cual se pone de relieve vigorosamente en la expresión que alcanza *lo religioso en la historia de España*. También aquí ha habido siempre sentido de lo esencial. Y ello explica mucho de nuestras luchas, nuestras intransigencias, nuestras torpezas, en el campo del comportamiento y de la política, cuando han tenido que ver con lo religioso. Por esa radicalidad hemos entendido literalmente, en muchas ocasiones y más que otros pueblos, el deber de reñir las batallas de la fe.

II. HERENCIA MÁS QUE MERA TRADICIÓN

La herencia católica de España ha sido una fe transmitida y vivida por el pueblo, en medio de gozos y dificultades sin cuento, porque desde hace muchos siglos han abundado en esta tierra los catequistas, los misioneros, los teólogos y los santos. Y con ellos, los pastores de la grey, obispos, sacerdotes, comunidades religiosas de hombres y mujeres, que cubrieron todos los campos del apostolado, o llenaron el suelo español de monasterios de vida contemplativa para adorar a Dios infinitamente santo, conscientes de que el cristianismo no se vive del todo cuando falta esta dimensión de la entrega total y silenciosa en la oración y la penitencia por amor, señales infalibles del Reino de Dios que predicó Jesucristo.

Más que los monumentos, la literatura, la teología, las instituciones religiosas y civiles, con ser y significar tanto en la historia de España, aparece el alma del pueblo, de los grandes y los pequeños, marcada en el pensar y en el sentir por una actitud fundamental de deseo de coherencia y obsequio a la fe predicada aquí desde los tiempos más remotos. Todo eso, los monumentos y las instituciones, son la expresión externa y visible, y a veces también causa inductora de la cultura y civilización que se iba desarrollando. Pero la fuerza creadora y el valor de la herencia estaba en la entraña misma del pueblo, que creía y esperaba en las promesas de Jesucristo, Hijo de Dios. Esto es lo que, juntamente con otros, proclamaba entusiásticamente Ramiro de Maeztu en su *Defensa de la Hispanidad*, al examinar precisamente este tema:

"El pueblo se sentía comprometido con una herencia y llamado a defenderla. Porque la vivía como algo suyo, no como un bien determinado que pasa de unas manos a otras, como pasa una catedral, un libro, o incluso un código. La herencia es mucho más que la tradición. Se lleva en la sangre y en el espíritu, se ama o se aborrece, se estima como algo propio y de hoy, igualmente válido que ayer, aunque vivido como haya que vivirlo hoy".

El poeta Prudencia, de quien dice Menéndez Pelayo que es "el poeta lírico más inspirado después de Horacio y antes del Dante", pudo componer obras inmortales como el libro de *Las Coronas*. Eso es el monumento. Pero es porque antes existieron los mártires, a quienes él cantaba. Y así pudo escribir:

"Cuando Dios, blandiendo su fulminante diestra, apoyado en una nube, venga resplandeciente a pesar a las gentes en su justa balanza, le saldrán al encuentro en medio de todo el orbe, con la cabeza erguida, las ciudades, llevando en canastillos sus preciosos dones... Córdoba dará a Acisclo y a Zoilo, y a las tres coronas (Fausto, Jenaro y Marcial). Tú, Tarragona, ofrecerás a Cristo una diadema bellísima con tres perlas engarzadas sutilmente por Fructuoso. La pequeña, pero rica Gerona, expondrá los santos miembros de Félix; nuestra Calahorra llevará a los que nosotros veneramos (Emeterio y Celedonio); la esclarecida Barcelona se levantará alegre con Cucufate...; Mérida, cabeza de los lusitanos, extenderá ante el ara las cenizas de su niña (Eulalia); Alcalá pondrá a los pies del juez las urnas llenas de sangre de Justo y Pastor; Tánger introducirá a Casiano. Cada una de estas ciudades no podrá dar más de uno, dos, tres, o, a lo más, cinco mártires; pero tú, ¡oh Zaragoza!, tan amante de Cristo, que tienes las cumbres coronadas de olivos, tú te levantarás con tus dieciocho santos... Póstrate, ciudad generosa en santos; póstrate conmigo ante los sepulcros para que el día de la resurrección puedas seguirlos a la gloria".

"De otros no habla Prudencio, pero ahí están: los santos Vicente, Sabina y Cristeta, de Ávila; Leocadia, de Toledo; Justa y Rufina, vendedoras de cerámica popular, en Sevilla; Ciriaco y Paula, Marcelo, Facundo y Primitivo... La lista se abre con un anciano, Fructuoso, y se cierra con una niña de doce años, Eulalia de Mérida"².

En la España visigoda aparecen la nueva Monarquía, los Concilios de Toledo, la unidad católica, las obras de San Isidoro, San Leandro, San Ildefonso, San Braulio y tantos otros. Ese es el monumento. Pero con ellos estaba el pueblo hispano-romano, que había mantenido viva su fe y suscitaba con su piedad y su liturgia la admiración de los godos arrianos.

Y así en los siglos posteriores, en los que nunca faltaron ni los testimonios insignes, a pesar de las tremendas crisis de todo género, ni los comportamientos religiosos del pueblo, que seguían transmitiendo corrientes de vida cristiana por todos los campos y ciudades de la Península. La invasión musulmana dio origen a una lucha heroica, la de la Reconquista, tan dura y tan tenaz, y tan sostenida por la fe en que los españoles creían y querían conservar, de lo que aquí en Toledo tenemos la venerable reliquia de *los mozárabes*.

En los siglos XVI y XVII, *el esplendor*. Toda España es el monumento visible de la fe católica *heredada*, servida y difundida por el mundo, el recién descubierto y el de los países europeos, e incluso el asiático (Filipinas), y los planes para extenderla por el Norte de África. Pero seguía siendo el pueblo, cálido y abigarrado, el que sintonizaba con sus reyes y sus capitanes, con sus literatos y sus místicos, con sus misioneros y sus frailes, para lanzarse a toda empresa evangelizadora.

La herencia, que venía de tan lejos, daba ahora sus frutos más espléndidos.

Siguió dándolos más tarde, aunque ya más discontinuos y mezclados con las alteraciones que sufrieron las naciones de Europa y la misma Iglesia, como consecuencia de las revoluciones en el mundo del pensamiento, del desarrollo industrial y político, de la aparición de la burguesía y el proletariado más tarde,

² Véase FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ, *España cristiana* (BAC Popular 43), Madrid 1982, 8-9.

cambios sociales de enorme repercusión en las instituciones y en las conciencias.

En los siglos XIX y primer tercio del XX, se fundan en España *setenta y ocho congregaciones religiosas nuevas*, dedicadas principalmente a la enseñanza, la catequesis, la predicación y la beneficencia; y la Iglesia, ya empobrecida, siguió siendo la *principal promotora de la cultura y elevación del pueblo*, a pesar del laicismo agresivo y persecutorio.

A principios del siglo XX existían en España 597 comunidades masculinas, y de ellas, 294 dedicadas a la enseñanza. Y 2.656 femeninas, de las que 910 estaban asimismo dedicadas a la enseñanza, y 1.029 a la beneficencia. Esto, a principios del siglo XX. ¿Quién trataba entonces de elevar el nivel del pueblo sino estas congregaciones religiosas, a las que ahora se intenta, por parte de algunos, impedir su misión de educar y enseñar?

Muchos de los fundadores de estas congregaciones y movimientos de apostolado han sido declarados *Santos* por la Iglesia, hombres y mujeres del siglo XIX tan grandes como los del siglo XVI; y cerca de cuatrocientos de esta época distinguidos como *Venerables* y *Siervos* de Dios.

Nada de esto se improvisa. Es, por el contrario, el resultado de *una herencia espiritual* bien administrada, que no se enterró cobardemente por temor a las exigencias de un dueño intemperante, sino que se cultivó con amor y perseverancia ejemplares.

Ya en nuestro siglo, en una España políticamente sin pulso y socialmente sumida en las divisiones y los odios, nos encontramos con la más dolorosa de las guerras modernas por haber sido entre hermanos. Pero también están *nuestros mártires*. No se improvisa tanto heroísmo. Fueron ellos fruto heredado de una fe que, alimentada por nuestras madres y nuestra Iglesia, les hizo dar un testimonio conmovedor que ahora cantarían un poeta francés, *Paul Claudel*, como antaño lo hiciera, a los primeros, *Aurelio Prudencio*. Esperamos que algún día llegue para ellos el reconocimiento de la Iglesia, como antaño fue ofrecido a los de aquellos siglos remotos.

Terminada nuestra guerra, nos tocó vivir un largo período de reconstrucción nacional bajo un régimen político de singulares características, que algún día será estudiado sin el apasionamiento con que hoy se escribe y se habla del mismo. Los fallos que se dieron no autorizan a esas impugnaciones continuas, generalizadas y frecuentemente injustas, entre otras razones porque se olvidan los antecedentes que están en el origen de muchos comportamientos.

Lo que sí afirmo es que, *una vez más*, el pueblo católico de España vivió con gozo, después de nuestra guerra, *la herencia secular de su fe*. Se produjo una explosión impresionante de *religiosidad* pública y privada, abundaron las vocaciones sacerdotales y religiosas en número insospechado, se erigieron instituciones apostólicas innumerables, surgieron por todas partes hombres y mujeres excepcionales, clérigos y seglares, que realizaron un trabajo de evangelización y predicación de la palabra de Dios difícilmente superable. Con defectos de metodología pastoral muy explicables, pero *con un amor inmenso al contenido de la fe, tal como la Iglesia lo proponía*, y al pueblo cuya conciencia cristiana se quería cultivar. Una vez más, se hizo patente la fecundidad de esa

fe católica en todas las zonas de España. Dejemos a un lado las discusiones sobre el nacional-catolicismo, alentado por muchos sectores eclesiásticos que después lo impugnaron, y que no fue privativo de esa época, sino secular manifestación de la anterior monarquía española.

So pena de cometer una tremenda injusticia histórica, no se puede negar que el pueblo español de esa época *siguió siendo fiel a la herencia recibida*. Por debajo y en la raíz de muchas manifestaciones externas de la fe, que tampoco son despreciables, porque forman parte de la religiosidad popular, están las grandes convicciones que son el fundamento de las mismas, y que lo fueron también en los años de que hablo.

III. VALORES RELIGIOSOS QUE SE HAN VIVIDO, A LO LARGO DE LOS SIGLOS, EN LA IGLESIA DE ESPAÑA

En primer lugar, la Eucaristía. Todos sabemos que el corazón de la Iglesia es la Eucaristía. Y así lo ha entendido siempre el pueblo español. España ha vivido profundamente de la Eucaristía como celebración del sacrificio de Cristo y como presencia continuada suya, La Misa, las visitas al Santísimo, la Adoración Nocturna, las asociaciones eucarísticas, todo esto pertenece al sentir de una familia tradicional española. La Eucaristía como unidad, como fuerza, como alimento, como vínculo de unión con el hermano, como vida de gracia, don de Dios. La Eucaristía como acción sagrada por excelencia, como pan de vida, por la que participamos de la vida de Cristo resucitado. Ese carácter privilegiado de la presencia del Señor que fundamenta el culto eucarístico, tan importante en la vida cotidiana.

Y el Sacramento de la Penitencia. Aquellas familias cristianas en que los padres se preocupaban, porque se lo exigía su deber de padres católicos, de llevar a sus hijos a confesar, y, ya mayores, preguntarles "si habían acudido a su acostumbrada confesión". Padres que lo vivían y hacían vivir a sus hijos. *El Sacramento de la Penitencia, tema tan preferente en las catequesis del Papa.* El Sacramento de la misericordia, de la revitalización personal. El anuncio del perdón de los pecados y de la nueva justicia del Dios que así ama y se acerca al hombre, constituye uno de los datos fundamentales de la predicación de Jesús. El Sacramento de la Penitencia presente en nuestra vida como una continua llamada a la conversión. La Eucaristía y la Penitencia, dimensiones esenciales de la Iglesia de Cristo, que han sido vividas profundamente en nuestra tierra.

Y el amor a María Santísima. "Tierra de María", llamó a España el Papa.

Y la vida cristiana familiar, en muchísimos casos, presidida por Cristo, por el Corazón de Jesús, por la Virgen, en alguna de sus advocaciones.

Y el sentimiento profundo de fidelidad a la Iglesia en la persona del Vicario de Cristo. El amor al Papa, sí, porque la Iglesia católica es mensajera y artífice de unidad. Defiende la verdad cuando pone como punto de referencia la Cátedra de Pedro. En un mundo en que las opiniones chocan entre sí, hay un punto de referencia que no puede engañar. Donde no hay jerarquía auténtica no se realiza la unidad; se tiene a sociólogos –no teólogos– por pequeños "papas", cada uno

de los cuales dogmatiza sobre la fe y las costumbres. La libertad está amenazada siempre que no hay posibilidad de apelar a una instancia superior frente a la presión de las modas, colectividades, violencias, intereses, ambiciones y egoísmos. El sentido de la catolicidad es el de la universalidad en la unidad. Ni adhesión mezquina y hasta morbosa al pasado, ni idolatría absurda de lo moderno, sólo por serlo. El cristianismo no puede adaptarse al espíritu del mundo.

No se puede afirmar, so pena de cometer una grave injusticia contra la historia, contra el pueblo y contra el esfuerzo apostólico de innumerables sacerdotes y comunidades religiosas de todos los tiempos, con sus obispos, misioneros, teólogos y santos, que nuestra herencia católica sea superficial y vacua, o que no merezca ser tenida en cuenta, estimada y amada para todo cuanto hayamos de hacer hoy, precisamente con vistas al futuro de la fe en nuestra patria española.

Porque no podemos limitarnos a hablar de la fe en la vida privada de las personas, muchas o pocas, cuando tantas razones justifican y exigen hablar de la fe de un pueblo. Con todas las precisiones y distinguos que se quieran, y que es preciso hacer, pero también con toda la perspectiva que exige el reconocimiento de esa realidad, hay que reconocer que el hecho de que una gran porción de la familia de Dios, en España, comunitaria, socialmente identificada con su fe, haya sabido superar sus diferencias, es precisamente por cuanto esa fe ha servido para unir y después para reconciliar.

Son muchas las consecuencias pastorales que se derivan de que lo tengamos o no en cuenta. La principal de todas es ésta: si se prescinde de considerar al pueblo español como depositario de una herencia católica, se le priva *del mayor bien que puede tener en este mundo como pueblo*; y la Iglesia tendrá que replegarse con tranquila naturalidad, esto es lo más doloroso, a posiciones de retaguardia y catacumba, abandonando a los bautizados y a los que quieren recibir educación cristiana que, según estadísticas, superan el 90% de la población española.

De las enseñanzas del Papa no se desprende eso, sino todo lo contrario. El Santo Padre afirmó que:

1º Esa herencia está constituida por una historia admirable de fidelidad y de servicio a la Iglesia³;

2º debe servir de inspiración y estímulo para hallar en el momento presente las raíces profundas del ser de un pueblo⁴;

3º una Iglesia que es capaz de ofrecer al mundo una historia como la nuestra, y la canonización –en un mismo día– de hijos tan singulares y universales como Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola y Francisco Javier, con otros tantos antes y después, no ha podido agotar su riqueza espiritual y eclesial⁵;

³ JUAN PABLO II, discurso en Barajas.

⁴ *Ibíd.*

⁵ JUAN PABLO II, discurso a los obispos.

4º nuestros teólogos, en tiempos difíciles para la cristiandad, se distinguieron por su fidelidad y creatividad, y supieron abrirse a la nueva cultura que estaba naciendo en Europa, lo cual es ejemplo de lo que hoy debe hacerse⁶;

5º una inmensa corriente vital ha brotado con generosidad en las tierras de España, y hecho fructificar la semilla evangélica en multitud de pueblos⁷;

6º nuestros intelectuales, escritores, humanistas, teólogos y juristas han dejado huellas en la cultura universal, y han servido a la Iglesia de manera eminente⁸;

7º que nuestros fieles de tiempos remotos, como los mozárabes de Toledo, dieron ejemplo heroico de fidelidad y servicio a la fe⁹;

– y nuestros catequistas y pedagogos han sabido exponerla con maestría¹⁰;

– como nuestros misioneros la han difundido por el mundo¹¹;

– y como nuestros fundadores al estilo de Ignacio de Loyola pueden ser mirados con gozo y legítimo orgullo¹²,

8º En una palabra: la fe cristiana y católica constituye la identidad del pueblo español¹³,

– el pueblo que mora en estas tierras de España, con razón denominada "Tierra de María"¹⁴.

Es más. El Papa no se ha limitado a reconocer y estimar esa herencia. Nos ha hecho advertencias muy serias y reiteradas, siempre con gran delicadeza, sobre nuestros fallos y defectos; y nos ha llamado a una vigilancia activa y fervorosa, a una rectificación a tiempo de lo que debe ser corregido, a una entrega constante y sacrificada para que la evangelización de hoy, a la luz del Vaticano II, y con plena fidelidad al Magisterio de la Iglesia, sea actual, generosa y limpia.

Pero no trato de hablar de esto. Vosotros lo vais a hacer en las jornadas de esta Semana. No podemos adormecernos en el recuerdo de las glorias pasadas con desconocimiento de la situación actual y nuestra historia reciente. Ese pueblo del que hablo, portador de una herencia católica de la que no ha renegado, es también el de nuestra terrible guerra civil: *¿por qué?*

Y el que da sus votos en proporciones tan altas a partidos políticos que en sus programas propugnan una nueva cultura que, directa o indirectamente, llevaría a la desaparición del sentido cristiano de la vida: *¿por qué?*

Y el que en pocos años contempla con indiferencia la ruina progresiva del concepto y la realidad de la familia cristiana: *¿por qué?*

⁶ Discurso en Salamanca.

⁷ Discurso a los religiosos.

⁸ Discurso en la Universidad de Madrid.

⁹ Discurso en Toledo.

¹⁰ Discurso en Granada.

¹¹ Discurso en Javier.

¹² Discurso en Loyola.

¹³ Discurso en Compostela.

¹⁴ Discurso en Zaragoza.

Y el que, en los años del posconcilio, se siente aturdido por la avalancha de las más desatinadas reformas que se han querido introducir y de hecho se han introducido para evangelizar –dicen– al hombre de hoy: ¿por qué tanta virulencia, tanto enfrentamiento, tanta y tan desmesurada audacia para querer echar abajo, so pretexto de una acción más pastoral y mejor acomodada a los tiempos, los fundamentos de la creencia y la piedad, de la devoción y la unidad en la fe, del respeto y la adhesión a un Magisterio para el que siempre hubo entre nosotros una actitud de seguimiento fiel, que no impidió la sana creatividad?

¿Se debe todo esto, acaso, a nuestra violencia temperamental, a nuestro radicalismo extremo que impide la reflexión y la cordura?¹⁵

IV. RENOVACIÓN INCESANTE; NO ABDICACIÓN SUICIDA

Una de las formas más frívolas de perversión moderna es presentar nuestra herencia católica como algo falto de autenticidad y carente de vigor para avanzar hacia el futuro. Se exaltan la duda y la negación ante esa herencia, como si fueran los criterios válidos para la renovación. Rechazarlo todo y empezar de nuevo; ésta es la tendencia de muchos. Lo cual es absurdo, incluso en las ciencias experimentales.

Tenemos que ir cada vez más a una *conversión* y a una *vida penetradas de Cristo* y, sin cerrar los ojos al hecho evidente de las diferencias, aplicarnos a ver la continuidad que es aún más real. Sin excluir de nuestro horizonte lo que es nuestra misma carne y sangre, nuestra propia historia, la riqueza de nuestra espiritualidad, el "haber" de nuestra Iglesia. Teniendo siempre a la vista la Iglesia universal, hemos de saber contemplar la nuestra, la de nuestros santos, la de tantos pastores, fundadores, hombres intelectuales, profesionales, padres y madres de familia, religiosos, vidas abnegadas entregadas al servicio de los miembros de la sociedad en que vivieron. ¿*Estar al día* significa desconocimiento de lo nuestro, de nuestra propia historia y vida? Se engañan rotundamente los que piensan así y desprecian el pasado. El fallo sólo está antes y ahora, en no ser verdaderamente cristianos.

Lo que se necesita siempre son hombres y mujeres, en la plenitud de su vida o en su ancianidad, jóvenes y niños, que vivan el gozo de su fe en salud y enfermedad, en la prosperidad y en las dificultades. La fe es la verdadera victoria sobre este mundo, y "mundo", en el sentido en que Cristo emplea esa palabra. Vivir con la certeza de que Cristo ilumina y renueva las cosas. En cada momento se ha de inventar el mundo del mañana, con confianza en la fuerza del testimonio de la vida, y con respeto a la realidad de los esfuerzos de los anteriores hermanos en la fe. Los hombres más modernos son los que *preservan la sal de la corrupción*, los que piensan en los deberes positivos que la Iglesia recuerda, los que tienen sentido de las realidades permanentes como lo sagrado de la vida y la fidelidad, los que creen y viven del amor de Dios como Padre, que da al hombre la capacidad para el señorío del mundo porque le ha confiado esa tarea.

¹⁵ Véase el texto de las declaraciones del gran historiador SÁNCHEZ ALBORNOZ, que reproduzco en la conferencia *Cambio moral y ruptura histórica*, *infra*, 476-477.

Para el cristiano, el cambio tiene sus límites, porque tiene que tenerlos. Hay cosas que cambian, pero hay cosas que quedan. Progresan los instrumentos mediante los que avanzamos en la investigación y modificamos los condicionamientos. Nosotros disponemos de medios que no tenían los hombres de siglos anteriores. Pero el sentido de la vida humana sigue siendo el mismo, como el de la realidad del hecho de su redención. La acción redentora de Cristo, el Señor, su encarnación, pasión, muerte y resurrección, son realidades objetivas adquiridas *para siempre*, como para siempre se prolonga esta acción a través de su Iglesia. Para los hombres de los siglos anteriores, Cristo ha sido, como para nosotros, y lo será en el futuro, *la piedra angular*. No, no se puede impugnar todo: naturaleza humana, moral, dignidad del ser humano, revelación divina. *No se puede impugnar de raíz la herencia del pasado*, y hacer de la experiencia actual el punto de partida para un absoluto volver a empezar. Hay cristianos equivocados que tratan de introducir falsas ideologías dentro de la Iglesia. No se puede confundir la conversión con la caricatura que algunos proponen de dicha conversión. No hay unidad sino en la verdad. No se corrigen los errores de unos con errores de otros. Y es un enfrentamiento estéril este de progresistas e integristas. Ahí está el pueblo, que no admite que se trate despectivamente a la Iglesia, ni que se quiera minar desde dentro de ella la autoridad del Papa y de los obispos para sustituirla por la de unos seudoteólogos, o teólogos de pacotilla.

La unidad de la caridad está en la unidad de la fe y en la unidad de la autoridad. La unidad de la Iglesia, desde la unidad de la parroquia en torno a su cura, hasta la unidad de la Iglesia universal en torno al Papa. Se trata de nuestro pueblo católico de España, que, ante las circunstancias por las que atraviesa y el inminente peligro que corren la misma dignidad humana, la familia, el derecho a educar a los hijos en la fe en que han sido bautizados y confirmados, siente la necesidad de agruparse en unidad de amor y caridad a la misma sociedad en que vive. So pretexto de amar la vida, *no se puede matar la vida*. So pretexto de amor, *no se puede desvirtuar la esencia del amor* hecho de fidelidad, sacrificio, donación y fecundidad. So pretexto de promocionar al hombre, *no es lícito renunciar a la adoración a Dios*. So pretexto de profetismos caprichosos e individualistas, *no se puede acabar con los Sacramentos*, ni so pretexto de laicidad, acabar con el sacerdocio.

En el momento actual, en parte por la propia esterilidad a que llevan los reformismos insensatos y en parte también por el influjo clarificador de la visita del Papa, han perdido agresividad las manifestaciones externas de los últimos años. Pero, ¡no os engaños!, sigue dándose otro fenómeno quizá más peligroso. Es el de la *consolidación silenciosa de las actitudes*: menosprecio del magisterio pontificio; obstinación en reiterar, aunque no sea tan clamorosamente como antes, las mismas afirmaciones destructoras del dogma y la moral; petulancia desdeñosa que les hace mirar con superioridad compasiva a los que no piensan como ellos; fomento de grupos y comunidades populares, a los que se inculca constantemente el veneno de la rebeldía contra la Iglesia institucional; y, sobre todo, atroz confusión en el campo político que favorece una invasión progresiva de las tesis marxistas o del ateísmo práctico en la vida pública y social. Todo lo cual contribuye al rechazo o al olvido de la herencia de que estoy hablando.

Urge, pues, el estudio de todo cuanto el Papa predicó en España y la atención a cuanto hizo para asimilarlo del mejor modo posible.

CONCLUSIÓN: ¡RECTIFIQUEMOS LO QUE HAYA QUE RECTIFICAR, PERO NO RECHACEMOS ESA HERENCIA!

Y termino. Esa herencia ha de ser reconocida con respeto y amor, valorada en sus justos términos, enriquecida con las nuevas aportaciones de nuestra conciencia católica, completada con las lecciones y la experiencia de la historia y del progreso humano en todos los campos.

Se ha acusado al catolicismo español de dos fallos gravísimos en su relación con la vida político-social de España: el de no haber sido capaz de impedir los enfrentamientos y divisiones en el pueblo español en los siglos XIX y XX; y el de su escasa preocupación social en esa misma época en que la revolución industrial iba dando origen a la aparición del proletariado, cuyas masas, poco a poco, se han ido apartando de la Iglesia hasta llegar a la trágica situación de hoy. He estudiado ese tema en algunas conferencias pronunciadas en el Club Siglo XXI y no voy a repetir lo que allí dije.

Admito la parte de responsabilidad que incumbe a la Iglesia, por desidia, por imprevisión, por torpeza o por equivocaciones apasionadas. *Rectifiquémoslo*, y sepamos obrar de otro modo. Lo que no admito es la acusación generalizada y discriminatoria, como si en otras naciones de Europa o América no hubiera habido imprevisiones, enfrentamientos y torpezas semejantes, o como si aquí no se hubieran realizado también esfuerzos *nobilísimos*, muchos, para tratar de evitar tales actitudes.

Y desde luego, lo que no puedo admitir es que, si hoy, vistas las cosas con más perspectiva, y sintiendo la Iglesia, con más urgencia que nunca, como misión suya la de luchar por la paz y la justicia en la tierra, por el progreso y la hermandad de los hombres, por el acercamiento de todos a un más fecundo diálogo intrarreligioso y social, haya que renunciar, para lograrlo, a una herencia de fe, de piedad y de esperanza, que contribuyó tan generosamente al bien personal, familiar y colectivo de la sociedad española, y que si no conseguimos redimirnos de esos pecados a los que estoy aludiendo no fue por culpa suya, sino por la dureza del corazón de los hombres y las pasiones políticas desatadas como un vendaval que lo arrasa todo. Dios nos tenga de su mano para que en el intento de corregir una injusticia no cometamos otra. La injusticia consistiría en que, al *rechazar esa herencia* en lo que tiene de válida para el futuro –que es como la contemplamos aquí, ya que no nos fijamos en ella como si se tratase de un cuadro de museo–, contribuiríamos a crear una sociedad *sin Dios y sin Cristo*, en que las víctimas serían los hombres, nuestros hermanos españoles.

24. CAMBIO MORAL Y RUPTURA HISTÓRICA

Conferencia pronunciada en el Club *Encuentros*, Madrid, el 24 de marzo de 1984. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, junio 1984.

INTRODUCCIÓN

Apenas llegó el Papa a España, el 31 de octubre de 1982, en el mismo aeropuerto de Barajas, pronunció las siguientes palabras:

“Hoy me trae a vosotros la clausura –en vez de la apertura– del IV centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús, esa gran santa española y universal, cuyo mayor timbre de gloria fue ser siempre hija de la Iglesia y que tanto ha contribuido al bien de la misma Iglesia en estos cuatrocientos años.

Vengo, por ello, a rendir homenaje a esa extraordinaria figura eclesial, proponiendo de nuevo la validez de su mensaje de fe y humanismo.

Vengo a encontrarme con una comunidad cristiana que se remonta a la época apostólica. En una tierra objeto de los desvelos evangelizadores de San Pablo; que está bajo el patrocinio de Santiago el Mayor, cuyo recuerdo perdura en el Pilar de Zaragoza y en Santiago de Compostela; que fue conquistada para la fe por el afán misionero de los siete varones apostólicos; que propició la conversión a la fe de los pueblos visigodos en Toledo; que fue la gran meta de peregrinaciones europeas a Santiago; que vivió la empresa de la Reconquista; que descubrió y evangelizó América; que iluminó la ciencia desde Alcalá y Salamanca y la teología en Trento.

Vengo atraído por una historia admirable de fidelidad a la Iglesia y de servicio a la misma, escrita en empresas apostólicas y en tantas grandes figuras que renovaron esa Iglesia, fortalecieron su fe, la defendieron en momentos difíciles y le dieron nuevos hijos en enteros continentes. En efecto, gracias sobre todo a esa impar actividad evangelizadora, la porción más numerosa de la Iglesia de Cristo habla hoy y reza a Dios en español. Tras mis viajes apostólicos, sobre todo por tierras de Hispanoamérica y Filipinas, quiero decir en este momento singular: ¡Gracias, España; gracias, Iglesia de España, por tu fidelidad al Evangelio y a la Esposa de Cristo!

Esa historia, a pesar de las lagunas y errores humanos, es digna de toda admiración y aprecio. Ella debe servir de inspiración y estímulo para hallar en el momento presente las raíces profundas del ser de un pueblo. No para hacerle vivir en el pasado, sino para ofrecerle el ejemplo a proseguir y mejorar en el futuro”.

Habló así, no por mera cortesía y gentileza hacia la nación que visitaba, sino porque su conocimiento de la historia de la Iglesia le movía a hacer tales afirmaciones desde el primer momento. Al final de su visita, en Santiago de

Compostela, momentos antes de subir al avión que le llevaría a Roma, habló en estos términos:

"Con mi viaje he querido despertar en vosotros el recuerdo de vuestro pasado cristiano y de los grandes momentos de vuestra historia religiosa. Esa historia, por la que, a pesar de las inevitables lagunas humanas, la Iglesia os debía un testimonio de gratitud.

Sin que ello signifique invitaros a vivir de nostalgias o con los ojos sólo en el pasado, deseaba dinamizar vuestra virtualidad cristiana. Para que sepáis iluminar desde la fe vuestro futuro, y construir sobre un humanismo cristiano las bases de vuestra actual convivencia. Porque amando vuestro pasado y purificándolo, seréis fieles a vosotros mismos y capaces de abriros con originalidad al porvenir.

Queridos españoles todos: he visto millares de veces, en todas las ciudades visitadas, el cartel de quien esperabais como "testigo de esperanza".

Los brazos abiertos del Papa quieren seguir siendo una llamada a la esperanza, una invitación a mirar hacia lo alto, una imploración de paz y fraterna convivencia entre vosotros.

Son los brazos de quien os bendice e invoca sobre vosotros la protección divina, y en un saludo hecho de afecto os dice: ¡Hasta siempre, España! ¡Hasta siempre, tierra de María!"

Era la despedida emocionada a ese pueblo, cuya vibración espiritual había percibido, de forma no engañosa, en su visita apostólica a los diversos lugares que recorrió. Repito nuevamente que estas palabras no estaban dictadas únicamente por la delicadeza de su espíritu que agradecía la correspondencia tan elocuente de quienes le habían aclamado con respeto y profundo cariño a lo largo de su viaje. En el Vaticano se conoce bien la historia religiosa de los pueblos de Europa, porque esta historia no se ha hecho sin Roma, y la corriente de los siglos ha llevado hasta allí constantemente los acontecimientos que en el ámbito de la civilización cristiana y católica han tenido lugar en cada uno de esos pueblos.

Al hablar hoy en esta tribuna y desde mi condición de Obispo de la Iglesia, de la que no puedo ni debo prescindir, *me pregunto si la marcha de las cosas en España permitirá poder seguir hablando en el futuro en términos parecidos* a los que ha utilizado el Papa en sus intervenciones. Señalo para una reflexión, que no puede agotarse en una hora, las siguientes observaciones.

I. OBSERVACIONES PARA UNA REFLEXIÓN

A) Crisis del mundo, más que de la Iglesia

"Los verdaderos problemas que se presentan a la Iglesia *tienen su origen en la sociedad en la cual está inserta*. Es un tópico decir que el mundo ha cambiado más en los últimos ciento cincuenta años que durante los veinte o veinticinco

siglos precedentes. Está en marcha una doble revolución que alcanza a las ideas y a la vida práctica, por otra parte estrechamente ligadas".

"*La revolución de la ciencia y de la técnica altera completamente las condiciones de vida humana, no solamente disminuyendo el trabajo y aumentando el confort, suprimiendo las distancias, sino también, gracias a los progresos de la medicina, modificando totalmente el ritmo de crecimiento de la población, y, por consiguiente, el equilibrio entre las masas humanas*".

"*Todos estos hechos son literalmente revolucionarios. El mundo está en crisis: la humanidad está en crisis. Y la Iglesia, sociedad trascendente, pero formada por hombres, no puede ignorar esta crisis sin condenarse a ser la víctima. Es preciso que reconozca y acepte las nuevas condiciones en que la ha colocado la Providencia. Tal es, como se ha visto, el sentido de la palabra *aggiornamento* que utiliza Juan XXIII, y que empleó ya Pío IX. Se trata, si se quiere, de una adaptación de la Iglesia, de una modernización, dejando bien claro que estas palabras son bien poco satisfactorias para el teólogo a los ojos del cual es evidente que la Iglesia no cambia*"¹.

B) Crisis que afecta a la acción pastoral de la Iglesia

Inevitablemente, en ese esfuerzo de adaptación, que la Iglesia ha tenido que hacer para poder seguir predicando su mensaje con suficiente credibilidad entre los hombres de nuestro tiempo, se han producido tensiones y desgarros en su interior y en su rostro visible, tal como era conocido por quienes vivían dentro de ella. La revolución industrial, la pérdida de las masas obreras, las nuevas culturas que prescindían de Dios, la comunicación fácil de los pueblos, las migraciones interiores y exteriores que desarraigan al hombre y deshacen la familia, y las guerras a escala planetaria, han dado origen a un nuevo modo de pensar, de sentir, de amar o de odiar.

La Iglesia ha sufrido hasta lo indecible al contemplar la realidad social en que tiene que moverse ahora, y fueron surgiendo por una y otra parte intentos de evangelización, acertados unas veces y equivocados otras, pero siempre nacidos de una generosidad innegable que nadie dejará de reconocer aun en medio de tantas turbaciones y ambigüedades.

El Concilio Vaticano II representa la culminación de los esfuerzos pastorales de la Iglesia en su diálogo con el mundo para atravesar la nueva frontera, sin perder su identidad.

C) Crisis que se ha manifestado también en España

Esta crisis se manifestó también en España durante el siglo XIX, con la particularidad de que, en lugar de limitarse a provocar transformaciones sociales y culturales, se vio acompañada de enfrentamientos políticos, que dieron origen a tres guerras civiles, a la pérdida de los últimos vestigios del antiguo imperio colonial, y a una sensación generalizada de frustración y de amargura. Todo iba cambiando también en nuestra patria, pero violentamente, como si esta violencia

¹ JEAN DANIELOU, *El Concilio de Juan XXIII*, Barcelona 1962, 104.

fuera el signo que fatalmente ha de presidir nuestra marcha colectiva desde hace dos siglos.

Ya en el siglo XX las alteraciones fueron también constantes y dolorosas hasta desembocar en la gran tragedia nacional de 1936. Después, un régimen político que intentó, y en gran parte lo logró, la reconstrucción de España en el orden material, y fue pacificando los espíritus; aunque su excesiva prolongación sin asimilar en sus justos términos la presión mundial hacia nuevas formas de participación de los ciudadanos en la vida política, y las resistencias interiores que se le opusieron, le hicieron depauperarse progresivamente y entrar en la agonía a medida que iba envejeciendo la persona que lo encarnaba y lo mantenía.

Digo *presión mundial*, porque así fue. En *el orden político* la actitud idolátrica respecto a la democracia en tantos países; en el económico social, el nuevo capitalismo con sus organizaciones internacionales casi omnipotentes; en *el sindical*, las igualmente decisivas agrupaciones de influencia insoslayable; en *el religioso*, los cambios introducidos, y mal asimilados, del Concilio Vaticano II; en *el cultural*, el positivismo jurídico, las filosofías de la nada y los avances científicos impresionantes que aturden las conciencias y llevan a creer que el hombre lo puede todo; en *el de las relaciones entre los pueblos*, divididas las naciones en bloques antagónicos, sustentados unos por el mesianismo marxista, y otros por el dogma de la libertad omnímoda, aunque siempre oprimida esa libertad por la tiranía de los más fuertes y degradada por la inmoralidad de las costumbres hasta un fondo de vileza inconcebible; bloques que, por si fuera poco lo que generan de intranquilidad y malestar crecientes, pueden verse amenazados progresivamente por otro u otros que van surgiendo y que sólo esperan alcanzar el desarrollo suficiente para pasar la factura, los pueblos asiáticos, los africanos, los del centro y sur del continente americano.

Este es el paisaje sombrío dentro del cual España ha iniciado su andadura hacia una transición que a veces parece que está condenada a ser perpetua, porque es más fuerte la impresión de inseguridad que la de quietud estable ante los buenos resultados.

II. FACTORES QUE CONCURREN AL CAMBIO Y RUPTURA HISTÓRICA

Pienso que el error más grave que se está cometiendo en la vida española actual es el de olvidar o querer destruir nuestra propia cultura, es decir, nuestro modo de ser y de interpretar el sentido de la existencia. Comprendo que para la buena marcha de un pueblo, como para la de una persona, por el camino que ha de recorrer, mientras quiera seguir siendo tal pueblo o tal persona, le es absolutamente necesario revisar con frecuencia la propia marcha, para incorporar a su esfuerzo de caminante de la historia los hallazgos que encuentra en su camino, rectificando lo que sea necesario, para seguir adelante según sea el horizonte, el clima, el suelo, la estación, es decir, según las épocas y las dificultades que se presenten o las metas que se desea alcanzar. Esta tarea de eliminación de obstáculos o de allanamiento de senderos, de rectificación o purificación de propósitos, en un hombre o en un pueblo, es, al fin y al cabo, una consecuencia que nace de la *solidaridad humana*, del influjo inevitable de unos

sobre otros dada la común condición, de las leyes y condicionamientos del progreso.

Pero una cosa es enriquecerse en la marcha propia con las aportaciones que llegan de los demás, en un sentido o en otro, y otra muy distinta cortarse los pies para caminar mejor con el pretexto de que duelen o de que estorba el calzado que se lleva en aquel determinado trecho del camino.

Esto es lo que está sucediendo en España. *Nuestro pueblo tenía –y tiene todavía– una cultura cristiana y católica.* Más que tener deberíamos decir que vivía y en gran parte vive de ella y en ella. Pero se la está olvidando y empobreciendo de una manera deliberada y consciente. Diversos factores concurren, en mi opinión, a producir este hecho doloroso, de los cuales enuncio los siguientes:

1º Las leyes que, partiendo de una determinada filosofía política, *quieren construir un tipo de hombre español nuevo*, con total olvido de lo que la ética cristiana señala, o a lo sumo con atención casi exclusiva a un aspecto – importantísimo sí, pero no único– de la ética social, referido a la distribución de la riqueza y el bienestar.

2º La tremenda frivolidad y ligereza de nuestros conciudadanos en este orden de cosas, que les hace capaces de dar diez millones de votos a un determinado partido político que proclama la necesidad del cambio, sin pensar en qué va a consistir el cambio, o creyendo, porque así les parece a la hora de votar, que ese cambio se va a limitar a lo que a los votantes les agrada que cambie.

3º Ciertas actitudes de la propia Iglesia española, que ha tenido que esperar a que viniese a España Juan Pablo II para que se dijeran al pueblo español las claras y estimulantes palabras que él pronunció sobre nuestra historia de pueblo católico, sobre las relaciones entre fe y cultura, y sobre cómo hay que conciliar el respeto a una situación nueva, originada por la separación de Iglesia y Estado, con el mantenimiento de la identidad católica sin ambigüedades ni confusionismos.

4º Una absoluta falta no ya de originalidad, sino de confianza en nosotros mismos, que nos hace incurrir en el absurdo papanatismo de la llamada progresía, en virtud de la cual no se hartan de imitar lo peor y más vulgar de lo que ven fuera de aquí, confundiendo moral con religión, Iglesia con clericalismo, libertad con anarquía, apertura con desvergüenza y procacidad. Causa sonrojo leer la mayor parte de los periódicos y revistas españoles de hoy, y no digamos ver la televisión o escuchar la radio.

III. REALIDADES Y ESPERANZAS

A) Estamos rompiendo con el sentido cristiano de la vida

Una ley orgánica de la educación que impida prácticamente a los padres elegir el tipo de formación que desean para sus hijos es monstruosa. La despenalización de la droga multiplica la delincuencia, no favorece a nadie, y

hace preguntarse a los ciudadanos para qué sirve la libertad tan proclamada si no se puede usar de ella con tranquilidad y con decoro. Socavar, por un lado, la institución de la familia, y privar, por otro, a la juventud de las defensas que necesita para protegerse de las tempestades propias de esa edad, lleva fatalmente a la ruina moral de una nación porque destruye sus cimientos.

Esta ruptura con el sentido cristiano de la vida que ahora irrumpe en España bajo la bandera de la modernidad y del progreso tiene mucho de antigualla académica desde los tiempos de la Ilustración, y de reivindicación social apasionada y turbulenta desde la Revolución Francesa. Se ve que no hay más remedio que tener que aguantar y sufrir estas gangas de los ateísmos teóricos o prácticos junto a los legítimos esfuerzos de clarificación que se encuentran en la primera; o de las luchas tan duras y agotadoras que acompañan a la segunda, en medio de lo que tienen de legítimo anhelo de justicia. Lástima que los hombres no seamos capaces de servir a una causa, al menos parcialmente justa, sin hacernos esclavos de otra que no lo es; y que para curar una enfermedad haya que esperar a que se produzcan muertes. Pero así parece que es el destino fatal de la pobre condición humana.

Tanto en el Occidente, con sus libertades, como en el bloque oriental con su ateísmo militante y su marxismo al servicio del imperialismo soviético, aparecen *rupturas con la presencia de Dios en la sociedad*; y proclamaciones, no del todo involuntarias, de la necesidad de ese Dios que es rechazado. Víctima de esas contradicciones, y en nombre de una cultura que quiere ser nueva, en una parte y en otra, tienen muchos la impresión, o creen tenerla, de que el cristianismo ya no sirve y que hay que buscar *otra cosa*. Pero se equivocan los que piensan así. Porque luego resulta que los adoradores de la libertad sin límites terminan en las filosofías de la nada o de la náusea; y los de la revolución del igualitarismo planetario asfixian a media humanidad con su totalitarismo aborrecible.

B) “Abrid las puertas al Redentor”

En estas circunstancias uno se pregunta qué suerte puede correr ese cristianismo con el que se ha roto, en tantas manifestaciones de la nueva cultura del hombre, a cuyo amparo se alimentan tantas expectativas de futuro, o en virtud de la cual simplemente se camina sin preguntar ni esperar nada, gregariamente, en las diversas granjas y los diversos “1984” que se han escrito con más o menos dotes de profecía y de ingenio. Y desde luego el que discorra desde su fe en Dios y en *Jesucristo*, del cual sabe que ha sido *enviado para recapitular en Él todas las cosas* (Ef 1, 10), no puede aceptar ninguna clase de fatalismo nihilista, así como así.

Por lo pronto, estamos viendo que, por primera vez en la historia de los siglos, un hombre que desde el primer día de su Pontificado gritó con fuerza: *¡Abrid las puertas al Redentor!*, está llamando a todas esas puertas, también las del mundo africano o asiático, como nadie lo ha hecho hasta aquí. No disimula ni oculta nada. Se presenta como lo que es, el Vicario de Cristo en la tierra. Esas puertas no se le cierran. Y si alguna vez sucede, él espera siempre, y vuelve a llamar. No lleva otra riqueza que ofrecer sino la palabra de Cristo. Y regresa al Vaticano, por supuesto, sin haber bautizado a los pueblos ni haber convertido a los

Emperadores. Ya no hay Constantinos en Roma, ni Recaredos en España, ni Clodoveos en Francia.

C) Permanecen los valores redentores de la humanidad

En el mundo de hoy, hay en cambio, en medio de tantas tinieblas, *unos cuantos valores de magnitud creciente y auténticamente redentores de la humanidad*. Son, por ejemplo:

- a) El mayor acercamiento de los pueblos, que lleva a un mejor conocimiento y puede fomentar la amistad.
- b) La conciencia cada vez más viva de los derechos humanos.
- c) El anhelo de paz y la posibilidad de actuaciones colectivas para manifestarlo, sin que quede como materia reservada a los gobernantes.
- d) El oleaje de las solidaridades que hacen sufrir más que ayer por los sufrimientos de los demás y querer ayudar mas y mejor a los que necesitan ayuda.

D) Valores humanos, porque son evangélicos

Esto lo sienten los pueblos hoy más que nunca. El Papa también lo predica. A primera vista, parece que no son valores cristianos. Pero resulta que cuando se buscan sus raíces más sólidas y su fundamento último, *los derechos humanos no tienen sentido si no se apoyan en la dignidad del hombre*, y esta dignidad no se explica más que *admitiendo que el hombre es hijo de Dios* (Evangelio y teología). La solidaridad que hace sufrir con los que sufren y ayudar al que lo necesita, es amor (Evangelio y teología). La paz, sin la cual no se puede vivir, es exigencia de la justicia, del perdón, de la grandeza de corazón, de la bienaventuranza evangélica que habla de los pacíficos.

Es decir, un mundo que parece tan alejado de lo cristiano, busca cada día, como el hambriento el pan, *soluciones que son, en el fondo, cristianas*, no sólo humanas como aspiración de la humanidad; y un hombre que puede dirigirse a ese mundo con el "lenguaje con que lo hace el Papa, habla también de esos temas –la paz, el trabajo, la familia, la limpieza de costumbres, el sexo, la solidaridad, la dignidad de las personas , etc.– como de algo que pertenece al patrimonio de su mensaje propio. Sólo falta que se termine hablando, en un lenguaje común, de la necesidad de un Redentor, en el cual creer con amor y esperanza. Ese mundo todavía no lo hace. El Papa sí, y no parece que esté equivocado. Mucha atención a este fenómeno, del que nosotros estamos siendo testigos. Quizá nosotros no, pero las generaciones que nos sucedan van a ser también beneficiarias de ese singular encuentro de la necesidad que clama con dramatismo y de la palabra que se ofrece con mansedumbre evangélica, frente a los sistemas políticos de una y otra parte, ambos incompletos; y frente a las rupturas de uno y otro proceso histórico, ambas decepcionantes.

E) No podemos dilapidar una herencia magnífica

Por eso es tan doloroso comprobar que en un país de tan vieja y espléndida tradición y cultura cristianas como España, a pesar de nuestros fallos personales y colectivos, se presente, como solución reclamada por la modernidad, una ruptura pedante y ciega con las fuentes de donde mana ese sentido de la vida, que se apoya, en último término, en la revelación del Hijo de Dios. Aquí se sembró hace mucho tiempo una semilla. Ha dado, a lo largo del tiempo muchos frutos. *Se mantiene una herencia. Dilapidarla tontamente es como arrancarnos los ojos, creyendo que vamos a ver mejor.* Por el contrario, el marxismo envejece inexorablemente y los restantes materialismos sólo se mantienen por el poder del dinero.

La sociedad española necesita tener confianza en su tradición cristiana y vivirla con autenticidad. *Ahí está la solución.* Se necesitan, si, partidos políticos que luchen con intrepidez y sagacidad en este frente. Pero creo que se necesitan, aún más, asociaciones y grupos intermedios, culturales, filosóficos, históricos, vecinales, deportivos, familiares, de adultos, de ancianos, de jóvenes, etc. Todo esto serviría para robustecer una sociedad desvertebrada, pero no vacía. La fe cristiana no es para mantenerla pasivamente, sino para propagarla. Cuando no se hace así, muere inevitablemente y hace del individuo que la posee sólo para sí, un egoísta, que es lo más contrario al Evangelio.

CONCLUSIÓN

No ha sido el egoísmo, como pecado colectivo, un vicio de España. Por el contrario, las empresas más fecundas de su historia han sido inspiradas por un noble ideal de generosidad y entrega a los demás, como afirma *Sánchez Albornoz*. En diciembre de 1982, con motivo del homenaje que le fue tributado por la Federación de Centros Españoles de la Argentina, habló así:

"Nací a la vida del espíritu cuando resonaban aún las crueles críticas a España de la llamada 'generación del 98'. Habían sus hombres presenciado la crisis de nuestro imperio colonial, y vivían, además, horas turbias de la política interior española. Ese doble encontronazo provocó sus desmesuras. Costa afirmó que debía cerrarse el sepulcro del Cid; y Unamuno gritó: ¡Abajo Don Quijote!

Tampoco fue justa con España la inmediata generación literaria que presidió Ortega y Gasset. Para éste nuestro imperio fue un salto a lo Gengis Kan, y no pudimos transmitir ninguna cultura, porque nunca la habíamos tenido. Su 'España invertebrada', basada en un desconocimiento de nuestra historia, fue muy cruel con nuestra patria.

No me dejé ganar por el terrible pesimismo y me consagué a una empresa difícil: la de estudiar serena y científicamente nuestro ayer. Nuestro remoto ayer, en el que se hundían las raíces de nuestro presente. Dura y arriesgada aventura. Liberal y demócrata por educación y convicción, la dictadura de Primo de Rivera me empujó a la vida pública. Después –lo he dicho muchas veces– Dios me apartó drásticamente de esa aventura y me

forzó a seguir mi destino; el que Él me había señalado en mi infancia. Y todos conocéis mis gestas a partir de 1936.

Para conocer el hoy de España era preciso estudiar su contextura vital, su herencia temperamental, su remoto ayer. Las jornadas que a ese examen consagré en el exilio, en Francia primero y en Argentina luego, me permitieron alcanzar una imagen histórica de nuestra patria mucho menos sombría que la triunfante hasta allí...

Sí, junto a mis continuos y nunca interrumpidos trabajos de investigación histórica, he querido dejar una visión de conjunto de la obra magna, inmensa, de España. Hemos sido, quizá, los españoles, desde siempre, duros y violentos, pero a la par creadores de civilizaciones y difusores de ellas.

Nos tocó defender a Europa del Islam y después traer a este lado del Atlántico la civilización occidental. Ningún pueblo del mundo tiene en su haber un doble servicio a la humanidad parejo al nuestro. Nos agotamos en el esfuerzo enorme. Pero no fue nuestro imperio un salto a lo Gengis Kan, como injustamente afirmó Ortega. Nada queda de ese imperio, y del nuestro queda la América Española; y la transformación del Atlántico en el nuevo mar de la civilización; y la América Hispana que cada día pesará más en la vida espíritu al y material del mundo. Y queda la misma realidad histórica de Europa, a cuya creación contribuimos con nuestras creaciones espirituales y liberándola de la barbarie islámica y turca. No olvidemos que desde hace quinientos años los pueblos musulmanes no han aportado nada, nada, a la civilización"².

² Diario YA, 5 de diciembre de 1982.